

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**



**TESIS DOCTORAL**

**El tiempo superfluo  
Una sociología crítica del desempleo  
El caso de España (2007-2013)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Álvaro Briales Canseco**

Directores

**Eduardo Crespo Suárez  
Carlos Prieto Rodríguez**

**Madrid, 2016**

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

EL TIEMPO SUPERFLUO

Una sociología crítica del desempleo

El caso de España (2007 – 2013)

Memoria para optar al grado de Doctor

Álvaro Briales Canseco

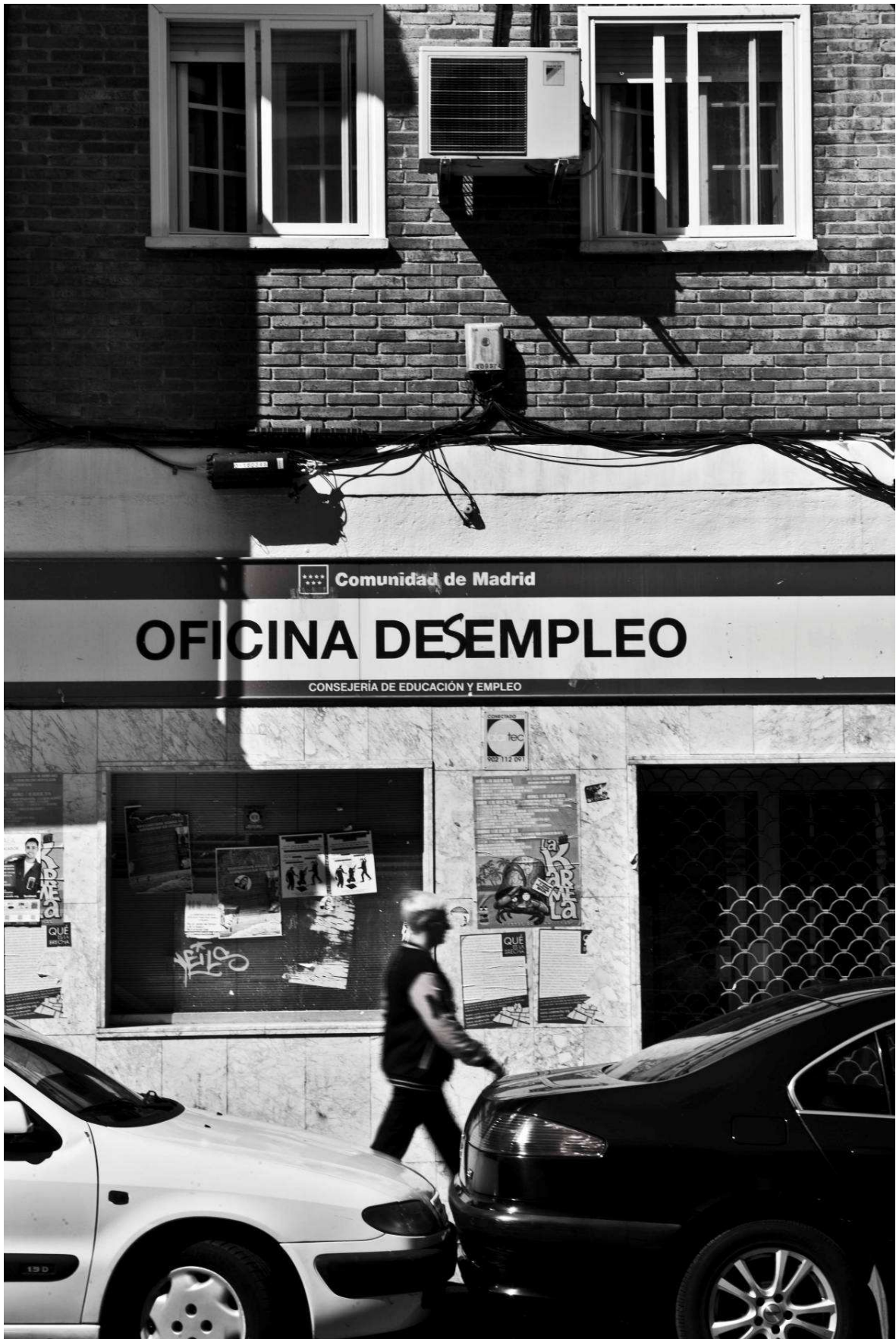
Bajo la dirección de los doctores

Eduardo Crespo Suárez

Carlos Prieto Rodríguez

Madrid, 2015









Te quiero dos o tres minutos,  
para quererte más no tengo tiempo.

Mario Benedetti



## Resumen

En esta investigación nos preguntamos por qué el desempleo se da en una división social del tiempo que, mientras produce desocupación masiva, expande e intensifica el trabajo de la población trabajadora. Nuestro objetivo es fundamentar teórica y empíricamente una explicación del desempleo que permita comprender las causas de esta división del tiempo polarizada, y que señale algunas de las vías para su posible superación. Teóricamente, nos centramos en el concepto de *tiempo superfluo* de Marx, siguiendo la lectura de Moishe Postone. Empíricamente, investigamos las relaciones entre el desempleo y esta paradójica división del tiempo durante la crisis en España en el periodo 2007-2013, cuando se alcanzó un 27% de paro y seis millones de parados. Mediante un enfoque elaborado a partir de categorías sociotemporales, analizamos los datos obtenidos en las Encuestas de Empleo del Tiempo, en 28 entrevistas y seis grupos de discusión realizados con parados y paradas de perfiles diversos.

Comenzamos problematizando lo que llamamos *la paradoja del tiempo escaso*: por un lado, la población ocupada tiende a una *escasez objetiva de horas* que se explica por el exceso de trabajo; por otro lado, la población parada tiende a una *escasez subjetiva de tiempo* al tener grandes dificultades para usar significativamente su *abundancia objetiva* de horas desocupadas. A través de esta paradoja, cuestionamos aquellos enfoques que abordan el desempleo sin problematizar la organización social del tiempo que lo produce. Para teorizar esta paradoja, partimos de una conceptualización del tiempo, el trabajo y el desempleo basada en la interpretación de Postone de la teoría crítica de Marx, y particularmente, de su concepto de tiempo superfluo. Este enfoque permite comprender sociohistóricamente por qué los aumentos constantes de la capacidad productiva de riqueza no han conllevado tanto un ahorro de tiempo de trabajo global, sino sobre todo un ahorro de trabajadores que periódicamente se convierten en *superfluos*. Según esta perspectiva, la relación de trabajo es el pivote que dinamiza y polariza la división de los tiempos sociales. A partir de estos argumentos, proponemos una definición de ‘paro’ y de ‘parados’ que enlaza diferentes niveles analíticos: el sistémico, el estatal y el de las prácticas. Complementamos este marco teórico con herramientas de la sociología de Pierre Bourdieu, la sociología del tiempo, la sociología del trabajo, el feminismo o el psicoanálisis, entre otras.

Definimos el periodo de nuestra investigación como el *arreglo temporal español*. Con este concepto, situamos el sentido del desempleo en el marco de las nuevas estrategias de inserción del modelo productivo español en el proceso global de acumulación de capital. Entre 2007 y 2013, la producción de desempleo masivo se ha dado paralelamente a un fuerte incremento de la

productividad e intensidad del trabajo y a una reducción de los salarios directos e indirectos. Interpretamos que una de las funciones del desempleo masivo ha sido, por un lado, facilitar estas transformaciones en el tiempo de trabajo, y por otro, reorganizar el conjunto de la división social del tiempo; todo ello en el marco de unas políticas económicas cuyo objetivo no es tanto crear empleo neto, sino gobernar el desempleo y la precariedad crecientes.

Metodológicamente, proponemos analizar *las formas del tiempo del paro*, entendidas como articulación de las *normas, prácticas y disposiciones temporales* de los parados. Definimos cuatro formas del tiempo del paro que expresan las relaciones intrínsecas entre el desempleo y la división del tiempo: 1) el trabajo de competir por el trabajo; 2) el desempleo reproductivo; 3) el desempleo improductivo superfluo; 4) el desempleo improductivo como tiempo disponible. Con su análisis, intentamos mostrar cómo la heterogeneidad de las prácticas en el paro no está arbitrariamente construida sino que está socialmente estructurada por esta paradójica división del tiempo.

Así, obtenemos cuatro ejes explicativos de la paradoja del tiempo escaso: 1) en el primer análisis, concluimos que el tiempo dedicado a la *competencia por el trabajo* –la búsqueda de trabajo, la formación y los intentos de autoempleo– se orienta a reproducir la escasez objetiva y subjetiva de tiempo, al expandir e intensificar el *tiempo con forma de trabajo* y el grado de explotación de la población trabajadora; 2) respecto al tiempo del *desempleo reproductivo* –trabajo doméstico y cuidados– el paro ha implicado un proceso de *privatización del tiempo* de la reproducción social en los hogares que ha contribuido a la escasez objetiva de tiempo en las mujeres, y a la escasez subjetiva en los hombres; 3) en relación al tiempo de aquellos parados cuyas condiciones sociales son más adversas, analizamos cómo la abundancia de horas desocupadas se traduce en un tiempo vacío –“no hacer nada”– que tiende a producir personas cuya superfluidad muestra las formas más extremas de la dominación del tiempo de trabajo sobre el tiempo de vida; 4) por último, vemos los discursos y prácticas que transforman el tiempo del paro en un *potencial tiempo disponible* –participación en movimientos sociales, disfrute de la ociosidad, superación de la culpa, etc.– que consigue ser subjetivamente abundante por lograr una relativa autonomía respecto al tiempo de trabajo. Este último caso señala algunas de las posibilidades históricas existentes para imaginar y practicar una solución al desempleo que no pase por la profundización de sus causas, esto es, por la expansión e intensificación del trabajo y por la polarización de la división del tiempo.

*Palabras clave:* Desempleo, tiempo, crisis económica, España, Marx.

## Abstract

This research asks why unemployment occurs in a social division of time which produces mass unemployment, and at the same time, expands and intensifies labor. Our aim is to ground a theoretical and empirical explanation of unemployment to understand the causes of this polarized division of time as well as to point out some of the possibilities for overcoming it. Theoretically, we focus on Marx's concept of *superfluous time*, following Moishe Postone's reading. Empirically, the relations between unemployment and this paradoxical division of time are investigated during the crisis in Spain in the period 2007-2013, when there was 27% unemployment, six million people were unemployed. Through an approach developed with sociotemporal categories, we analyze data from Time Use Surveys, 28 interviews and six discussion groups carried out with unemployed people of heterogeneous social conditions.

The *paradox of scarce time* is problematized: on the one hand, the employed population tends to an *objective scarcity of hours* which can be explained by overwork; on the other hand, the unemployed tend to a *subjective scarcity of time* because they have important difficulties to use their *objective abundance* of non-occupied hours in a significant way. Through this paradox, those approaches that address unemployment without problematizing the social organization of time are criticised. To theorize this paradox, a conceptualization of time, labor and unemployment based on the interpretation of Marx's critical theory made by Postone is used, and particularly his concept of superfluous time. This approach allows us to understand why, sociohistorically, the constant increases in the productive capacity of wealth have not led to savings in global labor time, but to savings in workers who periodically become *superfluous*. In this view, the labor relation is the pivot that moves and polarizes the division of social times. From these arguments, a definition of 'unemployment' and 'unemployed' is proposed that links different analytical levels: systemic level, state level and practices level. This framework is complemented with other tools from Pierre Bourdieu's sociology, the sociology of time, the sociology of work, feminism or psychoanalysis, among others.

The concrete period of research is defined as the *Spanish temporal fix*. With this concept, the meaning of unemployment is understood in relation to the new insertion strategies of the Spanish economy in the global process of capital accumulation. Between 2007 and 2013, the production of mass unemployment has happened in parallel to a



significant increase in labor productivity and intensity as well as to a reduction in direct and indirect wages. One of the functions of mass unemployment is interpreted as, on the one hand, facilitating these changes in labor time, and on the other, reorganising the whole social division of time; all in the context of economic policies which do not aim to create net employment but to govern growing unemployment and precariousness.

Methodologically, an analysis of the *forms of unemployment time* is proposed, understood as the articulation of *norms, practices and temporal dispositions* of the unemployed. Four forms of unemployment time are defined, expressing the intrinsic relations between unemployment and the division of time: 1) the labor of competing for jobs; 2) reproductive unemployment; 3) superfluous unproductive unemployment; 4) unproductive unemployment as disposable time. Through this analysis, how the heterogeneity of unemployment practices are not arbitrarily constructed but socially structured by this paradoxical division of time is depicted.

Then, four explanatory axes of the paradox of scarce time are obtained: 1) in the first analysis, the time spent on the competition for jobs -job search, training and the attempts of self-employment- are concluded to be oriented to reproduce the objective and subjective scarcity of time, because it expands and intensifies *labor-form time* as well as the degree of exploitation over working population; 2) in relation with *reproductive unemployment* – domestic labor and care- unemployment has involved a process of *privatization of social reproduction time* in households which has contributed to an objective scarcity of time for women, and a subjective scarcity for men; 3) in relation with the time of those unemployed people whose social conditions are worse, how the abundance of non-occupied hours results in an empty time -“to do nothing”- is analysed, which tends to produce people whose superfluity shows the most extreme forms of domination of labor time over the lifetime; 4) finally, the discourses and practices that transform unemployment time in a *potential disposable time* -participation in social movements, enjoyment of idleness, overcome guilt, etc.- that manages to be subjectively abundant and achieves some relative autonomy from labor time are explored. The latter case indicates some of the existing historical possibilities to imagine and practice a solution to unemployment that does not deepen its causes, that is, the expansion and intensification of labor and the polarization of the times.

*Keywords:* Unemployment, time, economic crisis, Spain, Marx.

## Agradecimientos

Si se me permite contar una anécdota personal, quizás informal, pero pertinente: en abril de 2014, estando yo en una estancia de investigación disfrutando del enorme privilegio de poder desarrollar en la Universidad de Chicago una parte de esta tesis doctoral, asistí como oyente a algunas clases de su famoso departamento de Economía, para entender mejor la mirada económica del desempleo con la que discuto en esta investigación. Escogí la asignatura *Human Capital*, impartida por el afamado economista chicaguiano, Gary Becker. Por desgracia, Becker murió en las primeras semanas del semestre. El profesor que le sustituyó, buen amigo suyo, en la primera clase tras la muerte de Becker nos contó que a medida que se agravaba su enfermedad, Becker comenzó a dudar del modelo del *homo economicus egoísta* (sic.) que tanto había contribuido a difundir con su teoría del Capital Humano desde los años sesenta. Según nos dijo, la causa de su duda era que, aunque el modelo se ajustaba a muchos fenómenos, no explicaba el incalculable altruismo que Gary Becker había demostrado toda su vida. Después, me cansé de ir a las clases porque ya todo eran fórmulas, y posteriormente descubrí que el curso entero estaba colgado en Youtube.

Vivimos un mundo y un tiempo contradictorios, y mejor que darse cuenta cuando ya es tarde, parece más sano reconocer las contradicciones con las que tenemos que vivir. Este trabajo de investigación puede entenderse como un intento de dar un poco de coherencia a todo el valiosísimo batiburrillo de conocimientos contradictorios con los que uno ha tenido la suerte, o la desgracia, de cruzarse. Si entre todas esas contradicciones, hay alguna idea más o menos rescatable, sin duda se debe al permanente usufructo de todos los chorreos de Capital Humano que he intentado absorber durante estos cuatro años, y mucho antes. Especialmente siendo sociólogo, mi Capital Humano se ha lucrado de toda la gente que me rodea, que tanto si lo saben como si no, practican todos los días la sociología. Con más razón aún, hay que agradecer a todas esas personas, que soy ellas y que son yo. A quienes me han permitido disfrutar del proceso de cuatro años de trabajo, polémico, dialógico, contradictorio, vivo, les doy las gracias.

A Eduardo Crespo y Carlos Prieto, que confiaron en mí casi sin conocerme para invitarme a la sociología -a pesar de venir de ese lugar que reniega de la ciencia social llamado “Facultad de Psicología”. Gracias a ellos, he conseguido compatibilizar el trabajar y el disfrutar, algo casi milagroso en estos tiempos. Por darme la libertad que me han dado, tanto para decidir mis caminos como por evitarme callejones sin salida. Por hablar y discutir

siempre con tanta honestidad, les he absorbido todo el Capital Humano que tan generosamente han compartido. Entre las dudas del primer año para elegir el tema final de investigación, Carlos me recomendó leer *Los parados de Marienthal*, y hasta aquí hemos llegado.

Al grupo de sociología del poder y a Carlos Castillo Mendoza, a quien tanta gente le debemos que aprender sea un auténtico principio de placer. Con los senderos caminados juntos con Marx, Freud y otros clásicos, tiene esta tesis algo más que una pequeña deuda, como comprobará cualquiera desde la primera a la última página. Por su dedicación, constancia, rigor y por la cantidad y calidad de tiempo de trabajo espectral e invisible que porta cualquier valor de uso que esta tesis pueda tener. A Miguel, Jacobo, Cristina, Antonio, Marcos, Rodrigo, Giampa, Ángeles, Roberto, y los demás. Especialmente, Pablo López Calle atraviesa con su inteligencia, humildad y buen humor muchos de los argumentos de la tesis. No sé si el Capital Humano, pero el Capital les sale a todos por las orejas.

Al excepcional grupo de estudiantes de tercer ciclo de Somosaguas, Sociópolis y alrededores: Conchi, Christian, Alba, Javi, Tomás, Carlos, Jose, Nacho, Emily, Ana, Sara, Toño, Fran, Flo, Miguel, Yeray, Gibrán. Y como si lo fueran, Francesca, Asier, Olatz, Irene, Raúl y alrededores. También, a Mario Domínguez y el resto de amigos del seminario de Bourdieu y Krisis. Compañeros entrañables para quienes la inteligencia nunca deja de estar acompañada por el corazón, con quienes conseguimos realmente hacer del trabajo de tesis un trabajo de discusión colectiva, de acompañamiento, de estar juntos por el placer de aprender juntos, siempre anclados al mundo. ¡Cuánto Capital Humano habéis derrochado!

Al grupo del proyecto TRACUVI, además de Carlos, Teresa, Isabel, Pilar, Jose, Javier, Sofía, Tebelia. Me acogieron en mi primera incursión en la investigación sociológica “seria” y nunca me mandaron a hacer fotocopias ni a traer cafés en estos tiempos de abusos sobre “el becario”, sino que me trataron con cercanía desde el principio y me han enseñado una sensibilidad sociológica por la investigación de verdad de la buena. Y a las transcriptoras de las entrevistas y grupos, mujeres invisibles tecleando por dos duros: Evelyne, Ethel, Jazmín, y el resto de Sevilla, Cádiz y Barcelona, nos han ahorrado mucho tiempo de trabajo poco valorado para podernos dedicar a valorizar más nuestro Capital.

A Moishe Postone, por su acogida, radicalidad, humor, impresionante saber abstracto que acompaña su sensibilidad concreta. Igualmente a Bill Sewell y Fabian Arzuaga por darme

la oportunidad de discutir mi investigación en Chicago. También a Peter Fugiel, Noriko Kanahara y Jaewoong Jeon .

Al Ministerio de Ciencia e Innovación, y luego de Economía y Competitividad, - curioso cambio de nombre el de mis financiadores. En reconocimiento a las condiciones materiales que –aún- permiten investigar con cierta independencia del producir por producir y el JCR. Y a los lugares públicos: bibliotecas, con mesas, luz, sillas, espacio, calefacción, etc.

A las muchas personas que me ofrecieron generosamente sus lecturas atentas, comentarios críticos, consejos metodológicos, o cualquier otro aporte en uno u otro momento en estos años. He sido inmisericorde lucrándome con su Capital Humano. A los que me permitieron colarme en sus clases para actualizarme con la sociología que en buena medida desconocía: Juanjo Castillo, por transmitir su pasión por la sociología del trabajo; Lucila Finkel, por la metodología cuanti; a Ramón Ramos, por las invitaciones a los interesantes seminarios que organizó sobre la crisis en 2013 y 2014.

A mis viejos amigos de la UAM, con quienes tanto aprendí desde hace mucho, Tomás –asesor metodológico de lujo-, Rubén, Dani, Jara, Nata, Bea, Nacho, Josetxu, y toda la Noam. Por 2008-09, a Bronqui, Árbol, y mi hermano Pablo, volcán de vida y compañero del alma, compañero. A Ana Garay, en su memoria, y al Master de Psicología Social en la UAB, que nos abrió tantas inquietudes. A Vic y Ruth, siempre me evocáis un cariño que no es afectado por el tiempo, y todo lo que con vosotros aprendí. A Elvira, pues del saber que construimos, más sabio que mil libros, está impregnado buena parte de esta tesis.

Hay que reconocer que mi Capital Humano sería infinitamente menor si no me hubiese lucrado de toda la maraña de personas y colectivos que sacan el tiempo de donde no lo hay para organizar todo tipo de actividades de agitación cultural, conferencias, debates y jornadas, hechas para aprender por aprender: que si los de nociones comunes, que si economía feminista, que si economía crítica, que si los de IOE, que si los del CSIC; la lista sería muy larga. En general, a quienes alimentan el riquísimo caldo de cultivo más formal o informal que en Madrid y en el Reino de España nos va dejando gusanillos en la cabeza por todos lados, y que hacen de esta ciudad un lugar vivible y del que no emigraremos mientras podamos.

Mis compas de luchas en este Madrid, que son correa de transmisión de la historia viva que vivimos en estos años, y que atraviesan los párrafos y las letras del texto que sigue. A Alfonso, por nuestra enorme amistad, por todo lo que aprendemos juntos. A los marchitos

beta y a la Potra, por lo que nos hemos reído con nosotros mismos y por todo el feminismo aprendido. A Daouda, Badara y Omar, luchadores incansables de la vida cotidiana que nunca pierden la sonrisa. A Ingrid, otra intensa fuente de aprendizaje. Marisita, si pudiera medirse en Capital Humano tu compromiso alegre e inteligencia desbordante, no cabrían las cifras en la calculadora. A las vallecanas: Susana, Josele, Bea, Concha y demás, a nuestro fugaz y contradictorio grupo de economía, Nieves, Carmen, Pilar. A Evita y Luca, Carmen, Carol, Cris; más amigas de luchas y aprenderes. Al centro Marie Langer, por permitir que me infiltrara en uno de sus grupos de parados, y por su generosidad en la organización del grupo en La Villana, en reconocimiento a su brillante trabajo de salud mental que ha hecho revivir con la mera palabra a tantos parados hundidos en los antidepresivos. También, a Débora Ávila, que me compartió interesantísimos materiales del creativo taller que organizaron con personas en paro, y que cierra esta investigación.

A 2007, el año en que realmente se inició esta travesía: a Llaguepulli, los Gallardo Ramírez y a Luther; sin ellos, nunca las ganas de aprender habrían sido las que hoy siguen siendo, y sin duda esta tesis no se habría escrito.

Los antepenúltimos, y no por ello menos importantes, a mis más viejos amigos, que me sostienen, me acompañan, y con quienes siempre buscamos huecos para perder el tiempo, hablar y reír por reír: Toni, por tu sentido de la amistad y tu fidelidad; Charli, por contagiar el hambre de aprender y por la generosidad con la maquetación y con todo; Javi, también tú estuviste con el Gullón, y lo sabes; Miguel, por tu permanente humor, cariño y brillantes fotos de contraportada; Pedro, porque te vas y no te has ido y porque no dudé a qué Carnicería llamar cuando durante este periodo me encontré un bache difícil; Lupita, eres la amiga menos vieja, pero has llegado para quedarte.

A mi familia en general, y a la más cercana, madre, padre, Rosa, Jorge y Paula. Nuestras mil virtudes y mil defectos, son también buena parte de la gasolina que alimenta mis ganas de saber. ¿Qué sería de mi Capital Humano sin vosotros, que sois la base de su transmisión? A mis tres primos más queridos, qué tíos, y a mi abuelo.

A esos deficitarios de Capital Humano, las paradas y parados: en las próximas páginas tratamos de ser fieles a sus caras y sus tiempos, sus vivencias contradictorias y sus luchas vitales. A ellxs se dedica esta investigación, cuyos errores espero que sean sólo míos.

Madrid, octubre de 2015

## ÍNDICE GENERAL

### INTRODUCCIÓN

<b>La paradoja del tiempo escaso .....</b>	<b>iii</b>
0.1. ¿El problema del paro? .....	iv
0.2. Dos formas paradójicas de la escasez de tiempo.....	iv
0.3. El tiempo superfluo: del trabajo como solución al trabajo como causa del paro.....	xi
0.4. Estructura de la exposición.....	xix

## PRIMERA PARTE. OBJETO, CONTEXTO Y MÉTODO

### CAPÍTULO 1

<b>La forma del tiempo del paro .....</b>	<b>5</b>
1.1. La expropiación del tiempo .....	6
1.2. La mercantilización del tiempo .....	23
1.3. El tiempo superfluo como forma del tiempo del paro .....	33
1.4. Una propuesta de definición.....	48
1.5. La gestión estatal del tiempo del paro.....	54
1.6. Resumen.....	64

### CAPÍTULO 2

<b>El arreglo temporal español (2007 – 2013) .....</b>	<b>71</b>
2.1. Del arreglo espacial al arreglo temporal .....	76
2.2. La <i>Gran Interrupción</i> , o, las necesidades de reaceleración del capital.....	92
2.3. Resumen.....	104

### CAPÍTULO 3

<b>Representar el tiempo del paro .....</b>	<b>107</b>
3.1. Las formas del tiempo del paro .....	108
3.2. Sociologizar el concepto de forma .....	110
3.3. Condiciones de producción de los datos temporales .....	123
3.4. Resumen.....	134

## SEGUNDA PARTE. LAS FORMAS DEL TIEMPO DEL PARO

### CAPÍTULO 4

<b>¿Qué se hace con el tiempo en el paro? .....</b>	<b>136</b>
4.1. El tiempo del parado “medio” .....	138
4.2. Las tácticas temporales y sus condiciones sociales.....	145
4.3. Tácticas temporales en el paro .....	149
4.4. Líneas abiertas: el paro, la vulnerabilidad, los sueños y el futuro.....	155



## **CAPÍTULO 5**

### **El trabajo de competir por el trabajo ..... 159**

- 5.1. El tiempo del paro con forma de tiempo de trabajo .....161
- 5.2. El doble de tiempo de competir por el trabajo .....171
- 5.3. La mediación del Estado en la competencia por el trabajo .....173
- 5.4. INFORMARSE.....192
- 5.5. FORMARSE .....212
- 5.6. REFORMARSE .....227
- 5.7. Efectos generales: la producción de la voluntad de trabajar .....234
- 5.8. Conclusiones: la reconstitución de la escasez temporal general.....255

## **CAPÍTULO 6**

### **El desempleo reproductivo: el tiempo privatizado ..... 259**

- 6.1. CUIDAR LA FORMA. El tiempo del paro con forma de tiempo de cuidados.....261
- 6.2. Seis mil millones de horas privatizadas por el paro .....269
- 6.3. Formas de privatización del tiempo: rigidez y flexibilidad en los hogares en paro 274
- 6.4. Conclusiones: la privatización de la reproducción y la escasez temporal.....285

## **CAPÍTULO 7**

### **El desempleo improductivo (I): ser superfluo ..... 289**

- 7.1. DEFORMARSE. El tiempo del paro con forma de tiempo superfluo .....291
- 7.2. Miles de millones de horas superfluas .....297
- 7.3. Ser superfluo para el Estado .....299
- 7.4. Ser superfluo para las empresas .....302
- 7.5. Ser superfluo para la familia y los amigos .....310
- 7.6. Ser superfluo sin dinero .....316
- 7.7. Ser superfluo en la casa .....320
- 7.8. Ser superfluo para uno mismo .....330
- 7.9. Ser superfluo para el futuro .....373
- 7.10. Conclusiones: la intensificación del tiempo abundante subjetivamente escaso .....381

## **CAPÍTULO 8**

### **El desempleo improductivo (II): el tiempo disponible..... 385**

- 8.1. TRANSFORMARSE. El tiempo del paro con forma de tiempo disponible.....387
- 8.2. ¿Qué haríamos con cinco mil millones y medio de horas de tiempo disponible?...397
- 8.3. Entre el rechazo al mal trabajo y el rechazo del trabajo .....398
- 8.4. Entre los roles patriarcales y la sostenibilidad de la vida.....424
- 8.5. Entre el capital social y el apoyo social .....436
- 8.6. Entre la necesidad de dinero y las alternativas sin dinero .....442
- 8.7. El tiempo disponible y la politización del tiempo .....449
- 8.8. Conclusiones: potencialidades de una riqueza temporal general.....463

## **CONCLUSIONES ..... 467**

### **Anexo: Estado de la cuestión. La crítica del paro como crítica del trabajo..... 491**

### **BIBLIOGRAFÍA ..... 509**

### **Índices de esquemas, tablas, cuadros e imágenes..... 527**

### **INDICE DETALLADO..... 529**

# INTRODUCCIÓN

## La paradoja del tiempo escaso

Del problema del paro al problema del tiempo superfluo

## 0.1. ¿El problema del paro?

La pobreza de la sociedad española se presenta como una enorme acumulación de parados. La incesante pregunta es: *¿qué hacer con los parados?* La respuesta parece obvia: crear empleo. ¿Qué hay que hacer para crear empleo? Discursos técnicos, políticos, populares, mixtos: cambiar el modelo productivo, invertir en tecnología, actividades de alto valor añadido, reducir salarios y prestaciones, aumentarlos, incentivar el consumo y la demanda, emprender, activarse, flexibilizarse, “digerir” la población excedente, cambiar a todos los políticos, quitarlos a todos, repartir el trabajo, el pleno empleo, que nos concedan una discapacidad, que adelanten la jubilación, que las mujeres vuelvan a la casa, que cierren las fronteras... y así una infinidad de soluciones el desempleo, sobre sus causas y sus consecuencias, enmarcados todos en una pregunta que, como a veces se advierte, determina las respuestas. Como la mayoría de preguntas con truco, su eficacia no reside en su extrema complejidad, sino en su extrema sencillez. ¿Qué querrían los parados? Trabajar. ¿Qué querría el país? Que la economía vaya bien, que haya crecimiento, para así poder crear empleo.

Si las investigaciones suelen comenzar justificando la pertinencia de su problema, en nuestro caso no es un reto defender que el paro es *la* cuestión social por excelencia. Más difícil resulta conseguir escapar de un marco tan predeterminado. Nuestro reto comienza, como suele decirse, no tanto por buscar buenas respuestas sino por encontrar buenas preguntas<sup>1</sup>.

## 0.2. Dos formas paradójicas de la escasez de tiempo

Es la crisis más importante de las últimas décadas, y se afirma constantemente que España tiene un problema: no hay trabajo. La definición del problema apunta a la *escasez de trabajo*. La solución: crear trabajo. Por un lado, quienes trabajan, por otro, quienes quieren pero no pueden trabajar. En el discurso hegemónico de los economistas, las responsabilidades se distribuyen de un modo paradójico. Primero que todo, se alude al individuo, pues cada parado tendría la responsabilidad fundamental de su situación, por no moverse lo suficiente, no formarse lo suficiente, no buscar trabajo lo suficiente, exigir más salario del que le sería

---

<sup>1</sup> “El investigador social está permanentemente expuesto a las preguntas que se le hacen: así se olvida de hacer preguntas él mismo, se olvida de que se ha olvidado, y cree que lo que hace –cuando repite como un papagayo las preguntas que se le hacen- es preguntar.” (Ibáñez, 1985: 21)

suficiente. Pero al mismo tiempo, los “privilegios” de algunos trabajadores producirían el paro, por salarios artificialmente altos, enorme gasto público, instituciones paternalistas, condiciones de despido exageradas, pocos incentivos al esfuerzo, exceso de protección legal. En este sentido y a pesar de lo que suele decirse, estos discursos dicen que el problema es básicamente individual, pero no pueden evitar añadir otra explicación que no es individualista sino propiamente social, porque al poner en relación la situación del parado con la del trabajador –supuestamente- privilegiado, desresponsabilizan en parte a los parados a costa de responsabilizar a los ocupados. Aunque en general se haga más énfasis en la explicación individualista, la explicación social señala que el desempleo no es tanto un problema de los parados en sí mismos sino de la organización global del mercado de trabajo y, también, de la sociedad en su conjunto.

Así, en estos conocidos discursos las condiciones para la creación de empleo pasan bien por la vía de la “activación” del desempleado, bien por la vía de la intervención sobre los “privilegios” de quienes trabajan. El gran objetivo sería “la creación de empleo”. Sin embargo, proliferan las ambivalencias semánticas entre ‘trabajo’, ‘empleo’ y ‘puesto de trabajo’, y es función de la sociología introducir claridad para distinguir los usos de estas categorías. El problema de la creación de empleos aparece desconectado del problema de la cantidad e intensidad del tiempo de trabajo. El tiempo de trabajo no está en el debate público: la gran cuestión, se dice, es crear trabajo, crear empleo, crear puestos de trabajo, indistintamente<sup>2</sup>. Si preguntamos a muchos de quienes ocupan un puesto de trabajo, su problema desde luego no sería el de la escasez de trabajo. No sólo es que tengan un puesto de trabajo, sino que además dicen tener “mucho trabajo”. Para ellos, hay abundancia de trabajo a pesar de vivir en un contexto general de escasez de puestos de trabajo. Su problema, más bien, es el de la *escasez de tiempo*. Veamos algunas expresiones<sup>3</sup>:

A mí me gustaría tener mucho más tiempo, y duplicarlo por ejemplo. (Superocupados)

[...] no lo puedo hacer nunca, porque los horarios no cuadran, es imposible, o ya es muy tarde y también yo me levanto temprano. (Superocupados)

<sup>2</sup> Según Bilbao (2000: 69), crear un ‘puesto de trabajo’ significaría aumentar en 40 horas el volumen total del tiempo de trabajo de un país. “En una situación de pleno empleo, y dada una determinada convención en cuanto a la extensión temporal de un puesto de trabajo, se daría una completa simetría entre el número de empleos y el número de puestos de trabajo. En la actualidad, sin embargo, esta simetría está rota. Por una parte, por la menor capacidad para generar puestos de trabajo. Por otra parte, porque la precariedad del empleo significa romper la norma que identificaba empleo con ocupación estable de un puesto de trabajo.”

<sup>3</sup> Los datos de parados y paradas, como los de otros perfiles, provienen de los grupos de discusión elaborados de un proyecto de investigación más amplio (Prieto, 2015). Especificamos sus condiciones en el capítulo metodológico [3.3].

[...] en general creo que la gente no tiene tiempo. Ya es acostar a los niños, y casi ya se te ha acabado, estás agotado. (Precarios)

Y tiempo libre con la pareja, últimamente igual, poquísimo. El otro día que me regaló mi prima por mi cumpleaños el quedarse con los niños [risas]. Fue su regalo y dije ‘Hostia, qué regalazo, chavala’ [risas] y nos fuimos a cenar pero, ya ves que a las dos horas estábamos los dos ‘tío, qué sueño, venga vámonos’. Porque ya estás cansada la verdad, se disfruta pero estás cansada. (Precarias)

La vida de buena parte de la población se caracteriza por esta pobreza temporal debida a una abundancia de trabajo. Sin embargo, nótese que el término “escasez de tiempo” no tendría sentido si pensamos que cada persona tiene siempre las mismas 24 horas diarias que cualquier otra persona<sup>4</sup>. De esta manera, aparece otra paradoja: para quien trabaja, “tener tiempo” significa, básicamente, tenerlo fuera del trabajo. No es baladí que la expresión tiempo “libre” sea perfectamente opuesta al tiempo de trabajo. En el trabajo, el tiempo no es libre, es decir, “no se tiene”: más bien, es como si el trabajo mismo tuviera el tiempo de uno. Esto significa que la afirmación “todos tenemos 24 horas” es errónea en la medida que el tiempo de trabajo “no se tiene” como tal, como cualquiera señala al presuponer que la expresión “tener tiempo” es sinónima de tener tiempo *por fuera del trabajo*<sup>5</sup>. Otra cuestión en la que aún no vamos a entrar, es si además la escasez temporal coincide con la escasez de dinero: no necesariamente, porque entre estos pobres temporales hay quienes acaparan mucho dinero y hay quienes además son pobres en dinero.

Pero sigamos con las paradojas sobre el significado de tener tiempo. Como es lógico, la escasez de tiempo por fuera del trabajo depende de la cantidad de tiempo dentro del trabajo, o dicho de otro modo, hay una relación inversa entre abundancia de trabajo y control del tiempo. A más trabajo, menos tiempo; a menos trabajo, más tiempo. Sin embargo, esto no se cumple en todos los casos: por ejemplo, no se cumple para quienes dedican mucho tiempo al trabajo doméstico, y tampoco se cumple para quienes están en una situación de desempleo más o menos larga. Entonces, si dejamos el caso del trabajo doméstico por el momento y tomamos el caso del desempleo, se enrevesa aún más la paradoja. En el paro, la escasez de trabajo no implica abundancia de tiempo vivido, sino sólo abundancia de minutos. Algo hay que repite típicamente un parado de larga duración: es “la sensación de que se te ha ido el día”. Conocemos bien los castellanohablantes esta connotación: no es que “se ha ido el día”

---

<sup>4</sup> “La cuestión es que todos disponemos del mismo capital; veinticuatro horas diarias, que es lo mismo que 1.440 minutos y 86.400 segundos. Con este capital, unos son ricos y otros son pobres. Unos lo convierten en felicidad, optimismo y alegría compartida, y otros proyectan su rencor, frustración y malhumor.” (Buqueras, 2006a: 212)

<sup>5</sup> “Si es un tiempo alienado, esclavizado en el trabajo, entonces «uno no tiene tiempo». Si es tiempo fuera del trabajo o fuera de las obligaciones, «uno tiene tiempo»” (Baudrillard, 1970: 188).

por haber trabajado mucho, sino que en este caso es un “se ha ido el día” porque “no he hecho nada en todo el día”, como suele expresarse. No es una experiencia única del parado, sino la experiencia que cualquiera puede tener una tarde lluviosa de un domingo de invierno, o un día de vacaciones de verano, y muy especialmente al volver de éstas. Es una experiencia análoga a aquella que afirma “cuantas más cosas tengo que hacer, más aprovecho el tiempo, si tengo pocas cosas que hacer, no hago ninguna”:

Cuando tienes poco es complicado sacar tiempo de donde puedas, pero cuando tienes mucho, es realmente complicado. (Superocupados)

Por eso me planifico lo que voy a hacer durante las vacaciones, porque si no, pasan diez, quince días y no he hecho nada. Es difícil gestionar cuando se tiene mucho tiempo. (Superocupados)

[...] cuando lo tengo lo disfruto mucho y [...] si tuviera muchas horas a lo mejor no las aprovecharía. (Superocupadas)

[...] me pierdo un poco cuando tengo tiempo para mí, es algo un poco raro. (Superocupadas)

[...] porque cuanto más tiempo libre tienes, más lo pierdes. (Superocupadas)

Y vivo las cosas muy parecidas a él en cuanto a cómo él se ha expresado. Intento que el tiempo libre sea el mismo tiempo que tenía antes cuando trabajaba y que el tiempo que antes trabajaba sea actualmente tiempo ocupado, en lo que sea, en mis proyectos, en mis estudios, en mí [...] Cuando el tiempo libre invade el tiempo que considero que debería estar ocupado, me siento muy mal, y duermo mal por la noche. (Parados CD)

Es cierto que cuando tu estás trabajando y tienes mucho trabajo, hay veces que te cansas y que dices: “Necesito un día libre”. Pero, uf, después cuando tienes un día libre te aburres, quieres trabajar. (Alfonso)

Yo mis vacaciones no era capaz de cogerlas seguido, yo lo dividía en cuatro semanas. [...] Que de repente un mes seguido se me hacía eterno. (Parados CD)

Como se ve, la incapacidad de usar el tiempo cuando es abundante aparece conscientemente también en quienes tienen una ocupación. Se desea tener tiempo libre, pero no demasiado: o lo que es lo mismo, se desea tener tiempo no-libre, lo que cuanto menos resulta extraño dicho en boca de sujetos formalmente libres. De este modo, la experiencia de “perder el tiempo” puede ser placentera vivida por quien trabaja demasiado y necesita “desconectar”, que la mayoría vivenciamos de un modo ambivalente en días o momentos puntuales, pero que muchos parados, sobre todo varones, experimentan de forma multiplicada e intensificada un día tras otro durante meses o años, hasta verse arrastrados a un estado de “desconexión” temporal, que a menudo significa su desconexión social general. Algunas expresiones son:

Yo siempre he dicho: mi vida es propiedad de la empresa y los días libres es propiedad de mi familia. Menos yo, todos los demás eran propietarios de mi vida. Y ahora de repente te encuentras que nadie te



dice lo que tienes que hacer, nadie te dice lo que tienes que hacer y de repente dices “¿qué hago?”. Lo tienes que preguntar. (Parados CD)

[...] quizá tengo menos tiempo para mí que antes, cuando tendría que ser al revés... (Precarios)

[...] llego a hartarme a veces de tiempo de ocio, no sé bien cómo explicarlo. Hay veces que, aunque esté haciendo cosas que se supone que me gustan, no tengo ganas de hacerlas. [...] Antes quería tener tiempo para hacerlo, y ahora que puedo hacerlo, a veces me pongo y al rato estoy aburrido y no quiero hacerlo (Alfonso)

Lo que sí me identifico es que antes precisamente disfrutaba más del tiempo libre y ahora tengo que tener cuidado que el tiempo libre no me invada mis proyectos. ¿Comprendes? Es que si no el tiempo libre se convierte en que se te ha ido el día. Y esta sensación, yo ya la he tenido, no llevo mucho tiempo desempleado, pero esta sensación de que se te ha ido el día es la más áspera del desempleo. (Parados CD)

Mi gran esfuerzo, lo que me agota mucho es: ¿Mañana, qué hago?, ¿Mañana, qué hago? Porque todos los días son diferentes, no tengo la monotonía que tenía antes con el trabajo, a mí me encantaba mi trabajo. Todos los días eran iguales, tenías una rutina que era muy fácil, la rutina en la vida es muy cómoda. De repente tengo que buscar siempre actividad. (Parados LD)

Pero lo que intentas es que no te pise esa monotonía, porque si no, al final lo que hace es que te derrumba. (Parados LD)

Los efectos de la crisis mundial, muy especialmente en el caso español, han puesto esta experiencia en el centro de la vida de muchas personas, pero ello no ocupa los discursos de las soluciones del desempleo. Millones han perdido su trabajo, buscan “algo que hacer”, están siendo poco a poco objetos de un tiempo que les desborda. Las horas “pasan”, delante de la televisión, paseando y paseando y paseando, en la cama, en el bar, navegando en Internet y en Infojobs. Algunos, y especialmente algunas, pasan el tiempo encerradas en “las cosas de la casa”: el tiempo “pasa”, los días “pasan”, no saben qué hacer. Cuando el desempleo se intensifica, se refieren a sí mismos como si no existieran: *no eres nada, no eres nadie, estás caducado, aparcado, obsoleta, no existes, no sirves, hundido, olvidado, marginado, sobrante, inútil, aislada, traumatizada, indeseado, echado a perder, mermado, gilipollas, abandonado, oxidado, trasto viejo, perdido, no organizado, desechado*. Expresiones de la vida en el desempleo que, en su literalidad, no remiten a la escasez de dinero, ni siquiera directamente a la escasez de trabajo: hablan de otro tipo de pobreza, de escasez de actividad, invisibilidad, superfluidad, aunque en un sentido más profundo que en el de los superocupados, se trata también de una escasez de tiempo. Si bien aparentemente hay muchos minutos, el tiempo no “se tiene”: el tiempo se va, pasa por encima, lo que en los casos más devastadores se encarna en aquellos “desanimados” -tal como los llaman los economistas- que ya no aspiran a “ganarse la vida” mediante el trabajo. Des-ánimo, es decir, sin movimiento, sin ánimo, sin alma.

Los economistas preocupados por el tiempo han dado, por supuesto, su propia explicación: como cualquier recurso abundante, el tiempo pierde valor a medida que aumenta; como cualquier recurso escaso, el tiempo adquiere valor a medida que escasea (Becker, 1965). En su perspectiva, todo tiempo perdido es potencial dinero perdido, todos los minutos sin usar son inversiones desaprovechadas. El análisis del tiempo del paro revela el simplismo de este economicismo temporal que reduce todo tiempo a mero *recurso*, pero ciertamente no podemos afirmar que se trate de una mera equivocación, sino que su potencia explicativa reside en que de hecho capta una dimensión clave del tiempo moderno<sup>6</sup>. El error básico del economicismo temporal es que si el trabajador “no tiene” su tiempo cuando está en el trabajo, es entonces el trabajo el que tiene el tiempo del trabajador, y no al revés. El tiempo del trabajo no es un recurso que utiliza el trabajador, sino que podría decirse que el trabajador es el recurso del tiempo de trabajo<sup>7</sup>. Si “tener trabajo” se presenta como positividad, en términos temporales aparece como negatividad: “no tengo tiempo”. A la inversa, “no tener trabajo” tendría que implicar “tener tiempo”, positivamente, pero hemos visto que no es así. De ese modo, los sujetos sólo tienen un tiempo libre que puede usarse como tiempo-recurso una vez que la persona se ha convertido en un “recurso humano” cuyo tiempo de vida es en buena medida absorbido por el tiempo de trabajo. Pudiera parecer un juego de palabras, pero a lo largo de la investigación intentaremos mostrar que se trataría de algo más profundo.

Tenemos, pues, dos formas paradójicas de la escasez de tiempo, que se corresponden con dos figuras típico-ideales situadas en los dos extremos de la división social del tiempo. De un lado, trabajadores ocupados que no tienen tiempo porque trabajan, y de otro, trabajadores parados que no tienen tiempo porque no trabajan. El primer nivel de la paradoja es el de la escasez *subjetiva* de tiempo: ¿Cómo es posible “perder el tiempo” cuando se dispone de muchas horas? ¿Qué hace posible que quien no trabaja involuntariamente, no sólo pierda su dinero, sino también su tiempo? ¿Por qué “no tiene” tiempo quien tiene tiempo sobrante? Más paradójica se vuelve nuestra paradoja cuando se relaciona el “no tengo nada que hacer” del desempleo, con el “no tengo tiempo de hacer nada” del trabajo. Como decíamos, hay quienes tampoco pueden “hacer nada” porque siempre tienen demasiado que hacer, quienes

---

<sup>6</sup> Por ejemplo, Bourdieu (1980: 187) reconoce que este economicismo apunta a uno de los fundamentos *objetivos* de la oposición entre abundancia y escasez de tiempo.

<sup>7</sup> “En la gran mayoría de los casos, no es el trabajador quien elige su trabajo, sino el trabajo el que elige al trabajador.” (Bourdieu, 1977: 73).

no tienen nada de tiempo porque “no te da la vida”. ¿Por qué en una sociedad que se supone racionalmente organizada hay millones de personas que no tienen tiempo porque les sobra trabajo, mientras que otros millones no tienen tiempo porque les falta trabajo? ¿Cómo es posible que sólo se pueda tener tiempo cuando no se tiene tiempo, y que se pierda el tiempo cuando sobra tiempo? *¿Por qué hay gente sin tiempo porque no trabaja, mientras hay gente sin tiempo porque trabaja?*

La formulación simple de estas preguntas no deja respuestas simples. Atender a la mundanidad de estas experiencias paradójicas sobre el tener o no tener tiempo creemos que nos aporta una clave para una investigación original del desempleo. Nuestra intención es tirar de este hilo hasta sus últimas consecuencias, y qué mejor ocasión que un país y un momento - España, 2015- con millones de hiperocupados que conviven con millones de hiperdesocupados. Llamamos a nuestra paradoja, *la paradoja del tiempo escaso*. Con su planteamiento, intentamos alejarnos de ciertas preguntas para dar prioridad a otras. Pasan a un segundo plano cuestiones tales como ¿cuál es la solución al desempleo?, ¿cómo ocupar a los seis millones de parados?, ¿por qué no funciona el mercado de trabajo?, ¿cómo crear empleo? o ¿qué está “mal” en la economía española? Pasan a un primer plano preguntas como: ¿qué tipo de organización social hace posible que millones de personas tengan tanto tiempo sobrante mientras que a la mayoría les falta tanto tiempo? ¿Por qué resulta tan incuestionable esta división del tiempo polarizada? ¿Por qué los parados “no tienen” su tiempo, pero los trabajadores tampoco? En estos términos, pasamos del “problema del paro”, permanentemente enmarcado en las soluciones para la creación de empleo, al problema de un *tiempo sobrante que está en relación con el tiempo de trabajo y el resto de tiempos sociales*. Se pasa, en fin, de un tratamiento del desempleo comúnmente centrado en el dinero y el trabajo como fines en sí mismos, a una mirada que aborda el desempleo a partir de la centralidad del tiempo de la vida de las personas. Este es nuestro punto de partida para un cambio en las coordenadas comunes de definición del problema. Tenemos ahora que transformar la pregunta por la paradoja del tiempo escaso en una pregunta sociológica.

### 0.3. El tiempo superfluo: del trabajo como solución al trabajo como causa del paro

Nuestra investigación intenta esclarecer la paradoja del tiempo escaso a partir de un marco basado en categorías sociotemporales, que intentamos construir y aplicar de una forma original. Con este objetivo, primero, señalamos los problemas epistemológicos y límites explicativos asociados a la separación del nivel del tiempo subjetivo –la experiencia de los parados que “pierden el tiempo” y se sienten sobrantes- y el nivel del tiempo objetivo –la distribución social de los minutos y las actividades. Después, proponemos la categoría de *tiempo superfluo* como eje teórico central a partir del cual desarrollar una investigación empírica del desempleo que pueda articular los dos niveles de la paradoja.

En el primer nivel, la experiencia de la escasez de tiempo en el desempleo ha sido un tema típico en la investigación social del desempleo<sup>8</sup>. En sentido temporal, la explicación fundamental es que la carencia de empleo implica una pérdida progresiva de la capacidad de estructurar la vida cotidiana, porque se produce una pérdida de rutinas, ritmos, horarios y acontecimientos significativos asociados a la centralidad temporal del trabajo, todo ello unido a la pérdida del reconocimiento subjetivo, familiar y social que otorga el empleo, y a la escasez de dinero y medios económicos. Esta explicación básica capta una parte clave del problema, y en tanto explicación sociológica, permite criticar el economicismo temporal, la responsabilización individual de los parados y la definición de su situación como voluntaria, como “vagancia” o como falta de activación<sup>9</sup>. Pero aunque es menos simple y menos reduccionista que la solución economicista, esta explicación en sí misma no es suficiente, porque se desconecta del problema de la distribución social del tiempo. Implícitamente, presenta el empleo como solución al desempleo.

En el segundo nivel, sabemos bien que los tiempos están repartidos de una forma polarizada y conflictiva. La solución desde este punto de vista parecería relativamente sencilla: *repartir* o *redistribuir*<sup>10</sup> los tiempos, ya sea reduciendo el tiempo de trabajo para trabajar todos, ya sea trabajando igual pero con pleno empleo. Independientemente de si estas propuestas son más o menos factibles, *este enfoque no explica la relación entre el desigual*

<sup>8</sup> Comenzando, por supuesto, con *Los parados de Marienthal* (Lazarsfeld et al. 1932).

<sup>9</sup> “Culparles [a los parados] por su falta de capacidad para utilizar el tiempo de una forma satisfactoria carece de sentido, equivaldría a pedirles que, sin ayuda de nadie, derrocaran el sistema de normas sociales coercitivas en el que todos vivimos.” (Jahoda, 1982: 43)

<sup>10</sup> André Gorz (1994) distingue entre *reparto* y *redistribución* del trabajo. El *reparto* significaría reparto del tiempo y reducción proporcional de la riqueza, mientras que la *redistribución* no conllevaría necesariamente una progresiva reducción de la riqueza.

*reparto social de los minutos y la vivencia de la abundancia objetiva de minutos como escasez de tiempo.* Esto es, al reducir el problema a un problema de distribución del tiempo cuantitativo, el primer nivel de la paradoja queda escindido. Suponiendo que el desempleo se resolviera por el reparto de las horas, tal enfoque no da cuenta del deseo paradójico de parados y ocupados de no tener demasiado tiempo, sino que lo omite. No se trata, por tanto, de una mera cuestión de *redistribución* del tiempo en términos de *cantidad*: es decir, si hay quienes trabajan diez horas y hay quienes no trabajan ninguna, la cuestión no se resolvería simplemente repartiendo cinco y cinco, o mediante el pleno empleo. No es sólo un problema cuantitativo, sino que además ha de haber algo en la *cualidad*, en la *forma* del tiempo de trabajo mismo, que generaría que: 1) sólo “no teniendo tiempo” *por dentro del trabajo* se pueda “tener tiempo” *por fuera del trabajo*; y 2) que no teniendo trabajo, tampoco se pueda “tener tiempo”. Esta idea sugiere que habría algo *negativo, vacío*, en la *cualidad* del tiempo de trabajo mismo, lo que no se puede explicar por su mejor o peor distribución. Esta cualidad del tiempo de trabajo sería lo que a su vez produce, en otro nivel, la dificultad de los parados para usar su tiempo. No se trata del “no-tiempo” de los parados frente al tiempo “lleno” del trabajo; más bien, se trata de un tiempo vacío dentro de otro tiempo vacío. De esta manera, nuestro problema no remite sólo al desempleo, sino a la *imposibilidad generalizada de “tener tiempo” en un sentido plenamente positivo*, tanto en el paro como en el trabajo, e incluso en el tiempo libre. La clave para comprender la escasez general de tiempo hay que buscarla en el proceso histórico de *expropiación violenta del tiempo*<sup>11</sup>, que produjo y produce una especie de discapacidad social general que coacciona la posibilidad de una apropiación positiva del tiempo. Expropiar el tiempo fue, durante siglos, obligar a trabajar. Hoy, paradójicamente, expropiar el tiempo es obligar a no trabajar. Por ello, la incapacidad de los parados para usar su tiempo no puede ser vista como *causada* por el paro mismo, sino que representa una expresión extrema dentro de un proceso histórico más general, que constriñe la capacidad social de controlar la forma en que se suceden los acontecimientos. Aunque la dimensión de agencia, como subrayaremos, está siempre presente en diferentes grados, estaría básicamente coartada en un nivel fundamental. Desde la ciencia social, todo esto debe ser leído como un problema sociohistórico, y no de la esencia del tiempo “ocupado”: muchos dirán que el trabajo es una obligación o una necesidad, y que nunca se podría “tener” tal tiempo. El

---

<sup>11</sup> “Para llevar a los trabajadores al estatuto de productores y consumidores “libres” del tiempo-mercancía, la condición previa ha sido *la expropiación violenta de su tiempo*. El retorno espectacular del tiempo sólo ha llegado a ser posible a partir de esta primera desposesión del productor.” (Debord, 1968: tesis 159).

trabajo representado como maldición bíblica<sup>12</sup> estaría en el núcleo mítico, de hecho precapitalista, de esta afirmación. Aquí, intentaremos analizar las formas del tiempo del paro sin perder de vista su dimensión histórica, lo que nos lleva a señalar no sólo los obstáculos sino también las posibilidades existentes para otra forma de “tener tiempo”: no simplemente como aumento de tiempo libre, sino como posibilidad de transformación de la abundancia de minutos en abundancia de tiempo real<sup>13</sup>.

### *Límites de la investigación del tiempo de desempleo*<sup>14</sup>

La concepción del trabajo positiva, afirmativa, transhistórica, antropológica, se asume explícita o implícitamente en la mayoría de investigaciones sobre el tiempo de desempleo. El trabajo, se dice, es “principio de realidad” o “la esencia misma de estar vivo” (Jahoda, 1982: 26). Según nuestro enfoque, la omisión del carácter *negativo* del tiempo de trabajo es su principal error teórico. De esa manera, estas propuestas tienden a asumir que el trabajo es la solución al desempleo: bien por la vía de la recuperación de “la actividad” en la explicación subjetivista, bien por la vía del reparto de las horas de trabajo en la explicación objetivista. Nuestra crítica se dirige a ambos enfoques, en tanto separan la forma del tiempo vivido del desempleo de la forma de la división social de las horas, es decir, lo cualitativo de lo cuantitativo, lo subjetivo de lo objetivo, el tiempo del sujeto de los tiempos sociales. Aunque especificaremos estos puntos a lo largo del texto -y especialmente en el Anexo- podemos resumir en cinco los límites explicativos que, interrelacionados entre sí, se derivan de la asunción de la positividad del trabajo en la investigación del desempleo:

<sup>12</sup> “...el descubrimiento de la necesidad del trabajo no data del siglo XVIII. Tiene sus raíces en la maldición bíblica, y la condena a la ociosidad es una constante de toda la predicación religiosa y moral, por lo menos de la dirigida a quienes dependían del tipo de trabajo que literalmente “hace sudar” (“ganarás el pan con el sudor de tu frente”): el trabajo manual. Y la excepción de la que gozaban los estratos dominantes, lejos de refutar esta obligación del trabajo, reforzaba su necesidad. Ser exceptuado del trabajo manual era el privilegio por excelencia, mientras que quienes sólo tenían la fuerza de sus brazos debían pagar su deuda social con el trabajo coactivo.” (Castel, 1995: 171)

<sup>13</sup> “Si van a aumentar nuestras horas de ocio, en un futuro automatizado el problema no consiste en «cómo podrían los hombres *consumir* todas estas unidades de tiempo libre adicionales», sino «qué capacidad para la experiencia tendrán estos hombres con este tiempo no normatizado para vivir». Si conservamos una valoración puritana del tiempo, una valoración de mercancía, entonces se convierte en cuestión de cómo hacer ese tiempo *útil* o cómo explotarlo para las industrias del ocio. Pero si la idea de finalidad en el uso del tiempo se hace menos compulsiva, los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la revolución industrial: cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas, cómo romper otra vez las barreras entre trabajo y vida.” (Thompson, 1967: 291).

<sup>14</sup> Por motivos de la exposición, no hemos incluido aquí sino en el Anexo el estado de la cuestión más extenso que especifica, a partir del análisis de investigaciones concretas, cómo se dan estos cinco límites.



1) *El paro como no-agencia del tiempo frente al trabajo como agencia.* Diferentes investigaciones suelen presentar a los parados como no-agentes de su tiempo, suponiendo implícitamente que los trabajadores sí lo serían. En esa visión, habría una diferencia cualitativa sustancial entre ambos en su agencia sobre el tiempo. En consecuencia, muchas investigaciones omiten la posibilidad de una recuperación del control del tiempo que no pase por la recuperación de un puesto de trabajo.

2) *El desempleo como negatividad frente al trabajo como positividad.* El tratamiento del tiempo de desempleo como un puro déficit, como una experiencia *negativa*, frente a un trabajo en el cual los seres humanos se realizan como tales de manera *positiva*, no da cuenta de las vivencias y deseos contradictorios de parados y trabajadores. En la dicotomía social-individual que caracteriza la polémica entre la sociología y la economía; por un lado, la explicación *social* sostiene que los parados realmente quieren trabajar -su paro sería básicamente *involuntario*<sup>15</sup>-; por otro lado, la explicación *individual* dice que los parados realmente no quieren trabajar -su paro sería básicamente *voluntario*<sup>16</sup>. Ninguno de los dos polos de la dicotomía consigue dar cuenta del simultáneo deseo y rechazo al trabajo que, en diferentes grados, se encuentra tanto en quien trabaja como en quien no trabaja.

3) *La identificación desempleo-inactividad y trabajo-actividad.* Muchas investigaciones identifican trabajo con actividad, y al no distinguir ambos conceptos, se tiende a dar por sentado que la pérdida de trabajo conlleva necesariamente la reducción de la actividad en general. En consecuencia, se tiende a identificar desempleo con inactividad<sup>17</sup>. No se explica entonces por qué en muchas ocasiones el desempleo lleva a distintas formas de actividad, algunas de las cuales son incluso vividas como “trabajo”, como veremos.

4) *Carácter transhistórico de la escasez de tiempo.* Derivado de lo anterior, diferentes investigaciones omiten el proceso histórico por el cual la desocupación deja de ser

---

<sup>15</sup> Por ejemplo, para enfrentarse al argumento de que los parados no quieren trabajar, Jahoda (1982: 27) argumenta que los “segundos empleos” o la economía sumergida son ejemplos que permiten “contradecir el fácil diagnóstico, común en nuestros tiempos, que afirma que la gente ha perdido el deseo de trabajar”.

<sup>16</sup> Véase Friedman (1976). En este sentido, así describía Foucault la visión neoliberal del desempleo: “¿qué es el desocupado? No es un discapacitado económico. El desocupado no es una víctima social. ¿Qué es? Un trabajador en tránsito entre una actividad no rentable y una actividad más rentable.” (Foucault, 1979: 171).

<sup>17</sup> “Conviene hoy más que nunca subrayar que desempleo no equivale a inactividad” (Álvarez Uría y Varela, 1996: 28).

abundancia de tiempo para transformarse en escasez de tiempo. Al omitir este proceso, el desempleo del presente aparece estático, como si su transformación constante no siguiera produciéndose, y se naturaliza el presente como si la producción de escasez temporal hubiera dejado de producirse. Ello omite la historicidad específica de la escasez de tiempo, de la temporalidad del desempleo y de la propia categoría “desempleo”, que tiene poco más de un siglo en los países occidentales<sup>18</sup>.

5) *Homogeneización del tiempo del paro y de los sujetos en paro*. Igualmente, el tratamiento ahistórico del desempleo no puede explicar la constitución generizada del desempleo, que surge históricamente con la relación de trabajo, ni tampoco puede explicar los procesos de creciente borrosidad entre inactividad, desempleo, precariedad y empleo, por lo que se tiende a homogeneizar la heterogeneidad de las prácticas del tiempo de desempleo, así como al sujeto “parado”<sup>19</sup>.

Para intentar avanzar en la superación de los límites señalados, nuestra investigación define el tiempo de desempleo a partir de la categoría de *tiempo superfluo*. Moishe Postone (1993) ha fundamentado una interpretación de la teoría del capitalismo de Marx en la que esta categoría tiene un papel central, lo que nos ha servido como inspiración principal para desarrollar la investigación. Según Postone, Marx intenta captar la dinámica de la sociedad moderna a partir de categorías históricamente determinadas, ancladas en prácticas sociales específicas, y que dan cuenta simultáneamente de las formas de la objetividad y la subjetividad social. A pesar de las críticas que señalaremos más adelante, desde nuestro punto de vista Postone consigue sistematizar de un modo coherente la teoría crítica del capitalismo resolviendo algunas de las principales limitaciones que se habían dado en las interpretaciones del marxismo tradicional. Para Postone, aquellas concepciones que parten del trabajo como la actividad transhistórica creadora de riqueza, no pueden dar cuenta de algunos de los cambios históricos fundamentales de las últimas décadas, entre los que puede incluirse el desempleo. Por tanto, exploraremos la productividad del concepto de tiempo superfluo, y lo

<sup>18</sup> Al antropologizar el trabajo y hacer de la abundancia de tiempo un problema necesario, enfoques como el de Jahoda identifican la experiencia del tiempo del desempleo con los “efectos anómicos del «tiempo ilimitado»”, lo cual supone, como ya criticó Merton, “otra observación puramente durkheimiana que Durkheim jamás hiciera” (1984: 289).

<sup>19</sup> Este tipo de categorización homogeneizadora lleva a hacer tipologías de sujetos parados -por ejemplo, los “estables” o los “apáticos” (Lazarsfeld et al., 1932: 164), o en una investigación sobre el paro en Holanda, se refieren al parado “autónomo”, el “ritualista”, el “conformista”, el “calculador”, el “emprendedor” (Engerbensen et al, 1993: 96)- o tipologías de *culturas del paro* -la “fatalista”, la “jerárquica”, la “conformista”, la “individualista”, etc. (Ibíd.)-. En nuestro caso, proponemos tipologías de prácticas, no de sujetos.

relacionaremos con un marco teórico-metodológico heterogéneo influenciado por las contribuciones de las sociologías del trabajo, del tiempo y del género, la psicología social o el psicoanálisis. Así, intentaremos dar cuenta de la heterogeneidad de las prácticas del paro, de los procesos que derivan en la experiencia subjetiva de superfluidad, así como de su relación con la polarización objetiva de los tiempos sociales. Y en resumen, intentamos evidenciar los límites explicativos de los análisis que presentan implícita o explícitamente el trabajo como solución al paro. En nuestra hipótesis es, sobre todo, su causa.

### *Objetivo y estrategia de análisis*

Por tanto, proponemos dilucidar los dos niveles de la paradoja del tiempo escaso en un mismo movimiento: Nuestros objetivos son: 1) fundamentar teóricamente la relación entre el tiempo superfluo del paro y la división social del tiempo; y 2) mostrar empíricamente cómo se expresan las relaciones entre el tiempo del paro y la división social del tiempo, mediante una investigación en el contexto de la crisis en España entre 2007 y 2013.

Nuestro análisis de las relaciones entre el tiempo del paro y la división social del tiempo, pretende mostrar los límites de aquellos análisis que separan lo que, en el tiempo de la vida cotidiana, no se puede separar. Es decir, enfocamos el problema del tiempo del paro desde el punto de vista de la *indivisibilidad* de los tiempos sociales: las 24 horas de nuestra vida diaria de cada día pasan cada día todas juntas, y se sincronizan y/o se desincronizan con la totalidad de los tiempos sociales. Cuánto y cómo trabajamos es inseparable de cuánto y cómo cuidamos y de cuánto y cómo es nuestro tiempo libre. Todo ello se organiza bajo las condiciones de una división del tiempo y la riqueza, que nos presiona para trabajar más o menos, cuidar de una manera o de otra, tener más tiempo libre o menos, dormir más o menos, etc. La producción de tiempo desocupado en forma de desempleo masivo, como intentaremos mostrar, no es un “error” sino un tiempo más relacionado de manera intrínseca con el conjunto de la división del tiempo. Como puede deducirse de nuestro objetivo, el análisis de las relaciones entre el paro y la división social del tiempo nos exigirá analizar las relaciones *generales* entre el paro y el trabajo, entre el paro y los cuidados, y entre el paro y el tiempo superfluo y/o disponible, tal como lo llamaremos. Mediante este análisis, buscaremos delimitar las relaciones de tiempo que reproducen la paradoja del tiempo escaso, y aquellas que podrían contribuir a su superación.

Como puede intuirse, de este enfoque teórico-metodológico deriva una pregunta de orden político-práctico: ¿tendría sentido hablar de una solución al paro que no implique, necesariamente, una reorganización general del conjunto de la división del tiempo que pivota sobre el tiempo de trabajo? Si conseguimos mostrar las relaciones intrínsecas entre el desempleo y el conjunto de los tiempos sociales, entonces, la respuesta a tal pregunta será que *cualquier intervención sobre el paro y los parados mismos debe apuntar simultáneamente a una intervención sobre el tiempo de trabajo que permita reorganizar el conjunto de los tiempos sociales*. El desempleo, entonces, no sería tanto un problema técnico-económico como un problema político: nos enfrenta a la pregunta sobre cómo queremos organizar los tiempos de nuestra vida social e individual. Este será el problema político de fondo que atravesará nuestra investigación<sup>20</sup>.

Por último, cabe justificar el sentido de nuestra investigación como un modo más de documentar históricamente lo que ha ocurrido en España en el periodo que estudiamos. Toda la riqueza de los discursos de los 76 parados y paradas que han realizado nuestras entrevistas y grupos de discusión, podrán servir como testimonio del particular momento histórico en el que se inscribe esta investigación, marcado por la crisis y el desempleo más que se ha dado en nuestro país en décadas.

### *El sentido de una sociología “crítica” del desempleo*

Antes de pasar al primer capítulo, debemos justificar por qué nuestra investigación se auto-califica como “crítica” desde su mismo título. A menudo, tal denominación queda en una expresión vagamente asociada a un autopoicionamiento en la izquierda política, a la que se recurre más por su capital simbólico que por su carácter propiamente explicativo. En nuestro caso, el carácter crítico de una investigación no se define por el posicionamiento en un eje ideológico sino, siguiendo a Postone (1993: 42-6), por al menos dos características de orden epistemológico:

---

<sup>20</sup> Tal y como señala Hartmut Rosa (2005: xxxiv-v) al inicio de su obra, aunque por caminos diferentes, investigamos cómo “dilucidar esta monstruosa paradoja del mundo moderno” en la que “no tenemos tiempo aunque hemos ganado mucho más de lo que necesitábamos anteriormente”. Como Rosa, exploramos las posibilidades de “un mundo emancipado en el que ya no haya nada como la escasez del tiempo, y donde el tiempo incluso haya pasado de ser un bien escaso a uno en abundancia”. Las condiciones materiales para garantizar la democracia tendrían que garantizar unos mínimos de abundancia temporal, para tener la posibilidad de decidir “cómo queremos gastar nuestro tiempo” (Ibíd.: xxxviii).

1) *Uso de categorías críticas.* Las categorías críticas no aluden a la esencia o a la naturaleza de los objetos analizados. La epistemología crítica debe problematizar cómo el objeto se presenta en el presente. Para ello, debe analizar con categorías históricas el objeto en transformación, cuyo estado presente es, por un lado, producto de una génesis, y por otro lado, un momento previo de un estado posterior en el que será otra cosa. Por tanto, las categorías críticas deben captar lo que el objeto *es*, y al mismo tiempo, *lo que no es pero podría ser*, es decir, deben captar las *contradicciones*<sup>21</sup> inscritas en cualquier objeto histórico-social. Si el tiempo, el desempleo y el trabajo son relaciones dinámicas, históricas y contradictorias, las categorías que los definen deben ser dinámicas, históricas y contradictorias. De esta posición epistemológica no se deriva un posicionamiento ideológico basado, por ejemplo, en la crítica del *statu quo* –aunque también pueda implicar una crítica del *statu quo*. En ese sentido, la crítica no se posiciona en el “pesimismo” ni en el “optimismo” sino que afirma que lo que ahora es no siempre ha sido así y que será necesariamente otra cosa distinta. Entonces, una sociología crítica del desempleo debe dar cuenta de cómo el desempleo y la escasez de tiempo pueden mantenerse, profundizarse, suavizarse, o también, dejar de existir. En ese sentido, para la crítica es epistemológicamente insostenible afirmar, por ejemplo, que “el desempleo no se puede resolver porque siempre hay una tasa natural” o que “el tiempo es un recurso naturalmente escaso”. Del mismo modo, tampoco se puede afirmar que “el desempleo se resolverá *necesariamente* porque en la Historia está inscrita la superación del capitalismo”. Por todo ello, en nuestra investigación, analizamos tanto la reconstitución de la escasez de tiempo objetiva y subjetiva, como las posibilidades de la abundancia objetiva y subjetiva. Esta división estructura la división entre capítulos, así como el análisis de los fenómenos más específicos dentro de cada capítulo.

2) *Reflexividad crítica entre el sujeto y el objeto.* Para la epistemología crítica que aquí sostenemos, la relación entre el sujeto observador y el objeto observado no es de exte-

---

<sup>21</sup> Sobre la idea de un principio *contradictorio* -históricamente determinado- como base de la epistemología crítica de Marx, véase Postone (1993: 142-6). En nuestro enfoque, según Postone, es posible una lectura no transhistórica de las “contradicciones intrínsecas”, referida sólo a las contradicciones del capitalismo: “la noción de contradicción, no puede ser entendida adecuadamente en términos de antagonismo social, ni simplemente como la base de una explicación a las crisis del capitalismo. Más bien, representa un intento de captar el carácter dinámico de la modernidad capitalista de manera que apunte hacia la posibilidad de una forma de vida distinta.” (Postone, 2012: 233). Igualmente, Gunn (1994) defiende que la teoría de Marx debe ser leída como una teoría de las contradicciones sociales, y no como una teoría de la sociedad. Para una crítica desde la *sociología pragmática de la crítica* a la *sociología crítica* que aquí defendemos, véase Boltanski (2009).

rioridad ni de fusión, sino *inmanente*. La práctica de conocer, como cualquier otra forma de acción, surge de un mundo concreto en un momento concreto, transforma el mundo y es transformada por el mundo. En ese sentido, la relación de conocimiento debe poder ser socialmente explicada, sin estar por ello predeterminada. Debe incluir las condiciones de la relación de conocimiento dentro de la relación de conocimiento. De ese modo, intentaremos poner en evidencia, el trabajo de elaboración de la distancia crítica en la relación entre el observador y lo observado.

Será al final de la investigación donde evaluaremos los motivos por los que nuestra investigación podría caracterizarse, o no, como crítica.

#### **0.4. Estructura de la exposición**

Nuestra investigación se compone de una introducción, una primera parte teórico-metodológica de seis capítulos, una segunda parte empírica con cuatro capítulos, unas conclusiones y un anexo.

En la primera parte, construimos el marco teórico de la investigación, analizamos el contexto material en el que se ha desarrollado, y justificamos la metodología para su desarrollo.

1) En el primer capítulo fundamentamos con argumentos históricos y teóricos la relación entre la división social del tiempo y el tiempo del desempleo, y definimos la relación de trabajo como el núcleo que explica esa relación. Después, presentamos el concepto de *tiempo superfluo* a partir del cual proponemos una definición sociotemporal de “paro” y “parado” que articula tres niveles de análisis: el sistémico, el institucional-estatal, y el de las prácticas. Para comprender la génesis del desempleo actual, intentamos mostrar la plausibilidad de nuestra definición a partir de un breve resumen de las formas de representar y gestionar las poblaciones superfluas.

2) En el segundo capítulo analizamos las principales características temporales de la crisis del periodo 2007-13, que hemos definido como el *arreglo temporal español*. Esta interpretación nos sirve para enlazar el marco teórico general con nuestro contexto particular, para de ese modo situar el sentido del tiempo del desempleo en nuestra investigación.

3) Para finalizar la primera parte, materializamos teórico-metodológicamente la estrategia concreta para responder a la pregunta de investigación. Para ello, “sociologizamos” el concepto de *forma*, y justificamos cómo hemos producido nuestros datos empíricos: 28 entrevistas, seis grupos de discusión, y la Encuesta de Empleo del tiempo.

La segunda parte es el núcleo de la investigación empírica. En el capítulo 4, realizamos un mapa general de las prácticas, y después, analizamos las cuatro relaciones entre el tiempo del paro

y la división social del tiempo en España entre 2007 y 2013. Los capítulos 5, 6, 7 y 8 comparte una estructura común: el primer punto complementa los conceptos del marco teórico general con conceptos más específicos para la interpretación de los fenómenos analizados en el capítulo; en el segundo punto, analizamos los tiempos cuantitativos de las prácticas analizadas en el capítulo; en los puntos posteriores analizamos los tiempos cualitativos. En toda la segunda parte, damos un peso muy importante a los datos empíricos en bruto, y no hemos ahorrado espacio en la saturación de los discursos. Como es bien conocido en la investigación cualitativa, la calidad del argumento no se refuerza por utilizar una mayor cantidad de citas, pero hemos querido hacerlo así para mostrar la riqueza semántica de los datos producidos y por su intrínseco interés. De esa manera, intentamos equilibrar el peso de la carga teórica de la primera parte, y tratamos de poner en valor la pluralidad de los discursos y prácticas expresadas por los parados y paradas.

4) En el cuarto capítulo hacemos un primer análisis general del tiempo del paro, como un mapeo, a partir del análisis de los tiempos medios dedicados a cada actividad por los parados, y mediante una clasificación general de las prácticas cotidianas de los parados y sus condiciones sociales.

5) En el quinto capítulo exploramos las relaciones generales entre el tiempo del paro y el tiempo de trabajo, a partir del análisis de las prácticas de parados y paradas que se orientan a lo que llamamos *el trabajo de competir por el trabajo*: principalmente, la búsqueda de trabajo, la formación y el emprendimiento. Después, vemos los efectos generales que la competencia por el trabajo ha tenido en las transformaciones del tiempo de trabajo en España, y así, mostramos cómo se reproduce la escasez temporal general.

6) En el sexto capítulo analizamos las relaciones entre el tiempo del paro y el tiempo de cuidados, y vemos cómo el desempleo ha sido un dispositivo de *privatización* del tiempo de la reproducción social que ha reorganizado las relaciones de género en los hogares. Esa reorganización ha significado, de un modo general, la escasez objetiva de tiempo para las paradas, y la escasez subjetiva de tiempo para los parados.

7) En el séptimo capítulo analizamos las condiciones por las cuales el tiempo del paro deriva en un tiempo significativamente superfluo, y vemos cómo se produce y profundiza la escasez subjetiva de tiempo en el paro a pesar de la abundancia objetiva de minutos.

8) En el octavo capítulo, analizamos los discursos y prácticas que potencialmente podrían superar la escasez subjetiva de tiempo: es lo llamamos el tiempo disponible, que apunta a las posibilidades de una abundancia subjetiva de tiempo.

Finalmente, concluimos con una síntesis general que señala las contribuciones y los límites de nuestra investigación para la comprensión del desempleo, así como las posibles vías futuras que nuestros análisis hayan podido motivar. Finalizamos la investigación con una reflexión sobre las contribuciones de nuestro análisis del desempleo a una epistemología de carácter crítico.

En el anexo hemos incluido un estado de la cuestión ampliado. Aunque el núcleo de la justificación de los cinco límites de la investigación del tiempo del desempleo lo hemos sacado de la exposición principal por razones de claridad, su inclusión como Anexo intenta mostrar una parte del trabajo de revisión que hemos realizado. Se recomienda su lectura en caso de que los cinco límites mencionados no se consideren suficientemente justificados, y sobre todo para destacar las importantes contribuciones de investigaciones y corrientes que nos han sido fundamentales para elaborar nuestra investigación.

### *Notas sobre la redacción y la notación*

- Para no repetir en exceso los argumentos y referencias, hemos querido dotar de unidad interna a la investigación remitiendo a otros apartados mediante su señalamiento entre corchetes: si a lo largo del texto, aludimos a una idea que está más desarrollada en el capítulo 7, lo señalamos mediante “[cap. 7]”, si remitimos al apartado cuarto del capítulo siete, lo indicamos como [7.4], etc.
- Hemos intentado hacer más comprensible la investigación mediante el uso de diferentes recursos: cuadros, tablas, esquemas e imágenes. La mayoría de ellas tienen una intención ilustrativa o sintética, y en general, no aportan ningún argumento nuevo que no esté reflejado en la propia redacción. Por eso mismo, en algunos de estos cuadros hemos flexibilizado el estilo de escritura académica, y en ocasiones nos hemos permitido el uso de algunas metáforas o expresiones de carácter más retórico o literario.
- El uso de la primera persona del plural en la exposición es la forma en la que, honestamente, me siento más cómodo para la escritura. Aunque los errores que pueda haber son de mi exclusiva responsabilidad, el estilo de la enunciación intenta enfatizar que los argumentos que expongo – exponemos – no los siento tanto como “míos” sino de la colectividad compleja de la que aprendo, de la que formo parte, y que se expresa a través del texto que yo escribo.
- Sobre el uso del género, hemos utilizado a menudo “parados” para referirnos a parados y paradas. Lo hacemos así porque, como sostendremos, el sujeto del paro, como el sujeto del trabajo asalariado, es sobre todo un sujeto masculino. También lo hacemos para no complejizar la lectura. A menudo, hemos utilizado formas neutras como población parada, personas en paro, etc. con la intención de reducir el efecto lingüístico del uso del masculino como si fuera neutro.





# PRIMERA PARTE

## OBJETO CONTEXTO Y MÉTODO



# CAPÍTULO 1

## La forma del tiempo del paro

La transformación de la coacción externa de la institución social del tiempo en una pauta de autoacción, que abarca toda la existencia del individuo, es un ejemplo gráfico de la manera en que un proceso civilizatorio contribuye a moldear un *habitus* social que forma parte integrante de la estructura de la personalidad del individuo. (Elias, 1984: 36).

Fueron necesarios siglos hasta que el trabajador “libre”, por obra del modo de producción capitalista desarrollado, se prestara *voluntariamente*, es decir, se viera *socialmente* obligado, a vender *todo el tiempo de su vida activa*. (Marx, 1872: 327).

La actualidad de la cuestión del pauperismo no se refiere sólo a que, en el siglo XIX y actualmente, se ha podido observar una “pauperización” de ciertas categorías sociales. Más profundamente, invita a interrogarse sobre las relaciones que existen entre las recomposiciones del orden del trabajo y una desocialización de masas. El pauperismo es un drama que ilustra este “efecto bumerán” por el cual lo que parece estar en los márgenes de una sociedad destruye su equilibrio de conjunto. (Castel, 1995: 231)

Hemos postulado que hay una relación fundamental entre los niveles subjetivo y objetivo de la paradoja del tiempo escaso. El primer nivel remite al tiempo *subjetivo*, tal como se vivencia en la experiencia del desempleo: hay una escasez subjetiva de tiempo dentro de una abundancia objetiva de minutos. El segundo nivel remite al tiempo *objetivo* de los parados en relación al conjunto social: tienen una abundancia objetiva de minutos en relación a una escasez objetiva de minutos en la sociedad en general -que en general también es, en menor grado, escasez subjetiva de tiempo. Tenemos, pues, *una escasez subjetiva que se da dentro de una abundancia objetiva que se da dentro de una escasez objetiva y subjetiva*. De esta manera, no se puede dilucidar el problema de la “escasez subjetiva dentro de una abundancia objetiva” separadamente de “la abundancia objetiva dentro de una escasez objetiva y subjetiva”.

En el primer nivel, la solución del tiempo del desempleo como relación entre escasez subjetiva y abundancia objetiva, se presenta como sustitución de la abundancia objetiva del tiempo de desempleo por la escasez objetiva de tiempo con empleo. Si no se tiene en cuenta el segundo nivel, introducir a los parados en la escasez objetiva no implica abundancia subjetiva en sentido alguno.

En el segundo nivel, la relación entre abundancia objetiva de unos y la escasez objetiva y subjetiva de otros parecería resolverse mediante el reparto de los tiempos objetivos, suponiendo que tal situación va a producir automáticamente una abundancia subjetiva. Pero como decíamos, lo común es que tanto parados como trabajadores tiendan a rechazar la abundancia objetiva de minutos, y a desear sólo una menor escasez relativa.

El problema, pues, no se resuelve por la vía de producir una menor escasez subjetiva y una mayor escasez objetiva -solución subjetivista-, ni por la vía de producir una mayor abundancia objetiva que no necesariamente elimina la escasez subjetiva -solución objetivista. El objetivo de este capítulo es fundamentar la relación entre el tiempo superfluo del paro y la división social del tiempo, como modo de abordar teóricamente la conexión entre la vivencia de la escasez subjetiva del tiempo de desempleo, que se da en una abundancia objetiva de minutos, que a su vez se da en una escasez subjetiva y objetiva del tiempo social general.

Sintetizando la interpretación a la que llegaremos a partir del desarrollo de la lectura de Marx realizada por Postone (1993), la escasez de tiempo se explica porque la dinámica competitiva capitalista *transforma* permanentemente la totalidad de los tiempos sociales con el fin de aumentar la productividad y ahorrar así cada vez más tiempo de trabajo formalmente remunerado. Ello produce una creciente superfluidad del trabajo que paradójicamente no implica una reducción del tiempo de trabajo global, sino que, por la específica forma social de la riqueza –el

*valor-* el sistema *reconstituye* incesantemente su necesidad de trabajo, lo que conlleva una peculiar dinámica donde la división social del tiempo se polariza: por un lado, cada vez más tiempo con forma de trabajo –remunerado o no–, por otro lado, cada vez más tiempo superfluo. La relación conflictiva entre los distintos tiempos es lo que garantiza este permanente dinamismo, que pivota en torno a la venta de tiempo por dinero.

Para afrontar el problema propuesto, tenemos que explicar primero los conceptos de tiempo y de trabajo que manejamos, que son las claves de la definición del *tiempo superfluo*. Será necesario irnos hasta los orígenes del capitalismo para explicar el origen de la escasez subjetiva del tiempo del paro. Por ello, en este capítulo daremos los siguientes pasos: 1) describimos brevemente las formas históricas de la *expropiación* del control del tiempo de la vida, que pivota sobre el control del tiempo de trabajo; 2) conceptualizamos esta dimensión del desarrollo histórico moderno como la *mercantilización* del tiempo que surge del principio tautológico del trabajo; 3) introducimos el concepto de tiempo superfluo y sus principales implicaciones; 4) a partir de la categoría de tiempo superfluo, proponemos una definición de la categoría de ‘paro’ y ‘parado’ para nuestra investigación; 5) realizamos un resumen histórico de la gestión estatal del desempleo para justificar el modo de interpretar nuestra definición, y sus implicaciones para comprender el desempleo en la actualidad. Concluimos con una síntesis de las ideas teóricas expuestas.

## 1.1. La expropiación del tiempo

Se llame como se llame a la modernidad –progreso, capitalismo, civilización, racionalización– puede afirmarse que uno de sus rasgos centrales es la *mercantilización del tiempo*. Una lectura no marxista de Marx, como la de Giddens, ha enfatizado esta dimensión temporal de la siguiente manera:

La mercantilización del tiempo es la conexión subyacente entre la expansión masiva de la forma mercancía en la producción de bienes, por un lado, y la mercantilización del trabajo (como fuerza de trabajo), por otro. [...] La mercantilización del tiempo, y su diferenciación de otros procesos de mercantilización del espacio, son la clave de las más profundas transformaciones en la vida del día a día que se han llevado a cabo con la emergencia del capitalismo. (Giddens, 1981: 130-1)

Los efectos de la emergencia del tiempo moderno, mercantilizado, no pueden reducirse en modo alguno a un nivel económico ni a ninguna esfera en particular, sino que se trata de cambios que afectan a la totalidad de la vida social: las coordenadas espacio-temporales, el reloj, los horarios, los descansos, la vida familiar, la intimidad, la subjetividad, la luz y la electricidad, los valores

morales, los productos y su forma, la ordenación del territorio, la pavimentación de las calles, la invención del tráfico, el sentido de la eficiencia, etc. Dejando el desarrollo conceptual de esta idea para el segundo punto, en este primer punto vamos a describirla en términos históricos como un proceso de *expropiación* del tiempo. Caracterizamos esta expropiación como un modo de instituir un tiempo de vida *negativo*<sup>22</sup>, que está en la raíz de la tendencia general a la escasez subjetiva de tiempo, tanto en el trabajo como, de una manera más extrema, en el paro.

### *La afirmación de la negatividad del tiempo de trabajo*

La expropiación histórica del tiempo puede entenderse como un proceso básicamente vinculado a la emergencia de las nuevas normas temporales asociadas a la racionalización moderna del tiempo de trabajo (Thompson, 1967; Bourdieu, 1977; Jordan, 2010; Seidman, 1991; Cross, 1988; Kurz, 2009). La historia de las formas del trabajo -industrialización, taylorismo, fordismo, posfordismo- puede ser leída a través del hilo conductor de las transformaciones del control del tiempo de trabajo: su forma, su distribución, los poros de la jornada laboral, su intensificación, su disminución o alargamiento, la regulación de los horarios o la aparición de las vacaciones, entre otros ejemplos. Así, la formación del tiempo moderno puede abordarse a partir del proceso de centralización del tiempo de trabajo, que está en el origen de la constitución del tiempo como un recurso escaso. Este proceso implicó una inversión social fundamental, un giro en la concepción del tiempo que a nuestros fines es determinante. Según Thompson (1967: 277-8): “... mientras se impone la nueva disciplina de tiempo, los trabajadores empiezan a luchar, no contra las horas, sino sobre ellas [not against time, but about it].” ¿Cómo se pasa de la resistencia a la expropiación del tiempo de vida, al deseo positivo de vender voluntariamente el tiempo de vida por dinero<sup>23</sup>? O dicho con Elias (1979), ¿cómo se produce históricamente la autocoacción según la cual las poblaciones trabajadoras afirman su deseo de trabajar frente a las coacciones externas impuestas por el surgimiento de la relación salarial?

Sabemos bien que esta inversión característicamente moderna ha requerido siglos de *civilización*, colonización, movimientos masivos de población para su concentración en núcleos urbanos, leyes de pobres, gulags, guerras, etc. Históricamente, antes de la generalización de normas temporales asociadas al trabajo, el sentido del tiempo de vida era radicalmente diferente: por ejemplo, no se podía distinguir el trabajo de la vida, el tiempo productivo del improductivo, lo que no significa tanto, que toda la vida fuera trabajo –como hoy suele interpretarse- sino que

<sup>22</sup> Sobre la idea de lo negativo en sentido histórico-filosófico, véase Jappe (2009).

<sup>23</sup> “...transforman el tiempo de su vida en tiempo de trabajo” (Marx, 1872: 805)



todo el trabajo era vida, la economía estaba *incrustada* en la vida. De este modo, la transformación temporal general asociada a la creciente racionalidad productivista, que en la vida precapitalista carecía de sentido<sup>24</sup>, ha significado un conflictivo proceso de incorporación de *disposiciones temporales* para el trabajo<sup>25</sup>. Se transformaba así el sentido de las dicotomías entre la vagancia y esfuerzo para adquirir un significado específicamente moderno: por un lado, surge un tipo específico de “ociosidad” [idleness], pereza o rebeldía al trabajo; por otro lado, aparece la *inclinación* al trabajo, la “industriosidad” [industriousness] o la laboriosidad como categorías positivas. Con tales categorías se empieza a valorar a los sujetos que se consideran adaptados o inadaptados a las normas temporales en el contexto del trabajo capitalista, y esta valoración externa tiende a ser asumida a medida que el trabajo se reconoce como eje central de la vida social.

Si se sigue esta perspectiva, podemos comprender histórica y dinámicamente procesos que a menudo se esencializan como “culturales” o se juzgan en términos morales: por ejemplo, en el caso de la conocida puntualidad inglesa -que hoy parece un rasgo del carácter nacional inglés (Jordan, 2010)- fue en realidad el resultado de dos siglos de disciplinamiento temporal, no sólo mediados por la aparición de la fábrica moderna, sino por la transformación general de la vida cotidiana, desde la introducción del reloj en las casas, al ordenamiento espacial, hasta el consumo masivo de café<sup>26</sup>. En el nivel subjetivo, el siglo XVIII supuso un paso fundamental en la transformación del significado de la culpa y la ansiedad causada por una ética del trabajo enemiga del “no hacer nada”. Inversamente, el trabajo pasaba de ser un momento de sufrimiento sólo asumido por una coacción violentamente impuesta, a ser lo que daba acceso al prestigio social y al sentimiento de tranquilidad que otorgaba el saberse autosuficiente. Este momento, como ha sido estudiado por los clásicos de la sociología, es característico del giro de una moral aristócrata que básicamente rechazaba todo trabajo manual, a una moral burguesa mediada en su origen por una religiosidad muy particular. La producción de culpabilidad, típicamente asociada al desocupado, arranca en este proceso de inversión histórica, donde la culpa se incorpora en los

<sup>24</sup> “...él no se preguntaba: ¿cuánto puedo ganar al día haciendo el máximo de trabajo?, sino que se preguntaba: ¿cuánto tengo que trabajar para ganar la cantidad que venía ganando –dos marcos y medio- y que cubre mis necesidades *tradicionales*?” (Weber, 1905: 67).

<sup>25</sup> “...el funcionamiento de todo sistema económico está ligado a la existencia de un sistema determinado de disposiciones con respecto al mundo, y más precisamente con respecto al tiempo.” (Bourdieu, 1977: 31).

<sup>26</sup> Hay múltiples investigaciones históricas que relacionan la dinámica temporal con diferentes fenómenos modernos: desde el surgimiento de la luz y la electricidad (Kurz, 2009) a los ferrocarriles o el café (Schivelbusch, 1977, 1993). La difusión del café, por ejemplo, en Inglaterra supuso prácticamente dos siglos de tener literalmente borrachas a masas de poblaciones que debían activarse para el trabajo. En ese sentido, es difícil imaginar en el presente como sería la vida cotidiana sin el consumo masivo y cotidiano de excitantes –café, cocaola...- y relajantes –alcohol, ansiolíticos...- que permiten ajustar los ritmos psicofísicos de los sujetos a la moderna regulación temporal de los momentos productivos, reproductivos e improductivos.

sujetos como un mecanismo psíquico para evitar la sanción social asociada al nuevo significado de la desocupación. Esta culpabilidad, no será sólo de los sin trabajo, sino también de aquellos que trabajan pero que son evaluados como potencialmente vagos o atados a la costumbre: especialmente, clases populares, mujeres o personas procedentes de entornos rurales o de países en los que el trabajo se impuso más tardíamente<sup>27</sup>. La institución de una fundamental ambivalencia psíquica en relación al trabajo puede explicarse, porque las fuerzas productivas no sólo imponen el ritmo laboral, sino que siempre van acompañadas de fuerzas *seductivas* (Seidman, 1991: 24), que simultáneamente producen identificaciones positivas que instauran una suerte de placer asociado al sufrimiento, algo así como una forma moderna de *masoquismo* social<sup>28</sup>. Efectivamente, cualquier relación de dominación no puede prolongarse por mucho tiempo bajo formas directamente coactivas, sino que deben ser, al menos, parcialmente consentidas. El mantenimiento en el tiempo de conflictos sociales termina instituyéndose en conflictos interiorizados en la estructura psíquica (Elias, 1979). La necesidad de salario, reconocimiento y rutinas temporales asociadas al trabajo, se convertían en las caras positivas del trabajo, frente a las caras negativas de la disciplina, la explotación, la obediencia y la carencia de sentido de la mayoría de actividades laborales. Aunque normalmente se presenta sólo la cara positiva del trabajo, como desarrollaremos más tarde, la contradicción es constitutiva tanto del tiempo de trabajo como del tiempo de desempleo. Aplicando esta idea, intentaremos romper con la tendencia a presentar la necesidad de trabajo de los parados como si fuera un deseo puro y absoluto, así como con la dicotomía entre la naturaleza intrínsecamente laboriosa o intrínsecamente vaga de los trabajadores. Una vez que este conflicto fundamental se instituye, las coacciones temporales externas se imponen sobre los sujetos, de modo que deben adaptarse continuamente a los cambios temporales mediante la autocoacción. Como vamos a ejemplificar a continuación, este proceso capitalista –o, si se quiere, *civilizatorio*– se desarrollará y mutará de maneras heterogéneas, pero hasta el presente no ha sido revertido en lo sustancial por ningún movimiento histórico, como se lamentaba Elias:

Algunos desean poner fin a este movimiento vertiginoso, a esta traslación del equilibrio entre competidores «libres», así como a las luchas y los cambios que estas traslaciones provocan; a lo largo de

<sup>27</sup> “Una queja casi general de los empresarios que emplean a mujeres jóvenes, al menos jóvenes *alemanas*, es que éstas no son capaces ni están dispuestas a abandonar los tipos de trabajo tradicionales [...]. Toda discusión sobre la posibilidad de organizar el trabajo de manera más fácil y, sobre todo, más productiva, suele encontrar en ellas una incomprensión total; la subida de los destajos se estrella sin ningún efecto contra el muro de la costumbre.” (Weber, 1905: 70).

<sup>28</sup> Así, el concepto de masoquismo (Freud, 1924) puede ser leído sociohistóricamente, si se asume la simultaneidad del placer y el sufrimiento inscritos en la relación de trabajo, o dicho en las palabras de otro clásico, “...si las instituciones se nos imponen, también nos adherimos a ellas: nos obligan y las amamos” (Durkheim, 1895: 28).

la historia la fatalidad de las interdependencias de este tipo ha sido siempre más fuertes que tales deseos. (Elias, 1979: 620).

En los países capitalistas avanzados, un momento clave del asentamiento definitivo de esta inversión histórica se sitúa en el paso de un capitalismo liberal a un capitalismo socialdemócrata, lo que comúnmente se llama el pacto capital-trabajo. De jornadas interminables e insoportables, las luchas del movimiento obrero institucionalizan el derecho laboral, consiguen jornadas más cortas, salarios más altos, el reconocimiento del desempleo involuntario, la jubilación, la negociación colectiva, y la inclusión en el aparato estatal de las organizaciones de las clases trabajadoras. Pero además, desde el punto de vista del tiempo, la formación de los Estados Sociales supuso, por un lado, la profundización de un determinado modelo de asignación sexual e internacional del tiempo de trabajo, y por otro lado, implicó la priorización de las reivindicaciones salariales sobre la reducción paulatina del tiempo de trabajo tal como había venido produciéndose. Uno de los ejemplos más significativos en este sentido quizás sea el de la salida del *New Deal* tras la crisis del 29. Durante el gobierno Roosevelt, el congreso estadounidense discutió una propuesta del senador Hugo Black según la cual la solución al desempleo masivo podía basarse en la reducción general del tiempo de trabajo hasta la semana de 30 horas. Sin embargo:

En vez de aceptar el remedio de la semana de 30 horas de trabajo, Roosevelt y la mayoría de estadounidenses vieron este tiempo libre como una tragedia que tenía que ser eliminada incrementando la actividad económica -estimulada por el gasto gubernamental si fuera necesario. Se abandonó la idea del tiempo libre y de un cambio en los valores materialistas como partes naturales del avance económico. (Hunnicut, 1988: 236)

Si la crisis del 29 había puesto al capitalismo en su más profundo cuestionamiento, una solución que hubiera aprovechado los aumentos de la productividad para repartir el tiempo de trabajo habría tenido consecuencias históricas muy diferentes. El deseo de control del tiempo, sin embargo, perdía definitivamente su hegemonía frente al deseo de control del dinero, a pesar de que, “mientras que el aumento de los salarios podía ser fácilmente revertido respondiendo con los precios (al menos en el siglo XIX), los empresarios temían que esto no fuera posible con las horas” (Cross, 1988: 19). Siguiendo el caso estadounidense, que sirvió como modelo para la mayoría de países occidentales, aunque los empresarios preferían negociar sobre el salario que sobre el tiempo, simultáneamente, la posición mayoritaria en los sindicatos veía como “reformistas” a aquellos grupos que pedían una disminución del tiempo de trabajo, pues pensaban que, para acumular poder, no hacía tanta falta tener más tiempo de vida sino tener “siempre más” salarios<sup>29</sup>. Efectivamente, la vía de los salarios permitía acumular poder *dentro* del capitalismo,

---

<sup>29</sup> “...sus luchas convierten en puro tiempo de trabajo la cantidad de horas y sus contratos especifican la cantidad de fuerza de trabajo medida por los compradores.” (Jameson, 2011: 170). “La noción y el hecho de la

mientras que la vía de la reducción de tiempo, podría haber frenado la expropiación del tiempo que era el supuesto básico para la expansión del capitalismo. Aunque la productividad no dejaba de crecer junto con los desarrollos tecnológicos, la vía del reparto del trabajo no triunfó en ningún país. En todos, la salida fue similar: centralidad del trabajo, los salarios, aumento del consumo y la demanda, etc. El *olvido*<sup>30</sup> del tiempo, de hecho, no puede ser mejor ejemplificado que con el caso del propio Keynes (1930, 1936). En su famoso artículo de 1930, el economista hipotetizó que al ritmo del desarrollo tecnológico moderno, en cien años podríamos trabajar 15 horas a la semana sin tener menos riqueza. Pero si Keynes daba una importancia central a la reducción futura del tiempo de trabajo, ya en su *Teoría general* de 1936, la centralidad del tiempo se desvaneció definitivamente dentro de una solución al desempleo basada en categorías económicas, fundamentalmente en los salarios -como ya venían haciéndolo los economistas más reconocidos<sup>31</sup>- y, de ese modo, el keynesianismo dejaba intactas las bases de la economía liberal, lo que contribuye a explicar el posterior éxito de su implantación internacional.

De esta forma, la renuncia generalizada a la abundancia de tiempo se dio gracias a lo que ya era una evidencia prácticamente incuestionable: la necesidad de trabajo. Valgan ilustrativamente otros ejemplos de los años treinta, de dos investigaciones clásicas del desempleo –una en Nueva York, otra en Austria.

[Los desempleados] sienten que los hobbies son triviales e indignos cuando forman el principal contenido de la vida. Ello deriva, en parte, de la filosofía de vida dominante que glorifica el trabajo. El americano medio tiene el sentimiento de que el trabajo -actividades conectadas con ganarse la vida- es la única manera digna de vida; que ningún hombre merecedor de tal nombre estaría satisfecho por hacer crecer las flores o pintar cuadros como principal actividad de la vida a menos que, en efecto, se propusiera venderlas. Mientras que teóricamente se supone que las actividades económicas son los medios para la buena vida, es un hecho que no son los fines, sino los medios mismos, los que tienen más prestigio. (Komarovsky, 1940: 81-2)

---

'jornada laboral', calculado por el trabajador y el empresario de igual modo en términos de tiempo mercantilizado, se hizo central para la experiencia del trabajo, y mucho después ha seguido siendo un foco de de las luchas de clases." (Giddens, 1981: 137). "Samuel Gompers, uno de los primeros grandes sindicalistas estadounidenses, solía decir que todo el sentido del sindicalismo podía resumirse en dos palabras: "siempre más". Lo decía así porque pensaba antes que nada en el salario: siempre más salario. Si hubiera pensado también en el tiempo de trabajo había tenido que añadir un "siempre menos". [...] En los dos casos lo importante era la cantidad, una cantidad, además, de unidades de valor semejantes. Cantidad de pesetas, todas iguales; y cantidad de horas, todas iguales." (Prieto et al., 2009: 373-4).

<sup>30</sup> "Es fácil olvidar la naturaleza paradójica del desempleo." (Gershuny, 1987: 163).

<sup>31</sup> "El principio rector de esta política es la reducción de la cuestión del desempleo a la cuestión de los salarios. No sólo por esta línea, pero por esta línea sin duda, se resolverá en último término el angustioso problema del desempleo. [...] Esto no representa un fracaso inabordable e irremediable del actual sistema, sino lo incompleto de la organización en algunos puntos. [...] Hay, en efecto, algo casi fantástico en suponer que una nación capaz de levantar el edificio de la industria Británica debe estar siempre frustrada por el problema empresarial de organizar y mantener adecuadamente las fuerzas de reserva de trabajo." (Beveridge, 1909: xiv).

## 12 El tiempo superfluo

Si es el Comunismo lo que nos dará trabajo, entonces “tengamos comunismo”. (Ibíd.: 121)

Casi cincuenta años más tarde [del nazismo] la gente de Marienthal explicaba sin tapujos que habría apoyado a cualquiera que les hubiera dado un empleo. (Jahoda, 1982: 48).

Tanto en el caso estadounidense como en el austriaco, los propios desempleados ya veían en el trabajo un puro fin, invirtiendo lo que antaño se suponía era un “medio”, como dice Komarovsky. No importaba tanto el sistema -comunismo, socialismo, liberalismo- mientras garantizara una “vida digna” en la que alguien o algo pagara por alguna actividad, independientemente del contenido de ésta. Por su parte, los parados austriacos de Marienthal, tal como relata Jahoda, habían apoyado a Hitler fundamentalmente porque les “daba” un empleo. Sólo el trabajo daba acceso a la dignidad. Querer trabajo no era querer simplemente dinero o riqueza: el trabajo parecía ya la más primaria de las necesidades tanto objetiva como subjetivamente. El gobernante que tuviera la llave a la solución mágica del trabajo podía pedir a cambio cualquier tipo de contrapartida. El objetivo, pues, no era tanto la riqueza, ni el tiempo, ni simplemente el dinero: lo único que se pedía, la única solución posible, era ya la realización de una actividad por la que algo o alguien pagara. Afirmar el tiempo de trabajo implicó el aumento de los salarios y así del consumo, y la devaluación de la abundancia de tiempo de vida. Implicaba, del mismo modo, negar la positividad del no-trabajo. Por ello, en la forma de la salida de la crisis del 29, podría decirse que no sólo se dio un “pacto” entre capital y trabajo, sino la consolidación definitiva del supuesto aún más fundamental, que llega prácticamente al estatus de dogma, que afirma el tiempo de trabajo frente al tiempo de vida en general. Tal era la consecuencia de que la abundancia objetiva de minutos fuera ya generalmente vivida como una escasez subjetiva de tiempo. La concepción *negativa* del tiempo de no-trabajo *frente a* una supuesta positividad del tiempo de trabajo estaba en la base de que la única solución al desempleo fuera ya, incuestionablemente, el empleo.

La España de los treinta, con todas sus particularidades, no es ninguna excepción a este movimiento global que hacía prácticamente irrefutable la centralidad social del tiempo de trabajo. Al igual que en el resto de países, la implantación del trabajo como eje de la vida social no fue una mera imposición de las élites sino también una asunción de las principales organizaciones de trabajadores, incluida la principal y más radical de todas ellas: la CNT. Según ha analizado Seidman (1991: 16-7):

El anarcosindicalismo era una ideología del trabajo y del desarrollo económico muy apropiada para una sociedad económicamente empobrecida. [...] Mientras intentaban desarrollar las fuerzas productivas, se toparon rápidamente con lo que denominaré la resistencia obrera al trabajo. [...] En las empresas

recién colectivizadas, los anarcosindicalistas y los comunistas reintrodujeron el trabajo a destajo, fomentaron formas de control severo en los talleres y se embarcaron en una campaña intensiva que no solo incluía odas al estajanovismo sino también al arte del realismo socialista.

De este modo, en esos años en España aún era posible identificar rasgos típicos de un momento de la expropiación del tiempo propio de la Inglaterra del XIX. Efectivamente, las disciplinas temporales aún no estaban interiorizadas de un modo general en la población, pues la industrialización en España fue muy tardía, como es bien conocido. Antes de la guerra civil, se daban aún múltiples casos en los cuales el tiempo de la desocupación aún era positivo en sí mismo, podía ser disfrutado, y se resistía activamente a la invasión del trabajo en el tiempo de vida. De esta forma, mientras el desempleado austriaco o estadounidense post-29 sólo quería trabajar, en España había aún capas significativas de la población que no habían asumido positivamente la negatividad del tiempo de trabajo<sup>32</sup>. Después, el franquismo se encargará de crear “una unidad productiva al servicio de la patria” (Cayuela, 2014: 53-67), o en nuestros términos, acompasar los ritmos del grueso de la población mediante normas temporales generales que de este modo terminan de instituir la negativización del tiempo desocupado. Un hito clave en la finalización de esta inversión fue sin duda representado en el Discurso de la Victoria de 1939, donde Franco proclama solemnemente que “el trabajo, estimado como el más ineludible de los deberes, será el único exponente de la voluntad popular”<sup>33</sup>, y junto a él, el seguro de “paro forzoso” que se había creado en 1919, será eliminado por ser “estímulo para la molicie y la pereza”.

### *Los límites de la solución keynesiana al desempleo*

Durante el periodo 1945-1975, en la llamada “edad de oro” del capitalismo, se creyó posible la realización del ideal del pleno empleo, o lo que es lo mismo, se confió en la posibilidad de superar la pobreza y la desigualdad dentro del capitalismo. Aunque el keynesianismo aspiró de un modo convincente a hacer del pleno empleo un reto plausible, hoy constatamos que su éxito duró poco históricamente, por lo que se ha visto fundamentalmente refutado como un programa que pretenda solucionar el desempleo en el largo plazo. Aunque los casos históricos en los que se ha dado un paro mayoritariamente friccional parecerían ser excepciones logradas por una domesticación política de los excesos del orden económico, hoy constatamos cómo el ideal del pleno empleo erró

---

<sup>32</sup> A pesar de ello, las dificultades del obrerismo de disciplinar a la población trabajadora en condiciones políticas menos coactivas, derivaron en la disminución de la productividad en la II República, lo que fue una de las causas de la derrota en una guerra civil en la que la organización militar y la organización capitalista se favorecían mutuamente (Seidman, 1991). Sobre la relación entre la guerra, el trabajo y la expresión del “ejército industrial”, véase Naville (1961). Sobre el surgimiento del trabajo asociado a la guerra, véase Kurz (1997).

<sup>33</sup> Sobre la concepción franquista del trabajo, véase Cayuela (2014: 45-52).

de un exceso de optimismo. En nuestra perspectiva, desde los setenta y más aún en la actualidad, es posible afirmar que el Estado Social keynesiano sólo consiguió diferenciarse parcialmente del Estado Asistencial liberal<sup>34</sup>. Si el keynesianismo desnaturalizó lo que los liberales consideraban el carácter *inevitable* e irreformable del desempleo, lo hizo sin embargo *negándolo en oposición al carácter positivo del tiempo de trabajo*, lo que en definitiva profundizaba el carácter negativo del tiempo de no-trabajo. En este sentido, el keynesianismo no cambió, sino que más bien profundizó, el supuesto generalizado de la positividad del tiempo de trabajo que constituía la supuesta negatividad del tiempo de desempleo (Salais et al.; 1986: 108-9). Subrayar el supuesto común entre liberales y keynesianos respecto a su concepción del tiempo desocupado como negativo frente a un tiempo de trabajo positivo, nos permite evidenciar que *los distintos modos de regulación del capitalismo están articulados por una trayectoria no lineal, pero creciente, de intensificación del tiempo de vida en tanto que tiempo con forma de trabajo*<sup>35</sup>. Esta intensificación no puede representarse solamente a partir de los datos del tiempo de trabajo formalmente remunerado, y por tanto, no puede asumirse que, la reducción del tiempo de trabajo remunerado sea necesariamente una reducción de la cantidad y cualidad del tiempo con forma de trabajo que es necesario invertir para acceder a un puesto de trabajo en un contexto determinado: el tiempo reproductivo de cuidados, los tiempos de formación, la búsqueda de trabajo e incluso el ocio pueden tener forma de tiempo de trabajo, como argumentaremos más adelante.

Siguiendo esta idea, y aunque puedan estudiarse muchas de las peculiaridades de cada contexto concreto, parece pertinente una teoría de las transformaciones históricas globales para dar cuenta de, por ejemplo, *por qué no hubo países en los que la salida de la crisis del 29 no derivase en una fuerte reducción del tiempo de trabajo global acorde al aumento de la productividad* (Naville, 1963: 306). Si lo que históricamente no ocurrió en ningún lugar se viera como algo *necesario* –esto es, teleológico–, ello implicaría asumir, por ejemplo, que el imparable crecimiento global de la productividad es un hecho que no merece ser problematizado ni explicado históricamente. Del mismo modo, nuestra perspectiva permite dar cuenta del patrón

<sup>34</sup> “El desempleo, la pobreza, la marginalidad son, al igual que el accidente de trabajo, avatares que marcan la vida de algunos individuos. El Estado asistencial introdujo el principio no de su eliminación, sino de la protección y el socorro a quienes los sufrían. En este punto radicaba la diferencia respecto de las tesis liberales, a la vez que coincide con ellas en considerar estos acontecimientos como inevitables.” (Bilbao, 1997: 30-1).

<sup>35</sup> Si se quiere, esta manera de enfocar el problema no es sino un modo específico de denominar lo que en Weber es la metáfora de la “jaula de hierro”, lo que en Elias es el “imparable” “proceso de civilización”, o lo que en Marx es el “sujeto automático” del capital. A partir del caso del desempleo, intentaremos mostrar las condiciones para una visión no evolucionista ni pesimista de estos procesos aparentemente imparables. Sin embargo, hipótesis tales como las del *doble movimiento* del capitalismo, o las *oleadas de “marketización”* (Polanyi, 1944; Burawoy, 2010) no caracterizan lo que desde nuestro punto de vista puede ser analizado como otro momento de la tendencia histórica moderna a expropiar y mercantilizar los tiempos de vida.

común que, en el caso del desempleo, explica por qué antes del 73, casi todos los gobiernos -de izquierdas o de derechas- aplicaban las políticas de empleo keynesianas, mientras que tras el 73, casi todos los gobiernos -de izquierdas o de derechas- aplicarán las políticas neoliberales.

Como es sabido, tras el 73, las políticas de empleo de gobiernos de todo el espectro ideológico han ido fracasando prácticamente y abandonando ideológicamente su viejo objetivo del pleno empleo. Por tanto, y siguiendo este argumento, antes de analizar las particularidades de un contexto específico, debe tenerse en cuenta el carácter del patrón global actual, para cuya comprensión parece lógico tener que recurrir a una teoría de las transformaciones históricas globales y a largo plazo<sup>36</sup>. De lo contrario, podría perderse de vista un nivel importante de la explicación del tiempo del desempleo que, bajo nuestro punto de vista, no puede comprenderse completamente si omitimos el carácter global de este patrón.

Por consiguiente, desde nuestro punto de vista, aunque las *diferencias* entre niveles de desempleo deben explicarse en función de las particularidades de cada contexto, la existencia misma del desempleo, y su particular temporalidad, no puede explicarse como un error de política económica o solamente por las características de un determinado modelo productivo, por ejemplo. La producción global de desempleo es, antes que nada, un problema estructural del capitalismo, como han defendido algunos autores de referencia:

El paro no es un problema porque el pleno empleo no es una solución realista [...] No habría modo “de practicar con medios keynesianos la soberanía nacional en política económica.” (Offe, 1994: 59, 61)

El desempleo no es una burbuja que se ha formado en las relaciones de trabajo y que podría reabsorberse. Empieza a estar claro que la precarización del empleo y el desempleo se han inscrito en la dinámica actual de la modernización. (Castel, 1995: 406)

Ya no se trata de un hipo pasajero, de la ralentización que sucede al recalentamiento de la economía y precede a otro período de prosperidad, de un irritante temporal que desaparecerá y «pasará a la historia» una vez que retoquemos un poco los impuestos, los subsidios, las desgravaciones y los incentivos para estimular otra «recuperación encabezada por los consumidores». (Bauman, 2004: 30)

Creo que ya no tiene credibilidad alguna la idea de que con un gobierno mejor, tendríamos pleno empleo. Simplemente no es factible. (Postone y Briales, 2014: 62)

De este modo, el tipo de desempleo característico del periodo neoliberal, posfordista, flexible -o como se quiera llamar al tipo de regulación hegemónica post-73- no parece que pueda

---

<sup>36</sup> “Los inicios de este período se pueden localizar más o menos en la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa; su caída se puede ver en la crisis de la década de 1970 y la posterior aparición de un orden global neoliberal. Esta trayectoria general fue global. Abarcó los países occidentales capitalistas y la Unión Soviética, así como las tierras colonizadas y los países descolonizados. Al ser vistas respecto a esta trayectoria general, las diferencias en el desarrollo aparecen como diferentes inflexiones de un patrón común, más que como desarrollos fundamentalmente diferentes. El carácter general del patrón histórico de gran escala que estructuró gran parte del siglo XX sugiere la existencia de imperativos estructurales generales y limitaciones que no pueden ser explicados adecuadamente en términos locales y contingentes.” (Postone, 2009a: 86-7)



ser revertido por la vuelta a un capitalismo de corte keynesiano. Ya en los setenta, se pusieron de manifiesto los importantes obstáculos de las políticas de redistribución del empleo (Bilbao, 1993: 50): 1) disminuir el tiempo de trabajo aumentaba los costes salariales, con lo que se reducía la competitividad, y así no se creaba empleo; 2) adelantar la jubilación implicaba mayor gasto público, y; 3) la reindustrialización se realizaba en actividades intensivas en capital, y no en trabajo. A ello, se pueden sumar otras dinámicas económicas estrechamente vinculadas a la transformación general de las normas temporales<sup>37</sup>. El fracaso del plan E en España en los primeros años de la actual crisis (Uxo et al., 2010) es el ejemplo más cercano que corrobora nuestro argumento, pero mucho antes, y aún más significativamente, el fracaso del programa socialdemócrata de Mitterrand en los ochenta puso en evidencia que ni siquiera los márgenes de la excelente posición internacional de Francia eran ya suficientes para que la política económica estatal fuera capaz de soportar la presión desreguladora de la globalización económica.

Por estos motivos, los casos históricos de cuasi-pleno empleo no pueden ser vistos como modelos que podrían aplicarse de un modo generalizado, sino que más bien deben ser entendidos como casos particulares de un periodo históricamente muy delimitado. El recurso argumental al caso sueco o al alemán, en este sentido, no hace sino confirmar que las cada vez menores excepciones sólo pueden sostenerse bajo el supuesto incuestionado de la necesidad del crecimiento y la productividad, que en un sistema de competitividad global, necesariamente implica otras posiciones subordinadas en los países periféricos y semiperiféricos (Ibáñez Rojo y López Calle, 2012b). Una vez que las políticas neoliberales habían dado con la fórmula del

---

<sup>37</sup> Para un excelente análisis del caso español entre 1977 y 1984, del paso de “políticas de redistribución del empleo” a “políticas de gestión del desempleo”, véase Bilbao (1993: 39-76). En el contexto de un completísimo estudio sobre el tiempo social, IOE (1996: 51-2) hace un muy buen resumen de un estudio de Robert Boyer sobre los efectos económicos de la crisis del 73, que tomamos prestado por su claridad en las claves del giro estructural global que afectó sustancialmente a la viabilidad de las políticas keynesianas, lo que puede ser entendido en clave temporal: “1) El engranaje combinado *crecimiento-productividad-salario real-empleo*, característico de la etapa fordista, deja de funcionar: de crecimientos superiores al 5% anual en los años 50-60 se pasa a menos del 2% en los 70-80. En la medida que la productividad crece más deprisa que la demanda, el desempleo aumenta (la productividad actúa ahora contra el empleo, al revés que en décadas anteriores). 2) La producción en serie exige *mercados de dimensiones transnacionales*, lo que amplía tanto las exportaciones como las importaciones. Esto hace que la política económica nacional sea cada vez más ineficaz para regular los mercados ya que tanto la producción como el consumo tienden a ajustarse desde la competencia internacional. La regulación por parte de los Estados se ve ahora como un freno a la competitividad y la eficiencia económica. 3) La crisis industrial afecta a los sectores laborales donde los sindicatos eran más fuertes, donde se ubica el sector comercial. Ganan terreno las pequeñas empresas y la subcontratación, así como el empleo temporal y a tiempo parcial. El sector comercial y de los servicios a domicilio tiende a expandirse a las horas nocturnas y a los fines de semana, llegándose en algunos países a una total flexibilidad de horarios comerciales. 4) Las empresas, afectadas por una recesión en la rentabilidad y en la inversión, ensayan todas las fórmulas posibles para enderezar su situación financiera, en especial a través de una *nueva gestión del personal, más orientada a la rentabilización y la flexibilidad* (moderación salarial, contratación eventual, movilidad funcional y geográfica, abaratamiento de los despidos, menos cargas sociales, etc.).”

endeudamiento masivo para resolver los problemas de escasez de demanda (López y Rodríguez, 2010), la producción de desempleo y precariedad se convertían de hecho en factores productivos clave en la “reactivación” económica (Briales y López Calle, 2015), apuntalando así la sustancial inviabilidad en el largo plazo de las políticas keynesianas, más aún en países como España, con bajo poder del capital productivo, alta dependencia de flujos de capitales muy volátiles, alta tasa de importaciones en sectores clave -como el energético-, y un mercado interno debilitado más aún con la priorización de las exportaciones que se ha dado en los años de crisis para contrarrestar la disminución de la inversión extranjera. En el contexto de fuerte declive de los márgenes de poder de la política económica a nivel estatal, si se argumenta contra las políticas neoliberales sin cuestionar el propio proceso de acumulación en cuanto tal –como sostiene el keynesianismo-, la tendencia a la precarización generalizada aparece como un argumento irrefutable.

Estos colectivos, jóvenes, parados, minusválidos, etc., se van a convertir en una suerte de punta de lanza de la flexibilización del mercado de trabajo. Ellos van a ser la coartada sobre la que se argumentará la quiebra de la relativa estabilidad y seguridad del mercado de trabajo, rebautizadas ahora como las rigideces que impiden la integración de nuevos elementos. Como toda coartada ideológica, encierra un silogismo irrefutable: de no alterarse la lógica del proceso de acumulación, resulta evidente que sólo desestabilizando a los que están dentro de él cabe integrar, también desestabilizados, a los que no lo están. (Bilbao, 1993: 54-5)

Es decir, mientras las medidas keynesianas se presenten como un *fin* que da por buena la acumulación –y no, en todo caso, como un *medio* para frenar la acumulación- permanecerán incuestionados los supuestos que compartieron las salidas de las crisis del 29, del 73, y al parecer, la de 2008. Y en lo que aquí nos interesa más concretamente, la concepción del tiempo de trabajo como positividad, lo que, como trataremos de mostrar, se encuentra en la base de la producción de desempleo.

### *La intensificación del tiempo con forma de trabajo*

Desde el punto de vista del proceso de expropiación del tiempo, aunque en algunas regiones del mundo ha habido periodos de importantes disminuciones de las horas de trabajo formalmente remuneradas (Prieto y Ramos, 1999: 468-70)-, ello no es contradictorio con que cada vez se *intensifique*<sup>38</sup> el tiempo de vida con forma de trabajo. Aunque esta intensificación pueda tener

---

<sup>38</sup> Utilizamos aquí el concepto clásico de *intensificación* (Marx, 1872: 498-510) –y no, por ejemplo, expansión o “colonización”- para subrayar la idea de que el cambio sociotemporal fundamental se da con la mercantilización del tiempo social que se produce con el capitalismo, particularmente, a partir de la producción de plusvalor *relativo*. En nuestra perspectiva, la intensificación del tiempo y del trabajo implica cambios en el conjunto de los tiempos sociales, y no tanto, “invasiones” del trabajo en el tiempo de vida –tal como se refieren algunos autores, por ejemplo, los postoperaístas al hablar del posfordismo-, o cambios que se producen cuando, supuestamente,

diferentes formas históricas, en nuestro enfoque es la consecuencia de la mercantilización del tiempo fundante del capitalismo, y no solamente de una época concreta de éste. En consecuencia, la intensificación del tiempo de vida en tanto que tiempo de trabajo atañe al conjunto de los tiempos sociales, incluidos el tiempo libre y el tiempo de cuidados. Desde nuestro enfoque, comprender esta dinámica provee una clave importante para la comprensión del tiempo del desempleo, sus transformaciones y las posibilidades de su eventual superación.

En el patrón global neoliberal que caracteriza las últimas décadas, la tendencia estructural a producir nuevas formas temporales de trabajo se da en todos los países occidentales, aumentando tendencialmente la fragmentación y precarización generalizadas (Offe, 1984). Dados los obstáculos que hemos mencionado, el objetivo de las políticas de empleo actuales ya no es resolver el desempleo sino gestionar productivamente una creciente población de precarios, desempleados e inempleables. La escasez general de empleo, y particularmente la escasez de empleo estable, se acrecienta a medida que aumenta la *sobrepoblación relativa* de trabajadores que sólo pueden acceder a la riqueza mediante la venta de su tiempo: principalmente, mujeres y emigrantes del Sur Global al Norte Global, por ejemplo en el caso de países como España cuyas burbujas necesitaban masas de mano de obra barata y de presión competitiva que permitiera disminuir los salarios. En este tipo de contexto, desde la década de los ochenta “desciende la capacidad de absorción del mercado de trabajo” (Offe, 1984: 9), o se producen grandes absorciones de tiempo seguidas de grandes expulsiones, como ocurre en casos como el español. En este marco, aumentar el empleo neto significa crear nuevas burbujas y segmentar aún más las asignaciones del tiempo de trabajo, mediante la multiplicación de categorías de empleados y formas de contratación muy fragmentadas e inestables. Este tipo de ordenamiento, sirve también para gestionar los tiempos no remunerados de un modo cada vez más sincronizado –formación, búsqueda de empleo, trabajo autónomo, tiempos de reproducción, tiempos de consumo, etc. que son objetivamente necesarios para el crecimiento económico. En este sentido, como afirmaba Bilbao, aumentar el empleo significa distribuir el escaso tiempo de trabajo de los estables hacia los inestables, inestabilizando en esta transferencia a los propios estables, y asumiendo como norma el desempleo estructural de quienes no sean capaces de insertarse entre alguna de las categorías precarizadas.

---

el tiempo de trabajo se deja de poder “medir”, puesto que, en rigor, la operación de cuantificar el tiempo en horas y dinero es uno de los núcleos que definen la esencia del capitalismo.

Como múltiples investigaciones han señalado, los fenómenos característicos del capitalismo neoliberal pueden ser leídos en términos temporales como un proceso de desmembramiento paulatino de las rigideces de la ordenación temporal fordista, de modo que la asignación de los diferentes tiempos productivos, reproductivos e improductivos se haga cada vez más óptima. Ello implica una mejor coordinación de los diferentes tiempos sociales en función de las demandas cada vez más específicas del sistema productivo<sup>39</sup>. Paradójicamente, los aumentos de productividad, los desarrollos tecnológicos y la inmensa capacidad de producir riqueza, no dejan de aumentar la escasez relativa de tiempo de trabajo, que tiende a asignarse polarizadamente; por un lado de un modo intensificado, superespecializado y altamente remunerado para reducidas capas de trabajadores, y por otro lado, descualificado y fragmentado para cada vez más población, que sin embargo debe tener su tiempo de manera permanentemente disponible (Prieto y Ramos, 1999; Alonso, 2000; Martínez, 2015). Por consiguiente, a medida que se aumenta la población disponible para el trabajo y el tiempo de vida con forma de trabajo, paradójicamente cada vez es más difícil vender de manera regular un fragmento de ese tiempo por dinero, lo cual hace decrecer las posibilidades de tener un tiempo de vida suficiente y satisfactorio.

La dificultad de plantear alternativas reales a esta nueva etapa de la expropiación del tiempo hace que asistamos a nuevas formas de invasión del tiempo de trabajo sobre el tiempo de vida, que repiten la ambivalencia entre su carácter coactivo o consentido. Ante estos fenómenos, algunos autores, no sin cierto pesimismo, han caracterizado el tiempo presente como “la inscripción generalizada de la vida humana en una duración sin pausa, definida por un principio de continuo funcionamiento.” (Crary, 2013: 8). Según Crary, las lógicas de la actual expansión indiscriminada de la racionalización temporal estarían detrás de diferentes innovaciones en curso: por ejemplo, Crary relata el caso de los avances en la investigación farmacológica que permitirían reducir significativamente el tiempo necesario de sueño, lo cual serviría para ensanchar las barreras psicofísicas de los sujetos para un uso más productivo del tiempo<sup>40</sup>. Aunque quizás pueda parecer algo conspirativo, si seguimos

---

<sup>39</sup> “Como un junco, el trabajador flexible se acopla a los requerimientos autónomos de una coordinación temporal expansiva que pone en sintonía perfecta el proceso de trabajo y las demandas del mercado.” (Prieto y Ramos, 1999: 477)

<sup>40</sup> En este sentido, Crary da varios ejemplos aterradores. Por ejemplo, habla de unos experimentos que actualmente estudian las neuronas de un tipo de aves migratorias que pueden estar una semana sin dormir, con el objetivo de diseñar fármacos que reduzcan la necesidad de tiempo de dormir. Igualmente, los presos en Guantánamo habrían sido utilizados con el fin de experimentar los efectos de la privación de sueño en humanos, lo que es común en situaciones de tortura desde hace décadas. Otro ejemplo que señala Crary, es la

pensando históricamente, los distópicos ejemplos de Crary pueden ser vistos como otro momento histórico de la expropiación del tiempo, que podrá integrarse a la normalidad del mismo modo que lo han hecho otras tantas conmociones históricas. Si, según el economicismo temporal, todo tiempo improductivo es pérdida de competitividad, reducir el tiempo de dormir es positivo ya que genera ventajas comparativas en aquellas personas, grupos o países que consigan dormir menos. Desde esta lógica, como analizaremos más adelante, hay que inscribir todos los momentos de la vida de las personas en este tipo de racionalidad temporal.

A pesar de todo este proceso de anulación del tiempo socialmente disponible, tras los acontecimientos posteriores a la crisis de 2007, muy diferentes discursos insisten en afirmar que el desempleo global estructural ha de resolverse con más empleo, lo que no sólo elude la preocupación por si las nuevas formas de empleo cubren las necesidades de las personas, sino que sobre todo omite la pregunta por el propio sentido de la expansión del trabajo como pivote de la organización social. De esta forma, el ideal del pleno empleo y la vuelta a un capitalismo de corte nekeynesiano parecen ser difícilmente plausibles como alternativas que enfrenten sustancialmente los problemas globales actuales. Además, no sólo habría que preguntarse sobre si las soluciones nekeynesianas son factibles, sino también si son deseables. Como hoy se ve más claramente, el ideal del pleno empleo se sustentó sobre un modelo muy determinado de división sexual e internacional del trabajo, además de en una desatención a los límites ecológicos del planeta, lo que se hace más evidente a medida que nos distanciamos históricamente del periodo hegemónico del keynesianismo, y los planteamientos feministas, ecologistas, y no-eurocéntricos adquieren mayor visibilidad.

---

investigación en una especie de “satélites” que podrían reflejar la luz del sol en amplias zonas del planeta, pudiendo no sólo ahorrar luz -tal como se ha justificado- sino además alargando el día, y con ello acortando el tiempo del sueño. Multitud de ejemplos pueden ser pensados desde este punto de vista: las pastillas para dormir, los cafés, las cocacolas, los Red Bull, la velocidad del transporte, la creciente intensidad del ocio en el fin de semana, los usos capitalistas de las drogas, etc. Para un enorme libro con múltiples ejemplos en este sentido, véase Rosa (2005). En la prensa actual no cesan de aparecer noticias de nuevas tecnologías dedicadas al ahorro de tiempo, cuyo sentido puede ser también interpretado dentro de nuestro marco teórico.

**Cuadro 1. ¿Los “huecos” de la sociedad del trabajo?**

Multitud de ejemplos de las posiciones “pro-trabajo” pueden encontrarse en las críticas del neoliberalismo que apuntan a una recuperación del “buen trabajo”, aun cuando reconocían las debilidades de una sociedad organizada sobre el trabajo. Por ejemplo:

En suma, la sociedad del trabajo, institucionalizó un modelo de regulación que había desradicalizado su conflicto, mesocratizado su estructura social y hecho que el conflicto realmente existente no se convirtiera necesariamente en disruptivo y aniquilador, sino con posibilidades de generar dinámicas integrativas y positivas para la organización social al hacerla avanzar en el reconocimiento de sus necesidades, posibilidades y deficiencias. Sin embargo, esta sociedad del trabajo dejaba también huecos importantes, su estatuto de ciudadanía se hacía a partir de una figura casi exclusivamente masculina e industrial (dejando a todos los demás colectivos sin ese estatuto ciudadano o con un estatuto diferido de esa ciudadanía central), su enfoque exclusivamente nacional y occidental la hacía etnocéntrica (y eurocéntrica) y su no consideración del medio natural como un límite real la haría ecológicamente explosiva. (Alonso, 2000: 201).

Al contrario de lo que se afirmaba entonces, y a la luz de los efectos de la crisis global, muchas corrientes críticas han pasado de ver estos problemas como “huecos”, para resituarlos como fundamentos de una crítica de la totalidad<sup>41</sup>. Desde estas corrientes, las preguntas abiertas son: ¿por qué el trabajo sería necesariamente la única posibilidad plausible de la integración social? ¿Es sólo la forma de regulación neoliberal la que origina la precarización del trabajo, o más bien el conjunto de la sociedad del trabajo tiene problemas irresolubles? ¿Podría un nuevo pacto capital-trabajo rellenar los “huecos” del productivismo, el patriarcado y el eurocentrismo? ¿Es sólo el neoliberalismo lo que frustró completar el proyecto incompleto de la modernidad? ¿O esos huecos, más bien, son fallas estructurales del edificio de la sociedad del trabajo? La relevancia social de estas preguntas es inseparable de una crítica del desempleo como la que planteamos en esta investigación.

Como hoy constatamos, la “refundación” del capitalismo por vía neokeynesiana no se ha realizado, lo que ha llevado a muchos analistas a interpretar que son sólo los intereses de las élites los que explicarían este desarrollo. Sin embargo, según nuestra interpretación, se ha puesto en evidencia que los cambios globales del capitalismo no pueden ser explicados sólo por los intereses de sus élites, sino que, inseparablemente, deben entenderse como efectos de la incompatibilidad entre el capital y la sostenibilidad de la vida (Pérez Orozco, 2014). Desde este enfoque, los problemas actuales no son el efecto de meras desregulaciones o imperfecciones que podrían ser resueltas dentro de las viejas coordenadas. Aplicando esta misma idea al problema del desempleo, nuestra estrategia consistirá en cuestionar el supuesto fundamental que, como hemos intentado mostrar, han asumido enfoques anteriores. El caso español no es excepcional sino sólo un caso concreto, con sus particularidades [cap. 2], dentro de este patrón global: ahorro masivo de trabajadores paralelo a una intensificación de trabajo, polarización de la división social del

<sup>41</sup> Para un buen resumen de estas corrientes y debates actuales, véase Pérez Orozco (2014)

tiempo y la riqueza, producción de masas de superocupados y masas de desocupados que tienden a estar cada vez más internamente diferenciados. Tales son los rasgos característicos de procesos que, en lo fundamental, ningún sujeto ni grupo organizado parece controlar sustancialmente<sup>42</sup>.

Hasta aquí, hemos ilustrado una pequeña historia del surgimiento de la moderna escasez de tiempo y su sentido en la actualidad. Como hemos visto, en la lógica economicista, la pregunta por el tiempo permanece básicamente ausente en los discursos de las soluciones al desempleo. Los ejemplos históricos y actuales que hemos ido señalando nos obligan a pensar qué hay en el tiempo moderno que produce esta suerte de imparable conflicto por el tiempo, que siempre vuelve, y del que nada ni nadie parece escapar sustancialmente. En este sentido, el abordaje del tiempo de desempleo es inseparable del contexto en el que el descontrol del tiempo supone un problema estructural, como hemos intentado resumir. Nuestro razonamiento apunta a la recuperación de un pensamiento olvidado por toda visión economicista y por buena parte de la “ciencia destemporalizante” (Bourdieu, 1980: 157). Para ello, interpretamos las categorías centrales de la crítica de la economía política como categorías temporales, tal como ha señalado Postone (1993) y muchos otros autores en décadas recientes (Bensaïd, 1995; Jessop, 2000; Miller, 2004; Osborne, 2008; Heydebrand, 2003). En este marco, se trataría de superar la concepción de un marxismo que convirtió a la teoría crítica del capitalismo en una mera teoría económica, a la teoría del valor en una teoría de los precios y a la teoría del plusvalor en una teoría del beneficio. Intentaremos mostrar sus potencialidades explicativas para dar cuenta del desempleo y su temporalidad, lo que aspira a superar el pensamiento transhistórico, las exégesis textualistas sobre “el autor Marx” así como la *función sacerdotal* del marxismo objetivista<sup>43</sup>. Sencillamente, creemos que éste puede ser un buen punto de partida para recuperar la olvidada pregunta por el tiempo, para enfrentar así la paradoja del tiempo escaso del modo más coherente y convincente que nos sea posible.

---

<sup>42</sup> Afirmar esto, debemos insistir, no niega en modo alguno la existencia de grandes procesos de centralización del poder –en términos nacionales, regionales, de clase, de género, etc.– que, como también es evidente, han resultado determinantes para transformar el nuevo campo de posiciones tras los enormes reajustes provocados por la crisis global.

<sup>43</sup> “...mi principal preocupación no se centra en lo que Marx pudiera o no pudiera haber previsto. Tampoco me concentro en trabajar sobre las tensiones internas que pudieran o no pudieran existir en El Capital. Mis intereses intelectuales, mi interés, es ayudar a reformular una poderosa teoría crítica del capitalismo. Con ese fin, estoy tratando de hacer la crítica de la economía política lo más coherente internamente que sea posible, desde luego por razones teóricas, no por razones hagiográficas.” (Postone y Brennan, 2009: 307). Como ha afirmado Jay (1993), es irrelevante si el Marx de Postone es el Marx “real”, sino si su lectura permite enfrentar los asuntos teóricos planteados. Para una crítica de la retórica del marxismo althusseriano, véase Bourdieu (1982: 171-87).

## 1.2. La mercantilización del tiempo

En algunos enfoques, el tiempo de trabajo es abordado como un tiempo más dentro de una heterogeneidad -o pluralidad- constitutiva de tiempos<sup>44</sup>. Aunque en nuestro enfoque no hay duda de la existencia constante de contingencias, diferencias y heterogeneidad, esta forma de representar el tiempo omite el proceso histórico que hemos resumido en el punto anterior, pues no puede explicar el carácter *socialmente general* de la escasez de tiempo, ni el tiempo del trabajo como un “no tener tiempo”, ni tampoco la dinámica conflictiva y no lineal de polarización de la división social del tiempo que caracteriza a la sociedad moderna y que coacciona la posibilidad de llegar a un “equilibrio” entre los diferentes tiempos. Según nuestro punto de vista, la heterogeneidad constitutiva de los tiempos podría ser el principio de sociedades no capitalistas, en las cuales los tiempos no son comparables entre sí, donde no hay una creciente prisa omnipresente ni tampoco acontecen grandes reorganizaciones repentinas de la división social del tiempo, como ocurre en las crisis modernas. En el polo contrario, los enfoques más estructuralistas han insistido en la homogeneidad unidimensional del tiempo, de un modo exageradamente unilateral y lineal, omitiendo las posibilidades de conflictos estructurales, contradicciones o heterogeneidad que empíricamente se constatan. En el fondo, este conflicto entre homogeneidad y heterogeneidad reproduce los clásicos dilemas sociológicos entre estructura y agencia o entre igualdad y diferencia. Para intentar escapar de tales dicotomías, en nuestro marco, lo que caracteriza al tiempo capitalista es un principio dinámico de producción de homogeneidad temporal en relación al cual se produce mucha heterogeneidad, conflictos y fuerzas intrínsecamente *contradictorias*<sup>45</sup>.

Siguiendo este argumento, y complementado y criticando la conocida concepción de Polanyi –la economía de mercado se caracteriza por la mercantilización ficticia del trabajo, el

---

<sup>44</sup> “No vamos a entrar aquí en esa discusión sobre la reductibilidad del complejo-tiempo. [...] nuestra aproximación reconoce las múltiples caras del tiempo y no pretende, en ningún caso, reducirlas a alguna estratégica, esencial o fundamento de las demás.” (Prieto et al. 2009: 356). Sin embargo, la defensa de la heterogeneidad constitutiva a veces convive con la constatación empírica recurrente del tiempo como abstracto y homogéneo: “los profundos cambios que se observan actualmente en el orden de las temporalidades sociales [...] generan la sensación de que se está viviendo en un momento histórico traumático caracterizado por la escasez relativa de tiempo.” (Ibíd.: XXVII) “Las voces [de los sujetos] que lo cuentan [que los tiempos “están cambiando”] no traslucen esperanza, sino más bien cansancio, desánimo, preocupación, sensación de ser víctimas o conejillos de Indias de un cambio social que, como el tiempo según lo concebía Newton, fluye por sí mismo sin referencia a nada –sin consideración, sin piedad, implacable.” (Ibíd.: 354). Esta “hipótesis de la pluralidad del tiempo social” es atribuida a Gurvitch (Ramos, 2014: 165-6). Para una crítica del enfoque homogeneizador, véase Ibíd.

<sup>45</sup> Como ya señalamos, la conceptualización de la sociedad como contradictoria es la base de la idea de *crítica* que manejamos [0.3].



dinero y la tierra<sup>46</sup>- el enfoque que seguimos da un paso más allá al conceptualizar la expropiación del tiempo como una *mercantilización del tiempo*. Podemos profundizar ahora con una densa definición aportada por la lectura de Giddens:

La mercantilización del tiempo significa que el tiempo se dibuja [drawn] en una ‘doble existencia’ que es la cualidad más característica de toda mercancía. El tiempo como tiempo vivido, como la sustancia de la experiencia vivida de la *durée* del Ser, deviene acompañado por una dimensión separada del tiempo como pura o ‘duración sin forma’. Con la expansión del capitalismo, esto es lo que el tiempo parece que llega a *ser*, al igual que el dinero parece ser la medida universal del valor de todas las cosas. El tiempo como duración pura, como desconectado de la materialidad de la experiencia, llega a ser percibido, en oposición directa al actual estado de cosas, como real, tiempo ‘objetivo’, porque, como el dinero, se expresa de un modo universal y público. Este modo universal y público, otra vez como el dinero, no es nada más que su propia cuantificación como una medida estándar colocada como eje de una multitud de relaciones de transformación/mediación. (Giddens, 1981: 130-1)

Antes de explicar los detalles de esta definición, es importante tener conciencia de que la conceptualización de la escasez general de tiempo puede llegar a ser muy complicada. Pero independientemente de lo que aquí seamos capaces de enrevesar el razonamiento, la mercantilización del tiempo puede ser expresada en términos sencillos a partir del principio que se encuentra en su origen: lo que llamamos el *trabajar por trabajar*. Como argumentaremos, este principio no es teleológico sino tautológico, o dicho de otra manera, se fundamenta a sí mismo en una estricta autorreferencialidad. Desde este punto de partida, a continuación resumiremos cómo el trabajo puede ser conceptualizado como una relación temporal que, por así decirlo, invirtió el tiempo y lo autonomizó como si de una esfera natural se tratase. Desde este punto de vista, la sociedad moderna no es tanto la sociedad del mercado como la sociedad del trabajar por trabajar.

### *Trabajar por trabajar*

La mera expresión “tengo tiempo” o “no tengo tiempo” presupone, de entrada, que el tiempo sea una esfera socialmente objetivada, esto es, aparentemente *separada* de lo social como si no fuera social. Lo mismo ocurre con las escisiones específicamente modernas de la producción y la reproducción, el trabajo y la vida, lo económico y lo social, entre otras. El sentido de nociones tan familiares como la escasez de tiempo, perder el tiempo, invertir el tiempo, o usar productivamente el tiempo<sup>47</sup>, sólo son pensables junto con la historia de la expropiación capitalista del tiempo. La

<sup>46</sup> Siguiendo a Postone (1993: 213), el trabajo, el dinero y la tierra -o, si se quiere, el espacio- son “abstracciones reales” constituidas de un modo radicalmente diferente en el capitalismo y, por tanto, no hay “sustancia” previa alguna que permita distinguir entre mercancías “auténticas” y “ficticias” (Polanyi, 1944: 121-134).

<sup>47</sup> “Una sociedad que, como la sociedad campesina, se atribuye el deber de dar trabajo a todos sus miembros, que ignora la noción de trabajo productivo o lucrativo y, al mismo tiempo, la escasez de trabajo, excluye la conciencia del desempleo” (Bourdieu, 1977: 82).

categoría tiempo, de hecho, no se encuentra en todas las sociedades, y aun cuando existe, en modo alguno puede concebirse como algo separado de lo social<sup>48</sup>.

Así, conocidas posiciones como las de Newton o Kant han esencializado el tiempo al definirlo como un a priori independiente de lo social, lo cual es histórica y sociológicamente insostenible. No obstante, estas ideas no pueden simplemente reducirse a un simple error de tal o cual autor, sino que su surgimiento también debe ser explicado. Kant o Newton no estaban esencialmente equivocados al entender que una característica central del tiempo moderno es que parece como si se sucediera de un modo ajeno a los acontecimientos. Su expresión más común son las manecillas del reloj dando vueltas, que representan el sucederse de las horas como si ello fuera independiente del sucederse de los acontecimientos<sup>49</sup>.

Por ejemplo, la expresión “perder la noción del tiempo” resalta la experiencia de estar momentáneamente desligado del paso de las horas, y es sólo la sorpresa del “¡Qué hora es!” la que reintroduce el orden social en la experiencia temporal. Sin embargo, en la lógica práctica del mundo social, las horas “pasan” independientemente de si uno está o no pendiente del reloj. Otro ejemplo cotidiano como la experiencia de despertarse justo un minuto antes de que suene el despertador, puede leerse como la consecuencia de la incorporación del ritmo homogéneo de los minutos en los sujetos, y de cómo los minutos pasan a constituir las prácticas desde una objetividad que parece asocial. Éstas son ilustraciones que evidencian que los minutos no son en sí mismos los que distinguen los diferentes momentos, sino sólo los acontecimientos socialmente significativos los que producen la forma del sucederse<sup>50</sup>.

En todo caso, una explicación propiamente social del tiempo tendría que implicar algo más que un posicionamiento “a favor” del tiempo vivido y “en contra” del tiempo del reloj, como a veces ocurre<sup>51</sup>. Antes bien, se trata de relacionar las dos caras del tiempo. En consecuencia, nuestra explicación debe buscar categorías que den cuenta de la constitución del tiempo del reloj

---

<sup>48</sup> Véase el calendario de los Nuer que elabora Evans Pritchard (1940: 113). Las categorías temporales son “lluvias”, “cosecha”, “sequía”, etc., es decir, son categorías de las actividades socialmente significativas, y no categorías de tiempo cuantitativo.

<sup>49</sup> “Que cualquiera mire el espacio que le circunda. ¿Qué ven? ¿Ven el *tiempo*? Más bien, viven el tiempo; *están dentro* del tiempo. Sólo se ven movimientos.” (Lefebvre, 1974: 150)

<sup>50</sup> En el particular lenguaje de García Calvo, así se refiere al tiempo del trabajo moderno (1993: 246): “...se trata de un Tiempo vacío, es decir un Tiempo en que en verdad no pasan cosas, acciones ni acontecimientos. En efecto si e n é l pasaran cosas, eso lo perturbaría y embarullaría de tal modo que ya no dejarían convenir, como se requiere, que e s é l precisamente el que pasa y no otra cosa alguna, de modo que se le pueda segmentar en tramos, dividir éstos por rigurosas unidades de semanas, siglos o segundos, y así, contándolo, medir ese decurso suyo”.

<sup>51</sup> En general, ocurre con todas las posiciones que se sitúan en el polo de la diferencia o la agencia frente a la igualdad y la estructura, por ejemplo. En el marxismo, este tipo de crítica aparece en quienes reivindican el valor de uso *frente* al valor o el valor de cambio, lo *concreto* frente a lo *abstracto*.

a partir de prácticas temporales que hacen significativo que una sociedad se ordene a través de unidades temporales abstractas, constantes y homogéneas. Tal es la clave central para comprender las relaciones entre el uso de los minutos y el uso del tiempo.

Dentro de la explicación del surgimiento histórico del tiempo moderno, la aparición del reloj fue clave en el plano técnico para representar unidades temporales homogéneas y constantes como hechos independientes de los acontecimientos sociales. A pesar de ello, el reloj no debe entenderse como la causa de la separación del tiempo sino que, más bien, se trata de una condición que sólo se hará significativa una vez que haya prácticas sociales que sistemáticamente requieran tiempos homogéneos (Postone, 1993: 273-91). En este sentido, no son los intelectuales o las apariciones técnicas las que explican la transformación del tiempo social, sino que ambos forman un conjunto de condiciones que permiten la emergencia de una coacción de tipo temporal –es decir, *abstracta*– que comienza a determinar que los sujetos se vayan plegando históricamente a un ritmo creciente, a una presión temporal que no está directamente controlada por ningún grupo concreto<sup>52</sup>, y que hemos esbozado más arriba en su materialidad sociohistórica.

Lo que históricamente de hecho ocurrió es que el tiempo cuantitativo estaba ya “inventado” por Newton a finales del XVII, así como en China existían ya relojes con unidades de tiempo constantes y homogéneas. Sin embargo, no fue hasta el XIX que podría decirse que el *tiempo abstracto* se asumió socialmente en Europa. Por tanto, el reloj fue una condición necesaria, pero no su causa: el factor determinante fue la consolidación de un tipo específica de prácticas sociales que se dieron primero en Europa<sup>53</sup>. Así, a través de un largo proceso, fue en Europa donde las unidades horarias se constituyeron como socialmente centrales, de modo que las pautas temporales dejaron de estar determinadas por el poder eclesial, y el tiempo se fue así “secularizando” al ritmo del tiempo del trabajo moderno (Ibíd.: 241-4). Dentro de estas nuevas coordenadas históricas, si no eran simplemente el reloj o el tiempo newtoniano los que *constituyeron* el tiempo abstracto, cambiar la cantidad de días, semanas o meses del calendario, como ocurrió en el conocido caso de la Revolución Francesa (Zerubavel, 1977), tampoco implicaba transformar el tiempo abstracto que estaba ya expandiéndose (Sewell, 2014).

---

<sup>52</sup> “La pregunta de cómo queremos vivir es equivalente a la pregunta de cómo queremos gastar nuestro tiempo, pero las cualidades de “nuestro” tiempo, sus horizontes y estructuras, su tempo y su ritmo, no están a nuestra disposición (o lo están sólo en un grado muy limitado).” (Rosa, 2005: xxxviii)

<sup>53</sup> “...existe una tecnología humana antes de que exista una tecnología material. [...] La tecnología es, pues, social antes de ser técnica.” (Deleuze, 1986: 67). En ese sentido, la explicación social de la técnica es crítica con el tipo de tecnofobia trágica común en las críticas reaccionarias de la modernidad (Ocaña, 1992), tanto como con aquellos enfoques que consideran que la tecnología en el capitalismo es simplemente neutra.

Las prácticas que han constituido el tiempo específicamente moderno son las que aquí denominamos *trabajo*, *venta de tiempo de vida* o *relación salarial*. Entendemos el trabajo como una relación social históricamente específica de las sociedades capitalistas por la cual un trabajador vende su fuerza o capacidad de trabajo una vez que la producción se ha escindido como una esfera separada<sup>54</sup>. La identificación de *actividad* con *trabajo* –y paralelamente, la *pasividad*<sup>55</sup> con no-trabajo-, la capacidad de trabajar, y la propia categoría trabajo en su sentido moderno, se constituyen históricamente a medida que los tiempos de vida pagados con dinero empezaron a competir de un modo general y sistemático entre sí, y los efectos conjuntos y expansivos de esta puesta en competencia, empezaron a ordenar, homogeneizar y “racionalizar” – en su sentido moderno- la sucesión de los acontecimientos diarios, semanales y anuales, así como las biografías de los sujetos, hasta hacer aparecer el tiempo como una *variable independiente*<sup>56</sup>.

A partir de esta definición de trabajo es posible explicar históricamente la separación de la esfera del tiempo de lo social –y así del espacio<sup>57</sup> y del resto de esferas-, y la emergencia de un tipo de *dominación temporal* o *coacción abstracta* (Postone, 1993: 224-30) que presiona para hacer cumplir los horarios, realizar las actividades de un modo crecientemente intenso, temporalmente racional y eficiente. Este tiempo autonomizado reordena la vida social y amplía exponencialmente la escala de las relaciones a cada vez más población hasta, por así decirlo, relacionar todo con todo, directa o indirectamente -lo que Marx llama *subsunción* (Castillo Mendoza, 2002).

<sup>54</sup> No se debe confundir el trabajo con la fuerza de trabajo (Marx, 1872: 203-14). El trabajo es el acto de vender la fuerza de trabajo, es decir, la práctica de un sujeto constituido como trabajador que está regulada temporalmente por la relación salarial; desde el punto de vista del comprador de trabajo, el trabajo es el valor de uso de la mercancía fuerza de trabajo. Según Rolle (2003: 161), “...en su definición más amplia, la relación salarial es el sistema económico y social en el que el trabajador es libre, separado radicalmente de los medios de producción, los únicos que pueden transformar su actividad libre en trabajo.”. El autor fundamental en la sociología del trabajo en la conceptualización de la relación salarial es Pierre Naville (García López, 2006a). Otros autores que comparten los rasgos fundamentales de dicha teorización pueden encontrarse, por ejemplo, en CRL (2003) y en García et al. (2005). Este sentido de *trabajo* articula el trabajo como relación de producción y el empleo como norma social (Prieto, 2000, 2007c). En otro lugar, hemos desarrollado esta idea en diálogo con el feminismo (Briales, 2014).

<sup>55</sup> “El esquema actividad/pasividad que ha dominado la historia de la filosofía no tiene ningún carácter originario, ningún privilegio ni pertinencia universal en absoluto.” (Castoriadis, 1975: 272)

<sup>56</sup> “Sólo queremos hacer ver que el trabajo abstracto, igual, comparable, medido con precisión creciente por el tiempo de trabajo socialmente necesario, el trabajo de la división capitalista del trabajo, a la vez como producto y como condición de la producción capitalista, sólo puede surgir en el curso de la evolución de ésta, y sólo en el curso de esta evolución se convierte en una categoría social que influye de manera decisiva en la forma de objetividad tanto de los objetos como de los sujetos de la sociedad” (Lukács, 1923: 114).

<sup>57</sup> “El correlato de la mercantilización del tiempo en la producción capitalista es la mercantilización del espacio” (Giddens, 1981: 10). “El “vaciamiento del tiempo” es en gran medida la precondition del “vaciamiento del espacio”, y por ello tiene prioridad causal sobre éste. [...] la coordinación del tiempo es la base del control del espacio.” (Giddens, 1990: 18).

En sentido *procesual*, la emergencia de la relación de trabajo no tiene un origen o causa exacta. Como decíamos, se trata de un variado conjunto de condiciones técnicas, políticas, culturales, etc. Marx, de un modo genérico, sitúa a la *violencia* en el origen del giro histórico que instituye su propia versión de *la mano invisible*<sup>58</sup>, y que da origen a la mercancía fuerza de trabajo. La caracterización del tiempo moderno como “vacío”, “homogéneo” o “forma sin contenido”<sup>59</sup> remite a ese cambio desde unas relaciones sociales “directas” regidas por la tradición o la coacción directa entre grupos, a unas relaciones articuladas por el trabajo, el cual ya no aparece como social sino como natural, e invierte su condición de *medio* para obtener riqueza para convertirse en un fin en sí mismo. El tiempo de trabajo funciona sistémicamente como un pivote dinamizador y totalizante, como un eje respecto al cual se ordenan y reordenan los tiempos sociales en su conjunto, lo que dio lugar al progresivo asentamiento de la dinámica impersonal de las relaciones modernas. Dicho en vocabulario sociológico, esta dinámica resulta del conjunto de las “consecuencias no intencionadas”, pero que no son la simple agregación de los efectos de las acciones individuales, sino una *estructura temporal* muy peculiar, como señalaremos después. Y por último, y sin profundizar más en ello, el proceso de mercantilización del tiempo no hubiera sido posible sin el nuevo tipo de relación entre el tiempo de trabajo y el dinero, en la cual el dinero se constituía como mediación fundamental, *equivalente general*, a través de la cual para conseguir acceder a la riqueza había que acceder al dinero, y convirtió así a las actividades cuyo fin era crear riqueza en medios de conseguir dinero<sup>60</sup>.

Metafóricamente, el trabajar por trabajar puede ser representado como una especie de agujero negro que absorbe tiempo incesantemente, cuya función social principal no es crear riqueza, reproducir las condiciones materiales de existencia ni “metabolizar” al hombre con la

<sup>58</sup> Véase Marx (1872: 891-954). Analizando fenómenos más precisos, autores como Kurz (1997) han descrito que las guerras europeas produjeron una ruptura en los equilibrios del poder feudal, de modo que lo que contaba como *poder* ya no era tanto la cantidad de siervos, sino la cantidad de armas y dinero, que tenían que ser sistemáticamente acumulados en relaciones competitivas expansivas. Sewell (2014), por ejemplo, analiza el caso de la Revolución Francesa haciendo más énfasis en motivos culturales que estrictamente económicos.

<sup>59</sup> Además de “abstracto” o “mercantilizado”, autores como Giddens (1990: 17-8, 105), Lukács (1923: 110-73), Benjamin (1940: tesis 13 a 18) o García Calvo (1993: 245-51) han caracterizado el tiempo moderno como “vacío”, “homogéneo” o “sin contenido”. “El tiempo del reloj, público, objetivado, según propongo, es la expresión misma de la mercantilización del tiempo; el tiempo como ‘duración medida’ es el tiempo mercantilizado, separado de los contenidos de la existencia.” (Giddens, 1981: 9). “La tradición es la rutina. Pero se trata de una rutina intrínsecamente significativa, más que un hábito simplemente vacío que se hace porque sí. El tiempo y el espacio no son las dimensiones sin contenido que llegan a ser hasta el desarrollo de la modernidad, pero están implicadas contextualmente en la naturaleza de las actividades vividas.” (Giddens, 1990: 105).

<sup>60</sup> El concepto marxiano de la venta de fuerza de trabajo es así explicado en el lenguaje de García Calvo (1993: 250): “...‘fuerza de trabajo’ era el sinfín de posibilidades que se le abrían al viviente cuando no tenía aún Futuro, y que ‘venta’ quiere decir que el trueque de eso por un Futuro [...], esto es, por Tiempo, pues que al fin se revela que el dinero [...] no era otra cosa a su vez que Tiempo.”. Ver también Adam (1999).

naturaleza, como ha sido comúnmente entendido en las definiciones economicistas o transhistóricas del trabajo<sup>61</sup>. La función sistémica del trabajo es, en lo fundamental, autorreproducirse. Su función original perdió el sentido en el momento en que para trabajar hay que ir a un mercado de trabajo que coloca a las necesidades sociales en un lugar secundario respecto a las necesidades de trabajo del capital.

Una expresión del castellano muy precisa en este sentido es la de “echar horas”. Dice una parada: “Estaba echando más de sesenta, y no las vi por ningún sitio. [...] Te estoy regalando horas” (Pilar). Este “echar horas” es, literalmente, “echar” el tiempo de vida al trabajo, con el fin de obtener un dinero, que en su carácter fetichista presenta el dinero mismo como si fuera la riqueza misma, y a las horas de trabajo como si fueran las creadoras de tal riqueza. Pero si bajo ciertos supuestos, imagináramos el tiempo que contiene lo que consume una persona media en un día medio, sería muy fácil comprobar que la relación entre las “horas echadas” y el tiempo contenido por la *riqueza* consumida es, en el capitalismo, cada vez menor. Si hace 200 años la relación era, por ejemplo, de 2 a 1, hoy quizás sea, por decir algo, de 10.000 a 1. Entonces, ¿dónde va todo el tiempo que trabajamos y no consumimos? Básicamente, el tiempo es consumido por el mantenimiento y renovación de la inmensa “infraestructura” social que pivota en torno al trabajar por trabajar. El capitalismo pone a las personas a trabajar por trabajar, supeditando el sentido social concreto de una determinada actividad a su función valorizadora. Como la forma fundamental para obtener mercancías es obtener dinero, y la forma fundamental de obtener dinero es trabajar, parece que en la relación entre el tiempo vendido y las mercancías, el dinero es sólo una mediación neutra, *técnica*<sup>62</sup>, entre el tiempo de trabajo y las mercancías, y parece así que el tiempo vendido en el trabajo tiene la función de crear riqueza. Las personas creen trabajar para sí cuando trabajan por dinero, pero el trabajar por dinero ya no tiene el sentido de crear riqueza sino el de trabajar por trabajar.

### *Tiempo y valor*

Marx llama *valor* al tiempo de trabajo abstracto, *socialmente* necesario, contenido en las mercancías. Abstracto, porque no es el tiempo inconmensurable contenido en un objeto concreto lo que

---

<sup>61</sup> Siguiendo a Gunn (1994), el materialismo histórico es una “teoría *de la* sociedad” que asume la exterioridad de la teoría respecto a su objeto: la producción y el trabajo son interpretadas como constantes transhistóricas de la vida social. Esta interpretación también surge de una posible lectura de Marx, que a veces dice *trabajo* cuando, en nuestra interpretación, debería decir *actividad* (Marx, 1872: 215-23). Véase también Kurz (2001).

<sup>62</sup> El ejemplo más actual de la gestión política del dinero que aparece como *técnica* es el de la financiarización y las relaciones de deuda. Las periódicas intervenciones del Estado en situaciones de excepción ponen en evidencia el papel constituyente de lo político en la aparente neutralidad de las relaciones de dinero [2.2].

le da su valor *social*, sino la relación temporal abstracta que lo relaciona con el resto en términos de *magnitud*. Socialmente necesario, en el sentido de que la “necesidad social” se transforma de un modo permanente para reconstituir la forma social del trabajo, y no para satisfacer las necesidades de las personas en cuanto tales, como especificaremos después. Así interpreta Postone esta categoría:

La determinación de la magnitud del valor de una mercancía en términos de tiempo de trabajo socialmente necesario, o medio, indica que el punto de referencia es la sociedad como un todo. No voy a tratar, de momento, el problema de cómo se constituye esta media que es resultado de un “proceso social que se desenvuelve a espaldas de los productores” y que “por eso a éstos les parece resultado de la tradición” [cita de Marx], salvo para señalar que este “proceso social” implica una mediación social general de la acción individual. Supone la constitución, mediante la acción individual, de una norma general externa que actúa reflexivamente sobre cada individuo. El tipo de necesidad expresado por el término “tiempo de trabajo socialmente necesario” está en función de esta mediación general y reflexiva. Sólo a primera vista parece ser una mera descripción del tiempo medio de trabajo exigido para producir una mercancía particular. Sin embargo, una consideración más atenta revela que la categoría es una determinación ulterior del modo de dominación social constituido por el trabajo determinado por las mercancías, lo que he llamado necesidad social “históricamente determinada”, frente a la necesidad social “natural” o transhistórica. (Postone, 1993: 262)

Como decíamos, que el trabajo *productivo*<sup>63</sup> de valor sea un principio histórico de constitución social significa que determinadas prácticas sociales se han homogeneizado, de modo que han generado un conjunto de elementos más ordenado, esto es, más interrelacionado entre sí, en comparación con el anterior orden de elementos. Se trata, entonces, de una categoría temporal que atañe al conjunto de los tiempos sociales, y no sólo al tiempo de trabajo. Según esta interpretación, la mercantilización del tiempo históricamente producida por un tiempo de trabajo abstraído de sus diferencias concretas, es el eje nuclear que reordena y desordena, intensifica y desintensifica, racionaliza y desracionaliza, las temporalidades sociales. Para ver en qué sentido el tiempo mercantilizado por el trabajo puede ser entendido como un principio de constitución de la temporalidad social, seguimos un esquema de Lefebvre (1981: 665-680) que nos permite distinguir tres niveles: 1) la homogeneización del tiempo; 2) la división de los tiempos; y 3) la jerarquización de los tiempos.

1) *Homogeneización del tiempo*. Para comparar las actividades, primero ha de suponerse su conmensurabilidad, esto es, la igualdad de diferencias previamente inconmensurables. Esto no es una operación mental, sino un “proceso social” que se va instituyendo a medida que tipos de prácticas específicas son puestas en competencia, de modo que van escindiendo un

---

<sup>63</sup> Para un análisis muy claro del sentido de las categorías de productivo e improductivo en Marx, véase Rubin (1928: 315-31).

criterio que permite relacionarlas a partir de una sustancia *social* común -una “gelatina”, según Marx. Este tiempo de trabajo, cualitativo, al ser empíricamente mediado por el dinero, es cuantificado, “solidificado”, lo que le permite operar objetivamente en la realidad práctica. Así, un tiempo abstraído empieza a adquirir sentido a través de mediadores que permiten su representación. De modo paralelo, los productos resultantes del trabajo comienzan a poder ser comparados con otros no por su cualidad, sino a través de ese “equivalente general” -dinero- que permite igualar lo diferente. El tiempo abstracto, y su expresión en dinero, transforma los tiempos concretos, los cuerpos concretos, el trabajo y sus productos concretos, en tiempos, cuerpos, trabajos y productos materialmente constituidos por la coacción abstracta y que, aun así, fenoménicamente siguen presentándose como concretos. A medida que funciona y se intensifica esta “puesta en valor”, la unidad temporal de medida es crecientemente homogénea, en sentido sincrónico, y aunque nunca puede llegar a darse una homogeneidad total, el propio proceso siempre produce nuevos desordenes relativos dentro del orden. La abstracción de esta puesta en valor permanente, sin embargo, no se cierra sino que al mismo tiempo produce sus potenciales condiciones de desestructuración, al estar constituida contradictoriamente, como desarrollaremos.

2) *División de los tiempos*. Supuesta su homogeneidad, la división social del tiempo puede ser vista en dos sentidos: uno sincrónico y otro histórico. En el sentido sincrónico, los tiempos heterogéneos se dividen en las prácticas específicas de sujetos que los encarnan en un momento y lugar determinado; y en tanto que abstractas, estas heterogeneidades no se distinguen por el *contenido concreto* de su actividad, sino por su *forma temporal* -en nuestra investigación, las *formas* del tiempo del paro. En sentido histórico, la división social del tiempo tiene una *trayectoria*, que especificamos más adelante. El tiempo de desempleo supone esta división<sup>64</sup>.

3) *Jerarquización de los tiempos*. En el capitalismo, los tiempos se jerarquizan en función de su relación con el tiempo de trabajo, al ser éste el *tiempo pivote*<sup>65</sup> que ha adquirido la centralidad social. Los sujetos a los que se les asigna el tiempo de trabajo, en tanto que portadores materiales del tiempo socialmente valorado, son valorados. Cada sujeto, cada momento, cada relación, estará jerarquizada no únicamente pero principalmente en función de la intensidad o conectividad con el tiempo de trabajo, que puede asemejarse a lo que Marx, en sentido analítico, denomina la tensión entre lo *productivo* y lo *improductivo*. De un modo muy general, la relación más

<sup>64</sup> “La aparición del desempleo implica previamente una ruptura entre el tiempo de trabajo remunerado y el tiempo de trabajo doméstico y requiere que el trabajador necesite vender su fuerza de trabajo a un empleador para poder satisfacer sus deseos [...]. En este sentido, la aparición del desempleo supone, por supuesto, la generalización de la relación salarial.” (Alaluf, 1986: 219).

<sup>65</sup> La idea del trabajo como *tiempo pivote* según Jameson (2011: 148), se remonta a Fourier. Véase también Prieto y Ramos (1999: 465-7).



o menos directa o indirecta con el tiempo de trabajo en sentido sincrónico, biográfico e histórico, así como con el precio concreto que este tiempo adquiera en un mercado determinado, marca la jerarquización entre los tiempos y sus sujetos portadores. Por ello, los sujetos con poco o nada de tiempo de trabajo, o poco o nada de tiempo remunerado, serán socialmente poco o nada reconocidos, y su existencia tenderá a ser invisibilizada, sobrante o superflua.

Siguiendo con nuestro recorrido, la categoría de *capital* es la última de la cadena conceptual que relaciona las categorías centrales de valor, dinero, trabajo y mercancía. Interpretada con Postone no como una mera categoría económica sino como una categoría que da cuenta de un peculiar dinamismo social, en su definición más básica el capital es el valor que se “autovaloriza” (Marx, 1872: 184-8). Esta aparente tautología<sup>66</sup> remite precisamente a la estructura temporal moderna en la cual parece que el tiempo se mueve por sí mismo, como si éste fuera ajeno al tiempo de trabajo que lo constituye. Según Marx, la sociedad es *capitalista* una vez que esta tautología domina la dinámica de las relaciones sociales y se ha naturalizado, lo que en la realidad empírica se presenta como un incuestionable impulso de trabajar por trabajar, un dinero que genera dinero, un imperativo cuasi-natural de aumentar ilimitadamente la productividad, la competitividad y el crecimiento. En el caso que hoy es más conocido, este imperativo es típicamente representado por la obligación práctica de obedecer las demandas de un sujeto abstracto como “los mercados”, lo que impide la democratización de la economía y la priorización de las necesidades directas de los sujetos concretos.

La clave de la dinámica sociotemporal moderna, como indica la definición de capital, es el movimiento constante del valor, o lo que es lo mismo, la producción y reproducción del plusvalor que, mediada por el dinero, valoriza el capital que vuelve a emplear el trabajo para volverse a valorizar. O dicho en términos más coloquiales, la “gasolina” del capitalismo es un “echar horas en el trabajo” que no tiene fin. Entonces, en nuestra interpretación entendemos que la crítica de Marx se dirige a que el tiempo de trabajo *en acto* sea necesariamente la materia prima última cuando la productividad permitiría una liberación del trabajo mismo. Este descontrol social de la dinámica se ata al movimiento cíclico de atracción y expulsión de trabajo que constantemente impone normas sociotemporales crecientemente coactivas (Lefebvre, 1974: 151). En nuestra interpretación, la investigación de Marx no se limitaría a demostrar, en términos formales, que la clave para explicar el beneficio del capitalista es la mercancía fuerza de trabajo. Sobre todo,

---

<sup>66</sup> Algunas interpretaciones -erróneas desde nuestro punto de vista- entienden que la idea del “valor que se autovaloriza” es una crítica de Marx a la ideología del capitalista que cree que el dinero se mueve por sí mismo. (Bilbao, 1993: 26, Bonefeld, 2004). Bourdieu dice que es “la tautología primordial, “negocios son negocios”, sobre la cual se funda la “economía”” (1980: 180)

fundamenta teórica y empíricamente cómo el funcionamiento global de la sociedad, en su núcleo, depende de reproducir el tiempo de trabajo que, mediado por el dinero, valoriza el capital. Sin el tiempo de trabajo, “la máquina”, por así decirlo, se pararía en su nivel *sistémico* porque el tiempo de trabajo es el “punto de paso obligado” que articula el entramado. Y mientras que paradójicamente el propio tiempo de trabajo vivo está sujeto al ritmo de una dinámica que no controla, esta misma dinámica es lo que lo hace crecientemente *superfluo*, como pasamos a explicar a continuación.

### 1.3. El tiempo superfluo como forma del tiempo del paro

Si hasta aquí hemos conseguido sintetizar el argumento, podemos presentar ahora la distinción entre *valor* y *riqueza* (Postone, 1993: 91-123), que es crucial para comprender la determinación fundamental del tiempo del paro como tiempo superfluo.

#### *La creciente desproporción entre el valor y la riqueza*

Según Marx, la función principal del trabajo en el capitalismo no es crear riqueza, sino crear valor. Tal como sostiene Marx, el trabajo “crea valor, pero no es valor”<sup>67</sup>. Esta sutil diferencia es crucial. Si el valor -tiempo abstracto- no fuera la medida de la riqueza, cada aumento de productividad podría conllevar una menor necesidad global de trabajo. O en otras palabras, si la función fundamental del trabajo fuera la de crear riqueza *en general*, el tiempo global de trabajo se podría reducir con los sucesivos desarrollos tecnológicos u organizacionales, como parecería lógico pensar. Según Postone, la forma capitalista de la riqueza –el valor- es el fundamento que explica teóricamente ese problema, que en nuestra investigación está directamente asociado con la paradoja de tiempo escaso.

En vez de reducir el tiempo de trabajo global sin reducir el acceso a la riqueza, las mejoras productivas tienden a producir trabajos socialmente superfluos y trabajadores superfluos, mientras que las mercancías cada vez son más abundantes y requieren menor tiempo de trabajo para su producción. Al competir todos contra todos, por tanto, aumenta la productividad general

---

<sup>67</sup> La distinción fundamental entre valor y riqueza, que no es exactamente lo mismo que valor de uso, se encuentra en Marx (1872: 52-7). El desconocimiento u omisión de esta distinción no puede ser explicado porque se encontró tardíamente en algún momento iluminado de Marx en un borrador perdido, en algún capítulo poco leído o en unos escritos de juventud. Está en el primer capítulo de *El Capital*: “La fuerza de trabajo humana en estado líquido, o el trabajo humano, crea valor, pero no es valor. Se convierte en valor al solidificarse, al pasar a la forma objetiva.” (Marx, 1872: 63). Ver Postone (1993: 91-123)

por unidad de tiempo, y la necesidad de tiempo de trabajo disminuye para producir la misma riqueza que antes se producía en más tiempo. En consecuencia, el valor incorporado en cada unidad de producto es menor a medida que aumenta la capacidad del sistema para producir riqueza<sup>68</sup>, de modo que a corto plazo es más fácil obtener beneficio con menos tiempo de trabajo, pero como los aumentos de la productividad no necesitan más absorción de tiempo de trabajo en términos absolutos, no se crea nuevo valor, ni por tanto plusvalor, ni por tanto beneficio. En definitiva, el trabajo se reproduce a sí mismo mientras que paradójicamente se hace cada vez más insignificante en términos de su importancia relativa para la producción de riqueza material<sup>69</sup>.

Desde el punto de vista de la dinámica histórica de la relación contradictoria entre el valor y la riqueza, se traduce en lo que Marx denomina la *composición orgánica del capital*, que es la

---

<sup>68</sup> “El mismo trabajo, pues, por más que cambie la fuerza productiva, rinde siempre la misma magnitud de valor en los mismos espacios de tiempo. Pero en el mismo espacio de tiempo suministra valores de uso [riqueza material] en diferentes cantidades: más, cuando aumenta la fuerza productiva, y menos cuando disminuye.” (Marx, 1872: 57)

<sup>69</sup> Si nuestra explicación fuera mejorable, y aún a riesgo de ser redundantes, merece la pena citar la mejor síntesis que hemos encontrado del problema del valor: “La dimensión temporal del valor implica una determinada relación entre productividad y valor, la cual solamente podemos mencionar de pasada aquí. Puesto que el valor está en función, únicamente, del tiempo de trabajo socialmente necesario, los incrementos de la productividad resultan incrementos de valor únicamente en el corto plazo. Una vez que los incrementos de la productividad se convierten en socialmente generales, entonces, redeterminan el tiempo de trabajo socialmente medio (o necesario); la cantidad de valor producida por unidad de tiempo regresa entonces a su «nivel básico» original [Marx, 1976a: 129]. Esto significa que los más altos niveles de productividad, una vez que se han convertido en socialmente generales, son estructuralmente reconstituídos como el nuevo «nivel básico» de la productividad. Estos generan mayores cantidades de riqueza material, pero no mayores niveles de valor por unidad de tiempo. Por el mismo procedimiento —y esto resulta crucial— los mayores niveles de la productividad social general no disminuyen la necesidad social general del gasto de tiempo de trabajo (cual sería el caso si la riqueza material fuese la forma dominante de la riqueza); al revés, esta necesidad es permanentemente reconstituída. En un sistema basado en el valor, existe la urgencia de incrementar los niveles de productividad, pero el gasto de tiempo de trabajo humano directo resulta necesario para el sistema como totalidad. Este patrón promueve aún mayores incrementos de la productividad. Todo ello es el resultado de una dinámica histórica muy compleja y no lineal. Por un lado, esta dinámica está caracterizada por una permanente transformación de los procesos técnicos de trabajo, de la división social y técnica del trabajo y, más generalmente, de la vida social —de la naturaleza, estructura e interrelaciones entre las clases sociales y otro tipo de agrupamientos, de la naturaleza de la producción, el transporte, la circulación, las formas de vida, las formas de la familia, etcétera. Por otro lado, esta dinámica histórica implica la reconstrucción permanente de su propia condición fundamental en tanto que rasgo inmutable de la vida social —a saber, que la mediación social sea efectuada fundamentalmente por el trabajo y, por ello, que el trabajo vivo permanezca como intrínseco al proceso de producción (considerado en términos de la sociedad como totalidad), independientemente de los niveles de productividad. Este análisis nos provee de un punto de partida para entender por qué el curso del desarrollo capitalista no ha sido lineal, por qué los enormes incrementos de la productividad generados por el capitalismo no nos han conducido ni a mayores niveles generales de riqueza, ni a una reestructuración fundamental del trabajo social que suponga una significativa reducción de los tiempos de trabajo. La historia en el capitalismo, dentro de este marco, no es ni la simple historia del progreso (ya sea técnico u otro) ni la de su regresión y su declive. Más bien, el capitalismo es una sociedad que está en un constante fluir y, no obstante, reconstituye permanentemente su identidad subyacente (por lo cual esta identidad, debemos insistir, es captada en términos de una forma social dinámica cuasi-objetiva constituida por el trabajo como una actividad de mediación social e históricamente específica, más que en términos de propiedad privada y de mercado). Esta dinámica genera a la vez la posibilidad de otra organización de la vida social y, no obstante, frena la posibilidad de su realización.” (Postone, 1998: 268-9)

relación de creciente desproporción entre la capacidad productiva general del sistema, dada básicamente por las máquinas y la tecnología –tiempo de *trabajo* objetivado en el capital constante-, y la necesidad de absorber tiempo de *trabajo vivo* productivo de valor. Y es en relación a esta dinámica, precisamente, cuando Marx introduce su famoso concepto del ejército de reserva y su discusión sobre las tendencias generales a la polarización entre masas de ocupados y desocupados. En sus palabras:

La condena de una parte de la clase obrera al ocio forzoso mediante el exceso de trabajo impuesto a la otra parte, y viceversa, se convierte en medio de enriquecimiento del capitalista singular y, *a la vez, acelera la producción del ejército industrial de reserva en una escala acorde con el progreso de la acumulación social.* (Marx, 1872: 792)

La ‘ley general de la acumulación capitalista’ –sólo se acumula más capital con el gasto de más horas de trabajo productivo de valor- es el núcleo sobre el que gira la producción global de desempleo. Esto implica que, con cada inversión de capital, el aumento de productividad se refleja principalmente en el aumento de la demanda de tecnología –hoy, “innovación”, alto valor añadido, etc.- mientras que la demanda de trabajadores puede aumentar en términos absolutos, pero en proporción decreciente: “Pero mientras que antes habría bastado un incremento de capital del 20% para aumentar en 20% la demanda de trabajo, ahora se requiere para ello triplicar el capital originario.” (Marx, 1872: 775)<sup>70</sup>. Como señalaremos después, esta relación de desproporción no debe ser entendida como un argumento de la imposibilidad de pleno empleo del capitalismo –frente al pleno empleo en el socialismo-, sino precisamente como el fundamento de que la “creciente no necesidad histórica del trabajo constituyente de valor” (Postone, 1993: 477), ha generado que el capitalismo sea la primera sociedad cuya producción de riqueza no se asienta sobre la apropiación directa del excedente producido por la actividad manual de una clase subalterna. Son, fundamentalmente, los conocimientos y capacidades productivas objetivados en la maquinaria y la tecnología de lo que depende la producción de mercancías. Sin embargo, estas posibilidades potenciales se encuentran coartadas por una sociedad estructurada por la producción de valor, no de riqueza.

Según esta interpretación, de un modo muy general, este conflicto estructural entre la disminución relativa de absorción de valor respecto al aumento de la capacidad productiva de mercancías, puede ser dosificado, regulado o gestionado de muy diversos modos, pero es fundamentalmente irresoluble si no se supera la imparable dinámica de la acumulación por la acumulación. En esta teoría, este es el fundamento de una explicación *global* de los giros históricos

---

<sup>70</sup> Exactamente lo mismo afirmaba recientemente Juliet Schor (2012), una de las mayores expertas mundiales en temas de tiempo de trabajo, en una conferencia en la London School of Economics (LSE, 2014).

mediante los que el capitalismo ha enfrentado su periódica producción de desempleo masivo, que no ha resuelto sino que ha trasladado el conflicto entre valor y riqueza hacia delante: por ejemplo, las migraciones masivas en el capitalismo desregulado de la Europa del XIX y principios del XX, la solución keynesiana a la lucha de clases basado en un aumento de los salarios menos rápido que la productividad y políticamente gestionado por los Estados Sociales<sup>71</sup>, el posterior fracaso del keynesianismo<sup>72</sup> y la solución de la financiarización, con las nuevas formas globales de trabajo precario, fragmentado, flexible, centradas en el sector servicios, etc. A pesar de la diversidad de formas concretas, el eje del desplazamiento de las crisis es siempre el mismo: más crecimiento, más productividad, más competencia, que permanecen como motivos económicos fundamentales de las principales propuestas económicas, que relegan las necesidades sociales de tiempo y riqueza.

De este modo, la dinámica de polarización asociada a la composición orgánica del capital se constituye sobre la base del conflicto entre disminución de valor y aumento de la riqueza, que reproduce la necesidad sistémica de tiempo de trabajo, que aparece como necesidad incuestionable. Esta necesidad, dicho con Bourdieu, está estructurada y es estructurante, y no puede entenderse como si se constituyera por la agregación de las consecuencias no intencionadas de las acciones de los trabajadores<sup>73</sup>. Sin embargo, el trabajo en tanto relación temporal, *transforma* constantemente la estructura temporal de un modo básicamente prerreflexivo, al mismo tiempo que se adquieren un *habitus* y unas *disposiciones* para adaptarse a los requerimientos de esta estructura temporal.

La peculiaridad de esta estructura temporal es que, a pesar de ser intrínsecamente dinámica, el tiempo del reloj hace que su identidad se *reconstituya*, lo que Postone (1993: 388-97) llama la *dialéctica de la transformación y la reconstitución*. Explicado del modo más sencillo posible, la idea de que el espacio-tiempo se *comprime*<sup>74</sup> por la dinámica de la competencia generalizada, hace que cada hora se *transforme* cualitativamente, se densifique, se concentre y, por así decir, haya más cantidad de actividad por cada unidad de tiempo abstracto, mientras que

---

<sup>71</sup> “la lucha de clases –la resistencia crecientemente articulada y autoconsciente de los propios trabajadores– es en sí misma responsable de la productividad cada vez mayor del capitalismo.” (Jameson, 2011: 98).

<sup>72</sup> “Esta particular «ley» marxiana [...] fue el objeto de escarnio durante las prósperas décadas de posguerra de 1950 y 1960. Hoy en día esto ya no es ninguna broma...” (Jameson, 2011: 116)

<sup>73</sup> Por poner otro ejemplo cotidiano, la rutina de levantarse para ir a trabajar, en este sentido, está determinado por unas lógicas prácticas sociohistóricamente determinadas -necesidad de dinero, reconocimiento, rutinas temporales, etc.- que no se constituyen nuevamente cada día en el mundo de la vida de las personas.

<sup>74</sup> La noción de *compresión espacio-temporal* es de David Harvey. Para una crítica, véase Postone (2009a: 101-6)

cada hora sigue apareciendo como una hora<sup>75</sup>. Todos los días siguen teniendo 24 horas, y todas las personas disponen formalmente del mismo número de horas, pero sin embargo las normas temporales de la vida social se transforman constantemente, mientras que la unidad abstracta – una hora- se vuelve a *reconstituir* como una hora. Esta *compresión* no lineal del tiempo no se refleja en el aparente movimiento lineal de las horas, los días y los años. En nuestra interpretación, este es el motivo por el que el *contenido* de la sociedad está cambiando constantemente mientras que mantiene su *forma* capitalista. En este sentido, esta dinámica implica que: 1) en un mismo espacio, una hora del pasado es menos densa que una hora del futuro<sup>76</sup>; 2) en un mismo momento, la heterogeneidad social tiende estructuralmente a la homogeneidad temporal. Esta producción constante de homogeneidad implica relaciones mediadas por efectos fetichistas entre el tiempo subjetivo y objetivo [2.2]<sup>77</sup>.

### *El concepto de tiempo superfluo*

Después de todo el recorrido anterior, podemos ya introducir las ideas específicas sobre el tiempo superfluo. En Marx, según la interpretación de Postone al respecto, la idea es la siguiente:

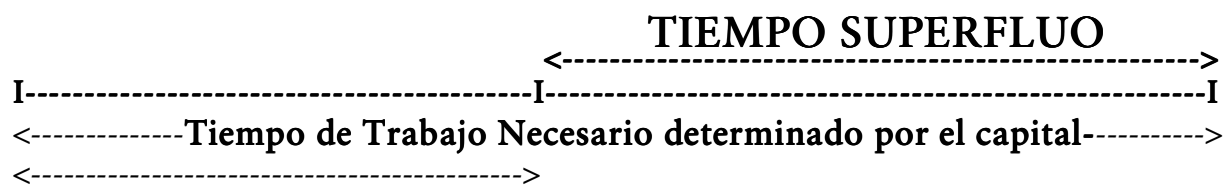
La diferencia entre el tiempo total de trabajo determinado por el capital como socialmente necesario, por un lado; y la cantidad de trabajo que sería necesario, dado el desarrollo de las capacidades productivas socialmente generales, si la riqueza material fuera la forma social de riqueza, por el otro; es lo que Marx llama en los *Grundrisse* tiempo de trabajo "superfluo". (Postone, 1993: 478)

<sup>75</sup> En la conceptualización más precisa de Postone: "La actividad individual se realiza entonces en el tiempo abstracto, y es medida en relación a él, pero no puede cambiar ese tiempo. Aunque los cambios en la productividad mueven históricamente la unidad de tiempo abstracta, ese movimiento histórico no se refleja en el tiempo abstracto. El tiempo abstracto no expresa el movimiento del tiempo, sino que constituye un marco aparentemente absoluto para el movimiento; su "fluir", uniforme y constante, es, en realidad, estático. Por consiguiente, la cantidad de valor producida por unidad de tiempo, al estar en función de ese tiempo, permanece constante al margen de los cambios en la productividad. Todo el marco es reconstituido pero él mismo no expresa esta reconstitución: el movimiento del marco no queda reflejado directamente en términos de valor. El tiempo histórico, en esta interpretación, no es un continuo abstracto en el cual se suceden los acontecimientos y cuyo flujo es aparentemente independiente de la actividad humana, sino, más bien, el movimiento *del tiempo*, en oposición al movimiento *en el tiempo*." (Postone, 1993: 382)

<sup>76</sup> "el próximo año está más cerca de nosotros de lo que lo estaba el próximo mes en una época más tranquila" (Toffler, 1970: 326). "no hay que decir que una hora (de trabajo) de un hombre equivale a una hora de otro hombre, sino, más bien, que un hombre en una hora equivale a otro hombre en una hora" (Marx, citado en Lukács, 1923: 116)

<sup>77</sup> Algunos ejemplos clásicos son, por ejemplo, que la apariencia del salario que se mantiene cuantitativamente igual, pero no refleja el salario real; dos objetos empíricamente idénticos pueden ser diferentes en valor si han sido producidos en momentos diferentes; la reproducción de la fuerza de trabajo cada vez requiere menos tiempo de trabajo, y así ocurre que se apropia de menos valor y está más explotada, aunque su capacidad de consumo aumente, como típicamente ocurrió en las décadas del capitalismo estatalmente regulado.

## Esquema 1. Definición del tiempo de trabajo superfluo



cantidad de trabajo necesario si:

- 1) altas capacidades productivas desarrolladas
- 2) *valor* no fuera la forma social de la riqueza

Según la definición, el tiempo superfluo es aquel tiempo ahorrado por el aumento de la productividad que, en las condiciones del valor como forma social de la riqueza, produce trabajadores superfluos cuyo tiempo de vida tiende a ser tiempo superfluo para la sociedad. Si el valor *no* fuera la forma de la riqueza, el tiempo superfluo *sería* tiempo de trabajo ahorrado para la población en su conjunto, lo que disminuiría el tiempo de trabajo socialmente necesario. En condiciones capitalistas, el tiempo de trabajo socialmente necesario depende principalmente de la necesidad homogénea del capital –el valor. En condiciones postcapitalistas, el tiempo de trabajo socialmente necesario dependería principalmente de las necesidades y capacidades heterogéneas de las personas.

La categoría [de tiempo superfluo] puede entenderse tanto cuantitativa como cualitativamente, en relación tanto a la duración del trabajo, como a la estructura de la producción y la propia existencia de gran parte del trabajo en la sociedad capitalista. Aplicado a la producción social en general, se trata de una nueva categoría histórica generada por la trayectoria de la producción capitalista. (Postone, 1993: 478-9)

*El tiempo superfluo puede entenderse tanto cuantitativa como cualitativamente, en relación tanto a la duración del trabajo como a la estructura de la producción.* El tiempo superfluo en términos *cuantitativos* puede entenderse como la abundancia objetiva de minutos que tienen los trabajadores que han sido expulsados del trabajo. En términos cualitativos, lo superfluo es lo “no necesario”, lo “que está de más”<sup>78</sup>. En la sociedad del trabajo, el tiempo *excedente* o de *plustrabajo* es el tiempo de trabajo no pagado que en la relación de explotación explica el origen del plusvalor, y por ello, es socialmente necesario para el capital. El tiempo *superfluo*, por el contrario, son los tiempos de no trabajo concentrados principalmente en

<sup>78</sup> Según la definición de la Real Academia Española.

quienes, siendo trabajadores, no venden su fuerza de trabajo<sup>79</sup>. Si lo necesario para el capital es el trabajo, lo sobrante es quien no cumple una función ni directa ni indirecta para el trabajo. Lo superfluo es, cualitativamente, lo que es significativamente ajeno al trabajo: los parados, pero también, todos los sujetos que dependen directa o indirectamente del trabajo, el dinero y las mercancías, pero tienen su acceso impedido. Respecto a la duración del trabajo, ésta se intensifica e incluso aumenta a nivel individual, y se polariza socialmente. Del mismo modo, en la estructura de la producción disminuye la proporción de tiempo de trabajo productivo de valor respecto al trabajo no productivo, y ello produce periódicamente masas de trabajadores superfluos.

*La categoría de tiempo superfluo surge históricamente con la trayectoria de la producción capitalista.* En términos de la trayectoria histórica, el tiempo superfluo está situado dentro de la trayectoria de la *división social del tiempo*. Ésta, puede ser conceptualizada en tres momentos (Postone, 1993: 477-82): 1) el momento de la relación entre el tiempo de trabajo socialmente necesario y el *tiempo excedente*, que es aquel en que la capacidad del capital de absorber tiempo de trabajo es alta, y la explotación es la característica fundamental de la relación de trabajo; 2) el momento de la relación entre el trabajo socialmente necesario y el *tiempo superfluo*, que es aquel en que las altas capacidades productivas cada vez absorben menor tiempo de trabajo, y aumentan cada vez más las dificultades para ocupar a la mayoría de trabajadores, por lo que cada vez se necesitan menos trabajadores<sup>80</sup>; y 3) el momento de la relación entre el trabajo socialmente necesario y el *tiempo disponible*, que es *potencialmente* realizable en las condiciones históricas generadas por el capitalismo, pero que requeriría que el tiempo de trabajo no fuera la medida de la riqueza. Así lo explica Postone:

---

<sup>79</sup> Es muy importante no confundir lo *excedente* con lo *superfluo* (Postone, 1993: 477). Esta indistinción no es un mero detalle “exegético”, sino que cambia radicalmente la interpretación: el tiempo de *plustrabajo* o *excedente* es un tiempo productivo de plusvalor, asociado a la explotación de clase; el tiempo *superfluo* apunta a un tiempo improductivo, asociado al problema del carácter crecientemente sobrante del trabajo. Aunque aún no lo hemos explorado en profundidad, hemos detectado algunas citas mal traducidas de la traducción castellana de Pedro Scaron de los Grundrisse que se han trasladado a la edición castellana de la obra de Postone. Superfluo es *überflüssig* en el original de Marx, y *superfluous* es el término que utiliza Postone en su obra siguiendo la traducción inglesa de Martin Nicolaus (Postone, 1993 [ed. inglesa]: 34, 374). Plustrabajo o trabajo excedente es *Surplusarbeit* en alemán y *surplus labor* en inglés. Sin embargo, en la versión castellana de los Grundrisse, *überflüssig* a veces es traducido por “excedente” o “plustrabajo”, lo que se traslada a la edición castellana de Postone (Marx, 1857, II: 229; Postone, 1993: 80, 477). Por el contrario, Nicolaus traduce siempre *überflüssig* por *superfluous*, y nunca por excedente. Para más complejidad, el propio Marx cambió en diferentes ocasiones las categorías utilizadas para referirse a la desocupación, al ejército de reserva, etc., tanto por cuestiones epistemológicas como retóricas (Hill, 2014).

<sup>80</sup> “La “racionalización” que hace que el trabajo humano se vuelva superfluo es, por primera vez en la historia del capitalismo, mayor y más rápida que el abaratamiento de las mercancías y la correspondiente expansión de los mercados. La oferta de mercancías se hincha de forma dramática y la oferta de trabajo encoge de manera igualmente dramática” (Robert Kurz, citado en Maiso y Maura, 2014: 279)



Con la producción capitalista industrial avanzada, el potencial productivo desarrollado resulta tan enorme que surge una nueva categoría histórica de tiempo “extra” para la mayoría, permitiendo una drástica reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario en sus dos aspectos, así como una transformación de la estructura del trabajo [(abstracto) *labor*] y de las relaciones de trabajo [(concreto) *work*] con otros aspectos de la vida social. Pero este tiempo extra surge sólo como potencial: estructurado por la dialéctica de la transformación y de la reconstitución, existe en la forma de tiempo de trabajo “superfluo”. El término refleja la contradicción: en tanto que determinado por las viejas relaciones de producción, permanece como tiempo de trabajo; en tanto que juzgado en términos del potencial de las nuevas fuerzas productivas es, en su antigua determinación, superfluo. [...] “superfluo” es lo históricamente generado como inmediatamente opuesto a lo “necesario”, una categoría de la contradicción que expresa la creciente posibilidad histórica de distinguir la sociedad de su forma capitalista y, por tanto, de separar su previa y necesaria conexión. (Postone, 1993: 479)

Así, en las condiciones del tiempo abstracto capitalista, el tiempo excedente es la parte del valor que se apropian los capitalistas –plusvalor-; mientras que el tiempo superfluo es, como decíamos, aquel tiempo que *estaría* socialmente *disponible* si el valor no fuera la forma social de la riqueza. En consecuencia, el tiempo superfluo del paro está sujeto a la contradicción intrínseca que lo relaciona con: a) el tiempo de trabajo *necesario* y excedente; y b) con su potencial *disponibilidad*.

Siguiendo este razonamiento, la producción de tiempo superfluo puede entenderse como una estructura temporal producida por la creciente no-necesidad de trabajo en un sistema basado en el tiempo de trabajo. En este sentido, el tiempo superfluo es la *forma* del tiempo de los *desocupados*, de los trabajadores expulsados del trabajo. Pero este tiempo no existe por fuera de las prácticas ni fuera de los sujetos: no se impone mecánicamente sobre los sujetos sino que estructura las prácticas y es estructurado por las prácticas. En ese sentido, según el esquema de Postone, podemos hablar de tres *determinaciones*<sup>81</sup> del tiempo superfluo del paro: 1) en su relación con el tiempo excedente, el tiempo superfluo del paro es estructurante de, y es estructurado por, los cambios en los tiempos de trabajo -lo que en los términos marxistas clásicos se ha asociado al *ejército de reserva*, el paro en su función de presión sobre el trabajo y de producción de plusvalor-; 2) en tanto relacionado opuesta y negativamente con el tiempo pivote del trabajo, el tiempo superfluo del paro tiende a desracionalizarse y desintensificarse en los sujetos a medida que se desconecta del pivote, lo que en su expresión más extrema se materializa en aquellos inempleables que han perdido definitivamente el vínculo con el trabajo; y, 3) en tanto potencialmente *disponible*, el tiempo superfluo del paro puede posibilitar una mayor autonomía relativa y/o una ruptura significativa respecto al tiempo de trabajo, lo que podría ocurrir mediante la *apropiación*

<sup>81</sup> Sobre el concepto de *determinación*, no debe ser confundida con el *determinismo*, puesto que, como vemos, que el tiempo superfluo sea una determinación del tiempo del paro no implica que sea la única, sino más bien, una determinación importante dentro de las “múltiples determinaciones” de lo concreto (Marx, 1857: 21). O al igual que el concepto freudiano de *sobredeterminación*, utilizado por Althusser, no significa “sobredeterminismo”, sino precisamente, lo contrario. (Moreno Pestaña, 2010: 152).

*del tiempo histórico* socialmente organizada (Postone, 1993: 391-3). Y añadimos una cuarta determinación<sup>82</sup>: 4) en tanto relacionado con el tiempo de los cuidados no asalariados, el tiempo superfluo del paro es estructurante de, y es estructurado por, los tiempos de cuidados; es decir, el tiempo de las actividades no asalariadas necesarias para la reproducción de la vida que no han podido ser objetivadas en una forma mercantil, pero que están intrínsecamente relacionadas con el tiempo de trabajo, y son su condición de posibilidad: lo que Roswitha Scholz denomina la *escisión* del valor (Scholz, 2009; Briales, 2014). Estas cuatro determinaciones, en tanto que relacionadas con la temporalidad social general que pivota en torno al tiempo de trabajo, pueden ser caracterizadas como: 1) el tiempo del trabajo del paro, o tiempo de competir por el trabajo; 2) el tiempo de desempleo reproductivo; 3) el tiempo de desempleo improductivo en tanto que superfluo; 4) el tiempo de desempleo improductivo en tanto que disponible. Esta división conceptual será la base de nuestra investigación.

Siguiendo esta interpretación del tiempo superfluo, es posible entender teóricamente la articulación de los dos niveles de la paradoja del tiempo escaso:

En el nivel objetivo, la categoría de tiempo superfluo da cuenta de la producción periódica de masas de población que no pueden ser incorporadas a los mercados de trabajo, o que son incorporadas de un modo cada vez más fragmentado, parcial o precario. Es decir, da cuenta de la creciente escasez de tiempo de trabajo para cada vez más población, aunque sin embargo ello no disminuya la escasez de tiempo general, pues la abundancia objetiva de minutos cumple la función de aumentar el trabajo de los que trabajan e impedir la abundancia subjetiva de tiempo de los que no trabajan.

En el nivel subjetivo, la categoría de tiempo superfluo en tanto que definida en contraposición al tiempo de trabajo, pero como una parte relacionada con éste, da cuenta de que los trabajadores constituidos como tales en la sociedad capitalista sean subjetivamente superfluos en cuanto que son objetivamente superfluos para el trabajo. Si la constitución subjetiva afirmativa depende de la relación con el trabajo, en cuanto son superfluos para el trabajo se tienden a transformar en superfluos para sí mismos.

---

<sup>82</sup> En otro trabajo (Briales, 2014) hemos desarrollado algunos de los motivos por los que no deben confundirse las ausencia de la problemática de género en la teoría de Marx con la incompatibilidad de la crítica marxiana con el feminismo: según Postone (2013): "...el análisis marxista no pretende ser una fotografía completa de la sociedad en términos sociológicos. Cuando Marx escribió sobre la centralidad del proletariado en la dinámica del capital la clase de los sirvientes era enorme. Pero la clave no radica en dilucidar si la mayoría de la gente hace esto o aquello: en tiempos de Marx, analizar cómo funcionaba la clase de los sirvientes domésticos hubiera permitido decir muchas cosas sobre cómo se vivía en dicha sociedad, pero muy poco sobre la dirección que esta sociedad estaba tomando."

Por tanto, el tiempo superfluo objetivo tiende a estructurarse como tiempo superfluo subjetivo. El tiempo superfluo estructura las prácticas y, simultáneamente, las prácticas estructuran el tiempo superfluo: así, el tiempo superfluo puede estructurarse como tiempo de trabajo, como tiempo de cuidados, como tiempo superfluo o sobrante, o como *potencial* tiempo disponible.

### *Implicaciones teóricas, polémicas y críticas*

Según la interpretación de Postone, la dominación de lo social por el trabajo es contradictoria. Este carácter contradictorio permite fundamentar una concepción del capitalismo no determinista ni unidimensional. Igualmente, permite entender su dinamismo constante, y el carácter no lineal ni evolutivo de su trayectoria. En ese sentido, la superación del trabajo no es *necesaria* pero tampoco *utópica*: la *reconstitución* del trabajo coacciona la posible superación del capitalismo, pero las capacidades productivas y el ahorro masivo de tiempo de trabajo posibilitan una sociedad donde el tiempo de trabajo no sea la fuente principal de la riqueza.

De este modo, mientras que el tiempo de trabajo se reconstituya como necesidad sistémica, las posibilidades prácticas de los agentes sociales se dirigen a luchar competitivamente por las posiciones respecto a los circuitos de producción y circulación de plusvalor, es decir, por las posiciones que dan acceso al trabajo, el dinero y las mercancías. Así, las prácticas sociales se tienen que adaptar de manera constante a los cambios de la dinámica. De este modo, globalmente se produce una tensión permanente entre aquellas personas, grupos, regiones o países que históricamente consiguen una mejor posición relativa respecto a los movimientos de valor y plusvalor, y aquellas personas, grupos, regiones o países que históricamente son producidos como superfluos o *sobrantes* (Pérez Orozco, 2014: 110 y ss.). Ya en los ochenta, cuando estaba claro que la escasez de tiempo de trabajo había venido para quedarse, Offe expresaba claramente que cualquier solución al problema no pasaba por el aumento de la competitividad, sino precisamente por lo contrario:

Si se pretende evitar este giro radical del conflicto social –no ya trabajo contra capital, sino trabajo *más* capital contra los que resultan «superfluos» a efectos del trabajo asalariado–, en tal caso la solución del problema de la redistribución del tiempo de trabajo entre todos sólo puede imaginarse, a su vez, como la superación de un problema de bienes colectivos o de solidaridad. (Offe, 1984: 12; traducción modificada)

En las últimas décadas, la imposibilidad práctica de salir del marco de la competitividad creciente en todas las escalas, profundiza el conflicto fundamental por el cual cada vez es más difícil posicionarse en un lugar integrado sistémicamente, lo que genera una tendencia creciente a

la racionalización temporal, que sin embargo está siempre en potencial caducidad, una vez que un determinado ordenamiento espacio-temporal –país, región, sector, empresa, hogar, sujeto- se vea superado por la incapacidad objetiva de competir con otros ordenamientos mejor coordinados respecto al capital. De un modo más concreto, esta dinámica genera una permanente búsqueda de nuevos nichos de mercado allí donde no los había; una gestión constante de la duración, intensidad y productividad del trabajo en los mercados ya existentes; un crecimiento general del peso de sectores improductivos de valor, con alta volatilidad, pero que son capaces de captar los movimientos de dinero –servicios, sector financiero, etc.- que dan acceso a las mercancías y al poder; una complejización de los arreglos y estrategias de supervivencia por vías alternativas en aquellas personas, grupos o países instalados en la superfluidad –economía “informal”, “sumergida”, es decir, no fiscalizada por el Estado-; una polarización de los países, sectores y trabajadores que cuentan con una alta capacidad tecnológica, respecto a los que tienen baja capacidad, por mencionar algunos fenómenos actuales.

A diferencia de algunas concepciones marxistas, el concepto de tiempo superfluo cuestiona la idea de que el desempleo sea necesariamente funcional a la clase capitalista. En nuestra perspectiva, puede serlo o puede no serlo. Su carácter es, también, contradictorio. El énfasis en que el desempleo era un efecto del poder de la clase capitalista ha sido el argumento fundamental de la interpretación tradicional del *ejército de reserva*<sup>83</sup> y algunas perspectivas inspiradas por economistas como Keynes o Kalecki. En esas visiones, los aumentos del desempleo se explican afirmando que a los capitalistas no les interesa realizar el pleno empleo, ya que un bajo desempleo puede facilitar la organización de los trabajadores, aumentar su poder de negociación y subir demasiado los salarios. Por el contrario, la tendencia al pleno empleo coincidiría con un mayor poder de la clase trabajadora, que se acrecentaría en la medida que se apropiara de la mayor parte de la “tarta”, es decir, si aumentan las rentas del trabajo respecto a las rentas del capital. Este tipo de crítica de la desigualdad, en general no problematiza el criterio mismo de medición de la cantidad de poder –la cantidad de dinero que acapara una u otra clase- y, por ejemplo, las categorías temporales son generalmente omitidas. Nuevamente, las diferencias en el desempleo entre países o entre periodos pueden ser parcialmente explicadas por los problemas de escasez de demanda o por el tipo de modelo productivo (Álvarez et al., 2014), pero, el patrón global de producción de precarios, desempleados e inempleables, aparece como un supuesto a menudo incuestionado.

---

<sup>83</sup> La tesis clásica del *ejército de reserva* se encuentra en Marx (1872: 782-96). Un fuerte argumento contra el funcionalismo “necesario” del ejército de reserva puede encontrarse en Giddens (1981: 18-9).

Desde el punto de vista del tiempo superfluo, este patrón global podría explicarse mejor desde la idea de los cambios de proporción en la composición orgánica de capital y sus progresivas dificultades de absorber trabajo. Así, en la lectura no economicista que la noción de tiempo superfluo permite, el desempleo implica una pura contradicción, lo que significa que según las circunstancias específicas, el paro puede ser funcional, disfuncional, o también *afuncional*<sup>84</sup> (Nun, 1969: 76), tanto en su relación con el sistema en su totalidad como en relación a los intereses de las clases dominantes. Puesto que según la tesis de Marx la materia prima del capital es el tiempo de trabajo, pero cada aumento de la productividad reduce su necesidad de tiempo de trabajo, la contradicción es irresoluble dentro de tales parámetros.

Otros debates que podrían ser reinterpretados con el concepto de tiempo superfluo son los de la relación entre el desempleo y la tecnología o el de la llamada falacia de la escasez de trabajo.

### Cuadro 2. El debate sobre el desempleo y la tecnología

Las hipótesis de que la tecnología no destruye empleo -sólo lo transforma (Castells, 1996: 307-21)-, se han visto parcialmente desacreditadas: por señalar sólo un estudio, recientemente se ha estimado que el 47% de los empleos estadounidenses están en la categoría de “alto riesgo” de desaparecer por su susceptibilidad a ser eliminados por los desarrollos tecnológicos (Frey y Osborne, 2013), en un periodo difícil de predecir, que estiman entre una y dos décadas.

En nuestra perspectiva, sin embargo, el argumento para la defensa o la crítica de la tecnología no radica en si la tecnología es la causa de la destrucción o la creación de empleo, pues como hemos argumentado, el capitalismo destruye y crea empleo incesantemente -pero en desigual proporción y dentro de un movimiento no lineal, polarizado y conflictivo. En nuestra opinión, el debate no está tanto en si el nivel de desempleo tecnológico es un poco mayor o menor respecto a lo que predicen los estudios, sino el supuesto incuestionado del propio trabajo, de cuya defensa no dudan ni los argumentos de la ‘tecnolatría’ ni las críticas más reaccionarias contra la tecnología: cualquiera que quiera legitimar su argumento, deberá sostener que su posición favorece el empleo. El problema fundamental, no es sólo que el desarrollo tecnológico haga superfluo el trabajo humano, sino que la tecnología esté socialmente determinada para reconstituir la necesidad sistémica de trabajar por trabajar, cuando las posibilidades que abre podrían potencialmente transformar el ahorro de tiempo de trabajo en un tiempo socialmente disponible.

Como vemos, con este marco conceptual, carece de sentido el marco de una lógica epistemológica simple basada en el contraste de hipótesis (ej: la tecnología destruye empleo en Japón.)

<sup>84</sup> “...un hecho puede existir sin servir para nada” (Durkheim, 1895: 106)

**Cuadro 3. La falacia de la escasez de trabajo**

Los economistas llaman *Lump of labor fallacy*, o falacia de la escasez de trabajo, a la idea de que la economía está estructuralmente impedida de crear más puestos de trabajo. Desde ese punto de vista, el concepto de tiempo superfluo incurriría en tal falacia.

La idea marxiana de la composición orgánica del capital no se refiere tanto a la imposibilidad de crear empleo sino a la desigual proporción con que cada inversión crea empleo respecto al aumento del capital constante o fijo. Si la idea marxiana parecía haber sido refutada por el keynesianismo, la crisis de los setenta, la crisis de 2007, y la persistencia del desempleo estructural global vuelven a recuperar su actualidad (Schor, 2012; LSE, 2014). Pero aún en el caso de asumir el supuesto de que siempre se puede crear más trabajo, que siempre la economía puede crear más empleo, nuevas mercancías, nuevas funciones productivas, la cuestión es: ¿para qué?

El debate que de aquí deriva no es el de si se deberían incentivar la creación de empleo mediante el gasto público o mediante la iniciativa privada, sino el de si se ahorra trabajo o se ahorran trabajadores; si se reduce el tiempo de trabajo medio por trabajador sin reducir el acceso a la riqueza, o se polariza la asignación de tiempo de trabajo (Gorz, 1988; Tremblay y Villeneuve, 1998).

Aunque ya hemos señalado varios diálogos entre nuestro enfoque y otros enfoques, podemos ver ahora más específicamente los argumentos principales que se han esgrimido para criticar la interpretación que aquí estamos sosteniendo. Como el concepto de tiempo superfluo no es un concepto aislado sino vinculado a ese marco general, las críticas podrían dirigirse tanto al propio concepto como al enfoque general en el que el concepto adquiere sentido. A continuación, sintetizamos las principales críticas realizadas al marco teórico de Postone: 1) especificidad o carácter transhistórico de las formas de abstracción social; 2) fundamentación de los sujetos políticos antagonistas o críticos con el capitalismo; 3) concepción de la clase social; 4) falta de datos empíricos para apoyar la teoría.

Respecto al primer punto, se ha criticado al enfoque de Postone hasta qué punto las formas de abstracción social son específicamente capitalistas, y pueden reducirse a los principios del trabajo y el tiempo abstracto. Según critica Jay (1993), parecería que Postone considera sólo las formas de abstracción asociadas al capitalismo como las “auténticamente dominantes”<sup>85</sup>. Aunque podría discutirse este punto, estamos de acuerdo en que sería erróneo asumir que “sólo bajo el capitalismo se produce por primera vez la alienación de lo social”, así como que sólo en el capitalismo existe la abstracción social. Desde nuestro punto de vista, entendemos que la crítica de Postone a un principio totalizante como la mercantilización del tiempo y el trabajo no apunta a la crítica de toda forma posible de abstracción, sino a aquella forma expansiva de abstracción

<sup>85</sup> Del mismo modo, Jay critica que la oposición durkheimina sagrado/profano no puede ser reducida a la oposición abstracto/concreto característica del capitalismo, tal como sostiene Postone (1993: 301).

sobre la cual nadie ha decidido pero que determina en buena medida las posibilidades de nuestra vida social. Entonces, la crítica de Postone señala la posibilidad histórica de una heterogeneidad de criterios de organización y valoración social que pudieran ser socialmente controlados, algo que es impedido tanto por las formas de dominación directa precapitalistas, como por las formas de dominación abstracta propiamente modernas.

En segundo lugar, respecto a las posibilidades de la emergencia de agentes políticos antagonistas, se ha criticado a Postone no haber hecho énfasis suficiente en concretar cómo podría materializarse una sociedad postcapitalista<sup>86</sup>. A pesar de que Postone insiste permanentemente en el carácter *potencial* de las posibilidades postcapitalistas, y realiza algunas menciones a los movimientos sociales, su teorización de las relaciones abstractas parece tender a un “cierre”, en el cual es muy difícil fundar una acción crítica desde el mundo “concreto” y en la lucha “concreta”. Conscientes del salto entre el enfoque teórico y la visibilización concreta de estas posibilidades, en el último capítulo de nuestra investigación desarrollamos teórica y empíricamente el concepto de *tiempo disponible* para materializar de un modo más específico las posibilidades de agencia histórica que se abren a partir de nuestro marco teórico, partiendo del caso del desempleo en España.

En tercer lugar, diferentes autores, principalmente marxistas, han criticado el concepto de clase en Postone (Bonefeld, 2004; Feenberg, 1996). Desde nuestro punto de vista, este tipo de críticas no son sostenibles mientras funden analítica y políticamente la centralidad del trabajo y de la clase trabajadora en términos transhistóricos. Estas críticas pueden explicarse como formas de mantener lo que ha sido considerado como la esencia teórico-política del marxismo sin asumir el declive de los partidos comunistas y del tipo de organización política propia del marxismo tradicional que, por ejemplo, no puede dar cuenta de la importancia de otros movimientos sociales y sujetos políticos<sup>87</sup>.

Por último, la ausencia de una batería de datos empíricos en *Tiempo, trabajo y dominación social* no significa que su teoría emerja de un razonamiento formalista. En el plano más general, el tipo de teoría elaborada por Postone fue construida a partir de una diversidad de conocimientos históricos, sociológicos, económicos y filosóficos que, a la luz de las transforma-

<sup>86</sup> Esta crítica se encuentra en Jay (1993), Jessop (1994), McLellan (1993), Miller (2004) y Antonio (1996).

<sup>87</sup> Criticando la lectura de Lukács realizada por Postone (2003), Feenberg (1996) ha sostenido que la epistemología de Marx no es sólo *crítica* en el sentido de Postone, sino también una epistemología del “punto de vista” de los oprimidos, y que ello no conlleva afirmar que tenga que ser *necesariamente* la clase trabajadora el principal actor político. En este sentido, aquí no negamos la capacidad política de la organización de clase o cualquier otra, sino su carácter *necesariamente* central y/o predeterminado como resultado del carácter transhistórico del trabajo o los trabajadores.

ciones que estaban ocurriendo desde los sesenta y setenta con el declive de los capitalismos de Estado –el Estado de Bienestar en el oeste, el Estado-partido en el este– se estaban también poniendo en crisis los *presupuestos* asumidos implícita o explícitamente por las teorías dominantes del cambio social y la transformación histórica durante el siglo XX –desde el marxismo tradicional, al estructuralismo o el postestructuralismo. Entonces, la propuesta de Postone busca fundamentar la plausibilidad de una teoría de las transformaciones históricas globales dirigiendo su crítica a los *presupuestos* de aquellas teorías que no pueden explicar *socialmente* los giros de carácter global a partir de la suma de las situaciones particulares, o sin caer en algún tipo de determinismo extrasocial –económico, tecnológico, etc. (Postone, 1999). En ese sentido, la ausencia de los datos empíricos en la propia obra solamente implica que son los acontecimientos históricos y la investigación empírica más concreta que se vaya desarrollando la que irá validando la importancia de su contribución teórica, sin caer en los presupuestos a menudo asumidos por diferentes líneas de investigación. Desarrollando esa crítica de los presupuestos, con nuestra investigación buscaremos aplicar la potencialidad interpretativa de este marco teórico con el análisis de un caso concreto.

Estas líneas críticas pueden ser vinculadas con las posibles críticas al concepto de tiempo superfluo; por ejemplo, pueden plantearse cuestiones tales como: hasta qué punto es históricamente específica el tipo de superfluidad de los desocupados modernos; en qué sentido el capitalismo produce desempleo por efecto de una dominación abstracta descontrolada, o si las mediaciones concretas pueden frenar o regular significativamente tal dinámica en determinadas circunstancias históricas; si el ejército de reserva fundamenta la posibilidad de una organización en términos de clase o no; entre otras posibles preguntas. Y aunque desde luego se han hecho más críticas<sup>88</sup>, será al final de nuestra investigación cuando volveremos sobre estas y otras posibles críticas, ya sobre la base del análisis realizado a partir del particular caso del desempleo en España. Veremos entonces en qué aspectos nuestra investigación contribuye a especificar, complementar o criticar este marco general.

---

<sup>88</sup> Otras críticas han sido, por ejemplo, la de Neary (2004: 258), quien ha señalado que la expansión de la lógica “inmaterial” no se puede captar en términos de valor. Desde nuestro punto de vista, esta crítica no está justificada pues la dicotomía material-inmaterial no tiene sentido en la interpretación temporal que aquí estamos realizando. También se ha criticado la amplitud de la categoría “marxismo tradicional” (Feenberg, 1996); la omisión de la discusión sobre el concepto filosófico de tiempo (Osborne, 2008), a la que ha respondido Murthy (2009). A parte de los citados, otra bibliografía que directamente comenta y critica la obra de Postone se encuentra en las once reseñas que hemos encontrado de su obra principal, en un número monográfico de la revista *Historical Materialism*, en 2004, y en diferentes análisis y entrevistas de las que citamos sólo algunas. Véase Clarke (1994), Fracchia, (1995), Kay y Mott (2004), McNally (2004), Stoetzler (2004), Arthur (2004), García López (2006b), Riesco y García López (2007), Maiso y Maura (2014), Postone y Brennan (2009), Postone (2013), Postone y López (2012), Harootonian y Postone (2012), Postone y Briales (2014).



## 1.4. Una propuesta de definición

En términos muy generales y como iremos desarrollando más adelante, una definición del paro derivada del concepto de tiempo superfluo es, por un lado, especialmente crítica con una definición economicista del desempleo, y por otro lado, complementa algunas limitaciones de lo que podríamos denominar una definición sociologista. Antes de dar la definición, expliquemos qué entendemos por economicismo y por sociologismo.

En primer lugar, nuestra definición intenta superar la dicotomía entre el punto de vista de la oferta y el punto de vista de la demanda, tal como es discutida típicamente por las visiones económicas:

Desde un punto de vista económico, el paro se conceptualiza como la diferencia entre el número de personas que, al salario vigente, desean trabajar y aquel que las empresas desean contratar a ese mismo salario. En esta concepción, denominada clásica, la existencia del paro sólo es posible por la insistencia de los trabajadores en cobrar un salario superior al que generaría una situación de equilibrio entre la oferta y la demanda. En este sentido, puede argumentarse que el paro es voluntario. Un punto de vista alternativo a la concepción clásica es la idea keynesiana según la cual el desempleo es involuntario y está relacionado con el deficiente nivel de actividad económica. Ambas concepciones no son incompatibles; muy probablemente, los elevados niveles de paro observados en muchos países, sobre todo europeos, desde mediados de la década de 1970, obedecen a ambas causas. (Toharia, 1998: 558)

Desde nuestro punto de vista, el problema de esta definición no es que sea económica, pues hasta cierto punto es lógico que la economía defina “economicistamente” sus problemas. El problema, más bien, es que tal definición es la mayormente asumida implícita o explícitamente en las investigaciones sociológicas, pues no en vano, la hemos obtenido del Diccionario de Sociología de referencia en España. Como vemos, tal definición encierra el marco de discusión en una dicotomía que obliga a posicionarse en algún punto medio entre la teoría liberal y la teoría keynesiana. Este tipo de conceptualización dicotómica y formalista, es sociológicamente insostenible, al ser incapaz de dar cuenta de la aparición histórica del desempleo, o al asumir que “un” empleo cualquiera es siempre comparable a otro empleo independientemente del *régimen de empleo*<sup>89</sup> en el que tal empleo adquiera sentido, entre otros problemas. Más en general, en nuestra opinión, el problema de fondo de cualquier definición economicista del paro es su naturalización del trabajo. Afirmar esto implica que no es posible desnaturalizar el desempleo sin desnaturalizar también el trabajo. Así, nuestra posición es crítica con la idea de la inevitabilidad del desempleo –

---

<sup>89</sup> “Un RÉGIMEN SOCIAL DE EMPLEO se define como aquel conjunto de principios, normas, procedimientos -formales e informales y prácticas que, referidos a la asimétrica relación salarial, tiende a establecer las pautas que regulan las condiciones de trabajo, de empleo y de vida de los trabajadores así como la movilización económica de la población y su distribución sociodemográfica en una sociedad determinada.” (Prieto, 2010: 126)

tal como lo presenta la teoría liberal del desempleo, con la reducción del paro a su carácter friccional o con la noción de la ‘tasa natural de desempleo’ (Friedman, 1976: 66-8)- así como con aquellas posiciones que defienden la inevitabilidad del desempleo mientras naturalizan el trabajo, como el keynesianismo ha defendido tradicionalmente.

En segundo lugar, nuestra definición del paro intenta establecer un diálogo crítico con aquellos enfoques sociológicos que definen el desempleo implícita o explícitamente dentro del marco de una idea transhistórica del trabajo, o más en general, de una idea transhistórica de “lo social” o “la sociedad”. Este tipo de sociología del desempleo se relaciona con algunas visiones marxistas, así como con algunas concepciones influenciadas por autores como Durkheim, Polanyi o Castel. Aunque, al igual que en el caso de los economistas, es perfectamente legítimo que los enfoques sociológicos definan “sociologistamente” sus objetos, subrayamos aquí en qué puntos estos enfoques difieren del enfoque aquí propuesto:

#### Cuadro 4. Polanyi, Castel y la definición sociologista del desempleo

Dentro de todas las virtudes del gran estudio histórico de Karl Polanyi, *La Gran Transformación*, hay un recurrente argumento humanista que remite a la “sustancia natural y humana”. Desde el enfoque aquí desarrollado, esta concepción le lleva oponer de un modo muy fuerte “la sociedad” frente a “el mercado”, lo que al mismo tiempo le lleva a asumir una idea del trabajo como mercancía “ficticia” que implícitamente asume una definición transhistórica del trabajo. Tal concepción implica la positividad del tiempo de trabajo, y en consecuencia, impide captar la potencial positividad del tiempo del paro<sup>90</sup>.

En otra obra clave para comprender históricamente el desempleo, *Las metamorfosis de la cuestión social*, Robert Castel metodológicamente realiza una “homología”<sup>91</sup> entre los desafiados de todas las épocas que, desde nuestra perspectiva, tiene el problema de no subrayar lo suficiente la diferencia históricamente específica entre el tipo de desafiación de los “supernumerarios” premodernos y los supernumerarios modernos. Puesto que Castel (1995: 17) define su método de análisis histórico de las metamorfosis como una “dialéctica de lo igual y lo diferente”, su atención a la contingencia no subraya que la aparición del trabajo y el desempleo modernos no implican meras *diferencias* históricas, sino que conllevan una diferencia histórico-estructural fundamental, como la mercantilización del tiempo.

<sup>90</sup> Para el argumento de la sustancia “natural y humana”, véase Polanyi (1944: 26, 72, 82, 126, 129, 219, 397). Para una amplísima crítica de la antropología de Polanyi desde nuestra perspectiva, véase Homs (2012). Otros comentarios pueden encontrarse en Postone (1993: 213).

<sup>91</sup> “Pero en adelante habrá que tener en cuenta a individuos que ocupan en la sociedad la posición de *supernumerarios*: no tienen ningún lugar asignado en la estructura social ni en su sistema de distribución de las posiciones reconocidas [...]. Son los antepasados de los supernumerarios de hoy. No evidentemente por una identidad de condición, sino por una homología de posiciones.” (Castel, 1995: 72). “Los procesos que producen estas situaciones son también comparables, es decir, homólogos en su dinámica y diferentes en sus manifestaciones” (Ibíd.: 18). El profundo sentido histórico de Castel, sin embargo, hace uso de algunas categorías transhistóricas heredadas de la sociología durkheimiana, como el concepto de cohesión social –muy similar al de “solidaridad” en Durkheim- o en su definición de *trabajo* como el “soporte privilegiado de inscripción en la estructura social” (Ibíd.: 15).

Nuestro argumento principal frente a estas posiciones es que la mercantilización del tiempo y el trabajo moderno introduce condiciones sociales no sólo *diferentes*, sino *reconstituidas*, es decir, radicalmente nuevas. Como hemos dicho de muchas maneras, una de las diferencias fundamentales de los “supernumerarios” de otras sociedades respecto a la moderna producción de población superflua, es que en el capitalismo la forma de producción de la riqueza ya no puede explicarse por una dominación directa ni tradicional ni solamente burocrática –en términos weberianos-: que las clases dominantes se apropien del excedente producido por las clases dominadas no explica la forma del excedente mismo –plusvalor-, sino sólo su distribución. Se trata principalmente de una dominación abstracta, como ya explicamos e intentaremos evidenciar empíricamente. En ese sentido, desde el concepto de tiempo superfluo, los supernumerarios modernos no pueden reducirse a una más de las formas históricas de “desviación” en los márgenes de la cohesión social de una sociedad cualquiera, ni tampoco pueden abordarse como un “residuo” inevitable que cualquier forma de producción genera. Por tanto, desde la perspectiva del tiempo superfluo, se transforman algunas interpretaciones comunes del desempleo y la pobreza. Desde este punto de vista, la cuestión social premoderna no es estrictamente comparable a la cuestión social moderna.

Siguiendo con este principio de especificidad histórica, la categoría de paro sólo surge con la gestión racional de la *población* –lo que Foucault ha denominado *biopolítica*<sup>92</sup>- mediada de un modo clave por las instituciones del Estado. En Europa, la categoría surge a finales del siglo XIX, cuando el orden social se ve fuertemente amenazado por el problema –aparentemente *demográfico*- que suponía gobernar a los millones de trabajadores que eran empujados a las ciudades “liberados” de sus soportes comunitarios. Una vez que la industrialización había producido millones de trabajadores escindidos de sus medios de producción, éstos eran repentina y violentamente expulsados del trabajo. Así, por la dinámica moderna de permanente producción

---

<sup>92</sup> Las mediaciones del Estado para la gestión del tiempo superfluo, también pueden ser entendidas en buena medida con las categorías foucaultianas y deleuzianas, como “agenciamientos concretos” que se relacionan con “máquinas abstractas”. La gestión de la población parada se dirige a “imponer una conducta cualquiera a una multiplicidad humana cualquiera. Sólo es necesario que la multiplicidad considerada sea reducida, incluida en un espacio restringido, y que la imposición de una conducta se realice por distribución en el espacio, ordenación y seriación en el tiempo, composición en el espacio-tiempo” (Deleuze, 1986: 60). La coacción del tiempo abstracto capitalista que venimos sosteniendo puede ser asemejado a la idea de un *diagrama* [...] “Es una máquina abstracta. Se define por funciones y materias informales, ignora cualquier distinción de forma entre un contenido y una expresión, entre una formación discursiva y una formación no discursiva. Una máquina casi muda y ciega, aunque haga ver y haga hablar.” (Ibíd.: 61). Postone ya ha señalado esta idea, criticando en todo caso la incapacidad de los análisis genealógicos para dar cuenta de las transformaciones históricas que se dan sincrónicamente en muchos lugares y/o en el largo plazo, y afirmando que la forma-mercancía sería una manera más específica de dar cuenta de esa dinámica permanente de “máquinas abstractas” y “agenciamientos concretos” (Harootyan y Postone, 2012: 24-6). La idea de la “dominación abstracta” del Estado, se encuentra de un modo muy similar en la obra de Agustín García Calvo.

de tiempo superfluo, que se da paralelamente al gobierno de poblaciones cada vez mayores, todos los Estados modernos han desarrollado la categoría burocrática de *paro*. Siguiendo el razonamiento temporal, el paro puede ser interpretado como una *categoría burocrática inventada por el Estado para la gestión productiva del tiempo superfluo*. En ese sentido, los parados pueden ser definidos como aquellos *sujetos a los que institucionalmente se les asigna la condición de portadores materiales de tiempo superfluo a tiempo completo*<sup>93</sup>.

La categoría de *portadores* ha sido obtenida de la noción de *Träger* en Marx (1872: 69-72). Esta noción tiene su historia particular, y aquí pretendemos superar teórica y empíricamente la lectura que de ella ha hecho tradicionalmente el objetivismo estructuralista, que reducía a los agentes a meros efectos de la estructura<sup>94</sup>. Aunque después desarrollamos con más profundidad cómo será la aplicación empírica de esta definición [cap. 3], por el momento podemos señalar que nuestra propuesta intenta articular las diferentes escalas del tiempo del desempleo, en su dimensión objetiva y subjetiva. Primero, en su nivel sistémico, como categoría histórica de la modernidad capitalista; segundo, en su mediación estatal-institucional, poniendo en el centro el papel clave de la clasificación estatal para materializar la condición de desempleo como tiempo superfluo; y tercero, subraya que el tiempo superfluo no es una estructura que exista en el vacío, sino que se materializa en los cuerpos de los sujetos –entre otros espacios.

### *El nivel sistémico y el nivel estatal-institucional en la definición del paro*

Como hemos dicho, el concepto de tiempo superfluo intenta articular la relación entre varias escalas que a veces se tratan separadamente. En el estudio del desempleo, la escala más comúnmente estudiada es la estatal: por ejemplo, en los estudios genealógicos y constructivistas del desempleo (Salaís et al., 1986; Topalov, 2000), en el contexto anglosajón (Gallie, 2004) o en los estudios comparados (Araujo, 2005; Araujo et al., 2010).

<sup>93</sup> Definimos el paro como gestión *institucional*, porque su gestión es principalmente estatal pero no sólo, tanto en tiempos del paternalismo industrial como en tiempos actuales de ONGs, buena parte de la regulación del desempleo se da por fuera del Estado.

<sup>94</sup> Aunque quizás con algún matiz, en lo fundamental seguimos a Bourdieu cuando afirma: “Es suficiente con ignorar la dialéctica de las estructuras objetivas y de las estructuras incorporadas que se opera en cada acción práctica para encerrarse en la alternativa canónica que, renaciendo incesantemente bajo nuevas formas en la historia del pensamiento social, condenan a aquellos que pretenden tomar la vía inversa a la del subjetivismo, como ocurre hoy con los lectores estructuralistas de Marx [...] Esta visión emanentista [...] reduce a los agentes históricos al papel de “soportes” (*Träger*) de la estructura” (1980: 68). Seguimos, igualmente, los comentarios críticos de Postone (1993: 130): “Althusser hipostasió transhistóricamente, como Historia, de manera objetivista, lo que Marx analizó en *El Capital* como una específica estructura de las relaciones sociales”. Dicho esto, no todo en Althusser es tan “estructuralista” como a veces se concibe, por ejemplo, con su noción de *interpelación* que utilizamos a menudo, y que implica la respuesta activa del sujeto para su dominación; o con la noción de sobredeterminación que antes mencionamos.

Al abordar la construcción de los dispositivos estatales de representación y gestión del desempleo atendiendo a sus múltiples contingencias, estos enfoques son idóneos para explicar de un modo convincente las diferencias en las formas del desempleo entre varios países, o en un país a lo largo del tiempo. Sin embargo, el criterio de lo que es *común* y lo que es *diverso* (Gallie y Paugam, 2004: 36-47), de lo “igual” y lo “diferente” en términos de Castel, no queda claro. Por ejemplo, algunos autores se refieren a “importantes diferencias estructurales” en los efectos del desempleo entre diferentes regímenes de Estados del Bienestar, para subrayar el papel fundamental del nivel institucional: “si este es el caso, los procesos de exclusión social no serán procesos generales que ocurren con la pérdida del empleo sino que dependerán de la naturaleza particular de los arreglos institucionales en sociedades específicas. (Ibíd.: 37).

Aunque evidentemente hay muchos tipos de diferencias que pueden ser evaluadas como mayores o menores, el *sentido* de tales diferencias puede ser enfocado de dos maneras, que conllevan dos interpretaciones distintas. La pregunta sería: ¿hay un desempleo fundamentalmente diferente en cada país –explicado por sus diferencias institucionales- o todos los países capitalistas avanzados comparten un patrón común a partir del cual hay diferencias de regulación institucional? Como hemos señalado, el concepto de tiempo superfluo se decanta por esta segunda opción. Desde nuestro punto de vista, la tendencia a subrayar las diferencias en las formas de regulación institucional entre países en los estudios comparados, tiende a no explicar el patrón común, que desde nuestro punto de vista no puede darse por supuesto<sup>95</sup>. Por ejemplo, es evidente que los países mediterráneos semiperiféricos europeos tienen “grandes” diferencias si se los compara con los países centroeuropeos, pero queda indeterminada qué significa este criterio para medir el “más” o el “menos”. En términos estadísticos, el criterio de diferencia se establece a partir de las medidas de desviación típica, definidas a partir de una medida cualquiera en la cuantificación de un criterio cualquiera, lo que efectivamente puede señalar importantes diferencias, pero no los patrones comunes que el criterio de medición común da por supuestas<sup>96</sup>.

Desde el punto de vista del tiempo superfluo, omitir los patrones compartidos es omitir el nivel más profundo de la historicidad del desempleo. ¿Cómo explicar sino que *en todos los países capitalistas avanzados* surja la categoría de “paro”, las estadísticas del mercado de trabajo, todo el

---

<sup>95</sup> Para un contraste entre dos formas de sociología histórica del trabajo en el caso español, compárese, por ejemplo una explicación de la construcción del orden social centrado en la norma del empleo (Prieto, 2000, 2007c) con una explicación del surgimiento del trabajo como una mercancía (López Calle, 2012)

<sup>96</sup> Por ejemplo, algunas grandes diferencias entre los desempleados europeos en los 90, se describían a partir de los niveles de economía informal de los desempleados (30% en Alemania, 80% en España), en los patrones de sociabilidad o aislamiento de los parados mediados por los modelos familiares, en las tasas de pobreza, y en las interrelaciones entre estos factores. (Gallie y Paugam, 2004: 38-43).

aparato estatal de gestión del paro, o la tendencia global a la escasez subjetiva de tiempo en el desempleo? Al enfocar el problema desde el punto de vista de la producción histórica de tiempo superfluo, es posible captar la producción de diferencias y de nuevas formas en relación a un principio históricamente específico pero global, que puede contribuir a dar cuenta del *patrón* común en las formas del desempleo. Con nuestro objetivo de investigación, el criterio del tiempo superfluo nos permite desnaturalizar la paradoja del tiempo escaso, que efectivamente es un patrón repetido internacionalmente. De esta manera, proponemos distinguir en la investigación dos niveles complementarios: el estructural “profundo” y el nivel institucional.

Este razonamiento simultáneamente señala otro problema teórico más general, que intenta superar la dicotomía entre universalismo y particularismo, entre homogeneidad y heterogeneidad, que se reproduce en la dicotomía entre la visión del individuo abstracto del liberalismo que llega al mercado de trabajo ya constituido -lo cual no explica la heterogeneidad- y la visión del constructivismo particularista -que no explica la homogeneidad. Pretendemos avanzar, por tanto, en un vacío teórico y empírico que, por ejemplo, ya fue señalado en una de las obras de referencia en la investigación del desempleo, *La invención del paro en Francia*:

Sólo existen formas particulares de agentes individuales, situadas en el espacio social y geográfico y en el tiempo, y no una forma general. Partiendo de esta base, en la realidad pueden existir formas objetivadas que se constituyen, en un espacio más o menos externo y en un tiempo más o menos largo, en [la] forma general del individuo. Un ejemplo tipo de ello es la forma general del individuo en el trabajo, implantada en la empresa racional por Taylor y sus émulo. Informa al individuo mediante un conjunto de procedimientos de gestión; pero, al hacerlo, no restituye las determinaciones concretas de ese individuo, las construye. Por lo tanto, se tropieza ahí con un límite esencial del paradigma neoclásico. El agente individual es, como hemos visto, inmediatamente enunciado como simple personificación de una esencia general, abstracta y ahistórica. Para superar este límite, es necesario tener en cuenta la existencia de formas sociales más o menos generales, instrumentos prácticos que permiten a los agentes gestionar su relación, y que van desde las reglas y convenios interiorizados hasta la maquinaria [...] El hecho de que inscriban sus comportamientos en esa forma general, no quiere decir que se convertirán, por ello, en la emanación de esa forma. Por el contrario, quedaría por construir una teoría de los procesos según la cual se constituyen socialmente formas generales del agente individual. (Salais et al., 1986: 211-2)

En el siguiente punto, interpretamos de un modo general este problema desde el punto de vista del tiempo superfluo, pues sin ello no pueden comprenderse las mediaciones que existen entre la escala global y la escala estatal<sup>97</sup> que son claves para captar la realidad del tiempo del paro.

---

<sup>97</sup> Una investigación muy interesante y perfectamente compatible con nuestro enfoque ha analizado la heterogeneidad y las diferencias de las prácticas en relación al capital como mediación general (Vatin, 2009, 2013). En este sentido, una futura investigación de sociología histórica del desempleo -de la que aún carecemos en España- podría intentar analizar las relaciones dinámicas entre las formas particulares y las formas generales en la gestión estatal del desempleo, desde el supuesto del tiempo superfluo como patrón global históricamente específico.

### 1.5. La gestión estatal del tiempo del paro

Dada nuestra definición, y tras el análisis histórico de la expropiación del tiempo y el análisis teórico de la mercantilización del tiempo, hemos sostenido que históricamente las instituciones estatales no han conseguido controlar la dinámica de producción de tiempo superfluo característica de la sociedad del trabajo. Es decir, todos los conflictos históricos enfrentados a la dinámica competitiva del trabajar por trabajar han regulado de manera contingente tal dinámica, pero no han conseguido superarla. Desde nuestro enfoque, la intensificación de la competencia en todas las escalas, y particularmente en el nivel estatal, es crucial para comprender la dinámica en la que se inscribe la producción de desempleo. En este punto, nuestra lectura es perfectamente compatible con otros diagnósticos como el de Elias (1979: 618-20), que lo expresa de manera precisa:

Estos Estados se enfrentan unos a otros con intensidad creciente bajo la presión de las tensiones, bajo la coacción de los mecanismos competitivos que mantienen a nuestra sociedad en un movimiento permanente de lucha y crisis. [...] los ejes principales de este sistema de equilibrio, están inmersos en un movimiento infinito de espiral que los fuerza a un proceso imparable de expansión y de engrandecimiento de su poder. [...] Los monopolios regulares o irregulares del poder político y de los medios de consumo y de producción económicos están inseparablemente unidos [...] Los dos conjuntamente son la cerradura de las cadenas con las que los seres humanos se maniatan.

Bajo nuestro enfoque, de la constatación de esta dinámica de competitividad que imbrica al Estado con la economía –compatible con la concepción de Marx que aquí sostenemos- no debería derivarse que el problema del desempleo sea irresoluble; más bien, nos limitamos a constatar lo que hasta ahora ha ocurrido en el plano más general durante el capitalismo, intentando fundamentar también qué condiciones podrían apuntar a la superación de este aparente “proceso imparable”<sup>98</sup> a partir de un estudio del caso del desempleo.

Sin embargo, esta concepción no implica simplificar el papel mediador del Estado en la producción del tiempo superfluo, pero rompe con una visión que hace del Estado un ente que operaría básicamente *en contra del* Mercado, tal como conciben diferentes visiones<sup>99</sup>. Desde nuestro enfoque, no se puede hablar ni de una relación funcional simple entre el Estado y la

<sup>98</sup> Elias, en todo caso, no fundamenta la posibilidad de superación de la dinámica que describe. En las última páginas de su obra clásica (Ibíd.: 630-1), Elias concluye que no hemos llegado a ser realmente civilizados, y sugiere algo parecido a la idea kantiana de un sistema interestatal global, sin señalar en todo caso cómo se podría materializar históricamente dicho fin.

<sup>99</sup> Siguiendo la lectura de Keynes de Andrés Bilbao, López Calle (2012: 92) ha expresado la ruptura de la dicotomía Estado-Mercado de la siguiente manera: “así como el contrato de trabajo no articula realmente la compra venta de una mercancía, tampoco el derecho del trabajo y las protecciones sociales definen realmente una intervención real del Estado *contra* el Mercado, o se puede decir de otra manera: definen una relación de intervención del Estado *contra* el Mercado pero *a favor* del Mercado.”. Una visión parecida puede encontrarse en Riesco (2013).

economía capitalista, ni tampoco de una diferenciación clara entre el Estado y el Mercado. En este sentido, al menos desde el surgimiento histórico de la categoría de paro, y particularmente con el surgimiento del keynesianismo, es materialmente imposible distinguir claramente la producción de tiempo superfluo en cuanto tal, sin analizar al mismo tiempo sus múltiples mediaciones estatales. El tiempo superfluo, sin ser estatalmente producido, puede decirse que está estatalmente estructurado. Nuestra principal hipótesis de trabajo sobre la relación entre el desempleo y el Estado, que deriva de la definición de “paro” y “parado” que hemos propuesto, es la siguiente: *históricamente, la categoría de paro surge para promover la función productiva del tiempo de la población trabajadora en particular, y evitar el tiempo improductivo de la población en general. Con las transformaciones asociadas al Estado Asistencial, al Estado Social, o al Estado Neoliberal, esta función se mantiene de manera general, si bien mediada de un modo heterogéneo y contradictorio en cada caso particular*<sup>100</sup>. Aunque no pretendemos demostrarlo exhaustivamente, proponemos hacer un brevísimo recorrido por algunas de las formas históricas de la gestión estatal del desempleo para justificar mínimamente esta hipótesis de trabajo y para que, a posteriori, podamos interpretar los paralelismos y divergencias entre tales formas históricas y las formas del desempleo que analizaremos en el caso español.

### *De la desocupación al desempleo*

Antes de finales del siglo XIX no existían los parados. Había ociosos, desocupados, sin empleo, vagos y pobres en general. Por ejemplo, “el término desempleo no aparece en las obras de Marx” (Pugliese, 2000: 62), porque efectivamente el “paro” como categoría de clasificación social general no existía<sup>101</sup>. En este sentido, podemos distinguir entre el paro como “desocupación” –en los inicios del capitalismo– y el paro como “desempleo”, que tiene como condición la aparición de la *norma de empleo*, esto es, el trabajo política y jurídicamente regulado (Prieto, 2000, 2007c).

En los inicios históricos del problema de la desocupación moderna, con la naciente industrialización en las ciudades, el principal reto político consistirá en contrarrestar la violenta

<sup>100</sup> Al igual que señalamos anteriormente, desde nuestro enfoque, las múltiples diferencias entre las formas de gestión estatal del tiempo de desempleo no serían diferencias absolutas sino que las comprendemos como diferencias relativas que, en relación funcional, disfuncional o afuncional con la función social general, estructuran el tiempo superfluo sin controlar su dinámica en lo sustancial.

<sup>101</sup> Por ejemplo, en *El Capital*, Marx (1872: 788, 797, 819) recurre frecuentemente al término “desocupado”, que es la traducción de Pedro Scaron de *Unbeschäftigten*. Desempleados será, en el alemán, *Arbeitslosen*. Por ello nos referimos al paro como “desocupación”. No existía en ese momento el sentido actual del paro como “desempleo”. En el inglés, sí se usaba el término “unemployed” en el s. XIX y antes, pero sigue siendo en sentido de desocupación, como ha señalado Williams (1976: 101-2). Así, la traducción inglesa de *El Capital* recoge *unemployed*.



velocidad de las dinámicas de atracción y expulsión de trabajadores. La sola masa *cuantitativa* de trabajadores desocupados no garantizaba que éstos se mantuvieran disponibles para el trabajo en los momentos de bonanza, ni tampoco facilitaba la transformación *cualitativa* de las capacidades laborales que era requerida para el aumento de la productividad<sup>102</sup>. Sólo en unas pocas semanas sin trabajo uno podía convertirse en un vagabundo irreversiblemente inempleable. Hacerse trabajador suponía un lento proceso de disciplinamiento temporal, proceso que resultaba demasiado fácil romper en ausencia de unos mínimos de protección institucional, ya que los soportes comunitarios que sostenían a los individuos se habían roto en la emigración del campo a la ciudad. La repentina expulsión de masas de trabajadores desprotegidos, no sólo ponía en riesgo la integración social de tales trabajadores sino la posibilidad misma de reproducir la sociedad salarial, atenazada por las luchas de clases.

En este sentido, ante la producción descontrolada de masas de trabajadores sin trabajo, surge el paro como *desocupación*<sup>103</sup>. Al plantearse el problema político de la gestión de estas poblaciones, se va asentando todo un entramado institucional que posibilita la emergencia de la categoría “paro”, cuya función es la gobernabilidad de *la cuestión social* (Castel, 1995). En la historia de la gestión del paro, la estadística servirá como una pieza clave para representar el tiempo superfluo materializado en las masas de desocupados, y dar un reconocimiento cuasi-científico y jurídico a una nueva distinción que será central para intervenir sobre estas poblaciones: la distinción entre la voluntariedad y involuntariedad de trabajar. La definición de este difuso límite era, entre otras, una de las condiciones fundamentales para justificar la protección por desempleo y hacerla compatible con un tipo de coacción temporal abstracta cuyos vaivenes estaban, hasta entonces, fundamentalmente descontrolados. En su carácter más general, la protección estatal condicionada a la demostración de la voluntad de trabajar de los desocupados, fue la respuesta política que permitió mantener vivo el vínculo social de amplias

---

<sup>102</sup> El papel mediador del Estado puede comprenderse, siguiendo a Weber, como un requisito para presionar la transformación *cualitativa* del ejército de reserva: “Es cierto que el capitalismo requiere para el desarrollo de su existencia de excedentes de población, a la que poder contratar por un precio barato en el «mercado de trabajo». Pero, si bien es cierto que un «ejército de reserva» demasiado grande puede favorecer según las circunstancias su expansión cuantitativa, *difícil*, sin embargo, su desarrollo *cualitativo*, en concreto el paso hacia formas de empresa que emplean trabajo intensivo.” (Weber, 1905: 68-9)

<sup>103</sup> En esa época, hay que distinguir, como dice Pugliese (2000: 64), entre “el desempleo de quien no ha sido aún obrero, pero que llegará a serlo”, y el “desempleo de quien ya ha sido obrero y ha perdido su empleo”. En buena medida, esta no es una situación del pasado, sino actualmente extendida en todos aquellos países que no poseen instituciones estatales significativamente poderosas.

capas de población en situación de *vulnerabilidad*, para evitar así su *desafiliación*<sup>104</sup> definitiva del conjunto de la sociedad.

Si se sigue la historia del surgimiento de la definición estadística y jurídica del desempleo en diferentes países (Salais et al., 1986; García González, 2010: 75; Desrosières, 2000: 281; Prieto, 2014), y se presta atención a la discusión sobre cómo definir, e intervenir sobre, el desempleo, es posible argumentar que la delimitación de los criterios para ser un “parado” no se fundaron tanto en sus “causas” sino en soluciones “pragmáticas” (Salais et al., 1986: 35-44); es decir, la definición del desempleo no respondió a ningún criterio abstractamente racional en general, sino racional en términos de: 1) mejorar la productividad; 2) ajuste a un dispositivo de representación estatal –definición operativizable en una encuesta, por ejemplo-; 3) ajuste a un dispositivo de gestión estatal –posibilidad de control y fiscalización, por ejemplo. La definición y transformación de los criterios de acceso a la protección permitían al Estado intervenir sobre la propia dinámica del mercado de trabajo. Había que producir al “buen parado forzoso”, y frenar la “libertad subsidiada”, al tiempo que de esa manera se constituía el “trabajador normal”<sup>105</sup>. El motivo fundamental de la protección no era, por tanto, la protección de los vulnerables en general, sino la protección de aquellos vulnerables que potencialmente pudieran trabajar. Para el resto de superfluos, la inversión no estaba racionalmente justificada. Unos desocupados eran “víctimas de la competencia”<sup>106</sup>, “verdaderos parados”; otros, tenían “vicios”, “falta de deseo de trabajar”, “vagos”, es decir, estaban desocupados por propia voluntad.

Por ilustrar este conflicto sólo con el ejemplo del caso español, así lo razonaban en 1914 los encargados de La Sociedad para el Estudio del Problema del Paro Forzoso, creada por el Real Decreto Ley del 5 de marzo de 1910, y encargada por el Congreso para justificar la creación del primer Seguro de Paro Forzoso, implantado en 1919.

---

<sup>104</sup> Según Castel (1995: 14-5) este concepto de *desafiliación* quiere superar el término tan difundido de “exclusión” como un “estado”, para subrayar el carácter *procesual*.

<sup>105</sup> En referencia a las regulaciones del paro en los años treinta, escribe Prieto (2014): “Definitivamente el trabajador asalariado que trabaja regularmente es el tipo de trabajador que pretende promover el Estado español y los propios sindicatos. Aunque los planteamientos de fondo de estos sean muy distintos, parece claro que las posiciones que tienen en relación con la protección de los parados forzados tienen como trasfondo un objetivo estratégico semejante: el de la “normalización” del trabajador asalariado regular. Arropado por las instituciones correspondientes, el trabajador regular había de convertirse en el trabajador “normal” en los dos sentidos habituales del término, el normativo y el estadístico.”

<sup>106</sup> Véase, a modo de ejemplo, una de las clasificaciones de pobres que se realizó en Gran Bretaña a finales del XIX. De los ocho tipos de pobres definidos de la A a la H, sólo los pobres tipo C serán beneficiarios de ayuda. El motivo era el siguiente: “Los C sólo tienen ingresos intermitentes. Son más bien víctimas de la competencia y están sometidos a las vicisitudes del desempleo estacional. Si pudieran trabajarían con regularidad, y es a ellos a quienes debe estar orientada la ayuda, ya que están en condiciones de estabilizarse.” (Desrosières, 2000: 281)

En las causas subjetivas podemos aún distinguir las que son producto de la voluntad del trabajador y las que reconocen por origen circunstancias ajenas á su voluntad, *siquiera el límite que separa unas de otras no podamos en todo caso concretarle*. Puede incluirse, entre las causas del paro voluntario, la holgazanería del parado y los vicios y desórdenes *que á la voluntad son imputables*; la huelga no impuesta por personas extrañas, ni por el imperio de agentes exteriores, ni por *circunstancias superiores á la voluntad*, sino por esa misma voluntad del huelguista; el no sentir el parado los estímulos de la necesidad del trabajo, capaz de mover á la voluntad á arrostrar sus fatigas; el deseo, en fin, en el parado de encontrar trabajo para él más ventajoso, *cuyo deseo le impulsa* á abandonar ó no aceptar el trabajo que juzga ser para él de menores ventajas, y la misma insuficiencia profesional debida á *falta de aplicación* en el trabajo. (González y Oyuelos, 1914: 6; la cursiva es nuestra)

De esta manera, uno de los focos centrales de la lucha de clasificaciones en torno a los dispositivos de representación y gestión del desempleo ha sido, y es, la definición de los límites de la voluntad de trabajar, esto es, la definición concreta que permite la demostración material y práctica del deseo positivo de trabajar por trabajar. Esta definición se encuentra, tanto en el caso español como en el resto de países, en el origen del conflicto. La decisión política última que establece discrecionalmente los límites de quien entra y quien no entra en la definición, es decir, quien tiene y quien no tiene voluntad de trabajar, será lo que determinará la manera concreta de reconocer qué situaciones son de paro *forzoso*, y cuales son “imputables a la voluntad”. Al reconocer como parados “forzosos” solo a quienes “desean” trabajar, el criterio jurídico de reconocimiento del paro se transforma en un instrumento -dicho con Elias- para ejercer la coacción externa y desplazarla a los sujetos como autocoacción. Este conflicto se sitúa en el corazón del problema jurídico de definir la venta del tiempo de vida como venta voluntaria<sup>107</sup>.

En nuestra lectura sociotemporal de esta definición jurídica, la categoría “paro” significará el reconocimiento de una tutela para promover la integración social de aquellos trabajadores que puedan demostrar que su capacidad de trabajo es capaz de ajustarse a la norma temporal requerida para un puesto de trabajo determinado; es decir, se protegerá a quienes hayan incorporado las disposiciones temporales para tal trabajo, y en general, la autocoacción que se presenta como deseo positivo de trabajar por trabajar. Esta “demostración” de la voluntad de trabajar estará mediada, en todos los casos, por los dispositivos de medida y evaluación correspondientes, pero condicionada estructuralmente por la capacidad real del sujeto concreto

<sup>107</sup> El problema de la definición jurídica de la voluntad en la relación salarial se problematiza en diferentes momentos de la historia del derecho, y obliga a transformaciones legales de hondo calado. La investigación de Bilbao (1997), por ejemplo, analiza un momento del conflicto jurídico-político que supuso la definición de la responsabilidad en el caso de la Ley de Accidentes de Trabajo de 1900. La definición misma del contrato de trabajo está en el origen de la contradicción: “el aspecto más significativo e idiosincrásico de la relación salarial, es la consideración de la propia capacidad de trabajo como objeto de una transacción laboral, lo que supone nada menos que hacer de un derecho inalienable –la autonomía de la voluntad– una *cosa* enajenable: ‘el arrendamiento voluntario de la voluntad por un tiempo determinado’.” (López Calle, 2012: 90-1). Sobre la imputación moderna de la responsabilidad jurídica asociada a la dimensión temporal, véase Jiménez (2009).

de que su tiempo sea lo suficientemente *valorado* como para ser comprado por un comprador de trabajo. Paralelamente, quienes disfruten del tiempo improductivo y rechacen el trabajo serán socialmente castigados e invisibilizados en todas las escalas.

### *Del Estado Social a la gestión neoliberal del tiempo superfluo*

Con el paso del Estado Asistencial al Estado Social keynesiano, en los países occidentales se consolida y profundiza la imbricación del Estado y la economía. Como ya señalamos, en términos de la dinámica de los tiempos de trabajo y de desempleo, este cambio será fundamental.

En el proceso de regulación de la *desocupación* para su transformación en *desempleo*, junto con la consolidación de la estadística van mutando las viejas formas y produciéndose nuevas *formas objetivadas*<sup>108</sup> para la gestión del tiempo superfluo, que median todas las formas de representación e intervención sobre el desempleo y que intentan coordinar las transformaciones del desempleo en términos de una “coherencia global”, según Salais; una reconstitución del trabajo, según nuestros términos:

Aunque la solución a la crisis de los años treinta se encontró básicamente en 1936, el establecimiento efectivo de un modelo común siguió un conjunto de transformaciones -es decir, de implantación de nuevas formas y de deterioro de las antiguas- materiales y institucionales muy complejas, a niveles de agregación variados. Estas nuevas formas deben articularse entre ellas de manera que garanticen una coherencia global. (Salais et al., 1986: 211).

Esta nueva “coherencia” global se producirá, como ya vimos, con el keynesianismo. La producción de nuevos dispositivos estatales de gestión del tiempo superfluo se basaba en un nuevo modelo de gestión de la población y sus tiempos, significativamente regulados mediante los nuevos usos de la masa salarial –salario directo, indirecto, diferido-, la expansión de los sistemas públicos, la modulación estatal de los incentivos al consumo, el ahorro y la inversión, mediante los impuestos y los tipos de interés controlados por los bancos centrales. Con este mayor grado de intervención sobre la reproducción de la población, la mediación estatal significará progresivamente la intervención sobre los espacios y tiempos externos a la fábrica, coordinando de manera más óptima el conjunto de los tiempos sociales. Esta regulación general del conjunto de los tiempos sociales, afectará de manera fundamental al papel que juega el Estado en la constitución del tipo de familia funcional a la forma del trabajar por trabajar<sup>109</sup>.

<sup>108</sup> En Salais, la idea de la “forma social” se refiere a las “formas sociales múltiples -reglas, convenios, derechos, contratos, instituciones, procedimientos- que interponiéndose entre los agentes, regulan sus relaciones de manera coordinada y automática” (Salais et al., 1986: 233-4).

<sup>109</sup> “¿Qué significaría la obligación del trabajo si los individuos no estuvieran incluidos, ante todo, dentro de ese sistema de soberanía que es la familia, ese sistema de compromisos, obligaciones, etc., que ya plantea de

Dentro del incremento de la regulación conjunta de Estado y Mercado, los Estados Sociales producen la mayor parte de las instituciones, reglas, formas, “cosas sociales” que caracterizan la gestión moderna del tiempo superfluo y constituyen la realidad material del paro. El proceso de institucionalización del paro (Topalov, 2000), y las formas de asignación diferencial del tiempo superfluo, se han ido materializando en múltiples mediaciones sociales que asignan al parado su *condición*. En una enumeración de las “cosas materiales” asociadas al desempleo en el caso francés, así lo expresa Demazière (2003: 10-1):

[El paro] se forma en el interior de un marco compuesto de instituciones, reglas, procedimientos de gestión, profesionales y expertos, pero también edificios, cajeros, sistemas informáticos, dossiers administrativos, números de registro [...] ANPE [INEM] y Assedic [Seguridad Social], el Código del Trabajo [Estatuto de los Trabajadores], las instrucciones de gestión de la lista de demandantes de empleo, las reglas de indemnización, los consejeros de empleo, las agencias locales para el empleo y otros espacios de intermediación, los programas de registro y tratamiento de las demandas y ofertas de empleo, los números de inscripción, etc. Estos elementos son las cosas materiales que dan la consistencia, y la resistencia, a la idea de parado, y que son también los engranajes de clasificación de las personas. [...] los parados tendrán tendencia a aprender cómo comportarse en tanto que parados, a modificar ciertos comportamientos y prácticas, a revisar sus propias visiones de sí-mismos, a realizar nuevas experiencias, a dar otras significaciones a su situación.

Esta caracterización de la forma de existencia del tiempo superfluo del paro en los países capitalistas avanzados desde el keynesianismo, nos permite ver más claramente qué significa, en nuestra definición, que el Estado asigna la *condición* de parado a un sujeto como portador *material* de tiempo superfluo a *tiempo completo*. Si no tener trabajo significaría, en términos meramente cuantitativos, no vender el tiempo de vida de un modo regular, la *condición* de parado se produce cuando ello implica, simultáneamente, la articulación de un sujeto con todo este entramado. Así como no es simplemente un fenómeno económico lo que materializa el desempleo, tampoco el mercado de trabajo existe en abstracto: el paro sólo existe mediado por todos los dispositivos de representación y gestión estatal, que imbrican los tres niveles que ya mencionamos: 1) el tiempo de trabajo superfluo producido sistémicamente por la contradicción entre valor y riqueza; 2) la *condición asignada* por la categoría “paro” y todo el entramado de objetos sociales asociados a la gestión estatal de poblaciones superfluas; 3) las prácticas y experiencias que materializan el paro en un sujeto.

---

antemano la asistencia a los otros miembros de la familia, la obligación de proporcionarles alimento, etc.? La fijación del trabajo en el sistema disciplinario sólo se alcanzó gracias a que la soberanía misma de la familia funcionó a pleno.” (Foucault, 1973: 105). Véase también Dallacosta (1972), Gramsci (1934: 61-95), Neffa (1990) o Donzelot (1977).

El tipo de gestión del desempleo que se producirá tras la crisis de los setenta mantendrá las formas generales de mediación que se desarrollaron con el keynesianismo, pero seguirá aumentando la complejidad de las clasificaciones, programas de formación, condiciones diferenciales de acceso, distinciones entre tipos de paro según su duración<sup>110</sup>, categorías de subjetivación, etc. En ese sentido, la gestión neoliberal del desempleo, en modo alguno puede entenderse como *opuesta* a la keynesiana, tal como suele plantearse esta dicotomía (Briales y López Calle, 2015)<sup>111</sup>. Si bien por diferentes vías, ambas políticas comparten un tipo de gestión del desempleo en último término orientada a la reproducción de la función capitalista del trabajo que, como dijimos, no es tanto crear riqueza sino trabajar por trabajar<sup>112</sup>.

En el actual contexto neoliberal, y una vez que el objetivo del pleno empleo se ha visto refutado como posibilidad (Offe, 1984), las políticas de empleo ya no sirven tanto para crear empleo como para un nuevo tipo de gestión productiva del desempleo que ya da por supuesta la improductividad de una parte de la población, en un contexto de individualización y flexibilización tras el declive de los pactos alcanzados con los Estados Sociales. Este tipo de *gestión de los márgenes* permite justificar las transformaciones del mercado laboral al producir una suerte de juego de competitividades múltiples, donde cada posición relativa presione mutuamente a cada uno de los escalones que van generando las nuevas clasificaciones de categorías, especialmente asociadas a la clase, el género y a la etnia (Vosko, 2010; Ávila, 2012). Dentro de este nuevo paradigma, las políticas de activación y de *flexiseguridad*<sup>113</sup> serán una de las

---

<sup>110</sup> Por ejemplo en el caso inglés, la distinción del paro de larga duración, surge en los años 30, como categoría que facilita el recorte en la inversión pública en el seguro de desempleo (Walters, 2000: 79 y ss.).

<sup>111</sup> Por poner un ejemplo, a pesar de los actuales discursos neoliberales que dicen estar en contra de “desincentivar” la búsqueda de trabajo a través de un exceso de gasto en prestaciones, más bien, puede decirse que los neoliberales están en contra de que el tiempo del desempleo no esté regido por una competitividad creciente en todas sus dimensiones. La sola lectura de Milton Friedman señala el seguro de paro como un *incentivo*, precisamente por contribuir al incremento de la asalarización de la población, es decir, a la extensión del tiempo de vida que depende de la venta de tiempo por dinero: “...el seguro de paro constituye un incentivo que induce a las gentes a ingresar en la fuerza de trabajo, y también puede haber contribuido a su aumento en relación con la población total, así como con los cambios que, en cuanto a su composición, se han producido.” (Friedman, 1976: 67).

<sup>112</sup> Como es bien conocido en una afirmación de Keynes, si no hubiera otras vías disponibles, para evitar la “desutilidad del trabajo” sería preferible enterrar billetes para después desenterrarlos antes que dar préstamos a parados; es decir, es mejor un despilfarro “parcialmente ruinoso” a uno “totalmente ruinoso” (Keynes, 1936: 128-9). “Cuando existe desocupación involuntaria, la desutilidad marginal del trabajo es necesariamente menor que la utilidad del producto marginal. En realidad puede ser mucho menor; porque cierta cantidad de trabajo, para un hombre que ha estado sin empleo largo tiempo, en vez de desutilidad puede tener utilidad positiva.” (Ibíd.). En este sentido comprendemos el supuesto compartido entre el keynesianismo y el neoliberalismo, pues ambos llaman “utilidad positiva” del trabajo a lo que aquí llamamos la autoacción incorporada por la coacción abstracta del trabajar por trabajar.

<sup>113</sup> La categoría de *flexibilidad*, frente a la de *inseguridad*, ha sido objeto de disputa, principalmente entre economistas y sociólogos del trabajo (Alonso y Fernández, 2011; Heery y Salmon, 2000; Burchell et al., 2002).

expresiones más acabadas en el ámbito europeo de este tipo de gestión del desempleo, cuyo origen se encuentra en instituciones de gestión supraestatales, en el caso de la Unión Europea, especializadas de un modo creciente en intervenir sobre poblaciones cada vez mayores. De ello se deduce que la gestión neoliberal del desempleo no ha disminuido sino que mantiene, e incluso, aumenta un enorme aparataje estatal y paraestatal –organismos semipúblicos, privados, ONGs– para la gestión y seguimiento individualizado de la población parada<sup>114</sup>.

Dentro del contexto neoliberal general, la gestión estatal del desempleo en España se caracteriza por compartir rasgos muy similares a los países del sur de Europa –Portugal, Grecia, Italia. En una comparativa de cuatro *regímenes de desempleo* (Gallie y Paugam, 2000: 5-9), el caso español se caracteriza por ser un *régimen de sub-protección*, lo que implica una tasa de cobertura “muy incompleta”, un nivel y “duración de la cobertura muy débil” y una “política activa de empleo cuasi nula”<sup>115</sup>. Como se repite en todos los estudios, España tiene indicadores siempre comparativamente peores respecto a los países del norte y el centro de Europa, en desigualdad de género en el desempleo, en las tasas de cobertura o en la tasa de desempleo juvenil<sup>116</sup>. La gestión del desempleo en España ha estado ligada a un lento pero continuo proceso de transformaciones asociadas a las características particulares de la precarización de las últimas décadas, al “fordismo inacabado” del modelo productivo español<sup>117</sup>. Todo ello puede ser leído, también, como un lento desplazamiento del sentido del paro, que en las últimas tres décadas tiende a ser visto cada vez menos como un fenómeno involuntario y cada vez más como un fenómeno voluntario (Briales y López Calle, 2015). Será el periodo 2007-13 en el cual nos centraremos para captar estas transformaciones de un modo más concreto.

---

El resultado de esta lucha, desde la Unión Europea, se ha materializado en difundir la categoría de *flexiseguridad*, clave también en el gobierno del desempleo (Fernández Rodríguez y Serrano, 2014).

<sup>114</sup> Las llamadas políticas “activas” de empleo, por ejemplo, han conllevado una complejización de los procedimientos de acceso a las prestaciones, en relación a las políticas llamadas “pasivas”, que cada vez tienen menor proporción de recursos. (Artiaga et al., 2014a: 124-31)

<sup>115</sup> Esta última afirmación es interesante, porque demuestra el significado particular que la política de “activación” ha tenido en países como España. Si, según Gallie y Paugam (2000: 5), las “políticas activas” tienen un efecto positivo en la experiencia de desempleo “ya que pueden reducir el riesgo de marginalización a largo plazo en el mercado de trabajo”, lo que varios estudios han mostrado, ha sido que la aplicación de estas políticas en países como el nuestro, ha contribuido a una mayor precarización, incertidumbre, psicologización y moralización del desempleo. Véase toda la línea de investigación actual en España (Serrano, 2005; Crespo et al., 2009; Fernández Rodríguez y Serrano, 2014).

<sup>116</sup> Esa *subprotección* será una de las causas de la reproducción del familiarismo que resulta central para sostener la precariedad [5.7, cap. 6].

<sup>117</sup> Para análisis muy detallados del surgimiento del sistema de protección por desempleo en España y sus cambios desde 1975 a la actualidad, véase el detallado estudio de Fernández Rodríguez (2014) y Serrano y Artiaga (2014).

Para terminar este capítulo, y por la relevancia que en las últimas décadas tiene la *precariedad*, debemos señalar las implicaciones del concepto de tiempo superfluo en la interpretación de la creciente borrosidad de las fronteras entre el desempleo y precariedad. Tal como aquí lo entendemos, la producción de tiempo superfluo no es idéntica a la producción de desempleo, y de hecho es posible argumentar que en las últimas décadas cada vez hay más tiempo superfluo que no es captado por la categoría “paro”. La producción de tiempo superfluo es producción de parados a *tiempo completo* pero, también, de “semioocupados”<sup>118</sup>. O dicho de otra manera, si todo tiempo de desempleo es efecto de la producción de tiempo superfluo, no todo tiempo superfluo es tiempo reconocido como desempleo: según la EPA, trabajar una hora a la semana excluye a un trabajador de ser considerado como parado. El *precariado* (Standing, 2011), entonces, es también portador de tiempo superfluo, pero en su forma cada vez más determinada como un tiempo con forma de trabajo pero que no está formalmente remunerado, es decir, como un tiempo directamente inserto en la dinámica del mercado de trabajo sin ser reconocido como trabajo, como exploraremos extensamente en el caso de la competencia por el trabajo [cap. 5]<sup>119</sup>.

Tras este breve recorrido por algunos ejemplos de transformaciones en la categoría de paro, y en sus diferentes ambivalencias, hemos visto que son las categorías estatales las que definen quien puede ser representado como “parado”. Sin embargo, siguiendo todo el razonamiento anterior y según nuestra conceptualización, este “poder de nombrar” no es simplemente *construido* en un sentido simple, ni únicamente el resultado de las luchas de clasificaciones<sup>120</sup>. Hay, al menos, dos límites estructurales para la transformación semántica de la definición social de parado: 1) todo aquel que no pueda efectivamente vender su tiempo, estará fundamentalmente limitado para ser definido como trabajador, y por lo tanto, como potencial parado, y; 2) todo aquel que no sea reconocido como ciudadano, tampoco podrá ser reconocido como parado.

<sup>118</sup> “La sobrepoblación relativa existe en todos los matices posibles. Todo obrero la integra durante el período en que está semioocupado o desocupado por completo. [...] la sobrepoblación relativa adopta continuamente tres formas: la fluctuante, la latente y la estancada.” (Marx, 1872: 797-8)

<sup>119</sup> Por otra parte, hay que precisar que, siguiendo la definición de paro que hemos propuesto, puede haber portadores de tiempo superfluo que no sean empíricamente superfluos, sino sólo potencialmente superfluos, es decir, *sin que se les asigne institucionalmente el tiempo superfluo* como parados. Algunos ejemplos de barreras concretas a la asignación del tiempo superfluo son: a) trabajadores que no tienen carga de trabajo pero no se les puede despedir en un momento determinado por motivos legales –funcionarios–, económicos –despidos caros para la empresa–, morales –relaciones de afecto o de parentesco– o del tipo que fueren; b) trabajadores que tienen una carga de trabajo que se les asigna con el objetivo de mantener una rutina o una disciplina –cumplir un horario, realizar tareas sin sentido–, trabajadores de lo público que son evaluados como desechables, entre otros ejemplos.

<sup>120</sup> Nuestra visión en este punto matiza la idea constructivista de las disputas por las definiciones del desempleo (Serrano y Martín, 2014; Fernández Rodríguez y Serrano, 2014), que hasta cierto punto compartimos.



**Cuadro 5. Límites estructurales de las disputas por la definición del paro**

Diferentes grupos se van moviendo en los borrosos *márgenes* entre ser trabajador, ser parado y ser inactivo. Por ejemplo, los discapacitados no serán parados mientras no sean primero trabajadores, o lo que es lo mismo, mientras no haya alguien que pague por su tiempo. En ese sentido, no es que no puedan trabajar porque son discapacitados, sino que son definidos como discapacitados porque no pueden trabajar<sup>121</sup>; es decir, sus capacidades no se ajustan a los puestos de trabajo al nivel que marca la competencia por el trabajo en un sector concreto. Del mismo modo, no serán paradas aquellas personas dedicadas a actividades que, si bien producen riqueza social, no son mercantilizables o aún no han sido mercantilizadas, como es el caso de muchas de las actividades domésticas y de cuidados; por tanto no podrán ser “paradas”, o en su caso, no accederán al derecho a la prestación -como es el caso del actual Régimen de Empleo de Hogar en España. Por último, no podrán llegar a ser parados quienes no sean reconocidos como ciudadanos -por ejemplo, en el caso de extranjeros sin permiso de trabajo-, ya que su actividad no es reconocida por el Estado, aunque muchos empleadores, de facto, les compren su tiempo, e incluso aunque tal tiempo no reconocido cumpla una función central dentro de un determinado modelo productivo, como de hecho ha sido el caso español en las últimas décadas (Romero, 2010).

En resumen, la definición del paro está condicionada por tener la posibilidad efectiva de ser trabajador y ser ciudadano. Ningún “inactivo” puede estar en paro. Ni ningún no-ciudadano puede ser reconocido por el Estado como parado.

**1.6. Resumen**

Al inicio, nos preguntábamos cómo era posible que los parados vivieran su tiempo como escasez siendo objetivamente abundante, y a su vez, cómo esta abundancia de minutos se daba en el contexto de una escasez de tiempo general. Y dijimos que la categoría del tiempo superfluo nos es útil porque da cuenta de nuestra paradoja: tanto de la experiencia de ser superfluo -*la escasez subjetiva dentro de la abundancia objetiva*-, como de la posición del tiempo de desempleo dentro de una forma polarizada de la división social del tiempo -*la abundancia objetiva dentro de la escasez objetiva y subjetiva*.

Por un lado, hemos abordado la constitución de una escasez general de tiempo subjetiva y objetiva a través de la descripción histórica de la expropiación del tiempo, y de su

<sup>121</sup> En este sentido, puede comprenderse la política de ayudas a las empresas que convierten discapacitados parados en trabajadores, así como la crítica del *capacitismo* que en los últimos años cada vez tiene más presencia producto de las luchas en torno a la *diversidad funcional*, la vida independiente y la autonomía. Desde nuestro enfoque, la causa del capacitismo estaría principalmente relacionada con la forma abstracta del trabajo, y no simplemente con la valoración subjetiva de ideas, prejuicios, o actitudes “discriminatorias” [5.1]. Para un reciente análisis sobre la relación entre discapacidad y trabajo en España, véase IOE (2012).

conceptualización como mercantilización del tiempo asociada al trabajar por trabajar. Esto sólo fue posible históricamente una vez que el suceder de los acontecimientos se racionalizó de un modo general, por efecto de una competencia abstracta sistemática que dejó de responder a motivos directamente sociales para responder a sí misma. Así, los países, grupos y sujetos deben adaptarse constantemente a una dinámica incontrolada y sin fin: no es teleológica sino tautológica, y en ella el trabajo es medio y fin al mismo tiempo. El tiempo de trabajo como negatividad, como un tiempo que “no se tiene”, se relaciona con esta inversión histórica, que queda oculta con el olvido del tiempo que se consolida definitivamente con el keynesianismo y con la asunción generalizada de la venta del tiempo de vida como venta voluntaria.

Por otro lado, hemos dado cuenta de la relación de la abundancia objetiva de minutos de los parados dentro de la escasez general, a partir de las virtudes explicativas de la categoría de tiempo superfluo, que explica por qué se producen periódicamente masas de personas, grupos, regiones y países innecesarios desde el punto de vista de la producción de valor. Al explicar teóricamente el motivo estructural de los vaivenes que generan una creciente desproporción entre el valor y la riqueza -y su desarrollo histórico como composición orgánica del capital-, hemos fundamentado por qué la división social del tiempo es intrínsecamente dinámica, conflictiva y polarizada, ya que el constante ahorro de tiempo de trabajo remunerado se da paralelamente a la reconstitución de la necesidad sistémica de trabajo. De este modo, hemos señalado que la producción de tiempo superfluo, y el desempleo como su forma institucional principal en los países occidentales, no es un “error” técnico sino un factor dinamizador clave de la división social del tiempo en su conjunto, al estar estructurado por, y ser estructurante de, el tiempo de trabajo, el tiempo de cuidados, y el tiempo disponible, como será nuestro objetivo mostrar empíricamente en la segunda parte de nuestra investigación.

Por último, la escasez subjetiva del tiempo de los parados, puede explicarse como una expresión más extrema de la escasez subjetiva de tiempo en general. Una vez que el trabajo se ha constituido en tiempo pivote, los trabajadores deben ajustarse a las nuevas normas temporales a través de la actualización de sus disposiciones temporales para el trabajo. Esta formación de un *habitus* temporal es intrínsecamente ambivalente, porque el trabajador históricamente ha sido obligado a trabajar por el proceso histórico de expropiación del tiempo, pero esta expropiación se empieza a presentar como venta voluntaria: la coacción temporal externa se interioriza como autoacción. La voluntad de trabajar da acceso al salario, al reconocimiento social y a las rutinas cotidianas que ajustan el tiempo de vida a las normas sociales. Como la situación de desempleo se produce históricamente una vez que el trabajador se ha constituido a partir de la afirmación

positiva del trabajo, cuando las disposiciones temporales no pueden actualizarse por la situación de desempleo, el trabajador se va desvinculando de las normas temporales, del salario y del reconocimiento social, lo que produce progresivamente la experiencia de superfluidad. Así puede entenderse la tendencia a “perder el tiempo” que aparece como individual, cuando en realidad es el resultado de un proceso histórico de expropiación del tiempo que no se puede revertir individualmente ni afirmando el trabajo, ya que el tiempo de trabajo es la causa de la experiencia de superfluidad, y no su solución. Por ello, en el desempleo el tiempo tiende a ser superfluo, como una expresión más extrema de la creciente coacción temporal general que impide un uso positivo del tiempo.

Después de llegar al concepto de tiempo superfluo y señalar sus críticas, hemos propuesto una definición general del paro y de parado, como categorías históricamente específicas y dinámicas que surgen a finales del siglo XIX. Hemos definido el paro como una *categoría burocrática inventada para la gestión productiva del tiempo superfluo*, y a los parados como aquellos *sujetos a los que institucionalmente se les asigna la condición de portadores materiales de tiempo superfluo a tiempo completo*. De esta manera, hemos articulado el concepto de tiempo superfluo expuesto en el primer capítulo con una concepción sociohistórica del desempleo. Tras criticar algunas formas de definición del paro, hemos argumentado por qué nuestra definición puede ser útil para articular el nivel sistémico, el estatal y el de las prácticas.

A través de esta idea, hemos hecho un resumen de cómo nuestra definición podría servir para leer las transformaciones históricas de los dispositivos de representación y gestión del paro, desde la desocupación al desempleo, y desde el Estado Social keynesiano a la gestión neoliberal que caracteriza las décadas más recientes. De esa manera, hemos hecho un breve análisis de las mediaciones institucionales para evidenciar que el desempleo no puede ser reducido a un fenómeno económico, sino que es un caso que muestra la imbricación compleja de las relaciones entre el Estado y el Mercado. Hemos señalado que, dentro de esa complejidad, los criterios de gestión *productiva* del paro son los que explican las formas de representación del paro, y no al revés; y del mismo modo, la intervención sobre el desempleo no se justifica simplemente por un impulso del Estado para garantizar la cohesión social en general, sino para garantizar la cohesión social por la vía de evitar que el tiempo superfluo del paro se transforme en un tiempo improductivo. Un eje clave en esta gestión productiva de la población desocupada se produce a través del concepto de la *voluntad de trabajar*, y hemos sostenido que sus borrosos límites se terminan definiendo por los criterios discrecionales del Estado para distinguir entre el paro

voluntario e involuntario, es decir, entre quienes consiguen demostrar su deseo positivo de trabajar por trabajar, y quienes no lo consiguen.

Desde el punto de vista del tiempo superfluo, también hemos visto que una visión puramente constructivista del desempleo no puede explicar los límites semánticos de la aplicación de la categoría “paro”: básicamente, aquellos sujetos que no vendan su tiempo con regularidad, no podrán ser definidos como parados porque, previamente, no se han constituido como trabajadores. En general, no podrán ser definidos como parados aquellos sujetos cuyas particularidades no se adapten a todo el conjunto de operaciones requeridas por los criterios abstractos que definan la representación del paro en un contexto determinado.

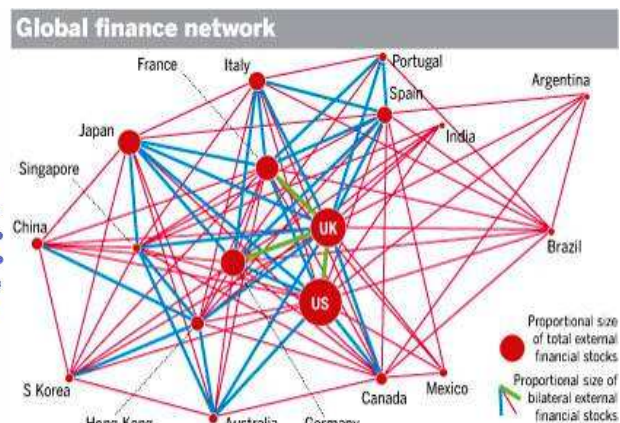
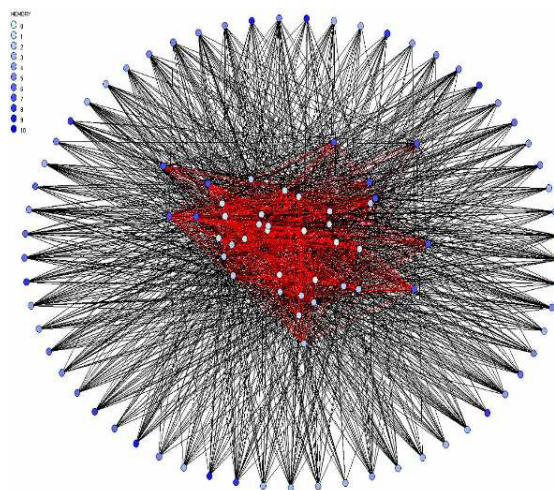
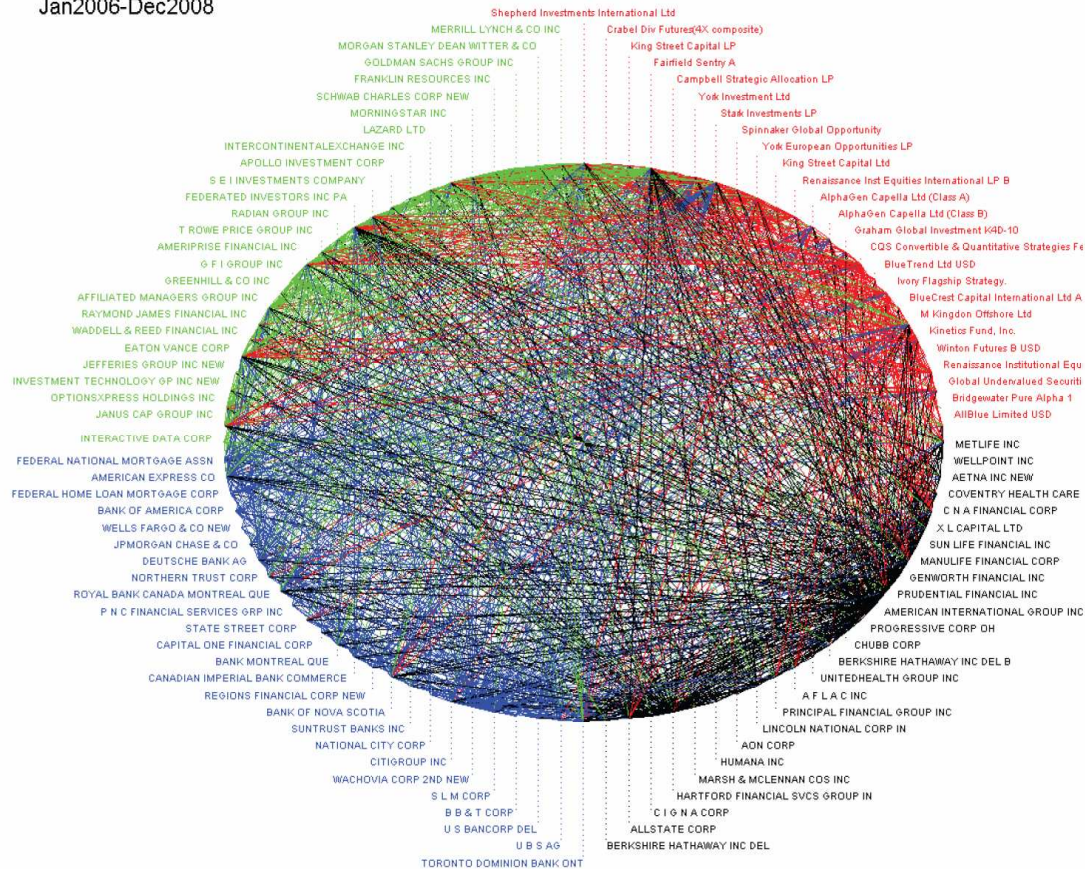
### **Esquema de síntesis capítulo 1. Principales conceptos utilizados**

Paradoja del tiempo escaso, economicismo temporal, escasez de tiempo subjetiva/objetiva, abundancia de tiempo subjetiva/objetiva, solución subjetivista, solución objetivista, negatividad/positividad del tiempo de trabajo, negatividad/positividad del tiempo desocupado, expropiación del tiempo, coacción temporal o dominación abstracta, coacciones externas, autocoacción, tiempo de trabajo formalmente remunerado, tiempo con forma de trabajo, trabajo o relación salarial o venta de tiempo de vida, mercantilización del tiempo, trabajar por trabajar, valor o tiempo de trabajo socialmente necesario, magnitud del valor, riqueza, mercancía, dinero, capital, productividad, dialéctica de la transformación y la reconstitución, estructura temporal, prácticas temporales, disposiciones temporales, experiencia temporal o tiempo vivido, norma temporal, forma temporal, forma sin contenido, tiempo pivote, homogeneidad/heterogeneidad de los tiempos, división del tiempo (sentido sincrónico), trayectoria histórica de la división social del tiempo (tiempo excedente, superfluo, disponible), jerarquización de los tiempos, tiempo abstracto (vacío, homogéneo, del reloj), tiempo concreto, tiempo vivido, composición orgánica del capital, ejército de reserva, pleno empleo, tiempos productivos, tiempos reproductivos, tiempos improductivos, determinaciones del tiempo superfluo del paro (trabajo de competir por el trabajo o trabajo del desempleo, desempleo reproductivo, desempleo improductivo como tiempo superfluo, desempleo improductivo como tiempo disponible), economicismo en el desempleo, sociologismo en el desempleo, biopolítica o gestión de poblaciones, paro, parado, dispositivos de representación del desempleo, dispositivos de gestión/intervención del desempleo, Estado Asistencial, Estado Social, Estado Neoliberal, voluntad de trabajar o deseo de trabajar por trabajar, luchas de clases, luchas de clasificaciones, paro forzoso, paro voluntario/involuntario, paro como desocupación, paro como desempleo, gestión keynesiana del desempleo, gestión neoliberal del desempleo, régimen de desempleo, régimen de sub-protección español, vulnerabilidad/desafiliación, gestión de los márgenes, precariado.



## Imagen 1. La crisis como representación de la interconexión generalizada\*

Jan2006-Dec2008



\* Arriba y abajo a la izquierda: representaciones del *systemic risk*, concepto en auge a partir de la crisis global de 2008. Abajo a la derecha: imagen de la interconexión entre redes financieras y países. Fuentes: Billio et al. (2011: 25), Markose et al (2009: 30) y Haldane (2011).



# CAPÍTULO 2

## El arreglo temporal español

Una interpretación de las temporalidades de la  
crisis en España (2007 – 2013)



[...] la crisis adoptó en esta ocasión un carácter predominantemente financiero. Su desencadenamiento, en mayo de 1866, estuvo señalado por la bancarrota de un gigantesco banco londinense, seguida inmediatamente por la ruina de innumerables sociedades dedicadas a los tejemanejes en el campo de las finanzas. Uno de los grandes ramos industriales londinenses castigados por la catástrofe fue el de la construcción de barcos de hierro. Durante el período de las transacciones fraudulentas, los magnates de este ramo no sólo se habían lanzado a una sobreproducción desmedida, sino que además habían firmado enormes contratos de suministro, especulando con que las fuentes crediticias seguirían manando con la misma abundancia que antes. [...]

«No han ganado nada, señor», dijo la mujer señalando a los niños, «nada en 26 semanas, y todo nuestro dinero se ha ido, todo el dinero que el padre y yo ahorramos en tiempos mejores, con la ilusión de tener una reserva cuando los negocios anduvieran mal. ¡Mire!», gritó casi fuera de sí, mostrándonos una libreta de ahorros con todas las anotaciones regulares de dinero colocado y retirado, de tal manera que pudimos comprobar cómo su pequeño caudal había comenzado con el primer depósito de 5 chelines, cómo había aumentado poco a poco hasta llegar a las £ 20 y cómo se había desinflado de nuevo, pasando de libras a chelines, hasta que la última anotación hacía que la libreta tuviera el mismo valor que un pedazo de papel en blanco. (Marx, 1872: 835-7)

Vi cambiar tanto todo: poblaciones, formas de vida... Ibas al pueblo aquí muy cercano a Madrid, y eran poblaciones muy tranquilas, muy rurales. Y se planificaban cinco mil quinientas viviendas, y te llegaban familias de Madrid para cinco mil viviendas, con un ritmo distinto, con una organización distinta, y cambiaba el pueblo por completo. [...] Todo súper rápido en cinco años. Vi crecer muchas empresas, vi compañeros míos que hicieron empresas, empresas muy buenas crecer mucho y muy rápido, y luego caer. He visto caer tantas empresas en tres años... hasta la nuestra que era una de las más importantes que había. Y la verdad es que me sorprende todo, me sorprende qué velocidad, que ha sido muy vertiginoso, por exceso y por defecto. [...] Lo he visto, he visto cómo se ha ido desmoronando todo. Y no va a volver a haber trabajo, claro. (Precarios)

Hemos sostenido que el fondo del problema del desempleo no puede ser explicado por ningún tipo de motivo técnico, sino por una dinámica específicamente social de *transformación y reconstitución del trabajo*. Dijimos que este concepto trata de captar por qué históricamente la capacidad de producir cada vez más riqueza con cada vez menos tiempo de trabajo no se ha traducido en una menor dependencia del trabajo, sino en una dinámica polarizada y conflictiva que, entre otros procesos, produce cada vez más poblaciones crecientemente dependientes del trabajo asalariado, periódicamente expulsa del trabajo a masas de poblaciones que se convierten en superfluas, intensifica el trabajo y comprime el tiempo social general. En nuestra perspectiva, apuntar al nivel sistémico no significa situarnos en las alturas de “lo macro”, en algún lugar lejano de la vida real “micro”, tal como a veces se plantea esta oposición. Como ya hemos intentado mostrar en la descripción de la expropiación histórica del tiempo, comprender la reconstitución del trabajo en su relación con el desempleo exige no perder de vista su relación transversal con todas las escalas, desde los cambios en las relaciones interestatales, hasta la incorporación de nuevas disposiciones temporales en los sujetos; tanto en la asignación de tiempos a diferentes grupos como en su dimensión experiencial. Aunque evidentemente no es posible profundizar en todas las escalas por igual, una adecuada comprensión del desempleo exige trazar, al menos, un mapa general de la actual dinámica global de producción de trabajadores superfluos. La perspectiva del tiempo superfluo debe reconocer y distinguir diferentes niveles de especificidad, sujetos a diferentes grados de contingencia, y una virtud del enfoque temporal es que permite mostrar esa interrelación entre escalas.

En el nivel más global, la producción de poblaciones superfluas que paradójicamente son crecientemente dependientes del trabajo asalariado, puede ilustrarse mediante algunos datos generales, poco precisos pero elocuentes. Por ejemplo, en un informe del FMI y la OIT (2010: 4) se señalaba que, con la crisis, el número global de desempleados había aumentado hasta los 210 millones, 30 más que en 2007. Según estas estimaciones, el número de trabajadores a nivel global había aumentado de 2.740 a 3.210 millones entre 1999 y 2009, lo que significa que cada año entraban a los mercados laborales globales unos 45 millones de nuevos buscadores de empleo. En este contexto “en los próximos diez años, se necesitarán más de 440 millones de nuevos empleos, para absorber a la fuerza de trabajo que entra, y aún más para revertir el desempleo causado por la crisis” (Ibíd.: 7). Esta tendencia es paralela al crecimiento de la población urbana, que por primera vez en 2007 superó a la población rural a nivel mundial. Ya en 2013, la población urbana supone un 53% frente a un 47% de población rural (Banco Mundial, 2014), datos que apuntan un continuo proceso de producción de trabajadores urbanos que paradójicamente no pueden integrarse al trabajo, como es característico desde los inicios del capitalismo. En este sentido, si

ampliamos la idea del desempleo a la producción global de poblaciones superfluas, en el cambio de milenio Naciones Unidas estimó que unos mil millones de personas vivían en ‘slums’ [chabolas] de zonas urbanas, cantidad que en 2030 se doblaría hasta los dos mil millones (UN-habitat, 2003: 14). Estimaciones más conservadoras, reducen estas cifras en términos absolutos pero apuntan a la misma tendencia: sólo en los países en desarrollo, entre 1990 y 2012 la población en chabolas de zonas urbanas habría pasado de 650 a 862 millones (UN-habitat, 2012: 127)<sup>122</sup>. En el caso español, este proceso se ha expresado en un crecimiento de la población ocupada de doce a veinte millones entre 1994 y 2007, de los cuales seis serán considerados desempleados en 2012, siendo uno de los países más afectados por la crisis global (FMI y OIT, 2010). En otras palabras, estos seis millones de desocupados españoles pueden considerarse como una parte más de la población mundial que busca alguno de los 440 millones de empleos -que aún no se han creado- pero que supuestamente deberían crearse para absorber la fuerza de trabajo global que no tiene trabajo. Y en resumen, estas cifras son sólo una pequeñísima ilustración de la dimensión global de la relación entre la reconstitución del trabajo y la producción de tiempo superfluo.

Los cambios en la producción y asignación global de tiempo superfluo se traducen en un reordenamiento mundial general, que ha sido especialmente intenso tras la crisis de 2008, lo que se expresa de forma particular en cada región en sus diferentes escalas. En este contexto mundial, “la presente crisis puede ser parcialmente interpretada como una manifestación de una radical disyunción en las configuraciones espacio-temporales” (Harvey, 2010: 190). Por ello, con la crisis sistémica de 2008, en la escala más global, la relación de la Unión Europea (UE) y Estados Unidos (EEUU) con las potencias emergentes y el resto del planeta se ha transformado en mayor medida, especialmente porque la crisis financiera ha afectado más a la UE y a EEUU. Además, se asienta cada vez más la idea de un “Sur Global” que se reproduce en las diferentes escalas. Dentro de Europa, la crisis ha supuesto el reposicionamiento de la semiperiferia europea (Ibáñez Rojo y López Calle, 2012b; Méndez, 2012), y la puesta en evidencia de que los países que entraron más tarde en la UE -Grecia, Portugal, España- lo hicieron en condiciones subordinadas. A escala española, en 2013 se reproducen grandes diferencias regionales en las tasas de desempleo -del 15% del País Vasco al 35% de Andalucía, que afectan especialmente a las regiones y ciudades previamente vulnerables por su dependencia de la burbuja inmobiliaria (Méndez, 2013)- así como dentro de las ciudades entre los barrios ricos y pobres: por ejemplo, en la ciudad de Madrid en 2011, la mitad de parados se concentraban en seis de los 21 distritos, mientras que cuatro

---

<sup>122</sup> Además de esta población, podrían contabilizarse como superfluas a las poblaciones encarceladas o buena parte de la población que trabaja en la economía no fiscalizada por los Estados.

distritos no superaban tasas del 8% de paro registrado (Méndez y Prada, 2014). Y por último, si estiramos al máximo nuestro razonamiento, cada sujeto [cap. 5] y cada hogar [cap. 6] deben ser también entendidos como un momento más del reordenamiento espacio-temporal asociado al desempleo.

Desde este gran mapa general, en este capítulo abordamos la escala del ordenamiento espacio-temporal español y sus transformaciones durante el periodo 2007-13. El énfasis en la dimensión temporal de las transformaciones asociadas a la crisis puede ser leída desde diferentes conceptos que subrayan aspectos similares: por ejemplo, como una *crisis de temporalidades* (Hope, 2011), como un cambio en el *régimen de tiempo social* (Dörre, 2011), o como aquí optamos para el análisis del caso español, como una transición del *arreglo espacial* a un nuevo *arreglo temporal* (Jessop, 2000, 2006; Harvey, 2001: 319-44). De este modo, nuestro objetivo en este capítulo es caracterizar los rasgos temporales de la crisis de 2007-13 en España como un *arreglo temporal*. La clave que manejamos para comprender el desempleo en España en este periodo es que, la producción y asignación de tiempo superfluo ha sido una de las “herramientas” centrales para llevar a cabo el arreglo temporal español. Con esa idea, se va a poder interpretar de un modo más específico las formas del tiempo del paro en España y el esquema de análisis que propondremos. Para realizar este objetivo, damos los siguientes pasos: 1) caracterizamos el arreglo espacial anterior a 2007, y describimos las transformaciones del tiempo de trabajo como el pivote sobre el que ha girado el arreglo temporal posterior a 2007; 2) analizamos la relación entre este arreglo temporal y los cambios en las temporalidades objetivas y subjetivas, a partir de la idea de la crisis como una *interrupción* en diferentes niveles que ha sido clave para reordenar el conjunto social.

## 2.1. Del arreglo espacial al arreglo temporal

### *El agotamiento del arreglo espacial español*

Durante las últimas décadas, la inserción de España en el capitalismo mundial no ha estado estructurada principalmente a partir de los criterios clásicos de crecimiento económico – básicamente, la productividad-, sino a partir de un motor de acumulación basado en el endeudamiento, la propiedad de vivienda, el turismo, la construcción y la financiarización de las economías domésticas (López y Rodríguez, 2010). Durante el desarrollismo franquista de los sesenta, las políticas de producción de clases medias asociada a la propiedad de vivienda, y el modelo asociado al turismo, fueron el primer momento en la construcción de este modelo. Más tarde, con la entrada de España en la UE en 1985, se termina de bloquear la posibilidad de un modelo productivo nacional mejor posicionado internacionalmente, en virtud de la especialización de España como un *círculo secundario de acumulación* (Ibíd.: 116-30). Puesto que en términos territoriales no tenía sentido que la industria española compitiera con la centroeuropea, los fondos de cohesión de la UE van a estar condicionados por el desmantelamiento de buena parte de la industria, para destinar esa financiación a la consolidación del *arreglo espacial español* (Ibíd.: 163-9, 317-70), caracterizado básicamente por la inversión en un tipo específico de capital fijo especializado en atraer capitales volátiles -con mucha capacidad de generar movimientos de valor desde la esfera de la circulación- que impulsaran el crecimiento a pesar de los problemas de baja productividad. Los resultados fueron una economía altamente dependiente de la construcción, el crédito y sus sectores asociados, lo que transformó el país de un modo radical en muy poco tiempo. Especialmente en el periodo 1990-2007, las ciudades, y muy especialmente la costa mediterránea, han sufrido alteraciones territoriales inauditas, que pueden rastrearse a partir de la construcción masiva de viviendas, infraestructuras de transporte, autovías, trenes de alta velocidad, aeropuertos, las leyes de suelo, etc. Según López y Rodríguez, se trata del primer caso en el mundo en el cual la política económica de todo un país -y no sólo de una ciudad o región- se coordina en todas sus escalas con el objetivo de generar un modelo de crecimiento basado en el ladrillo y todas sus infraestructuras relacionadas<sup>123</sup>. España, se decía, era la “séptima potencia mundial” (Ibíd.: 322). De esta manera, la mayor parte del crecimiento económico no se explicaba por la productividad en cuanto tal, sino por la capacidad de atraer capitales de la esfera de la circulación,

---

<sup>123</sup> “De esta nueva contradicción, se sigue el intento de construir una nueva funcionalidad temporal para las soluciones espaciales: retardar la rotación de capital a través de grandes cantidades de capital fijo instaladas en el territorio.” (Ibíd.: 116)

caracterizados por perspectivas de inversión muy cortoplacistas y con pocas ataduras para abandonar el país una vez que sus inversiones no fueran rentables.

El arreglo espacial español tenía la enorme particularidad de haber generado un alto crecimiento sin aumentar ni los salarios reales ni la productividad del trabajo, manteniendo un bajo peso relativo del capital productivo y con baja inversión en tecnología, innovación e investigación. Desde el punto de vista keynesiano, todos estos factores son sinónimo de baja demanda, y por tanto, de estancamiento. La clave del “efecto riqueza” consistió en unas particulares políticas de demanda llevadas a cabo desde el Estado –el “keynesianismo de precio de activos” (Ibíd.: 93-7)- basadas en la capacidad de multiplicar el endeudamiento, principalmente mediante la gestión política del suelo, el crédito y el precio de la vivienda<sup>124</sup> -lo cual era presentado como “liberalización” en vez de como intervención del Estado en la economía. Ello fue de la mano, igualmente, de la absorción de un enorme ejército de nuevos trabajadores precarios formados por jóvenes, mujeres, y sobre todo migrantes, a quienes se les pudiera achacar el nivel de desempleo anterior y posterior (Romero, 2010; CEC, 2013: 24).

Es bien conocida la forma de la división del tiempo de trabajo que se ha ajustado al modelo productivo español. Desde finales de los setenta, el “papel estratégico del ilegalismo” (Bilbao, 1993: 61-3) va adaptando paulatinamente la *inseguridad* ilegal pero real en el trabajo a una *flexibilidad* legalizada progresivamente mediante las 52 reformas del mercado laboral llevadas a cabo desde 1980. Como es bien sabido, estas reformas estructuraron un mercado laboral dual que se ha distinguido por sus altos índices de temporalidad -alrededor del 30-35% frente a un 10-15% de la media de la UE-15. En ese contexto, la tasa de paro perdía importancia como indicador de vulnerabilidad social puesto que invisibilizaba la alta frecuencia de entradas y salidas en el paro<sup>125</sup>. Aun así, la tasa de desempleo en su momento más bajo sólo disminuyó hasta

---

<sup>124</sup> Resumimos algunos datos facilitados por López y Rodríguez (2010) y el Barómetro Social de España. El precio de la vivienda creció una media de un 30% anual entre 2002 y 2006. Entre 1997 y 2007, el valor medio de las propiedades de los hogares españoles se había multiplicado por tres gracias a esta subida del precio de la vivienda. La propiedad de vivienda llegó hasta el 87% en 2007: “Entre 1997 y 2005 se compraron y vendieron en España cerca de nueve millones de viviendas, cerca del 40 % del parque total del país” (Ibíd.: 250). Entre 2000 y 2006 España construía tanta vivienda como Alemania, Italia y Reino Unido juntos. Mientras los salarios medios no subieron y los salarios reales descendieron en un 10%, la demanda crecía sin parar gracias a un endeudamiento posibilitada por el peso de la propiedad de la vivienda sobre el patrimonio familiar total: según los datos de la Contabilidad Nacional de España, la deuda de las familias pasó del 62% de la renta disponible en 1995, hasta el 149% en 2007, y manteniéndose por encima del 140% en los años posteriores. En el origen de esta posibilidad de financiarización hay que incluir desde la política de vivienda franquista -que quería transformar un “país de proletarios” en un “país de propietarios”, según la expresión del ministro Arrese en 1957 (Ibíd.: 239)- hasta las operaciones que transforman las hipotecas en complejos productos financieros -derivados, etc.

<sup>125</sup> Véase el análisis de flujos laborales de Montero y Regil (2012: 34), o Cebrián (2012) para el caso específico de las mujeres.

el 8% en 2007, lo que es enormemente alto en comparación con las tasas europeas<sup>126</sup>. En nuestros términos, el tiempo superfluo estaba crecientemente distribuido entre desempleados de larga duración, y una creciente masa de personas fluctuantes entre el paro de corta duración y la precariedad. Esta alta “tasa de rotación” maximizaba la función económicamente productiva del tiempo superfluo generando competitividades distribuidas por todo el mercado de trabajo, e instituyendo normas temporales flexibles en cada vez más población, lo que continúa en la actualidad [5.7]. La volatilidad del capital invertido era la causa del crecimiento rápido y, al mismo tiempo, la causa de la alta volatilidad del empleo y de su baja calidad (Prieto, 2009).

En 2007, comenzará el declive del arreglo espacial español, y con éste, el de buena parte del entramado social, económico, legal y cultural que lo sostenía desde la Transición (Rodríguez, 2015). El estallido de una parte de la burbuja financiera mundial -de unos 600 billones de dólares de derivados financieros, equivalente a diez veces el PIB mundial- desencadena a los pocos meses el fin del ciclo largo de acumulación en España. Lejos de afectar sólo al sector de la construcción, el pinchazo de la burbuja pone de relieve la centralidad del arreglo espacial en la estructura económica del país y la dependencia de España de los mercados financieros globales. Entre 2007 y 2013, masas enteras de población pasan de tener una vida relativamente ordenada por el trabajo a una vida desordenada por el desempleo, afectando al 25% de la población activa, y alcanzando en 2013 el récord de hogares con todos sus miembros activos en paro<sup>127</sup>. Junto con ello, se producen unos 400.000 desahucios en 5 años<sup>128</sup>, mientras había entre cuatro y seis millones de casas vacías<sup>129</sup>. Al mismo tiempo, se dan dos grandes reformas laborales en 2010 y 2012 que derivan en dos huelgas generales -29/09/10 y 14/11/12-, se destapan múltiples casos de corrupción en personajes públicos de primer nivel -patronal, monarquía, gobierno, políticos, etc.-, y se desata la mayor ola de protestas sociales desde el fin de la dictadura franquista. El llamado milagro

<sup>126</sup> En la literatura internacional, es curioso observar expresiones que valoran cifras del 10% de paro como características de situaciones de crisis grave, lo que en España es evaluado prácticamente como cuasi-pleno empleo. Therborn (1986: 16) califica como “masivo” o “desastre” a las tasas que superaron el 10%, en 1982-4 en Reino Unido, Holanda, Bélgica o Canadá. Harvey (2010: 60) habla de “La ‘recesión Reagan’ de 1980-82, cuando el desempleo se elevó a más del 10 por ciento...”. La Gran Recesión del 29, evaluada comúnmente como la crisis más grave de la historia del capitalismo, alcanzó tasas del 25% de paro en Estados Unidos, es decir, similares a las tasas actuales en España. En cualquier caso, como ya dijimos, tomamos estas comparaciones como anecdóticas ya que el significado del paro debe ser evaluado en cada *régimen de empleo* (Prieto, 2010).

<sup>127</sup> 1.832.300 hogares, según la EPA del último trimestre de 2013.

<sup>128</sup> Las cifras varían pues los datos judiciales no son enteramente accesibles. El Barómetro Social de España (BSE, 2012b) ha estimado que han sido 600.000 los hogares perdidos por compra y alquiler en menos de 5 años (entre 2008 y mediados de 2012).

<sup>129</sup> Según los datos del censo de vivienda (INE, 2011) hay tres millones y medio de casas vacías, sin incluir viviendas “secundarias”. Estos datos son conservadores porque no distinguen entre viviendas secundarias destinadas al uso, y viviendas secundarias para la especulación. Por ello, otras estimaciones han hablado de entre cinco y seis millones de casas vacías, o sea, una de cada cinco (El País, 08/01/12).

económico español llegaba a su fin de un modo traumático, y se daba comienzo a un intenso proceso de transformaciones sociales, en cuyo periodo inicial se sitúa el objeto de nuestra investigación y que caracterizamos en sus rasgos generales en el siguiente apartado.

### *Adaptarse a los “nuevos tiempos”, o, el arreglo temporal*

Yo creo que en un mundo tan rápido, tan veloz, donde lo más importante es ir rápido, y hacer las cosas que hay que hacer, pero muy rápidamente [...] pero es que somos todos un poco antiguos, las cosas las dejamos como están de toda la vida, y nos adaptamos muy poco a los nuevos tiempos que están viniendo [...] y hoy en día, con las tecnologías que tenemos en la mano, podemos serlo, pero para eso, entre todos hemos de seguir apretando.

Joan Rosell. Presidente de la CEOE (RNE, 2013: 31-32')

En nuestra lectura, un *arreglo temporal* puede entenderse como un periodo específico de intervenciones económicas, sociales, políticas y culturales orientadas a transformar la regulación temporal de un territorio determinado, de manera que tales intervenciones permitan coordinar más óptimamente la productividad y el crecimiento económico de tal territorio en el marco del proceso global de acumulación de capital. En este sentido, entendemos el periodo 2007-13 como un periodo en el cual los poderes políticos y económicos han respondido al agotamiento del arreglo espacial español –la “crisis”<sup>130</sup>– mediante un arreglo temporal.

El arreglo temporal no sólo interviene sobre el tiempo de trabajo sino que transforma todo el ordenamiento espacio-temporal y sus mediaciones: las leyes, el territorio, los ritmos sociales, las normas temporales, las condiciones de trabajo y vida en general, los tiempos de la reproducción social no remunerados, las relaciones entre esos tiempos y la gestión estatal de los salarios indirectos y diferidos –servicios públicos, prestaciones, etc.–, etc. El cambio que supone el arreglo temporal se expresa, también, en la *superfluidad* de grupos sociales, objetos, máquinas, tecnología, edificios, infraestructuras, paisajes, pueblos, barrios o ciudades<sup>131</sup>, que tras la crisis del arreglo espacial, ya no tienen una funcionalidad específica dentro de la nueva estrategia a corto, medio y largo plazo. O dicho en otras palabras, muchos de los elementos que tenían sentido productivo en el contexto del arreglo espacial, ya no lo tienen dentro del arreglo temporal.

<sup>130</sup> “...la crisis siempre es la de una relación o de un conjunto articulado de relaciones. Cualquiera que sea la relación contemplada, la crisis es el momento en el que la relación se interrumpe (una «ruptura», por ejemplo) o deja de acoplarse a los automatismos anteriores (otro ejemplo: el descenso de la productividad del trabajo en una empresa).” (Salais et al., 1986: 203).

<sup>131</sup> Como ha sido especialmente conocido en el caso de costosas infraestructuras, como el aeropuerto de Castellón, o de construcciones masivas abandonadas, como en la ciudad de Seseña (Toledo).



Dentro de todo el conjunto del arreglo, la división social del tiempo es una dimensión clave en tanto la organización socioeconómica se sostiene materialmente sobre las disposiciones, prácticas y normas temporales de la población, y más específicamente, sobre el tiempo de trabajo, como venimos sosteniendo. Por ello, el arreglo temporal implica “poner en revisión” todos los momentos del tiempo de la vida de las personas. Esta intervención generalizada sobre lo que no funciona óptimamente desde el punto de vista de la funcionalidad temporal, afecta principalmente a aquellas personas y grupos que repentinamente, con la crisis, se han encontrado en una peor posición relativa dentro del nuevo ordenamiento. Muchos de quienes antes tenían alguna utilidad productiva, ya no la tienen, y por tanto, como se suele decir, deben “adaptarse a los nuevos tiempos”. El concepto de arreglo temporal, en definitiva, apunta a una lectura en clave sociotemporal de lo que las instituciones internacionales han presentado en el discurso público como la “necesidad de reformas”, o en una conocida metáfora, como la obligación de “hacer los deberes”, es decir, la transformación de aquellos ejes estratégicos que en el contexto anterior permitían ciertos márgenes de estabilidad social y que ahora aparecen como obstáculos a la productividad y el crecimiento.

Así, aunque los cambios asociados al arreglo temporal español podrían ser descritos en muchas dimensiones, nos interesa aquí cómo el arreglo ha afectado específicamente a la reconstitución del tiempo de trabajo, en tanto que pivote de la división capitalista del tiempo. Por ello, en este punto vamos a mostrar los rasgos más importantes de las transformaciones del tiempo de trabajo, para después, en la segunda parte de esta investigación, apuntar a cómo la producción del desempleo -productivo, reproductivo e improductivo- se ha articulado con el arreglo temporal y los cambios de la división del tiempo. Pasemos a analizar la pertinencia de caracterizar la salida de la crisis como una intervención de tipo predominantemente *temporal*<sup>132</sup>.

Puesto que la mayor parte de la inversión de las décadas anteriores a 2007 se había realizado en un tipo de capital fijo pensado para el arreglo espacial, que ya no se puede -o es muy difícil- amortizar, la posibilidad de posicionar mejor internacionalmente el modelo productivo español requeriría tal nivel de inversiones que, en cualquier caso, sólo podría asumirse en un muy largo plazo. Con tal limitación, no se puede generar crecimiento a corto o medio plazo sin aumentar la productividad, que en vez de recaer sobre una posible -y carísima- inversión en tecnología y en

---

<sup>132</sup> De esta forma, hablamos de arreglo *temporal* tanto en el sentido de intervención sobre el tiempo, como en el sentido de que todo arreglo es provisional -lo que en inglés se distingue como ‘temporal’ y ‘temporary’-, al desplazar hacia el futuro los conflictos que el sistema no puede resolver en el presente. Además, como ha señalado Jessop (2006), en rigor nunca está perfectamente clara la distinción entre un arreglo espacial y uno temporal, ya que toda transformación temporal implica una transformación espacial y viceversa.

sectores de alto valor añadido, recae sobre el tiempo de trabajo directo –en términos marxistas, en la producción de plusvalor absoluto. Con las características del actual modelo productivo, una buena parte de la fuerza de trabajo de mayor cualificación no puede ser absorbida, de modo que tiende a emigrar o a subcualificarse, y las inversiones estatales en educación de las últimas décadas no se pueden rentabilizar por la devaluación general de las titulaciones [5.5]. En consecuencia, y como hemos visto en los últimos años, una de las vías más factibles para generar crecimiento a corto plazo conlleva conseguir un aumento de la competitividad basado en una intervención que pivota sobre la transformación del tiempo de trabajo, mediante procesos tales como la producción de desempleo masivo, la intensificación del trabajo, la disponibilidad máxima de la fuerza de trabajo, la reducción de los salarios directos y reales, etc.

De este modo, para el periodo 2007-13, señalamos los efectos del arreglo temporal en la forma de reconstitución del tiempo de trabajo en España, a partir de cinco indicadores: 1) la magnitud del tiempo superfluo producido; 2) el aumento de la productividad del trabajo; 3) la particularidad del arreglo temporal español respecto a Europa; 4) la intensificación del tiempo de trabajo; 5) la disminución del precio del tiempo de trabajo –los salarios directos y reales- y de los salarios indirectos<sup>133</sup>.

En primer lugar, representamos la magnitud del tiempo superfluo producido por el arreglo temporal en la siguiente tabla:

**Tabla 1. Cambios en el tiempo de trabajo en España (1994, 2000, 2007, 2013)\***

	<b>Horas totales trabajadas (millones)</b>	<b>Horas anuales por ocupado</b>	<b>Productividad del trabajo **</b>	<b>Número de ocupados</b>
<b>1994</b>	23.079	1.733	41	13.318.000
<b>2000</b>	28.401	1.731	42	16.412.000
<b>2007</b>	<b>34.343</b>	1.658	<b>44</b>	20.579.900
<b>2013</b>	<b>28.779</b>	1.669	<b>50</b>	17.139.000

Fuente: Total Economy Database. (Adaptado y ampliado de Álvarez et al., 2014: 70)

\* Se toman los años de referencia como punto más bajo del periodo (1994), punto medio (2000), punto alto (2007), punto bajo (2013)

\*\* Productividad del trabajo medida en dólares constantes de 2013<sup>134</sup>

<sup>133</sup> Algunos de los datos del arreglo que ofrecemos ya los presentamos en un trabajo sobre “el paro productivo” (Briales y López Calle, 2015).

<sup>134</sup> Lo que aquí presentamos como productividad del trabajo -dólares constantes de 2013 del PIB por hora trabajada- debe distinguirse de la idea de productividad que hemos manejado con Marx -cantidad de riqueza

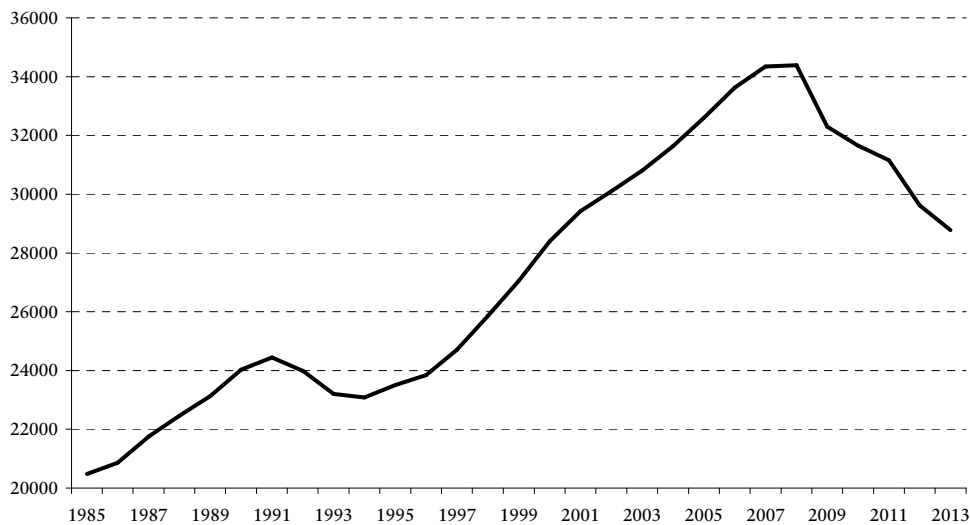
Según estos datos, si el año 2013 iguala el dato del año 2000 en el número de horas totales trabajadas en España -unas 28 mil millones -, en comparación al tope alcanzado en 2007 -unas 34 mil millones -, tenemos que el arreglo temporal ha ido progresivamente ahorrando millones de horas de tiempo de trabajo formalmente remunerado. Si comparamos el último año del arreglo espacial con 2013, el ahorro de tiempo de trabajo ha supuesto que en 2013 se trabajaron cinco mil millones y medio de horas menos que en 2007, lo que en puestos de trabajo de 35 horas semanales equivalen a más de tres millones<sup>135</sup>. Quizás parezca innecesario constatar lo obvio, pero es preciso evidenciar que este ahorro de tiempo de trabajo no ha supuesto ahorro de tiempo de trabajo por ocupado -según estos datos, aumenta en 11 horas anuales por ocupado entre 2007 y 2013- sino ahorro de trabajadores ocupados. Como venimos repitiendo, ese es precisamente el rasgo históricamente particular de la *reconstitución* de la necesidad sistémica de trabajo. La diferencia en número de horas anuales trabajadas entre 2007 y 2013, estimadas como algo más de tres millones de puestos de trabajo a tiempo completo, se acerca a la diferencia entre el momento de más ocupados -3T 2007- y el del fin de 2013, con 3.650.000 ocupados menos. Más tarde veremos cómo esta *asignación* de tiempo superfluo no ha sido un mero fenómeno de mercado sino que ha estado estatalmente regulada [5.3].

En segundo lugar, y como habíamos dicho en el capítulo anterior, la reconstitución del trabajo no se produce en las mismas condiciones temporales a medida que pasa el tiempo. Puede ilustrarse esta idea si se comparan los cambios del periodo 2007-13 dentro del periodo 1985-2013, para ver el sentido de la relación entre el total de horas trabajadas y la productividad por hora trabajada.

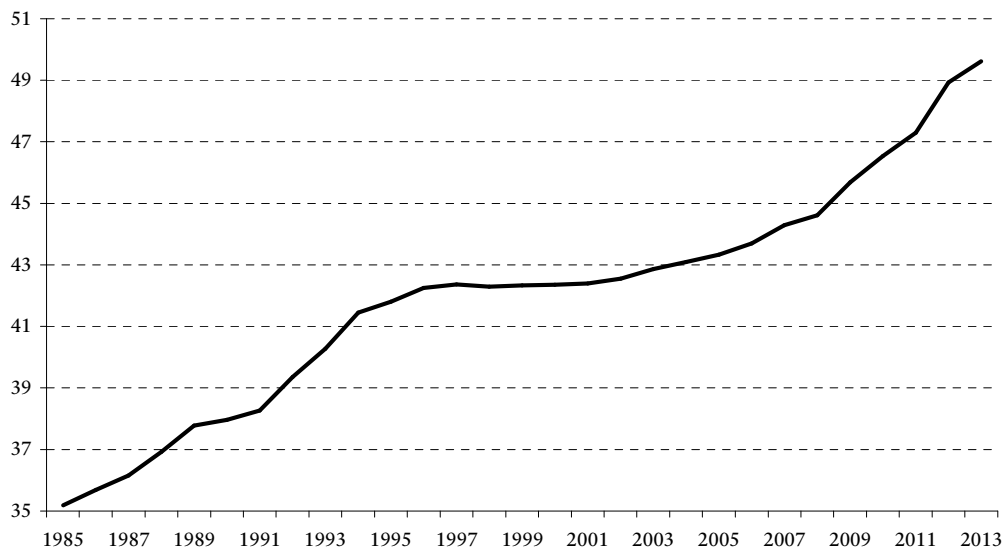
---

material por unidad de tiempo de trabajo. Para una crítica de los usos ambiguos de la categoría de productividad durante la crisis, véase Ferrer (2013).

<sup>135</sup> Obtenemos al comparar el año 2007 con el 2013 una diferencia de 5.564 millones de horas. Ello equivale a unos 3.333.733 puestos de trabajo, cada uno con una media de 1669 horas de trabajo anual de los ocupados en 2013 -unas 35 horas/semana en 48 semanas/año. El número de miles de millones de horas trabajadas en el resto de años ha sido, redondeando, 34.400 (2008), 32.300 (2009), 31.600 (2010), 31.200 (2011) y 29.600 (2012). Los datos que el Total Economy Database utiliza para el número de horas anuales han sido obtenidos de Eurostat, y el resto de otras fuentes oficiales. Como veremos después, si se hacen los cálculos a partir de la EET, las magnitudes resultantes son significativamente superiores. Si multiplicamos el número de ocupados de 2007 y 2013 por el tiempo medio de de trabajo diario de los ocupados según la EET (5:33 en 2003, 5:24 en 2010), tenemos que la diferencia es de 7.909 millones de horas (41.690 menos 33.781) un 19% menos. Como el objetivo de la EET no es medir el tiempo de trabajo, utilizamos la medida oficial que maneja Eurostat, aunque para nuestros fines, no es la magnitud concreta lo que nos interesa, sino la tendencia. Para un análisis exhaustivo de todos las fuentes de información disponibles en España sobre tiempo de trabajo, véase Aragon et al. (2012).

**Cuadro 6. Millones de horas de trabajo formalmente remuneradas en España (1985 - 2013)**

Fuente: Elaboración propia a partir de Total Economy Database

**Cuadro 7. Productividad del trabajo en España (1985-2013)**

Fuente: Elaboración propia a partir de Total Economy Database

Como ya dijimos, las transformaciones cualitativas del tiempo no son medibles porque no se reflejan en la unidad temporal, que permanece invariable en tanto que medida abstracta. Dando esto por supuesto y asumiendo la operación de objetivación que implica la representación del tiempo, desde el generalmente incuestionado supuesto que asume la medida del tiempo abstracto como homogénea, se afirmaría, por ejemplo, que la cantidad de trabajo movilizada en España en los años 2000 y 2013 serían similares, a juzgar por su igual número de horas trabajadas -unos

28.000 millones. Pero puesto que la transformación del tiempo es también cualitativa, ésta puede representarse mediante el cambio en el valor monetario de los bienes y servicios que consigue movilizar cada hora trabajada, expresado en el cambio de una productividad por hora de 42 a 50 dólares constantes. De este modo, vemos que la asignación masiva de tiempo superfluo a partir de 2007 coincide con el despegue de la productividad que permanecía prácticamente estancada desde 1995. De esta forma, entre 2007 y 2013 la productividad crece en seis dólares constantes -de 44 a 50-, lo que significa que en sólo seis años consigue elevarse tanto como en los 18 años anteriores, rompiéndose así de forma rotunda la tendencia del periodo 1995-2006<sup>136</sup>. Este aumento de la productividad, unida a la producción de tiempo superfluo, expresa la transformación del tiempo de trabajo, y además, la reorganización general del tiempo que se ha dinamizado especialmente en los momentos de asignación masiva del tiempo superfluo (1980-5, 1991-4, 2007-13).

En tercer lugar, en la siguiente tabla se puede ver la particularidad del paso del arreglo espacial al arreglo temporal si se compara el caso español con los países europeos. En el caso español, la crisis tiene efectos diferenciales al darse una relación inversa entre el crecimiento económico y la productividad del trabajo, al contrario que en la media de Europa, donde la disminución de la productividad está asociada a la disminución del crecimiento. Esta particularidad del arreglo temporal se relaciona con el crecimiento del total de horas anuales, que antes de la crisis era cuatro veces mayor que en el resto de Europa -3,5% frente a 0,9%-, mientras que después de la crisis disminuirá cinco veces más rápido -0,4% frente a 2,1%.

**Tabla 2. Diferencias España-Europa en crecimiento (1997-2006, 2007-2012)**

	Crecimiento de la productividad del trabajo (PIB/hora, media anual, en %)		Crecimiento real del PIB (media anual, en %)		Crecimiento del total de horas (media anual, en %)	
	<i>España</i>	<i>Europa*</i>	<i>España</i>	<i>Europa</i>	<i>España</i>	<i>Europa</i>
<b>1997-2006</b>	<i>0,3</i>	1,4	<i>3,8</i>	2,3	<i>3,5</i>	0,9
<b>2007-2012</b>	<i>1,9</i>	0,6	<i>-0,2</i>	0,3	<i>-2,1</i>	-0,4

Fuente: Total Economy Database (2014: 6-8)

\*Datos de Europa correspondientes a 17 países

<sup>136</sup> Según los datos del Total Economy Database, la productividad por hora trabajada en España estaba en 1989 en 38 dólares, seis dólares menos que en 2007 y 2008, y doce menos que en 2013. La interpretación de esta subida de productividad, además de por la intensificación y abaratamiento de los salarios, se explica en parte por la caída de sectores con baja productividad –construcción, servicios, etc.–, que al disminuir su actividad con el agotamiento de arreglo espacial, elevan por un efecto estadístico el dato de productividad.

De este modo, si las desventajas comparativas del modelo productivo español respecto a Europa, podían suponer un lastre para el crecimiento de la productividad, con el arreglo temporal se ha conseguido realizar lo que en otros países es difícilmente realizable: en un periodo de recesión se ha producido una mejora de la productividad, y no un empeoramiento. Este análisis cuestiona, también, la repetida idea de nuestra endémica baja productividad, explicada a menudo aludiendo a motivos culturales<sup>137</sup>.

En cuarto lugar, el arreglo temporal se ha basado en la intensificación del trabajo. El concepto de intensificación se refiere a los rasgos cualitativos del tiempo de trabajo que no se reflejan en la unidad temporal abstracta. En ese sentido, la sociología del trabajo ha argumentado repetidamente, por ejemplo, que “se puede estar más cansado por cuatro horas de trabajo intenso, que por ocho de trabajo ligero” (Castillo y López Calle, 2011: 372). Así, en nuestro marco, las medidas de percepción subjetiva de la intensidad nos hablan principalmente del efecto de contraste que el sujeto valora por el desajuste entre sus disposiciones temporales y las nuevas normas temporales. Dicho esto, primero, hay que señalar que la intensificación del trabajo no ha crecido sólo desde la crisis sino que su aumento constante es típico del modelo productivo español (Pinilla, 2004) –lo que se deriva de la ya señalada baja capacidad productiva del arreglo espacial. En el periodo de crisis, según el análisis de la Encuesta de Condiciones de Trabajo (Pérez Zapata, 2014: 432-5), la comparación de los indicadores entre 2006 y 2011 sugiere que el tipo de intensificación ha sido más *intensiva* que *extensiva*, es decir, más basada en el aumento de la carga de trabajo o esfuerzo por unidad de tiempo, que en el aumento de la duración de las jornadas o las horas extras<sup>138</sup>, lo que incide en la idea de la compresión del tiempo social. Según ese análisis, la percepción de intensificación se ha dado especialmente en mujeres jóvenes, en puestos de cualificaciones medias y altas, y en el sector servicios.

---

<sup>137</sup> En términos comparados, con los datos del Total Economy Database, entre 2007 y 2013, España pasó de ser el 20º país del mundo con una mayor productividad –siguiendo el mismo dato de PIB/hora medido en EK\$ de 2013– a ser el 15º. En 2007, el dato de productividad era prácticamente similar al de Italia, y muy por encima de Japón, Grecia o Israel. En 2013, España supera ampliamente a Italia y se iguala con Finlandia, Canadá, Suiza o Reino Unido. Más adelante, tratamos el tema de la explicación culturalista de nuestra supuesta baja productividad [2.2, 7.8.2].

<sup>138</sup> Según la EPA, no ha habido un aumento en términos absolutos de las horas no pagadas respecto al inicio de la crisis, sino sobre todo una fuerte disminución de las horas extra pagadas, lo que apoya la idea de que la intensificación ha tenido una forma más intensiva que extensiva. Según los datos de la EPA, si en 2008 unos dos tercios de las horas extras se pagaban y un tercio no, en 2010 se tiende a igualar el porcentaje entre horas pagadas y no pagadas, y a partir de 2012 la cantidad de horas extras no pagadas supera a las pagadas. De media, anualmente esto puede estimarse en unas 143 millones de horas no pagadas –estimando una media semanal aproximada de 2.750.000 horas extras no pagadas. Todo ello, dando por supuesto que la EPA es un instrumento fiable para la medición de las horas extras, lo cual es dudoso, ya que una encuesta telefónica no parece el método que más se ajusta a esta medición.

**Cuadro 8. Aumenta el desempleo mientras se intensifica el trabajo**

Otro indicador indirecto de la intensificación del trabajo son los índices de accidentalidad laboral, que reflejan la precarización de las condiciones de trabajo. Después de una larga trayectoria descendente, precisamente es el año 2013 el primero en el que se revierten, y vuelven a aumentar, los índices de incidencia de accidentes, tanto aquellos que provocan baja laboral como los mortales. Este cambio de tendencia se confirma con los datos de 2014<sup>139</sup>, y resulta aún más significativo si se tiene en cuenta que: por ejemplo, el sector con mayor accidentalidad –el de la construcción– ha perdido un enorme peso relativo; o también, la nueva penalización legal de la enfermedad que se ha generado con la reforma laboral de 2012, que según el presidente de la patronal, ha hecho disminuir el “absentismo” a la mitad –o doblar el *presentismo*–, a pesar de la previsible tendencia de los trabajadores a ocultar su estado para evitar un posible despido<sup>140</sup>.

En quinto lugar, el arreglo temporal de 2007-13 se relaciona con la disminución del precio del tiempo de trabajo –los salarios–, lo que en términos de Marx, alude al constante ajuste entre el precio y la disminución del valor de la fuerza de trabajo –el tiempo de trabajo objetivado en los bienes de consumo para la reproducción de la fuerza de trabajo, que tiende a decrecer a medida que aumenta la productividad. En este sentido, la regulación de los salarios debe ser también abordada como una regulación temporal, pues afecta directamente a la cantidad y cualidad del tiempo dependiente del trabajo, al tiempo del desempleo y al conjunto de los tiempos sociales. En términos generales, disminuir la capacidad general de consumo de la fuerza de trabajo, junto con la reducción de servicios públicos, aumenta la dependencia relativa del salario, así como obliga a resolver las necesidades de cuidados en el ámbito privado [cap. 6]. Por tanto, la regulación de los salarios en este periodo también ha sido clave en la forma del arreglo temporal y en la reconstitución del trabajo.

Según los indicadores recopilados por el Barómetro Social de España (BSE)<sup>141</sup>, esta regulación se ha caracterizado principalmente por: a) en los salarios directos, ha disminuido

<sup>139</sup> La tendencia descendente desde 2006 en datos de accidentes por cien mil trabajadores, se revierte entre 2012 y 2013, momento en que se pasa de 2949 a 3009 accidentes por cada cien mil trabajadores, aumento debido principalmente al sector agrario y al sector servicios. En los últimos datos que hemos recogido, entre 2013 y enero-octubre de 2014, habría aumentado un 3,5% la incidencia de accidentalidad. –nos referimos a este periodo porque según el Ministerio de Empleo, los datos sólo son comparables a partir de 2006.

<sup>140</sup> “El absentismo desde el momento álgido de la crisis hasta la fecha, pues ha bajado prácticamente a la mitad en España, y eso es muy importante, eso es una rebaja de costes muy importante.” (RNE, 2013: 45’). En la Reforma Laboral de 2012, uno de los cambios en la regulación de las causas del despido pasaba a ser el número de días ausente del puesto de trabajo en determinadas condiciones, por ejemplo, en casos en que las enfermedades duraran menos de 20 días seguidos. (Real Decreto-ley 3/2012, artículo 18.5)

<sup>141</sup> El Barómetro Social de España, en nuestra opinión, es una de las mejores fuentes de información actualmente disponibles, al recopilar actualizadamente datos de múltiples fuentes oficiales nacionales e internacionales, junto con un trabajo de problematización y visibilización de los déficits metodológicos de algunas de estas fuentes –véanse los apartados “Renta y Empleo” y “Protección Social”.

continuadamente el peso de los salarios en el PIB, así como la proporción de las rentas del trabajo respecto a las rentas del capital; b) siguiendo la crítica a la metodología de la Encuesta de Estructura Salarial (BSE, 2014a) –que, entre otros problemas, realiza el cómputo excluyendo el Régimen agrario y el Régimen de empleo de hogar– en 2012, los trabajadores pobres -que cobran menos del Salario Mínimo Interprofesional- serían un tercio del total, y la mitad cobraría menos de mil euros; además, ha disminuido el salario medio real hasta un mínimo histórico en 2013 - 18.504 euros-, siendo el más bajo de los últimos 22 años en euros constantes (BSE, 2014b)<sup>142</sup>; c) en los salarios indirectos vía servicios públicos, la reducción de la inversión en sanidad y educación comenzó a disminuir en 2009, y hasta 2013, en sanidad el gasto se redujo de un 9,6 a un 9,3% del PIB, y en educación, de un 5% a un 4,4% del PIB. En términos absolutos esto supone grandes disminuciones porque el total del PIB decreció por la recesión; d) a pesar de que, evidentemente, entre 2007 y 2013 el volumen total de gasto en prestaciones por desempleo se ha elevado en términos absolutos al triplicarse el número de parados, en términos relativos los parados que no cobran prestación alguna se han multiplicado por seis -de medio millón a más de tres millones-, lo que significa que se ha pasado de cubrir a tres cuartas partes de la población en paro a menos de la mitad<sup>143</sup>; e) por último, cabe destacar que la congelación de las pensiones debe ser entendida como un ataque al salario indirecto, que sin duda es fundamental para las posibilidades de reproducción de muchos parados y paradas que han sobrevivido gracias a la redistribución ejercida por los pensionistas<sup>144</sup>. Cabe destacar, además, que muchas de estas tendencias no son exclusivas del arreglo temporal, sino que se puede decir, más bien, que han sido aceleradas con éste, como sintéticamente muestran la tendencia desde los setenta al decrecimiento de los costes laborales reales unitarios -la relación entre productividad y salario- (Ibáñez Rojo y López Calle, 2012a: 105). Y en resumen, todas estas transformaciones en la gestión política de la masa salarial y su división pueden ser leídas como una transformación de la relación entre el tiempo de trabajo, su precio y la reproducción social en el contexto del arreglo temporal. Para finalizar nuestro argumento, podemos ilustrar la evidencia de las transformaciones del tiempo de trabajo mediante un extracto de una entrevista al presidente de la patronal española en 2013.

---

<sup>142</sup> Que en 2009 repuntara el salario medio se debe al llamado “efecto composición”, es decir, a la elevación de la media generada por el despido masivo en los sectores con salarios más bajos.

<sup>143</sup> Analizamos más adelante las transformaciones cuantitativas y cualitativas en las prestaciones por desempleo como cambios en la regulación de la relación salarial en general [5.3, 7.3].

<sup>144</sup> Según el BSE (2012), el 28% de los pensionistas cobraban en 2011 una cuantía menor a la pensión mínima de jubilación (665 €/mes). La pensión media de esa franja de población era de 323 €/mes.



**Cuadro 9. “Toda la carne en el asador”**

Desde el punto de vista de los empresarios, la contradicción fundamental entre valor y riqueza aparece con dos caras: por un lado, la dinámica de ahorro de tiempo de trabajo produce desempleo, aumenta la presión sobre los ocupados y reduce su poder de negociación, lo que les permite disminuir costes salariales, aumentar significativamente la productividad del trabajo y por lo tanto aumentar los beneficios individualmente y en el corto plazo; pero por otro lado, globalmente se necesita *reconstituir* nuevamente la necesidad de trabajo, lo cual es el objetivo del arreglo temporal. En el discurso empresarial, esta contradicción aparece con dos caras: un interés implícito en la producción de desempleo que simultáneamente afirma un interés explícito en la creación de empleo. Así, el presidente de la patronal española puede afirmar que “Lo que más me interesa es la creación de empleo” (RNE, 2013: 34'), al tiempo que señala las ventajas del desempleo masivo para los intereses empresariales.

Aquí todo el mundo está cuidando su puesto de trabajo, y los que lo tienen hacen más de lo que deberían hacer técnicamente y teóricamente, porque lo que tienen miedo es a perderlo. También es verdad que hay algunos que no cumplen perfectamente su función, pero la mayoría de los trabajadores de este país en este momento están poniendo toda la carne en el asador. (RNE, 2013: 45')

Aunque podríamos seguir mostrando la transformación del tiempo de trabajo entre 2007 y 2013 con muchos tipos de datos, no hay mejor prueba de la validez de nuestro argumento que la evaluación positiva que la patronal realiza de la posición del trabajo tras la crisis -“los trabajadores de este país están poniendo toda la carne en el asador”. Lógicamente, si en 2013 es posible enunciar tal afirmación desde la posición de presidente de la patronal, y romper la tendencia tradicional a afirmar constantemente que el trabajo nunca es suficiente, no hay mejor demostración de que, tras seis años de arreglo temporal, el aumento de la productividad y la intensificación han crecido a un ritmo que ha superado sus mejores expectativas. O en nuestros términos, la transformación de las normas temporales y la reconstitución del tiempo de trabajo, ha sido excepcionalmente intensa, veloz y efectiva, es decir, un éxito en el difícil gobierno del arreglo espacial al arreglo temporal. Siguiendo los propios términos de Rosell, el “miedo” también explicará el éxito del arreglo temporal [5.7].

En resumen, el arreglo temporal español ha permitido en sólo seis años, entre 2007 y 2013: 1) que en 2013 haya cinco mil millones y medio de horas anuales menos de tiempo de trabajo remunerado respecto a 2007, lo que equivale a más de tres millones de puestos de trabajo anuales a tiempo completo, es decir, a tres millones de parados a tiempo completo; 2) un aumento de la productividad equivalente al producido en los 18 años anteriores; 3) una superación de las desventajas comparativas que el arreglo espacial imponía al modelo productivo español hasta 2007; 4) una intensificación del trabajo significativa; 5) una reducción de la participación de los salarios en el PIB, del salario medio real, y de los salarios indirectos en protección social –prestaciones, servicios públicos, etc.

Todos estos datos nos han servido para caracterizar las transformaciones más generales del tiempo de trabajo en España entre 2007 y 2013. La hipótesis de trabajo que

habrá de tenerse en mente es que el arreglo no puede entenderse sin el desempleo ni el desempleo sin el arreglo. Sobre la base de este análisis, en la segunda parte de la investigación profundizaremos en las condiciones del éxito del arreglo temporal a partir de los factores propiamente externos a la organización del trabajo. Intentaremos mostrar que el desempleo no es un mero error de política económica sino un factor clave de la dinamización social general que contribuye a explicar el éxito del arreglo temporal, tanto en la dimensión más directamente relacionada con el empleo -crear empleo sin aumentar el volumen total de tiempo de trabajo, gracias a lo que denominamos el trabajo de competir por el trabajo-, como en la dimensión del reordenamiento del tiempo de cuidados -lo que llamaremos, el desempleo reproductivo-, así como en el propio tiempo improductivo. En ese sentido, mostrar la forma en que se ha producido la reconstitución del tiempo del trabajo no implica afirmar la autonomía del tiempo de trabajo, sino sobre todo evidenciar su carácter de *pivote*.

### *El tiempo del paro y la crisis de la división social del tiempo*

En este apartado mostramos cómo puede representarse el efecto del paro masivo en la transformación de la división social del tiempo, para tener así un mapa general que nos permita situar el sentido de las prácticas del tiempo del paro en el marco general del arreglo temporal. Como ya hemos dicho, el desempleo ha sido una “herramienta” clave dentro del arreglo, no sólo por su relación con la transformación del tiempo de trabajo, sino porque ha contribuido a la transformación de *todos* los tiempos sociales en su totalidad.

Para estimar el efecto global que el paro masivo ha tenido entre 2007 y 2013, en primer lugar hemos realizado dos operaciones metodológicas: 1) comparamos el tiempo en un día medio dedicado a las actividades por la población ocupada en 2003 en relación al tiempo dedicado en día medio por la población parada en 2010; 2) con una simple resta entre cada uno de los tiempos, obtenemos la diferencia de tiempo dedicada, en término medio, a cada actividad. Estas dos operaciones aparecen en la siguiente tabla:

**Tabla 3. Diferencias de tiempos en un día medio entre población ocupada y parada (2003-10)**

	Mins/día ocupados 2003	Mins/día parados 2010	Diferencia 2010-2003
<b>Cuidados personales</b>	10:43	11:48	<b>+1:05</b>
<b>TIEMPO DE TRABAJO TOTAL</b>	5:43	0:50	<b>-4:53</b>
Trabajo, búsqueda, etc.	5:33	0:27	-5:06
Estudios	0:10	0:23	+0:13
<b>TIEMPO DE CUIDADOS</b>	2:10	3:53	<b>+1:43</b>
<b>TIEMPO IMPRODUCTIVO</b>	3:59	6:18	<b>+2:19</b>
Varios ocio	2:15	3:13	+0:58
Medios de comunicación	1:44	3:05	+1:21
<b>Trayectos y varios</b>	1:25	1:11	<b>-0:14</b>
<b>TOTAL</b>	24:00	24:00	0:00

Fuente: Elaboración propia a partir de EET/INE (2002/03, 2009/10)

Con estos datos puede verse cómo varían las proporciones de tiempos medios dedicados a cada actividad desde la situación de ocupación en 2007 a la situación de paro en 2013<sup>145</sup>. Pero para captar cuál es la magnitud global de estas variaciones de tiempo hay que ponderar los cambios generales en función de la diferencia entre los usos del tiempo de los 4.205.000 parados más de 2013, que en 2007 contaban como ocupados<sup>146</sup>. Mediante esa operación, podemos obtener una estimación general, expresada en tiempo cuantitativo, para ver en qué magnitud han variado los diferentes tiempos por efecto del desempleo. Además, hemos calculado cuánto significa este aumento en proporción a la jornada activa previa<sup>147</sup>. La tabla siguiente resume el resultado de esta ponderación:

<sup>145</sup> Suponemos que el dato de 2003 es asimilable al dato de 2007 -momento “normal” o sin crisis-, y el dato de 2010 es asimilable a 2013 -momento de crisis.

<sup>146</sup> Esta cifra es la diferencia que hay en la EPA entre las medias anuales de 2013 y 2007.

<sup>147</sup> El aumento respecto a la jornada “activa” previa se ha calculado restando el tiempo de cuidados personales del ocupado medio del total de la jornada (24:00 – 10:43 =13:17)

Tabla 4. Aumento del tiempo total anual entre población ocupada (2007) y parada (2013)

	Millones de horas	%
<b>Cuidados personales</b>	<b>+1.663</b>	<b>+8%</b>
<b>TIEMPO DE TRABAJO TOTAL</b>	<b>-7.495</b>	<b>-37%</b>
Trabajo, búsqueda, etc.	-7.163	-39%
Estudios	332	+2%
<b>TIEMPO DE CUIDADOS</b>	<b>+ 2.635</b>	<b>+13%</b>
<b>TIEMPO IMPRODUCTIVO</b>	<b>+ 3.555</b>	<b>+17%</b>
Varios ocio	+1.483	+7%
Medios de comunicación	+ 2.072	+10%
<b>Trayectos y varios</b>	<b>-358</b>	<b>-2%</b>
<b>TOTAL</b>	<b>0</b>	<b>0%</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de EET/INE (2002/03, 2009/10)

¿Para qué nos sirve esta estimación de los cambios en los millones de horas que se han reorientado del trabajo a otras actividades? En primer lugar, *estas magnitudes expresan que el paro no es sólo una crisis asociada al mercado de trabajo, sino al conjunto de tiempos sociales*, como venimos argumentando. En segundo lugar, sirve para ver hacia qué campos de actividad se orienta el tiempo extra generado por la ausencia de empleo: vemos que la parte fundamental del tiempo total es absorbida por dos actividades: cuidados y televisión. Otra parte muy importante se dedica a cuidados personales –dormir, comidas y aseo. Y como se ve, el tiempo que un parado medio dedica a buscar empleo y a formarse es bajo en relación al resto de tiempos.

Sin embargo, como ya hemos insistido, el significado del tiempo cuantitativo no tiene sentido separadamente del tiempo cualitativo: por ejemplo, hay que ver por qué la búsqueda de trabajo nos aparecerá con mucha intensidad en nuestros datos cualitativos aunque la cantidad representada por la EET no sea particularmente significativa; o por qué el tiempo de la televisión tiene un peso cuantitativo muy grande y después aparece sólo residualmente en los datos cualitativos. De esta manera, veremos en un apartado de cada uno de nuestros capítulos empíricos [4.1, 5.2, 6.2, 7.2, 8.2] cómo se puede interpretar este cambio en las magnitudes globales de los tiempos sociales asociados al desempleo masivo.

Con este mapa en mente, se nos pone sobre la mesa una cuestión aparentemente obvia: ¿qué dinámica hace que miles de millones de horas que estaban en el trabajo, de repente ya no estén? ¿Cómo pueden precisarse más las causas de que el arreglo temporal español haya

eliminado repentinamente millones de empleos, y ello no haya puesto en crisis simplemente “la economía” sino los tiempos sociales generales? Millones de personas han visto sus vidas afectadas por una suerte de *Gran Interrupción*. Es lo que vamos a analizar con categorías temporales en el resto del capítulo.

## 2.2. La *Gran Interrupción*, o, las necesidades de reaceleración del capital

La sociedad hasta que salga de esto, yo creo que, durante muchos años, se va a acordar, y no va a volver a gastar como se gastaba antes. Y eso al fin y al cabo, la economía es lo que te mueve la sociedad. *Si no se mueve el dinero, la sociedad se va a mover poco.* (Jorge)

La explicación individualista presenta el desempleo como consecuencia de las acciones previas a la situación de paro –“han vivido por encima de sus posibilidades”, no se formaron lo suficiente, tenían baja empleabilidad- y de sus no-acciones posteriores al paro –no buscan trabajo, no se forman, no aceptan los salarios que hay, etc. Aunque parezca absurdo, esta explicación tendría que suponer que la crisis global se dio por efecto de la *suma* de las acciones globales simultáneas de muchas personas. Haciendo un ejercicio de imaginación, algo parecido podría haber ocurrido si, pongamos por caso, el 14 de septiembre de 2008 -día anterior a la caída de Lehman Brothers en Estados Unidos- se hubiera producido una huelga mundial. En tal situación hipotética, quizás tendría sentido establecer algún tipo de relación causa-efecto, según la cual la crisis pudiera presentarse como efecto de la suma de las acciones individuales de los huelguistas. Esta situación permitiría, con algo más de sentido, responsabilizar a los trabajadores de la crisis, ya que efectivamente podría argumentarse que “algo hicieron” para provocar la debacle posterior. Estos supuestos son, como vemos, un absurdo, pero las explicaciones más difundidas de la crisis actúan como si algo así hubiera ocurrido.

Si se sigue la sucesión real de los acontecimientos, en vez de montar explicaciones a posteriori para justificar el presente, lo que de hecho ocurrió es que sin que nadie hiciera nada esencialmente diferente en sus prácticas cotidianas, *la crisis “estallaba” repentinamente, y una enorme serie de efectos en cadena se producían de un modo aparentemente cuasi-independiente de la agencia de los sujetos concretos*. En la común metáfora, se trataba de una “tormenta”, algo que parecía más natural que propiamente social. Es sólo a posteriori, una vez que millones de personas han sido expulsadas de sus puestos de trabajo, cuando los efectos de la crisis tratan de presentarse como si fueran los efectos diferidos de las prácticas de los sujetos, como una suerte de

castigo que no es contingente a su supuesta causa, sino que se efectúa después de un intervalo indeterminado de tiempo. Es como si lo que alguien hizo en 1999 se “castigara” en 2010. En este sentido, el contraste entre normalidad y crisis tiene una estructura temporal propia de las situaciones de violencia machista: como suele ocurrir, primero el hombre maltratador dice “te quiero”, y en un momento cualquiera, agrede a la mujer, sin ninguna causa contingente que la agredida pueda manejar. En esta metáfora, significar el desempleo de la crisis como causa de lo que los trabajadores hacían antes de la crisis, es análogo al proceso de significar la agresión a la maltratada como efecto de las acciones de la maltratada previas a la agresión.

Esta metáfora nos sirve para ilustrar la relación intrínseca entre el orden de los acontecimientos sucesivos -las temporalidades sociales objetivas- y la experiencia posterior – las temporalidades vividas. Para entender el tiempo de desempleo en el orden temporal de los acontecimientos, en este apartado buscamos aclarar con mayor precisión conceptual cómo el arreglo temporal se inscribe en una relación compleja de temporalidades. Para comprender, entonces, la desaceleración del movimiento de trabajo asociado al desempleo, debemos comprender las fuentes de la *inercia*<sup>148</sup> del movimiento social general. De esa manera, podrá verse que la desaceleración del trabajo no puede explicarse por la desaceleración de los trabajadores, sino por la *desaceleración del dinero*<sup>149</sup> a la que el movimiento de los trabajadores se supedita -pero que, a pesar de ello, sigue siendo fundamental para el propio movimiento de dinero. Al igual que en el orden lógico en que lo expresaba Jorge, “si el dinero no se mueve, la sociedad se va a mover poco”, intentaremos argumentar, pues, que el “moverse poco” que caracteriza el paro es, pues, más una consecuencia que una causa de la *inercia* que ha hecho aparecer la crisis como una “tormenta” significativamente incontrolable.

---

<sup>148</sup> Rosa (2005: 80-9) distingue cinco tipos de *inercia* para evitar el peligro de subsumir todo el movimiento social dentro en un funcionalismo aceleracionista. En nuestro caso, la inercia que ha llevado a un paro del 25% en España, como estamos viendo, ha sido fundamentalmente incontrolable por las prácticas de los afectados.

<sup>149</sup> Por razones de simplicidad, nos referimos a aceleración y desaceleración de dinero cuando podríamos referirnos, con más precisión, a la aceleración o desaceleración del capital, o igualmente, a la valorización del capital. Debe recordarse que la categoría *dinero* no es sinónima de la categoría *capital* (Marx, 1872: 180-4).

*Si no se mueve el dinero...*

**Tabla 5. Relaciones de proporción aproximada entre el PIB de España y diferentes magnitudes**

<b>2013</b>	
Mercados de derivados	460
PIB Mundial	46
PIB de Estados Unidos	12
Deuda total España: Estado + hogares + empresas**	3,5
Volumen activos Banco Santander	1,25
Total de Euros en circulación	1,05
<b>PIB de España</b>	<b>1***</b>
Deuda pública (2015)	1
Deuda pública (2007)	0,360
Gasto Social	0,260
Ahorro	0,200
Ahorro (2007)	0,100
Total de euros en circulación en España (2009)	0,083
Total de euros en circulación en billetes de 500€ en España (2009)	0,056
Rescate a la banca (2012)	0,040
Inversión Extranjera Directa en España (2007)	0,038
Prestaciones por desempleo	0,036
Pago de intereses Deuda Pública (2015)	0,035
Plan E (2009)	0,026
Inversión Extranjera Directa	0,019

\*Varias fuentes<sup>150</sup>. Datos de 2013, excepto si se especifica otro año.

\*\* No incluye empresas financieras

\*\*\* PIB de España aproximado. 1 billón de euros

Cuando el presidente del gobierno español negó en 2008 que hubiera una crisis, precisó que más bien se debía hablar de una *desaceleración*, lo que en la jerga económica señala un crecimiento menos rápido, pero no una *recesión*. En sentido temporal, tanto la recesión como la desaceleración implican solamente diferencias de grado, pues toda desaceleración de lo que

<sup>150</sup> Las relaciones de proporción se han hecho con un euro equivale a 1,3 dólares. Todos los datos son de Eurostat, excepto: datos de endeudamiento sobre el total del PIB (Baliña y Berges, 2014: 27), datos de flujos financieros obtenidos de Observatorio Metropolitano, datos de inversión extranjera directa de la Secretaría de Estado de Comercio, datos de volumen de mercados financieros, PIB etc. Datos de ahorro de AMECO. Datos de euros en circulación del Banco Central Europeo. Otros datos son de noticias públicas de prensa que pueden buscarse fácilmente.

previamente se aceleraba, cualquier reducción de la velocidad, implica un momento de relativa crisis desde el punto de vista del orden temporal capitalista. En ese sentido, no se puede oponer desaceleración y crisis. La desaceleración, en general, es la desaceleración del movimiento de dinero, que provoca que la sociedad “se va a mover poco” -como afirmaba Jorge-; y si no se “mueve” el dinero tampoco se va a “mover” el trabajo. Sin embargo, no siempre aparece tan claro como lo afirma Jorge. A menudo, parece que son los trabajadores lentos quienes desaceleran la economía. Intentaremos refutar tal idea en este apartado, lo que es fundamental para comprender el significado del tiempo del desempleo.

Cuando se dice “no hay trabajo”, lo que ocurre en la esfera de la circulación de dinero, es que éste no fluye con velocidad suficiente como para movilizar más trabajo. Por ejemplo, en las épocas de bonanza, aumenta la velocidad de circulación y por ello se necesita menos cantidad de dinero dentro de la circulación, no se requiere tanta liquidez, y ello permite invertir más, disminuir el ahorro, aumentar la inversión, el consumo y el endeudamiento -como se ve claramente en los datos de la tabla 5. Como dice Harvey (2010: 41), “La continuidad del flujo en la circulación de capital es muy importante. El proceso no puede ser interrumpido sin provocar pérdidas”. Entonces, son sobre todo las discontinuidades del flujo de dinero las que interrumpen al trabajo, y no el trabajo el que interrumpe el flujo. Sin embargo, en tanto que objeto social, el dinero no se mueve sólo, por lo que su movimiento y sus cambios de velocidad deben ser socialmente explicados.

En general, las personas no percibimos el tiempo de nuestra vida cotidiana como efecto de la velocidad de los movimientos de dinero, sino sobre todo como efecto de nuestra decisión de movernos. Sin embargo, si nos dan más dinero, nos “movemos” más, trabajamos más, consumimos más; y si nadie compra nuestro tiempo de trabajo, no vamos a trabajar, nos “movemos” menos y consumimos menos. Que la compra de nuestro tiempo se realice está determinado por el potencial beneficio de una inversión, y ello depende de diferentes temporalidades -tiempos de trabajo, tiempos económicos, tiempos financieros, tiempos sociales, etc.-, cuyas dinámicas en buena medida nos son ajenas. Con el caso de la compra de vivienda, esta separación aparente de los tiempos se aprecia claramente:

Criar a un hijo en un barrio sucede en un tiempo-espacio radicalmente diferente al tiempo-espacio definido por las operaciones financieras contemporáneas. Como es razonable, la gente busca un espacio seguro personal -un hogar- [...] con un horizonte temporal de veinte años, por ejemplo. Pero para hacerlo tienen que llegar a tener un título de propiedad que se adquiere mediante una hipoteca en un mercado de deuda organizado según una lógica espacio-temporal diferente. (Harvey, 2010: 190)



Acontecimientos de cambios de temporalidad socialmente masivos –como, por ejemplo, pasar de tener un trabajo y una vivienda, a perder repentinamente el trabajo y la vivienda- producen la experiencia de un tiempo aparentemente exterior, ajeno, que irrumpe en la vida cotidiana cuando previamente, en la situación de supuesta normalidad, parecía que cada sujeto individual controlaba sus acciones. Pero tal normalidad, como hemos visto especialmente en el periodo de 2007-13, se ha visto sacudida por la desaceleración del dinero que, mediada por las regulaciones específicas del actual mercado de trabajo, es la que determina estructuralmente qué proporción de población podrá salir de casa para trabajar y qué proporción, por así decirlo, deberá ir a la cola del paro.

#### **Cuadro 10. La prima de riesgo y el desempleo**

Cuando entre 2011 y 2012 la prima de riesgo de España se disparó hasta niveles insostenibles, un proceso que empíricamente sólo se asociaba a las prácticas concretas de pocas personas –los compradores de deuda-, causó efectos en cadena que podían transformar muy rápidamente un país entero. Cuando en junio de 2012 los intereses del bono de deuda española a diez años llegaron al 7,5%, un proceso aparentemente ajeno a las prácticas de los sujetos implicados podía cambiar el curso “normal”, y obligar a que el Estado español tuviera repentinamente obstáculos insalvables para disponer de algún margen en el control de la velocidad del dinero en su territorio, más aún sin el control directo de la política monetaria. Así, la presión de los mercados financieros y su capacidad para desmovilizar el dinero ha sido una de las causas principales del estancamiento y de la consiguiente producción de desempleo. Si se nos permite la metáfora, el poder de “cortar el grifo” de los flujos de dinero, es uno de los poderes más determinantes mientras la reproducción social dependa del acceso al dinero, que a su vez depende del acceso al trabajo para la mayoría de la población. Probablemente, el acontecimiento más visible en que este poder se ha puesto recientemente en evidencia fueron las negociaciones de Grecia con la Troika durante el año 2015.

#### *...la sociedad se va a mover poco*

La mayoría de lecturas críticas con el neoliberalismo comparten la idea de la supeditación del trabajo al dinero. Ello lleva, comúnmente, a proponer la regulación del movimiento de dinero como clave para controlar el movimiento de trabajo, y evitar así el desempleo provocado por los vaivenes en la circulación. En el caso español, como hemos visto, el nivel de empleo es especialmente dependiente de la esfera de la circulación lo que, con razón, lleva a enfatizar el problema de la *financiarización* (Alonso y Fernández, 2012). Sin embargo, en nuestra lectura, la explicación del desempleo no puede reducirse sólo al descontrol neoliberal de la esfera del dinero, sino simultáneamente, y como ya argumentamos, a la productividad. En este sentido,

proponemos ahora una visión del desempleo que muestre la articulación producción-circulación que ata el movimiento del trabajo al movimiento del dinero, y lo hace depender de este último<sup>151</sup>.

Desde este enfoque, desarrollando algunas ideas de Marx<sup>152</sup>, a pesar de que la esfera del trabajo –la economía llamada “real”– y la esfera financiera parezcan tener un funcionamiento relativamente autónomo, en su dinámica ambas esferas están mutuamente encadenadas. Podemos distinguir esas dos esferas, con sus dos velocidades diferenciadas, pero tratando de captar la interrelación que dé cuenta del desempleo: por un lado, la velocidad de la *producción*, cuya velocidad depende básicamente del “coche” que uno conduce en su relación con otros “coches” –siguiendo una metáfora que explicamos más adelante–; y la velocidad de la *circulación*, que es la velocidad en la esfera del consumo, del intercambio en el mercado, de los flujos de dinero, que es “la gasolina” de todo coche. Esta interrelación entre la temporalidad de la producción y de la circulación puede ser metaforizada por el mecanismo de transmisión de velocidad del pistón de un motor. La relación entre la velocidad de una de las esferas no se corresponde con la velocidad de la otra, pero como las crisis empíricamente ponen de relieve, el movimiento real de ambas esferas está necesariamente imbricado<sup>153</sup>. Su correspondencia no es lineal ni constante, tienen múltiples mediaciones, pero están relacionadas por diferentes mecanismos de transmisión de velocidad.

Por ello, aunque analíticamente pueden separarse la esfera de la producción y la de la circulación, no se puede entender el movimiento de la una sin el movimiento de la otra. La producción de tiempo superfluo, que está determinada por la transformación y reconstitución del tiempo de trabajo en la esfera de la producción, en su movimiento real depende de la articulación de los tiempos de la producción y la circulación. Según Postone, ambas esferas no pueden llegar a ningún “equilibrio” precisamente por la dinámica de la esfera de la producción. Y como la propia

---

<sup>151</sup> Como argumentaremos más adelante al analizar el caso del tiempo disponible, si la regulación de la esfera de la circulación no puede limitar sustancialmente el desempleo ni la expansión del tiempo con forma de trabajo, la vía será una progresiva desvinculación de la mediación del trabajo para el acceso a la riqueza [8.1].

<sup>152</sup> Uno de los aspectos más desconocidos de Marx es su uso de categorías temporales para el análisis de la esfera de la circulación, presentes en el libro II de El Capital. David Harvey ha sido uno de los autores que más ha desarrollado este análisis, por ejemplo, en su concepto del tiempo de rotación socialmente necesario, o en su idea de la tensión entre el movimiento y la fijación, etc. Algunas de estas ideas las hemos obtenido también de Postone (2009a: 105) en su crítica a Harvey, que matiza la idea de una *compresión espacio-temporal* general e indiferenciada. A pesar de que en el nivel experiencial, este concepto de Harvey es sin duda acertado, tal proceso no es sólo específico del capitalismo financiero-neoliberal, y borra la distinción analítica entre las dos velocidades que vamos a señalar para insistir en la articulación producción-circulación.

<sup>153</sup> “Así pues el ciclo P . . . P no sólo se presentaría como renovación periódica del capital productivo, sino también como interrupción de su función, del proceso de producción, hasta que se ha dejado atrás el proceso de circulación, en lugar de desarrollarse continuamente, la producción se efectuaría de manera intermitente y sólo se repetiría después de períodos de duración casual, según que las dos fases del proceso de circulación se recorran con mayor rapidez o lentitud.” (Marx, 1885: 119)

categoría de *circulación* expresa, el movimiento del dinero es un movimiento en círculos, es decir, sin direccionalidad ni trayectoria. En este marco, la *interrupción* de la crisis puede ser representada en el siguiente esquema de la relación de temporalidades:

**Esquema 2. La crisis como interrupción de la producción-circulación**



Fuente: Elaboración propia a partir de conceptos de Marx (1872, 1885), Postone (1993, 2009a) y Harvey (2010)

\* M (mercancía), D (dinero)

En primer lugar, la temporalidad de la esfera de la producción puede ser metaforizada mediante la diferencia entre una bicicleta y un coche. Si uno va en bicicleta su sensación subjetiva de velocidad está directamente relacionada con la propulsión de sus piernas, lo que genera fatiga y cansancio según cómo sean las otras bicicletas con las que se compita, las cuestas, las bajadas, la experiencia del ciclista en un tipo de terreno, etc. Sin embargo, los sujetos que van en coche objetivamente más rápido tienen una sensación relativa de menor velocidad, y como sabe cualquier conductor, es menor a medida que mejora la calidad del coche, ya que ligeras pisadas del acelerador aumentan mucho la velocidad. A nivel de una determinada persona, empresa, sector, o país, la metáfora es válida. El aumento de la productividad del trabajo, medida en cantidad de productos por unidad de tiempo, no depende tanto de la intensidad del trabajo –el movimiento de las piernas– sino básicamente del coche que se conduce –la capacidad tecnológica. En comparación con los países centroeuropeos, España corre en bicicleta en términos de su capacidad productiva, por lo que los aumentos de velocidad requieren más movimientos de piernas que aumentan la sensación subjetiva de intensidad sin aumentar tanto la productividad

como cabría esperar. Para aumentar la productividad, la presión relativa que recae sobre el trabajo directo es relativamente mayor y, siguiendo con la metáfora, se depende principalmente de las piernas mientras no se invierta en una capacidad tecnológica que pueda competir mejor. Cuando el movimiento de la economía de un país se presenta como si dependiera básicamente del trabajo directo, las desventajas comparativas de España aparecen como un problema *cultural* del trabajador español, de su baja disposición a trabajar, de su lentitud, etc. Por ello, el análisis de esta esfera nos permitirá entender cómo, cualquier persona, grupo, empresa, sector o país, por muy rápido y eficaz que sea en un determinado momento, más tarde podrá ser potencialmente lento. Teniendo en cuenta estos efectos fetichistas de la relación entre el trabajo, la intensidad y la productividad<sup>154</sup>, podremos analizar y criticar, una importante dimensión de la percepción del tiempo del desempleo, común en las discusiones sobre si en España se trabaja más o menos que en los países del norte, por ejemplo [7.8.2].

#### **Cuadro 11. “Somos todos un poco antiguos”**

La percepción de lentitud aparece paradójicamente a pesar de que todo el mundo comparte que “el mundo va cada vez más rápido”. Quien es rápido hoy, puede ser que mañana se convierta en lento. Si es productivo hoy, puede ser que mañana sea improductivo. O como afirmaba Rosell, “nos adaptamos muy poco a los nuevos tiempos”, y esos nuevos tiempos siempre nos hacen parecer lentos: “somos todos un poco antiguos” y “las cosas las dejamos como están de toda la vida”. Expresiones que no son sino formas actualizadas de la moderna culpabilización de la ociosidad [1.1], y que periódicamente se repiten, especialmente en los momentos de crisis y en sus principales representantes: los parados.

En segundo lugar, en la temporalidad de la esfera de la circulación, en el apartado anterior señalamos la especial dependencia que ha tenido la actividad económica de España de los flujos de capitales con alta volatilidad. En ese contexto, no es tanto la baja intensidad del trabajo la que disminuye la actividad económica, ni tan siquiera la “bicicleta” o el “coche” –el modelo productivo– que un país tenga en la producción. Lo que sobre todo importa es tener la capacidad política<sup>155</sup> de articular “máquinas de crecimiento” (López y Rodríguez, 2010) especializadas en atraer los flujos de capital en sus diversas formas, que faciliten que la esfera de la circulación se

<sup>154</sup> Por ejemplo, el mecanismo del plusvalor *relativo*, implica relaciones complejas entre la temporalidad objetiva y subjetiva. Entendiendo la productividad como productos por unidad de tiempo, pueden ocurrir situaciones muy diversas: que disminuyan las horas de trabajo y aumente la productividad, como ocurrió durante el llamado “pacto” capital-trabajo, o hoy en países como Alemania, que aumente la explotación mientras aumentan los salarios reales, gracias al aumento aún más rápido de la productividad; o como es más típico de la situación en España, que aumente la intensidad del trabajo, y así la sensación subjetiva de carga de trabajo, sin que aumente por ello la productividad. (Marx, 1872: 629 y ss.; Postone, 1993: 368-70)

<sup>155</sup> Por ejemplo, la capacidad del Estado español para proyectar “confianza” y “estabilidad”, y así vender sus bonos de deuda con bajos tipos de interés, o todas las formas de garantizar los beneficios rápidos de una inversión, por ejemplo-, dependen en último término de las “expectativas” de los mercados y el cálculo de los plazos temporales que requieren las inversiones para ser rentables.

mueva más velozmente, transmita su movimiento a la esfera de la producción y/o cree “burbujas” que dinamicen la actividad económica en su conjunto.

Habiendo distinguido estas dos dimensiones, puede verse que, en términos temporales, tanto la crisis mundial como la española pueden caracterizarse como una *interrupción*<sup>156</sup> que aparece por una ruptura en la inercia de la esfera de la circulación. El cambio en esta inercia hace que todo el encadenamiento de elementos que permitían el crecimiento y la productividad anterior, sea el mismo encadenamiento que produce la inercia contraria.

A escala mundial, esta *Gran Interrupción* de 2008 desata interrupciones en cadena en todas las escalas, que hacen emerger la interconexión generalizada que permanecía oculta. La caída de Lehman Brothers en Estados Unidos es solamente el lugar donde emerge primero tal interrupción, pero no es ese lugar específico lo que *causa* la crisis, sino solamente el momento específico de su representación -al igual que la crisis del 73 no fue simplemente una crisis del petróleo ni la del 29 una crisis de las finanzas (MIT, 2015). La crisis se *desencadena*, se *contagia* - en una de las metáforas que más usan los economistas- y comienza entonces su proceso de reencadenarse.

En el caso español, esta gran interrupción en el flujo de dinero fue sucesivamente afectando a los sectores más conectados con la construcción y más dependientes del crédito, para más tarde transmitirse a los más alejados, y terminar así desvelando las densidades diferenciales dentro de los flujos de capitales -tal como se visualizaba en las imágenes del inicio de este capítulo. La interconexión generalizada y los márgenes de autonomía de los diferentes agentes, como ya señalamos, ha afectado a cada posición social según su relación con los nodos de la red de capitales más afectados por la interrupción, que se han ido reposicionando en función de su punto de partida y de las estrategias de intervención político-estatales que han ido dosificando sus efectos. En función de las segmentaciones creadas por las categorías laborales de clasificación y su lugar en el ordenamiento, ello ha permitido hacer que la desaceleración de la circulación repercuta en una socialización de las pérdidas dirigida a las poblaciones y empresas más desprotegidas, es decir, aquellas con menor capacidad de reposicionarse tras los reajustes del conjunto de las posiciones. Veamos un ejemplo muy nítido: durante 2007-13, se cerraron cada día una media de 367 empresas con algún asalariado, de las cuales el 92% tenían entre uno y

---

<sup>156</sup> “El proceso cíclico del capital es interrupción permanente, abandono de una fase, ingreso en la siguiente, dejación de una forma, existencia en otra, cada una de estas fases no sólo trae aparejada la otra, sino que al mismo tiempo la excluye [...] Todo estancamiento de la sucesión desordena la yuxtaposición, toda paralización en una fase provoca una paralización mayor o menor en el ciclo en su conjunto” (Marx, 1885: 119-21)

cinco asalariados. Además, se dieron de baja un millón y medio de empresas sin asalariados. En términos comparativos, en los años del arreglo temporal se dieron diariamente de baja 136 empresas más que en el periodo 2002-07<sup>157</sup>. Como se ve, no son las capacidades individuales ni la categoría de “empresario” las que explican el mejor o peor acople a la crisis [5.6], sino fundamentalmente los efectos de la desaceleración general de dinero en la posición de dependencia dentro de toda esta red. Constatamos así el título de este apartado: es el dinero lo que mueve la sociedad, más que la sociedad la que mueve el dinero.

### Cuadro 12. La interrupción, la deuda y el desempleo

Otro efecto de la desaceleración en la circulación, ha sido el cambio en las cuentas aparentemente solventes del Estado hasta 2007, que tenía un 36% del PIB de Deuda Pública. Tras la interrupción se absorbe buena parte de la deuda financiera que, sumada a la propia, alcanza el 96% del PIB en 2013, y roza la simbólica cifra del 100% en 2015. Mientras, las magnitudes dinerarias mundiales de los movimientos de la circulación se mueven en cifras astronómicas de 600 billones de dólares en un año<sup>158</sup> -es decir, 10 veces el PIB mundial- de los cuales uno corresponde al PIB español -1/600-, lo que demuestra los bajos márgenes de los países para controlar su propia economía. La austeridad de la deuda ha tenido efectos fundamentales en el mantenimiento y profundización del desempleo, al justificar los recortes en las prestaciones por desempleo, la disminución del gasto social, y la bajada de los salarios que imposibilitaban el estímulo de la demanda.

### *Eliminar las potenciales interrupciones relativas*

Así, la Gran Interrupción muestra cómo se materializa la desaceleración del dinero en función de la segmentación de la red de posiciones de poder socioeconómico. Esta red es a menudo desconocida e irrepresentada, y es la propia emergencia de la crisis en la “superficie”, lo que permite que los economistas intenten *re-re-presentar* tal red. Esta re-representación a posteriori intenta mejorar los déficits de los anteriores dispositivos de representación, para garantizar que los principales flujos de dinero no se vuelvan a interrumpir descontroladamente, pues el descontrol podría provocar situaciones de *excepción* que hicieran emerger lo político que se oculta tras la tecnicidad económica. No se trataría tanto de conocer la realidad económica sino de

<sup>157</sup> Según los datos de Movimientos del Directorio Central de Empresas del INE, en el periodo 2008-13 se han dado de baja 804.615 empresas con al menos un asalariado, y 1.482.496 empresas sin asalariados. Eso significa que en esos seis años cerraron de media 367 empresas por día con algún asalariado. En comparación con los seis años anteriores (2002-2007), las bajas de empresas con algún asalariado fue de 528.799, o lo que es lo mismo, 241 empresas al día. En otros datos del Ministerio de Empleo, en diciembre de 2013 había 1.158.336 empresas inscritas en la Seguridad Social, lo que significa unas 247.600 empresas menos que en 2007.

<sup>158</sup> “El comercio computerizado entre centros financieros conectados por flujos de información prácticamente instantáneos ahora mueven mundialmente 600 billones de dólares en derivados en milisegundos.” (Harvey, 2010: 158-9).

construir los dispositivos que permiten asegurar los beneficios y adelantarse a los acontecimientos antes de que se hagan ingobernables<sup>159</sup>.

Como en otras crisis, el arreglo de las interrupciones pasa por intentar acelerar lo que se había desacelerado: por un lado, hay que reactivar simultáneamente la esfera de la circulación - que vuelva el consumo, que vuelva la inversión- y la esfera de la producción -que la gente trabaje más, más tecnología, más productividad. Las llamadas al consumo y a la inversión, especialmente en momentos delicados, son los modos para tratar de hacer “revivir” también la economía llamada “real”<sup>160</sup>. Este proceso de reactivación no es lineal, sino que puede ser visualizado como una serie de “espasmos” (Marx, 1885: 181) que expresan las “rigideces” que, en cualquier lugar del conjunto social, pueden obstaculizar la reacceleración. El arreglo temporal, entonces, debe intervenir en todos aquellos momentos donde sea posible detectar *potenciales interrupciones relativas*, en relación a cualquier tipo de mediación social que obstaculice la coordinación del nuevo régimen de tiempo español: como dijimos, desde las circunstancias geográficas a los ritmos sociales rígidos, desde cualquier norma social, moral o legal hasta la cuantía de las prestaciones por desempleo, etc. En definitiva, debe evitarse cualquier diferencia importante no prevista que pueda ser el origen de alguna potencial interrupción.

Así, la crisis, como momento de transformaciones *más* aceleradas de lo habitual, facilita así una revisión *más* profunda de las normas, que no es tanto un restablecimiento de la normalidad anterior, sino un salto hacia delante. Tras el proceso de reacceleración tras la interrupción, se volverá a producir una nueva “normalidad”, que intentará presentarse como

---

<sup>159</sup> Algunos autores se han referido en este sentido al modo de *predicción* capitalista (Ascher, 2015). Así, la crisis ha producido nuevos dispositivos de representación de los principales nodos financieros, para blindar su riesgo de caída: por ejemplo, se ha asentado el concepto de ‘systemic risk’ (Limn, 2011) y se han hecho más relevantes las categorías “too big to fail” (TBTF) o “too interconnected to fail” (TITF), que clasifican aquellas empresas más centrales dentro de la red mundial de capitales. Para el caso español, el BBVA y el Santander han sido declarados “bancos importantes sistémicamente” -entre 27 bancos del mundo señalados por el *Financial Stability Board*, dependiente del G-20-, es decir, a los que no se va a permitir su quiebra pase lo que pase porque ello generaría “interrupciones” de consecuencias *impredecibles*. Otro caso conocido fue cuando en 2008 el gobierno estadounidense dejó quebrar a Lehman Brothers, pero sin embargo rescató a la aseguradora AIG, con 85.000 millones de dólares. Ello ha generado una gran controversia sobre la “discrecionalidad” de la política económica, lo que pone en serio cuestionamiento el supuesto de la libre competencia, incluso para los neoliberales. Y en resumen, todo ello pone nuevamente en evidencia cómo el dinero no es un medio neutro para garantizar las supuestas equivalencias de valor sino un instrumento político que garantiza el mantenimiento del trabajar por trabajar en general, y en particular, el encadenamiento del futuro a través de todas las prácticas de securitización, medición y control del llamado riesgo sistémico, de las expectativas, las garantías de pago de deudas, la seguridad jurídica, la protección frente a los riesgos de pérdida de liquidez, etc. (Marx, 1872: 115-78; Alonso y Fernández, 2012; Limn, 2011; López y Rodríguez, 2010; Harvey, 2010; Postone, 2012).

<sup>160</sup> Por ejemplo, cuenta Harvey (2010: 41-2) el mismo ejemplo cuando en los días posteriores al 11 de septiembre de 2001 “apareció claro que los flujos tenían que revivir o la economía se vería en un problema profundo. Se hicieron enérgicas llamadas públicas a que toda la gente comprara, viajara, consumiera o volviera al negocio (particularmente en el sector financiero). [...] Mientras que las disrupciones temporales del 9/11 pudieron ser disimuladas, la falta de movimiento a largo plazo presagia una crisis del capitalismo”

desconectada del anterior momento de crisis. Pero como históricamente se repite en el capitalismo, esta nueva normalidad puede ser interpretada como un momento más del proceso de normalización de la expropiación del tiempo. Y más adelante, tal normalidad volverá a ser anormalidad, mientras no haya un cambio de tendencia sustantivo.

La garantía de no-interrupción del tiempo del dinero, sin embargo, parece indomesticable, y parece que no hubiera otra alternativa más que plegarse a los ritmos del dinero mediante el aumento del crecimiento, la productividad y el trabajo. En esta lógica, los tiempos de la vida de las personas son un lugar más donde se pueden dar posibles interrupciones; y los parados son los principales representantes de esta lentitud social superflua que significa un obstáculo a la reactivación de la velocidad social. Esta supeditación de los tiempos de vida de las personas a algo exterior a las propias personas, evidencia que los trabajadores en paro son efectivamente “recursos humanos” dependientes de esta dinámica. Aunque la desaceleración del dinero sea la que desacelera el trabajo, la desaceleración del trabajo se tiende a presentar como causa de la desaceleración del dinero. Pero como cualquier economista afirma, es el crecimiento lo que genera empleo, es la “recuperación económica” la que genera empleo, y no al revés. En realidad, la dinámica contradictoria acelera el trabajo de quienes trabajan mientras desacelera a los que no trabajan, y hace aparecer a los desacelerados como desacelerados por voluntad propia, cuando al mismo tiempo son clave para acelerar aún más a los que trabajan [cap. 5], pues como veremos, la producción de desempleo tendrá un papel clave en la aceleración del movimiento de trabajo en general. Simultáneamente, ello dependerá de la dinamización de todos los tiempos de no-trabajo.

Para finalizar, puede sintetizarse el sentido de esta dinámica atendiendo a la jerga económico-financiera, que se refieren a lo que aquí llamamos las fuentes de interrupción -a lo que también llaman “rigideces”- con la etiqueta del *riesgo país*<sup>161</sup>. Este llamado “riesgo” disminuye a medida que aumenta el ritmo de las transformaciones del ordenamiento espacio-temporal en función de los requerimientos del sujeto abstracto “los mercados” y las instituciones políticas que los representan. Desde ese punto de vista, disminuir el *riesgo país* significa transformar todas las condiciones que hasta el momento permitían ciertos márgenes de seguridad en los proyectos vitales de amplias capas de población. La permanente inestabilidad a la que obligan “los nuevos tiempos” debe entonces garantizar la “confianza” y la “estabilidad” a los inversores, mientras exigen la ausencia de conflictos explícitamente sociales asociados a la implantación del nuevo arreglo temporal. Y si la expansión de la pobreza material y temporal implica conflicto, lógicamente, la única salida posible desde el punto de vista de la gobernabilidad de la crisis

---

<sup>161</sup> Por ejemplo, véase el informe de 2011 de “Bolsas y Mercados Españoles” (BMEX, 2011).



consistirá en una inflación discursiva dirigida a despolitizar, individualizar y privatizar el conflicto. Volviendo a la metáfora con que iniciamos este punto, tales discursos pueden comprenderse como parte de una relación de *maltrato* [8.3]. Los momentos contradictorios de la dinámica temporal que estamos analizando, con sus efectos de distorsión de la percepción, siguen la dinámica de “una de cal y otra de arena”, como dice la expresión popular, o como analizaremos más tarde, como un *efecto bipolar* [7.8.1]. El momento preelectoral de 2015 parece orientarse a un nuevo intento del maltratador para hacer olvidar el pasado: “agradecer” a la población los “grandes sacrificios” que “realmente han merecido la pena” pues “no se puede tirar todo por la borda” ya que “el esfuerzo está dando sus frutos”. Reaparecen las fantasías de que “todo va a volver a ser como antes”, pero también, “esta vez va a ser diferente”. El maltratador “agradece” así por enésima vez a la maltratada cuando ésta vuelve con él y lo perdona.

## 2.3. Resumen

Nuestro objetivo en este capítulo era hacer un mapa de las características temporales del contexto de crisis en España entre 2007 y 2013, para entender ese nivel de la mediación entre la producción global de tiempo superfluo y el tiempo de la vida cotidiana en el paro que vamos a investigar.

### Esquema de síntesis capítulo 2. Relaciones entre la crisis global y el arreglo temporal español

#### → CRISIS DEL CAPITALISMO GLOBAL (Mundo, Europa, España)

- Mundo: Producción global de asalariados que no consiguen integrarse al trabajo (45 millones/año)
- Europa: Transformación de la relación entre ordenamientos espacio-temporales (Centro/periferia)
- **España: ARREGLO TEMPORAL** → Re-ordenamiento temporal tras declive del arreglo espacial
  - Pivote: *Transformación y reconstitución* del tiempo de trabajo en España
    - \* Producción y asignación de tiempo superfluo
    - \* Aumento de la productividad del trabajo
    - \* Intensificación del trabajo
    - \* Reducción del precio del tiempo de trabajo y reducción de salarios indirectos
  - *GRAN INTERRUPCIÓN*: Transformación de temporalidades para reaccelerar el dinero
    - \* Desaceleración y reacceleración del trabajo y la productividad (producción)
    - \* Desaceleración y reacceleración de flujos de dinero (circulación)
      - Apariencia del movimiento de trabajo y dinero como separados
      - Ocultamiento de la dependencia del trabajo del movimiento de dinero
- Transformaciones en la gestión estatal del tiempo superfluo [5.3, 7.3]

El concepto del arreglo temporal nos ha servido para señalar el tipo de transformaciones que se han iniciado en 2007 para adaptar el ordenamiento espacio-temporal español a las nuevas circunstancias internacionales, dentro de las cuales el arreglo espacial de las décadas anteriores había quedado caduco. Puesto que la posición internacional del modelo productivo español hasta 2007 no se había basado en la productividad ni en la inversión en la capacidad tecnológica, una de las principales soluciones a corto plazo ha sido hacer recaer el peso del arreglo temporal sobre el trabajo.

De ese modo, hemos visto que la transformación del tiempo de trabajo ha sido muy fuerte en sólo seis años: en 2013 se ahorraron cinco mil millones y medio de horas anuales respecto a 2007, en seis años ha aumentado la productividad tanto como en los anteriores 18 años, se ha intensificado el trabajo y han disminuido los salarios directos e indirectos. Después, hemos caracterizado algunas relaciones entre las temporalidades objetivas y subjetivas durante la crisis, a partir del análisis de la articulación entre los tiempos de la producción y la circulación, y los efectos de inversión y ocultamiento de la dinámica social que producen. Especialmente, hemos subrayado la falacia que atribuye la falta de movimiento del trabajo a la voluntad de los trabajadores, cuando principalmente es la desaceleración objetiva de los movimientos de dinero la que materializa la expulsión de los trabajadores del trabajo, así como otros cambios en las temporalidades sociales.

Es importante señalar que, tras el análisis realizado, el arreglo temporal español de 2007-13 ha significado un periodo en el que se ha dado una relación funcional con la reconstitución del trabajo a nivel sistémico, lo cual no impide que también haya habido muchos conflictos y contradicciones disfuncionales o afuncionales con tal reconstitución, y lo que no significa que en otros periodos no pueda haber otra tendencia. Y en resumen, con el análisis del arreglo temporal español, nos será posible comprender de manera más específica el sentido del tiempo del paro en nuestra investigación. Así, en nuestra hipótesis, intentaremos mostrar cómo la producción de desempleo, por un lado, ha posibilitado el éxito del arreglo temporal en general y la transformación de la división social del tiempo en particular, y por otro lado, ha generado nuevas condiciones para la transformación del tiempo superfluo en tiempo disponible.



# CAPÍTULO 3

## Representar el tiempo del paro

Una propuesta metodológica

En este capítulo afrontamos el problema de cómo justificar epistemológica y metodológicamente los conceptos hasta aquí elaborados para una investigación empírica situada en el contexto del arreglo temporal español. Nuestro objetivo es plantear un esquema para representar y analizar empíricamente las relaciones generales entre el tiempo superfluo del paro y la división social del tiempo<sup>162</sup>.

Si el sentido de mostrar estas relaciones es dilucidar la paradoja del tiempo escaso, entonces tenemos que evidenciar cómo el tiempo de desempleo se relaciona sistemáticamente con el conjunto de los tiempos sociales de tal manera que pueda verse la dinámica de producción de escasez temporal. Mostrar el carácter indivisible de la relación entre el tiempo del desempleo y la división social del tiempo, requiere analizar cómo se expresa en la realidad concreta la relación entre el paro y el trabajo, entre el paro y los cuidados, y entre el paro y el tiempo “libre”, es decir, entre el paro y la crisis de la totalidad de los tiempos sociales. Deberemos mostrar, entonces, en el contexto material del arreglo temporal español de 2007-13, cómo la transformación de las prácticas del tiempo del paro: 1) se ha orientado a la reconstitución del tiempo de trabajo como pivote del tiempo social y, por ello, ha contribuido al mantenimiento y profundización de la abundancia objetiva y la escasez subjetiva del tiempo de los parados interrelacionada con la escasez temporal objetiva y subjetiva de la sociedad en general; y 2) ha generado nuevas posibilidades para la superación de la paradoja del tiempo escaso. Esto es, pues, lo que tenemos que terminar de fundamentar epistemológica y metodológicamente.

Así, en este capítulo planteamos la estrategia de análisis de la siguiente manera: 1) concretamos las cuatro formas del tiempo del paro que analizaremos; 2) justificamos cómo el concepto de las *formas del tiempo del paro* puede ser empíricamente aplicado –sociologizado– para mostrar las relaciones entre el tiempo superfluo del paro y la crisis de la división social del tiempo; 3) justificamos metodológicamente cómo hemos producido nuestros datos empíricos, y señalamos los principales supuestos que implicará nuestro modo de interpretarlos.

### 3.1. Las formas del tiempo del paro

#### *Cuatro formas*

Según nuestro enfoque teórico, definimos cuatro determinaciones fundamentales del tiempo superfluo del paro [1.3], que lo relacionan con: 1) el tiempo de trabajo; 2) el tiempo reproductivo de cuidados; 3)

---

<sup>162</sup> A pesar de las diferencias conceptuales, en este capítulo –y en la investigación en general– podrá verse que nuestra propuesta de análisis del desempleo está inspirada en muchos sentidos por el planteamiento del *ordenamiento social* de la vida cotidiana propuesto por Prieto (2015), y por el proyecto general dentro del cual esta investigación se ha desarrollado. Muy resumidamente, Prieto plantea que no se puede abordar el trabajo, los cuidados o el tiempo libre de manera aislada, sino en su relación de conjunto, y así, en su relación con el conjunto de los tiempos sociales, planteamos metodológicamente el análisis del paro. Pero a diferencia de Prieto, no nos centramos sólo en el nivel del mundo de la vida cotidiana, sino que complementamos esa dimensión con el nivel histórico-estructural: tiempo superfluo, arreglo temporal, etc. Para una crítica al concepto habermasiano del mundo de la vida, véase Postone (1993: 328-37) o Gorz (1988: 173-80).

el tiempo improductivo superfluo, y; 4) el tiempo improductivo disponible. Si sostenemos que nuestras categorías no deben situarse en ningún polo de las distinciones objetivo/subjetivo, cuantitativo/cualitativo, individual/social, estructura/agencia, hemos de definir las categorías de las formas del tiempo del paro de manera que capten simultáneamente tales relaciones.

Para superar estas dicotomías, definimos cuatro categorías del tiempo del paro que intentarán captar, simultáneamente, las dimensiones cuantitativas y cualitativas, objetivas y subjetivas, individuales y sociales, estructuradas y estructurantes. A partir de las relaciones fundamentales entre el tiempo del paro y la división social del tiempo, definimos cuatro *formas* del tiempo del paro. En primer lugar, el tiempo del paro, en tanto que estructurado por, y estructurante de, el tiempo de trabajo, define una forma del tiempo de desempleo que llamamos el *tiempo del trabajo del paro* o *tiempo de competir por el trabajo*. En segundo lugar, el tiempo del paro, en tanto que estructurado por, y estructurante de, el tiempo de los cuidados no asalariados, define una forma del tiempo de desempleo que llamamos el *tiempo del desempleo reproductivo*. En tercer lugar, el tiempo del paro, en tanto que estructurado por, y estructurante de, el tiempo superfluo, define una forma del tiempo de desempleo que llamamos *desempleo improductivo en tanto que superfluo* o *desempleo improductivo negativo*. En cuarto lugar, el tiempo del paro, en tanto que estructurado por, y estructurante de, el tiempo potencialmente disponible, define la forma del *desempleo improductivo en tanto que disponible*, o, *desempleo improductivo positivo*.

Con estas cuatro formas del tiempo del paro, lo que en un principio habíamos caracterizado como una pregunta paradójica polarizada, ahora se complejiza. Entonces, habrá que ver cómo, cada forma del tiempo del paro se relaciona con las formas de la escasez y/o la abundancia temporal. De este modo, éste sería un primer esquema general de los niveles del análisis que proponemos:

### Esquema 3. Niveles de relación entre la crisis global y el desempleo en España

**CRISIS GLOBAL** → *Reconstitución* sistémica del tiempo de trabajo

- España: *Arreglo temporal* → Re-ordenamiento temporal tras agotamiento del arreglo espacial.

- **Pivote:** Transformación y reconstitución del tiempo de trabajo en España

→ Asignación del tiempo superfluo (1.800.000 → 6.000.000 parados)

- **Desempleo como:** 1) “herramienta” clave del arreglo; 2) nuevas líneas de ruptura

INVESTIGACIÓN: Tiempo de desempleo → Transforma División Social del Tiempo

- El tiempo del trabajo de competir por el trabajo
- El tiempo del desempleo reproductivo
- El tiempo del desempleo improductivo superfluo
- El tiempo del desempleo improductivo disponible

Con esta propuesta, intentamos recoger las contribuciones y superar los límites que señalamos en la investigación del tiempo del paro [0.3, Anexo]:

- 1) Nuestro enfoque contempla tanto la posibilidad de la no-agencia, como la posibilidad potencial de agencia en sus diferentes grados, tanto por dentro de su relación con el trabajo, como por fuera del trabajo.
- 2) Capta tanto la posible negatividad del paro como su potencial positividad.
- 3) El desempleo puede tener la forma temporal del trabajo y operar como trabajo, de modo que no está necesariamente contrapuesto al trabajo, sino intrínsecamente relacionado. Igualmente, puede operar también como no-trabajo, sin que ello implique *per se* la reducción de la actividad en general.
- 4) En tanto que las formas del tiempo del paro son, como toda relación social, relaciones dinámicas, históricas y temporales, intentamos captarlas mediante categorías dinámicas, históricas y temporales. Tratamos de superar, entonces, las conceptualizaciones del trabajo y el desempleo transhistóricas y atemporales.
- 5) Al señalar cuatro formas diferenciadas pero necesariamente relacionadas, como prácticas heterogéneas que pueden estar simultáneamente en un mismo sujeto, se intenta superar la tendencia a homogeneizar y a psicologizar el tiempo del paro, y proveemos de un marco que pueda relacionar las contradicciones en la experiencia subjetiva del paro; de esa manera, al relacionar las formas del paro en su conexión necesaria con el trabajo o los cuidados, tratamos de dar cuenta del carácter borroso del paro en relación al empleo, la precariedad o la –así llamada– inactividad; y de la misma manera, trata de ser sensible a las diferencias de género en el tiempo del paro, sin naturalizarlas.

En resumen, las cuatro formas del tiempo del paro darán lugar a cuatro análisis, y será ya en las conclusiones cuando veremos hasta qué punto ha sido posible superar estas limitaciones, y a qué otros límites nos lleva la aplicación del concepto de tiempo superfluo.

### 3.2. Sociologizar el concepto de forma

La propuesta de aterrizar sociológicamente el marco teórico que propusimos parte del intento de materializar la interpretación de la crítica del trabajo en Marx, que a menudo es vista como excesivamente abstracta para su aplicación en realidades sociales específicas, pues no en vano, tratamos de dar cuenta de los procesos de abstracción social que tienden a naturalizar la paradoja del tiempo

escaso. Esta dificultad es un obstáculo común de los estudios del tiempo en general (Rosa, 2005: 1-3). Desde un enfoque muy similar al nuestro, pero en el contexto de la investigación histórica, es interesante recuperar cómo Sewell se planteaba sus dificultades metodológicas al analizar el proceso de abstracción de las relaciones sociales en el caso de la Revolución Francesa:

Demostrar empíricamente la realidad de estos efectos abstractos del desarrollo capitalista no es una tarea sencilla. Requiere lo que podría llamarse una historia concreta de la abstracción social -sin duda un oxímoron, pero como pretendo demostrar, no una imposibilidad práctica. Los efectos abstractos del desarrollo capitalista fueron, tal como yo lo veo, muy difusos, afectando a todas las relaciones sociales que fueron influenciadas de una manera u otra por la expansión del intercambio de mercancías -es decir, prácticamente todas las relaciones sociales, aunque en diferentes grados y en diferentes maneras. (Sewell, 2014: 16)

¿Cómo podríamos delimitar los fenómenos *concretos* que evidencian la transformación de las formas del tiempo del paro como efecto de la coacción temporal abstracta? Se trataría de rastrear las conexiones entre la coacción abstracta y los “diferentes grados” y “maneras” de transformación de las prácticas de los parados. Habría que mostrar, en su realidad empírica, cómo estas transformaciones no tienen un origen concreto fácilmente delimitable, sino que pueden ser explicadas como efectos de una estructura temporal que presiona de manera creciente a los sujetos concretos, y que éstos *reconstituyen* con sus prácticas cotidianas. Veamos un método -un “camino”- que nos puede ayudar a este fin de manera concreta.

### *El análisis de las transformaciones de las formas como método*

En nuestro primer capítulo nos referimos al tiempo superfluo como *la forma* del tiempo del paro, y ahora lo ampliamos, en plural, a *las formas* del tiempo del paro. Nuestra intención es “sociologizar” este concepto de raigambre filosófica, sacarlo de discusiones metafísicas, y mostrar la utilidad de su operativización empírica en nuestra investigación<sup>163</sup>. En el contexto de la investigación sociológica, la idea de *forma* se asocia al significado de categorías que la sociología utiliza como sinónimos del cambio social: la *transformación*, y la *metamorfosis*. Para mostrar el sentido de nuestro método, lo ponemos en contraste con el utilizado por Robert Castel en su monumental análisis de *Las metamorfosis de la cuestión social*.

La noción de transformación suele darse por sentada en muchas investigaciones empíricas, y a menudo no se define. Pero, ¿cuál es el criterio de lo que cambia, de lo que se transforma? La noción de

<sup>163</sup> Este concepto lo elaboramos siguiendo básicamente la idea de forma en Marx y Postone. No lo tomamos, como quizás podría pensarse, de la obra de Jaques *La forma del tiempo* (Ramos, 1987). Esa obra, a pesar de coincidir nominalmente con nuestra propuesta conceptual, entra en un tipo de discusión con categorías más filosóficas que sociohistóricas, lo que desde el marco que expusimos al inicio, no nos es particularmente útil para esta investigación [Anexo]. Para una interesante discusión del concepto de forma en el joven Marx, véase Sánchez Varela (2012: 40-5).



transformación es sinónima de la noción de *metamorfosis*, que es bien conocida en la sociología del desempleo. El *método* de Castel ha sido definido, en sus términos, como “dialéctica de lo igual y lo diferente” (1995: 17). Tal método, en buena medida inspirado por el método genealógico que se ha difundido especialmente durante las últimas décadas por la obra de Foucault –quien la toma de Nietzsche-, en nuestro caso, no nos sirve para captar un nivel de la especificidad de la *lógica* de la transformación del tiempo de desempleo, que a nuestro juicio es central. Como es sabido, el método genealógico puede ser usado en contextos históricos con lógicas muy diferenciadas, y en ese sentido, no es que sea un mal método, sino que su atención a la contingencia no permite dar cuenta de lógicas histórico-estructurales, tales como la mercantilización del tiempo y del trabajo, que como ya argumentamos, consideramos centrales para dilucidar la paradoja del tiempo escaso. Las diferencias teóricas con el método genealógico, nos llevan pues a diferencias metodológicas que sitúan nuestro análisis, no en una genealogía de los cambios en la *cuestión social*, sino en un análisis de la *lógica* de la *reconstitución* del trabajo y sus contradicciones<sup>164</sup>.

Comprender esta especificidad de nuestro enfoque, respecto al conocido de Castel, por ejemplo, es central para comprender las diferentes interpretaciones que se pueden hacer del fenómeno del desempleo. En esta diferencia teórico-metodológica es precisamente donde reside el núcleo de la polémica sobre si el trabajo es la solución o la causa del paro; de si el problema del desempleo se relaciona más con el problema del empleo precario en particular, o con el trabajo asalariado como tal<sup>165</sup>. En este sentido, caracterizamos nuestro método de análisis de la *transformación* de las formas,

---

<sup>164</sup> En un plano más general, la idea de la transformación, como cambio permanente en una forma que es intrínsecamente dinámica pero que *reconstituye* su identidad como capitalista, no remite a los fundamentos de una filosofía ni de una ontología, tal como suele plantearse en algunas discusiones, sino a un *fundamento* histórico. Según Postone (2003: 99), Marx no es ni Hegel ni Nietzsche, aunque sobre todo el primero sea central para Marx. En este sentido, difícilmente el método genealógico puede dar cuenta de la globalidad de las crisis o de la relación de trabajo, procesos que no pueden ser explicados a partir de una explicación puramente constructivista. Si se asume la posición genealógica como una suerte de filosofía de la historia, más que como un método, ello implica o naturalizar o negar la existencia de una diferencia histórico-estructural específica en la sociedad moderna. En contraposición a la genealogía, Postone ha intentado explicar la trayectoria del capitalismo como una direccionalidad histórica no teleológica. La idea del “despliegue” de las formas sociales capitalistas carece aquí de un carácter transhistórico de tipo hegeliano. En este sentido, es la historia capitalista la que tiene lógicas específicas, y no La Historia en general. Por tanto, esta concepción polemiza contra cualquier marco transhistórico, ya sea aquel que trata todo lo histórico desde la genealogía, ya sea el etapismo evolucionista o modernizador.

<sup>165</sup> Sobre esta cuestión reflexiona López Calle (2013: 399-400): “Se trataría, en última instancia, y para terminar, de dilucidar si el sostenimiento político del Estado de Bienestar permitiría mantener en Europa los modelos y niveles de desarrollo que había disfrutado hasta entonces, incentivando políticamente la implantación de modelos de vía alta de desarrollo. Es decir, si ello es todavía una cuestión de *la política*, como ha defendido con energía Castel toda su trayectoria, sobre todo al final de su carrera. O si, por el contrario, esos dispositivos reguladores estuvieran realmente determinados, a su vez, por la evolución de los modelos productivos que dicta el desarrollo global del proceso de acumulación de capital. Lo que nos llevaría, cuando menos, a plantear realmente el Fin del Trabajo-asalariado como único límite transformador por definición, trasladando el problema de la acción, esto es, de la revolución, al menos apacible terreno de *Lo Político*”

como un análisis de las *formas del tiempo del paro* específicamente constituidas por el tiempo del trabajo asalariado. ¿Cómo se pueden ver, materialmente, estas formas?

### *La forma es la norma*

La noción de forma remite, por un lado, a la noción de contenido, y por otro lado, a la relación entre lo abstracto y lo concreto –la forma abstracta y el contenido concreto. ¿Cómo pueden ser “sociologizadas” estas ideas para nuestro análisis del paro? En nuestra operacionalización, el contenido concreto remite a la apariencia empírica de las prácticas, a su carácter de mera “actividad”, esto es, a las prácticas *destemporalizadas*. Pero en su realidad, las prácticas están estructuradas por una temporalidad abstracta –su forma-, de manera que esta temporalidad es materialmente inseparable de su contenido<sup>166</sup>. Veámoslo, mejor, con un ejemplo.

#### **Cuadro 13. La inseparabilidad de la forma abstracta y el contenido concreto**

Trabajar no es realizar una actividad que crea algún tipo de riqueza. Trabajar no es realizar una actividad concreta determinada, no es saber hacer una cosa o la otra. No es saber hacer jardinería, fontanería, programación, sociología, sino realizar una actividad estructurada temporalmente por la forma del trabajo. La forma del trabajo, intrínsecamente dinámica, es la forma temporal a la que *tendencialmente* se debe ajustar la práctica. La forma del trabajo implica llevar a cabo una actividad concreta en el tiempo determinado que marca la norma abstracta. Por ejemplo, saber hacer sociología no remite sólo al contenido: inseparablemente, saber sociología es saber terminar una tesis de sociología “a tiempo”, o publicar tantos artículos por unidad de tiempo como el que marca la norma de sociólogos publicando artículos que acceden a un puesto de sociólogo en un momento y lugar determinado. Trabajar en programación no implica sólo saber programar, sino programar en el marco de los objetivos de tal empresa que tiene que terminar tal producto para tal fecha. Para trabajar recogiendo basura no sólo hay que saber recoger basura, sino que se deben haber incorporado las *disposiciones temporales* apropiadas para recoger la basura de tal número de calles durante X horas y antes de que sean las siete de la mañana –y así, no interrumpir el tráfico en hora punta, como puede comprobar cualquiera que haya visto recoger basura en una ciudad como Madrid.

De esta manera, la forma abstracta del trabajo que se impone sobre el contenido concreto, puede comprenderse, en primer lugar, como una norma temporal, y en general, como una norma social.

Esta operativización del concepto de forma como norma temporal, intenta captar el paso de lo anormal a lo normal, de lo que no es norma y se hace norma. Como hemos insistido, la transformación de las normas temporales es permanente en el capitalismo: lo que diferencia a los momentos de crisis es

<sup>166</sup> En el contexto del sentido moderno de la imagen en el arte, pero de un modo similar al nuestro, dice Lefebvre (1974: 152): “Fetichiza la abstracción y la impone como norma; separa la forma pura de su impuro contenido (el tiempo vivido, el tiempo de la cotidianidad, de los cuerpos, de su opacidad y solidez, de su vida y de su muerte).”

solamente el *ritmo* de estas transformaciones. Este cambio de ritmo, como analizamos en el caso del arreglo temporal, se caracteriza por una serie de aceleraciones y desaceleraciones generales en todas las potenciales interrupciones del conjunto social. La dinámica aparece como exterior, naturalizada, dentro del orden de lo inevitable. Desde nuestro enfoque, hay que evidenciar cómo las prácticas temporales constituyen las estructuras temporales que parecen exteriores a las prácticas y se imponen sobre éstas. Una explicación social de los procesos de normalización debe dar cuenta de cómo la dominación se *normaliza* no por una operación de un poder “exterior” sin más, sino de un poder que aparece como exterior pero que se constituye a partir de las prácticas sociales cotidianas. Tratando este mismo problema, así se expresaba Lefebvre (1974: 151):

El tiempo vivido pierde forma e interés social salvo por lo que respecta al tiempo de trabajo. [...] ¿Cómo una operación tan inquietante, tan monstruosa, puede llevarse a cabo sin escándalo? ¿Cómo puede antojarse «normal»? La respuesta es que esta operación se inscribe en las *normas* sociales, en las actividades *normativas*.

Esta especie de invisibilidad inscrita en el carácter “normalizador” es una dificultad metodológica central en nuestra investigación en particular, y en la teoría crítica en general, pues, “lo inquietante”, “lo monstruoso”, puede apreciarse como tal sólo mientras sea percibido como *anormal*, estado necesariamente provisional que, de no solucionarse, pasará a ser *reprimido* u ocultado, esto es, *normalizado*. O dicho en los términos de Elias, la coacción externa se transformará en autoacción. Pues como históricamente ha sucedido, todo lo que la crisis ha presentado como anormal, está ya, mientras escribimos esta investigación, transformándose en *normal*: el país se “recupera”, la economía se “reactiva”, baja el desempleo. Y es evidente que toda investigación social vive en buena medida de desnaturalizar lo normalizado para producir el efecto de extrañamiento que permita plantear su relativa anormalidad. El análisis empírico de las formas, entonces, intentará mostrar *cómo opera está normalización de lo anormal, o cómo el momento actual del proceso de mercantilización del tiempo de vida se instituye en nuevas normas*. El análisis de las relaciones entre el tiempo del paro y la división social del tiempo debe mostrar, en la vida cotidiana concreta, cómo el momento del paro, como momento de excepción que aparece separado de la norma, es precisamente lo que instituye a la norma. O de manera más precisa, debe mostrar cómo se normaliza la paradoja del tiempo escaso, y la escasez temporal general.

**Cuadro 14. La norma es la forma**

Así, en el contexto del arreglo temporal, la aparición repentina de otra norma temporal impone al sujeto su forma temporal. La norma impone la forma. Irrumpe la crisis de 2007, porque la productividad que parecía alta ahora es baja, o porque no fluye el dinero, o porque no hay crédito, o por el motivo que fuere: el caso es que millones que antes eran ocupados ahora son parados. ¿Qué hacen? Buscan trabajo. Que no lo encuentran, pues se forman, porque la forma de la actividad del sujeto ya no está en la norma. Ha aparecido una nueva norma, que sólo admite quienes más o menos se ajusten a su nueva forma. Los sujetos, para entrar en la nueva norma, se forman [5.5]. Quienes se consideraban “normales” -con familia, casa y trabajo- ahora no lo son, pues no se han adaptado a los “nuevos tiempos”. Por ejemplo, como es bien conocido, los parados de más de cuarenta y cinco años llevaban años y años con la misma forma, y de repente, ha cambiado la norma. Las empresas los rechazan, no los quieren, porque no entran en la norma. Ellos reclaman que tienen “valor”, que su “experiencia” ha de ser valorada [5.1]. Confunden los criterios morales con los criterios formales. La experiencia de la gente mayor tiene mucho valor moral, pero no formal, porque la forma es abstracta. Guardar las formas, en sentido moral, es guardar las normas. El capital, en sentido moral, no guarda las normas. En sentido temporal, guarda las formas mientras transforma las normas, pues el capital no entiende de lo moral sino de lo temporal.

*Las formas como articulación de normas, prácticas y disposiciones temporales*

Si damos un paso más en el proceso de “sociologización” del concepto de forma, podemos materializarlo a partir de la articulación de Marx, Postone y Bourdieu: la transformación de las normas temporales implica, inseparablemente, una transformación de las prácticas sociales, que a su vez es, inseparablemente, una transformación de las disposiciones temporales de los sujetos. El análisis de las formas del tiempo del paro se materializa, entonces, en el análisis de las relaciones de ajuste y conflicto entre normas, prácticas y disposiciones de parados y paradas.

**Esquema 4. Las formas como relación entre normas, prácticas y disposiciones****NORMAS TEMPORALES**

mediaciones

---

→ Gestión estatal del Tiempo Superfluo  
→ Arreglo temporal español

---

**PRÁCTICAS TEMPORALES**

mediaciones

---

→ Norma temporal laboral previa  
→ Sentido de la duración del paro  
→ Relación doméstica  
→ Clase social

---

**DISPOSICIONES TEMPORALES**

De las normas a las prácticas y de las prácticas a las disposiciones, las formas del tiempo han de analizarse, además, con sus *mediaciones*<sup>167</sup> más importantes. Por un lado, la relación entre prácticas y disposiciones, se corresponde con el nivel de la constitución sociotemporal del sujeto en paro, lo que sociológicamente analizaremos a partir de las condiciones sociales del sujeto [4.2]; por otro lado, la relación entre normas y prácticas se corresponde con el nivel de la constitución sociotemporal de la sociedad: lo que sociológicamente hemos analizado en su nivel sistémico, institucional-estatal y en el periodo del arreglo temporal. Esta relación entre normas, prácticas y disposiciones vincula, entonces, las normas que aparecen como exteriores y objetivas, con su percepción y apreciación subjetiva, que dependerá del efecto de contraste entre las disposiciones, las prácticas y tales normas.

Siguiendo a Bourdieu (1979: 200-5; 1980: 86) es en el habitus -o en “los” habitus<sup>168</sup>- en su dimensión temporal, donde se materializa la forma de un sujeto a lo largo de su biografía, que a su vez es producto de su historia. Para Bourdieu, el habitus es el principio generador de las prácticas, que condensa las condiciones de existencia particulares de un sujeto. El habitus de los sujetos se transforma con las prácticas e incorpora nuevas disposiciones temporales. Desde el punto de vista del trabajo, las disposiciones temporales para el trabajo se actualizan en función de las normas temporales que pivotan sobre el tiempo de trabajo, o se desactualizan cuando no se ajustan a tales normas. Como ya exploró Bourdieu (1977: 25-7, 1997: 221-2), se trata aquí de una *sociología de las disposiciones temporales* de los parados. O de un modo similar, y haciendo más énfasis en la dimensión inconsciente y afectiva, el proceso de incorporación de disposiciones temporales lo aplicaremos también, siguiendo los análisis de Elias, como un proceso de incorporación de la coacción externa como auto-coacción.

El uso empírico del concepto de *disposición*, como advierte Moreno Pestaña (2010: 10-3), tiene el peligro de no saberse bien cuándo empieza o cuándo termina. Por ello, puede caerse en una explicación circular: “un parado hace X práctica porque tiene X disposición que se ajusta a X norma, o no tiene X disposición porque no hace X práctica”. Ese tipo de explicación funcionalista

<sup>167</sup> Es importante no confundir dos posibles sentidos del concepto de *mediación*. Para Postone, el concepto de *mediación* se refiere a la *mediación socialmente general* que aparece en el capitalismo cuando históricamente el trabajo ya no funciona tanto para la producción de riqueza sino para trabajar por trabajar [1.2] (Postone y Briales, 2014: 64-5). Cuando hablamos de la gestión estatal del tiempo superfluo y el arreglo temporal [1.4, 1.5, cap. 2] así como de las condiciones sociales de las prácticas [4.2] como *mediaciones*, nos referimos, en un sentido más específico sociológicamente, a los distintos niveles de determinación de una práctica concreta.

<sup>168</sup> El análisis de las formas del tiempo del paro, constituidas por prácticas heterogéneas realizadas por un sujeto en diferentes circunstancias, podría ser visto más bien en el marco de una teoría de “los habitus” -más que de “el” habitus- en el sentido de críticas a Bourdieu tales como la de Bernard Lahire.

burda, en nuestro caso, se resuelve atendiendo a la evidencia empírica que pone de manifiesto los permanentes conflictos y contradicciones entre normas, prácticas y disposiciones. Aunque, como hemos mostrado, el resultado general del arreglo temporal ha sido el aumento de la coacción abstracta del trabajar por trabajar, ello no implica en modo alguno que todas y cada una de las prácticas hayan contribuido a tal aumento de manera homogénea. En ese sentido, al poner en el centro el análisis las potenciales posibilidades de la abundancia de tiempo, no tenemos la necesidad de forzar la explicación para demostrar que *necesariamente* las normas, prácticas y disposiciones se ajustan automáticamente. Para ver esto con más claridad, adelantemos algunos ejemplos de lo que este análisis puede implicar:

**Cuadro 15. Ejemplos concretos de la transformación de las formas del tiempo del paro**

<i>Transformación de las normas temporales</i>
- Cambios en los tiempos medios dedicados a una actividad en un perfil
- Cambios en las magnitudes de tiempos sociales totales dedicados a una actividad
- Normalización de una mayor inversión de tiempo medio en búsqueda de empleo
- Mayor inversión de tiempo medio en desempleo reproductivo
<i>Transformación de las prácticas temporales</i>
- Racionalización de los horarios y/o intensificación de las prácticas
- Desajuste de las prácticas de cuidados en el hogar en la situación de desempleo
- Aumento del ritmo de hacer cursos o formación
<i>Transformación de las disposiciones temporales</i>
- Disposición a adaptarse o no adaptarse a nuevas condiciones laborales
- Ambivalencia entre bienestar o malestar al incorporar nuevos ritmos
- Significado del miedo para impulsar a trabajar o no trabajar
- Intensificación del malestar por la desincronización
- Extrañamiento, conflicto, malestar por pasar demasiado tiempo en soledad

Como se ve en estos ejemplos, es complicado distinguir nítidamente en la realidad empírica lo que son las normas, las prácticas y las disposiciones, pero esa relativa borrosidad es precisamente el fundamento de la superación de las dicotomías, pues no habría normas objetivas estrictamente separadas de su relación con las disposiciones del sujeto, por ejemplo: son normas que aparecen como externas precisamente porque no se han incorporado, y dejan de parecer externas cuando se

han incorporado en un habitus. De este modo, en el análisis concreto no vamos a distinguir siempre entre normas, prácticas y disposiciones, sino que veremos cómo se imbrican sin necesidad de mencionarlas continuamente. No obstante, consideramos fundamental mantener siempre la distinción entre los tres niveles, para captar su especificidad propia y no omitir la presencia de las diferentes mediaciones.

### *Investigar cómo se materializa el tiempo superfluo*

Nuestra definición de los parados como *aquellos sujetos a quienes se ha asignado institucionalmente la condición de portadores materiales de tiempo superfluo a tiempo completo* [1.4] enlaza tres niveles: el sistémico, el estatal-institucional y el del sujeto. Empíricamente, se trataría de investigar cómo se concreta en las normas, prácticas y disposiciones el modo de *portar materialmente* el tiempo superfluo. Y si, como ya dijimos, en nuestra lectura, los sujetos no son meros “portadores” de una estructura que existe fuera de sus propias prácticas [4.3], el concepto debe ser un instrumento para ver cómo se enlazan los tres niveles, y captar empíricamente cómo las prácticas están estructuradas por, y simultáneamente, son estructurantes de, el tiempo superfluo. Expliquemos esto un poco más.

Como ya analizamos [1.3, 1.4, 1.5], que a los parados se les asigne la *condición* de *portadores* materiales de tiempo superfluo significa que, al perder el pivote del tiempo de trabajo, un tipo específico de coacción temporal abstracta comienza a estructurar sus prácticas y disposiciones temporales como *superfluas*: aumenta la cantidad de minutos desocupados mientras decrece la textura cualitativa del tiempo cotidiano. Esta coacción no es *determinista*, sino que es *una determinación*: en función de todas las mediaciones que señalamos, las prácticas podrán enfrentarse a esta determinación mediante la estructuración del tiempo superfluo como productivo, reproductivo o improductivo –superfluo o disponible. Teniendo en cuenta que las prácticas no están mecánicamente determinadas, debemos captar también las condiciones que explican que, tendencialmente, la determinación del tiempo superfluo tiende a imponerse sobre el tiempo de los parados. En definitiva, se trataría de constatar cómo han operado, en el caso de la crisis en España, los “efectos de esta dominación temporal sobre la textura de la experiencia vital cotidiana” (Postone, 1993: 290). El recorrido de los capítulos 5, 6 y 7 tratará de captar los momentos de este proceso en su complejidad y heterogeneidad en la vida de los parados; y el 8, señalará las condiciones que podrían revertir tal proceso.

Veamos otro ejemplo para aclarar la posible oscuridad que pueda percibirse en estos argumentos:

**Cuadro 16. El paro como proceso de *pararse***

Un trabajador que no trabaja es un trabajador que no está trabajando. Un trabajador que no está trabajando es un trabajador desconectado de un proceso de trabajo en acto. Ser trabajador no implica trabajar en acto, sino sólo, en potencia. Un trabajador que no está trabajando no es necesariamente un trabajador sin trabajo. Un trabajador sin trabajo es un parado: en rigor, no “sin trabajo”, sino sin un puesto de trabajo asignado. Un trabajador que no está trabajando es alguien que no está poniendo su capacidad de trabajo en movimiento, y conectando su movimiento con el movimiento social general: es alguien que no tiene asignados momentos productivos. Un parado es un trabajador al que institucionalmente se le impide poner su trabajo en movimiento en algún momento del día, y se le niega el acceso al espacio y momento preciso en que su actividad pueda ser puesta en relación con el movimiento social general. Un parado es un trabajador significativamente desconectado de ese movimiento. Un trabajador que no está trabajando “se desconecta” de su trabajo cuando no está trabajando de modo temporalmente significativo –“tengo que desconectar”. Desconectar puede significar irse a dormir, irse al fin de semana, salir cinco minutos al cigarro, o a comer: son los momentos reproductivos e improductivos. Pero el parado “se desconecta” de forma temporalmente significativa cuando pierde conectividad “directa” con la forma temporal del trabajo de manera continuada. La desconexión del trabajo no es aislamiento, separación, ruptura, sino desacompasamiento, desconexión relativa, pérdida de ritmo, desaceleración, desincronización. Cuando se está definitivamente parado, se dejará de ser institucionalmente reconocido como “parado”, al perder irreversiblemente la capacidad de ajustarse a la norma temporal laboral –“perder el tren”. Por tanto, la potencialidad de trabajar se puede perder si no se la pone en acto. Es cuando el parado pasa de tener momentos superfluos a ser superfluo [cap. 7].

Otra cuestión que hemos de aclarar metodológicamente es el modo en que interpretaremos las relaciones entre tiempos objetivos y subjetivos, que tratamos de captar simultáneamente dentro de las cuatro categorías del tiempo del paro. Por un lado, en cada capítulo hacemos una estimación a nivel poblacional de cuáles son los cambios en los volúmenes de tiempo global, lo que nos indica cómo el arreglo temporal ha orientado el tiempo del paro a absorber unos tiempos u otros, esto es, cómo la mayor o menor *magnitud* de minutos nos habla de la importancia de la transformación de la división social del tiempo. Pero por el otro lado, será la función de los datos cualitativos captar de qué manera una actividad determinada medida en minutos no existe independientemente de su forma temporal. Por ejemplo, veremos cómo el sentido de prácticas incluidas en las mismas categorías de actividad –“cuidados”, por ejemplo- se diferencian en función de su forma temporal<sup>169</sup>. Intentaremos mostrar cómo las prácticas no adquieren sentido social sino se atiende a

<sup>169</sup> En otro trabajo (Briales, 2014: 162-3) señalamos un ejemplo de cómo una misma actividad concreta –en aquel caso, de cuidados- puede tener tres formas temporales diferentes en función de su posición en, o respecto a, la relación salarial, lo que de hecho la convierten en tres actividades diferenciadas. Lo mismo señalaremos más adelante [8.4].



su forma temporal: por ejemplo, no será lo mismo “quedar con un amigo” para tomar una caña que para ver si sabe de algún “curro”, lo que en la Encuesta de Empleo del Tiempo es registrado como “vida social”, en el segundo caso se corresponde más bien con “búsqueda de trabajo”. Por último, veremos que el sentido social de la práctica no depende no sólo de su categoría de actividad sino de, por ejemplo, su articulación en la unidad de convivencia, su posición en el orden de una sucesión<sup>170</sup>, en un ciclo temporal –día, semana, año, biografía-, así como de sus características cualitativas propias –intensidad, ritmo, coacción externa, etc.-, entre otros factores que exploraremos.

### *¿Para qué? Hacia un mapeo de la paradoja del tiempo escaso*

En esta propuesta de análisis de las formas del tiempo del paro, y a pesar de toda la serie de razonamientos más o menos sofisticados que determinadas posiciones teóricas, políticas o académicas alientan o sancionan, en el fondo, aspiramos a dilucidar la misma pregunta, tan mundana y tan compleja, que ha guiado nuestro interés social y sociológico en el actual contexto de paro masivo: ¿cómo es posible que haya millones de personas sin tiempo porque su trabajo es cada vez más largo e intenso, mientras que a millones de personas les sobra tiempo porque no encuentran empleo, pero que sin embargo se ven extraordinariamente dificultados para usar positivamente el tiempo? *¿Por qué hay gente sin tiempo porque no trabaja, mientras hay gente sin tiempo porque trabaja?*

Bajo nuestro punto de vista, y siguiendo lo que ya señalamos con Salais [1.4], creemos que la heterogeneidad de las prácticas y las experiencias en el paro, ya ha sido suficientemente fundamentada en múltiples investigaciones de alta calidad sobre el desempleo [Anexo]. Bien podríamos enfocar nuestros objetivos exclusivamente a mostrar que las prácticas en el paro están socialmente determinadas, y que tienen más o menos particularidades en el caso de la crisis que estudiamos, que *hay diferencias en las vivencias y prácticas del desempleo, y que estas diferencias son sociales*. Esto, por supuesto, también lo hacemos de un modo general, porque esa es la esencia de la investigación sociológica tal como aquí la entendemos, pero podríamos haber optado por hacer un trabajo mucho más minucioso de relacionar cada perfil sociológico con cada práctica, cada vivencia, cada discurso.

---

<sup>170</sup> Siguiendo a Bourdieu (1980: 157), las propiedades de las prácticas se deben “al hecho de construirse en el tiempo, de que recibe del tiempo su *forma* como orden de una sucesión y a través de esa forma su sentido (o doble sentido)”.

Nuestra propuesta, con la vocación de ser lo más original posible, se centra en analizar el tiempo del paro según un criterio específico: cómo las relaciones entre el tiempo del paro y la división social del tiempo pueden dar cuenta de la paradoja del tiempo escaso. Es este criterio el que queremos subrayar con especial intensidad, y es esta elección la que define nuestra posible originalidad, y la que nos permite dialogar con otras investigaciones desde la luz que pueda aportar este criterio. Entonces, el recorrido de nuestra investigación irá señalando uno por uno, los ejes y subejos que ordenan la infinita multiplicidad de las prácticas en el tiempo del paro, a partir de la tensión entre la *reconstitución* del trabajar por trabajar y la potencial *apropiación del tiempo del paro*. O dicho de otra manera, pretendemos *mapear qué tipos de prácticas en el tiempo del paro -y bajo qué condiciones sociales generales- se relacionan con la perpetuación de la escasez subjetiva y objetiva del tiempo social, en dónde se sitúan sus contradicciones, y qué prácticas apuntan a la potencial posibilidad de la transformación de la pobreza temporal en abundancia temporal general.*

¿Cómo seleccionar los “ejes” y “subejos” que ordenan los fenómenos temporales a analizar si éstos incluyen literalmente todas las prácticas? Podrá constatarse que cada uno de los fenómenos que veremos podría ser tratado con mucha mayor profundidad: por ejemplo, una extensa investigación sobre la relación entre el desempleo y la formación bien podría matizar o criticar muchas de las afirmaciones generales que haremos en las páginas que dedicamos a la formación. En este sentido, *nuestra intención no es diseccionar cada fenómeno hasta agotarlo sino captar su sentido general respecto al conjunto de la división social del tiempo*. Para seleccionar entre el conjunto de los fenómenos posibles sólo aquellos fenómenos más relevantes desde el punto de vista de la paradoja del tiempo escaso, nos hemos basado en dos criterios: por un lado, en la cantidad de tiempo dedicado a cada actividad la Encuesta de Empleo del Tiempo; y por otro lado, en la *significatividad* de los tiempos cualitativamente vividos según nos han aparecido explícita o implícitamente en los discursos de las personas en paro sobre el uso del tiempo en su vida cotidiana. Este último ha sido el principal criterio para seleccionar los fenómenos y ordenar sus relaciones respecto a la escasez o abundancia de tiempo social general. Y por último, cada uno de los cuatro análisis empíricos principales tendrá como resultado un mapa que sintetiza las funciones generales de las prácticas del tiempo del paro respecto a la paradoja del tiempo escaso.

Finalmente, para sintetizar la propuesta, concretamos nuestro objetivo empírico general en cuatro objetivos más específicos, uno por cada análisis de las formas del tiempo del paro

### Esquema de síntesis capítulo 3. Objetivos y preguntas específicas de la investigación

*Objetivo empírico:* Mostrar las relaciones entre el tiempo del paro y la división social del tiempo en el contexto de la crisis en España entre 2007 y 2013.

*Pregunta social:* ¿De qué manera el paro masivo de los años 2007-13 ha servido para que cada vez tengamos un tiempo de vida más escaso y peor, o ha abierto nuevas posibilidades para que tengamos un tiempo más abundante y mejor?

*Pregunta sociológica:* ¿Cómo la asignación de tiempo superfluo en forma de desempleo durante el arreglo temporal español ha transformado las formas del tiempo del paro y la división social del tiempo desde el punto de vista de la tensión entre la reconstitución del tiempo de trabajo –escasez de tiempo- y la potencial posibilidad de tiempo disponible –abundancia de tiempo-?

Preguntas específicas:

¿Cómo la asignación de tiempo superfluo del paro ha transformado la forma del trabajo de competir por el trabajo durante el arreglo temporal español?

*Objetivo cap. 5:* Mostrar las *relaciones* generales entre la transformación del tiempo de trabajo y el tiempo de competir por el trabajo durante el arreglo temporal.

¿Cómo la asignación de tiempo superfluo del paro ha transformado la forma del desempleo reproductivo durante el arreglo temporal español?

*Objetivo cap. 6:* Mostrar las *relaciones* generales entre la transformación del tiempo de cuidados y el tiempo del desempleo reproductivo durante el arreglo temporal.

¿Cómo la asignación de tiempo superfluo del paro ha transformado la forma del desempleo improductivo negativo durante el arreglo temporal español?

*Objetivo cap. 7:* Mostrar bajo qué condiciones sociales el tiempo del paro se ha materializado en prácticas típicamente superfluas.

¿Cómo la asignación de tiempo superfluo del paro ha transformado la forma del desempleo improductivo positivo durante el arreglo temporal español?

*Objetivo cap. 8:* Mostrar qué prácticas típicas y qué condiciones sociales apuntan a la potencial transformación del tiempo superfluo en tiempo disponible.

Para llevar a cabo estas preguntas, primero, hacemos un mapa general de los tiempos cuantitativos y cualitativos en el desempleo [cap. 4]. Después, los cuatro capítulos empíricos principales comparten una estructura común: el primer punto complementa los conceptos del marco teórico general con conceptos más específicos para la interpretación de los fenómenos analizados en el capítulo [5.1, 6.1, 7.1, 8.1]; en el segundo punto, se estiman los tiempos cuantitativos globales de las prácticas analizadas en el capítulo [5.2, 6.2, 7.2, 8.2]; en los puntos posteriores de cada capítulo analizamos como tales los tiempos cualitativos. En el punto final de cada capítulo, elaboramos un mapa que sintetiza las relaciones generales –los “ejes” y “subejos”- entre la forma del tiempo del paro analizada y la paradoja del tiempo escaso [5.8, 6.4, 7.10, 8.8].

### 3.3. Condiciones de producción de los datos temporales

#### *Fuentes de datos y herramientas de análisis e interpretación*

Para mostrar las relaciones entre el tiempo del paro y la división social del tiempo, nos servimos de datos muchos tipos, principalmente de dos. Por un lado, los datos de tiempos cuantitativos se han obtenido de la Encuesta de Empleo del Tiempo (EET), y por otro, los datos de tiempos cualitativos, han sido producidos en 28 entrevistas y seis grupos de discusión.

Principalmente, los datos de tiempos cuantitativos los hemos obtenido de la principal EET que hasta el día de hoy existe en España, la llevada a cabo por el Instituto Nacional de Estadística en 2002/03 y 2009/10, siguiendo criterios internacionales (Durán y Rogero, 2009). Los límites de esta Encuesta para el estudio del tiempo del paro es que, al no estar específicamente diseñada para las particularidades del tiempo del paro, tiene problemas para captar el sentido de algunas actividades que en paro tienen un sentido específico: por poner un ejemplo, como veremos, la categoría de ‘vida social’ que para las personas ocupadas puede significar, simplemente, lo que la categoría de la encuesta parece indicar; para muchas personas paradas el tiempo registrado en la Encuesta como ‘vida social’ puede tener el sentido de ‘búsqueda de empleo’. Mediante el uso de los datos cualitativos problematizaremos a lo largo de los análisis este posible límite que la EET puede tener para captar el sentido del tiempo del paro.

Respecto a los datos de tiempos cualitativos, éstos han sido producidos en el marco del proyecto TRAVUVI, un proyecto de investigación sobre el trabajo, los cuidados y el tiempo en la vida cotidiana de la sociedad española (Prieto, 2015). Señalamos sus especificidades en los dos apartados posteriores.

Secundariamente, al hilo del texto hemos ido justificando nuestros argumentos con diversas fuentes de datos, tanto cuantitativos como cualitativos<sup>171</sup>. En muchas ocasiones, estos datos han tenido un carácter fundamentalmente ilustrativo, para que pueda entenderse mejor el contexto discursivo en el que surgen las prácticas y los discursos de parados y paradas, y de ese modo tener más elementos para comprender con precisión el sentido del tiempo del paro.

Como ya dijimos, todos estos datos temporales los interpretamos según el marco teórico-metodológico del análisis de las formas del tiempo del paro, y se entenderán como expresión directa o indirecta de las transformaciones en las normas, prácticas y disposiciones temporales. En ese sentido,

---

<sup>171</sup> Además de los datos cuantitativos diversos, hemos utilizado datos cualitativos provenientes de: 1) una entrevista exploratoria que realizamos al director de una oficina de empleo en Madrid; 2) diversas fuentes periodísticas para ilustrar el contexto discursivo en el que se enmarcan los discursos de parados y paradas; 3 una entrevista pública en Radio Nacional de España a finales de 2013 a Joan Rosell -presidente de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE) o “patronal”, a secas- para ilustrar los discursos del empresariado respecto al paro al final del periodo estudiado.

las técnicas estadísticas utilizadas se supeditan a ese fin. Del mismo modo, para analizar empíricamente los tiempos cualitativos obtenidos en forma de texto, bebemos de una heterogeneidad de fuentes, y las principales han sido: el análisis de las relaciones entre las posiciones sociales y las posiciones semánticas inspirado por el análisis bourdieano (Bourdieu, 1979), el psicoanálisis [7.8], la pragmática (Iñiguez, 2006) o el análisis psicosociológico de los dilemas o las ambivalencias (Billig et al., 1988; Martín Criado, 2014). Estas herramientas nos son útiles tanto si concebimos los discursos en su dimensión semántica como pragmática, es decir, como expresiones del significado de las prácticas no discursivas, como expresiones las prácticas propiamente discursivas que también forman parte del sentido del tiempo del paro<sup>172</sup>.

### *La muestra y los perfiles*

Con lo dicho anteriormente, la muestra de nuestros grupos de discusión y entrevistas debe captar de manera suficiente la heterogeneidad de condiciones sociales de las prácticas en el tiempo del paro en el contexto estudiado, con el fin de poder mapear las relaciones *generales* entre el tiempo del paro y la división social del tiempo. Ello nos implica definir qué parados y qué condiciones nos interesan para dar cuenta de la paradoja del tiempo escaso.

Resulta evidente que cualquier estudio sobre el paro tendrá que depender en buena medida de los datos oficiales obtenidos a partir de las definiciones estadísticas. Sin embargo, en nuestro trabajo queremos ir algo más allá precisamente por la repetición generalmente incuestionada de la categoría social de “parado”. Por ello, hay muchos sujetos que aun siendo definidos como parados por la EPA<sup>173</sup>

<sup>172</sup> Por ejemplo, exploraremos la dimensión semántica de los usos de la categoría “trabajo” y la forma temporal de las prácticas que tienden a llamarse “trabajo”, para comprender así lo que es vivido o no como escasez subjetiva de tiempo. Veremos la dimensión pragmática del discurso sobre todo para ver cómo los parados y paradas construyen y delimitan los acontecimientos significativos que marcan el paso cualitativo del tiempo, así como los contextos discursivos en los que se enmarcan el sentido de sus prácticas.

<sup>173</sup> “Son las personas de 16 o más años que durante la semana de referencia han estado sin trabajo, disponibles para trabajar y buscando activamente empleo.” La definición tiene tres criterios: 1) se define a un entrevistado por la EPA como ‘sin trabajo’ cuando el entrevistado responde que ha trabajado remuneradamente una hora o más en la semana anterior. Si ha trabajado menos de una hora, entonces cumple el criterio de estar sin trabajo. 2) la disponibilidad para el trabajo, significa para la EPA el poder incorporarse a un trabajo en un máximo de dos semanas; 3) el criterio de búsqueda activa es el más complicado. Según el Reglamento 1897/2000 de la Comisión Europea, se consideran métodos activos de búsqueda, en las cuatro semanas anteriores a la entrevista, los siguientes: Ha estado en contacto con una oficina pública de empleo con el fin de encontrar trabajo. Ha estado en contacto con una oficina privada (oficina de empleo temporal, empresa especializada en contratación, etc.) con el fin de encontrar trabajo. Ha enviado una candidatura directamente a los empleadores. Ha indagado a través de relaciones personales, por mediación de sindicatos, etc. Se ha anunciado o ha respondido a anuncios de periódicos. Ha estudiado ofertas de empleo. Ha participado en una prueba, concurso o entrevista, en el marco de un procedimiento de contratación. Ha estado buscando terrenos o locales. Ha realizado gestiones para obtener permisos, licencias o recursos financieros. También se consideran parados a las personas que ya han encontrado un trabajo y están a la espera de incorporarse a él, siempre que verifiquen las dos primeras condiciones.” (Véanse las “Notas de prensa” publicadas trimestralmente junto con la EPA)

no serían objeto de nuestra investigación, mientras que otros sí. Por ejemplo, no excluimos de nuestra muestra a aquellas personas que han podido trabajar más de una hora en la semana anterior –que no cumplirían el criterio de sin trabajo en la EPA-, quienes no necesariamente cumplen los criterios de búsqueda “activa”, ni quienes por ejemplo estén realizando cursos de formación –que serían excluidos de la definición EPA si su disponibilidad para trabajar es mayor a dos semanas. Tampoco nos es relevante a nuestros fines si el parado está registrado o no como demandante de empleo. Nos interesa, simplemente, aquellos *trabajadores que no trabajan*: es decir, aquellas personas que, habiéndose constituido como sujetos normativamente *trabajadores*, tienen significativas dificultades para vender su tiempo con regularidad y por lo tanto, en su vida cotidiana operan según nuestra definición, como *portadores de tiempo superfluo a tiempo completo*.

Por el contrario, excluimos de nuestra muestra a diferentes perfiles que formalmente pueden declararse como desempleados pero que no son *portadores de tiempo superfluo a tiempo completo*, entre otros: a) quienes puedan trabajar en la economía no fiscalizada por el Estado con regularidad –pues participan activamente en la relación salarial, aunque no medie el contrato de trabajo, como es común en los sectores más precarizados-; b) aquellas personas que no se hayan socializado de manera prolongada en el trabajo pues aún no serían normativamente sujetos trabajadores: por ejemplo, aquellas personas cuyo espacio de referencia principal es el hogar –sobre todo amas de casa-, o aquellos jóvenes con una relación muy esporádica con el trabajo; c) parados *precarios* que no hayan pasado periodos significativos en desempleo. Por último, por motivos más logísticos que teóricos, tampoco tenemos personas en paro de contextos marcadamente rurales –que se distinguen, entre otras cosas, por una mayor importancia de las estrategias económicas que no pasan por el contrato laboral- lo que puede hacer que nuestra mirada al desempleo esté más influenciada por el tipo de paro de contextos urbanos.

Tras el proceso de contactación<sup>174</sup>, recopilamos 28 entrevistas a parados y paradas –tres de las cuales son de mujeres ocupadas preguntas por sus maridos en paro. En las dos siguientes tablas puede verse que están heterogéneamente distribuidos por diferentes condiciones sociales.

---

<sup>174</sup> La contactación para las veinte entrevistas de Madrid se realizó a través de carteles colgados en oficinas del INEM de un barrio de clases populares y de un barrio de clases medias. La contactación de las entrevistas en Cádiz y los grupos de discusión la realizaron empresas especializadas previa reunión para conocer los objetivos del proyecto. A los sujetos se les agradeció su participación con un cheque-regalo de 30 €.

Tabla metodológica 1. Distribución de las entrevistas según condiciones sociales\*

CONDICIÓN SOCIAL	DISTRIBUCIÓN	CONDICIÓN SOCIAL	DISTRIBUCIÓN
<b>GÉNERO</b>	Hombres: 15 Mujeres: 13	<b>CIUDAD</b>	Madrid: 20 Cádiz: 8
<b>EDAD</b>	30-39: 15 40-49: 8 50-60: 5	<b>ORIGEN</b>	Autóctono: 24 Latinoamericano: 4
<b>ESTUDIOS</b>	Superiores: 7 FP II: 4 Secundaria/Bachillerato/FP I: 7 Básica: 10	<b>PRESTACIÓN</b> <sup>175</sup>	Contributiva: 6 Asistencial: 7 NO: 10 <i>Sin datos: 5</i>
<b>TIEMPO EN PARO</b> <sup>176</sup>	6 -12 meses: 8 1 - 2 años: 6 2 - 4 años: 7 Más de 4 años: 2 Precaria-ama de casa: 2 Pareja de hombre en paro 1 año: 2 Pareja de hombre en paro 4 años: 1	<b>CONVIVENCIA</b>	Pareja + 1 o 2 hijos/as: 11 Pareja: 4 Pareja + 1 o 2 hijos/as + familiar: 2 Solo/a: 2 Madre mayor: 2 Familia de origen: 2 Familia de origen + hijo: 1 Sola con 2 hijos/as: 1 Sola con hijo en piso compartido: 1 Pareja en piso compartido: 1 Amigas: 1
<b>HIJOS/AS MENORES DE 10 AÑOS</b>	SI: 11 NO: 17	<b>HOGAR CON ALGÚN OCUPADO</b>	SI: 16 NO: 12

\* Todas las cantidades suman 28 entrevistas

<sup>175</sup> Aunque la condición de ‘clase social’ se ha obtenido en nuestro proyecto de investigación a partir del nivel de estudios y de la ocupación, un error a nuestro juicio importante ha sido no haber recogido información concreta sobre las prestaciones, por lo que los datos han sido deducidos directa o indirectamente de la información de las entrevistas en aquellos casos en que ha sido posible. Aun así, ese dato no informa con precisión de las fuentes de financiación y gastos reales de un hogar, que en general son muy heterogéneas: hogares con o sin prestación, con subsidios de distintos tipos, sin ingresos, con ayudas de familiares que conviven o no conviven, con mayor nivel de endeudamiento o menor –tanto formal como informal–, con trabajos esporádicos, diversas fuentes de ahorros líquidos o en propiedad, etc. Un dato sencillo y muy relevante se habría obtenido si hubiéramos preguntado por los ingresos y gastos reales del hogar en el último año, lo que hubiera permitido saber de manera más precisa el grado de precariedad del hogar y la presión temporal ejercida por la escasez de dinero. Reflexionamos sobre estas cuestiones en los apartados de la investigación dedicados a la inversión de dinero y a su escasez, aunque no las tratamos en profundidad al no ser nuestro objetivo prioritario sino una condición social más.

<sup>176</sup> La condición ‘tiempo en paro’ se ha calculado en ocasiones de manera aproximada pues en algunos casos la complejidad de las trayectorias, el tiempo de estudio de oposiciones, o la borrariedad de ser ama de casa, impiden delimitar con exactitud la duración del desempleo.

Tabla metodológica 2. Nombres y perfil sociológico de cada entrevista

NOMBRE*	TIEMPO EN PARO	EDAD	CONVIVENCIA	ESTUDIOS	OCUPACIÓN	ORIGEN**	PRESTACIÓN	Hogar sin ocupados	Hijos/as <10 años
Alfonso	2-4 años	30-39	Pareja	FP II	Precarios. Inclasificable	Cádiz	NO		
Ana	2-4 años	30-39	Sola + Hijo (piso comp)	Básica	Empleada de hogar. Hostelería	Madrid**	NO	X	X
Andrés	Más de 4 años	40-49	Madre mayor	Básica	Comercial	Madrid	NO	X	
Antonio	2-4 años	30-39	Pareja + Hij + Familiar	FPII	Charcutería. Construcción.	Madrid	NO	X	X
Bárbara	1-2 años	40-49	Amigas	Superiores	Periodismo	Madrid	<i>Sin datos</i>		
Carlos	6-12 meses	30-39	Familia de origen	FP	Precarios. Inclasificable	Cádiz	NO		
Carmen*	4 años ( <i>Marido</i> )	40-49	Pareja + Hijos/as	Básica	Construcción. Econ. sumergida	Cádiz	Asistencial		X
Daniel	1-2 años	30-39	Pareja	Superiores	Precarios	Madrid	NO		
Edgar	2-4 años	40-49	Pareja + Hij + Familiar	Superiores	Comercial de coches	Madrid**	Asistencial		X
Elisa	Precaria-Ama	30-39	Familia de origen + Hijo	Básica	Precarios. Sin contratos	Madrid	NO		X
Gema*	1 año ( <i>Marido</i> )	40-49	Pareja + Hijos/as	Bachillerato.	Hostelería	Madrid	Asistencial		
Hilario	1-2 años	50-60	Solo/a	Básica	Construcción. Transportista	Madrid	Asistencial	X	
Jenaro	1-2 años	40-49	Pareja + Hijos/as	Básica	Hostelería. Conserjería.	Madrid	<i>Sin datos</i>		
Jorge	6-12 meses	40-49	Pareja + Hijos/as	Superiores	Informático	Madrid	Contributiva		
José	2-4 años	30-39	Familia de origen	Básica	Vigilante. Conductor. Fontanero	Madrid	NO	X	
Luis	6-12 meses	40-49	Solo/a (hijos a su cargo)	Bachillerato	Inmobiliaria durante la burbuja	Cádiz	Contributiva	X	X
Manuela	1-2 años	50-60	Pareja + Hijos/as	Secundaria	Precarios. Dependienta	Madrid	<i>Sin datos</i>	X	
María	6-12 meses	30-39	Pareja + Hijos/as	FP II	Precarios. Administrativa	Madrid	Contributiva	X	X
Mario	2-4 años	50-60	Madre mayor	Básica	Construcción. Oficial de 1ª.	Madrid	Asistencial	X	
Marisa	Precaria-Ama	30-39	Pareja + Hijos/as	FP II	Precarios. Dependienta	Madrid	NO		X
Marta	2-4 años	30-39	Pareja en piso compart.	Básica	Precarios. Limpiadora	Madrid	Asistencial	X	
Martina	1-2 años	30-39	Pareja + Hijos/as	Secundaria	Hostelería	Madrid**	<i>Sin datos</i>		X
Matilde	6-12 meses	50-60	Hijos/as	FP I	Precarios. Cajera. Interna	Madrid	Asistencial	X	
Melinda	Más de 4 años	50-60	Pareja + Hijos/as	Secundaria	Empleada de hogar	Madrid**	NO	X	
Paco	6-12 meses	30-39	Pareja	Básica	Electricista	Cádiz	Contributiva	X	
Pedro	6-12 meses	30-39	Pareja + Hijos/as	Superiores	Orientación al empleo	Cádiz	Contributiva		X
Pilar*	1 año ( <i>Marido</i> )	30-39	Pareja + Hijos/as	Superiores	Administrativo	Cádiz	<i>Sin datos</i>		X
Rafael	6-12 meses	30-39	Pareja	Superiores	Ingeniería. Estudia máster	Cádiz	Contributiva		

\* Parejas de varón parado. \*\* Origen latinoamericano



Como se ve en las tablas, aunque en algunas condiciones sociales predominan algunos perfiles en términos distributivos, en términos estructurales creemos que tenemos la suficiente heterogeneidad como para captar las tendencias sociales generales que nos permitan elaborar con suficiente profundidad la relación entre el tiempo del paro y la división social del tiempo en España.

Respecto a los grupos de discusión, por un lado, hemos analizado seis grupos formados por parados y paradas de corta y larga duración, así como en situaciones de precariedad entre el paro y la ocupación intermitente. Como suele hacerse en la metodología de los grupos de discusión, el objetivo es recrear los discursos sociales cotidianos a partir de la situación grupal, formada a partir de perfiles con cierta homogeneidad social. La selección de los perfiles se realizó a partir de las configuraciones sociales del tiempo (Callejo y Prieto, 2015) que surgieron a partir de un análisis de conglomerados realizado con la Encuesta de Empleo del Tiempo de 2009-10 del INE. A continuación, mostramos la composición de los seis grupos de discusión -48 personas, ocho personas cada grupo- que hemos utilizado para nuestros datos cualitativos.

**Tabla metodológica 3. Diseño de los perfiles de los grupos de discusión**

	GÉNERO	TIEMPO EN PARO	CLASE	HOGAR	EDAD	CIUDAD	OTRAS NOTAS
<b>Parados corta duración (Parados CD)</b>	Hombres	6 – 12 meses	Populares Medias	Con pareja e hijos	30 - 45 años	Cádiz	Parece “larga” a pesar de ser corta duración
<b>Parados larga duración Grupo 1 (Parados LD)</b>	Hombres	Más de dos años	Populares Medias	La mayoría con pareja e hijos (mayores)	40 - 60 años	Madrid	Algunos separados
<b>Parados larga duración Grupo 2 (Parados LD2)</b>	Hombres	Más de dos años	Populares Medias	La mitad con hijos	30 - 45 años	Madrid	La mitad participan en movimientos sociales
<b>Paradas</b>	Mujeres	Corta y larga duración	Populares Medias	La mayoría con hijos	30 - 45 años	Madrid	Primer grupo piloto
<b>Precarios</b>	Hombres	Intermitente	Populares Medias	La mitad con hijos	30 - 45 años	Madrid	
<b>Precarias</b>	Mujeres	Intermitente	Populares Medias	Todas con pareja e hijos	30 - 45 años	Cádiz	Todos los maridos sin trabajo estable

¿En qué sentido la ausencia de algunos perfiles puede limitar el alcance de nuestras conclusiones? Puesto que no tratamos de representar todos los perfiles existentes en el paro, sino las principales prácticas que se dan en el tiempo del paro, esta muestra representa suficientemente la heterogeneidad de las prácticas y los discursos, puesto que no buscamos una representatividad distributiva en sentido estadístico, sino estructural (Ibáñez, 1986). Como no buscamos realizar un esquema para situar a los sujetos en unos ejes de coordenadas, en función de alguna variable, pues no es nuestro objetivo, consideramos suficientemente cubiertos los objetivos de la investigación. Además, secundariamente, hemos utilizado expresiones obtenidas de otros grupos de discusión del proyecto TRACUVI -de personas “superocupadas”, ocupadas y de amas de casa<sup>177</sup>- que nos han servido para mostrar el sentido del tiempo del desempleo a partir de su similitud o contraste respecto al tiempo fuera del desempleo.

### *Guiones de entrevistas y grupos*

El objetivo de las entrevistas y los grupos fue captar las prácticas y discursos en torno al sentido de los usos del tiempo en la vida cotidiana en el desempleo

Para realizar las entrevistas seguimos los criterios comunes y el guión marco del proyecto TRACUVI que mostramos más adelante. A éste, le añadimos algunas cuestiones específicas para el tratamiento del desempleo.

En las entrevistas que realizamos, particularmente en mi caso<sup>178</sup>, seguí las reflexiones teórico-metodológicas de Bourdieu (1991, 1993c)<sup>179</sup>. En esa forma de hacer la entrevista, no se busca la expresión “espontánea” del discurso que habla “por sí mismo” sino que cada entrevista debe prepararse intentando pensar y preguntar desde “el lugar” definido por las condiciones sociales generales del sujeto. En nuestro caso, lo hicimos así pues ya disponíamos de esa información al haberla recogido telefónicamente. Tratábamos de aprender de la práctica de la

<sup>177</sup> Ya vimos algunas de esas expresiones en la introducción, para ilustrar la escasez general de tiempo, así como se verá más tarde en algunos cuadros. Señalamos aquí las condiciones sociales específicas de esos grupos: 1) Varones superocupados, con pareja e hijos menores, 30-55 años, clases medias y media-alta, Madrid. 2) Grupo de ocupados estables con jornada normal, con pareja e hijos, 30-55 años, clases medias y media-alta, Madrid. 3) Mujeres superocupadas, con pareja e hijos menores, 30-55 años, clase media-alta y alta, Barcelona. 4) Mujeres con extensa dedicación a tareas domésticos y de cuidados (Amas de casa), 35-55 años, clases populares, Sevilla.

<sup>178</sup> De las 28 entrevistas realizadas, yo realicé doce, mientras que las otras 16 las realizaron en Madrid y Cádiz otros dos investigadores del proyecto –Javier Callejo y Sofía Pérez. A los grupos de discusión asistí como oyente a los realizados en Madrid y no dirigí ninguno.

<sup>179</sup> Sobre metodología de entrevista y grupo de discusión, Jociles (2006) o Martín Criado (1997) desarrollan de modo muy interesante las implicaciones de la sociología bourdieana. Sin embargo, no compartimos con este último todas sus críticas a la interpretación psicoanalítica de los discursos de los grupos, como se evidenciará en nuestros análisis.

relación de entrevista, de modo que pudiéramos ir elaborando la conversación evitando las banalidades y mediante muestras de empatía y escucha activa, para que los sujetos pudieran contar en el tiempo asignado aquello que ocurría en sus vidas de manera significativa y, al mismo tiempo, señalaran aquello que se da por irrelevante pero que a menudo es lo sociológicamente significativo. Fue necesario hacer el ejercicio mental de pensar cómo cada persona en paro se relacionaría con nuestra posición de “investigador de la Universidad” en el marco de la situación de entrevista, con nuestra edad juvenil, con nuestro género masculino, y con todos los signos externos que son codificados por el otro e intervienen en la forma y en el contenido de lo que se habla<sup>180</sup>. De ese modo, intentábamos contrarrestar sobre la marcha estos efectos mediante la conversación, los tonos, los gestos, las miradas, la omisión de aquello significativo que está en potenciales condiciones de emerger si se lo remueve, y que es sociológicamente significativo precisamente porque señala aquello que está normalizado desde una posición social particular; si bien, y en todo caso, respetando los límites de aquello que cada persona no quiere, no debe o no puede remover. Por la especial situación de vulnerabilidad de algunas personas, y en muchos casos por el aislamiento social propio del desempleo, algunas entrevistas derivaron en la expresión de afectos y lágrimas, particularmente en el caso de las mujeres paradas.

Se comenzaba pidiendo a la persona que narrara una breve biografía, para delimitar así el marco general de sus acontecimientos vitales más significativos. Se continuaba preguntando cómo era un día normal antes del desempleo desde la hora de levantarse hasta el momento de acostarse, haciendo énfasis en lo que era vivido como normalidad y en los conflictos o problemas vividos como anormalidad. Si no lo hubieran especificado lo suficiente, se preguntó a los sujetos sobre los contrastes en el sentido de tres categorías de actividad: el tiempo de trabajo, el tiempo de trabajo doméstico y cuidados, y el tiempo libre. Después, preguntamos por un día normal durante el desempleo, viendo la existencia de contrastes, conflictos y vivencias respecto a la normalidad previa al desempleo. Se preguntó concretamente sobre la valoración del tiempo dedicado a las actividades, tanto en términos individuales como sociales. Ya al final, se enfatizó específicamente sobre el carácter justo o injusto de la distribución del tiempo y las actividades. Al hilo de las

---

<sup>180</sup> “El sociólogo digno de tal nombre no puede ignorar que lo propio de su punto de vista es ser un punto de vista sobre un punto de vista. Sólo puede reproducir el punto de vista de su objeto, y constituirlo como tal resituándolo en el espacio social, a partir de ese punto de vista muy singular (y, en un sentido, muy privilegiado) en el que hay que colocarse para estar en capacidad de tomar (con el pensamiento) todos los puntos de vista posibles o de “vivir todas las vidas”, como decía Flaubert. En la medida en que es capaz de objetivarse a sí mismo, puede, siempre permaneciendo en el lugar que le está inexorablemente asignado en el mundo social, trasladarse con el pensamiento al lugar en que se encuentra situado su objeto y tomar así su punto de vista, es decir comprender que si estuviera, como suele decirse, en su lugar, sin duda sería y pensaría como él.” (Bourdieu, 1991)

actividades mencionadas, se profundizaba en función de la significatividad explícita o implícita que interpretábamos en su discurso.

#### Tabla metodológica 4. Guión de entrevista individual

##### 1. PEQUEÑA BIOGRAFÍA. (*IR DEL PASADO AL PRESENTE AL FUTURO.*)

###### *\*UN DÍA NORMAL ANTES DEL DESEMPLEO*

2. ¿QUÉ HACÍAS EN UN DÍA NORMAL PARA TI? Desde que te levantas hasta que te acuestas
3. PROBLEMAS QUE TE ENCONTRABAS EN EL DÍA A DÍA
  - FIN DE SEMANA
4. RELACIÓN EN LA CASA → ¿QUIÉN HACE QUÉ? ¿CÓMO OS ORGANIZABÁIS? ¿SIEMPRE OS HABÉIS ORGANIZADO IGUAL? ¿CONFLICTOS?

###### *\*UN DÍA NORMAL EN EL DESEMPLEO ACTUAL*

5. Y DESDE QUE ESTÁS EN PARO, ¿qué ha cambiado en tu vida?
  - ¿Cómo ha ido pasando el tiempo que llevas en paro?
  - ¿Tienes apoyos o ayuda de otras personas? ¿Cómo sientes que alguien te apoye?

###### *\*SENTIDO Y VALOR DEL TIEMPO Y ACTIVIDADES*

6. ¿Cómo ves ahora el trabajo? ¿Y las cosas del trabajo doméstico y la casa? ¿Y tu tiempo libre o de ocio? IMAGÍNATE QUE...
  - Si cobraras una prestación suficiente para tus necesidades básicas, ¿querrías trabajar?
  - Si tuvieras una empleada doméstica, de todas las cosas de la casa, ¿cuáles le encargarías y cuáles no?

###### *\*ORGANIZACIÓN SOCIAL DEL TIEMPO Y ACTIVIDADES*

7. Pongamos por caso, lo que una persona hace en un día entre el “tiempo del trabajo”, el “tiempo que dedica a las cosas de la casa y a los niños”, y “el tiempo libre”, ¿cómo crees que debería ser lo que cada persona dedica a cada actividad? ¿Cómo crees que debería ser en general?
8. ¿CÓMO TE VES TÚ, COMO TE SITÚAS, RESPECTO A LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN GENERAL?
9. Independientemente de tu experiencia personal, así en general, ¿LA SOCIEDAD ES JUSTA? ¿POR QUÉ? ¿QUÉ SE DEBERÍA HACER PARA QUE FUESE JUSTA? 7
10. ¿Cómo ves el futuro?

Elaboración: Elaboración propia y Proyecto TRACUVI (Prieto, 2015).

Para los grupos de discusión, el guión fue el siguiente.

**Tabla metodológica 5. Guión general de los grupos de discusión**

**PRIMER BLOQUE.**

- (Estímulo inicial): Estamos preguntando a distintos tipos de personas sobre su vida en el día a día. Estamos interesados en saber cómo la gente se organiza la vida
- ¿Qué actividades realizáis en un día cualquiera, en el día a día?
- ¿Qué cambios ha habido en la forma de organizarse el día a día antes y después del desempleo?
- ¿Conflictos? ¿Problemas?

**SEGUNDO BLOQUE**

- ¿Cómo valoráis, qué sentido tiene para vosotros, el trabajo remunerado?
- ¿Cómo valoráis el trabajo doméstico y los cuidados?
- ¿Cómo valoráis las actividades del tiempo libre?
- ¿Cómo veis vuestra actual organización del trabajo remunerado, trabajo doméstico y de cuidados y tiempo libre? ¿Cambiaríais algo de cómo está organizada vuestra vida normal?
- ¿Es justa la forma actual de organizar en la sociedad española el día a día a día? ¿Qué forma de organizar el día a día creéis que sería justa?
- ¿Cómo veis el futuro?

**TERCER BLOQUE.** Preguntas sobre tiempos asignados a actividades según distintos perfiles

Elaboración: Resumen adaptado al perfil de desempleo según guión del Proyecto TRACUVI (Prieto, 2015)

A lo largo del texto, en algunas notas al pie señalaremos el sentido del discurso en función de los objetivos buscados por el investigador.

*Las particularidades del periodo 2007-13*

A lo largo de toda la investigación, y especialmente en el capítulo sobre el arreglo temporal, hemos definido los rasgos temporales del contexto en el que toma sentido nuestra investigación. Además, metodológicamente, hay que justificar la elección del periodo escogido para la recogida de datos, entre 2007 y 2013, para ver cómo este contexto particular es proclive para llevar a cabo nuestros objetivos de investigación.

El periodo 2007-13 es de un interés sociológico central para investigar los procesos de *reconstitución* de las normas temporales –y así, de la paradoja del tiempo escaso- a partir

precisamente de sus formas concretas de desestructuración. Ese periodo coincide con el punto más bajo y el punto más alto en número de parados EPA: 1.773.200 parados en el segundo trimestre de 2007; 6.278.200 parados en el primer trimestre de 2013. La diferencia de parados aumentó en 4.506.000 parados, cuatro millones y medio de parados más, lo que significa que el número oficial se multiplicó por 3'5, mientras que la tasa de paro se elevó de un 8% a un 27%. Puesto que nuestro objetivo es analizar las transformaciones en las normas, prácticas y disposiciones temporales, éstas emergen, aparecen, se hacen evidentes, cuando su ritmo *normal* de transformación se ha alterado significativamente con la producción de desempleo masivo, se han hecho *anormales* para volver a ser nuevamente *normales*. El efecto de contraste provocado durante el periodo del arreglo temporal nos permite comprender así las relaciones entre el tiempo del desempleo y la división social del tiempo, al poner en evidencia que el desempleo masivo opera como una parte intrínseca de esa división. En todo caso, que este periodo sea idóneo para nuestra investigación no significa que fenómenos parecidos no pudieran estudiarse en cualquier otro periodo, pues como ya dijimos, la dinámica de transformación de las relaciones temporales ocurre siempre.

Las entrevistas y grupos de discusión se realizaron al final de este periodo, entre octubre de 2012 y mayo de 2013, por lo que su forma debe entenderse dentro del momento de mayor desempleo.

### *Supuestos metodológicos generales*

Como en toda investigación, tenemos supuestos y límites metodológicos que asumimos, y que pueden ser puntos a partir de los cuales se pueda criticar nuestro proceder. Son el tempocentrismo, el nacionalismo metodológico, y el cronocentrismo.

Partimos de la premisa de que un enfoque “tempocentrista” tiene una especificidad propia, y que puede ser relativamente autónomo (Ramos, 2014: 169). Tanto la ventaja como el inconveniente de la dimensión temporal es que no hay literalmente nada atemporal, por lo que la totalidad de las transformaciones de los fenómenos sociales pueden captarse como una transformación *temporal*. Para no caer en una inespecificidad “omnitemporal”, poco productiva para una investigación, no tenemos una receta determinada. El único remedio consiste en mostrar la capacidad *explicativa y comprensiva*<sup>181</sup> del análisis, para situarnos en una tensión permanente

---

<sup>181</sup> “Contra la antigua distinción de Dilthey, hay que plantear que *comprender y explicar son una sola cosa*.” (Bourdieu, 1993c: 532).

entre lo general y lo particular, que nos permita movernos entre los detalles sin ser excesivamente detallistas, y saltar hacia la generalidad sin ser demasiado generalistas.

Estudiar el caso español, equiparando sociedad con Estado-nación, es un límite que hay que asumir para cerrar en algún momento el territorio que se abarca. En ese sentido, al tratar las relaciones entre los tiempos del trabajo, cuidados, paro, etc. a menudo suponemos la autonomía relativa de la división social del tiempo en España, lo que en sentido estricto es falso. El *nacionalismo metodológico* que a menudo damos por supuesto debe entenderse dentro de los datos de producción global de trabajadores y tiempo superfluo que señalamos [cap. 2].

Llamamos *cronocentrismo* al supuesto de la validez de los dispositivos de representación y medida del tiempo cuantitativo. Desde nuestro enfoque no aspiramos a naturalizar las medidas de tiempo cuantitativo, ni a dar por incuestionables los resultados que ofrecen sus dispositivos de medida. Hemos ya señalado que la propia medición del tiempo es condición de la representación y mercantilización del tiempo (Gorz, 1988: 3) y que las prácticas no adquieren su sentido tanto por su contenido como por su forma temporal así como por su inserción en una secuencia de momentos, etc. Aunque como ya señalamos a menudo problematizamos este cronocentrismo, en diferentes ocasiones lo damos por supuesto al tomar las categorías de actividad de la EET como si su contenido fuera idéntico a su forma temporal: ‘buscar trabajo’ es representado como tiempo con forma temporal de trabajo; ‘ver la televisión’ puede ser representado como tiempo con forma temporal improductiva [4.1, 5.2, 6.2, 7.2, 8.2], lo que no necesariamente es así.

### 3.4. Resumen

En este capítulo hemos justificado epistemológica y metodológicamente el sentido de nuestra propuesta de investigación sobre el paro. Hemos sociologizado el concepto de *las formas del tiempo del paro* y la definición del paro propuesta, de manera que se vea de manera más concreta el sentido de nuestro análisis. El concepto de forma se orienta a la comprensión y explicación social de las transformaciones de las normas, prácticas y disposiciones temporales de los parados, lo que nos servirá para captar la paradoja del tiempo escaso y la función del desempleo en ésta. Finalmente, hemos especificado por qué los perfiles de parados escogidos en la muestra se ajustan al objetivo de nuestra investigación, así como el periodo y contexto del estudio; hemos ejemplificado el modo en que interpretaremos nuestros datos, y hemos señalado los supuestos asumidos.

# SEGUNDA PARTE

## LAS FORMAS DEL TIEMPO DEL PARO



# CAPÍTULO 4

## ¿Qué se hace con el tiempo en el paro?

Un primer mapa general\*

---

\* Este capítulo es una versión modificada –ampliada en el apartado 4.1, reducida en el 4.2- del primer análisis que realizamos del tiempo del paro, entre 2012 y 2013 (Briales, 2016). En ese momento, buscábamos relacionar nuestro incipiente marco teórico sociotemporal con el concepto de vulnerabilidad de Robert Castel. Aunque ya teníamos en mente la pregunta por la paradoja del tiempo escaso, aún no habíamos desarrollado con precisión el concepto de tiempo superfluo, y por ello, todavía no captábamos sus implicaciones, de manera que nuestro concepto central todavía no se menciona directamente. Sin embargo, ahora en 2015 vemos que el marco de Castel no captaba la posibilidad del tiempo disponible en el paro [cap. 8], y suponía cierta visión sociologista y positiva del trabajo [1.4]. De esa manera, el análisis del apartado 4.3 no incluye la posibilidad del tiempo disponible como una de las posibles prácticas del desempleo. Pero como aquel análisis refleja nuestro propio proceso de investigación, hemos decidido incluirlo en la exposición porque, aunque está incompleto, no es incompatible con el marco que hemos desarrollado, y porque nos sirve como un mapa general válido que refleja las primeras intuiciones que finalmente derivaron en los análisis más completos que hemos realizado en los capítulos 5, 6, 7 y 8.

Antes de entrar en el análisis detallado y extenso de los capítulos 5, 6, 7 y 8, en los cuales movilizaremos todas las herramientas teórico-metodológicas señaladas en la primera parte, en este capítulo nos proponemos trazar un mapa que nos permita situar las prácticas de parados y paradas en sus tendencias más generales. Como este mapa quiere ser de carácter exploratorio, utilizamos herramientas conceptuales más sencillas y no entramos en grandes detalles. Para ello, nos hacemos una pregunta sencilla: ¿qué se hace con el tiempo del paro? O expresado de un modo más sociológico: ¿cuál es la relación general entre el uso del tiempo en el paro, las condiciones sociales y los procesos de vulnerabilización?

En primer lugar, hacemos un análisis general de los tiempos dedicados por “el parado medio”, una abstracción para ver las tendencias principales captadas por las encuestas de medición de tiempos cuantitativos. Después, problematizamos el argumento del aparente “poco” tiempo dedicado por los parados a la búsqueda de empleo, y después, analizamos las actividades que la Encuesta de Empleo del Tiempo categoriza como “tiempo libre”, para ver el aumento que en el paro tiene respecto a la ocupación, y vemos el papel diferenciador clave de la dimensión de género.

En segundo lugar, abordamos el tiempo del paro como un tiempo *vaciado* que las personas tratan de *rellenar* mediante sus prácticas. Reflexionamos sobre los conceptos de estrategia y táctica para entender el sentido de estas prácticas, y delimitamos cuatro condiciones sociales que contribuyen a explicar los grados de agencia sobre el tiempo de los sujetos: el tipo de socialización laboral del parado, la significación de la duración en el desempleo, el tipo de relación doméstica y la clase social. En tercer lugar, delimitamos cinco tácticas temporales muy generales, que hemos llamado: invertir tiempo, rellenar el tiempo, acortar el tiempo, sobrevivir al tiempo, y no-táctica. Relacionamos estas tácticas con el proceso de vulnerabilización de los parados, para una reflexión introductoria sobre “las condiciones de la cohesión social a partir del análisis de situaciones de disociación” (Castel, 1995: 14).

Concluimos el capítulo mostrando como estas tácticas temporales pueden ser vistas como momentos de un proceso de vulnerabilización asociado a la desestructuración de las normas temporales cotidianas. La importancia de la vulnerabilización asociada al desempleo se evidenciará con el hecho de que, con que sólo una de las cuatro condiciones señaladas se vea fuertemente afectada, la vulnerabilización del sujeto en paro será muy pronunciada.

#### 4.1. El tiempo del parado “medio”

En este apartado analizamos las magnitudes del tiempo del paro a partir de los datos de las Encuestas de Empleo del Tiempo (EET) de 2002/03 y 2009/10. Mediante esta operación, vemos un mapa general de los tiempos medios de la población parada.

Aunque el “parado medio” que resulta del análisis de los tiempos medios constituya sin duda una pura construcción del dispositivo de representación estadístico, es posible una interpretación de los datos que nos sea útil para nuestros objetivos. Como venimos repitiendo, el tiempo no son sólo los minutos medidos sino, antes que nada, el sucederse de los acontecimientos socialmente significativos.

Para tener el mapa del uso del tiempo del parado medio hemos seleccionado los siguientes datos de la Encuesta de Empleo del Tiempo: 1) los tiempos medios dedicados por la población en paro a las diferentes actividades; 2) el porcentaje de población parada que participa en una actividad en un día medio, y la duración media diaria (DMD) de quienes participan; 3) una comparación de los datos de parados entre 2003 y 2010 para ver si los usos del tiempo permanecen iguales o varían según las diferentes actividades.

**Tabla 6. Tiempo medio por actividad y proporción sobre el total del día (población parada)**

Actividades	Mins/día	% total	% <i>activo</i>	
0 Cuidados personales	11:48*	49%	X	
1 Búsqueda de empleo	0:27	2%	4%	<b>Trabajo de competir por el trabajo</b>
2 Estudios	0:23	2%	3%	
3 Hogar y familia	3:53	16%	32%	<b>Desempleo reproductivo</b>
4 Trabajo voluntario y reuniones	0:22	2%	3%	<b>Desempleo improductivo</b>
5 Vida social y diversión	1:12	5%	10%	
6 Deportes y activs. al aire libre	0:53	4%	7%	
7 Aficiones e informática	0:46	3%	6%	
8 Medios de comunicación	3:05	13%	25%	
9 Trayectos y otros	1:11	5%	10%	
<b>TOTAL</b>	<b>24:00</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	

Fuente: EET 2009/10, INE

Tabla 7. Tiempo medio dedicado por quienes participan en la actividad en un día medio

Actividades	Mins/día	% participación*	
0 Cuidados personales	11:46	100%	
1 Búsqueda de empleo	3:10	14%	Trabajo de competir por el trabajo
2 Estudios	3:45	10%	
3 Hogar y familia	4:24	88%	Desempleo reproductivo
4 Trabajo voluntario y reuniones	2:31	15%	Desempleo improductivo
5 Vida social y diversión	1:59	61%	
6 Deportes y activs. al aire libre	2:02	44%	
7 Aficiones e informática	2:20	33%	
8 Medios de comunicación	3:24	91%	
9 Trayectos y otros	1:25	84%	

Fuente: EET 2009/10, INE. \* Porcentaje sobre población parada total

Tabla 8. Comparación de tiempos medios en un día medio sobre población parada total, y sobre población que participa en un día medio (2003-10)

Actividades	Mins/día (Población parada total)		% participación*		Mins/día (de quienes participan)	
	2003	2010	2003	2010	2003	2010
0 Cuidados personales	11:32	11:48	100%	100%	11:31	11:46
1 Búsqueda de empleo	0:28	0:27	13%	14%	3:36	3:10
2 Estudios	<b>0:54</b>	<b>0:23</b>	<b>20%</b>	<b>10%</b>	<b>4:26</b>	<b>3:45</b>
3 Hogar y familia	3:48	3:53	88%	88%	4:18	4:24
4 Trabajo voluntario y reuniones	0:17	0:22	13%	15%	2:09	<b>2:31</b>
5 Vida social y diversión	1:53	1:12	74%	<b>61%</b>	2:32	<b>1:59</b>
6 Deportes y activs. al aire libre	0:52	0:53	46%	44%	1:55	2:02
7 Aficiones e informática	0:27	0:46	23%	<b>33%</b>	1:59	<b>2:20</b>
8 Medios de comunicación	2:37	3:05	89%	91%	2:56	<b>3:24</b>
9 Trayectos y otros	1:12	1:11	84%	84%	1:26	1:25
<b>TOTAL</b>	24:00	24:00				

Fuente: EET 2002/03, 2009/10, INE. \* Porcentaje sobre población parada total

Como se ve en estas dos tablas, hemos clasificado la categorización de actividades de la EET dentro del marco conceptual que estructura nuestros capítulos, de manera que ahí trataremos cualitativamente cómo se expresan estas magnitudes de tiempo cuantitativo en la vida cotidiana en el paro.

En la tercera tabla, la comparación entre las dos encuestas de Empleo del Tiempo realizadas en España no muestra grandes variaciones, lo que es útil para confirmar las principales tendencias registradas en 2003. Los datos que sí varían entre los registros de 2003 y 2010 indican que disminuye el tiempo de ‘estudios’ y el de ‘vida social y diversión’, mientras aumenta el tiempo de ‘aficiones e informática’ y ‘medios de comunicación’.

De la comparación entre 2003 y 2010, dos datos llaman la atención: ¿cómo explicar la significativa disminución de la participación y del tiempo dedicado a estudios –de 54 a 23 minutos diarios de media– cuando se supone que es una de las principales actividades en el paro? Habrá que explicarlo más adelante [5.2, 5.5]. Y un dato aparentemente alarmante: ¿Qué explicación puede tener la baja proporción relativa del tiempo de búsqueda de trabajo? ¿Qué significa que, teniendo tanto tiempo libre, tanto los parados de 2003 como los de 2010 dedican de media sólo 27 minutos diarios a buscar empleo? Aunque lo trataremos también con los datos cualitativos [5.4], podemos dar ya una primera explicación.

### *¿Se dedica poco tiempo a la búsqueda de trabajo?*

Obviando por el momento las diferencias entre grupos, a simple vista, el dato del tiempo dedicado a la ‘búsqueda de trabajo’ podría justificar la extendida creencia de que los parados se esfuerzan *poco* en tal actividad. La extendida creencia de la vagancia del parado se presenta como una de las causas de que estén parados, así como la creencia de la ociosidad de los españoles [7.8.2] se presenta como una de las causas de la alta tasa de paro que sufre España en comparación con otros países con una cultura del trabajo más estricta. Esta creencia, además, apoya el argumento de la ineficacia de las prestaciones y la necesidad de disminuirlas, para que los parados tengan más “incentivos” para trabajar [Anexo]. Otra interpretación fácil podría afirmar que cuando los parados inciden discursivamente en el esfuerzo que realizan para volver a trabajar [cap. 5] en realidad están exagerando sus conductas para ocultar el desinterés por trabajar que a menudo les caracterizaría.

Por el momento, y hasta entrar en los datos cualitativos, hay una manera rápida y sencilla de refutar este tipo de explicaciones: comparar la magnitud del dato de tiempo dedicado en España a ‘buscar trabajo’ y a ‘formarse’ con los datos que se obtienen de países donde se supone

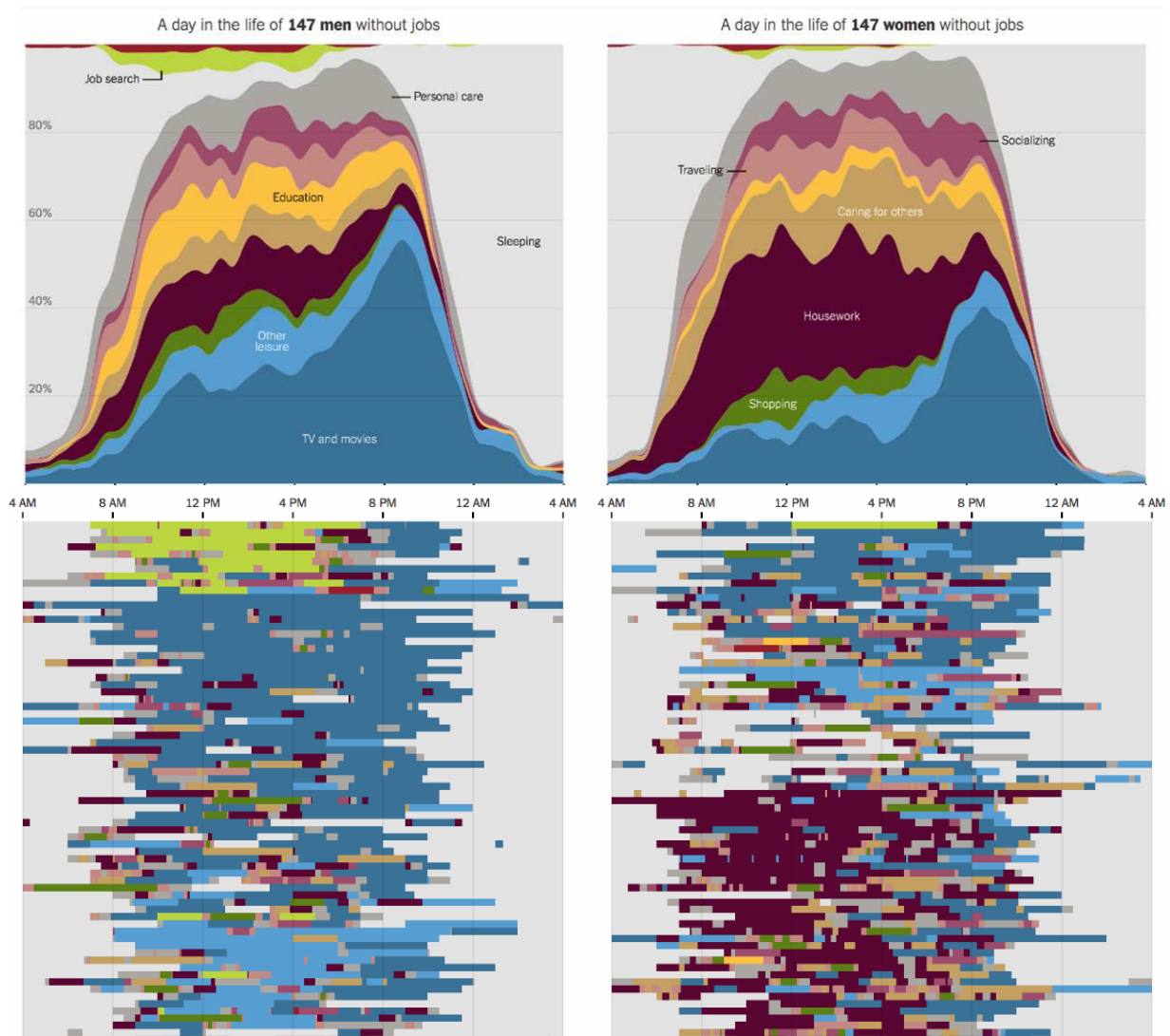
que la cultura del esfuerzo está muy asentada. Siguiendo los estudios transnacionales, en los países occidentales el tiempo dedicado a la ‘búsqueda de trabajo’ supone un porcentaje menor al 6% del tiempo previo dedicado al trabajo remunerado (Aguilar et al., 2013b)<sup>182</sup>. Las conclusiones son similares según otro estudio internacional (Krueger y Mueller, 2008), que compara los datos armonizados de catorce países occidentales mediante Encuestas de Tiempo. En ningún país ni región de países los parados superan la media hora diaria de ‘búsqueda de trabajo’, y en ninguno la suma de ‘búsqueda de trabajo’ y ‘formación’ supera la hora diaria. Dentro de esta homogeneidad general, hay diferencias de grado. En nuestro país, el parado medio busca más trabajo y participa más en un día medio que en la mayoría de los catorce países de ese estudio, por encima de países como Alemania, Reino Unido, Finlandia o Bélgica. A pesar de las condiciones del histórico desempleo estructural español, nuestro país sólo se sitúa significativamente por debajo de Estados Unidos y Canadá. Por tanto, puede decirse que, asumiendo que la proporción de tiempo dedicada a buscar trabajo y a formarse no es fundamentalmente diferente sino fundamentalmente compartida a nivel europeo, en España los parados invierten más tiempo que en la mayoría de países europeos<sup>183</sup>.

Para constatar que las similitudes internacionales son lo primordial no sólo en el tiempo invertido para volver a trabajar sino en la estructura básica del tiempo del paro, se puede ver la similitud de las tendencias generales con un vistazo a dos gráficos muy expresivos visualmente configurados a partir de datos de parados y paradas estadounidenses:

---

<sup>182</sup> Los estudios de los economistas nos sirven tanto para refutar la explicación culturalista, como para mostrar la connotación del economicismo temporal cuando hacen pasar por ciencia positiva los juicios de valor que atraviesan su lenguaje: “A partir de las variaciones internacionales en los cambios del trabajo de mercado, mostramos que entre el 2 y el 6 por ciento de las horas previas del trabajo de mercado son asignadas a la búsqueda de trabajo. Sin embargo, esto representa un gran incremento dado cuán poco tiempo [how little time] asignan los trabajadores desempleados a la búsqueda de trabajo” (Aguilar et al., 2013b: 1665). Según la interpretación de estos economistas, es “poco” el tiempo que se dedica a la búsqueda de trabajo en todos los países, cuando lo que su dato implica es, sencillamente, que precisamente el dato no es “poco” ni “mucho” si en todos los países las proporciones de tiempo tienden a coincidir

<sup>183</sup> Apoyando nuevamente el argumento que defendimos anteriormente [1.4], un simple vistazo a los gráficos de los usos de tiempo en quince países europeos (HETUS, 2007), debería servir para ver cómo lo que se presenta como grandes diferencias “culturales” de horarios (Buqueras, 2006a), no son sino diferencias de *grado* dentro de una estructura temporal básicamente compartida.

**Imagen 2. Tempogramas de parados y paradas de Estados Unidos\***

Fuente: Katz (2015). Arriba, porcentaje de parados/as que participan en una hora concreta en un día medio  
Abajo, cada línea representa un caso (Izquierda: hombres. Derecha: mujeres)

Lo interesante de la comparación con Estados Unidos, a pesar de ser un país muy diferente en muchos aspectos, es que las tendencias que muestran los datos de uso del tiempo son muy parecidas a España. Y se constata que, entre sexos, las actividades diferenciadas en España lo son también en Estados Unidos: más ‘búsqueda de empleo’ y ‘televisión’ en los parados, más ‘trabajo doméstico y de cuidados’ en las paradas.

Aunque lo veremos después con detalle, podemos ya adelantar que un límite importante en las Encuestas de Tiempo es que subestima el tiempo de búsqueda de trabajo: lo que se categoriza como ‘trabajo voluntario’ o ‘vida social’ puede significar tiempo libre para alguien ocupado, pero durante el tiempo del paro, estas actividades pueden a menudo significar tiempo

de búsqueda de trabajo [5.4]. Ello ayuda a explicar también que la proporción de tiempo de búsqueda de trabajo aparezca relativamente baja en todos los países.

Por tanto, según estos datos, el alto paro español no se puede atribuir a una explicación culturalista-nacional –“los parados en España dedican *poco* tiempo a buscar trabajo”, “la cultura española lleva a buscar poco trabajo” [7.8]. Igualmente, hemos visto que la estructura del tiempo del paro es compartida en los países capitalistas avanzados, lo que apoya nuestra elección metodológica de realizar un estudio del tiempo del paro a partir de un caso con alta tasa de paro que haga emerger la transformación de los rasgos estructurales asociados a la anormalidad de la situación. Por ello, en vez de partir de una investigación comparada centrada en las diferencias internacionales, que tendería a dar por supuestos los rasgos estructuralmente compartidos en vez de dar cuenta del patrón global compartido, estas evidencias nos muestran que la estructura temporal compartida debe también problematizarse y explicarse como un hecho social.

### *La polarización del tiempo “libre” por género con el desempleo*

Por la importancia de su magnitud en el tiempo del paro, y para tener una perspectiva general del tiempo dedicado a actividades “no obligatorias” –ni trabajo ni cuidados-, mostramos los datos de las actividades que la EET que se pueden categorizar como ‘tiempo libre’. Señalar, además, las diferencias de género, nos indicará cómo los tiempos de parados y paradas se diferencian de manera importante, como ya adelantamos al señalar el tempograma de parados y paradas en Estados Unidos. De este modo, señalamos en tres columnas las diferencias en el porcentaje de población que participa en la actividad en un día medio, así como los minutos dedicados a tales actividades: 1) entre ocupados y parados, 2) entre ocupadas y paradas, y 3) entre el aumento de minutos de ‘tiempo libre’ de los varones respecto a las mujeres según estén ocupados o parados.

**Tabla 9. Aumento de diferencias de género en ‘tiempo libre’ entre ocupados/as y parados/as**

Actividades*	Ocupados → Parados		Ocupadas → Paradas		Aumento de tiempo libre**	
	Aumento de participación	Aumento de mins./día	Aumento de participación	Aumento de mins./día	Diferencia ocdos-ocdas	Diferencia pdos-pdas
Medios de comunicación	85% → 91% (+6%)	2:20 → 3:45 (+1:25)	84% → 91% (+7%)	2:02 → 2:55 (+0:53)	+0:18	+0:50
Vida social y diversión	52% → 60% (+8%)	1:41 → 2:05 (+0:24)	54% → 63% (+7%)	1:29 → 1:50 (+0:21)	+0:12	+0:15
Deportes y activ. aire libre	32% → 48% (+16%)	1:43 → 2:13 (+0:30)	29% → 38% (+9%)	1:31 → 1:44 (+0:13)	+0:17	+0:29
Aficiones e informática	30% → 36% (+6%)	1:33 → 2:42 (+1:09)	20% → 28% (+8%)	1:16 → 1:42 (+0:26)	+0:17	+1:00

Fuente: Elaboración propia a partir de la EET 2009-10, INE. \* Se ha excluido ‘Trabajo voluntario’ por su baja participación



En primer lugar, los datos nos sugieren que el desempleo aumenta, en todos los casos, la realización de actividades de ‘tiempo libre’ y el tiempo dedicado a las mismas. Si miramos la tabla por género, la diferencia en tiempo libre a favor de los varones es mayor entre parados y paradas que entre ocupados y ocupadas, lo que evidencia que, sin ninguna otra consideración, el paro por sí sólo aumenta las diferencias por género en mera cantidad de tiempo libre. Aunque en el paro no hay diferencias de participación según género en las dos actividades principales –‘medios’ y ‘vida social’–, la televisión sigue siendo la actividad fundamental del tiempo libre –como componente básico de ‘medios de comunicación’. Según estos datos, los parados dedican a la televisión casi una hora diaria más respecto a las paradas, y una hora y media diaria más respecto a los ocupados. En ‘deportes’ e ‘informática’ sigue más alta la participación masculina en un día medio –48% y 36% de los parados frente a 38% y 28% de las paradas. En informática, la diferencia por género respecto a la ocupación es de una hora diaria de media.

Si bien podríamos hacer muchos más análisis sobre las subactividades, separando por tipos de hogares o día de la semana<sup>184</sup>, para lo que ahora nos interesa, constatamos que se mantiene el patrón que ya se había señalado en la EET 2002-03 (Callejo et al., 2009: 22-7). Se confirma lo que ya sabíamos desde los primeros estudios que utilizaron estos métodos de medición: hay “dos relojes” (Prieto y Ramos, 1999: 484), y el paro, en términos generales, aumenta la *desincronización* relativa de esos dos relojes [6.2]. Pero además de lo que ya conocíamos, si el paro no sólo aumenta para todos los casos el tiempo dedicado al ‘trabajo doméstico’ y al ‘tiempo libre’, sino que además hace que esos aumentos profundicen más la división desigual de los tiempos entre hombres y mujeres, podemos concluir que tales diferencias tenderán a aumentar con la actual crisis. El resultado es: más hombres con más tiempo “libre” desestructurado, y más mujeres con más cargas domésticas y de cuidados [cap. 6].

A la luz de estos datos, llenar el tiempo parece más difícil de realizar para los parados que para las paradas, ya que éstos tienen mucho más tiempo libre, y éstas un poco más de tiempo libre que compensan en parte con la dedicación a las actividades domésticas. Pero estos datos, no dicen nada respecto a cómo de llenos están esos minutos. ¿Son iguales los minutos de la encuesta entre unas u otras personas? ¿Son iguales los minutos a lo largo de un día? ¿O después de dos meses en paro iguales que después de dos años? En términos de género, la categorización de ‘paradas’ tiene una ambigüedad fundamental, pues sabemos que muchas mujeres fluctúan entre el paro y la llamada inactividad sin que necesariamente tenga que cambiar algo en su día a día.

---

<sup>184</sup> Por otra parte, en la EET no hay posibilidad de estudiar el paro según corta o larga duración ni tampoco en términos de trayectorias.

Además, podríamos extendernos en explicar cómo el dispositivo de producción de datos puede tender a registrar un tipo de actividades y no otras<sup>185</sup>, lo que apunta al problema central de la invisibilidad de las tareas asociadas a lo femenino [cap. 6]. Habrá que acudir a los datos cualitativos para interpretar con una base más sólida qué ocurre con esos minutos de los que nos informa el particular cronómetro-encuesta de la EET.

## 4.2. Las tácticas temporales y sus condiciones sociales

Una vez mostrados los tiempos del “parado medio”, en este primer análisis exploratorio nos basamos en el concepto de táctica temporal, que nos es útil para captar con precisión el sentido de las prácticas del tiempo del paro.

### *Prácticas de rellenar el tiempo vacío*

Para el sencillo mapa que vamos a realizar en este capítulo, podemos partir de una metáfora muy expresiva que aparece en ocasiones en nuestro trabajo de campo: la de “rellenar” el tiempo. Se trata de una metáfora útil para entender la cualidad específica del tiempo del paro. El “rellenar” puede entenderse en contraposición al “vacío” que el paro deja en la vida cotidiana de las personas. Veamos cómo lo afirma un parado de larga duración:

[...] cuando me iba a quedar en paro [...], y tomando una cerveza con amigos que estaban en paro, un par de ellos, me decían: “Tú no te levantes pronto, tío, para que el día sea más corto. Porque como te levantes muy pronto, se te va a hacer súper largo” Joder, pero si tengo que llevar a mi hija [...] al colegio [...] Tenía que madrugar más que cuando trabajaba. Y me decían: “¡Hostia, pues lo llevas jodido!” que son muchas horas para rellenar. (Parados LD)

En este sentido, *rellenar* significa, antes que nada, reestructurar un tiempo vaciado. Como se ve, aquí el tiempo no se utiliza como un *tiempo-recurso* (Ramos, 2007), que cada persona utilizaría libremente en cualquier circunstancia. Como ya señalamos, el problema del uso del tiempo en el paro no puede reducirse a una mera cuestión voluntarista de esfuerzo o vagancia, pues el tiempo del desempleo sería básicamente un *tiempo-entorno*, “algo en lo que se está o por lo que se transita o se pasa” (Ibíd.: 189). Por así decirlo, es el día el que se pasa, y no la persona la que pasa el día, lo que suele ser representado en el discurso como la “sensación de que se te ha ido el día” o

<sup>185</sup> El registro de la no-participación es un problema importante en este tipo de encuesta al no poder constatar si la actividad no se realiza, o se realiza pero no es significativa para la persona que rellena el diario de uso del tiempo. Esto se constata dado que las actividades llamadas “secundarias” tienen una tasa de respuesta muy baja, aunque el dispositivo permite registrarlas.

“se va el tiempo y no sé dónde se ha ido” (Parados CD). En términos prácticos, llenar el tiempo significa tener algún grado de capacidad para producir un entorno que permita que al menos una parte de ese tiempo pueda ser usado significativamente, aquello a lo que Bourdieu (1981) se había referido elocuentemente como “matar el no-tiempo”. Ello implica producir ritmos cotidianos mediante un ordenamiento de actividades que hagan soportable la nueva normalidad que, sin embargo, es por definición excepcional. En este sentido, los modos en los que una persona en paro produce tiempos-recurso dentro de su característico tiempo-entorno, es lo que aquí llamamos *tácticas temporales de los parados*. ¿Por qué referirnos a las *tácticas*, y no a las estrategias?

Si el concepto de estrategia ha sido comúnmente utilizado en sociología para subrayar cómo los agentes enfrentan las “coacciones estructurales” del mundo social (Bourdieu, 1994: 34), la noción de estrategia *temporal* indicaría el grado de capacidad de producir y ordenar temporalmente las actividades cotidianas. Sin embargo, en nuestro caso, esta idea de estrategia tiene el problema de no adaptarse bien a la cualidad específica del tiempo del desempleo que venimos analizando. En el paro, el componente estratégico de la acción no sería de tipo “ofensivo” sino básicamente de carácter “defensivo”: esto es, la acción se realiza en una situación anormalmente marcada por la espera y la ausencia. Mejor que *estrategia*, el tipo de acción del que estamos hablando se ajusta mucho más al concepto de *táctica* en Michel de Certeau (Callejo, 2005), que se contrapone a una racionalidad estratégica que puede aislarse del tiempo y las circunstancias:

Lo “propio” [en la estrategia] es una victoria del lugar sobre el tiempo. Al contrario, debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a “coger al vuelo” las posibilidades de provecho [...] Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos “ocasiones”. Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas. (Certeau, 1990: L)

El “no lugar” del parado como objeto “descolocado” –sobre todo el varón–, es el que produce con frecuencia un discurso del tipo “me obligo a X porque sino me pasará Y”. No terminan de construir una nueva normalidad en ningún momento sino que, más bien, están “a verlas venir”. Por un lado, las tácticas posibles se van configurando respecto a la coacción abstracta que supone la búsqueda de empleo, y por otro lado, respecto a la solución de sus problemas en el hogar, particularmente en lo que se refiere al trabajo doméstico y de cuidados. De esta manera, el discurso expresa tácticas que sirven “mientras tanto”, por más o menos largo que haya sido el periodo en paro. Por tanto, todos los perfiles de parados comparten la dificultad de encontrar un posible sustituto para el gran “hueco” que ha quedado, cualitativamente diferente a los huecos de la vida con un empleo.

### *Condiciones sociales de las tácticas*

Pasamos a continuación a describir las condiciones sociales fundamentales que nos sirven para comprender cómo un parado puede o no puede hacer algo con su tiempo: primero, su modo de socialización en una norma temporal laboral; segundo, la significación de la duración del tiempo del paro; tercero, el tipo de relación doméstica en que la persona esté inserta y su rol de género; y por último, la clase social del parado y de su hogar.

En primer lugar, hay que subrayar que el desempleo español de la actual crisis se diferencia, desde el punto de vista temporal, con el de las crisis de 1994 o de 1985. En el periodo 2007-13, el desempleo viene precedido por cambios inauditos en las normas de temporalidad del empleo, y en este sentido, el contraste entre el empleo y el paro habrá de ser diferente respecto a las décadas anteriores. En España, cada vez hay menos parados previamente socializados en la norma fordista; esto es, en una ordenación del día “8/8/8” -8 horas de trabajo, 8 horas de dormir, 8 horas de ocio y casa- y en una ordenación del trabajo en el ciclo vital de “48/48/48” -48 horas/semana, 48 semanas/año, 48 años- (Hewitt, 1993: 2). Por ello, la dificultad de estructurar el tiempo por fuera del empleo encuentra barreras de modo singular en los sujetos constituidos en una norma de trabajo estable y prolongada: de modo muy general, más en varones que en mujeres, más en adultos que en jóvenes, más en ex-trabajadores estables que en precarios.

En segundo lugar, la incertidumbre del paro -que siempre se supone excepcional aunque pueda alargarse durante años- se vivirá respecto al éxito relativo en el modo de rellenar el tiempo de cada sujeto. En la extendida distinción entre la corta y la larga duración del paro, podríamos distinguir, por ejemplo, entre quien *está* en paro -en paro de corta duración y precarios- y quien *es* parado -en paro de larga duración. La experiencia vivida de la temporalidad será la dimensión fundamental para *estar* o *ser* parado. Si bien sabemos que la larga duración implica un riesgo de desafiliación mucho mayor [cap. 7], ya que el paro se vive en mayor medida como un estado normalizado, los límites entre lo que es “corto” y lo que es “largo” no son absolutos. Cuando se vive el momento en que se sobrepasan ciertas *duraciones socialmente esperadas* (Merton, 1984) es cuando podemos hablar de que el sujeto incorpora plenamente su rol asignado y empieza a *ser* parado. Asimismo, el mantenimiento de lo que llamamos *ritmos pre-paro* -esto es, actividades que se realizaban con alguna frecuencia antes de la pérdida del empleo y que eran relativamente independientes de éste- es otra de las claves para estructurar el tiempo con éxito.

En tercer lugar, no se puede entender el tiempo en paro si no se aborda lo que ocurre en el espacio que adquiere mayor centralidad: el hogar. El tipo de relación doméstica que exista previamente es el punto de partida del periodo de paro. En lo que se refiere a las actividades que

han de realizarse se tenga o no un empleo, el contraste entre el antes y el después estará marcado por el rol de género del sujeto en el hogar y por su adaptación al nuevo contexto, donde es muy probable que hayan aumentado las actividades domésticas por la falta de dinero [cap. 6]. El paro entre hombres y mujeres tenderá, por tanto, a estar diferenciado debido al diferente sentido de lo temporal asociado al género y sus actividades asignadas, tal como señalan también los datos de tiempo cuantitativo. Como sabemos, el tiempo libre asociado a la norma de empleo masculina es muy distinto del que se vivencia en la *doble presencia* femenina (Balbo, 1994). El tiempo de las mujeres no es simplemente un tiempo extra dedicado a lo doméstico, sino un tiempo que le cuesta ser *tiempo propio*, es tiempo para otros: "...un tiempo de ocio, en sentido estricto, se reduce a los "huecos" que se derivan de sus obligaciones familiares." (Murillo, 2006: XXII). La lógica de la *taylorización* del hogar (Hochschild, 2003: 207-17) hace que el significado del "rellenar" el tiempo sea sustancialmente distinto para quienes se han socializado en el espacio doméstico como uno de los pivotes de su tiempo cotidiano. Ya que el ritmo y la densidad de los tiempos previos al paro estaban ya diferenciados, las tácticas no podrán ser las mismas según el rol de género de la persona parada en el espacio doméstico.

Por último, y no por ello menos importante, juega un papel central la clase social en el uso del tiempo. De manera general, entenderemos el poder asociado a la clase social desde el punto de vista de la obra de Bourdieu (1979). La clase del parado, en sentido temporal, puede ser entendida como un *poder social sobre el tiempo* (Ibíd.: 81), relacionado básicamente con el capital económico y cultural heredado y adquirido, materializado en un *habitus de clase*, que permite realizar con eficacia –o sin ella– inversiones de tiempo y dinero que pueden explicarse a partir de la trayectoria de clase de un sujeto. En términos de capital económico, los cambios en la cuantía de las prestaciones de desempleo, así como la cuantía del salario de la pareja, indicarán la intensidad de los efectos de la disminución de poder adquisitivo en el uso del tiempo<sup>186</sup>. Y como veremos, a medida que el dinero se agota, puede llegar a ser totalmente incapacitante [7.6]. Además, la dimensión monetaria no consiste únicamente en cubrir las necesidades básicas sino que, en términos de uso del tiempo, implica tener un repertorio mayor de actividades y tácticas posibles para rellenar el día a día. Por ejemplo, la posibilidad de disponer de un tiempo dedicado al consumo, permitirá conservar rutinas previas al paro -comprar, salir, ocio- que resultarán fundamentales para dar textura al tiempo cotidiano.

---

<sup>186</sup> Por ejemplo, el clásico estudio de Marienthal describe la importancia fundamental de pequeñas diferencias en los ingresos: "...una simple diferencia de 5 chelines por mes puede significar poder utilizar azúcar o únicamente sacarina en la cocina, poder reparar los zapatos o tener encerrados a los niños en casa porque no pueden calzarse, comprar de vez en cuando cigarrillos o recoger colillas de la calle." (Lazarsfeld et al., 1932: 165).

### 4.3. Tácticas temporales en el paro

#### *Invertir tiempo. Táctica-Estrategia de inversión en capital cultural y/o social.*

Esta modalidad se caracteriza por llenar el tiempo dedicándolo a la formación y/o a la búsqueda de contactos. Comencemos por la primera cuestión.

Según la EET, los parados que estudian en día medio -un 10%- dedican 3 horas y 40 minutos diarios de media, por lo que en tales casos el tiempo de paro tiene un soporte importante para su estructuración. Desde el punto de vista del mantenimiento del ritmo cotidiano, esta forma de rellenar el tiempo, mientras dura, mantiene a los sujetos en altos niveles de intensidad temporal. Al dedicarse a la formación o a los estudios, los desempleados sustituyen de modo óptimo la ausencia del empleo y a menudo reproducen sus ritmos. Típicamente, puede ocurrir en personas a las que el despido les ha supuesto la liberación de unas condiciones laborales que rechazaban, y los primeros meses o el primer año tienen la opción de poder entregarse a aumentar sus posibilidades de *empleabilidad*.

Para estos parados, invertir su tiempo en formación posibilita el acceso a puestos de trabajo más atractivos, y así el paro puede ser vivido como oportunidad o como “tiempo de reciclaje” (Poveda, 2006: 104). Tiende a darse en personas en las que el despido no ha tenido un carácter traumático, con cualificación media o alta, o que no tienen un vínculo muy estable con el mercado laboral, por ejemplo en el caso de jóvenes. La proyección personal hacia el futuro no se ha quebrado y así el sujeto siente que puede rehacer su vida. La relación doméstica está generalmente caracterizada por la seguridad laboral de la pareja, y las cargas de cuidados son asumibles y pueden compatibilizarse con las nuevas actividades.

Voy a empezar un master de diseño que he pensado que puede ser una cosa que me va a gustar y me puede llenar también el vacío que tengo un poco profesional ahora mismo y estudiando también inglés y con mi hijo que para mí sí es lo importante. (Paradas)

Junto al discurso de la empleabilidad, puede aparecer el discurso del *networking* que en términos más coloquiales suele presentarse como una especie de compulsividad por el “hay que moverse”. En ese sentido, una actividad que puede funcionar como formación o como ocio, al mismo tiempo puede ser facilitadora de nuevos contactos. El caso de Marisa es prototípico: con 37 años, marido con empleo estable e hijos no demasiado pequeños, se dedica a hacer un blog durante la mayor parte de su tiempo libre -lo que en la EET habría sido categorizado como “informática”. Sin embargo, el blog le servía para promocionar gratuitamente productos de marketing de empresas con las que ella contactaba. Éstas le entregaban sus promociones para que distribuyera entre quienes visitaban el blog. De ese modo podía ponerse en contacto con empresas

y personas, aprovechando para distribuir su currículum. Por tanto, es un tiempo dedicado a invertir en capital social, desde luego nada “libre”. Como el tiempo tiene forma de trabajo, tiene la capacidad de estructurar los días:

Todo este tiempo ha sido dedicarme a la página que he hecho, a mi pequeño blog, [...] como una válvula de escape. Tengo que hacer algo. [...] Cuando salgo a repartir, voy con los currículums. Y bueno, “Hay una tienda que necesita gente”, pues dejo el currículum. Es moverse. (Marisa)

Como se ve, la idea de *invertir tiempo* en capital –cultural o social– adquiere aquí toda su significación. Implica usar el tiempo de manera que maximice las posibilidades de un empleo, una entrevista o, en algún caso, una idea de *emprendimiento*.

En consecuencia, la ordenación temporal cotidiana se moviliza para sustituir la ausencia de empleo: “me sigo levantando a las ocho de la mañana, sigo yéndome a la calle, intentando, pues, bueno, amigos, amistades, compañeros, gente que has conocido en tu época de trabajo.” (Parados CD), o “porque las amistades en esta época, hay que mantenerlas, que nunca se sabe, a ver si te pueden dar trabajo, o dónde puede estar la oportunidad de tu vida.” (Jorge). En los sujetos caracterizados por este tipo de táctica, la falta de dinero no suele ser significado como un problema especial, lo que nos indica que se da por supuesta una cierta seguridad de renta disponible. Y aunque no es un tiempo intercambiable por dinero como tal, podemos afirmar que sigue siendo un tiempo-recurso, que sirve para competir activamente por un puesto de trabajo a través del intento constante de traducir capital cultural y social en capital económico.

La táctica de invertir tiempo es la que presenta un mayor componente estratégico, y de hecho, será la única de las tácticas delimitadas que podríamos definir propiamente como tal. Por este motivo, la hemos denominado *táctica-estrategia*: táctica porque no deja de estar supeditada a la ausencia de empleo, pero también estrategia al ser de carácter más racional en el sentido de movilizar los recursos del sujeto hacia su objetivo. Tras estas pinceladas, exploraremos en profundidad este tipo de táctica en el capítulo 5.

### *Rellenar el tiempo. Táctica de hiperactividad doméstica masculina*

Cuando por algún motivo no aparece un tiempo dedicado a la formación o ésta no ocupa un tiempo suficiente, en el caso de algunos varones ello puede derivar en una necesidad imperante de evitar el aburrimiento a través de las únicas actividades que parecen disponibles: las domésticas.

Eso fue la última vez que me quedé en paro, pinté toda la casa. [...]. He dado plantas a mi padre, para cavar. [...] Esta semana he ido al pueblo, a ayudar a mi padre a plantar unos tomates. [...]. Es que quedarme sin hacer nada... el coco... yo no puedo. (Antonio)

Como se ve, a menudo los varones parados no se ocupan de todos los tipos de actividades domésticas en la misma medida, sino especialmente de aquellas asociadas al género masculino. Se trata aquí de una pura *táctica* tal como la definíamos, esto es, una práctica enteramente condicionada por una situación incontrolable que permite evitar algo peor –comerse “el coco”. No es una inversión de tiempo con vistas a un futuro trabajo, sino básicamente un “rellenar” el tiempo. Tanto es así, que puede que el hombre presione a una mujer acostumbrada a cargar con los cuidados para que se los delegue a él. No tanto con el objetivo de realizar los cuidados como tal, sino para que las horas no se ocupen en pensar demasiado –“darle vueltas a la cabeza”. Así relataba Carmen cómo hace para que su marido, que lleva cuatro años en paro, rellene su tiempo:

[...] yo antes lo hacía y ya: “Déjalo, yo lo hago”, pues déjalo que yo lo hago, pues déjalo que yo lo hago, pues vale, pues hazlo, ya está. Es que también alguna *ocupación* le tengo que dar, de alguna forma lo tengo que tener distraído, porque un hombre sentado, levantarse y sentarse, a darle vueltas nada más que a la cabeza, no. (Carmen)

Esta táctica masculina requiere de algún tipo de flexibilidad en la relación doméstica ya que, de lo contrario, sería complicado renegociar las actividades asignadas. Este tipo de hiperactividad masculina está provocada porque “no tener nada que hacer” concentraría la atención en la propia situación, lo cual ha de ser evitado a toda costa.

Para los parados padres, es el cuidado de los niños el que resulta fundamental para dar sentido a la actividad diaria. Los hijos no serían meramente una carga económica o de tiempo, sino que en muchos casos aparecen como la condición del sentido de la existencia tanto para los parados como para las paradas, ya que ello les obliga a levantarse, a llevarlos al colegio o a hacer la comida. Así pueden distinguir los días laborables del fin de semana, por ejemplo. En ese sentido, la dificultad de “rellenar” las horas es mucho más típica cuando no se tienen hijos menores. Aunque, por otra parte, y especialmente en los varones, la inactividad puede conllevar que la identidad de padre se vea mermada debido a sentimientos de vergüenza frente a los hijos [6.3.2].

#### *Acortar el tiempo. Táctica anti-ama de casa femenina.*

Entonces yo no concibo la vida sin trabajar porque para mí es un escenario que me complementa como persona, entonces cuando me vi en casa con un bebé y las cosas de casa, dije: “Dios mío, yo aquí me muero”. Entonces, digámoslo, me reinventé. (Paradas)

Cuando una mujer parada con expectativas de trabajar se encuentra que su espacio vital se tiende a circunscribir al espacio doméstico, muchas no pueden soportar la idea de quedar “encerradas”. Esto ocurre más frecuentemente en mujeres jóvenes. Supuestamente la salida al mercado de



trabajo era irreversible y, de repente, el mercado cierra la puerta. El paro rompe una estructura temporal que, en muchas mujeres, aún estaba en proceso de asentamiento, a medida que el trabajo asalariado se hacía cada vez más central para ellas. De esta manera, esa “reinención” expresa una táctica para producir una nueva normalidad en la que se omita la presión a la que se expone a muchas mujeres para que vuelvan a centrarse en el espacio doméstico. En estos casos, a pesar de que estas mujeres tienen un perfil de alta dedicación a los cuidados, no se refieren a éstos como un pilar en la estructuración de su tiempo. Igualmente, alguien puede usar la táctica de inversión en capital cultural o social que hemos señalado, pero con la particularidad de omitir en el discurso lo relativo a lo doméstico.

Yo las tareas domésticas las percibo como algo para mi propia supervivencia e igual que no hablo de cuándo me ducho ni de cuánto tiempo me ducho, ni de cada cuánto tiempo me lavo el pelo, tampoco hablo de mis tareas domésticas porque no son importantes. (Paradas)

Así, algunas paradas que no quieren sentirse atrapadas en el hogar, no le otorgan densidad semántica a los cuidados –especialmente aquellos que no implican relacionarse con otras personas-, se invisibilizan y se automatizan para no vivirlos como la actividad principal del día a día.

Así, en el caso de mujeres ya plenamente socializadas en lo laboral, la táctica de acortar el tiempo puede ser interpretada como una respuesta para que el paro no las retrotraiga a un tipo de tiempo vital más propio de sus madres y abuelas. Pero en ocasiones, por más que se trate de organizar el día a día sin referencia al hogar, la alta carga de trabajo doméstico y de cuidados puede obligar a estructurar el tiempo intensamente a partir de los ritmos de los cuidados, y producirse así la vivencia del “encierro”. Préstese atención, por ejemplo, al caso de una parada con cuatro hijos a quien le resulta prácticamente imposible restarle importancia subjetiva a lo doméstico: “...pero cuatro [hijos] es que son seis horas en el día que tienes que hacer, mi marido en algo me ayuda, pero hay que hacerlo, no es que lo cuente, es que lo tiene que hacer alguien.” (Paradas). Este tipo de situación puede favorecerse en los casos de roles de género rígidos en los que la situación de paro de la mujer legitima mayor carga de cuidados respecto a la pareja. Así, tanto en esta táctica como en la anterior, a menudo la falta de medios económicos, y la privatización o encarecimiento de servicios públicos, ha disminuido la posibilidad de otras tácticas ya que hay menores posibilidades de exteriorizar muchos de los cuidados. Analizaremos con mucha más profundidad esta táctica y la anterior en el capítulo sexto.

*Sobrevivir al tiempo. Táctica de esfuerzos constantes*

A mí lo que más me cuesta... yo por ejemplo no me suelo quedar en casa, casi nunca; suelo salir, entonces me tengo que buscar adónde voy al día siguiente. ¿Adónde vas, qué haces hoy, qué haces mañana...? Es un esfuerzo más grande que mi trabajo buscar qué tengo que hacer. (Parados LD)

Como relata el anterior sujeto, una situación típica del paro de larga duración es que, paradójicamente, puede requerir más esfuerzo realizar actividades teniendo tiempo libre que estando bajo la presión de la vida laboral. Este tipo de temporalidad se puede encontrar en personas que están sintiendo la cercanía del límite de sus duraciones socialmente esperadas, aunque les queda un margen para alcanzarlas. El día se pasa pero, con dificultades, el sujeto también lo pasa. Aunque cada día hay que planificar el siguiente -con la ayuda, por ejemplo, de la rutinización de la agenda- se tiene éxito en articular algunas prácticas con sentido. No obstante, el repertorio de posibilidades se va agotando. Se mantienen algunos de los ritmos pre-paro: “procuro ir al gimnasio, que he ido siempre, no es caro, [...] pues me vale un poco de rutina antigua que me mantiene...” (Parados LD). Gracias a realizar actividades que “no son caras”, en general se consigue distinguir los días aunque algunos sean excesivamente monótonos.

En el caso de parados con mujeres ocupadas, los ritmos de los cuidados son fundamentales para obligar al sujeto a mantener el sentido de sus 24 horas. También, la presión de la pareja previene a menudo los riesgos de la potencial desestructuración del ritmo:

Que yo me levanto, y “tú te levantas”, no como otros hombres que yo me entero que dice la mujer “¡Oh, pues mi marido se queda hasta las tantas en la cama y no quiere hacer nada!” (Carmen).

También se constata que el significado de la omisión de lo relativo al dinero, tiene un significado distinto respecto a, por ejemplo, la táctica de invertir tiempo. Es lógico pensar que la presión de la situación económica produce un mayor encierro en casa para no gastar. Los silencios hacen presuponer que el no tener dinero no se verbaliza por vergüenza. Si en la táctica de invertir tiempo se presuponía ciertos ahorros disponibles -porque se puede salir a mover currículums, usar el metro o gastar dinero en teléfono-, en estas condiciones hay un autocontrol obligado del gasto que lleva a un mayor grado de indiferenciación del tiempo cotidiano. Se *es* ya un parado, y cada vez menos puede decirse que se *está* en paro. Empieza a primar fuertemente la dimensión estática sobre la dinámica. Aunque no puede representarse en términos numéricos cuántas personas están actualmente en este estado, probablemente sea este tipo de táctica la que caracteriza a más parados en la actualidad.

*No-táctica de desestructuración*

Esta última “no-táctica” es la muestra del fracaso del parado en la estructuración del tiempo, por ser el momento final de todos los esfuerzos previos. Nunca ocurre inesperadamente, sino tras haber superado ampliamente las propias expectativas de duración del desempleo. Ha desaparecido todo rastro de ritmos pre-paro y ya no hay ninguna actividad que otorgue significado al día a día. Esta “no-táctica” cumple con el estereotipo del parado-víctima, típicamente en hombres que previamente al paro asumían un rol masculino tradicional, socializados durante largo tiempo en una norma de empleo estable y que viven en su hogar con gran conflictividad doméstica y nula comunicación -si es que no se ha dado ya una separación. Su soledad tiende a hacer imposible que nadie ni nada paute los ritmos diarios. En palabras de Castel (1995: 90), el parado estaría en el límite de la *inempleabilidad*, como un mero *inútil para el mundo*: “me considero un preindigente. Porque tengo mucha fuerza, mucha voluntad, pero los condicionantes que el entorno me brinda me llevan a la indignancia.” (Parados LD).

Los ritmos marcados por los hijos ya no contribuyen a darle sentido al día. En todo caso, pueden indicar un horario repetitivo entre cuyas horas no queda nada. No hay “válvulas de escape” disponibles capaces de rehacer los ritmos, sobre todo en casos en los que no se convive con los hijos o la pareja. La cotidianidad ha perdido prácticamente toda su textura. No se perciben soluciones personales ni sociales. No se percibe la secuencia de los procesos, sino que simplemente hay una negación inabordable:

No puedo hacer nada, no tengo nada (Edgar)

¿Qué hago? (Hilario)

Lo que está clarísimo es que en esta sociedad no te permiten que te bajes del tren. El tren sigue y no puedes bajarte. (Andrés)

La metáfora del tren expresa el ritmo vertiginoso y constante del mundo del trabajo que no descansa, y “bajarte del tren” significa no poder seguir el ritmo, no tener la posibilidad de subir en marcha porque la velocidad se ha *descorporeizado* del parado. Literalmente, uno no se ha bajado sino que ha sido arrojado: el parado queda definitivamente parado. Están desesperados y ven el “final” –“yo voy a luchar hasta el final” (Hilario)- mientras expresan su posición de supervivencia. La narración se bloquea al llegar a este punto, no hay mucho más que decir y se entra en una circularidad o en elucubraciones desapegadas de la realidad. No hay futuro, no quedan ni tácticas ni estrategias<sup>187</sup>. Por último, hay que subrayar lo que quizás sea obvio, pero que conviene no olvidar. Esta situación de imposibilidad de desplegar tácticas temporales no se

<sup>187</sup> “¿Qué significa carecer de estrategias temporales y, por lo tanto, de orientaciones temporales? No esperar nada [...] tal vez sólo susceptible de ser encontrado en los márgenes de la estructura social.” (Callejo, 2005: 180)

alcanza hasta que no se vacían todos los tiempos y, también, todos los ahorros. Si “el tiempo es dinero”, tener dinero será fundamental para poder usar el tiempo. Posteriormente, dedicaremos todo el capítulo 7 a explorar en profundidad la táctica de sobrevivir al tiempo y la no-táctica que acabamos de esbozar.

#### 4.4. Líneas abiertas: el paro, la vulnerabilidad, los sueños y el futuro

Como hemos visto tras las diferentes tácticas, la *no-táctica de desestructuración* se encuentra al final del proceso de vaciamiento del tiempo de los parados. Así, el orden que hemos escogido para presentar las cinco tácticas no es casual. Se corresponde con una secuencia –no lineal– de desestructuración del tiempo de una sociedad en crisis. Tal proceso según Castel (1995: 15) podría entenderse a partir de los equilibrios entre las tres *zonas* que caracterizan los tipos de cohesión social: *integración*, *vulnerabilidad* y *desafiliación*. De esta manera, las cinco tácticas presentadas pueden entenderse como formas asociadas a los momentos del proceso de vulnerabilización que el paro implica. Pero como puntualiza Castel (Ibíd.: 16), “se trata menos de ubicar a los individuos en estas “zonas” que de aclarar los procesos que los llevan de una zona a otra”.

**Esquema de síntesis capítulo 4. Mapa de cinco tácticas temporales en el paro**

<b>TÁCTICAS TEMPORALES*</b>	<b>Ex-norma temporal</b>	<b>Temporalidad “estar/ser”</b>	<b>Relación doméstica</b>	<b>Clase social</b>	<b>TIEMPO</b>
<b>1) Inversión capital cultural/social</b>	Flexible-Precaria	- Corta duración - Estar en paro	No hay Flexible	Altas Medias	<b>Invertir tiempo</b>
<b>2) Hiperactividad doméstica masculina</b>	Flexible Rígida	- Corta-Media duración - Estar en paro	Flexible	Medias Populares	<b>Rellenar el tiempo</b>
<b>3) Anti-ama de casa femenina</b>	Flexible Tiempo parcial	- Corta-Media duración - Estar en paro	Rígida	Medias Populares	<b>Acortar el tiempo</b>
<b>4) Esfuerzos constantes</b>	Flexible Rígida	- Media-Larga duración - Ser parado	Media Rígida	Media Populares	<b>Sobrevivir al tiempo</b>
<b>5) No-táctica desestructuración</b>	Rígida	- Larga duración - Ser parado	Rígida	Populares	<b>Tiempo-entorno</b>

\* El color de las tácticas se oscurece en un eje vertical para simbolizar el proceso de vaciamiento del tiempo del paro

Siguiendo esta distinción, en la zona de integración podríamos ubicar la *táctica-estrategia de inversión en capital cultural/social*, donde la vida cotidiana sigue estructurada gracias a las circunstancias arriba descritas, si bien podemos decir que empiezan a darse las condiciones de la vulnerabilidad. Las tres siguientes tácticas –*hiperactividad doméstica masculina*, *anti-ama de casa femenina* y *esfuerzos constantes*– se distinguen por un malestar en el que, en diferentes grados, la vulnerabilidad se expresa cotidianamente en las dificultades de sentirse agente de la propia vida. Aún hay márgenes para proyectar la acción hacia el futuro, aunque en menor medida en la táctica de esfuerzos constantes, donde los soportes sociales se encuentran más dañados. Por último, en la que hemos llamado *no-táctica de desestructuración*, la desafiliación está ya produciéndose y se está en las puertas de la “indigencia”, como decían. En estos términos, la categorización de “parado” sirve al Estado para indicar un riesgo potencial de desafiliación que aún no se ha producido, lo cual indica justamente que la persona está aún disponible para trabajar y, por tanto, su existencia importa. Pero cuando la *muerte social* asoma, ya no se será parado como tal, sino inempleable, indigente, parásito, o “residuo humano”, en la expresión popularizada por Bauman (2004).

Una de las cuestiones que este primer análisis nos señala es que con que sólo una de las cuatro condiciones de las tácticas se radicalice, un estado de alta vulnerabilidad se hará difícilmente evitable. En otras palabras, se vivirá en una fuerte vulnerabilidad si el sujeto queda en paro tras una larga socialización en una norma de empleo fordista, si subjetivamente siente implacablemente que *es* un parado, si su relación de pareja no tiene ninguna capacidad de adaptarse a la nueva situación, o si no se dispone de un dinero mínimo. Ello nos habla de la creciente fragilidad social a la que los parados están expuestos, pues no bastaría con que la mayoría de los soportes clave se mantengan, sino que cada una de las cuatro condiciones debe permanecer mínimamente protegida si se quiere evitar la pérdida del sentido del tiempo cotidiano.

Y si bien todo lo señalado parece relevante, hay que subrayar el carácter básicamente masculino de los sujetos que caracterizan las dos últimas tácticas. Hemos visto que el paro sigue teniendo una significación fuertemente masculina, al afectar con más intensidad a quien se ha socializado en el trabajo como el centro de su identidad. En este sentido, algunas de las afirmaciones que hemos realizado están más vinculadas a los hombres que a las mujeres, y deben entenderse en este sentido. En estos términos, es importante puntualizar que la noción

de *vulnerabilidad* en Castel asociada a la relación salarial, subraya más un significado masculino, por lo que debe complementarse con otros conceptos en posteriores análisis.

Otra idea central de este análisis exploratorio es que, para no iniciar un irreversible proceso de vulnerabilización, deben mantenerse lo más posible aquellas condiciones sociales que sostengan la esperanza, esto es, la capacidad de proyectarse, la orientarse hacia el futuro (Lazarsfeld, et al., 1932: 113). Si no se ha alcanzado un alto grado de vulnerabilidad, la común subjetividad de lo temporal sabe que de algún modo, una vez suavizados algunos efectos, habrá condiciones para volver a *futurizar* el tiempo: "...tarde o temprano digo yo que saldremos de la crisis, alguna vez tendremos que salir." (Carmen). La memoria recuerda y borra al mismo tiempo; por un lado, sabe que el carácter cíclico de las crisis indica que "las cosas irán mejor"; y por otro lado borra lo que también sabe: si "la cosa mejora" –como se dice popularmente– unos años más tarde volverá a "estar muy mal la cosa". Antes o después, cuando esta crisis pase, otra crisis sobrevendrá y el paro asolará el país y los barrios populares: fue lo mismo en la crisis de los 90, en los 80 o en los 70.

No obstante, algunos parados sabían que el presente parece ser la repetición del pasado: "yo esto ya lo he vivido, fue igual en los ochenta" (Matilde). Pero aunque se sabe que el presente repite el pasado, lo que no se dice tan a menudo es que tras ese futuro próximo de supuesta recuperación quizás se vuelva a repetir el pasado, si no se aprende de los errores del pasado. A pesar de que se intensifican los discursos que naturalizan el carácter cíclico del desempleo y de la inevitabilidad de las crisis, para quienes su memoria no borró la cara negativa de lo cíclico, saben que el periodo actual no es el último. Ello les permite verse mucho menos afectados y crear nuevas tácticas. Estaban atentos a que las promesas del futuro pueden ser engañosas, por lo que el contraste en el paro es mucho menos intenso. Mientras los discursos dominantes prometen un "sistemático sacrificio del presente en aras de un futuro asegurado por la técnica o la utopía" (Ramos, 1992: XIII), la necesidad de futuro se reclama por todas partes, especialmente para quienes ya no pueden *sobrevivir* más al tiempo. La realidad presente provoca *sueños diurnos*, dice Freud, donde se fantasea con un futuro empleo:

Cuando el señor Joyeuse, el personaje de Daudet, vaga sin ocupación por las calles de París, mientras sus hijas deben creer que tiene un empleo y está sentado en su oficina, él sueña como si fuera en presente con los hechos que lo llevarían a encontrar un protector y a procurarse trabajo. Así, el sueño se vale del presente del mismo modo y con el mismo derecho que el sueño diurno. El presente es el tiempo en que el deseo se figura como cumplido. (Freud, 1900: 528)

Pero aunque el deseo nunca se desvanece del todo, para muchos en sus circunstancias no existe tan siquiera la posibilidad de figurarse otro horizonte por más que sueñen. Así, no hay condiciones para crear tácticas temporales si el deseo de vivir bien aparece como una pura utopía irrealizable.

Algo ha cambiado en la utopía de una sociedad de pleno empleo –que en España siempre fue algo lejano–, porque es ya inconcebible que habrá buen empleo para la mayoría: en todo caso, resultaría imaginable que en unos años pueda haber mucho empleo, pero desde luego, no bueno. Marta, de 34 años, trabajando desde los 14 hasta los 31, no estuvo nunca más de nueve meses en el mismo trabajo. Hacia el final de la entrevista y tras recorrer su biografía, le preguntamos sobre cómo organizaría idealmente el tiempo de su vida. Le cuesta entender el objetivo de tal pregunta, deteniéndose a pensar unos segundos para tratar de imaginar lo que para ella es inimaginable: “Pues yo necesito un trabajo de ocho horas todos los días. Y si es de lunes a viernes, mejor [risas].” (Marta). Esta ligera risa de Marta, bajo nuestro punto de vista, condensa una densidad semántica riquísima sociológicamente. Implica que la utopía del buen empleo no sólo no llegó a realizarse en su trayectoria laboral, sino que ya nunca será verdad, al menos para ella. La imaginación sólo alcanza a soñar en una vida en la que, para algunos grupos sociales, el buen empleo era *lo normal*. Pero Marta no llega a presentar siquiera alguna de las posibles causas que, a su juicio, tendría tal situación, de por qué las cosas eran de una manera y ahora son de otra. De por qué antes le sobraban trabajos malos y le faltaba tiempo, y ahora le sobra tantísimo tiempo. La realidad aparece como un tiempo fundamentalmente descontrolado: las cosas pasan, sin más. Es la radical incomprensión de una época en la que, mientras muchos no tienen nada de tiempo, otros, de tanto tiempo que tienen, no tienen nada.

# CAPÍTULO 5

El trabajo de competir por el trabajo



662 inscritos a esta oferta para 10 vacantes. “Nuestro consejo: inscríbete si tienes el perfil, puede que se ajuste más que el de otros inscritos.”

Una oferta de trabajo en Infojobs.net

Es como las hormiguitas que van todas en fila. Las pisas con el pie, y salen todas en cada dirección diferente, hasta que se vuelven a orientar. ¿Dónde estamos? Yo creo que estamos en el momento del pisotón, hemos salido disparados en una dirección, estamos con las antenitas intentando buscar el sitio. Y mientras tanto, si encuentras uno por el camino que se ha roto una pata, me lo como. (María)

La competición por el trabajo va acompañada de una competición en el trabajo, que también es una forma de competición por el trabajo, que hay que conservar, a veces a cualquier precio, contra el chantaje del despido. Esta competición, a veces tan salvaje como la que practican las empresas, está en el origen de una auténtica lucha de todos contra todos, destructora de todos los valores de solidaridad y humanidad y que alcanza, a veces, una violencia sin límites. Los que deploran el cinismo que caracteriza, en su opinión, a los hombres y las mujeres de nuestra época, no deberían omitir relacionarlo con las condiciones económicas y sociales que lo favorecen o lo exigen y que lo recompensan. [...] Las sumisas disposiciones que produce la precariedad laboral son la condición de una explotación cada vez más «lograda», basada en la división entre los que, cada vez más numerosos, no trabajan, y los que, cada vez más escasos, trabajan pero trabajan cada vez más. (Bourdieu, 1998: 124-6)

Pues bien, tengo la impresión de que detrás de esta introducción general de los dispositivos disciplinarios [...] en paralelo con la acumulación de capital –y como necesidad de ésta, por otra parte-, fue preciso proceder a cierta acumulación de hombres o, si lo prefieren, cierta distribución de la fuerza de trabajo que estaba presente en todas esas singularidades somáticas. ¿En qué consisten dicha acumulación de hombres y la distribución racional de las singularidades somáticas con las fuerzas de que son portadoras? Consisten, primeramente, en maximizar la utilización posible de los individuos: hacerlos utilizables, y no para poder usar a todos sino, justamente para no tener que hacerlo, para extender al máximo el mercado de trabajo a fin de asegurarse una reserva de desocupados que permita una regulación hacia abajo de los salarios. Entonces, hacer utilizable a todo el mundo. En segundo lugar, hacer utilizables a los individuos en su multiplicidad misma; hacer que la fuerza producida por la multiplicidad de esas fuerzas individuales sea al menos igual y, en la medida de lo posible, superior a la suma de las fuerzas singulares. [...] Por último, permitir la acumulación no sólo de las fuerzas sino también del tiempo: del tiempo de trabajo, del tiempo de aprendizaje, de perfeccionamiento, de adquisición de los saberes y las aptitudes. (Foucault, 1973: 94)

El paro no es lo contrario del trabajo. Es un momento del trabajo. (Los parados felices)

### 5.1. El tiempo del paro con forma de tiempo de trabajo

¿Qué es el paro? Si preguntamos al sentido común, la respuesta es inmediata: el paro sería la ausencia de trabajo, estar en paro significaría no trabajar. Y si trabajar es positivo para la economía –ya que el trabajo es lo que crearía la riqueza- el paro aparece como antieconómico, porque las personas sin trabajo no crean riqueza, no “mueven” la economía, como suele decirse. Los parados no sólo no producen, sino que tampoco consumen. Puesto que la caída de su poder adquisitivo y la reducción de las prestaciones de desempleo no permite a los parados activar significativamente la demanda, ello les hace más inútiles aún para la economía. Este es, en resumen, el razonamiento básico que está socialmente más extendido y que aparece prácticamente como dogma sobre el cual poco o nada hay que discutir.

Hemos avanzado ya unos cuantos argumentos para la crítica de esa visión del desempleo. En nuestra hipótesis, dijimos que la categoría ‘paro’ había sido inventada por el Estado para la gestión *productiva* de las poblaciones superfluas [1.4], cuyo objetivo es hacer que los parados no queden irreversiblemente fuera del mercado de trabajo, sino que, aun sin estar ocupados, su comportamiento presione activamente el tiempo de trabajo de los ocupados. En ese sentido, interpretamos el desempleo masivo entre 2007 y 2013 como una herramienta clave del arreglo temporal español [cap. 2] que ha permitido intensificar el tiempo de trabajo y disminuir su precio de una manera muy acelerada, ya que la multiplicación de desempleados presiona a la baja las condiciones laborales y los salarios de los ocupados, contribuye al aumento de la productividad, intensifica la competencia o facilita el aumento de horas extra no remuneradas, entre otros fenómenos. La cifra récord de los seis millones de parados era la otra cara de una reducción del volumen global estimado del tiempo de trabajo formalmente remunerado, de unas 34.400 a unas 28.800 millones de horas: esas 28.800 millones de horas de tiempo vendido oficial en 2013 fueron más productivas, intensas y mejor retribuidas, por lo que el arreglo temporal ha significado trabajar más por menos.

En nuestro enfoque, la explicación de estos cambios concretos en el tiempo de trabajo no se relaciona únicamente con los factores internos a la propia organización del trabajo: esto es, sus causas no pueden investigarse sólo a partir de lo que ocurre dentro de las empresas. Deben investigarse, además, fuera del trabajo, pues si sostenemos que el tiempo de trabajo es el *pivote* de la organización social capitalista, su transformación cuantitativa y cualitativa requiere siempre de una rearticulación de *toda* la sociedad y de *todos* los tiempos sociales. En este capítulo, nos proponemos dar cuenta de una de las condiciones clave que explican que la masa total de trabajo formalmente remunerado -28.800 millones de horas en 2013- haya disminuido cuantitativamente

mientras se ha intensificado cualitativamente: una de sus condiciones clave ha sido una masa extra de *tiempo no remunerado con forma de trabajo* que ha operado gracias a la producción de desempleo masivo. Se trata, entonces, de analizar aquellas prácticas y tiempos del desempleo que han presionado activamente al tiempo de trabajo, para evidenciar cómo el paro ha sido una “herramienta” clave del arreglo.

En el mapa que presentamos anteriormente, definimos las prácticas de *invertir tiempo* como aquellas directamente relacionadas con el tiempo de trabajo [4.3]. Si bien estas prácticas se dan en la mayoría de personas en paro, ocupan más tiempo diario y son más típicas en ciertas condiciones, principalmente: socialización previa del trabajador en una norma temporal flexible – sobre todo, jóvenes-, paro de corta duración, relación doméstica que permita la disponibilidad para el trabajo, clase social media y alta. Estas prácticas se orientan a maximizar las probabilidades del parado para encontrar un empleo: básicamente, buscar trabajo, formarse, movilizar a los contactos o intentar trabajar por cuenta propia.

Desde el punto de vista de su *forma* temporal, a menudo estas prácticas de invertir tiempo son empíricamente indistinguibles del trabajo más intenso, y de hecho son vividas como “trabajo” por los propios parados: por eso categorizamos estas prácticas como un *trabajo de competir por el trabajo*. Desde ese punto de vista, la inversión de tiempo, en tanto que tiene forma de trabajo, debe comprenderse como parte de las causas más que de las soluciones al desempleo. Como intentaremos poner de manifiesto, a nivel societal, la inversión de tiempo contribuye a aumentar la escasez general objetiva de tiempo, la polarización y la abundancia objetiva del tiempo de los parados, y la escasez subjetiva del tiempo de los parados y de la sociedad en general.

Este análisis puede entenderse como una manera alternativa de mostrar, en clave sociotemporal, la clásica tesis del *ejército de reserva*<sup>188</sup>. Intentaremos poner en evidencia el carácter de clase inscrito en la explotación del tiempo del ejército de reserva, pero no reduciremos sus causas a los intereses de las clases dominantes, como ya sostuvimos [1.3]. Desde nuestra perspectiva, el gobierno del trabajo de competir por el trabajo ha sido fundamental para la expansión y profundización de formas de trabajo precarizadas y flexibles que cada vez afectan a más amplias capas de población. O dicho en nuestros términos teóricos, la competencia por el

---

<sup>188</sup> José Nun, por ejemplo, distingue entre ejército de reserva y “masa marginal” para señalar que no toda superpoblación activa es funcional al capital. Entre las funciones del ejército de reserva, Nun (1969: 76) distingue las funciones directas -disponibilidad de trabajadores cuando hay expansión de capital- y las indirectas: 1) la presión sobre los trabajadores para trabajar más por el mismo precio, y 2) la disminución del precio de la fuerza de trabajo, no sólo en términos de bajada de salarios, sino especialmente en “empobrecimiento relativo en comparación con la masa creciente de plusvalía que se apropian los capitalistas, sin perjuicio de que sus ingresos puedan aumentar.”

trabajo ha servido para estructurar cada vez más la masa de tiempo superfluo asignada a los parados como un tiempo productivo desde el punto de vista del trabajar por trabajar. Por tanto, tratamos de mostrar los límites de los enfoques que oponen el paro y el trabajo como fenómenos contrarios, y en qué sentido puede afirmarse que aunque el paro es generalmente negativo para las personas, puede ser muy positivo para la recuperación del crecimiento económico, la competitividad y la productividad. Nuestro objetivo es, pues, mostrar las relaciones *generales* entre la transformación de la forma de competir por el trabajo y el tiempo de trabajo durante el arreglo temporal español.

Para alcanzar este objetivo damos los siguientes pasos: 1) recordamos y complementamos brevemente los argumentos clave que utilizaremos; 2) mediante datos cuantitativos, estimamos la magnitud de los cambios en los tiempos objetivos como medida de la presión general que el paro ha ejercido sobre el trabajo; 3) ilustramos con tres ejemplos la complejidad de las mediaciones del Estado en la regulación productiva del desempleo: las prestaciones, la deuda y el despido; 4) mostramos las transformaciones generales en la forma de la búsqueda de trabajo; 5) en la formación; 6) en la relación entre desempleo y el llamado emprendimiento; 7) por último, sintetizamos los procesos generales que resultan de la dinámica de competencia por el trabajo. Concluimos con una síntesis de cómo las transformaciones analizadas se relacionan con la paradoja del tiempo escaso, como el primero de los cuatro ejes explicativos que delimitamos.

### *Intensificar el desempleo para intensificar el trabajo*<sup>189</sup>

Como ya vimos, históricamente, la sola asignación de tiempo superfluo a los sin trabajo no presiona necesariamente al mercado de trabajo [1.5]; es decir, un despido no provoca automáticamente que parados –y ocupados– readapten sus prácticas y disposiciones propias a la forma del trabajo. Un parado dispone de varias vías para no dedicar todo su tiempo a competir por el trabajo, o para no usarlo intensamente; no sólo por las prestaciones, sino que la pérdida del salario directo puede ser sustituida de muchas maneras: los ahorros, el aumento del tiempo de cuidados [cap. 6], el trabajo no fiscalizado, el sostén por el apoyo familiar o comunitario [8.6], la reducción o el cambio de hábitos de consumo [8.5] o el endeudamiento formal o informal, entre

---

<sup>189</sup> Algunos de los razonamientos de este capítulo están ya expuestos en un artículo sobre “el paro productivo”, en el que se desarrolla un análisis sobre los dispositivos de gestión del desempleo que articulan de un modo general el nivel jurídico, el político, el económico y el psicosocial (Briales y López Calle, 2015). No hemos encontrado muchas investigaciones recientes explícitamente dedicadas a la relación activa entre trabajo y paro. Véase una interesante excepción en un estudio sobre la precarización en Bélgica (Alaluf y Martínez, 1999). También puede ocurrir, como muestra un estudio en Inglaterra, que aumenten los indicadores subjetivos de inseguridad en el trabajo sin que se eleve ni el desempleo ni la tasa de rotación (Turnbull y Wass, 2000).

otros fenómenos. Sin embargo, desde el punto de vista del trabajar por trabajar, el problema no radica sólo en ser o no ser productivo, sino en ser relativamente poco productivo *en relación a* las normas y prácticas previas: ya no sería válida la normalidad previa que definía las posibilidades de las anteriores disposiciones para el trabajo. Sobre todo, *el gobierno del tiempo superfluo debe conseguir por todos los medios posibles que el paro presione constantemente a cada trabajador para que trabaje por encima de sus posibilidades.*

Así, los dispositivos de la gestión estatal del paro juegan un papel clave [1.4, 1.5] para mantener una intervención constante y actuar de un modo segmentado sobre cada una de las posiciones sociales, y en especial en los momentos de crisis, para conseguir que el máximo de tiempo superfluo se estructure productivamente y -dicho desde un punto de vista convencional- la economía española no quede rezagada de la competitividad internacional, lo que, dado el modelo productivo español y su bajo nivel tecnológico, implica sobre todo aumentar la intensidad del tiempo de trabajo [2.1]. Más específicamente, en el periodo 2007-13 el Estado ha intervenido sobre la gestión de las prestaciones por desempleo -cuyo carácter polémico es constante-, el endeudamiento -mediante la ley hipotecaria, por ejemplo-, la regulación del despido, o la transformación de nuevas categorías laborales de clasificación, como vamos a ver [5.3]. Desde este marco, queremos constatar cómo las prácticas de los parados se han transformado en un sentido productivo a partir de *un mapa general de aquellas formas particulares en que la gestión del tiempo superfluo ha orientado la abundancia objetiva de tiempo en el paro hacia la reconstitución de la escasez de tiempo general.*

### *Perder la forma y volver a ponerse en forma: informarse, formarse, reformarse*

Desde el concepto de *forma* que propusimos [3.1, 3.2], la intensificación del desempleo puede ser concebida como un proceso de reorganización general de las diferencias sociales; o como también lo denominamos, como una nueva homogeneización de la heterogeneidad<sup>190</sup> que responde a un incremento de la *coacción abstracta* general [1.2] que busca “poner en revisión” todas las posibles *interrupciones* a la dinámica del trabajar por trabajar [2.2]. En ese sentido, multitud de diferencias sociales que durante el periodo anterior a 2007 podían estar más diluidas o significar un obstáculo menor, con la irrupción del arreglo temporal se han acentuado como diferencias

<sup>190</sup> “¿Cómo «traducir» entonces la persona en cantidad y obtener al mismo tiempo la cualidad (problema de idiosincrasia)? ¿Cómo hacer agregables los trabajos de dos personas (problema de heterogeneidad)? [...] Un mercado interno no es más que la realización local de una forma abstracta del individuo en el trabajo. Es un modo de resolución de la idiosincrasia -a la persona le es atribuida una medida a través del puesto de trabajo que le es asignado- y de la heterogeneidad -transformada en escala de diferencia dentro de una jerarquía.” (Salais et al., 1986: 230)

*negativizadas*: “Las particularidades humanas del trabajador se convierten cada día más en *simples fuentes de errores*” (Lukács, 1923: 116). Podemos decir, en este sentido, que toda diferencia concreta se significa como negativa en tanto aparece como obstáculo para la adaptación del trabajador a la forma del trabajo, esto es, como impedimento práctico a la venta de su fuerza de trabajo –que dejará de ser fuerza de trabajo si deja de ser vendida [cap. 7].

Algunas de estas diferencias pueden operar como obstáculos parciales que pueden ser resignificados con la inversión en tiempo o dinero, y en otros casos, pueden funcionar como auténticos *estigmas*<sup>191</sup>, más visibles o más invisibles, más fáciles de disimular o no, más estigmatizados en un sector concreto o transversales al conjunto de los mercados laborales. En términos generales, no hay diferencia social alguna que sea absolutamente independiente de su valoración por el trabajo, pero podemos destacar algunas: el capital cultural, la edad, los múltiples obstáculos asociados a la feminidad -la obligación de cuidar a niños y mayores, la indisponibilidad horaria, el embarazo, la fuerza física, patologías feminizadas-, la estética corporal, los códigos lingüísticos, la movilidad espacial, el arraigo a vínculos sociales o comunitarios, la pérdida de una capacidad determinada por enfermedad, accidente, etc.; en general todos los motivos que, mediados por un dispositivo formal o informal de evaluación de las capacidades laborales, son significados como causa por la cual un comprador no compra el tiempo de alguien. Veamos algunos ejemplos de diferencias concretas que se significan como causas de la *pérdida de forma* para el trabajo:

[...] mucho tiempo parada, sin posibilidad de encontrar trabajo, por la edad, o era demasiado joven, o ahora estoy en una edad que no soy mi mayor, ni joven. (Marisa)

Ni voy a buscar cursos, ni voy a buscar historias porque es que...ni que te llamen, porque de todas maneras, tampoco te llamaban [...] había que sacar adelante mi suegra y mis hijos. (Marisa)

[...] pues dejo de trabajar, por lo menos para cuidar al niño. (Matilde)

Salí embarazada, se me terminó el contrato y no me renovaron. (Martina)

[...] el quedarte en casa, como hice yo al principio, y no relacionarte con gente que, además, te puede abrir puertas (Paradas)

[...] ya cuando buscas un trabajo, te dicen: “Lo de la edad de tener un hijo...” (Paradas)

Fui al doctor, y me hicieron pruebas, y me dijo que lo mío era esto: fibromialgia. Y eso también me ha limitado muchísimo. Yo ahora, aunque consiguiera un trabajo, tendrá que ser un trabajo que yo pueda hacer, porque por ejemplo un trabajo de estar de pie diez, doce horas, yo no podría. (Melinda)

<sup>191</sup> “...un individuo que podía haber sido fácilmente aceptado en un intercambio social corriente posee un rasgo que puede imponerse por la fuerza a nuestra atención y que nos lleva a alejarnos de él cuando lo encontramos, anulando el llamado que nos hacen sus restantes atributos. Posee un estigma, una indeseable diferencia que no habíamos previsto. Daré el nombre de “normales” a todos aquellos que no se apartan negativamente de las expectativas particulares que están en discusión.” (Goffman, 1963: 15). El sentido del estigma, en nuestra investigación, empieza a mutar cuando los “normales” para el trabajo son cada vez menos por causa de la creciente superfluidad de masas de población cada vez mayores.

Era un trabajo que a mí no me gustaba, y tampoco se me daba muy bien. Entonces no superé el período de prueba. Me parece que estuve un mes planchando. (Marta)

[...] o sea que tiene unos estudios superiores, yo no tengo eso. Entonces no puedo optar a... Yo sé que no puedo optar a unos puestos de trabajo. (Elisa)

[...] pero para un restaurante y coger platos y llevar cosas, no, porque tengo la muñeca que se me ha roto hace un par de años, y no tengo fuerza para coger cosas fuertes. Por eso no vuelvo a lo de eventos de bodas (Ana)

Entonces o es mi salud o el trabajo. Intentas llevar otro ritmo, y al final prescindieron de mí. (Jorge)

[...] porque como yo tengo también una discapacidad, pues esta empresa era beneficiarse de los discapacitados y exigirles a los discapacitados el mismo rendimiento que a uno normal, y pagarles la mierda. Claro, y yo contra estas cosas me rebelo (Hilario)

El problema de irme es que mi pareja está aquí, y ella es funcionaria. Ella está aquí fija, para toda la vida, digamos, y...tampoco quiero romper la relación ni nada. Quiero buscar por la provincia. (Rafael)

Tiene cuarenta y cuatro años, no tiene estudios, y... o monta algo, y no hay dinero para montar algo, o creo que esta situación va a durar, desgraciadamente. (Gema)

“Oye en Roma, no sé qué.” ¿Roma? ¿Qué hago yo en Roma? (Parados CD)

Vemos cómo múltiples diferencias concretas se significan como causantes de la pérdida de forma para el trabajo y/o como obstáculos para volver a ponerse en forma. De este modo, para volver a encontrar trabajo, estas diferencias tienden a ser objeto de intervención del parado sobre sí: si es posible, las diferencia *negativizadas* han de ser eliminadas, y si no es posible, deben ser invisibilizadas, enmascaradas, transformadas, o en su caso, *positivizadas* –por ejemplo, si ciertas diferencias comenzaran a operar como una ventaja competitiva porque se ajustan mejor que otras a un nuevo nicho de mercado<sup>192</sup>.

La posibilidad de transformar estas diferencias depende de las posibilidades de inversión de tiempo o dinero -días o años, coste gratuito o gastos inasumibles- así como de su significado afectivo -negación de pequeños deseos o frustración de proyectos vitales. En algunos de los casos mencionados, la intervención individual sobre las diferencias negativizadas podría ser: el embarazo puede solucionarse no embarazándose o abortando, tener hijos puede solucionarse no

<sup>192</sup> Podemos ilustrar esto con el caso del colectivo gay en Madrid. De pasar a ser un grupo social discriminado en todos los niveles –incluido el laboral-, un proceso de positivización crea un nuevo modelo de gay reconocido y valorado a partir de un nuevo nicho de mercado asociado al consumismo, a ciertos sectores laborales creativos, y a la gentrificación de Chueca. Este proceso produce un gay abstracto al tiempo que negativiza otros grupos sociales que no se ajustan al modelo: las lesbianas, los osos, los queer, etc. Con este ejemplo, puede verse cómo la *normalización* de diferencias concretas se relaciona con la forma abstracta del trabajo y su relación con el dinero, lo que explica, por ejemplo, el estatus que actualmente tiene un determinado modelo gay. Nuestro enfoque, cercano en muchos casos a Foucault, debería servir como complemento de, y crítica a, concepciones como la de Boltanski, para quien la negativización de las diferencias sociales es el resultado de una “gramática de la normalidad” que es efecto de las disputas de los actores sociales sobre las concepciones “injustas” o “morales” de las diferencias sociales (Boltanski, 2009: 58-65). En nuestra opinión, sería muy productivo complementar la teoría de Boltanski con una teoría de los efectos que la abstracción del trabajo ejerce sobre las diferencias concretas de las personas.

teniendo hijos, no querer ir a Roma puede solucionarse yéndose a Roma, la novia que supone un impedimento de movilidad geográfica puede abandonarse, la fibromialgia quizás podría solucionarse con un tratamiento caro, la incapacidad de cargar peso con una mano puede arreglarse mediante la formación en sectores donde no se requiera cargar peso, el obstáculo de la edad podría depender del puesto o de quien selecciona, la cualificación requiere inversiones de largo plazo, etc. En otros casos, simplemente, hay trabajos que a alguien “no se le dan bien”, por algún motivo azaroso pero que, en cualquier caso, en la práctica real impiden ajustar las disposiciones y prácticas a la norma requerida para un determinado empleo. Así, el sentido de estas diferencias, su mayor o menor capacidad de impedir el trabajo, está definido por el cúmulo de rechazos, y sobre todo, de omisiones, para aspirar a un puesto de trabajo. Por las características borrosas de los límites entre trabajo, paro e inactividad, en general el estigma no es absoluto ni impide trabajar de manera clara. Es sólo a medida que el paro se prolonga, cuando la inadaptación a la forma estigmatizará con más intensidad las diferencias que impiden vender el tiempo y hacen más superfluo al parado [7.4].

Las prácticas de la competencia por el trabajo, por tanto, pueden ser concebidas como todas aquellas acciones mediante las cuales una persona en paro trata de reajustar sus diferencias negativizadas a la forma abstracta de un determinado puesto de trabajo, profesión, sector o mercado laboral. Permítasenos imaginar simplificadaamente este proceso a partir de una metáfora que nos resulta ilustrativa para articular algunas de las ideas que estamos manejando.

**Imagen 3. La metáfora de la máquina de step**





**Cuadro 17. Perder la forma, ponerse en forma, mantenerse en forma<sup>193</sup>**

Uno va al gimnasio a ponerse en forma si ha perdido la forma, o a mantenerse en forma para no perder la forma.

La máquina de step te pide tu peso y altura, se selecciona un tipo de programa -camino lineal, montaña, cambiante-, se comienza el ejercicio y se van obteniendo los datos objetivados: la distancia recorrida, pasos por minuto, pulsaciones del corazón, la duración total, las calorías quemadas, y las partes del cuerpo que se están entrenando. La máquina marca por defecto un tiempo a realizar -una hora- y recomienda el peso que se debería adelgazar. Además, uno puede marcarse una distancia determinada para mantener su marca anterior, o aumentarla, para mejorar su anterior marca.

Quien se sube a la máquina de step tiene la capacidad de elegir el programa en el que se va a poner en forma. Pero no tiene la posibilidad de decidir su peso ni su altura, ni la relación normal que debe existir entre el peso y la altura. Tampoco tiene posibilidad de ejercer otros movimientos que los determinados por la forma de los pedales. La máquina permite variar el grado de los movimientos arriba-abajo o más suave/más resistencia: tienes libertad de moverte como quieras, pero no tiene sentido preguntarle a la máquina si se pueden girar los pedales de otra manera, o si se puede no girar los pedales mientras uno está subido a la máquina. Quien se sube no tiene la posibilidad de que su actividad concreta no esté medida según los criterios de más y menos que marca la máquina: la máquina mide a todos por igual se suba quien se suba, y esa regla es innegociable para la máquina. La medida concreta codificada según el criterio normal pone en relación tal medida concreta con la medida abstracta. Según la medida concreta, la máquina establece un programa que cada vez es más exigente hasta que uno se pone finalmente en forma. Quien está en el step, entonces, obtiene medidas cuantificadas de su pedaleo, y de cómo su pedaleo se ajusta a la norma marcada por la máquina. Por último, si te bajas antes del tiempo marcado por defecto, la máquina dice “pedal faster”: pedalea más rápido.

Omitiendo la importancia de las mediaciones, el mercado de trabajo puede ser metaforizado como una máquina para mantenerse en forma y ponerse en forma. La asignación de tiempo superfluo durante el arreglo temporal, es como si de repente se asignaran millones de kilos a millones de personas: a algunos cinco kilos, a otros veinte, a los trabajadores de la construcción, quizás cincuenta. Todos los ejercicios anteriores ya no sirven porque la máquina ahora marca una medida que no se puede cumplir, la frecuencia con que se iba al gimnasio debe aumentarse, se debe alargar la duración del ejercicio, la distancia recorrida, apuntar a las partes del cuerpo menos entrenadas, quemar más calorías, seleccionar el programa de “montaña”. Además, la entrada misma al gimnasio se ha multiplicado, y a los que ahora parecen excesivamente obesos se les ha prohibido subirse a la máquina. Los dueños del gimnasio repiten insistentemente: ¿por qué no entráis?, ¿no queréis adelgazar?, ¿no queréis estar en forma? Y de vez en cuando alguno consigue colarse porque conoce al portero.

<sup>193</sup> La metáfora que utilizamos puede justificarse, también, a partir de la investigación de Moreno Pestaña (2010) sobre los mercados corporales, la tensión corporal, y la creciente presión del capital corporal medido como delgadez como criterio de medida del valor social. Las imagen izquierda de la página anterior ha sido tomada de (images.oneshotfitness.com/uploads/2008/10/life-fitness-95si-stepper.jpg). La otra es una foto personal.

Utilizando la metáfora del *step*, hemos clasificado tres actividades para *volver a ponerse en forma*: informarse, formarse y reformarse. Estos tres tipos de práctica de competir por el trabajo son modos de inversión de tiempo orientados a actualizar al trabajador en la forma del trabajo.

1) Con *informarse*<sup>194</sup> nos referimos a todas las prácticas de búsqueda de información sobre puestos de trabajo, lo que los economistas llaman conectar la oferta con la demanda de trabajo: la búsqueda de empleo por Internet, el reparto de currículums, el desplazamiento a entrevistas y su preparación, el “boca a boca” con los contactos, amigos y conocidos que puedan conectar al parado con un empleo, etc. Incluimos, además, todo el aprendizaje para superar los procesos de selección, las estrategias de presentación de sí, los modos de subrayar u ocultar una diferencia concreta, la forma de elaborar el CV, etc.

2) *Formarse* son todas las actividades orientadas a mejorar la cualificación reconocida: conseguir titulaciones, acumular experiencia, demostrar que uno posee una determinada competencia o capacidad, lo que en el discurso dominante se ha categorizado como *empleabilidad*. Esto implica no sólo tener la competencia como tal, sino ajustarse a todos los dispositivos de objetivación, medida y evaluación de las capacidades laborales requeridas para vender el tiempo en un puesto de trabajo, sector, etc.

3) Por último, con *reformarse* nos referimos a las prácticas que pueden incluirse en lo que el discurso dominante actual denomina “emprendimiento”, categoría que suele aparecer con ambivalencia en los discursos que hemos recogido. En el emprendimiento podemos incluir todas las prácticas y discursos que orientan al trabajador a “reformular” su estatuto de trabajador asalariado por cuenta ajena, para renunciar al tipo de protección social y legal formalmente establecida para tal condición y pasar a ocupar el estatuto de trabajador autónomo, o incluso el de empresario. Se trata de otra manera de “invertir tiempo” -a menudo difícil de distinguir del informarse y el formarse- porque el tiempo del parado orientado al llamado “emprendimiento” es también tiempo invertido en aumentar las probabilidades de que alguien compre su tiempo, sea cual sea el nublado campo semántico con que esta venta de tiempo se codifique: actividad emprendedora, empresarial, de autónomo, de falso autónomo, autoempleo, por cuenta propia, free-lance, etc.

---

<sup>194</sup> “Y cada agente, cuando se informa, se encuentra frente a una puesta en forma. Así podría precisarse el problema de la relación: confronta modelos de interpretación y está mediatizada por objetos que han recibido, de esos modelos, una forma.” (Salais et al., 1986: 219-20)

Por tanto, podemos constatar empíricamente las funciones productivas del trabajo del paro a partir de la investigación de aquellas situaciones típicas que evidencien cómo las prácticas de informarse, formarse y reformarse ejercen una competencia activa de los parados entre sí, así como entre parados y ocupados, que transforma productivamente las normas, prácticas y disposiciones temporales de la población trabajadora. Metodológicamente, para captar estas relaciones, nos es suficiente con los discursos de parados, que relatan no sólo sus prácticas durante el tiempo del paro, sino también sus recientes experiencias laborales continuadas o intermitentes hasta el momento del paro prolongado. De esa manera, los parados dan cuenta del tiempo del paro y, paralelamente, de los cambios en la forma del trabajo. Además, los parados hablan de la situación de las personas de su entorno, lo que igualmente evidencia los efectos de contraste que se producen ante la normalización de los nuevos tiempos del trabajo.

En cualquier caso, antes de empezar el núcleo de nuestro análisis, y para no dejar un cierto vacío, podemos ilustrar someramente los efectos del trabajo del paro a partir de los discursos de los actualmente ocupados, al constatar cómo éstos compiten entre sí por causa de la masa de parados.

#### Cuadro 18. Expresiones de los efectos de la competencia por el trabajo en los ocupados

Se abusa. Porque no hay más remedio. “Eso es lo que hay, si no lo quieres, ¡pues márchate!” (Superocupados)

Para mí son lamentables muchos trabajos. Tendrían que estar prohibidos. Ahora hay gente trabajando de lunes a domingo. [...] Por el tema de la crisis además, están abusando todos en ese sentido. (Superocupados)

El modelo económico creo que hay... yo en Ikea lo veo mucho: cada vez prima más la eficiencia, la polivalencia, al menor coste, y al menor coste humano, y de cualquier tipo. Yo a mí me han reducido... me han echado cargas para seguir cobrando lo mismo. No tenía opción al cambio de convenio. Y lo haces. (Precarios)

Entonces desde hace dos, tres años, cada vez... no es que podamos presupuestar, es que directamente nos dicen cuánto vamos a cobrar. Y ahora mismo, es menos de la mitad lo que estamos cobrando. (Precarios)

[...] horas extras sin pagar, por supuesto. (Ocupados)

Yo tengo mi trabajo, es una mierda de trabajo, pero tengo trabajo. *Pero hay otros seis millones de personas que no lo tienen. Entonces aguanto. No voy a explotar. Hasta que no llego al límite, no exploto.* (Ocupados)

Fuente: Grupos de discusión del proyecto TRACUVI (Prieto, 2015) [3.3]

## 5.2. El doble de tiempo de competir por el trabajo

¿Cómo puede representarse la *magnitud* del cambio en la presión temporal sobre la población trabajadora que significó el paso de los casi dos a los más de seis millones de parados entre 2007 y 2013? Mediante una operación de transformación de los datos, pretendemos ilustrar la diferencia de magnitud de la masa de tiempo del trabajo de competir por el trabajo entre 2007 y 2013. Para ello, realizamos una estimación general de la cantidad total de horas dedicadas al trabajo asalariado, por un lado, y a la inversión de tiempo de los parados –en búsqueda de trabajo y formación. Esta estimación nos sirve para traducir en términos de horas lo que la EPA representa como un aumento de cuatro millones de parados entre 2007 y 2013.

**Tabla 10. Magnitudes del tiempo global dedicado a la competir por el trabajo (2007-13)**

	<b>2007</b>		<b>2013</b>		<b>2013 – 2007</b>
	20.579.900 ocupados 1.846.100 parados		17.139.000 ocupados 6.051.100 parados		-3.440.900 ocupados +4.205.000 parados
<b>TIEMPO DE TRABAJO TOTAL</b> (población ocupada)	34.343	97%	28.779	94%	<b>-5.564 (-16%)</b>
<b>TIEMPO DE COMPETIR POR EL TRABAJO</b> (población parada)	921	3%	<b>1.841</b>	6%	<b>+920 (+200%)</b>
<b>TOTAL</b>	35.264	100%	30.620	100%	<b>-4.644 (-13%)</b>

Fuente: Total Economy Database y estimación propia a partir de datos EPA y EET<sup>195</sup>. Millones de horas/año

Según estos datos, el tiempo de trabajo asalariado total disminuye mientras se dobla el tiempo de competir por el trabajo, que pasa de un 3% a un 6% del conjunto. Esto representa una duplicación de la magnitud del tiempo total dedicado a competir por el trabajo de 900 a 1800 millones de horas. Si se nos permite razonar a partir de esta abstracción, podría decirse que el objetivo de un parado de 2007 era que se le asignara alguna de las 34.000 millones de horas mientras tenía que competir con apenas 900 millones de horas. Sin embargo, un parado de 2013 debe conseguir que le asignen alguna de las 29.000 millones de horas -un 16% menos del total

<sup>195</sup> Los datos de tiempo de trabajo total no los obtenemos de la EET sino de la Total Economy Database [2.1], que tiene datos de tiempo de trabajo global por cada año, por lo que no es necesario estimarlo a partir del dato de la EET. Para obtener los datos del tiempo de competir por el trabajo, se han estimado los datos de 2007 a partir de los datos de la EET de 2003 –momento “normal” y los de 2013 a partir de los datos de 2010 –momento de “crisis”-: 1) en 2007 se ha multiplicado la media anual de parados EPA por el tiempo de la EET 2002/03 de búsqueda de trabajo y estudios -82 minutos. Para los datos de 2013, se ha multiplicado la media anual de parados EPA por el dato de la EET 2009/10 -50 minutos.

anterior-, mientras compite contra el doble de horas totales. Además, el precio medio de cada una de estas horas es mucho menor que en 2007 [2.1], por lo que el valor relativo de las horas de trabajo es aún mayor ya que un trabajador medio necesita invertir más tiempo para conseguir el mismo dinero.

No obstante, como hemos dicho, el efecto de contraste del paro no depende sólo de la *cantidad* de horas puestas sobre cada parado –la presión no es “el doble” porque se doble la cantidad de horas- sino que la coacción abstracta real ejercida sobre un parado depende también de la nueva *cualidad* de esas 1.800 millones de horas, que es lo que vamos a analizar en todo el resto del capítulo. En consecuencia, con la mayor cantidad y la presumible mayor intensidad del tiempo de competir por el trabajo durante el arreglo temporal, podemos representar así cómo la transformación de las normas temporales ha incrementado muy significativamente la coacción abstracta.

También es importante no olvidar que el incremento de la coacción abstracta general no significa su incremento homogéneo en todos y cada uno de los parados: la presión es heterogénea y, por ejemplo, puede multiplicarse en unos sectores o empresas, disminuir en otros y/o mantenerse en otros. Por tanto, la presión temporal se expresará de manera *heterogénea* en la transformación de la forma de competir por el trabajo. En ese sentido, puede decirse que hay una división social del tiempo de competir por el trabajo entre la población parada: por ejemplo, por género, el varón parado medio dedica 71 minutos diarios a competir por el trabajo, mientras que una parada media dedica 47 minutos (Callejo y Prieto, 2015: 67). Igualmente, el tiempo medio invertido *por individuo* en competir por el trabajo ha disminuido entre un momento “normal” - 2003- y el momento de “crisis” -2010- [4.1]. Esta disminución no se explicaba por la búsqueda de empleo sino por la disminución del tiempo medio por individuo dedicado a formación. Sin embargo, en términos globales, el tiempo dedicado a formación en 2010 sigue siendo mucho mayor que el dedicado en 2003, ya que hay muchos más parados formándose, aunque la media individual haya disminuido respecto a 2003. Por ello, hay que analizar cualitativamente qué motivos puede haber detrás de la disminución del tiempo medio dedicado a formación [5.5]. Y sin alargarnos en un análisis de los tiempos cuantitativos dedicados en función de diferentes categorías sociales, en el análisis cualitativo iremos señalando cómo esta coacción abstracta heterogénea se materializa según diferentes tipos de parados, y generando así nuevos tipos de contradicción.

Por último, cabe destacar otro elocuente dato que señala el aumento de la coacción abstracta sobre los parados: el del cambio en la disponibilidad efectiva para trabajar. Según la EPA, entre el primer trimestre de 2007 y el de 2014, se ha doblado la proporción de trabajadores

que declaran tener disponibilidad horaria total: han pasado de un 31% a un 62% del total de desempleados, aquellos que aceptarían “la jornada que encuentre”, sin especificaciones de tiempo parcial, completo, etc. En términos absolutos, el 62% de los parados suponían 3.696.500 parados, por lo que se puede suponer que esa duplicación de la proporción en seis años remite a la necesidad urgente de dinero, que se priorizaría sobre cualquier otra necesidad.

En definitiva, ¿de qué manera han operado esas dos mil millones de horas de competencia por el trabajo, no sólo por su magnitud, sino también por su calidad, su forma, su intensidad? ¿Cómo se han materializado esas horas asignadas en la transformación de las normas, prácticas y disposiciones de los parados? Eso vamos a ver en el resto del capítulo.

### 5.3. La mediación del Estado en la competencia por el trabajo

Complementado buena parte de nuestra argumentación sobre la gestión estatal del paro [1.4, 1.5], en este apartado tomamos tres ejemplos en los que el Estado ha regulado directa o indirectamente el tiempo del paro durante el periodo 2007-13: las prestaciones, la deuda y el despido. Analizamos cómo los cambios en esta *desregulación regulada* (Briales y López Calle, 2015) del tiempo del paro han favorecido una presión mayor sobre el tiempo de competir por el trabajo, y simultáneamente, han generado nuevas tensiones y contradicciones.

#### *Disminuye la protección y aumenta el asistencialismo*

Antes de analizar cualitativamente la relación entre las prestaciones y el aumento de la competencia por el trabajo, vemos la evolución de la *tasa de cobertura* durante el periodo estudiado. Este indicador del Ministerio de Empleo mide el porcentaje de parados que acceden a alguna prestación. Merece la pena su problematización puesto que su presentación mediática a menudo impide comprobar si este indicador es más o menos útil para indicar lo que pretende indicar: la proporción de parados que están cubiertos por la protección del Estado. Por eso, frente a la tasa de cobertura oficial, proponemos una ‘tasa de cobertura total’ y una ‘tasa de cobertura asistencial’, para ver con más precisión la protección real<sup>196</sup>.

---

<sup>196</sup> Otra problematización de la tasa de cobertura se encuentra en Negueruela (2013: 4-5; 2014). Según su metodología, en el primer trimestre de 2013 sólo el 35% de los parados recibían una prestación. Su argumento es que en el número de beneficiarios que da el SEPE, se incluyen a personas que no son considerados parados por la EPA, por lo que Negueruela utiliza para sus cálculos sólo los datos de la EPA, no los del Ministerio. Utilizamos sus datos más adelante [7.3].

Tabla 11. Proporción de parados según cobertura y tipo de prestación (2007-14)<sup>197</sup>

	Número de parados (4T EPA, en miles)	Total de beneficiarios de prestaciones (en miles)	Tasa de cobertura oficial	Tasa de cobertura total (EPA)	Beneficiarios de prestación de nivel asistencial* (en miles)	Tasa de cobertura asistencial**
<b>2007</b>	1.942	1.421	71	<b>73</b>	641	45
<b>2008</b>	3.207	1.815	74	57	714	<b>39</b>
<b>2009</b>	4.335	2.681	75	62	1.056	39
<b>2010</b>	4.702	3.043	78	<b>65</b>	1.571	52
<b>2011</b>	5.287	2.846	71	54	1.518	53
<b>2012</b>	6.021	2.942	66	49	1.561	53
<b>2013</b>	5.936	2.865	62	48	1.554	54
<b>2014</b>	5.458	2.543	59	<b>47</b>	1.483	<b>58</b>

Fuente: Encuesta de Población Activa (EPA), SEPE, Ministerio de Empleo y Seguridad Social y estimación propia de la Tasa de cobertura total y Tasa de cobertura asistencial.

\* Las prestaciones de nivel asistencial incluyen Subsidios, Renta agraria y Renta Activa de Inserción (viejo REMI).

\*\* Proporción de beneficiarios de prestaciones de nivel asistencial sobre el total de beneficiarios de prestaciones.

Como se ve, entre 2007 y 2014 los parados que no cobran prestación alguna se han multiplicado por seis -de medio millón a unos tres millones-, lo que significa que se ha pasado de cubrir a tres cuartas partes de la población en paro a menos de la mitad. La proporción de prestaciones asistenciales sobre el total de beneficiarios pasó del 45% a casi el 60%.

En primer lugar, el principal problema de esta tasa es que no se calcula sobre la medida reconocida como la más exacta –la EPA, que casi siempre es mayor- sino sobre la medida menor del paro registrado, y además, excluyendo del total a quienes buscan su primer empleo<sup>198</sup>. De ese modo, la tasa de cobertura ha aparecido durante los años de crisis con un porcentaje relativamente alto. Por ejemplo, en datos de diciembre de 2013, si se calcula la tasa respecto al total de parados EPA –tasa de cobertura *total*-, aproximadamente el 47% cobraban alguna ayuda; mientras que la tasa de cobertura *oficial* ofrecida por el Ministerio de Empleo la cifraba en un 62%, una diferencia de 15 puntos. En 2012, por ejemplo, esta diferencia llegó hasta los 17 puntos. En segundo lugar, la tasa de cobertura oculta la proporción decreciente de parados que acceden a una prestación contributiva, que se ha mantenido en una media de 28 euros diarios -840 €/mes-, mientras ha aumentado la proporción de parados que cobran una prestación de nivel asistencial, que en los únicos datos accesibles se señala una cifra genérica de 14 euros diarios -426 €/mes-,

<sup>197</sup> Esta tabla está ya publicada en Briaies y López Calle (2015). Como en aquel artículo incluimos el año 2014, lo hemos mantenido aquí aunque nuestro periodo de estudio se limite a 2013.

<sup>198</sup> Véase Ministerio de Empleo (2015: 3).

que es falsa, pues algunos parados cobran cantidades mucho menores: por ejemplo, de 100 €/mes<sup>199</sup>. Esta desproporción ha aumentado a medida que se alargaba la crisis y el número de personas en paro de larga duración que pasaban el límite de dos años del cobro de la prestación, lo que analizaremos más adelante [7.3].

En el caso de las prestaciones contributivas, una de las reformas más importantes fue en julio de 2012, por la cual a partir del sexto mes de cobro de la prestación, se pasa del 70 al 50%, en vez del 70% al 60%<sup>200</sup> de la base reguladora, como era hasta la reforma. Esto significa que para las personas con dos años de prestación, si antes de la reforma tras el sexto mes su prestación se reducía en un 14%, tras la reforma se reducirán en un 29% las mensualidades que se cobrarán durante el siguiente año y medio. Esta medida, que se toma durante la segunda oleada de despidos del arreglo temporal -como veremos después- tensiona fuertemente el clima social<sup>201</sup>, y a pesar del derecho recogido en la Constitución a una protección por desempleo suficiente, la justificación de la reducción de la prestación se realiza en términos de “racionalización”, de “equidad” y de “activación”:

[...] se racionaliza el régimen jurídico aplicable al acceso a prestaciones y subsidios por desempleo desde contratos a tiempo parcial, que ha generado una acumulación de incoherencias que resultan en una normativa vigente poco homogénea y que no respeta el principio de equidad y se refuerza la vinculación entre políticas activas y pasivas de empleo.<sup>202</sup>

<sup>199</sup> Es altamente llamativo que los datos de la cuantía media de las prestaciones contributivas sean fácilmente accesibles, pero que no haya datos accesibles de la cuantía media de las prestaciones asistenciales. El Ministerio de Empleo recoge datos actualizados de la cuantía media de la prestación contributiva –que se ha mantenido alrededor de los 28 euros diarios- pero en el caso de las prestaciones asistenciales, se señala un dato genérico -el 80% del IPREM= 426 euros (14,20€ x 30 días). Sin embargo, esta última cantidad necesariamente tuvo que disminuir de manera muy importante a partir de la reforma de julio de 2012, como cuenta Edgar: “se me acabó el paro, he pedido el subsidio. Como he trabajado a tiempo parcial, con la nueva ley de Rajoy del mes de junio, el subsidio por desempleo de los dos años, también es parcial. O sea, que en vez de ser 420, serán ciento y pico lo que voy a cobrar” (Edgar). Después de múltiples comunicaciones con el Ministerio de Empleo, no se nos han proporcionado los datos de la cuantía media de las prestaciones de nivel asistencial, que tuvieron que bajar significativamente a partir de la reforma de 2012. Hasta donde sabemos, otros investigadores no han trabajado estos datos.

<sup>200</sup> En vigor desde el 15 de julio de 2012. Real Decreto-ley 20/2012, de 13 de julio, de medidas para garantizar la estabilidad presupuestaria y de fomento de la competitividad. Véase el artículo 17.4, por el cual se modifica el artículo 211 de la Ley General de la Seguridad Social,

<sup>201</sup> Merece la pena recordar, por su polémico significado y como hito del clima social vivido, que el día en que se aprobó esta medida en el Congreso, se escenificó una importante ruptura simbólica entre los parados y el Gobierno, cuando la diputada del Partido Popular, Andrea Fabra, gritó “que se jodan” en aparente alusión a los desempleados. La captura del grito por una cámara de televisión provocó manifestaciones masivas y espontáneas que recorrieron las sedes del Partido Popular bajo el lema “¡Que se jodan!”.

<sup>202</sup> Real Decreto-ley 20/2012, de 13 de julio, de medidas para garantizar la estabilidad presupuestaria y de fomento de la competitividad. (Apdo. III del preámbulo). Es pertinente recordar aquí la distinción fundamental entre constitución formal y constitución material, que puede verse en el artículo 41 de la Constitución Española, en relación al significado de las prestaciones por desempleo: “Los poderes públicos mantendrán un régimen público de Seguridad Social para todos los ciudadanos, que garantice la asistencia y prestaciones sociales suficientes ante situaciones de necesidad, especialmente en caso de desempleo”. Sobre la introducción de



Como se ve, este desplazamiento en el campo de las prestaciones contributivas puede ser entendido como un aumento regulado de la presión sobre los desempleados, que penaliza especialmente a quienes habían tenido contratos más precarios.

Si miramos ahora de un modo más detallado los cambios en los subsidios asistenciales actualmente existentes, podemos ver cómo sus criterios de asignación, al establecerse a partir de categorías sociales, producen divisiones que incluyen a unos sujetos mientras dejan a otros fuera; o como sostuvimos, dividen a aquellos cuya situación de vulnerabilidad es reconocida como voluntaria o como involuntaria.

**Tabla 12. Subsidios de nivel asistencial (“Los 400 euros”) <sup>203</sup>**

Subsidios por desempleo	Renta Activa de Inserción
<ul style="list-style-type: none"> <li>- Subsidio de agotamiento de la prestación contributiva</li> <li>- Subsidio de cotización insuficiente (inferior a 360 días)</li> <li>- Subsidio para mayores de 52 años (modificado: 55 años exigidos a partir del Real Decreto-Ley 20/2012)</li> <li>- Subsidio especial (eliminado por el Real Decreto-Ley 20/2012)</li> <li>- Subsidio para emigrantes retornados</li> <li>- Subsidio para liberados de prisión</li> <li>- Subsidio por revisión de invalidez</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Desempleados de larga duración mayores de 45 años</li> <li>- Personas con discapacidad superior al 33%</li> <li>- Emigrantes retornados</li> <li>- Víctimas de violencia doméstica y de género</li> </ul>

Fuente: Ministerio de Empleo (excluidos subsidios por renta agraria)

Como se ve en esta tabla, la *gestión de los márgenes* se relaciona con las condiciones de edad, género, discapacidad o etnia. La edad es un criterio sobre cuya medición no hay discusión, pero cuyo límite es arbitrario: por ejemplo, con la reforma de 2012 se aumenta de 52 a 55 años el límite del acceso al subsidio de mayores de 55 años. La edad de 45 años también produce una división arbitraria que se materializará, como veremos, en la autopercepción de los parados. Y lo mismo puede decirse para todos los dispositivos de objetivación del grado de discapacidad, de la violencia machista, etc. Así, estas categorías crean divisiones que se materializan en divisiones sociales reales cuya función puede entenderse como parte de la gestión productiva del tiempo superfluo y de la historia de las luchas en torno a esta gestión. Los constantes cambios de denominación, así como los cambios en los criterios de acceso, no sólo contribuyen a hacer

---

criterios de “racionalización económica” en el derecho y la ruptura neoliberal con la teoría política liberal, véase Brown (2003).

<sup>203</sup> Todos estos subsidios que la población suele incluir en la categoría de “los 400 euros”, a menudo se confunden. Además, hay otros subsidios que dependen de las Comunidades Autónomas. Si algunos subsidios se alarga más o menos, en prórrogas de 6 meses, depende de circunstancias como la edad o las cargas familiares. Los cambios en las denominaciones, tipos y condiciones de acceso son constantes.

difícilmente comprensible el aparato de la protección por desempleo a la ciudadanía, sino que mediante la gestión de las distinciones entre las categorías que distribuyen el salario indirecto, el Estado orienta su significado general: por ejemplo, al cambiar la relación de proporción entre las prestaciones ‘contributivas’, que orientan el significado a su carácter de *derecho*, y las ‘asistenciales’ que orientan el significado a su carácter de *ayuda* asistencial, como vamos a ver a continuación.

### *La moralización de las prestaciones y la gestión productiva de la incertidumbre*

En nuestro enfoque, y tal como ocurre desde la invención de la protección por desempleo, todas las medidas de apoyo económico del Estado para situaciones reconocidas de vulnerabilidad por carencia de empleo son un eje clave de la gestión productiva del tiempo superfluo. Los diferentes modos, a menudo ambivalentes y contradictorios, en que los parados interpretan el significado del salario indirecto apuntan a una de las funciones de esa gestión. La transformación de este significado es *productiva* en tanto en cuanto el Estado consigue intensificar la competencia por el trabajo mediante la regulación de las condiciones para asignar las prestaciones. Siguiendo a autores como Elias (1979), una de las claves de esa regulación es moral. Exploramos la idea de cómo la moralización actual de las prestaciones puede relacionarse con el aumento de la autocoacción de los parados para invertir tiempo en la competencia por el trabajo.

En el neoliberalismo, como vimos [1.5], la interpretación del desempleo se desplaza más hacia el polo de la voluntariedad. En la medida que la protección por desempleo es significada como *derecho*, el parado no tendría que justificar sus acciones, pues la prestación se codifica como una parte del salario que fue desviada para tal protección. Pero en la medida que la protección es significada como *ayuda*, el Estado legitima su capacidad de condicionar el uso que el parado hace de su salario indirecto, y eventualmente, negarle el derecho constitucional a una protección suficiente. La codificación de la prestación como ayuda facilita que quien recibe una prestación tienda a sentirse en deuda, y esta deuda es su *culpa*<sup>204</sup> [7.8.2], de modo que el parado debe justificar con un comportamiento moralmente adecuado su voluntad de saldar su deuda con el sujeto caritativo que se la habría otorgado de buena voluntad. Durante el arreglo temporal, dada la reducción de la protección y el aumento del asistencialismo que antes vimos, es posible hipotetizar que el Estado ha intervenido en el desplazamiento del significado de la prestación como ayuda. Con estas ideas, indagamos en este apartado algunas tensiones típicas en el

---

<sup>204</sup> El análisis clásico de la relación entre deuda económica y culpa moral se encuentra en Nietzsche (1887), que en el alemán comparten el mismo significante –Schuld.

significado del salario indirecto, para ver cómo éstas se relacionan con la intensificación de la competencia por el trabajo.

Cualitativamente, un hecho empírico relevante que confirma la intensificación del tratamiento moral del desempleo es la autojustificación generalizada en la inmensa mayoría de parados, para demostrar su deseo positivo de trabajar<sup>205</sup>. De ese modo, tratan de evitar ser reconocidos como parados que cobran una prestación sin legitimidad moral para ello, o en general, como parados que no quieren trabajar. La hegemonía de este discurso no es, como sabemos, una novedad, pero su expansión actual tiene sin duda el efecto de diluir el significado de la prestación por desempleo como una parte del salario.

Si hay gente que no ha currado en su vida, y se lo dan, no ha movido un dedo. A lo mejor se ha dedicado, no me gusta decirlo, a robar, o a vivir de otra manera, ¡y están cobrando! Joder, y yo, ¿qué estoy cobrando? ¡Es increíble! (Antonio)

[...] sé que hay mucha gente que con la prestación que te dan: “voy a vivir muy bien, me quedo en casa, me rasco la tripa”. No, pero hay mucha gente, que aún con la prestación, por lo poco que sea, trescientos, cuatrocientos euros, quiere trabajar. Y yo, si tuviese una prestación, entre trescientos, cuatrocientos euros, tendría que seguir trabajando. (Marisa)

Partiendo de esta tendencia general, aunque el significado del salario indirecto tiende cada vez hacia el polo de ayuda, en cualquier caso, ese polo está siempre en tensión con el otro polo, que es el del significado de la prestación como un derecho. Veámoslo con dos casos. Por un lado, el polo de la prestación como ayuda lo ejemplifica el caso de Edgar, un parado español de origen ecuatoriano:

O sea, no me veo con cara de estar pidiendo, que hay muchísima gente de aquí que están también en condiciones o están peor... Entonces yo prefiero que se dé prioridad a ellos, porque son de aquí. [...] *yo he venido por mi cuenta, y no puedo yo responsabilizar* al gobierno de tal ni de cual para que me solucione mi problema, que pueden hacerlo, ¿me entiendes?, y que puedo pedirlo también, pero yo, moralmente, no estoy en condiciones de pedirlo. Pero por moral, porque soy así, ¿sabes? Si hay bien, y si no hay, pues también. Y si me dan algo pues lo recibo y si no me dan, pues no te puedo yo reclamar que me lo den porque tienen que dármele. [...] Yo tengo DNI español y me considero un español, pero en estas cosas pues, lo interno me dice que debo tener un límite, ¿sabes? (Edgar)

Como el significado de la prestación aparece como ayuda, Edgar “agradece” la “ayuda” como una limosna, lo que se relaciona directamente con que el parado se autoculpabilice de su desempleo –según él, por haber “venido por mi cuenta”. Pero en lo que aquí más nos interesa, este significado de la prestación como ayuda, relacionado con la autoculpabilización, coadyuva a

<sup>205</sup> Además de los momentos de las entrevistas en los que aparece espontáneamente esta cuestión, metodológicamente, propusimos la siguiente pregunta: “Imagínate que el Estado concediera una prestación por desempleo suficiente e indefinida, para vivir no con el agua al cuello pero sí más o menos con los mínimos necesarios. Si tuvieras una prestación así, ¿tú trabajarías?” El efecto de esta pregunta fue, por lo general, una interpelación moral.

que Edgar ejerza individualizadamente una presión máxima sobre el mercado de trabajo, mientras ejerce una presión mínima sobre el significado del salario indirecto como derecho. Independientemente de que su situación sea más o menos precaria, esta culpabilización contribuye a que el tiempo del paro maximice la competencia por el trabajo. Si parados como Edgar se niegan a sí mismos el derecho de pedir la “ayuda”, la gestión del gasto público podrá orientar óptimamente el uso del salario indirecto según las necesidades coyunturales del mercado de trabajo y de los intereses empresariales con más capacidad de influir sobre el Estado.

Por otro lado, el polo semántico que significa la prestación como un derecho lo ejemplifica Matilde, quien responsabiliza al Estado de una dejación de funciones al no garantizar la protección social de los parados:

[...] renovando papeles para que me den las cuatrocientas miserias, euros miserables esos que dan, que no te dan ni para nada, *y encima, gracias* porque me dan 400 euros [...] las ayudas están para cuando te hagan falta. Y lo que no quiero es que, cuando me hagan falta, me falten. Si realmente caigo enferma o me pasa cualquier historia, quiero tener la ayuda, quiero que verdaderamente el Estado responda [...] el yoga me cuesta quince euros al mes. Lo otro es una asociación de mujeres [...] pagas dieciocho euros cada seis meses. [...] Pero todo esto se lo estoy ahorrando a la Seguridad Social. Ahora voy a tener que decir: “A ver, ¡mi cacho!” Mucho externalizar, pero *yo sí que estoy externalizando*, bonito, esto está corriendo de mi bolsillo. (Matilde)

En este caso, Matilde afirma muy expresivamente “encima, gracias”, es decir, cuestiona que ella tenga que “agradecer” lo que no sería un regalo sino un derecho que es función del Estado garantizar. Otro detalle que no es baladí puede apreciarse cuando Matilde entiende que el gasto de su salario indirecto en actividades para su salud –yoga, etc.–, no es un mero gasto en tiempo libre sino una “externalización”, esto es, una forma de ahorrar dinero al Estado su gasto en sanidad. Como vemos, el significado de la prestación como derecho permite a Matilde utilizar su tiempo de desempleo de diferentes maneras, sin necesariamente intensificar su inversión de tiempo en lo estrictamente laboral. Como caso típico, esta forma de significar el salario indirecto es improductiva puesto que no contribuye *necesariamente* al aumento de la competencia por el trabajo. En resumen, podemos hipotetizar que esta última es la explicación general por la cual la gestión productiva del tiempo superfluo tiende hacia la moralización progresiva del salario indirecto.

Entre estos dos polos, y con el mencionado aumento de la escasez de prestaciones, otro de los ejes discursivos de la gestión productiva del salario indirecto tiende a enmarcar el debate principalmente sobre los criterios de acceso al cobro de ayudas, en detrimento de la discusión sobre las causas de la escasez de prestaciones. El parado vulnerable que no accede a una prestación se pregunta: “Si se la dan a X, ¿por qué a mí no?”. Las respuestas se montan, al menos,

sobre dos discursos que suelen aparecer mezclados contradictoriamente: 1) yo no cobro prestación porque hay otros que cobran ilegítimamente; 2) yo no cobro prestación porque el gobierno utiliza la asignación diferencial de las prestaciones como un medio para hacer competir a los parados entre sí:

Entonces pienso que en ese sentido se ha abusado mucho. No decir que no se ayude *al inmigrante*, pero no en exceso [...]. Y si eso es así, pues en ese caso que hubiese sido para todas las personas que estaban en paro. (Elisa)

Yo siempre he dicho también durante mi vida cuando yo tenía 20 años, todas las ayudas eran para los *de más de 45*, porque eran los que necesitaban. Cuando yo he tenido 45, la ayuda era para los de 25. (Parados CD)

[...] si yo cometo un delito y voy a la cárcel y salgo de la cárcel sí me dan... En cambio, si soy una persona honesta, trabajadora y legal y he estado cotizando, no tengo derecho. Es curioso. Y ojo, que no quiero decir con esto que un pobre hombre que salga de la cárcel no tenga derecho a que tenga un dinero, ¿eh? Que yo no estoy diciendo eso... pero yo también, ¿no? (Hilario)

De verdad, no soy racista, pero *te acaban haciendo... ser de otra manera*. [...] *Si no te pega tu marido, si no eres extranjera, no tienes derecho*. Pues no tengo derecho. Me dijeron que no, que no me buscara más vueltas, que no fuese a ningún otro sitio, que no tenía derecho. (Marisa)

La codificación del acceso a la “ayuda” en términos morales es lo que abre la posibilidad de separar a los que se aprovechan inmoralmemente de la ayuda. El criterio de separación se establece a partir de un principio de clasificación -que viene de las distinciones establecidas por los subsidios del Estado que antes veíamos: querer o no trabajar, edad, nacionalidad, ser preso, etc.- a partir del cual es posible generar una división entre los buenos y los malos parados. Mediante la legitimación de uno u otro principio de clasificación, diferentes grupos se sienten discriminados: los mayores de 45 años porque se ayuda más a los jóvenes, los autóctonos porque se ayuda a los inmigrantes, etc. Mediante esta distribución segmentada del salario indirecto, como decía Marisa, “te acaban haciendo... ser de otra manera”, o en otras palabras, el uso de criterios de discriminación positiva aparece como medio para provocar una especie de lucha entre parados que, como dijimos, es productiva desde el punto de vista de la gestión del paro. Así, en un contexto de escasez económica grave, la discriminación positiva no sirve sólo para proteger a quienes están objetivamente discriminados, sino para poner en competencia a unos y otros parados. El Estado, de esta manera, genera divisiones desde arriba que se reproducen por abajo, tanto en la forma de exclusiones de unos contra otros, como en la forma de la autoexclusión, como en el caso de Edgar, que se autoexcluía por no ser verdaderamente español aun teniendo DNI español<sup>206</sup>.

<sup>206</sup> Rancière (2010) se refería a esto mismo en el caso del racismo contra los rumanos en Francia, quienes eran señalados como “una categoría de europeos que no son verdaderamente europeos, de la misma manera que hay franceses que no son verdaderamente franceses.”

Un tema que ha surgido con fuerza durante el arreglo temporal ha sido el del significado del cobro de la prestación para los parados que laboralmente eran reconocidos como autónomos. Como el Estatuto del trabajo autónomo se creó recientemente -en 2007-, el conocimiento sobre la normativa de acceso a las prestaciones aún no está muy difundido, y por ello aparecen contradicciones inesperadas. Tal como cuentan Hilario -exautónomo- y una parada:

Porque claro, ahora tú y yo venimos, me ofreces un trabajo, yo no te caigo bien y me dices: “Oye Hilario, mañana no vengas.” Y nuestra relación laboral se ha acabado ahí, ¿no me entiendes? Y yo con eso, con eso no me vale para cobrar el paro. Me tienes que decir tú y justificar, ¿eh?, y justificar. Que tu empresa va mal y que tienes que prescindir de mis servicios, con lo cual es un engaño, (Hilario)

O estás obligando a la gente a pagar un mínimo de seguridad social cuando el mínimo de seguridad social que estás obligando a pagar es más de lo que le cobra a su único cliente. Claro al hacer eso, esa persona está perdiendo su derecho a desempleo, su derecho, es decir, eso no se contempla. (Paradas)

Lo que ocurre en estos casos es que la relación salarial se codifica legalmente con otros criterios que los que regula el Estatuto de los Trabajadores, lo que oscurece y dificulta el acceso al derecho a las prestaciones y las contingencias que surgen a la hora de justificar el despido, los criterios de cotización al desempleo, etc. Este desconocimiento que se arrastra por el reciente Estatuto del Trabajo Autónomo, puede considerarse productivo, en cuanto legitima la pérdida del derecho a la prestación, que aparece como consentida. No en vano, en la actualidad proliferan ya de manera masiva los seguros de “baja laboral” específicamente dirigidos a los trabajadores autónomos.

Respecto a la gestión de la duración de las prestaciones, el máximo tiempo que dura la prestación contributiva -dos años-, no es “mucho” o “poco” tiempo independientemente de las circunstancias. En 2007, por ejemplo, dos años podía significar “mucho” para alguna gente -dada la relativa abundancia de puestos de trabajo-, pero durante el arreglo temporal, dos años pueden ser “poco”, dada la mayor escasez de puestos de trabajo y el alto paro de larga duración. En ese sentido, la gestión productiva del salario indirecto se orienta a generar una *incertidumbre productiva* que aumente e intensifique el tiempo dedicado a competir por el trabajo, ya que cualquier duración de la prestación parece subjetivamente “corta”:

[...] tienes el hacha ahí detrás que dice: “Se acaba, se acaba” (Matilde)

Luego te das cuenta de que pasan seis meses, y no sale trabajo...Y hay un poquito más de preocupación por el tema, sabes que el colchón son dos años, pero que, no sabes nada... (Rafael)

[...] te quedas muy mermado porque no deja de ser que el paro dentro de poco va a desaparecer, bueno, lo que es mi ayuda económica va a desaparecer, y estás obsesionado. Estás un poco obsesionado con esa situación de que no vas a tener ingresos, de que no vas a poder, no vas a poder seguir ayudando, ayudando económicamente a tus hijos, y, digamos que estás un poquito dedicado, casi en exclusiva, *todas las actividades* que tú haces, tanto personales como sociales, *van enfocadas a encontrar lo que sea*. (Luis)

Como se ve, la presión temporal generada por un sentimiento de mayor incertidumbre, orienta la inversión de tiempo a adaptarse a la forma del trabajo con mayor intensidad de lo que sería normal en otra situación.

Pero si en el caso de las prestaciones contributivas el límite temporal está determinado, la incertidumbre productiva es mayor con las prestaciones de nivel asistencial, cuya finalización no está determinada, puesto que al tratarse como una “ayuda” el Estado tiene una mayor discrecionalidad sobre su gestión. Un ejemplo de este carácter discrecional se vio reflejado cuando, en enero de 2011, se introdujo el “mes de espera”: un intervalo de un mes sin cobrar entre el agotamiento de la prestación contributiva y el cambio a una prestación de nivel asistencial. ¿Qué significa este cambio? ¿Por qué aparece en 2011 y por qué se introduce en el paso a la prestación de nivel asistencial? Sin entrar a investigar sus causas, podemos constatar en todo caso sus efectos. Veámoslo con un ejemplo:

Pues ahora, en octubre [mi marido] se volvió a apuntar al paro, pero ya se le acabó el 14 de enero [de 2012]. Mañana tiene cita. Fue enseguida al INEM a pedir la ayuda, el subsidio, pues le dijeron que tenía que estar sin cobrar un mes, sin cobrar nada, ni subsidio, ni paro, ni nada. “Señorita, ¿qué hago? ¿Qué pasa?, ¡me dice que tengo que estar un mes sin paga! Pero, ¿cómo pago mi piso? Pago de alquiler seiscientos euros. (Melinda)

En el caso del marido de Melinda, podemos ver la función del mes de espera como un anuncio inesperado que acrecienta su incertidumbre. El mes de espera marca simbólicamente la transición al nivel asistencial que se estaba produciendo ya masivamente en 2011, por muchos de los despedidos en 2008 y 2009. Además del ahorro que supone para el Estado, el mes de espera señala al parado que se encuentra en una nueva fase de su desempleo, en la cual la prestación ya no estaría justificada como parte de su salario indirecto. Cuando a uno no le pagan su salario a tiempo puede reclamar el incumplimiento del compromiso de pago; pero cuando uno no recibe una “ayuda”, el ayudado no puede reclamar, ya que quien “ayuda” no está obligado, por definición, a ayudar, y puede hacer esperar al asistido el intervalo que estime necesario. El parado siente entonces que la prestación ya no está asegurada, y el mes de espera tiene como efecto una penalización que se produce al no haber encontrado empleo una vez agotada la prestación contributiva. Como en el caso de Melinda, si el parado ese mes no paga el alquiler, ya sería sobre todo responsabilidad suya, no del Estado. Es un aviso que interpela al parado con algo así como: “¿Por qué has esperado tanto? Tenías que haber encontrado ya un empleo”.

Si en la lógica de la prestación como parte del salario, la idea es “cuanto más paro hay, más protección debe haber porque menos depende del individuo encontrar un empleo”, en la lógica de la prestación como ayuda, “cuantos más parados hay, menos ayuda hay para repartir”. Las consecuencias de este desplazamiento semántico han sido importantes para disminuir la presión sobre el Estado para incrementar la protección social, y por consiguiente, ello ha favorecido el aumento del poder del Estado para usar discrecionalmente el salario indirecto y dosificar la incertidumbre productiva:

Yo incluso a veces deo de ver muchas veces las noticias, porque lo que haces es todavía, digamos, eh, *acrecentar tu intranquilidad* o tu situación, es decir, coño, es que es verdad, que ya hay seis millones, hay seis millones de personas desempleadas, y que *dentro de poco va a desaparecer*, va a desaparecer la ayuda. Cualquier situación que te digan que, que..., como esto ahora que van a aumentar, que van a prolongar lo que son las ayudas de los 400€. Son *pequeñas inyecciones*, pero que en realidad tú te vas dando cuenta que eso no es, eso no es una solución. (Luis)

La metáfora de las “pequeñas inyecciones” que usa Luis, refleja con mucha precisión los amplios márgenes que el Estado ha conseguido para controlar estratégicamente una incertidumbre productiva. Así, el efecto de disciplinamiento opera cuando el parado afirma “*dentro de poco* va a desaparecer la ayuda”. Este “dentro de poco” está enormemente indeterminado en el caso de las ayudas de “400 euros”, pues no sólo se agota en una fecha concreta, sino cuando un parado rechaza una oferta de trabajo definida como “adecuada”<sup>207</sup> o no participe en “acciones de promoción, formación o reconversión profesionales”: puede ser al día siguiente, al mes siguiente, o cuando quien da la ayuda decida que la ayuda se termina. De este modo, la ausencia de criterios estables para acceder a las prestaciones se normaliza cada vez más.

#### Cuadro 19. Una tasa de inmoralidad del 20%

El caso de “los 400 euros” quizás sea el más significativo para ejemplificar la dosificación de la incertidumbre productiva que ha operado para millones de desempleados sin prestación contributiva. La discrecionalidad del Estado para decidir donde empieza y donde termina el límite de la voluntad de trabajar fue ejemplificado nuevamente con un Real Decreto-ley de 2013, según el cual el Plan Prepara - que concede ayudas de 400 euros- dejaría de prorrogarse en el momento en que la tasa de paro bajara del 20%, límite éste que se presenta como “objetivo”<sup>208</sup>.

<sup>207</sup> La importante discrecionalidad en la definición de las ofertas “adecuadas”, según el criterio del Servicio Público de Empleo, es un eje clave que se introdujo en 2002 (Briales y López Calle, 2015)

<sup>208</sup> Real Decreto-ley 1/2013. “Por todo ello, el presente real decreto-ley tiene una doble finalidad: prorrogar por cuarta vez desde su creación el programa de recualificación profesional de las personas que agoten su protección



En lo que aquí nos interesa, la amenaza de no prorrogar la ayuda ya tiene efectos prácticos incluso aunque no se lleve a cabo, y aunque su eventual eliminación se siga de la prórroga de otras ayudas. El 20% de paro marcaría el límite del paro voluntario, puesto que se dejaría de proteger a quienes, para entonces, no tengan un empleo. La voluntariedad del paro la define la decisión política, no la mayor o menor voluntad de trabajar del parado. O dicho de otra manera, el Estado determina que hagan lo que hagan los parados, busquen lo que busquen, se formen lo que se formen, emprendan lo que emprendan, un 20% de la población activa va a ser *voluntariamente* parada, puesto que el subsidio no va a estar justificado, ya que no se va a reconocer la involuntariedad de su situación de vulnerabilidad. Si se nos permite decirlo así, aunque el Estado no puede controlar sustancialmente los cambios en la tasa de paro, con la gestión de las prestaciones decide la *tasa de inmoralidad*, esto es, *la proporción de población trabajadora que no quiere trabajar*. El efecto de esta gestión no es hacer que los parados encuentren trabajo sino aumentar la presión que “activa” a los parados y a los ocupados, así como al conjunto de los tiempos sociales. Bien podrían estar los seis millones de parados invirtiendo su tiempo “activamente” durante 16 horas al día, que no es su esfuerzo individual en abstracto lo que mostrará su deseo de trabajar sino *su esfuerzo de vender su tiempo a un precio más competitivo que el que puedan ofrecer los demás, y sobre todo, antes que los demás*. Al poner el límite de la ayuda de los 400 euros en una tasa del 20%, lo que el Estado hace es, utilizando otra metáfora, acelerar la reducción de la tasa de paro mediante una especie de subasta en la que gana quien más baje el precio de salida de su tiempo de trabajo. En esa subasta, cuatro de cada cinco van a perder<sup>209</sup>, y el premio para los “ganadores” será no sólo pasar a engrosar el número de *trabajadores pobres*, sino el reconocimiento de que realmente *querían* trabajar, al menos hasta que, nuevamente, ese deseo se demuestre insuficiente cuando se lo compare con el deseo de otros que *quieran* trabajar aún más [5.7].

Se refuta, como vemos, la idea de que la voluntad de trabajar es un rasgo individual de quien “quiere” o “no quiere” trabajar, de quien busca “activa” o “pasivamente”. El querer trabajar en condiciones crecientemente precarias, esto es, el ritmo de interiorización de la coacción externa como autocoacción, se intensifica en función de la presión mediada por el Estado para mantener la mayor masa posible de tiempo superfluo empujando al mercado de trabajo. Para quienes no tienen prestación contributiva, el precio con que el Estado paga este tiempo de competir por el trabajo ha sido de unos 400 euros al mes, pero este salario es codificado como “ayuda” asistencial y no sujeta a ninguna regulación contractual sino, por así decirlo, a la libre voluntad del “contratante” –el gobierno.

Todos estos fenómenos hacen que la lógica de la prestación se rompa en la medida que la bajada de salarios generalizada tiende a igualar la pobreza de los ocupados y la de los parados. Si

---

por desempleo y posibilitar una prórroga automática del programa por períodos de seis meses cuando la tasa de desempleo, según la EPA publicada con anterioridad a la prórroga que corresponda, fuera superior al 20 por ciento. De esta forma, se logra una mayor seguridad jurídica en la vigencia de este programa, al contemplarse un indicador objetivo que condicionará la continuidad o no del mismo.” (Preámbulo, apartado II)

<sup>209</sup> Si, estimando los datos, un 25% de paro equivale a seis millones de parados, un 20% significa que ese 5%, equivalente a 1.200.000 personas, son los que “realmente” desearían trabajar, frente a los restantes 4.800.000.

un tercio de los ocupados cobra menos del salario mínimo [2.1], lógicamente se normaliza progresivamente la existencia de *trabajadores pobres*<sup>210</sup>.

Es que si no, no hay lógica tampoco, porque si tú percibes una ayuda de 450 euros al mes y trabajando consigues, a media jornada, 500 euros, o menos... Entonces ¿quién quiere trabajar por esa cantidad? Es que no puede ser. (Precarias)

La lógica de igualar la prestación o subsidio con los salarios reales de los ocupados aumenta así el sinsentido de la definición del paro aplicada a las clases precarizadas del mercado de trabajo español. Si cada parado se ve interpelado por la pregunta “¿tú quieres realmente trabajar?”, la respuesta que tal pregunta incita en el contexto de los trabajadores pobres es: “realmente no quiero trabajar”. La reducción de la cuantía de las prestaciones se ve justificada desde el momento en que la prestación no protege pero la ocupación tampoco, lo cual lleva a una contradicción de difícil solución. Si el salario por trabajar es tan bajo que coincide con la cuantía del subsidio, adquiere sentido la acusación a los parados de no querer trabajar. Pero lo que tal acusación encubre es, que lo que explica la resistencia del parado no es su deseo de no trabajar sino su deseo de no ser pobre trabajando –o lo que es lo mismo, su deseo de no trabajar gratis, o su deseo de ganar lo suficiente como para pagar lo que se ahorra sin trabajar. Cuando el parado responde a esta interpelación aceptando un trabajo infrarremunerado por necesidad, se confirma, en los términos de la teoría liberal, que el precio del trabajo ha sido *justo*, y se hace plausible la idea de que quienes cobran más son unos privilegiados que elevarían el paro ya que inflarían el valor real del trabajo.

Todos estos cambios tan acelerados en el campo de la protección social, simultáneamente, conllevan que la amenaza repentina de la incertidumbre suponga la ruptura de lo que para muchas personas era un contrato social tácitamente establecido durante décadas:

Hemos perdido lo que llamaban el Estado de Bienestar, el famoso Estado de Bienestar. Que ahora están diciendo que a lo mejor no tenemos pensiones. ¡Que no me acojonéis más, que me dejéis en paz! ¡Que me toca los cojones vuestro timo! Yo, que llevo veinte años de trabajador asalariado en una empresa privada. Es vuestro problema. Que a mí me dijisteis esto y *yo he estado cumpliendo veinte años*. ¡Y ahora resulta que *no tengo derecho a nada*, porque ha pasado una cosa! [...] Y eso es responsabilidad de ellos, de nadie más. (Precarios)

Cuando este parado se ve sin “derecho a nada” y afirma “yo he estado cumpliendo veinte años”, apela a que la ruptura del contrato ha sido unilateral -por parte de “ellos”, los gobernantes, se entiende-, quienes habrían roto el acuerdo no tanto por una supuesta necesidad del país sino por un interés político particular. Como vemos, el actual desplazamiento del significado de la prestación no sólo tiene un efecto funcional al arreglo temporal, sino que por ejemplo produce

<sup>210</sup> Véase lo que en el análisis de políticas públicas llaman “la trampa de la pobreza” (Foessa, 2014: 52-8).

reacciones de ruptura entre el Estado y la sociedad civil que ya son muy difíciles de encauzar en el medio plazo. En este sentido, aparecen nuevas contradicciones generadas por la misma gestión del arreglo temporal. En el caso de este último parado, la ruptura del contrato tácito le lleva a afirmar su rechazo de la lógica del trabajo en su totalidad [8.3], de manera que, en este tipo de casos, la moralización de la prestación no hace que el parado invierta más tiempo en ponerse en forma sino justamente lo contrario. Y este tipo de rupturas son las que, como veremos más adelante, podrán facilitar la estructuración del tiempo superfluo como tiempo disponible.

En resumen, con estas pinceladas podemos apuntalar la idea de cómo la gestión de las prestaciones -sus cuantías, sus tipos, su significado como derecho o como ayuda- es central en la gestión productiva del tiempo superfluo: de ello depende, en buena medida, que en función de cada posición social, un parado invierta su tiempo más o menos intensamente, que presione más o menos en una oficina de empleo o que asuma su situación de pobreza como un hecho naturalizado. Gestionar productivamente el paro también significa gestionar el buen uso que el parado hace de su salario, en el que su uso libre se oriente no sólo al consumo improductivo sino a la inversión productiva, en actividades para volver a ponerse en forma, como vamos a ver en apartados posteriores.

Todos estos fenómenos son el resultado de las luchas en torno a la gestión estatal del tiempo superfluo. Y vemos que la polaridad fundamental no es sólo entre gasto público y eliminación del gasto, entre Estado Social y Estado Asistencial, como a menudo tiende a polarizarse la discusión. Lo que vemos es, más bien, que la “dosificación” del gasto público en prestaciones no es en modo alguno ineficiente económicamente, sino que es, en la práctica, la condición que permite que los mecanismos de competencia de mercado sean realmente eficientes. Como hemos visto en este caso, el Estado actúa contra el Mercado sólo para garantizar su óptimo funcionamiento [1.5]. En este sentido, la remuneración del tiempo superfluo, dirigida a maximizar la función productiva de las prestaciones, debe ser abordada como un espacio más de la regulación de los tiempos de la relación salarial.

### *La presión de la deuda*

La intervención del Estado sobre las condiciones del endeudamiento también forma parte de la gestión del tiempo superfluo, especialmente en el caso del arreglo temporal, donde la deuda media de las familias pasó en sólo 13 años, de 1995 a 2008, del 62% al 130% de su renta disponible [2.2]. Este endeudamiento masivo ha hecho que, en muchos casos, el significado de la prestación se relativice en función de la relación de deuda del parado. Por ejemplo, nuevamente en el caso de Edgar, toda la prestación se gasta en pagar la deuda con el banco:

Antes cuando te daban el subsidio, te lo daban completo, no importaba si habías trabajado a tiempo parcial o tiempo completo, ¿no? Y ahora depende del contrato que hayas tenido. Y con eso realmente no alcanzo a vivir. Tengo obligaciones, tengo una deuda con el banco... [...] *lo poco que cobro es para el banco*. A día de hoy no he quedado mal con ellos. He suplicado, he hablado con ellos, pues explicándoles cual es mi situación y tal para que pues traten de darme otras alternativas, pero no, no hay ninguna alternativa. [...] Si hubiera algo para coger, *lo que haya*. Pero es que no hay nada, ¿sabes?” (Edgar)

Aunque Edgar dice haber “suplicado”, la deuda se presenta como objetiva y es la que le presiona a “coger lo que haya”, es decir, intensificar al máximo su competencia por el trabajo y aceptar condiciones laborales degradadas. El mantenimiento general de la normativa legal de las condiciones del endeudamiento, aun en condiciones socioeconómicas totalmente diferentes, ha sido una vía clave mediante la cual el Estado ha intensificado la incertidumbre y la presión, amparado en justificaciones simultáneamente técnicas y morales: “el dinero que se pide prestado, hay que devolverlo”. Los obstáculos objetivos de vender el tiempo de trabajo a un precio que permita subsistir y saldar las deudas, generaba así cientos de miles de morosos prácticamente de la noche a la mañana<sup>211</sup>. Por omisión, la no intervención del Estado para ajustar la legalidad una vez que ha cambiado la realidad ha sido clave para que la competencia por el trabajo se intensifique por efecto del endeudamiento porque, como veremos después [5.7], la propia legalidad es un instrumento clave para acrecentar esta presión temporal.

El caso más importante de endeudamiento entre 2007 y 2013 es sin duda el de las hipotecas. El mantenimiento de la cuantía de las hipotecas, como parte mayor del gasto fijo de una familia media, ha sido la causa fundamental de la obligación de buscar un ingreso sea como sea. Y este fenómeno no afecta sólo a los hipotecados, sino a cualquiera que no tenga una vivienda pagada en propiedad:

Yo creo que lo que no aguantaría antes ahora mismo lo aguantaría, incluso más cosas [...] Ahora me dicen: “Oye te tienes que ir a Algeciras y te voy a pagar la mitad del dinero.” “Ahora mismo me cojo el coche y me voy a Algeciras.” Porque *la letra hay que pagarla todo el mundo*. (Parados CD)

Entonces tengo que estar aquí, *seguir aguantando todo lo que pueda*, pero tengo mucho miedo. Porque veo las noticias y a veces pienso que de repente algún día me van a tener que sacar a mí también, por desahucio, porque no puedo pagar el alquiler. Es muy difícil. [Llora] (Melinda)

En nuestros términos, cuando Melinda -con un marido parado- afirma que tiene que “seguir aguantando todo lo que pueda”, nos está diciendo que la coacción externa sobre sus prácticas y disposiciones está generando el máximo de autoacción que su cuerpo es capaz de soportar. Si no consigue trabajo podrá perder la forma definitivamente, y si lo consigue, quizás pueda volver a

<sup>211</sup> Este fenómeno recuerda, como otros, a las leyes de pobres del siglo XVI: “La legislación los trataba como a *delincuentes “voluntarios”*: suponía que de la *buena voluntad de ellos* dependía el *que continuaran trabajando bajo las viejas condiciones ya inexistentes*.” (Marx, 1872: 918)

ponerse en forma. De cualquier manera, la presión del pago de la vivienda –tanto hipotecas como alquileres– y tanto en su función directa como ejemplarizante, consigue ejercer el máximo de fuerza para dinamizar el mercado de trabajo español. Y más en general, todas las medidas de subida del coste de la reproducción de la fuerza de trabajo que no pueden ser pagadas, implican endeudamiento e implican presión temporal para las familias hasta que “ya no aguantas más”:

Y encima, los recortes al pobre trabajador de turno. No puede ser, trabajas más horas, cobras menos, te suben la luz, te suben el gas, te suben el agua. Llega un punto que ya estás hasta aquí, ya no aguantas más. (Marisa)

Pero al igual que con la prestación como *ayuda*, la autoculpabilización por el endeudamiento tiene las mismas contradicciones. Si la deuda se concibe como una relación social sobre la que se puede intervenir, en vez de como una obligación moral incuestionable, el parado puede aumentar sus márgenes de impago:

Yo hasta donde llegue, llegué. ¿Que devuelven el agua? Pues al mes siguiente se paga. Hombre, porque viendo a toda la gente que ahí defraudando y llevándose dinero y haciendo lo que le da la gana, como yo le digo un día a el del banco: “No me parece justo que a nosotros, por quedarte un día en rojo te cobren no sé cuanto dinero, y la panda de mangantes que hay estén en la calle, y disfrutando de todo, y a un pobre que quiere pagar no le deis facilidades” (Carmen)

En este caso, Carmen se desculpabiliza de su deuda al relacionarla con “la panda de mangantes”, en referencia a los múltiples casos de corrupción que se conocieron durante 2012 y 2013. De esa manera, Carmen consigue que la presión temporal disminuya porque se permite no pagar la deuda en los plazos que le exige el banco. Es decir, al igual que ocurría con el subsidio, la desmoralización de la relación de deuda disminuye la autocoacción.

De este apartado podemos concluir que, durante el arreglo temporal, el endeudamiento y toda la regulación y coacción legal asociada, no se explica meramente en términos de los intereses de un grupo dominante –los bancos, por ejemplo–, sino que, inseparablemente, puede decirse que el casi medio millón de desahucios ejecutados en España durante el arreglo temporal ha supuesto una auténtica potencia económica sin la cual la productividad no se podría haber triplicado entre 2007 y 2013, ni el trabajo se habría intensificado como lo ha hecho, ni los salarios se hubieran reducido como lo han hecho [2.1]. Más en general, y como veremos más adelante [5.7], el *miedo* que se ha distribuido sobre todo el cuerpo social, y muy especialmente en las clases más empobrecidas, ha sido una fuerza productiva central sin la cual no es posible comprender los resultados del arreglo temporal y de la llamada “recuperación” económica. Desde ese punto de vista, en modo alguno puede considerarse irracional que en España haya millones de casas vacías. Garantizar que los precios se mantienen lo suficientemente altos garantiza la escasez relativa, y así, que sólo acceda a la propiedad quien pueda pagarla se convierte en una condición para hacer

que los ocupados se mantengan en forma y los parados vuelvan a ponerse en forma<sup>212</sup>. No es sólo un gesto de mala voluntad o la avaricia de quien tiene demasiado, sino la racionalidad temporal capitalista operando para el trabajar por trabajar.

### *La dosificación del despido*

Y para terminar de repasar el tercer ejemplo de la mediación estatal en el tiempo de competir por el trabajo, debemos subrayar la importancia que han tenido los cambios en la regulación legal del despido, que igualmente han sido claves para la asignación dosificada de tiempo superfluo. Como hemos sostenido, la producción de cuatro millones de desempleados entre 2007 y 2013 –según la EPA– no puede entenderse como un mero fenómeno económico, sino que, como es sabido, no habría sido posible sin la constante “desregulación regulada” que desde 1984 fue creando las condiciones legales del despido instantáneo y masivo, que se acoplaban al tipo de trabajo regulado por categorías contractuales precarias. En este sentido, puede verse que en muchas ocasiones la expulsión del trabajo de muchos parados no ha dependido de sus capacidades laborales individuales ni de su mayor o menor voluntad de trabajar, sino sobre todo de su tipo de contrato y del momento en que fueron contratados. De un modo general, esta dosificación del despido durante el arreglo temporal puede dividirse en dos grandes etapas.

Antes de la Reforma Laboral de febrero de 2012, la primera etapa de despidos se dirigió a asignar el tiempo superfluo principalmente a todos aquellos trabajadores contratados bajo las figuras desprotegidas, esto es, a la parte más débil de la dualidad que caracteriza al mercado de trabajo español: en general, “los nuevos”, los que tenían menor antigüedad, personas con contratos temporales, en los sectores de la construcción y la agricultura, con estudios medios y bajos, menores de 30 años y de nacionalidad extranjera (Montero y Regil, 2012).

Y bueno, las cosas no iban muy bien para la empresa, porque empezó la caída en la venta de coches, y bueno, decidieron quitar a la gente más nueva, a la gente que había entrado último. Me notificaron y me dieron la baja y a partir de ahí pues me he quedado desempleado. Eso fue en el año 2009, en mayo. (Edgar)

A primeros de año del 2009 fue cuando me dieron el... [...] Como éramos los últimos que entramos, fuimos los primeros que salimos. (Parados LD2)

[...] empecé con un plan de empleo, luego me contrata la Comunidad de Madrid, luego el Ayuntamiento, luego una subcontrata, y vienen los primeros recortes, y bueno, no había plaza, no era funcionario. El personal laboral somos los primeros que caemos, sobre todo para cuestión social. De esto hace tres, cuatro años. [2008/9] (Parados LD2)

---

<sup>212</sup> Tratamos más adelante la cara opuesta de la deuda asociada a la lucha contra los desahucios y su relación con el desempleo [8.7]

[...] vienen los recortes, soy de las primeras, bum. El programa se lo quitan de en medio. (Precarias)

La segunda etapa de despidos se producirá tras la Reforma Laboral de febrero de 2012 que, entre otros cambios, modifica sustancialmente los costes de despido<sup>213</sup>. Esta reforma permitió la asignación masiva de tiempo superfluo a aquellos trabajadores que estaban más protegidos por su antigüedad y condiciones. Esta importante reducción de la penalización económica por el despido afectaba sobre todo a la otra parte del mercado dual, lo que facilitaba que más tarde fueran contratados bajo las nuevas condiciones legales [5.7]. Así, la antigüedad pasaba a ser lo que protegía al trabajador a ser la causa de su despido.

A mí me despidieron después de catorce años, al mes de salir la nueva ley, que a los que consulté ni la conocían. Te daban cuarenta y cinco días... que antes despedían... yo me quedé el último en la empresa... A cinco compañeros, dos meses antes. Me pagaron con doce días. (Precarios)

[...] empecé a trabajar, no se me olvidará, el 10 de diciembre del 2005. Y hasta ahora. Hasta el 8 de marzo del año pasado [2012]. [...] Ahí nos despidieron de cinco que éramos en la tienda, nos despidieron a tres. Porque ya éramos muy antiguas. O sea, realmente, ellos buscan una excusa de algo que estás haciendo mal, que es muy fácil. (Matilde)

Mi hermana, la mediana, tenía trabajo desde hacía ya muchísimos años, ahora se ha quedado sin trabajo. Ha sido llegar el Rajoy, y se ha quedado sin trabajo. (Marta)

Esta asignación de tiempo superfluo en dos etapas ha sido importante para la gobernabilidad del arreglo temporal, y por consiguiente, para que el ritmo de intensificación de la competencia por el trabajo haya aumentado paulatinamente, lo que permite alargar más el conflictivo ajuste entre normas, prácticas y disposiciones temporales, y reducir así los riesgos de rupturas descontroladas. Puesto que el paro seguía subiendo en 2012, la justificación de la reforma laboral de 2012 se hacía sobre el alto paro de aquel momento existente -22,6%- lo que sin embargo permitió que la tasa de paro continuara elevándose hasta el 27%. Las dos huelgas generales organizadas contra esta “desregulación regulada” sin duda no fueron suficientes para revertir el éxito del arreglo temporal.

Como en los casos ya señalados, para el Estado es fundamental conseguir presentar como una cuestión técnica su capacidad de dosificar la asignación de tiempo superfluo:

<sup>213</sup> Esta reforma reduce los topes de indemnización por despido en general. Por ejemplo, un contrato formalizado a partir de febrero de 1996 pasaba a cobrar una indemnización máxima de 24 mensualidades, frente al máximo de 42 mensualidades que pudiera haber tenido derecho con anterioridad a la reforma. Para un salario de mil euros, se pasa de una indemnización máxima de 42.000 euros a una de 24.000 euros, lo que significa una reducción del 43% (Real Decreto-ley 3/2012, artículos 18.7, 18.8, 18.9, disposición transitoria 5ª y 6ª). A todo ello, se suma la dificultad de reversibilidad de despidos ilegales que, mediante la penalización económica de la reclamación -en 2012, el Ministerio de Justicia aprobó la introducción de diferentes tasas judiciales en diferentes situaciones, de cuantías importantes, lo que suponía un fuerte obstáculo para realizar reclamaciones- junto con la penalización temporal producida por los plazos administrativos, hacía muy difícil revertir la asignación de tiempo superfluo materializada en el despido.

Me llamaron, nos reunimos y me dijeron que lo sentían mucho, que mi trabajo había sido excelente pero que las necesidades los obligaban a prescindir de mí. Yo es que no tuve ninguna pega. Yo comprendía la situación y, sintiéndolo mucho, que fue un golpe muy fuerte, pero era la realidad. (Edgar)

Así, la garantía de que el parado invertirá al máximo su tiempo depende de que las causas de su despido se presenten como “la realidad” –“las necesidades los obligaban”-, en vez de apuntar a cómo las categorías contractuales establecidas por las leyes laborales son las que median en el momento concreto y las condiciones de todo despido. Esta “desregulación regulada” que se presenta como “la realidad”, es sin embargo un mecanismo estructurado para que, cuando los flujos de dinero se desaceleran [2.2], el beneficio acumulado durante la época de bonanza, se concentre en el empresario, en vez de redistribuirse relativamente en forma de indemnización por despido. O en otras palabras, es uno de los mecanismos clave que aseguran la privatización de los beneficios y la socialización de las pérdidas. Como se ve, el desempleo no se materializa únicamente por “la crisis” en abstracto ni por las leyes del mercado sin más, sino por la inseparable acción conjunta de Estado y Mercado que dosifica la producción de desempleo.

Hemos visto así con tres ejemplos –prestaciones, deuda, despido- la capacidad del Estado de desregular reguladamente el desempleo, lo que no es una novedad del neoliberalismo sino, en nuestro enfoque, la función histórica que el Estado ha ejercido desde la invención del paro para la gestión productiva de las poblaciones y la evitación de las rupturas de las luchas de clases y los conflictos sociales [1.4, 1.5]. Sin profundizar más por el momento en esta cuestión, durante toda la investigación habrán de tenerse en mente la centralidad de estas funciones estatales para comprender el trabajo de competir por el trabajo en particular, y las formas del tiempo del paro en general.



## 5.4. INFORMARSE

Aunque sólo los economistas piensan en estos términos, el proceso de encontrar una compañera de vida consume muchos costes y tiempo. [...] La clave es que una inversión en información tiene que efectuarse con la esperanza de encontrar una relación a largo plazo fructífera. Obviamente, todas estas características están presentes en el proceso de encontrar un trabajo. (Mortensen, 2011: 1073).

Lectura del Premio Nobel de Economía en 2010<sup>214</sup>.

El *informarse* -la búsqueda de trabajo y todas sus actividades asociadas- es la práctica central por la cual un parado particular contacta y negocia con los potenciales compradores de su tiempo de trabajo. Lo que caracteriza a una situación de paro masivo es que hay una baja proporción de compradores de tiempo de trabajo en relación a una alta proporción de vendedores, de manera que el mayor poder de negociación recae sobre los compradores y se incrementa relativamente la competencia entre los vendedores. En términos temporales, los vendedores dedican más tiempo a buscar a compradores que les satisfagan y a competir con el resto de vendedores. Hasta aquí pueden estar de acuerdo muy diferentes perspectivas. Pero, ¿qué diferencias introduce nuestro enfoque en la comprensión de la búsqueda de trabajo?

El carácter social de la búsqueda de trabajo, inscrito en la dinámica del trabajar por trabajar, tiende a que cada inversión de tiempo sea cada vez menos rentable para encontrar trabajo. Mientras que cada parado individual tiende a vivenciar que la intensificación de su búsqueda de trabajo aumenta su *probabilidad* de encontrar un trabajo, realmente, en un nivel socialmente general, la estrategias individualistas disminuyen la probabilidad de que los sujetos se ajusten a la forma del trabajo. El sentido común según el cual “cuanto más trabajo busque, más probabilidades tendré de encontrar trabajo” es sólo verdadero si la forma abstracta del trabajo se mantuviera constante, lo que es imposible puesto que la forma se transforma más rápidamente a medida que aumenta la cantidad y se intensifica la cualidad del tiempo social total invertido por los parados en informarse. Dicho con un ejemplo imaginario: si en 2007 cada parado realizaba una media de 5 solicitudes al día, y en 2013 la media se ha elevado a 10 solicitudes, un parado

<sup>214</sup> En palabras del citado Nobel de 2010: “Dado el flujo del mercado de trabajo, encontrar un trabajo aceptable es el resultado de un proceso de recopilación de información en el que el trabajador explota sus contactos, amigos y vecinos, en relación a la disponibilidad de empleos, mientras que los empresarios participan en actividades de reclutamiento complementarias. Otros canales más formales de información también están disponibles. La publicidad en periódicos y los puestos vacantes publicados en Internet influyen las decisiones respecto a dónde buscar oportunidades [openings] específicas. El producto de este esfuerzo es para cualquier trabajador en búsqueda una secuencia potencial de ofertas distribuidas en el tiempo.” (Mortensen, 2011: 1076). En la perspectiva del economicismo liberal, se presenta como solución al desempleo el déficit de información, puesto que el desempleo estructural –“involuntario”- es concebido como un invento teórico keynesiano. En el enfoque liberal, el desempleo es siempre friccional, y el problema radica en que los compradores y vendedores de trabajo que se buscan no se encuentran inmediatamente porque los medios de difusión de la información no son perfectos.

individual que aumente de 6 a 9 sus solicitudes diarias no tiene más probabilidades de encontrar trabajo sino menos, puesto que en 2007 estaba por encima de la media y en 2013 está por debajo de la media. Además, y esto es lo fundamental, al aumentar sus solicitudes de trabajo contribuye a elevar la media general y eso presiona a los demás para solicitar más puestos y aumentar aún más la presión competitiva general. Por tanto, *no por buscar más trabajo va a haber más probabilidades de trabajar, puesto que cuantas más soluciones individuales se buscan, menos se depende de uno individualmente y más de la competencia*. En definitiva, desde nuestro enfoque del problema, competir más no mejora sino que empeora las probabilidades individuales generales de encontrar un empleo. Y aunque este ejemplo simple omita toda la complejidad real de las mediaciones del mercado de trabajo, desde nuestro punto de vista ilustra la lógica que está en el fondo del problema<sup>215</sup>. Por más o menos atención que se quiera poner a las múltiples contingencias, los efectos del conjunto de las acciones se traducen en una *mediación socialmente general* [1.2].

En este sentido, la queja constante del parado que busca pero no encuentra se encuentra encerrada en la contradicción de esta competencia creciente. Competir por trabajar se presenta como solución al paro cuando es, al contrario, una de las causas de la creciente escasez general de trabajo y de la bajada del precio del tiempo de trabajo. Como veremos, estos mecanismos se invisibilizan y visibilizan intermitentemente, lo que expresa esta contradicción irresoluble en que está inserto cada parado. Para ver cómo esta dinámica contradictoria se ha relacionado con la intensificación de la escasez de tiempo durante el arreglo temporal, analizamos los siguientes fenómenos: el sentido de la búsqueda de trabajo como un *trabajo*, la constatación de la competencia de todos contra todos, la contradicción del trabajo gratuito, el sentido del tiempo de espera, la contradicción de que gastar dinero en buscar trabajo sea una condición para recibir dinero por el trabajo, las últimas formas de la subjetivación de la dinámica competitiva en la búsqueda de empleo, y por último, el sentido de los contactos y el capital social en el éxito o el fracaso en la búsqueda de empleo.

---

<sup>215</sup> Para ver un impresionante ejemplo actual de cómo la media se ajusta cada vez más automáticamente para presionar el tiempo de los trabajadores individualizados gracias a las mediaciones tecnológicas, véase el caso de Amazon (Irani, 2012), donde salarios y tiempo se actualizan a diario en función de la productividad media diaria del conjunto de trabajadores.

*Buscar trabajo es trabajar*

Como es común en la táctica de invertir tiempo [4.3], las prácticas de informarse a menudo operan como un pivote que sustituye el vacío dejado por la ausencia de empleo. La forma de llenar ese vacío a menudo es codificada como otra forma de trabajo. Veamos algunas expresiones:

Y ahora mi trabajo es eso: estar todo el día en el ordenador, buscando en todas las páginas, mandando currículums, llamando a gente, molestando a amigos, y buscando trabajo. (Precarios)

Pero yo cuando no estoy trabajando, estoy angustiado. Soy un enfermo buscando trabajo. Es importante para mí. (Precarios)

Entonces bueno, pues ahora mismo me organizo por las mañanas, la verdad es que estoy como una loca con el ordenador, viendo Internet como una loca y luego pues igual que vosotras con el inglés estoy que voy por la mañana a un sitio y luego por la tarde también, (Paradas)

...sí que intento tener un horario como si estuviese trabajando. O sea, buscando trabajo, o buscando lo que encuentro para estar haciendo clientes, o lo que sea. O sea, que estoy todo el rato como si estuviera trabajando. (Precarios)

[...] cuando eres actor, el 70% del trabajo es buscar trabajo, básicamente. (Parados LD2)

Me levanto a las siete y media de la mañana, me tomo un café, me pongo el ordenador, activo mis anuncios en *Mil anuncios* o en *Segundamano*, en las bolsas de empleo que tengo y mirando las ofertas que hay y mirando todo el día el teléfono a ver si alguien me llama. (Hilario)

Entonces lo que es el horario de la vida familiar, sigue igual cuando estoy trabajando o cuando no. Porque la jefa trabaja a las ocho, o me voy a trabajar, o me voy a casa, o me voy a ver lo que hay por ahí, o me meto en el blog a ver lo que se mueve por la red. Procuro que no me cambie mucho el ritmo. Que no me vuelva loco, que de repente esté con mi horario, y que de pronto me vuelva como un anacoreta, y que me tire cinco días sin salir de casa. (Precarios)

El tiempo de la vida de estos parados es absorbido en buena parte por la actividad de informarse, y esta inversión de tiempo ejerce una fuerza sobre el mercado de trabajo. Vemos aquí cómo la búsqueda de trabajo, al asimilarse al trabajo, genera una escasez de tiempo, porque invertir tiempo ocupa mucho tiempo. Tanto es así que, a juzgar por algunas expresiones, muchos momentos de la vida del parado se estructuran del mismo modo que los momentos de la vida de un trabajador ocupado sin tiempo: “angustiado”, “como una loca”, “enfermo”, “me levanto a las siete y media”. Inclusive, como en el caso del actor que dice “el 70% del trabajo es buscar trabajo”, este tiempo es considerado con naturalidad como una parte más del trabajo, lo que apunta a la creciente borrosidad entre precariedad y paro que es especialmente típica del mercado de trabajo español.

Si nos paramos un poco en la literalidad de la expresión “buscar trabajo es un *trabajo*”, nos aparece una tautología, que desde nuestro enfoque no es baladí: se llama “trabajo” a la “búsqueda de trabajo”. Esta polisemia del término “trabajo” nos obliga a preguntarnos: ¿es un significante para dos significados diferentes? Lo que diferencia los dos significados es su

reconocimiento social diferenciado: por un lado, la búsqueda de trabajo no es un trabajo porque no está remunerado en cuanto tal, pero por otro lado, ¿qué es lo que iguala a la “búsqueda de trabajo” con el “trabajo”? Es el punto de vista temporal lo que nos da la clave del segundo significado: lo que iguala ambas prácticas es que están sometidas a una presión competitiva, es decir, la búsqueda de empleo se puede denominar trabajo cuando tienen forma temporal de trabajo, en cuanto estructura el tiempo de los parados *como si* estuvieran trabajando. Al contrario de algunas definiciones clásicas de trabajo, como se ve no tiene sentido afirmar que la búsqueda de trabajo se significa como trabajo porque crea riqueza, ni tampoco porque sea una actividad socialmente útil en sí misma.

*Uno contra todos: “quince, setenta, dos mil, seis millones, catorce millones”*

Vemos a continuación algunas expresiones de parados que ilustran cómo se vivencia actualmente la competencia con otros vendedores de tiempo:

Entonces si tú no lo haces, pues habrá otros que lo harán. (Melinda)

Y si no lo coges, bien, siempre hay quince esperando. Claro, claro, si no lo cojo, el de atrás, alguien lo coge seguro (Precarios)

[...] “¡pero que igual que yo hay cuarenta detrás!” (Carmen)

Y se presentaban... yo qué sé, sesenta, setenta personas. (Andrés)

Me dijeron que detrás de mí había dos mil personas más, y que por quinientos euros, iban a trabajar todas esas horas y más. (Marisa)

[...] ahora me estoy preparando unas oposiciones para el Museo del Prado. Que somos ciento y la madre, no sé ni dónde nos van a meter, porque yo creo que hago el número catorce mil. ¿Y CUÁNTAS PLAZAS HAY? Once. Los cuatrocientos que se quedan en lista de espera por si hay alguna baja por ahí. (Matilde)

Y te ofrecen trabajos diciendo que es lo que hay, que es lo que hay, esto es lo que te ofrecemos, y si no lo aceptas, ahí hay una cola de aquí hasta dos kilómetros. (Daniel)

Ni te sirve el currículum, ni te sirve experiencia, ni te sirve nada. ¿Por qué? Porque hay seis millones de personas que están por delante tuya. Y siempre van a encontrar personas que están mucho más capacitadas. (Luis)

[...] hay catorce millones de chinos, por ejemplo, que hacen tu mismo trabajo, y el mío. ¿Y cuánto cobran? Tres pesetas. (Parados CD)

La competencia que el paro masivo ejerce aparece como una presión temporal: “si no lo cojo” me lo quita “el de atrás”, y por tanto, tengo que cogerlo “ya”, lo antes posible. La competencia por el trabajo se expresa contra diversas cantidades imaginarias de personas: quince, cuarenta, sesenta, dos mil, catorce mil, una cola de dos kilómetros, seis millones, e incluso sale fuera de las fronteras y se coloca a “catorce millones de chinos” como competidores por el escaso trabajo y por el

precio del tiempo de trabajo –“tres pesetas”. Con estas expresiones, aparece con más nitidez el cierto sinsentido de llamar “búsqueda” de trabajo a lo que más bien aparece como una competencia por el trabajo. El sentido de *buscar* connota más el *encontrar* un trabajo, como si el trabajo fuese un objeto escondido esperando a ser encontrado. En rigor, sería mucho más preciso decir “hoy he dedicado cuatro horas a competir por el trabajo” o “llevo ya un año compitiendo por el trabajo y no consigo nada”.

Desde este punto de vista, ¿en qué sentido puede afirmarse que la solución para encontrar trabajo es buscar trabajo? La solución no es meramente *buscar* el trabajo, ni sólo competir por él, sino competir por él *más* que el conjunto de los competidores por el trabajo con que uno se encuentre en una oferta de trabajo determinada. No sólo hay que “encontrarlo”, sino hay que encontrarlo antes que los demás. Esta presión de unos contra otros hace que el parado individual, si aspira a vender su tiempo, tenga necesariamente que alargar y/o intensificar el tiempo dedicado a competir por el trabajo, para “cogerlo” antes de que se lo coja el de “detrás”, como un parado lo expresaba.

### *Trabajar gratis para trabajar*

El paro masivo del arreglo temporal ha hecho que la intensidad de la competencia derive en una transformación muy importante de las actividades que no parecen búsqueda de trabajo, pero que realmente operan como tales: es el caso del trabajo gratis. En estas situaciones, una vía común para competir por el trabajo es entregar tiempo sin que de ello derive una contrapartida monetaria. Aunque esta práctica no es una novedad, la manera en que algunos parados lo expresan señala precisamente el conflictivo proceso de expansión y normalización del trabajo gratis:

[...] conozco perfil medio-alto que están trabajando gratis, lo cual me parece fatal, fatal porque estás destruyendo puestos de trabajo y quitando un modo de vida a gente que lo necesita, por ejemplo a mí. Tengo una amiga que está trabajando gratis, sin contrato y sin nada. Y está realizando una labor profesional. Yo puedo entender que trabajes gratis en un comedor de Cáritas o en un voluntariado, pero un *voluntariado profesional* me parece vergonzoso. Y yo veo muchísimos anuncios que buscan...en mi sector, alucinante, “gratis, gratuito”. Y yo digo “¿cómo que gratuito? O sea, ¿un fontanero viene a tu casa gratis?”: no, ¿a qué no? Pues entonces ¿por qué voy a trabajar yo gratis? (Bárbara)

[...] los demás días trabajo en un bar de mi cuñado que ha abierto, pero sin cobrar nada. Estoy como haciéndole el favor porque como está empezando, tampoco tiene para pagarle a nadie (Precarias)

[...] son extras, algunas empresas te hacen un contrato, y a mí ese día no me lo hicieron. Digo, bueno, total, no cobro nada, y *si me pillan*, ¿qué me van a quitar si no me lo dais? Hice un extra, *más contento*, para cortar un jamón ibérico. (Antonio)

Es una empresa que se ha puesto en contacto conmigo y yo con ella. Les reparto los biberones y se dan a conocer. Entonces, la gente se beneficia y recibe un biberón gratis [...] Entonces, más o menos, *estoy haciendo prácticas* de promotora. Y *ojalá saliese algo*. ¿PERO LO HACES COMO VOLUNTARIAMENTE? Sí. ¿NO TE REMUNERAN NI NADA? No. Te dan una especie de dinero virtual, que yo lo he usado para hacer unas cestas para bebé, para mi familia. (Marisa)

Aparecen en estas expresiones diferentes estrategias de inversión de tiempo que suponen ocupar directamente un puesto de trabajo. El *dar*<sup>216</sup> tiempo de trabajo gratis funciona como una vía mediante la cual el comprador de tiempo acepta un tiempo *regalado*, para que el donante pueda adquirir más valor que otros competidores por el trabajo. En esa relación asimétrica, no está garantizado que el regalo de tiempo sea devuelto con una contrapartida: “si me pillan...”, “ojalá saliese algo”, “voluntariado profesional”, son expresiones que apuntan no a una necesaria devolución futura de del tiempo de trabajo regalado, sino sólo a una devolución *probable*. Así, la lógica de regalar tiempo de trabajo puede entenderse como otra forma más de competir el trabajo.

A menudo, esta lógica del don tiene importantes ambivalencias. Cuando Antonio afirma que está “contento” por trabajar gratis, no se puede distinguir quien es el que regala y quien es el que recibe: si el que le hace el regalo de tiempo es Antonio al empresario, o es el empresario el que le regala a Antonio la posibilidad de llenar su tiempo en un trabajo, como si el empresario evitara que Antonio tuviera el tiempo vacío, lo que en sí mismo constituiría una forma de regalo. Esta ambivalencia disminuye la presión del empresario de *devolver* el regalo al parado y lleva a una forma híbrida muy particular entre la lógica del don y la lógica del trabajo capitalista.

Otro detalle a resaltar aparece cuando Marisa dice “estoy haciendo prácticas”, como si su inversión de tiempo no fuera tanto un modo de competir por el trabajo como una suerte de formación que realiza por voluntad propia. La realidad del trabajo gratis, en su caso, no puede codificarse como una inversión en formación, como sería el caso si Marisa estuviera aprendiendo una capacidad concreta mediante la promoción de biberones, que parece no tener una alta complejidad. No es una posición de aprendiz en formación. Que Marisa llame “prácticas” a esa inversión de tiempo, más bien, puede interpretarse como una manera de ocultar la vergüenza de trabajar gratis, de dar sin recibir dinero a cambio, ya que expresa su posición de explotada gratuitamente, su posición de bajo poder relativo respecto a quien tiene la capacidad de hacerla esperar.

---

<sup>216</sup> Hacemos referencia aquí al “dar” en el sentido del *don* en los términos clásicos de Marcel Mauss (1925), que vincula en una unidad los momentos del *dar*, *recibir* y *devolver* dentro de una estructura de obligaciones objetivas, ordenada por el sentido de los intervalos de espera entre los tres momentos.

Con estos ejemplos, vemos cómo la categorización de la búsqueda de trabajo como “trabajo” ya no es sólo una mera interpretación, ni se refiere solamente a una forma retórica. Vemos cómo la búsqueda de trabajo a menudo implica, literalmente, trabajar. Y con trabajar no nos referimos sólo a realizar una actividad útil, sino a trabajar de manera empíricamente idéntica a la de un trabajador que está en forma, en un puesto de trabajo formal, con un horario, unos objetivos y unos resultados.

### *Las colas del paro y el saber esperar*

Merece la pena analizar con más detalle las lógicas del alargamiento de las *duraciones socialmente esperadas* (Merton, 1984) implicadas en las esperas del dinero y el trabajo típicas del desempleo.

Como veíamos, un criterio importante que diferencia a los parados en su búsqueda de trabajo es el volumen de tiempo invertido en las prácticas de informarse –buscar en Internet, echar currículums, competir contra otros, trabajar gratis, etc. Ese volumen de tiempo invertido depende de las posibilidades económicas objetivas que cada parado tiene de alargar la espera –por ejemplo, tener ahorros, pareja con un salario alto, casa en propiedad, etc. La posibilidad de esperar, por tanto, depende de la posibilidad de vivir con relativa normalidad mientras se invierte este tiempo, de manera que, un requisito oculto para aspirar a trabajar presupone carecer de la necesidad de cobrar inmediatamente<sup>217</sup>.

Todos estos fenómenos derivan en una curiosa paradoja: *lo que permite vender el tiempo es la posibilidad de no vender el tiempo durante un tiempo*. Y para tener la posibilidad de no vender el tiempo durante un tiempo, es necesario haber vendido antes la unidad de tiempo a un precio suficiente como para poder esperar más tiempo. Se da así la vuelta a la vieja idea marxiana: ya no trabaja tanto quien no tiene nada que vender excepto su fuerza de trabajo, sino quien puede demostrar con su espera que no tiene la inmediata necesidad de vender su fuerza de trabajo, es decir, quien puede demostrar que no es un mero trabajador sin propiedad sino un trabajador de clase media. Entonces, la búsqueda de trabajo tiende a segmentarse en función de las posibilidades de inversión, es decir, de las posibilidades del parado de operar intermitentemente como un capitalista: tendrá más posibilidades de encontrar un trabajo quien, teniendo capital en forma de tiempo, pueda realizar una inversión de tiempo con forma de trabajo y esperar el

---

<sup>217</sup> Este criterio conlleva que la práctica del trabajar gratis no ocurra únicamente en sectores de baja cualificación, sino de manera característica, en sectores con más estatus, cuyos trabajadores tienen la posibilidad objetiva de invertir tiempo en trabajar gratis, como puede ser el caso del periodismo (Bárbara), la publicidad, o el conocido caso del sector de la investigación.

intervalo necesario para que la inversión se traduzca en un “beneficio” -la remuneración de un fragmento del tiempo con forma de trabajo invertido-, y entonces volver a realizar una nueva inversión. Esta es la situación general de todos los trabajos precarios y la forma en que se está instituyendo la *flexivulnerabilidad*<sup>218</sup>: el beneficio de cada inversión significa poder dirigir todas las inversiones de tiempo y dinero hacia la obtención de momentos remunerados, que sin embargo dependen de haber tenido la posibilidad de realizar inversiones anteriores. Como veremos más adelante, la baja o nula rentabilidad de estas inversiones temporales tenderán a materializarse en la improductividad del tiempo del parado que “no sabe esperar”, como ocurre principalmente en aquellos parados cuyas inversiones ya no obtienen momentos remunerados, y así no operan como capitalistas en relación a otros parados [cap. 7].

De este modo, la función de la *espera* es clave como un criterio de diferenciación de clase y, simultáneamente, como un modo implícito de constatar la disciplina del parado: quien sabe esperar lo suficiente demuestra su *paciencia*<sup>219</sup>, esto es, su dependencia del que le hace esperar. Y no hablamos sólo de la espera para cobrar de quien trabaja gratis, sino todas las esperas asociadas al paro: la espera de la llamada de teléfono, la espera de la respuesta, la espera en la oficina de empleo, el mes de espera de la prestación, etc.; todas ellas pueden entenderse como extensiones de la organización social de las *colas* (Schwartz, 1978). En este sentido, puede decirse que la *cola del paro* no sólo está físicamente en la cola del INEM, sino en todas las formas de expresión de la *dependencia temporal* del parado como espera del trabajo. La prolongación de la espera y la introducción de periodos de espera arbitrariamente distribuidos es la prolongación de la dominación del trabajo y de la demostración de que sólo accederán al trabajo quienes, con sus esperas pacientes, demuestren sin dudar que mantienen el deseo positivo de trabajar.

### *Pagar para que te paguen (I): dinero para informarse*

Si profundizamos más en las condiciones económicas que permiten unas formas de inversión de tiempo u otras, unas formas de espera u otras, hay que indagar cuál es la relación entre la búsqueda de trabajo y el dinero. De esta manera, la posibilidad de invertir tiempo y dinero en

<sup>218</sup> Aquí utilizamos el término en contraposición a la idea de *flexiseguridad* (Fernández Rodríguez y Serrano, 2014). En términos similares, Bourdieu (1998: 126) se había referido a la *flexplotación*.

<sup>219</sup> Chauvin, por ejemplo, ha señalado la función fundamental de la espera en las oficinas de empleo, como un modo de constatación de la “paciencia” del sujeto, y así de la disponibilidad efectiva de la fuerza de trabajo. “La paciencia de los aspirantes sirve para poner a prueba su fiabilidad y su constancia, ambas cualidades valoradas positivamente por los clientes de las agencias (las empresas) y sirve también como principio de regulación interna en el “despacho”. Dicho de otro modo, permite asegurar el orden y sobre todo la calidad de la mercancía (la mano de obra).” (Chauvin, citado en Carballo, 2014: 230).



informarse es el correlato de la posibilidad de trabajar gratis. Y si no hay dinero, simplemente no se puede invertir tiempo.

Cuando tengo dinero suficiente, llamo. [...] Sin dinero, no puedes llamar. (Ana)

Llega un momento en que ya no te puedes mover, porque no tienes dinero para moverte. (Andrés)

[...] también algún trabajo tipo creo que era antes Herbalife y similares que te pedían una participación económica para el reparto de productos, cosméticos. Pues aparte de Herbalife, no recuerdo más así. Pero que claro, por supuesto, no llego a ganar, y encima tengo que poner de mi bolsillo. Entonces, descartado. (Elisa)

Pero no es sólo la carencia o no de dinero la que determina las posibilidades de buscar trabajo, sino además e inseparablemente, la cultura respecto al uso del dinero del parado: por ejemplo, la capacidad de endeudarse formal o informalmente para seguir buscando trabajo, la experiencia acumulada en realizar inversiones *acertadas, arriesgadas o erróneas* para la búsqueda de trabajo, etc.

Y que te gastas los quinientos sin saber si vas a conseguir un sueldo. (Precarios)

[...] muchas veces tampoco merece la pena coger un trabajo que no... Es que al final pierdes dinero y dices tú: si al final me hace falta y voy a perder es que... (Parados CD)

Pues mi marido [suspira], cuando yo cobro, pues echamos veinte euros de gasolina al coche y se va por ahí a dar una vuelta a echar currículums, que en algunos lados ni se los recogen. [...] entonces él sale los primeros de mes y los finales de mes si ya se ha cobrado. Es que también buscar trabajo es un gasto, también, pero vamos, que hay que hacerlo. (Gema)

[...] hay que perder dinero incluso en algunas ofertas de trabajo que te ofrecen (Parados CD)

[...] le echas cinco euros de gasolina al coche, te pones a hacer fotocopias, llegas al sitio y no te cogen la fotocopia. ¡Me cago en la mar! ¿Para qué me estoy gastando el dinero que no tengo? (Parados CD)

El éxito de la inversión no depende del parado sin más, sino que, como vemos, del contexto del paro. Por ejemplo, muchos parados entrevistados de pueblos gaditanos, necesitan un coche para moverse por la zona. El gasto en teléfono, en coche, en gasolina, en fotocopias, son inversiones de tiempo y dinero necesarias pero no suficientes, pues en modo alguno garantizan que se vaya a encontrar un empleo.

Sin embargo, hay inversiones de dinero que, objetivamente, permiten trabajar. Se presentan diferentes situaciones en la que el requisito para trabajar es comprar el trabajo, lo que lleva nuevamente a otra paradoja: el requisito para que te paguen es pagar.

Una entrevista que me salió ahí, era Mapfre, "Mapfre es una empresa cojonuda". Voy a verla: Comercial, vale, lo que sea. Y me dice la mujer: "No, no, tu perfil es cojonudo, el test psicotécnico de lo mejor que he visto." Y me dice: "tienes que darte de alta de autónomo, te vamos a hacer un contrato mercantil, pero Mapfre sólo te puede pagar 100 euros los primeros diez meses, luego a partir de los diez meses te damos una ayuda de 300 más. Y tienes que estar aquí nueve horas". Ni transporte ni comida ni hostias. Es decir, me daban 100 euros, tenía que poner 150 para darme de alta porque sino no te contratan, y tenía que estar nueve horas allí vendiéndoles seguros de lunes a viernes. Tenía que comer,

pagarme mi comida y el metro o lo que fuese para ir. Y eso me decían: "Entras en Mapfre, una gran empresa" ¡pero qué me estás contando! Y fui allí y les dije, lo siento, mis hijas necesitan cuadernos y leche. [...] A parte tienes que pagar 120 euros de un curso [risas] para poder ser corredor de seguros [...] (Precarios)

[...] todas las entrevistas últimas que he tenido, lo que te proponen es por tu cuenta, autónomo, que te pagues tú todo (Precarios)

¿Pero cuántas ETTs nuevas han abierto? Es decir, no hay trabajo, pero si lo compro, sí. Si hay un intermediario que me roba la mitad del sueldo, ¿hay trabajo o no hay trabajo? ¿En qué quedamos? (Parados LD2)

Las páginas éstas de trabajo temporal y...mafias, vaya. (Paco)

Este tipo de situaciones son los ejemplos más claros de que lo que impide trabajar a muchos parados no es la falta de deseo de trabajar ni el bajo esfuerzo, ni siquiera la carencia *absoluta* de dinero: es la carencia *relativa* de dinero respecto a otros parados que pueden invertir más dinero en trabajar, que pueden adelantar más dinero que otros. Por supuesto, no tener dinero anula toda posibilidad de invertir tiempo, pero tener *algún* dinero puede ser igualmente inútil en la medida que no sea suficiente en comparación con el dinero que otros invierten, que es lo que les permite posicionarse antes o después en la "cola del paro".

Como vemos, podría decirse que el acceso al trabajo se estructura cada vez más a partir de una lógica objetiva, es decir, una lógica que trata a todos "por igual" según el dinero que posean, lo que no hace sino reproducir las diferencias de clase como desigualdades objetivas. Es precisamente esta objetividad la que lleva a Paco a caracterizar como "mafia" a los mediadores entre compradores y vendedores de tiempo. Es el criterio objetivo del dinero lo que se señala como ilegítimo, ya que esta lógica no tendería tanto a distribuir los beneficios en función de los méritos sino a reproducir las posiciones de partida.

Otra forma que evidencia el creciente papel del dinero en la búsqueda de trabajo es la relación crecientemente abstracta entre compradores y vendedores de trabajo a través de la mediación del currículum, que cada vez menos se entrega físicamente y cada vez más se entrega virtualmente. En Internet, la lucha por visibilizar el currículum propio no tiene las mismas posibilidades de provocar una buena impresión en el empleador como en el cara a cara, y por ejemplo, las habilidades sociales de la interacción corporal no cuentan en un primer momento. En las webs de búsqueda de empleo, la posibilidad de hacer más visible el currículum propio depende, nuevamente, del dinero que se pueda invertir para que, por ejemplo, la demanda de empleo aparezca como "destacada", o también cuando el pago de dinero puede servir para

conocer los perfiles de los otros competidores para una determinada oferta<sup>220</sup>, lo que permite elaborar estrategias para destacar más unas capacidades que otras. Esta lógica apunta en la misma dirección que ya señalamos. Conocer al resto de la competencia de buscadores de empleo tiene una lógica similar a la de una empresa que quiere insertarse en el mercado, para lo cual debe realizar previamente un estudio de mercado del sector. Así, el *yo empresa* es cada vez más un criterio que se impone al trabajador como requisito [5.6].

En resumen, tendrá más probabilidades de trabajar quien, por así decirlo, tenga más capacidad de inversión y más cultura de invertir en comparación con el resto de la competencia.

### *La presentación de sí y el narcisismo competitivo*

Las estrategias de presentación de sí en la búsqueda de trabajo son formas de interactuar con la percepción del empleador. Estas estrategias consisten, por ejemplo, en elaborar un currículum específico según la oferta de trabajo, destacar unas capacidades sobre otras, o incluir una experiencia que no se posee pero que quizás pueda no ser detectada por el evaluador de la forma del trabajador. Por el lado de los empleadores, esto puede verse cuando se exige que el aspirante al trabajo se ajuste a determinados criterios que no están directamente relacionados con el propio trabajo sino con la relación de poder ejercida por el contratante:

Una panadería que te hacían ir vestido de gala solo para la entrevista. Pero, ¿esto qué es? (Elisa)

Estoy hablando que si piden un camarero, pongo que he estado en tal sitio de camarero, aunque no haya estado nunca de camarero, digo que tengo referencias de camarero. (Precarios)

¿En qué empresa me metí después?... pues no me acuerdo, joder, es que ha habido tantas... Lo que pasa es que en el currículum no pongo todas, sino luego dicen “este tío es un correcaminos.” (Mario)

Dentro de la infinidad de prácticas posibles en este campo, ahora sólo nos vamos a centrar en una dimensión que está adquiriendo cada vez más importancia, y que refleja los cambios en el manejo de la intersubjetividad en la búsqueda de trabajo: es lo que llamamos el *narcisismo competitivo neoliberal*. Las categorías de este tipo de narcisismo están adquiriendo una presencia pública cada vez más notable, expresan algunas de las transformaciones recientes en el significado de la búsqueda de trabajo, y están también relacionadas con la escasez subjetiva y objetiva del tiempo del paro. Antes de explicar esta idea, veamos algunos ejemplos:

---

<sup>220</sup> Al entrar en cualquier web de búsqueda de empleo puede constatarse esto, pues precisamente es una de sus fuentes de negocio.

**Cuadro 20. Categorías para la búsqueda de empleo en el Foro de activación para el empleo organizado por la Comunidad de Madrid (2014)\***

<p><b>MUÉSTRATE</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Tú eres tu carta de presentación.</li> <li>- Cómo realizar una candidatura espontánea para buscar trabajo.</li> <li>- Compíte a través del CV.</li> <li>- Cómo hacer un CV 2.0.</li> </ul> <p><b>ENTRÉNATE</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Energía positiva ante los retos</li> <li>- Estrategia y automotivación: Historia de una medalla 100.</li> <li>- Factores clave para el éxito en el deporte y el empleo.</li> <li>- Alcanza tus metas. Optimiza tu CV.</li> </ul> <p><b>PLANIFICA</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Cómo enfrentarse a un proceso de selección internacional</li> <li>- ¿Cómo afrontar los Test psicotécnicos y las pruebas profesionales de la mejor manera?</li> <li>- ¿Cómo puedo planificar una entrevista de selección de personal?</li> <li>- Gestiona tu tiempo en la búsqueda de trabajo.</li> </ul> <p><b>PREPÁRATE</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Entrevista de trabajo: “El casting de tu futuro”</li> <li>- Miedo escénico: Seguridad y confianza</li> <li>- El trabajo efímero.</li> <li>- Diseña tu carrera profesional.</li> </ul> <p><b>RECÍCLATE</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- ¿Qué buscan las empresas? ¿Méritos, idiomas, simpatía, empatía...?</li> <li>- Hay empleo. No hay trabajo.</li> <li>- Cómo desarrollar habilidades y competencias para el trabajo.</li> <li>- ¿Estás preparado/a para las preguntas de las nuevas entrevistas de selección?</li> <li>- Afronta nuevos retos ¿Necesitas un cambio?</li> </ul>	<p><b>DIFERÉNCIATE</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- No hay una 2ª oportunidad para causar una 1ª impresión.</li> <li>- Tú, tu marca personal.</li> </ul> <p><b>INNOVA</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Búsqueda de empleo creativa... Imagina que...</li> <li>- Sí ¡Te encontré a través de tu web personal!</li> <li>- ¿Cómo puedo utilizar las redes sociales en la búsqueda de empleo?</li> <li>- ¿Cómo sacar el máximo partido a LinkedIn?</li> </ul> <p><b>CONÉCTATE</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Conéctate con tu talento.</li> <li>- ¿Cómo tengo que hacer una entrevista por videoconferencia?</li> <li>- ¿Qué es el Networking? Aprende a gestionar tus redes de contactos para la búsqueda de empleo.</li> <li>- Gestiona adecuadamente tu posicionamiento en Internet.</li> </ul> <p><b>CREA</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Yo soy emprendedor</li> <li>- ¡EUREKA! Tengo una idea de negocio.</li> <li>- La franquicia como fórmula de autoempleo</li> </ul> <p><b>ENCUENTRA TU VOCACIÓN</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Trabajar “turisteando”. (Pasión por el turismo y búsqueda de empleo).</li> </ul>
---	---

\* En mayúscula, los ejes temáticos. Dentro de cada eje, los títulos de algunos talleres organizados.

Hemos tomado este ejemplo para ilustrar cómo una parte importante de la estrategia de las políticas “activas” de empleo no se basa en crear empleo sino en intensificar la competencia por el trabajo. Probablemente, el perfil de los receptores de estas categorías se reduce a jóvenes en paro de clases medias y altas, alta cualificación y altas aspiraciones laborales, puesto que para la mayor parte de los sujetos de nuestra investigación, estas categorías no están en los discursos con una presencia significativa. Precisamente por ello, nos hablan del tipo de sentido común que las actuales políticas de empleo pretenden difundir para una futura subjetividad laboral. Y que no aparezcan en los discursos como tales, no significa que su proliferación<sup>221</sup> no esté ya teniendo efectos subjetivos importantes.

En este tipo de gestión del desempleo, una vía para fomentar la competencia por el trabajo consiste en estimular la producción de sujetos –en sentido foucaultiano- implicados ideológica y afectivamente en afirmarse en su narcisismo, omitiendo así la posibilidad de cuestionar socialmente el sentido del trabajar por trabajar. Como vemos, las categorías que interpelan a los parados les seducen a buscar las soluciones a su desempleo en un diálogo consigo mismos: “muéstrate”, “entrénate”, “planifica”, “preparate”, “recíclate”, “diferénciate”, “innova”, “conéctate”, “crea”, “encuentra tu vocación”. Tales categorías evitan apelar a un colectivo –a un “nosotros” o un “vosotros”-, por ejemplo, “buscad trabajo”, “mostraros”, “competid”, sino que apelan al “yo”. Los títulos de los talleres también se presentan a partir de esa apelación a un “yo”, que incita a llevar a cabo estrategias en las que el parado está solo frente al mundo. El sujeto que responde a esta interpelación interpreta su destino como resultado de sus acciones individuales, y borra la existencia de la dinámica social que es imposible dominar individualmente. Este sujeto omnipotente rompe los lazos de solidaridad social para enfocar todas sus prácticas a “autoayudarse”, a solidarizarse exclusivamente consigo mismo, si puede decirse así. Por ello, puede entenderse que la función de este *exceso de narcisismo* consiste en compensar el déficit de lazos afectivos hacia el exterior que produce la competencia permanente, y así, a medida que el sujeto incrementa su implicación afectiva con su ideal de trabajador *autosuficiente* [7.8.1], tiene más energía para prolongar su inversión de tiempo en el trabajo: “seguridad”, “confianza”, “automotivación”, “energía positiva”, “mi talento”, “mi marca personal”, “mi futuro”, “mi conexión conmigo mismo”, “mis retos”, “mi posicionamiento en Internet”<sup>222</sup> son formas de un

<sup>221</sup> Otros ejemplos, entre muchos, pueden verse en los eventos organizados por el conocido portal Infojobs (2015), o en la inversión en nuevos programas emitidos por la televisión pública estatal, RTVE: el programa semanal *Emprende* o el programa *Aquí hay trabajo* se dedican a promover este tipo de categorías y razonamientos.

<sup>222</sup> En la reciente investigación de nuestro proyecto, esta fuerza individualizadora se ha visto claramente en diferentes discursos y prácticas de diferentes grupos sociales, por ejemplo, en el sentido de “mi tiempo” (Callejo, 2015; Santiago, 2015).

plus de *narcisización* que permiten al parado enfrentar contingentemente la creciente coacción abstracta ejercida por el arreglo temporal. Es decir, si la obligación objetiva de competir por el trabajo acrecienta la coacción sobre el sujeto, ¿cómo hacer que esta coacción se vivencie como la afirmación de la propia singularidad libre? Estos discursos tienden a producir sujetos cuyo ideal del yo se realiza en el acto de *venderse*, lo que transforma el acto que lo hace objeto en el acto que lo afirma como sujeto. Como es evidente, este proceso histórico no es nuevo sino que, más bien, encuentra ahora sus últimas formas.

Así, el narcisismo competitivo puede entenderse como una de las vías para promover un tipo específico de subjetivación, mediante la cual la intensificación del ideal de autosuficiencia aumenta la probabilidad de que un parado se sienta menos dominado a medida que está más dominado. Desde la lógica más individualista, la fijación y repetición del ideal narcisista se transforma en una ventaja competitiva para trabajar, ya que *impulsa* máximamente al sujeto a invertir todo su tiempo en actualizar sus disposiciones y prácticas según las nuevas normas temporales del trabajo. Bajo esta lógica, un factor más que promueve la competencia por el trabajo es que el trabajador esté cada vez más afectivamente implicado en el éxito de la venta de su tiempo individual, independientemente de si el resto de la población tiene o no trabajo, e independientemente de si la tasa de paro es del 1% o del 30%, por decirlo en términos llanos. Por tanto, esta condición subjetiva aumenta en el corto plazo las probabilidades de que el parado consiga un empleo, ya que acrecienta su competitividad. Según nuestra interpretación, estas categorías del narcisismo competitivo son la vanguardia actual que expresa la reconstitución del trabajo<sup>223</sup>.

Como diferentes investigaciones ya han mostrado (Artiaga et al, 2014b, Serrano et al., 2012), el caso de la orientación laboral es un campo prototípico para evidenciar el estímulo del narcisismo competitivo que hemos descrito. Y entre los muchos discursos que podríamos tomar, no hay mejor ejemplo de la contradicción que encierran las políticas de empleo neoliberales que el ejemplo del “orientador desorientado”: un profesional de la orientación laboral que tras doce años viviendo en la contradicción de hacer creer a los parados que dependían de sí mismos mientras eran expulsados del trabajo, sufre exactamente igual que el resto de parados su propia

---

<sup>223</sup> El movimiento de psicologización puede evidenciarse, simplemente, si se echa un vistazo en las actuales ofertas en un portal de Internet como Infojobs: es común ver que un “requisito mínimo” de muchas ofertas de trabajo es la “Tolerancia al estrés” o la “Alta tolerancia a la frustración”. En nuestros términos, ese requisito puede entenderse así: sólo será válido para el trabajo quien sea capaz de ajustar sus prácticas y disposiciones temporales a un ritmo siempre creciente marcado por la forma abstracta. El término “estrés” presenta lo que viene de la presión externa como si surgiera de la interioridad de las personas.

desorientación en cuanto sus capacidades laborales pierden la forma y se institucionalizan como superfluas:

**Cuadro 21. El orientador desorientado<sup>224</sup>**

“Como dice el compañero, pues efectivamente los orientadores laborales también estamos en el paro. He trabajado diez años como orientador laboral y dos años como técnico de empleo, en Oficinas de Empleo y todo siempre de forma temporal, y bueno, pues los recortes nos han crujido también. Bueno, quizás por mi profesión, llevo toda la vida acompañando a personas en desempleo, pues quizás te da ciertas herramientas o ciertos conocimientos, pero no te libra de sufrir los efectos igual que cualquier otra persona, que cualquier desempleado, ¿no? Siempre lo he dicho, que alguna vez me tocaría vivirlo, y lo vivo, y por tanto con los mismos efectos, igual que un médico se pone mal, pues un orientador también está en el paro y también lo sufre igual. [...] Intento dedicar el tiempo a mi proyecto, a mi plan, a formarme, a prepararme para levantar algo, y combinarlo todo esto con el tiempo que me... Realmente me estoy dando cuenta que esto lo hago en mis ratos libres, cuando me queda tiempo después de hacer las cosas de la casa. Y es un poco estresante, siento que no tengo facilidad para centrarme, me atrapa. Digo: antes hacía todo y ahora estoy en casa más tiempo, no trabajo y en cambio se va el tiempo y no sé donde se ha ido. Es la sensación como de que se va el tiempo y que pasa una semana y todos los días igual, no veo avance.” (Parados CD)

Muy elocuentemente, nos dice el orientador que tener esa profesión no le “libra de sufrir los efectos igual que cualquier otra persona”. No hay mejor prueba para apoyar nuestro argumento que el “experto” en buscar trabajo que no encuentra trabajo. Si no encuentra él, ¿cómo van a encontrarlo los demás? Como en cualquier empleo, no es la competencia individual “saber buscar trabajo” ni ninguna otra lo que determina que el orientador tenga empleo, sino sobre todo su relación con la competencia de expertos en orientación laboral que compitan por ajustarse a los puestos de orientador laboral disponibles en un mercado de trabajo concreto. Este caso es una ilustración perfecta de la paradoja del modo de razonamiento que explica el mundo como si se viviera fuera del mundo pero que entra en contradicción en cuanto uno es manifiestamente afectado por el mundo. Aparece aquí la cara oculta del narcisismo competitivo. Como veremos, la actitud narcisista que en el corto plazo se presenta como una ventaja competitiva para el empleo, es precisamente lo que a posteriori supone una causa central de la culpabilización que hunde a algunos parados en la melancolía y les impide utilizar su tiempo [7.8.1].

<sup>224</sup> Martín y Serrano (2014: 393) también han hablado del “orientador desorientado”, en referencia a los orientadores que en su trabajo cotidiano de gestión del desempleo deben responder a órdenes paradójicas. Como vemos, estas paradojas se trasladan también en su caso al desempleo.

*La acumulación de capital social*

Para terminar el análisis sobre las transformaciones en la búsqueda de trabajo, las prácticas de informarse sobre puestos de trabajo incluyen también las mil y una maneras de contactar con amigos, familiares, viejos conocidos o vecinos. La movilización de la red social no es sólo una búsqueda de apoyo social para contrarrestar el malestar, sino una manera más de invertir tiempo en encontrar un trabajo.

De esta manera, si antes veíamos cómo se promueve la individualización del desempleado, sería un error omitir cómo el paro, al mismo tiempo, supone una importante fuerza de socialización con los otros que, ésta sí, atraviesa a todos los perfiles de parados y paradas. Desde nuestro punto de vista, el sentido de esta socialización es extremadamente ambivalente: se mueve entre la solidaridad y la mercantilización de las relaciones, entre el apoyo social [8.5] y la instrumentalización de los otros como meros medios para el fin individual de encontrar un empleo. Entonces, como ya vimos, el narcisismo competitivo no es necesariamente solitario sino que, también, apela al “Conéctate” y al *networking*<sup>225</sup>. Se trata así de aumentar la conectividad del parado con el trabajo mediante su capital social.

El *capital social*<sup>226</sup> en la búsqueda de trabajo puede entenderse como todas aquellas relaciones cuyo valor se define por su funcionalidad para aumentar las probabilidades del parado de encontrar un trabajo, o en su caso, un buen trabajo. Por poner un ejemplo: si alguien tiene 100 amigos parados, su capital social puede ser bajo, pero si conoce a un empresario importante, es alto; tener un vínculo intenso con diez personas puede suponer menor capital social que ser un mero conocido de 100 personas (Granovetter, 1973: 1371-3). En este sentido, el paro hace emerger el valor de los otros en tanto que definidos como capital social.

Si en un contexto de normalidad uno no tiene que preocuparse demasiado por quiénes son sus contactos, en una situación de paro los lazos sociales adquieren un sentido propiamente económico, y el valor del capital social se mide en función de sus posibilidades de reconvertirse en capital económico, es decir, la explotación de todas las vías de conexión con otros que directa o indirectamente contribuyen a aumentar las probabilidades de trabajar:

Miro el correo, buscas trabajo por Internet, llamas a algún conocido para saber qué tal le va, quedas con él, porque las amistades en esta época, hay que mantenerlas, que nunca se sabe, a ver si te pueden dar trabajo, o dónde puede estar la oportunidad de tu vida. Por eso me gusta mantener las amistades. (Jorge)

<sup>225</sup> El título de uno de los talleres organizados era: “¿Qué es el Networking? Aprende a gestionar tus redes de contactos para la búsqueda de empleo”. [Cuadro 20].

<sup>226</sup> Para un resumen del concepto de capital –económico, cultural, social-, ver Bourdieu (2001). Para ver su aplicación más compleja (Bourdieu, 1979).



Cuando conocía a gente, siempre les daba conversación y averiguar cosas, tratando de mejorar mi situación. Así conocí a una persona que era también de mi país, y ella me dijo que podía apuntarme en una bolsa y poder trabajar. (Melinda)

[...] pensad en vuestros trabajos, cómo los habéis conseguido y esta es la mayor probabilidad de volver a conseguir un trabajo. Y casi nadie consigue, hay un tanto por ciento muy pequeño de currículum anónimo. (Parados CD)

Puede observarse aquí cómo se transforma el sentido de las amistades, los encuentros, las citas o el conocimiento de nuevas personas. Como es sabido, este fenómeno no es exclusivo del paro sino característico del uso capitalista de las relaciones que, en general, permiten ascender socialmente. Sin embargo, a medida que apremia la necesidad de trabajar, el tiempo presiona al parado para que ceda en sus límites morales.

La presión temporal de trabajar, y sus efectos en las relaciones con los otros, produce diferentes ambivalencias morales, porque el uso instrumental de los otros choca con el sentido común de la amistad y la confianza no instrumental. Estas ambivalencias aparecen, por ejemplo, cuando se percibe que otras personas han conseguido un empleo por un uso instrumental de su capital social. Por ejemplo, la expresión del “enchufismo” connota este conflicto moral. Así, muchos parados explican su desempleo señalando la existencia de un criterio parcial que privilegia a los otros: su mayor capital social. Entienden que las dificultades propias de vender su tiempo no se relacionan tanto con un déficit de sus capacidades individuales, sino con el aprovechamiento inmoral que los otros hacen de sus “enchufes”.

Los trabajos, o no se publican en Internet, o se pasan a gente que conoces, y ya está. O por *enchufe*, o no están preparados para hacerlo, o son el hijo de, o el cuñado de. [...] incluso una multinacional que tiene tiendas por todo el mundo, y que tiene tiendas hipergrandes en los aeropuertos. Ahí necesitan a montones de gente, y no las publican en Internet y se las dan... Dicen a gente de allí... “¿Oye, conoces a alguien? Y están entrando continuamente por gente conocida. Que no digo que sea malo, pero a lo mejor hay gente fuera que está bien preparada. Ni en ese aspecto no se dan las mismas oportunidades. (Daniel)

Esta situación es reconocida, con cierta vergüenza, en algunos casos por los propios “enchufados”. De un modo así de directo lo relata Luis:

A raíz de la crisis, que vino el bajón, pues eh, prácticamente nos quedamos sin trabajo, nos quedamos sin actividad, y empecé a trabajar, a raíz también, que no fue por méritos propios, tengo que reconocerlo, sino a través de terceras personas, trabajé, empecé a trabajar en unas bodegas. [...] debo reconocer que la situación económica, como no sea con un *enchufe*, no lo vas a solucionar. [...] Las relaciones sociales, pues, antes eran amistades y ahora las ves como posibles puestos de trabajo [risas]. [...] sí que cambias el concepto de amistad, cambia el concepto de relaciones sociales. (Luis)

Lo que se evidencia es que, el deseo o necesidad de trabajar, tiende a presionar estos límites morales, y lo que finalmente determina que se haga un mayor o menor uso instrumental del capital social no es tanto un problema de tipo ético, sino sobre todo práctico. Las risas de Luis

señalan el tabú asociado con las barreras morales de la mercantilización de las relaciones, lo que Hochschild (2003: 49-70) había llamado “la frontera de la mercancía”.

El espacio de los vínculos vecinales también delimita las posibilidades de la traducción de capital social a capital económico. Como dice Mario:

Te metes en Internet, es que no hay nada. Y lo poco que hay, yo mando currículums, pero no me contestan. A ver si con el amigo ese que tengo, hay suerte. [...] Tengo un montón de amigos parados. En plan jóvenes, y de mi edad [...]. Por lo menos en mi barrio, en Vallecas. Allí, Vallecas es un barrio de obreros. Allí hay pocos ricos. Hay pocos banqueros allí. (Mario)

El paro pone así en evidencia la posición de clase, que emerge ya no sólo con la cantidad de dinero o con el estatus individual, sino con la devaluación general del capital social que afecta a toda la red en la que uno está inserto. Así, Mario relaciona el hecho de tener “un montón de amigos parados” con vivir en un barrio sin “ricos” y sin “banqueros”, como Vallecas<sup>227</sup>. El significado del paro y el bajo capital social de su red se vincula con el ordenamiento espacial de las clases sociales y con la concentración geográfica de los capitales. Es así como la posición en la estructura del capital social global hace que las clases altas y cualificadas tengan a una minoría de sus conocidos en paro, mientras que las clases populares puedan tener a la mayoría de su red: “hoy en día hablas con cuatro y tres están en paro. Y el cuarto está a punto de...” (Parados CD).

Del mismo modo que el barrio contribuye en términos espaciales a la valorización o desvalorización del capital social, lo mismo ocurre con los parados que están demasiado en “casa” o que sólo se relacionan con otros que no trabajan: tal como enuncia el “orientador desorientado” desde una posición de experto y con el tono de los discursos dominantes que aprendió en su profesión:

Como no salgas de esta puerta, mal. Porque *el trabajo en tu casa no está*. [...] el trabajo está en los que trabajan. Entonces, cuanto más te acerques a los que trabajan, mejor. Es bueno tener sesiones como ésta, terapéutica casi, entre desempleados, pero después hay que salir. Y tienes que juntarte y tu vida social tiene que estar con los que trabajan, *no con los que no trabajan*, porque los que no trabajan no encuentran trabajo, *y si lo encuentran, es para ellos*. Como es lógico, el trabajo te lo va a notificar el que trabaja. (Parados CD)

La estrategia de inversión en capital social que presenta el discurso del exorientador laboral, anima a los parados del grupo de discusión a no relacionarse con otros parados –no son capital social- y a orientar sus relaciones hacia los ocupados –son capital social. Relacionarse con otros parados tendría sólo una función “terapéutica”, de consuelo, pero no tendría utilidad real desde el punto de vista de la inversión de tiempo. El discurso del experto en búsqueda de trabajo que no encuentra trabajo aconseja a los parados no juntarse con otros parados porque si ellos

<sup>227</sup> Puente de Vallecas es el distrito con mayor tasa de paro de los 21 distritos de Madrid capital. Véase el excelente análisis espacial de Méndez y Prada (2014).

“encuentran” trabajo, “es para ellos”. La contradicción del orientador laboral en paro es otra muestra de la contradicción de las soluciones individualistas al desempleo que, creyendo contribuir a la mejora de las posibilidades individuales del parado, al mismo tiempo, tienen el efecto de devaluar su capital social general. La misma ideología que presenta al desempleado semejante solución individual es la que al mismo tiempo contribuye a su propio aislamiento social, pues, al no ser el parado mismo un capital social valorado, desde el punto de vista del cálculo de las relaciones en tanto potencial capital social, a nadie le interesaría relacionarse con alguien que no mantenga o aumente su capital social global.

Con este ejemplo, puede verse cómo las profesiones reconocidas como expertas en la orientación laboral, la formación, etc. han difundido un discurso cuyas soluciones para la búsqueda de empleo son, sencillamente, falsas, y cuyos efectos reales acrecientan la marginalidad de los sin trabajo, instrumentalizan las solidaridades y aumentan la división y polarización social. La situación de nuestro grupo de discusión nos desvela la contradicción irresoluble según la cual el experto en orientación laboral quiere ayudarse a sí mismo y a los demás aconsejándoles que no se ayuden entre sí y compitan aún más por los escasos puestos de trabajo. Seguramente sin saberlo, su discurso contribuye a generar las condiciones de su propia soledad, mientras contradictoriamente, lo hace mediante un ambivalente asesoramiento práctico que les invita a competir por competir. Esta es la otra cara del proceso que ha contribuido a empeorar los efectos del paro, ya de por sí destructivos: estos discursos ayudan a que el desempleo no sea sólo la pérdida del empleo y el salario, sino que además suponga una mayor desestructuración la red de apoyo social que sostiene la existencia de una persona [7.5]. Por lo mismo, estos discursos contribuyen a aumentar la *vergüenza* individual de millones de personas que no debieran sentir tal vergüenza individual si su situación es un problema social masivamente compartido. Aunque lo exploraremos después con amplitud [7.8.1], véase cómo se expresaba un parado que podía “devolver” su vergüenza a un amigo que estaba ocupado y ahora está parado: “A mí me daba vergüenza, a todos nosotros, decirle al colega que estoy parado. ¿No es así? Ya ahora le puedo decir: ¿Qué estás haciendo? ¿No estás haciendo nada? [ironía]” (Parados CD)

Por consiguiente, es entonces quien acumula más y mejor capital social, y quien tiene menores reparos morales en la utilización de los otros, quien será más capaz de volver a ponerse en forma para el trabajo. Así, por efecto del arreglo temporal, se devalúa el tiempo “derrochado” en relaciones con una baja tasa de retorno en términos de capital, y se valoriza el tiempo invertido en relaciones que mantengan o eleven las posibilidades del parado de mantenerse en forma para el trabajo. La segmentación entre parados en función de su capital social se produce dentro del

efecto de polarización del capital social global entre clases, entre géneros<sup>228</sup>, y entre ocupados y parados en general.

Yo pienso que el trabajo se mueve en un círculo. [...] Entonces cuando hace falta, se acuerdan de ti. En el momento en que tú no estás un tiempo en este círculo, has pasado al olvido. (Parados CD)

Quizás, el problema radica en que “el círculo” del trabajo cada vez es más pequeño y, probablemente, haya que ir pensando en alternativas para que todas las personas puedan acceder a “el círculo”. De lo contrario, seguirá aumentando la lucha de todos contra todos por entrar en el “círculo”, mientras los discursos dominantes seguirán afirmando que siempre “hay trabajo”, y el problema sólo estaría en las imperfecciones en los flujos de información entre los que compran y los que venden trabajo y no. Como se ve, no son sólo las capacidades individuales, sino la determinación *sociál* del capital social lo que determinará la posibilidad de trabajar. Las desigualdades impuestas por la distribución polarizada del capital social deben entonces tenerse en cuenta para evitar presentar los méritos y las desgracias de los parados como si fueran individuales cuando, en buena medida, deberían ser explicadas a partir de la red social en la que una persona está inserta.

En definitiva, el aumento de la competencia por el trabajo durante el arreglo temporal puede interpretarse como una intensificación de la mediación del trabajo en el conjunto de las relaciones sociales. Así, toda relación puede ser significada a partir de su definición como capital valorado, esto es, en tanto que tiene sentido social por estar relacionada con el trabajo y ser socialmente reconocida como una *potencial* posibilidad de traducir el capital social en capital económico. Por ello, puede decirse que la situación de paro masivo transforma el significado de la solidaridad social, y la orienta contradictoriamente. No se trata aquí de señalar un cambio cualitativo, como si se diera un paso de relaciones puramente solidarias a relaciones puramente mercantilizadas. Lo que señalan estos casos, más bien, es una intensificación del vínculo social como un vínculo estructurado por el trabajo. También, se ha puesto en evidencia que no se debe identificar lo individual con lo capitalista, y lo social con lo no capitalista, como a veces ocurre. Más bien, la distinción social-individual no debe ser dicotomizada. Seguiremos con esta cuestión más adelante al tratar la importancia de la escasez o el mantenimiento del apoyo social [7.5, 8.5].

---

<sup>228</sup> Este sería otro de los obstáculos asociados a la devaluación del capital social de las mujeres: “el quedarte en casa, como hice yo al principio, y no relacionarte con gente que además te puede abrir puertas...” (Paradas).

## 5.5. FORMARSE

La relación entre desempleo y nivel de formación es indudable. Cuanta más cualificación tiene una persona, menos probabilidades tiene de estar en desempleo. Con alta o baja tasa de paro, las diferencias estructurales entre niveles formativos tienden a mantenerse (Rujas, 2015: 32). La solución parece sencilla: cuanto más se forme un parado, menos probabilidades tendrá de estar en paro. Entonces, la inversión en formación se presenta como una de las principales medidas de las políticas de empleo y como una de las principales estrategias de los parados.

Pero si esto fuera así de sencillo, nos surge inmediatamente una pregunta de sentido común: si los niveles de formación en España no han hecho más que crecer en toda la población durante décadas, ¿por qué hay hoy tantos millones de parados? Parece una pregunta obvia, pero su omisión generalizada nos obliga a plantearla<sup>229</sup>.

De manera muy general, el discurso dominante de los economistas lo explica de la siguiente manera: hablan de un tipo de capital, con algunas peculiaridades respecto al capital fijo, que es el *capital humano*. Como todos los capitales, el capital humano se deprecia con su uso y con el tiempo: es lo que llaman la *devaluación* del capital humano, la *obsolescencia* o la *erosión* de las capacidades laborales, que son fuentes de ineficiencia económica. En esa concepción, la inversión “óptima” en formación es un objetivo central de las –así llamadas– políticas económicas “óptimas”<sup>230</sup>. Desde nuestro punto de vista, estas categorías económicas producen una representación mediante la cual un proceso sociohistórico específico –la abstracción del trabajo y la producción permanente de superfluidad– aparece como una propiedad cuasi-natural del capital humano. Pero no es una mera ideología lo que aquí funciona: la obsolescencia es, sin duda, un proceso real que se materializa en la experiencia de los parados:

[...] porque todo evoluciona y te quedas un poco *estancada*. Entonces me vuelvo a preparar, yo de hecho, por ejemplo en el idioma nunca he dejado de estudiarlo, porque es algo que me gusta mucho, me apasiona y entonces yo a diario veo la tele en inglés. [...] Estuve siete años sin estar en el mercado laboral y después estuve haciendo unos cursos en el INEM. Por mi cuenta siempre he hecho cursos,

<sup>229</sup> La generalizada asunción de la formación como necesidad abstracta ha sido problematizada por diferentes estudios, por ejemplo, para el caso juvenil: Martín Criado (1999); o en una investigación comparada en tres países europeos, Darmon et al. (2006) subrayan el carácter contradictorio de las demandas de formación, y su función para segmentar a los “empleables” e “inempleables”. Para un ejemplo de estudio sociológico basado en la asunción de la formación como solución al desempleo, véase McIntosh (2004), y en general, todos aquellos estudios que no problematizan el ideal de la *igualdad de oportunidades*. Con nuestro enfoque, además de constatar la estructuración de clase del sentido de la formación, intentamos contribuir a la explicación del impulso abstracto general del formarse por formarse como una dimensión más del trabajar por trabajar.

<sup>230</sup> Algunos ejemplos son de este tipo de investigación económica: (De Grip y Van Loo, 2002; Laureys, 2012; para el caso español: Arrazola et al., 2005). El autor clave en la teoría del capital humano es Gary Becker, pero la idea aparece ya en *La riqueza de las naciones* de Adam Smith. Para la crítica al concepto de capital humano, véase Bourdieu (2001: 131-8) o Foucault (1979: 255-310)

mientras que he estado en casa he hecho siempre cursos de algo. Después ya cuando me propuse otra vez entrar en el mercado laboral estuve haciendo cursos en el INEM, hice tres cursos, uno de inglés financiero, de inglés comercial y uno de Office para *ponerme un poco al día de todo lo obsoleto que me había quedado*. (Manuela)

En nuestras categorías, la “obsolescencia” de las capacidades no puede comprenderse como una propiedad intrínseca del capital humano sino como un proceso asociado a la periódica pérdida de forma de los sujetos, que es específica de la dinámica histórica del trabajar por trabajar. La inversión en formación, entonces, es una más de las prácticas para volver a ponerse en forma, y como tal, tiene forma temporal de trabajo.

### *Formarse es trabajar*

Especialmente en el periodo inicial del desempleo y mientras duran las prestaciones contributivas, formarse es una inversión común que a menudo opera como una sustitución del tiempo de empleo. Al igual que las prácticas de informarse, la formación a menudo se vivencia temporalmente como si fuera trabajo:

[...] me he puesto a estudiar. Para mí, es como mi trabajo. O sea, yo tengo que echar dos horas y media, tres horas por la mañana estudiando (Precarias)

[...] estuvo haciendo un curso de siete horas diarias, con lo cual era igual que trabajar. (Parados CD)

[...] yo si hago cursos, sé que eso es formación y es trabajo. Lo que estoy haciendo es una inversión en mí de alguna forma. Hago un trabajo y tal, y la mentalidad que tengo es que ese tiempo no está tirado a la basura. Creo que he aprovechado este tiempo para crecer de alguna forma. Para mí ha sido otro tipo de trabajo. (Parados LD2)

Ahora la Formación que estoy haciendo me ocupa bastante tiempo, no tengo tiempo para nada. (Daniel)

Y bueno mi jornada, de lunes a viernes, intento que sea la misma jornada que cuando trabajaba, es decir yo me sigo despertando a la misma hora, me levanto a las seis y media y prácticamente hasta las once de la noche hay actividad [...]. Intento dedicar el tiempo a mi proyecto, a mi plan, a formarme, a prepararme para levantar algo. (Parados CD)

[...] que yo estudiaba de lunes a viernes y los sábados y domingos no estudiaba. [...] Es mucha presión mental porque dices “joder, estoy aquí, gastando un dinero pero no estoy tal”, y un tiempo, sobre todo el factor tiempo. (Bárbara)

Como vemos, las diferencias entre el tiempo dedicado a formarse y el tiempo de trabajo a menudo son empíricamente inexistentes. Se trata, entonces, de una inversión que no es ajena al trabajo sino que es parte consustancial al trabajo. Incluso podría decirse que, cuando uno se forma mientras cobra una prestación, el tiempo de formación opera realmente como un tiempo de trabajo asalariado, como de hecho ponen de manifiesto los registros del paro, que no incluyen en sus cifras a los parados que están realizando cursos de formación.

Las expresiones del formarse frecuentemente son muy expresivas de la pérdida de forma en la que venimos insistiendo. Estas expresiones funcionan a menudo como metáforas temporales, que indican que un sujeto que había estado en forma ha perdido la forma, se ha “atrasado” en relación a otros que están actualizados. Como en toda pérdida de forma, diversas diferencias negativizadas son significadas como obstáculos a la actualización de la forma, lo que sería parte de las causas de no haber tenido tiempo para invertir en formación:

La gente está muy preparada ahora, *cada vez necesitan más* gente preparada, y claro que me afecta. Ahora *cuanto más competitivo seas, mejor* hoy en día. Entonces llegó mi competitividad a un nivel muy bajo. Porque además tampoco he tenido tiempo para *ampliar mis conocimientos y actualizar mi currículum*. Y hoy en día, está todo muy exigente. El mercado es muy competitivo para conseguir mucho menos de lo que se conseguía antes. Y soy consciente también de eso. Entonces [tener que quedarme en casa] me ha perjudicado. Y ESO TE LLEVA COMO A INTENTAR TRABAJAR DE VEZ EN CUANDO POR LO MENOS PARA NO PERDER EL HILO. Sí, para no perder el hilo y para seguir un pelín dentro del mundo laboral. Para que no se olviden de mí, para que sepan que sigo aquí. (María)

[...] y cuando ya empezaba a tener cierta edad el niño, ya a los tres años empezó a ir al colegio, dije: “Bueno, hay que *reciclarse*”. Empecé a pedir cursillos en el paro. (Matilde)

Dejas de trabajar, y en el momento que dejas de trabajar, ahí sí que *te quedas atrás*. (Matilde)

[...] pude hacer un curso de ofimática para *ponerme al día* (Manuela)

[...] llenar también *el vacío que tengo un poco profesional ahora mismo* (Paradas)

Entre todas las expresiones subrayadas puede verse el vínculo con la dimensión temporal como un proceso aparentemente imparale que periódicamente deja caducas las capacidades de las trabajadoras: “actualizar”, “reciclarse”, “te quedas atrás”, “ponerme al día”. Por ejemplo, la última de ellas –“llenar el vacío profesional” señala como el “vaciamiento” sería el resultado de una creciente presión temporal sobre el sujeto: “cada vez necesitan más”, “cuanto más... mejor”. Esta dinámica, como se ve, se presenta no tanto como finita sino como infinita, lo que en las últimas décadas se ha plasmado en un imperativo cuasi-natural de formación *continua* o *permanente* que afecta no sólo a los parados sino al conjunto de los trabajadores. Con esta abstracta necesidad de formación permanente se naturaliza como *necesidad* el proceso de perder la forma, que afecta a quienes no se adaptan continuamente a la forma abstracta del trabajo. Como en la búsqueda de trabajo, la formación se plantea como solución al desempleo, pero no es “la formación” *per se* lo que da trabajo, sino *estar más formado que los otros* -y poder demostrarlo, como veremos. En este sentido, el formarse es uno de los ejes en que se asienta la competencia por el trabajo, que periódicamente expulsa a sujetos que parecían suficientemente formados pero repentinamente aparecen como “estancados”, “obsoletos”, “atrasados”, “con baja competitividad”, “con baja empleabilidad”, etc.

Como ya se intuye de algunos discursos citados, la tendencia general a la devaluación de la formación de los sujetos se ha acentuado con particular fuerza durante el arreglo temporal. Para situar con más precisión el sentido de la inversión en formación en nuestra investigación, a continuación realizamos una breve síntesis que sitúa la ganancia o pérdida de sentido de tal inversión, en función de las circunstancias históricas del arreglo temporal español y de las posiciones de clase.

*El efecto del arreglo temporal sobre la inversión en formación*<sup>231</sup>

Dicho en las categorías de Bourdieu, la inversión en formación constituye una de las principales estrategias de los parados para la reconversión del capital cultural en capital económico. Con los trabajos de baja cualificación y –relativa- alta remuneración que fueron típicos de la burbuja inmobiliaria hasta 2007, como es sabido, muchos trabajadores optaron por detener su inversión en capital cultural, y cubrieron así las necesidades del modelo productivo:

¿CON QUÉ EDAD EMPEZASTE A TRABAJAR? Con 16 años. Soy de la generación que hay ahora muchos que no tienen estudios ni trabajo. Dejé los estudios por ir a trabajar, y ahora pues no tengo estudios ni trabajo. (Paco)

A pesar de esta estrategia –típica de las clases populares y nuevas clases medias con bajo capital cultural- también durante aquella época, como es de sobra conocido, se da una sobrecualificación general en diferentes capas de población. Se trató de una *sobrecualificación* porque las políticas educativas destinadas a elevar el nivel general de las titulaciones, no fueron acompañadas de una transformación paralela del modelo productivo y de la división del trabajo que debía acoplarse a tales cualificaciones. Esto generaba un efecto de devaluación del capital cultural, que sin embargo sostenía cierto sentido dada la alta circulación de capital económico que recompensaba tales cualificaciones.

Con el estallido de la burbuja en 2008, los flujos de capital económico se *interrumpen* abruptamente [2.2], y se produce una “*reestructuración* del sistema de las estrategias de reproducción” (Bourdieu, 1979: 149). El efecto de devaluación del capital cultural se sobredimensiona por el paro masivo, y la rentabilidad de las estrategias previas no tiene los resultados esperados para muchas capas de población, que se ven afectadas por un efecto de contraste que destruye las expectativas de su inversión. Por esta dinámica, del mismo modo que crece la desproporción entre las inversiones de capital económico y la creación de empleo, crece

---

<sup>231</sup> Para ver algunos datos que apoyan las afirmaciones generales de este apartado, véase Rujas (2015) quien habla de una “espiral credencialista” de las titulaciones que se habría producido en algunos sectores a raíz de la crisis.



también la desproporción entre el tiempo invertido en capital escolar y el ajuste de ese capital al puesto de trabajo que formalmente se correspondería con tal o cual titulación o con tal o cual experiencia laboral. Con el arreglo temporal, se acentúa una experiencia generalizada de obsolescencia, donde predomina la queja por la baja valoración de los títulos y las experiencias laborales conseguidas previamente.

¿Tú crees que una persona que tiene una carrera, que te habla un idioma, que te habla otro tal, tiene que trabajar por menos sueldo que, con todos mis respetos, una persona que está poniendo una bombilla?  
(Bárbara)

Lo que desde el punto de vista individual cada parado tiende a valorar según los criterios anteriores a 2007, oculta el efecto socialmente general por el cual se ha reorganizado radicalmente el valor real de los capitales culturales. En ese sentido, la estrategia del Estado no ha sido la de transformar el modelo productivo para adaptarlo al nivel de las titulaciones, sino justamente lo contrario: disminuir la inversión en formación, especialmente en aquellos sectores no rentables a corto plazo para las necesidades del mercado de trabajo<sup>232</sup>.

Las diferencias de clase han resultado determinantes en los efectos de esta devaluación del capital cultural. En el caso de diferentes fracciones de las viejas clases medias y las clases altas, la no-interrupción de la inversión en capital cultural en los años previos a 2007 estaba favorecida por la no-necesidad de acceder inmediatamente al capital económico. El origen de clase y las inversiones realizadas en los años de la burbuja demuestra a posteriori quiénes supieron invertir “racionalmente”: la parte alta se caracterizó por el mantenimiento sostenido de inversiones seguras y estables que no se dejaban llevar por ofertas engañosas; en la parte baja, destacaba el deseo de dinero rápido, propio de quien nunca ha tenido mucho dinero, característico de todos los trabajos asociados a la construcción y a los servicios de baja cualificación.

Y me cambié a FP, porque todo el mundo me decía: cuesta menos tiempo, tienes una preparación, y te pones a trabajar. Lo que queremos todos: ganar dinero rápido. (María)

Médicos, ingenieros y abogados se quejaban de que fontaneros y albañiles ganaban más que ellos: sin embargo, los hijos de médicos y abogados seguían formándose, y los hijos de las clases populares se lanzaban al dinero fácil y “rápido”. Por mucho capital económico que pudieran acaparar los nuevos ricos, las viejas clases medias y las clases altas tendían a hacer nuevas inversiones pero sin reducir las inversiones que siempre les habían funcionado, puesto que, como es lógico, los oficios de alto capital económico y bajo capital cultural no satisfacían las

---

<sup>232</sup> Aunque hay una casuística diversa porque la educación depende en buena medida de las Comunidades Autónomas, son conocidos los recortes presupuestarios en la educación pública, la subida generalizada de las tasas escolares, la disminución de becas, los incrementos de los ratios profesor-alumno, y toda la serie de medidas que han sido tomadas durante los años de la crisis y que, como ya señalamos [2.1], han disminuido el PIB dedicado a educación.

aspiraciones de estatus de las viejas clases medias, mientras que sí satisfacían los deseos de consumo conspicuo de lo que durante algunos años parecían *nuevas* clases medias, vistas desde arriba como vulgarmente ostentosas y “horteras”, en la conocida expresión. Son estas nuevas clases medias las que mayormente representaron el éxito del llamado milagro español, y las que han sufrido un mayor efecto *bipolar* [7.8.1]. Con el estallido de la burbuja inmobiliaria, estalla también la “burbuja” de las nuevas clases medias, que vuelven a su origen, y se evidencia entonces la contradicción que vivían por el “efecto riqueza”: se hace visible lo que Bourdieu llama la “histéresis del habitus”, y la vuelta de estas clases a una posición inferior genera un fuerte efecto de malestar por la obligación de retomar estrategias del pasado que parecían ya superadas. España dejaba entonces de ser el país de clases medias que había creído ser, en el que parecían haberse igualado el médico y el fontanero, el ingeniero y el oficial de segunda. Con este “efecto de trayectoria interrumpida” (Bourdieu, 1979: 171), “la desilusión colectiva que resulta del desajuste estructural entre las aspiraciones y las oportunidades [...] se encuentra en la base de la desafección con respecto al trabajo” (Ibíd.: 166). Las inversiones que antes tenían resultados ahora dejan de tenerlos, se resignifica así el conjunto de las posiciones sociales, y desaparece la ilusión de que determinado nivel de formación *per se* suponga una garantía objetiva de estabilidad. Toda la población, con más o menos conciencia, de manera más o menos difusa, con una reacción más o menos rápida, tiende a transformar su comportamiento obedeciendo a la nueva dinámica de conjunto, buscando cuáles son las nuevas posibilidades objetivas de su nueva posición.

Con este mapa general, puede interpretarse con más precisión las diferencias en las inversiones de tiempo en formación que vamos a ver a continuación.

### *Inversiones arriesgadas*

Cuando me cogí los primeros curros era también para compaginar con los estudios. He empezado cinco carreras. No he sido capaz de acabar ni una. Y al final dije: “a tomar por culo”. (Precarios)

Hacer una inversión *segura* es, por ejemplo, cuando alguien que empieza una carrera da por hecho que la va a terminar, y además, sabe que esa inversión va a traducirse en un puesto de trabajo positivamente evaluado. Esta seguridad de la inversión no sólo se relaciona con el esfuerzo del que se forma, sino por el alto valor relativo de la inversión -que hace muy difícil la devaluación de la inversión en el medio plazo-, o también, por el alto valor del capital social del que hace la inversión -los contactos o, en su caso, el “enchufismo”, como ya vimos.

Inversiones *arriesgadas* son la gran mayoría de las inversiones realizadas por los parados durante el arreglo temporal. Ya no se invierte con la seguridad de “tener una salida”. Se desconoce cuánto van a aumentar las probabilidades de encontrar un empleo gracias a la

inversión de tiempo en formación, si va a ser rentable o no. En la mayoría de posiciones de partida de los parados, la inversión ha perdido buena parte de su sentido:

[...] yo pienso muchas veces: “Me podría poner a estudiar algo, me podría plantear meterme en una universidad, hacer algo” pero digo: “Es que no me gustaría dejarlo a medio hacer y yo lo que de verdad quiero es trabajar”. Entonces, si me voy a meter en la universidad, y al año o a los seis meses me encuentro un trabajo y voy a tener que dejar la universidad, prefiero no meterme (Alfonso)

Y ¿que cómo veo mi futuro? Negro. Más que el mío, el de mis hijos. Porque estoy viendo que tampoco les va a servir de nada estudiar una carrera, tal como están las cosas. (Marisa)

Yo sí le animo a que haga cursos, pero él dice “cursos, ¿para qué?”. Él lo que quiere es trabajar. (Gema)

Pero sí es verdad que me planteé volver a estudiar, me planteé hacer algún curso más. Cursos ya he hecho muchos: riesgos laborales, nóminas, seguros sociales... bueno, infinitos cursos. Yo lo que quiero realmente es trabajar y cobrar un sueldo. (Paradas)

Como muestran estas expresiones, los parados viven en la contradicción entre las promesas que les asegura que formarse es la solución a su desempleo, y la baja o nula rentabilidad del formarse –“infinitos cursos”.

Sin embargo, es posible encontrarse con parados que no han sentido la devaluación de su capital cultural, por ejemplo, en quienes no tenían ni antes ni después del arreglo ningún capital reconocido. Como se ve, el sentido de la inversión se relaciona siempre con la trayectoria y la posición de partida:

Entonces si yo tengo que hacer alguna entrevista de trabajo que me pidan tener un bachillerato realizado, pues cuando tenga mi título de acceso que diga que tengo esto realizado que equivale a un bachillerato, ya no tengo ese problema. Lo que es el problema de formación, ya no lo tengo. Tendré otros, pero espero no tener ese problema. (Elisa)

El reajuste de las posiciones se refleja también en Elisa, quien no tiene bachillerato, y por ello experimenta un efecto de contraste muy bajo porque no ha habido ningún empeoramiento sustancial: antes no tenía grandes expectativas, y ahora tampoco. En ese sentido, conseguir el título de bachillerato puede tener mucho valor relativo ya que permite acceder a muchos trabajos en relación a los que se podía acceder previamente.

En estas citas, aun cuando se ha decidido no invertir en formación, la posibilidad de formarse ha sido valorada como tal, de manera que se da alguna ambivalencia que permite dudar sobre el sentido de la inversión. Será en otros momentos del paro, o desde posiciones sociales donde ya no habrá duda de la inutilidad de la inversión, cuando se renunciará a seguir formándose para trabajar, y se tratará, más bien, de un formarse por formarse.

*Inversiones sin sentido: formarse por formarse*

Para muchos parados, la devaluación general del capital cultural hace que el sentido de formarse sea objetivamente inútil para aspirar a un puesto de trabajo, al menos mientras se mantengan las condiciones en el corto plazo. Aparece entonces un sentido del formarse que sirve para mantenerse en una forma que no esté absolutamente devaluada, para mantener la esperanza de que quizás las inversiones vuelvan a tener sentido en el medio o largo plazo. Mientras tanto, se hacen cursos por el mero hecho de estar haciendo algo. Prácticamente se ha descartado la posibilidad de un puesto de trabajo decente en el corto plazo y, en el mejor de los casos, el formarse cumple la función de sostener un ritmo laboral que estructura el tiempo cotidiano:

Pero luego yo me puse a hacer cursos, por no estar sin hacer nada. (Melinda)

Tengo que hacer algo. Como no tengo nada que hacer, como dice el refrán: “Cuando la vaca no tiene nada que hacer, mata las moscas con el rabo”. Hacer algo, y no quedarme quieta. He estado haciendo cursos, cuantos he podido, ahora no hay cursos, no hay nada. (Marisa)

Entonces siempre tienes algún atractivo para no tener el currículum medio abandonado (María)

Pero es triste porque esta puede ser la generación más preparada de la historia, de mis estudios, en máster e idiomas y están en paro. Es para replantear la opción... yo por ejemplo, cuando me quedé parado dije: “¿me sigo formando?” No me lo pregunté, porque digo “¿para qué?”, si es que no se valora, se ahorra dinero. (Parados CD)

Porque yo en mi caso llevo como dos años, y para mí es mucho tiempo y he pasado por multitud de cursos, pero hay momentos en que me siento más flojo. (Parados LD2)

Hacer “algo”, o no hacer “nada” es *hacer* en relación al trabajo [7.8.2]. Lo que aquí llamamos *formarse por formarse* es el reflejo del trabajar por trabajar en el ámbito de la formación. No hay un sentido, es una inversión sin sentido, es decir, la inversión ya no tiene un fin determinado sino que es meramente tautológica. El “no quedarse quieta” en cursos es el modo de rellenar el tiempo que mantiene al sujeto proyectado hacia un potencial trabajo. Esta práctica tiene la ventaja de evitar que el tiempo superfluo invada al parado, pero tiene el inconveniente de evitar la posibilidad de que el sujeto estructure su tiempo como tiempo *disponible* [cap. 8].

El otro sentido del formarse por formarse es cuando el hacer *como si* uno se formase supone un requisito de acceso para algún tipo de ayuda, bien estatal o bien de una ONG:

[...] hay que estar allí para buscar empleo, en las oficinas. Cuanto más tiempo vayas, tienes derecho a un carrito de comida. [...]. Y así, voy dos, tres días. No voy con frecuencia. Pero cuando hay cursillos así, que me interesan a fin de mes, trato de ir. (Ana)

Como no tenía que ir al paro, con lo del Prepara<sup>233</sup> -tenía que ir a firmar, ir a aguantar unas charlas, encima no te lo pagan, y si no vas, te lo quitan- pues esta semana he ido al pueblo, a ayudar a mi padre a plantar unos tomates, tenemos pimientos congelados para hacer los purés a las niñas. (Antonio)

<sup>233</sup> El Plan Prepara es uno de los principales planes de políticas activas de empleo.

En estos casos, Ana y Antonio tienen que demostrar su deseo de trabajar como condición para recibir la ayuda. Este requisito tiene la ventaja de facilitarles un mínimo de actividad, pero al mismo tiempo obstaculiza otras posibilidades. Antonio se ve en ocasiones impedido de ir al pueblo a trabajar con su padre porque tiene que ir a formarse por formarse –“aguantar unas charlas”–, como condición de cobro de la prestación. El dinero invertido en formación para las –llamadas– políticas activas de empleo impide a Antonio una mayor movilidad geográfica, y simultáneamente, le impide invertir más tiempo en ahorrarse gastos para la comida de sus hijas, y de este modo, el requisito institucional se convierte en un obstáculo al tiempo disponible [cap. 8]. Lo que aparece institucionalmente como dinero invertido en políticas activas para incrementar las competencias de Antonio, en la práctica es tiempo perdido para Antonio y dinero público desperdiciado. La obligación de asistir a actividades de formación –en el Plan Prepara, por ejemplo–, implícitamente, interpela a Antonio para que éste sienta que la causa de su desempleo es su escasez de formación. Sin embargo, Antonio no es interpelado respecto a las “charlas” que condicionan su prestación, lo que nos señala que concibe su desempleo no tanto como un problema de *su* formación –que pudiera resolverse con la orientación al empleo al uso– sino sobre todo como un problema de escasez de empleos.

El sinsentido del formarse por formarse, común en el paro de larga duración, se ejemplifica también en el caso de Andrés, que lleva cinco años en paro:

El tiempo que he estado parado, he estado haciendo muchos cursillos, pero que son muchos cursillos que no valen para nada. Porque no sé exactamente para qué se hacen los cursillos que te duran a lo mejor dos meses, o te duran tres meses. O cursillos, yo por ejemplo me apunté a un cursillo de inglés, muchos cursillos. Por ejemplo el de inglés había de todos los niveles en el mismo sitio. Yo tengo poco nivel, y no puedo estar con gente que sabe mucho. A mí me tienen que enseñar independientemente del que sabe mucho. He hecho un montón de cursillos que me han dado mil papelotes que no sirven para nada, certificados y tal. Al no tener dinero, no puedes... Por ejemplo, yo no tengo coche, tampoco me preocupa, no es una cosa importante en mi vida. Durante todo el paso de mi vida, siempre ha habido gente que me ha estado diciendo: “Tío, sácate el carné de conducir ya”. Pero no sé exactamente el motivo, que soy poco emprendedor o poco ambicioso, y tampoco es una cosa que me atraiga mucho, casi prefiero ir en bicicleta (Andrés)

La disposición a no formarse de Andrés es el resultado lógico del fracaso continuado de sus inversiones previas: nada ha cambiado después de tener “mil papelotes que no sirven para nada”, o de la frustración por cursos que no se adaptaban a su nivel. La dificultad objetiva de que la inversión en formación tenga resultados prácticos, sin embargo, es psicologizada como una carencia individual –“poca ambición” o “poco emprendimiento”– lo cual es expresado sin ironía y con sinceridad. Este tipo de culpabilización facilita que el tiempo de Andrés sea superfluo [7.8.2], y es el resultado común en quienes, no sin razón, han perdido el sentido del formarse. Y

como también ha afirmado -“al no tener dinero, no puedes...”- la escasez de dinero se presenta como una condición clave para tener la posibilidad misma de invertir.

*Pagar para que te paguen (II): dinero para formarse*

Al igual que en las prácticas de *informarse*, los parados se sienten a menudo interpelados por no “querer” formarse, cuando tal decisión no depende tanto de la voluntad como del dinero. La contradicción aparece nuevamente: ¿cómo formarse sin dinero si para tener dinero hace falta estar formado? No tener dinero aparece como resultado de la falta de voluntad, lo que implica vergüenza. Así lo expresa Carlos:

Podría haber seguido estudiando, pero ya ahí me desilusioné bastante, sobre todo con la universidad, que yo pensaba que era otra cosa, resultó otra, y no encajaba dentro de ese mundo... [...] El ambiente, los profesores demasiado encasillados dentro de su estilo, dentro de su forma de enseñar que no me gustó...No sé [risas]. [...] había profesores con los que hice muy buena amistad, uno de Filosofía, de Latín...me dijeron que por qué no seguía, que me veían mucha fascinación por el tema, pero que no...Me ha pasado esto con tal y tal, enfrentamientos, algún catedrático, y entonces ya puse la cruz y decidí que... Y también fue un golpe muy definitivo el tema de la beca. Me la negaron porque mi padre y mi hermano estaban trabajando, y mi hermano todavía vivía con nosotros, y la renta no llegaba...Me pagaron la matrícula, pero no podría pagarme el desplazamiento a Cádiz... (Carlos)

En esta cita, se ve cómo Carlos siente vergüenza en la situación de entrevista, al ir relatando las causas de su desencanto con la Universidad aludiendo a diferentes motivos pero omitiendo el del dinero. Tras varios rodeos, finalmente señala como causa de su no-formación, el “golpe muy definitivo” que se asocia a los recortes en becas. Una causa central de su baja formación es la escasez de dinero, pero la escasez trata de ocultarse por vergüenza, como si dejar la Universidad hubiera sido una decisión libre.

Al igual que en la búsqueda de trabajo, el sentido de la inversión -como arriesgada o imposible- depende tanto de las posibilidades objetivas del uso del dinero como de la cultura de uso del dinero.

[...] los cursos que hay no son para parados, los que hay son 2, 3, 4.000 euros... No estoy tan boyante...Aunque sé que eso es promoción para mí, pero no, no deja de ser un gran desembolso, y más sin saber si me van a contratar...Si voy a salir con un contrato, no me importa invertir, pero... Prefiero aguantar, y si sigue la cosa así, pues no sé, me planteo incluso salir fuera, vender la casa y al carajo. (Paco)

Joder, me gustaría formarme, que sé poco de esto, pero es que todo cuesta, ¡coño! (Parados LD2)

Si hay cantidad de médicos así parados, si hay cantidades de técnicos o de periodistas o de todo, parados. Y de arquitectos, vamos de todo, absolutamente de todo. [...] Claro y dices, y me estoy gastando o se están gastando los padres un dineral en su enseñanza. ¿Y el futuro que les queda cuál es? ¿Y con el panorama que hay, qué hacemos? (Parados CD)

[...] yo en principio hubiera querido hacer una carrera pero mis padres no me la pudieron pagar. (Manuela)

O sea, yo por ejemplo me he metido en historias de esas de trabajo de Internet, [...] Lo único que me ha servido es para que me llegue un montón de correo, de spam, de cursos... que digo yo, vamos a ver, si ya me he inscrito... si soy parada, cómo me mandan cursos de... ¿cuánto era? ¿Quinientos y pico euros? ¿De dónde los saco? (Matilde)

Depende, si puedes seguir porque te lo puedes permitir económicamente, porque tienes todo el tiempo del mundo porque no te importa, ¿no? (Bárbara)

Entonces, los parados se segmentan en función de su dinero para formarse, más que por su aparente mayor o menor “esfuerzo”. El dinero es un requisito fundamental de la formación, y sobre todo, de la formación *reconocida*. Como vemos, el criterio de acceso a la formación no es la capacidad para ajustarse a la forma del trabajo sino que, implícitamente, el criterio de trabajar es tener o haber tenido dinero. O mejor dicho, el filtro para aspirar a trabajar es poder demostrar, mediante el capital escolar reconocido, que se tiene o se ha tenido *más capital que el resto de aspirantes*. Lo mismo se constata cuando se señala el caso contrario como una excepción: “...por lo menos te dan un mes de formación sin tener tú que pagar. ¡Que eso es la bomba!” (Precarios).

Esta transformación del significado de la formación, según el cual la acción de la empresa de pagar la formación de sus trabajadores es significado como una suerte de “ayuda”, diluye los posibles conflictos de intereses entre empresa y trabajador y los hacen aparecer como un interés común. Sin embargo, esa inversión de la empresa en la formación no puede venir de otro lugar más que de una disminución del salario que –si pasa el “periodo de prueba”– se pagará a su trabajador, lo que permite presentar esta formación como una suerte de favor –sea o no negociado con el trabajador– en vez de como una forma de inversión para el futuro beneficio de la empresa. En lo que al paro se refiere, esta transformación es importante porque, al igual que ocurría con el trabajo gratis como medio de búsqueda de trabajo, medidas como el asentamiento del llamado “periodo de prueba”<sup>234</sup>, ensanchan el campo de la ambivalencia entre las inversiones para trabajar y el trabajar en sí. Si las prácticas de formación son codificadas como una “ayuda” de las empresas a los trabajadores, se diluye el tiempo que un parado dedica a buscar trabajo y a formarse, porque no está claro si se está en periodo de formación para aprender una capacidad laboral que no se tiene, o las “prácticas” son una forma de encubrir un trabajo gratis que hace pasar por empleos lo que no son sino formas de invertir tiempo en trabajar. El *saber esperar* cumple aquí la misma función que en la búsqueda de trabajo [5.4].

<sup>234</sup> Véase, por ejemplo, la nueva figura contractual creada por la Reforma laboral de 2012, que denomina contratos “indefinidos” (sic.) a contratos a “emprendedores” cuyo “periodo de prueba” es de un año, tras el cual el trabajador puede ser despedido sin indemnización alguna. (Real Decreto-ley 3/2012, artículo 4)

*La creciente abstracción de la evaluación de la forma*

No hay ningún lugar donde objetivamente pueda encontrarse lo que sabe o no sabe hacer un parado. La representación de las capacidades de trabajo está necesariamente mediada por un dispositivo que, mientras objetiva unas capacidades, invisibiliza otras. En este sentido, durante el arreglo temporal ha sido constante un tipo de queja según la cual el desempleo no se explica solo por el desajuste entre las capacidades laborales del sujeto concreto y la forma abstracta del trabajo, sino por el modo en que se evalúa esa relación, es decir, por los criterios de selección para el trabajo<sup>235</sup>.

Como ya vimos, los cambios históricos en los dispositivos de representación del paro no se explican tanto por un progreso de la medición objetiva del paro, sino sobre todo porque permiten intervenir políticamente sobre el mercado de trabajo [1.5]. En este sentido, los cambios en los dispositivos de medición y evaluación de la forma de los parados no deben ser explicados como el resultado del progreso técnico en las medidas de la empleabilidad, sino como parte de las transformaciones en la gestión productiva del tiempo superfluo. O en otras palabras, no se trata tanto de medir mejor lo que supuestamente se querría medir<sup>236</sup> –la empleabilidad, la ocupabilidad, etc.- sino de generar barreras, filtros, segmentaciones que intervengan productivamente sobre la masa de superfluos, al tiempo que permitan representar como un problema técnico la superfluidad del parado. Para ilustrar este proceso, préstese atención a lo que cuenta José:

Luego me saqué el carné de autobusero que espero que en el futuro me sirva para algo. Necesito un carné que ha salido nuevo, un carné profesional, que vale mil euros. Entonces a ver si encuentro algo de trabajo, y me lo puedo sacar cuanto antes. Para poder echar currículums de autobusero. (José)

José, que ya había hecho la inversión necesaria para tener la competencia reconocida, repentinamente se ve en la situación de que hay un nuevo requisito –“un carné nuevo”- cuya obtención depende no sólo de invertir tiempo sino de invertir dinero. Hay que pagar nuevamente para volver a titularse y poder volver a optar a lo que antes se podía optar. Su anterior titulación

<sup>235</sup> En la sociología francesa se han desarrollado investigaciones sobre estas cuestiones en una línea perfectamente compatible con nuestro marco: por ejemplo, véase la excelente compilación de Vatin (2009). Se puede hacer el ejercicio de interpretación de la forma del trabajo a partir del DOT *Dictionary of occupational titles* (US Department of Labor, 2011) donde se describen las características requeridas para 12.099 ocupaciones, que son evaluadas a partir de 44 características y 7 categorías: “funciones del trabajador, tiempo de entrenamiento, aptitudes, temperamentos, intereses, requerimientos físicos, condiciones de trabajo”. Remillon y Vernet (2009: 121-3) describen el proceso de elaboración del DOT, y concluyen que “La definición misma de la empleabilidad evoluciona. No se mide más una actitud (física o mental) para ocupar un empleo particular sino la capacidad de acceder a un empleo, y a través de ella, a atraer directamente a los empleadores. La empleabilidad preocupa de aquí en adelante a los parados y potencialmente, a todos los individuos.” (Ibíd.: 125).

<sup>236</sup> En las investigaciones mencionadas en la nota anterior se insiste en que el sentido de los dispositivos de medición no es tanto medir sino predecir.



se ve amenazada por su posible devaluación –“espero que en el futuro me sirva”. En el contexto de paro masivo, puede explicarse la introducción de nuevos dispositivos obstaculizadores como un efecto del aumento de la competencia por el trabajo. Que aparezca “un nuevo carné” permite escindir a una parte de los parados que tienen las capacidades objetivas para ocupar un puesto, en función de un criterio de apariencia técnica, que en realidad filtra a los parados que tienen más dinero de los que tienen menos, y no tanto a los que están formados para el puesto y los que no. A todo ello, se suman los intereses de las instituciones –que reciben subvenciones y emiten titulaciones reconocidas- para presentar sus titulaciones como criterios objetivos<sup>237</sup>. Por tanto, un modo de gestionar el tiempo superfluo es introducir constantemente en cada sector nuevos requisitos –que implican tiempo y dinero- para disminuir así el número de aspirantes a un puesto de trabajo y facilitar el proceso de selección. El modo de medición funciona simultáneamente como un modo de predicción, que filtra en función de cada posición social.

En un plano general, con el arreglo temporal podemos hipotetizar que la necesidad de gestionar la masa de millones de superfluos ha contribuido a incrementar el proceso de abstracción de la evaluación de la forma del trabajador. En este sentido, diferentes trabajadores se encuentran con que el criterio que hasta entonces les había servido para trabajar –demostrar su saber práctico- ya no les sirve. Cada vez más, hay que demostrar que se posee una titulación. Este criterio garantiza no sólo que el trabajador ha superado un proceso homogeneizado de evaluación abstracta de sus capacidades, sino que, implícitamente, implica demostrar que se ha tenido la capacidad económica de haber realizado una inversión en formación.

[...] te cierra muchas puertas. Antes se pedía experiencia, y ahora se piden cursos. ¿Para un electricista también? Sí. Si no tienes nada que lo certifique...Antes daba igual, era que tuvieras experiencia y lo demostraras. (Paco)

¡Unas cosas más raras! ¡Para hacer una mierda de trabajo de una oficina: Diplomado con no sé qué... para acabar archivando! Me parece una cosa inútil, inútil total. (Matilde)

Ese es el problema, y lo voy intentando por más sitios, en la bolsa del SAS...Llevo cinco años y no me han llamado prácticamente...No te van a llamar, piden titulación casi mínima, el sistema de puntos. [...] Es muy difícil...Aparte es el último grupo, el más amplio, todo el mundo se quiere apuntar...Es el que menos requisitos tiene. (Carlos)

---

<sup>237</sup> Una investigación relevante en este sentido podría analizar, por ejemplo, cuáles han sido los motivos de los grandes acuerdos entre sindicatos y patronal, que reciben importantísimas subvenciones en políticas de formación para el empleo –y, como es sabido, han derivado en múltiples casos de corrupción en el sector durante el periodo 2007-13- de manera que pudiera verse cómo el reconocimiento de la capacidad de emitir titulaciones y/o formación en las empresas ha servido para crear una aparente convergencia de intereses entre actores históricamente enfrentados. Tal investigación podría contribuir a explicar las causas por las cuales se ha extendido el sentido común de que la formación es una de las soluciones fundamentales al desempleo, en vez de, por ejemplo, el reparto del trabajo.

El dispositivo que objetiva las competencias es lo que traduce la heterogeneidad cualitativa en abstracción, y presenta la operación de abstracción como una operación técnica. De este modo, las prácticas materiales concretas del trabajador se han constituido, al mismo tiempo, en función del criterio abstracto, y ya no hay modo de distinguir entre la forma y el contenido del trabajo [cap. 3].

Esta dinámica de la formación permanente, que en el plano más general no es otra cosa sino la forma actual del desarrollo de la división capitalista del trabajo, devalúa permanentemente aquellas capacidades que en un momento se consideraban como muy especializadas, y en muy poco tiempo pasan a ser capacidades poco especializadas, por ejemplo: "...dices "informático", y hay diez ofertas, y cada una de una especialidad distinta" (Rafael). La forma abstracta "informático", que hace algunos años se consideraba una garantía de trabajo, hoy ya no se ajusta a las nuevas subespecialidades, que se complejizan a medida que aumenta la cantidad de informáticos. Como el sentido de la formación individual depende de su ajuste a una forma abstracta que se presenta como exterior, a medida que aumenta el nivel de formación general, la forma abstracta se transforma, la división del trabajo se segmenta aún más, y el nivel de formación anterior aparece nuevamente insuficiente. Entonces, surgen nuevos modelos de formación para nuevas capacidades que deben ser codificadas por nuevos dispositivos de evaluación.

Un tema recurrente, que también señala la complejidad de las mediaciones en el desempleo, es el de la importancia del "enchufismo", que antes vimos en la búsqueda de trabajo. La mediación de los afectos y los intereses que no están directamente ligados a la evaluación de la capacidad laboral en cuanto tal, obstaculiza el asentamiento de criterios meritocráticos:

Yo, por ejemplo, en mi último trabajo, mi jefe no tenía carrera, yo sí, no sabía inglés, yo sí, pero claro, como él llevaba mucho más tiempo en la empresa, se dan por hecho una serie de cosas que es absurdo, no tiene mucho sentido. (Bárbara)

Para Bárbara, la mediación de la antigüedad del jefe es señalada como un criterio de injusticia, que hace que un sujeto más preparado que otro se encuentre en una posición laboral inferior. Este discurso generalizado en las condiciones del mercado de trabajo español, señala que hay parados cuyas capacidades se ajustan a la norma pero no se integran adecuadamente al trabajo, mientras que hay ocupados que, sin ajustarse a la norma, permanecen integrados en el trabajo. Estos ocupados que no están en forma pero que trabajan, tienden a ser percibidos como sujetos privilegiados, ya que no se ajustan a los criterios abstractos que tratarían a todos meritocráticamente. Algunas mediaciones que a menudo impiden la evaluación abstracta de las

capacidades del trabajador son la relación familiar, los vínculos entre élites<sup>238</sup>, el “enchufismo”, la distancia geográfica, la raza, el sexo o la orientación sexual. La existencia de estos múltiples obstáculos *concretos* nos obliga a subrayar nuevamente la importancia de las mediaciones en el desempleo, y a distanciarnos de una teoría funcionalista burda que trate la relación entre las capacidades concretas del trabajador y la forma abstracta del trabajo de una manera mecánica. Sin embargo, por más comunes que sean estas mediaciones, desde nuestra perspectiva, ello no invalida la teoría de la dominación abstracta del trabajo que venimos defendiendo para explicar el desempleo. Más bien, en nuestro enfoque, todas estas mediaciones deben ser situadas en relación a la trayectoria específica de un contexto determinado en el marco global, de manera que los diferentes niveles de contingencia adquieran un sentido histórico, y no sean reducidos a explicaciones culturalistas<sup>239</sup>.

En conclusión, hemos visto un mapa general de los procesos asociados al tiempo del paro invertido en formarse. Invertir en formación es, pues, invertir en la adaptación del sujeto a la forma del trabajo: son modos de incorporar nuevas disposiciones temporales para el trabajo. Hemos visto la contradicción inscrita en esta inversión, que se materializa en una especie de callejón sin salida, que lleva al sujeto a formarse y formarse infinitamente, como si la solución del desempleo fuese su formación individual. Este imperativo lleva a una presión temporal que se materializa en que, con cada pérdida de forma, toda actividad significativa que no sea codificada como una inversión de tiempo supone una desventaja competitiva, un tiempo mal invertido que sólo puede recuperarse haciendo una reinversión que requiera mucho más esfuerzo. Así, la infinita serie de competencias que formalmente se pueden adquirir genera la sensación de una

---

<sup>238</sup> Buena parte de la eficacia simbólica de la crítica culturalista al capitalismo español [7.8.2] depende de señalar a estas mediaciones como *causa* de que el modelo productivo español sea un lastre, inscrito tanto en la cultura premoderna de las élites españolas como en la tendencia a la vagancia del trabajador mediterráneo. Si se nos permite la analogía, tales explicaciones son similares a aquellas que afirman que la pobreza en África se debe básicamente a la corrupción de sus gobernantes.

<sup>239</sup> Nuestra teoría podría invalidarse si las mediaciones y contingencias pudieran explicar la dinámica histórica del trabajar por trabajar, lo que desde nuestro punto de vista no hacen [1.1]. Estas cuestiones se inscriben en el problema más general de si la relación entre las formas de dominación concreta y la dominación abstracta se oponen entre sí o se complementan. Nuestro enfoque, que entiende las relaciones en el capitalismo como contradictorias en sí mismas, es al mismo tiempo los que las hace intrínsecamente dinámicas. En el caso de Bárbara, que se queja de que su jefe tiene baja formación, tal situación no puede analizarse a partir de un caso concreto sino a partir de cuál es el sentido de estas relaciones de dominación concreta en el caso del capitalismo español. En nuestro enfoque, la clave diferencial consistiría en pensar que las formas “concretas” no son residuos premodernos o improductivos del retraso español respecto a países más civilizados, sino características históricamente constituidas en relación a la dominación abstracta, sujetas a muchas mediaciones y contingencias. Un ejemplo paralelo se ha discutido mucho durante la crisis: ¿ha sido la corrupción de las élites un lastre o una condición del crecimiento económico español durante los años de la burbuja? Probablemente, sea las dos cosas.

sobrecualificación que a menudo termina en una falta de experiencia o en una falta de titulación, lo que refleja el proceso de permanente devaluación de la formación, lo cual puede ser visto como una expresión de la producción de tiempo superfluo.

El análisis que hemos realizado de las inversiones arriesgadas, de las inversiones sin sentido, del formarse por formarse, del dinero para formarse, y de la abstracción de los dispositivos, contribuye también a explicar por qué los datos de tiempos cuantitativos dedicados a la formación han disminuido significativamente en términos del “parado medio”, en comparación con los datos previos a la crisis [4.1], porque para muchos sectores de parados, la formación se ha hecho inútil o, simplemente, no puede pagarse.

Con este análisis, hemos querido subrayar la importancia del tiempo superfluo y sus mediaciones en la inversión en formación como uno de los ejes clave del tiempo de desempleo. Aunque por supuesto hay muchos márgenes relacionados con las condiciones históricas contingentes, el posicionamiento del modelo productivo español en la división internacional del trabajo, las políticas para acoplar las cualificaciones a la división del trabajo, etc. tales márgenes son siempre limitados, y la intervención sobre los mismos no parece ser una alternativa viable real para solucionar el fondo del problema del desempleo sino que, en todo caso, podrían hacer disminuir la tasa de desempleo de manera contingente. Como hemos visto, la inversión en formación puede tener más o menos sentido según diversas posiciones de parados, pero como hemos intentado argumentar, en modo alguno puede afirmarse que la formación es *per se* una solución al desempleo, pues su función principal se relaciona con la dinámica del trabajar por trabajar.

## 5.6. REFORMARSE

Cada vez es más evidente que en la estructuración de la relación salarial está disminuyendo la importancia relativa de la mediación del contrato de trabajo, como actualmente puede verse, por ejemplo, en todos aquellos casos de sujetos formalmente propietarios de empresas –autónomos o “emprendedores”- cuyo modo de relacionarse con otras empresas se asemeja a una relación de dependencia propia de los asalariados. De los cambios en la regulación legal de estas nuevas estructuraciones de la relación salarial<sup>240</sup>, se sigue que las categorías “empresario” o “trabajador”

---

<sup>240</sup> La visibilización de estas relaciones ha terminado con la ampliación del concepto jurídico de “trabajador”, con la aprobación en 2007 de un estatuto específico para el “trabajo autónomo” diferenciado de trabajadores y

no nos dicen nada de la relación de mayor o menor dependencia de una unidad económica, si no se atiende al análisis de su inscripción real en una red productiva concreta (Rolle, 2003). Este tipo de situación plantea interrogantes importantes respecto al significado del reconocimiento social y jurídico del trabajo en general, y del desempleo en particular, como ya adelantamos al referirnos a los casos de desprotección de algunos autónomos sin derecho al cobro de la prestación por desempleo [5.3].

Puesto que el tema ha emergido en nuestra investigación de un modo significativo, es obligado señalar al menos algunos procesos generales referidos al llamado “emprendimiento”<sup>241</sup> en los discursos de los parados. Nuestro interés reside en ver cómo este ambivalente espacio de prácticas orienta el tiempo del paro hacia nuevos modos de competir por el trabajo y, por tanto, hacia nuevas formas de producción de escasez temporal.

### *Motivos ideales del emprendimiento*

Varios motivos animan a algunos parados a usar su tiempo de paro en actividades orientadas al emprendimiento:

[...] muchas veces estamos... como veo, por ejemplo, que no encuentro trabajo, y él está hasta aquí de estar siempre con jefes que no merecen la pena, y que le amargan la vida, pues siempre pensamos en montar una empresa. (Daniel)

Sí, porque tú eres tu propio jefe. (Antonio)

Entonces me quiero emprender porque esa es la motivación que tengo ahora, que no quiero volver a una oficina de ocho a tres. (Precarias)

Sí me gustaría, hombre, claro. Trabajar por uno mismo. Aunque sea más duro y demás. (José)

Para mí ahora lo más importante es poder emprenderme en lo que yo realmente siento ahora, sea de futuro, no sea, funcione, no funcione. [...] y desde luego que el tener una hija también me lleva a esto porque así soy yo flexible con mi maternidad y con el trabajo y puedo ir yo adaptándolo, siendo yo autónoma puedo ir yo adaptándolo a mis necesidades familiares ¿no? (Precarias)

[...] yo en mi casa como a mí me da la gana, ¿no? (Parados CD)

Como vemos, algunos de estos motivos son: 1) La ausencia de “jefes” o “ser tu propio jefe”; 2) el rechazo a la rutina de un trabajo repetitivo –“oficina de 8 a 3”-; 3) el deseo de trabajar “por uno mismo”, asociado a la independencia; 4) la flexibilidad con la “maternidad” y las “necesidades familiares”, es decir, la posibilidad de que el emprendimiento permita una mejor conciliación de

---

empresarios, ya que “el 94 % de los autónomos que realizan una actividad profesional o económica en el marco jurídico de empresa no tienen asalariados o sólo tienen uno o dos.” (Ley 20/2007)

<sup>241</sup> Es bien conocida la importancia que está adquiriendo esta categoría que, por ejemplo, recientemente ha sido incluida en el currículum educativo en secundaria, con la asignatura “Iniciación a la Actividad Emprendedora y Empresarial” y aparece como justificación clave de la LOMCE (Ley Orgánica 8/2013, artículo 24). Destacan también las categorías de “talento” y “empleabilidad”.

la vida laboral y familiar, lo que es especialmente deseado por las mujeres; 5) la posibilidad de trabajar desde casa como un espacio de mayor comodidad.

Desde la óptica de estos motivos, el emprendimiento sería una solución no sólo al desempleo, sino a las malas condiciones de trabajo. Con éxito en el emprendimiento, podría evitarse el mando de un jefe, la rigidez de los horarios que son aburridos y no permiten conciliar, y se conseguiría una mayor sensación de independencia, de modo que uno se pudiera autoatribuir tanto salarial como simbólicamente los posibles éxitos laborales. En síntesis, el motivo más fuerte del emprendimiento es de la búsqueda de una mayor autonomía en el trabajo en particular, y en el tiempo de vida en general. ¿Qué obstáculos aparecen en estos mismos parados o en otros que han querido abandonar su relación salarial tradicional para *reformarse*?

### *Pagar para que te paguen (III): motivos materiales del “desemprendimiento”*

Lo que actualmente aparece como la “novedad” del emprendimiento no es sino un nuevo formato para denominar fenómenos típicos de toda la historia del trabajo. La fuerza de trabajo siempre se ha segmentado de manera compleja, en función de sus posibilidades de buscar nuevos márgenes de autonomía *relativa*, dentro de la relación de vender el tiempo por dinero que define a la relación salarial como una relación de dependencia.

Lo que hoy se presenta como el gran motivo ideal de la independencia, parecería un corolario necesario de la propia categoría de autónomo y el estatus reconocido que tal categoría confiere. Sin embargo, la categoría formal de ‘autónomo’ –al igual que ocurre a menudo con la de ‘empresario’– no dice nada en sí misma si no señala cuál es la posición real en la red de relaciones que definen la propia posición. Veámoslo con algunos casos en relación al endeudamiento que aparece como requisito para el emprendimiento:

Dejé eso y dije: bueno, voy a poner yo un negocio de emprendedores, y abro un negocio, y a ver si salgo adelante. Ya me cotizo yo, ya pago como autónomo. Y al final tuve que dejarlo porque en casa no entraba dinero. Deudas por todos los lados, ¡hasta aquí, hasta arriba! Y entonces me puse a buscar trabajo. (Matilde)

Es que no te da un duro nadie. Yo he estado presentando un proyecto ahí en la Cámara de Comercio, con la Aval Madrid, con el otro, con tal... “Sí, sí me parece cojonudo, lo veo viable. Pero si quieres que te demos el dinero, tienes que avalar con el pisito, y con todo lo que tengas.” [...] a mí la Cámara de Comercio me manda una carta diciendo: “Nos parece cojonudo, has estado demasiado pesimista”. Y llegas al banco: “A ver, ¿qué tienes tú?”. “Pues yo no tengo nada. Tengo una casa hipotecada. Pero tengo una idea cojonuda que podría funcionar”. “Pues dile a tu madre que si te deja el dinero” (Precarios)

Es lo que había pensado, abrirme mi propio negocio. Estuve a punto. Pero si me sale mal, embargo a mi madre más. Porque si lo hago, me tenía que ayudar mi madre con un aval. (Antonio)

En estos casos, el emprendimiento se muestra como un dispositivo que condiciona la independencia a la dependencia de la deuda. Podrá ser emprendedor no quien tenga más deseo de independencia, sino quien tenga más capacidad de endeudarse –por ejemplo, con sus ahorros, con el aval de sus propiedades, o con las propiedades o dinero de su familia. En el caso de quien para *reformarse* tiene que dedicar un tiempo prolongado al ahorro para realizar la inversión inicial, este tiempo de ahorro favorece el disciplinamiento del trabajador y el uso máximamente productivo del tiempo, mientras tal ahorro sea visto como un sacrificio contingente que, en un futuro, dará acceso a la deseada independencia. Pero, al igual que en el informarse o en el formarse, vemos como la relación entre el tiempo y el dinero vuelve a ser el requisito que segmenta a unos y otros. Y vemos cómo el endeudamiento opera como un dispositivo de individualización de la relación salarial, que oculta las dependencias objetivas mientras hace aparecer al emprendedor como independiente. En consecuencia, emprender puede ser considerado como otro modo de pagar para que te paguen, o mejor, de endeudarse para que te paguen: lo cual no es sino otro modo de dependencia objetiva, se codifique como se codifique en términos subjetivos.

Por ejemplo, el motivo ideal señalado de la ausencia de jefes, es visto así por un parado que fue “free-lance”:

Por esto es que yo me hice autónomo, pero al final era un free-lance, que tenía también que soportar una pila de directivos, igual. “Que si esto sí, que si esto no, que si yo no voy con esto, se cae, tienes que pagar” (Parados CD)

Como se ve, la ausencia de jefes formales no implica la ausencia de jefes reales, de cuyas decisiones se depende, tanto para cobrar o no cobrar como para tener carga de trabajo o no tenerla. En la cita se distingue entre “autónomo”, que sería una figura más ideal de independencia, y el “free-lance”, que sería una figura materialmente más dependiente. Cuando el parado dice “al final era un free-lance”, se refiere al contraste entre lo que creía que iba a ser en un principio y lo que después fue.

Por último, el motivo del emprendimiento como una estrategia para pasar tiempo en casa y tener más posibilidades de conciliación de la vida laboral y familiar, es visto así por este parado:

[...] no, no, yo en mi casa como a mi me da la gana, ¿no? Por lo tanto si tú ya te llevas tu trabajo a tu casa, ya inclusive ni te vas a vestir como tú quieras, porque tienes la empresa, en el caso mío que era autónomo, free-lance, lo tengo en casa [...] Pero era un esclavo, era un esclavo de mi trabajo. (Parados CD)

Más que como una flexibilidad positiva, el parado vive su situación de “free-lance” como una invasión del trabajo en la casa, lo que le coarta su espacio de libertad y privacidad. Así, la casa se convierte en el espacio físico del trabajo, con la transferencia y privatización de gastos que ello

conlleve<sup>242</sup>. Según se afirma, ser formalmente “autónomo” no conlleva necesariamente autonomía, sino ser un “esclavo” de su trabajo.

### *Entre la independencia subjetiva y la dependencia objetiva*

Puede decirse que el proceso de individualización de la relación salarial está operando una importante transformación en la percepción de la venta del tiempo que define al trabajo, al transformar semánticamente el trabajo asalariado como “autonomía” o “emprendimiento” cuando realmente constituye la misma relación: la obligación objetiva de vender el tiempo de vida por dinero. En este sentido, las nuevas regulaciones jurídicas y los discursos individualizadores están teniendo efectos materiales muy importantes, y todo ello afecta directamente al tiempo del paro. Por ejemplo, véase el siguiente caso: “Y el tiempo que siento que estoy dedicando, aunque sea laboral, pero el tiempo que estoy dedicando para mi proyecto también es un tiempo para mí.” (Precarias). Al contrario de lo que habíamos visto en la mayoría de expresiones del *formarse*, esta parada con intenciones de emprender concibe ese tiempo como propio o “para mí” (Callejo, 2015). El sentido de esta expresión es ambivalente, porque también alude a lo laboral. Lo que nos interesa de este tipo de vivencia del tiempo es que transforma el significado de la inversión del tiempo: de percibirse como una obligación impuesta como requisito para trabajar, pasa a ser un tiempo propio voluntariamente utilizado. De esa manera, el emprendimiento y sus significados asociados se caracterizan por invisibilizar la contradicción del sujeto que se cree autosuficiente mientras más dependiente es; es decir, como hemos visto, por hacer pasar el tiempo que uno pasa trabajando como si fuera un tiempo libremente elegido<sup>243</sup>; y del mismo modo, por hacer pasar los éxitos y los fracasos como el resultado de las decisiones individuales. Veamos algunos ejemplos de esta contradicción.

Un caso de un trabajador en una asociación dependiente de subvenciones públicas, valoraba su trabajo porque le permitía “organizarse a tu manera”, lo que se asocia con tener libertad:

Y el trabajo bien, el trabajo este está bien porque *te lo puedes organizar tú mucho a tu manera*, [...]. Pero desde dos años a esta parte, ni siquiera sacan concursos públicos para presentarte, ni hay fondos

<sup>242</sup> “Yo tengo un amigo que ahora trabaja en casa. Trabaja en una empresa de informática, pero trabaja en casa porque la empresa está jodida; y para reducir gastos de local, de luz, de calefacción, de aire acondicionado, tienen que trabajar en casa. La idea es buena, pero el motivo es así. Cómo puede ser que, por reducir gastos, no me parece que sea el motivo. Al final, trabajas en tu casa, y gastas tu calefacción, tu luz, tu aire, tus instalaciones.” (Precarios)

<sup>243</sup> Como ilustración de este fenómeno, un artículo periodístico recientemente muy difundido señala este punto de manera muy directa: “Yo no exijo un trabajo, exijo dejar de tener la sensación de trabajar” (El periódico, 26/07/15)



de la Cooperación Española en ningún sitio, ni hay fondos en los Ayuntamientos ni en las Comunidades. *De repente, a cero, a cero.* (Precarios)

Pero como se ve, ya sea de instituciones públicas o clientes privados, el momento en que la dependencia se pone de manifiesto no se produce cuando uno se deja llevar por la ociosidad sino, sobre todo, cuando inesperadamente deja de fluir dinero en la red de la que uno depende: “de repente, a cero”.

A continuación, tenemos otra muestra de cómo la independencia subjetiva de Hilario – exautónomo- se demuestra falsa en cuanto emerge la dependencia objetiva:

Analizas la situación y dices “joder, si pago 250 euros más a la Seguridad Social y la Seguridad Social ahora no me garantiza a mí un futuro. Pues yo cojo estos 250 euros y lo pongo en un plan de pensiones. [...] Yo como autónomo pagaba mi recibo como autónomo, sabiendo que no iba a tener paro y otros 200 euros me hice un plan de pensiones. ¿Qué ocurrió? [...] Yo sí sabía a ciencia cierta que no iba a tener paro, pero por eso hice yo un plan de pensiones para esas cosas, *pensando en el futuro*. Pero claro, *vinieron mal dadas* y tuve que echar mano de ese dinero. [...] Punto. Y tuve que echar mano de ello por necesidades, y *no tengo nada*. (Hilario)

Descubrimos con esta cita que la idea del emprendimiento puede conllevar también una transformación en la percepción del dinero. Con el estatuto de autónomo, a Hilario se le abría una posibilidad que antes no tenía: la de decidir el destino de su cotización entre la Seguridad Social o un plan de pensiones privado. Esta capacidad de “elegir” cómo uno planea su protección futura, genera la percepción de una mayor libertad en el uso del dinero, que parece un objeto controlado por las decisiones libres del autónomo. Pero es cuando emerge la crisis que quien parecía el agente –Hilario- se convierte en paciente del dinero. La decisión de Hilario de invertir “pensando en el futuro” de un plan de pensiones privado, le hace sentirse responsable de su dinero, mientras al mismo tiempo desresponsabiliza al Estado de su protección futura. El cálculo de costes y beneficios que el marco de ser autónomo permite, lleva a Hilario a creer controlar individualmente su futuro cuando decide invertir en el plan de pensiones más rentable –el privado-, pero, socialmente, ese acto le encadena con más intensidad a los vaivenes del dinero, y de ese modo le impide controlar en buena medida su futuro. Es así como el poder del dinero emerge con más violencia cuando la crisis le obliga a retirar todos los ahorros de su plan de pensiones, y le deja sin derecho a paro y sin pensión digna tras 40 años trabajando: “no tengo nada”. Como fue él quien creyó decidir libremente lo que hacer con su dinero, no puede ahora culpar a nadie más que al azar de la crisis o a sí mismo. Al haber sido formalmente “autónomo”, su pobreza actual se presenta como el resultado de las decisiones erróneas del pasado [7.8.2].

Mientras que hemos visto cómo Hilario naturalizaba su situación gracias a la percepción de su condición de autónomo, otros trabajadores asalariados en paro, como Jenaro o Andrés, tienen la sensación de haber fracasado por no haber sido autónomos o emprendedores:

La culpa es nuestra. CUANDO DICES LA CULPA ES NUESTRA, ¿DE QUIÉN? Que algo habremos hecho. En mi caso digo: bueno podría haber... no sé, haber avanzado más, intentar... en vez de ser trabajador, ser autónomo. No sé, supongo que algo habremos hecho mal. (Jenaro)

Pero no sé exactamente el motivo, que soy poco emprendedor o poco ambicioso. (Andrés)

Ambas son expresiones del callejón sin salida que atribuye todos los éxitos y todos los fracasos al individuo, lo que desde el punto de vista de la gestión del tiempo superfluo, es especialmente útil para despolitizar los casos de fracaso mediante la culpabilización [7.8.2]. La creencia de quien ha incorporado la ideología del emprendedor, según la cual es la inteligencia y el esfuerzo individual lo que le dará –o le daría– la posibilidad de *salvarse*, se romperá en el siguiente arreglo espacio-temporal, cuando emerja la posición de dependencia objetiva de quienes compiten por el escaso trabajo<sup>244</sup>. Como en todos los procesos que hemos visto, no se salvará quien más se esfuerce, sino quien acumule más condiciones para posicionarse relativamente mejor que los demás cuando irrumpa la próxima crisis.

La culpa del parado que no ha sido emprendedor es la otra cara de aquellos parados que subjetivan positivamente su fracaso o su despido, lo que se señala a menudo con la ideología del paro como *oportunidad de reinventarse*<sup>245</sup>, es decir, como un modo de positivar la pérdida de forma. Este sentido del paro como *oportunidad de volver a trabajar* mediante el emprendimiento será tratado más tarde, en relación a las formas de subjetivación del despido [7.4]. Y veremos, también, cómo hay otro posible sentido del paro como *oportunidad*, que no asume la ideología del emprendimiento sino que implica la oportunidad de disfrutar del *tiempo disponible* [8.3].

Después de este análisis, puede afirmarse que, en rigor, el emprendimiento no es una solución sustancial al desempleo, pues tal como venimos sosteniendo, ninguna solución en términos individuales puede serlo. El emprendimiento, o el trabajo de autónomo, tiene las mismas características de dependencia del dinero que cualquier otra forma de relación salarial, y al igual que hay puestos de trabajador asalariado mejores y peores, no es necesariamente menos

<sup>244</sup> “Y ahora que no hay ni una mierda de curro, te lo ofrecen. Si hubiera trabajo, sería muy buen negocio. A ti te dan un margen de cinco. A final de mes son ciento cincuenta tíos que te dan, a lo mejor, tres mil euros. Pero ahora como no lo hay, es un engaño. Es que no hay consumo, ni trabajo, ni capacidad de trabajo.” (Precarios)

<sup>245</sup> “Estaba en una situación ideal, la asociación se echó a perder, vamos, que entró en quiebra y, y entonces yo casi me alegré, bueno, como nos ha pasado a muchas, de decir ‘bueno, ésta es la ocasión de reinventarse, de ver qué es lo que realmente me apetece hacer, de hacer otras cosas.’” (Precarias) “...yo no había trabajado nunca en la hostelería pero bueno, no me ha importado reinventarme un poco y probar algo nuevo. (Precarias)

dependiente quien es reconocido como “autónomo”. La categoría de emprendimiento, más bien, ha de comprenderse como un dispositivo de individualización de la relación salarial que tiende a ocultar la dependencia real, e incluso a aumentarla, ya que el trabajador tiene más dificultades para tomar conciencia de su dependencia realmente existente. La trampa consiste en que *el proceso de individualización de la relación salarial produce un incremento de la dependencia objetiva que se presenta como un incremento de la independencia subjetiva*. En este sentido, el *reformarse* es otra más de las prácticas que orientan el tiempo del paro a aumentar la competencia por el trabajo, al aumentar el tiempo superfluo productivamente invertido pero no remunerado. Por ello, tanto si se está en el selecto grupo de los exitosos emprendedores como si se está en el masivo grupo de los fracasados<sup>246</sup>, el discurso dominante del emprendimiento contribuye a incrementar la escasez objetiva y subjetiva de tiempo al naturalizar la necesidad de trabajar por trabajar, oscurecer las relaciones de subordinación de la venta de tiempo por dinero, y estimular un falso *ideal de autosuficiencia* en los trabajadores, cuyos efectos subjetivamente destructivos seguiremos explorando más adelante [7.8.1]. La solución “empresarial” al desempleo contribuye, en un nivel socialmente general, a profundizar las causas que hacen más vulnerables a los parados.

## 5.7. Efectos generales: la producción de la voluntad de trabajar

[...] se trata de constituer una fuerza productiva cuyo efecto debe ser superior a la suma de las fuerzas elementales que la componen. [...] El tiempo de los unos debe ajustarse al tiempo de los otros de manera que la cantidad máxima de fuerzas pueda ser extraída de cada cual y combinada en un resultado óptimo. [...] No hay un solo momento de la vida en el que no se puedan extraer fuerzas, con tal de que se sepa diferenciarlo y combinarlo con otros. (Foucault, 1975: 151-4)

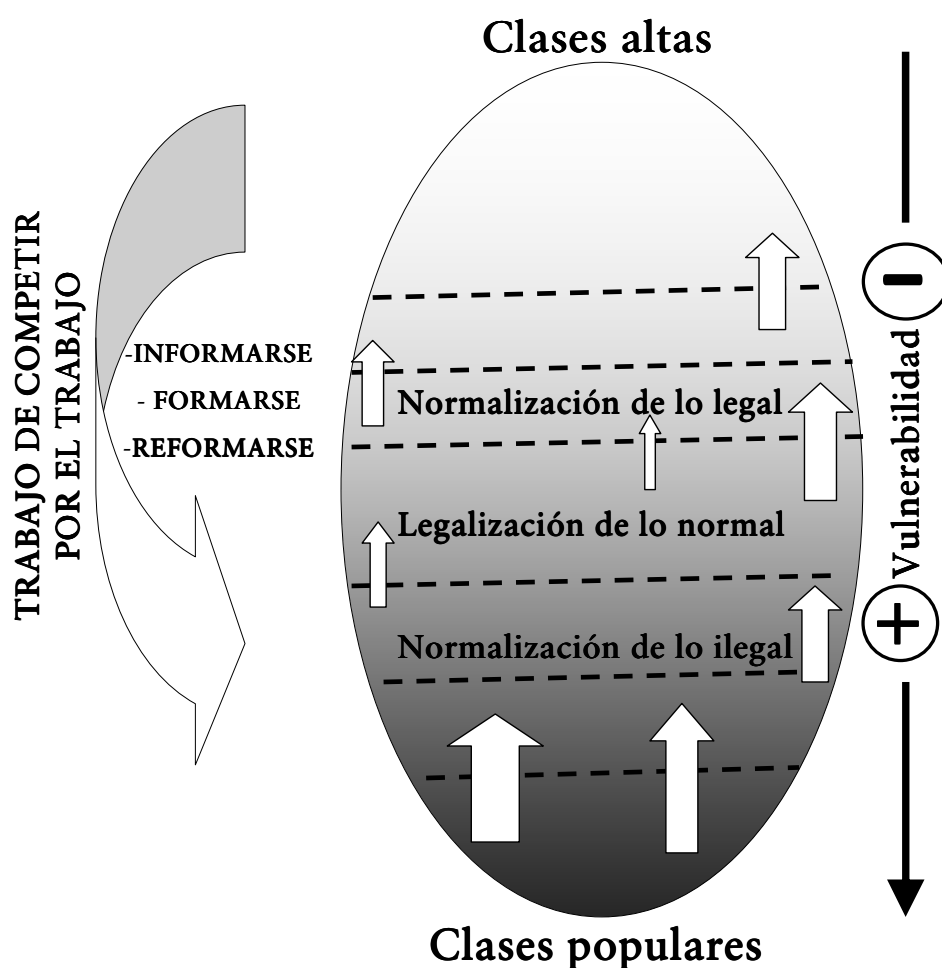
Después de un análisis más concreto de las prácticas de informarse, formarse y reformarse, y de su relación con las mediaciones estatales, podemos sintetizar ahora cuáles han sido los efectos generales del trabajo de competir por el trabajo ejercido por millones de parados y paradas durante el periodo 2007–13. O dicho en términos cuantitativos, vamos a ver cómo las casi dos

<sup>246</sup> Con nuestra investigación no es posible, como es lógico, ver los casos de los “empresarios” que sí han tenido éxito, sino sólo los de aquellos que han quedado parados. Sin embargo, no ver la cara del “éxito” que sin duda debe existir, no invalida la magnitud objetiva del fracaso: baste con recordar nuevamente el dato de la masiva destrucción de empresas con ningún asalariado durante el arreglo temporal: 1.482.496 empresas en el periodo 2008-13 [2.2].

mil millones de horas de competencia por el trabajo que en 2013 doblaban el dato de 2007, han servido para una reconstitución de la escasez temporal general.

Cuando hablamos de *efectos* lo hacemos en un sentido laxo. No pretendemos establecer relaciones causa-efecto estrictamente delimitadas, sino mostrar la importancia de la competencia por el trabajo dentro de la explicación general de la paradoja del tiempo escaso. Se trata, por tanto, de mostrar que el *proceso de normalización* de la forma del tiempo de trabajo presente es el resultado de un conflictivo proceso de ajuste entre normas, prácticas y disposiciones temporales para el trabajo que habría sido imposible tal como lo conocemos sin el tipo de gestión productiva del tiempo superfluo que se ha llevado a cabo. Nuestra exposición general del problema puede sintetizarse en el siguiente esquema:

**Esquema 5. Dinámica de estructuración de la productividad del tiempo superfluo**



\* Las líneas punteadas representan las diferencias entre segmentaciones de clase

\*\* Las flechas de distintos tamaños y la zona más oscura representan la heterogeneidad de las presiones temporales

Mediante este esquema, sintetizamos cómo el trabajo de competir por el trabajo, imbricado con la gestión estatal del mercado de trabajo, dinamiza el mercado de trabajo de manera segmentada en función de las posiciones de clase. Yendo de abajo a arriba, en primer lugar, sobre las clases más vulnerables se interviene mediante la *normalización de lo ilegal*<sup>247</sup>, esto es, se normaliza la sistemática vulneración de derechos y condiciones laborales mínimas, que son prácticamente inexistentes en su realidad cotidiana. En segundo lugar, sobre los segmentos medios-bajos se interviene mediante la *legalización de lo normal*, que se materializa cuando el gobierno legaliza lo que para muchos trabajadores está ya significativamente incorporado en normas, prácticas y disposiciones; simultáneamente, esta legalización genera nuevos ilegalismos por abajo que aspiran a su legalización futura. En tercer lugar, en los segmentos medios que hasta entonces estaban relativamente protegidos -en comparación, al menos, con una mayoría social precarizada-, se interviene mediante la *normalización de lo legal*, o, en palabras del presidente de la patronal, “se adapta la realidad a la legalidad”<sup>248</sup>, es decir, se aplican todos los márgenes permitidos por la ley para la transformación de las normas temporales.

El esquema propuesto sintetiza cómo las prácticas de informarse, formarse y reformarse se constituyen como un conjunto de fuerzas heterogéneas que orientan el tiempo de los parados a la reconstitución del trabajo. En esa heterogeneidad, podemos situar las diferentes posiciones sociales de los parados según cómo su mayor o menor vulnerabilidad es presionada por la amenaza potencial de superfluidad. Este juego de presiones heterogéneas sobre las diferentes posiciones maximiza el proceso de adaptación de las prácticas y disposiciones temporales a las nuevas normas del trabajo, lo que contribuye a explicar la relación entre el desempleo masivo, el éxito del arreglo temporal y la pobreza temporal general. No se trata sólo de “explotación”, sino además, de ver cómo se reconstituye el trabajar por trabajar a pesar de las condiciones de la creciente superfluidad del trabajo para el capital. Se trataría, entonces, de que cada uno de los parados sienta sobre sí la fuerza de cada uno de los seis millones de parados, y que toda esa fuerza refuerce la voluntad de trabajar de parados y ocupados como si ésta emergiera de su interioridad,

<sup>247</sup> Véase lo que Bilbao (1993: 61-3) llamaba “el papel estratégico del ilegalismo”.

<sup>248</sup> Véase, además, cómo esta lógica hace aparecer una convergencia de intereses entre patronal y sindicatos basada en el aumento de la productividad: “Hay 6000 convenios, 4500 de empresa, 1500 de sector, los más importantes son los de sector... Ha habido sectores donde ha habido una auténtica revolución, por ejemplo el caso del automóvil. *Se está adaptando la realidad a la legalidad*, y quién mejor que el propio subsector, que la propia empresa para saberlo, y para ver cuál es su competencia, cuáles son sus problemas, cuáles son sus defectos, por dónde puede hacer cambios sin que afecte a muchas cosas, y yo creo que en eso estamos dando un ejemplo importante, y ahí, hay que decirlo, los sindicatos, los sindicatos de base, los que están en la empresa, están haciendo unas aportaciones que yo valoro positivamente.” (RNE, 2013: 46’). Las dos grandes reformas laborales de 2010 y 2012 son la muestra principal de esta “legalización de lo normal” durante el arreglo temporal, que ha derivado en la masa de despidos que ya vimos [5.3]. Véase, por ejemplo, el análisis de Serrano et al. (2014: 489-515).

reforzando así la coacción de todos contra todos y la intensificación general del tiempo con forma de trabajo.

Veamos pues cómo se materializan estos procesos a partir de los discursos de parados y paradas, a los que otorgamos ahora un mayor peso en nuestra exposición.

### *La normalización de los ilegalismos*

Después de 52 reformas laborales -llevadas a cabo desde 1980<sup>249</sup>- que han ido legalizando diversas ilegalidades previas, la dinámica de producir ilegalismos sigue demostrándose constitutiva del mercado de trabajo. En este sentido, el arreglo temporal no ha creado ningún ilegalismo realmente nuevo sino que, sobre todo, ha contribuido a su extensión en cada vez más población. Hemos recogido aquí algunas expresiones de esta normalización:

O sea, tú trabajas un domingo y “legalmente”, entre comillas, tienes un día de descanso, que es el domingo y unas horas extraordinarias a un precio... “legalmente”, entre comillas porque eso ya... eso ya olvídate, eso ya no existe. (Hilario)

Mi contrato era de cuarenta horas, según contrato. Me dijeron que me iban a pagar todas esas horas que estaba echando de más, estaba echando más de sesenta, y no las vi por ningún sitio. Cuando las reclamé, me echaron a la calle. Me obligaban a abrir los domingos, que era mi único día libre [...]. El domingo dije que no abría, el último domingo de diciembre. “No abro si no me lo vais a pagar”. El día uno fue fiesta, el día dos me dijeron: “Vente a Mercamadrid, que tenemos que hablar”. [...] Me dijeron que detrás de mí había dos mil personas más, y que por quinientos euros, iban a trabajar todas esas horas y más. (Marisa)

He trabajado y sólo por solicitar mis horas, mi dinero que era mío, y que te despidan. No lo veo normal. (Marisa)

[...] te informas por Internet, preguntas el nombre de la empresa: estafa, estafa, ventas piramidales, etcétera, etcétera. (Parados LD2)

Entonces me fui por todos los establecimientos de venta de oro a ver si necesitaban gente, [...] Y ahora mismo es mi último recurso porque necesito ingresos diarios. [...] en otro acto de desesperación me voy a la Plaza Elíptica todas las mañanas a ver lo que hay, a currar a destajo, lo que salga, cargar escombros, en fin. (Parados LD2)

Si te enfrentabas, y le decías: “Perdona, yo tengo derecho a hablar”, con la gente que venía del sindicato. Es más, tienes que cerrar mi caja, tienes que poner otra persona, y yo por lo menos durante cinco minutos o diez minutos, tengo derecho a una pausa. Esto es denunciabile. Un día que te falta dinero en caja, te lo ponen como falta grave. (Matilde)

Ahora, llegaba la lista de turno, y decía: “No, tienes que librar días fijos” - “No, no, es que el convenio contempla que tengo que librar rotativamente, y mi contrato laboral pone que tengo que librar rotativamente. [...] Entonces yo me tiré un buen tiempo librando los martes. Y me acostumbré, porque en esta vida te acostumbras a todo. (Matilde)

<sup>249</sup> Según contabiliza la Fundación Primero de Mayo (2012).

[...] por ejemplo, con una persona que estuve, discutí porque no me pagaban lo que me tenían que pagar. Y llegó un mes que me dieron muy poco dinero. “¿Esto por qué es?”. Y entonces se enfadó esta persona porque le argumenté, y no volví a ir más al puesto de trabajo. (Marta)

Pues eso, a cuidar personas mayores sin contrato, cuidar a algún niño sin contrato, repartir publicidad, por supuesto sin contrato... (Elisa)

[...] tengo amigos que su hijo estaba cobrando el paro, lo han llamado para trabajar, está trabajando en una empresa que lleva tres meses sin pagarlo, no puede pedir paro, porque si se va es paro voluntario y estamos llegando es que aquí, bueno, lo que ha pasado siempre, pero ahora elevado a la máxima potencia. (Parados CD)

Porque muchas veces las empresas, la vida laboral, te vienen varias, porque te despiden, te echan, te cogen, con los rollos que tienen ellos, para no hacerte fijo, para no... O cambian de nombre. ¿Esto, esta empresa? “No, es que cambiamos de nombre”. Chanchullos, rollos que tiene la gente. (Antonio)

[...] te echan para no hacerte fijo. Y te dicen que seis meses tienes que estar en la calle, para volver a contratarte con el rollo de no hacerte fijo. (Antonio)

Te obligan a buscarte el trapicheo con quien sea. (Precarios)

El año pasado, creo que él trabajó quince días sin contrato, sin papeles, sin nada de nada en una terraza. (Gema)

Yo a veces colaboro con la economía sumergida... Me tengo que buscar la vida como sea. (Paco)

Son múltiples los casos que van convirtiendo en norma a lo que antes era excepcionalidad. Sólo con los datos recabados en nuestra pequeña investigación, tenemos casos de impago sistemático del salario, de trabajo a destajo y sin contrato, de trabajo gratis, de incumplimiento del derecho al día de descanso y a las pausas, del derecho de asociación sindical, de las horas extraordinarias, de fraude, de incumplimiento de los horarios, de despido por embarazos, y así un largo etcétera<sup>250</sup>. Aunque aquí no buscamos tanto la representatividad estadística sino la estructural, sólo con la selección aleatoria de sujetos que actualmente están en paro, para la mayoría la excepcionalidad es sistemática. Lo cual no implica que se dé de un modo homogéneo, ni sólo en las clases más precarizadas. Por ejemplo, el impago de las horas extraordinarias<sup>251</sup> es norma en prácticamente todos los segmentos de la población trabajadora. Lo que de manera general puede deducirse con nuestros datos, es que el modo de expresar el malestar por estos ilegalismos apunta a que el paro

<sup>250</sup> Desde el punto de vista de la representación del mercado de trabajo, la mayor parte de los datos manejados por los dispositivos de representación estatales no pueden captar la magnitud y función real de esta masa de ilegalismos, pero que no sean representados no implica en modo alguno que su existencia no sea objeto de gobierno directa o indirectamente. Los datos que en este sentido pueda dar la inspección de trabajo tienen el mismo problema que los datos de delincuencia que pueda dar la policía: no miden tanto su existencia sino su registro, y no miden la cantidad de delincuentes sino la producción de delincuencia que resulta de los continuos cambios legales.

<sup>251</sup> Ya mencionamos el dato que, según la EPA, ha invertido desde 2007 la tendencia de las horas extraordinarias [2.1], aunque probablemente esta encuesta no sea la mejor manera de captar la magnitud del fenómeno.

masivo ha contribuido de manera fundamental a acelerar la extensión y normalización de todos los ilegalismos en general, y de los más graves en particular<sup>252</sup>.

Un dato que señala una transformación importante es el de la aparición de formas de explotación propias del siglo XIX -el trabajo a destajo, por ejemplo- que ahora aparecen nuevamente también para los autóctonos de zonas urbanas, y no sólo en inmigrantes de zonas rurales, como en las últimas décadas había sido más común. Este fenómeno puede ser indicador de un proceso de estructuración creciente de una economía no fiscalizada por el Estado, que no por estar en la clandestinidad deja de cumplir una función económica<sup>253</sup>. De este modo, la situación de superfluidad masiva comienza a escindir de manera mucho más estable que en las décadas anteriores mercados de trabajo paralelos cuyo funcionamiento ni es representado por los dispositivos estatales ni se rige según las normas legales. Como es conocido, es la situación estructural de muchos países y regiones del mundo que ya funcionan de este modo y que demuestran en la práctica que los límites siempre pueden desplazarse. No podemos calcular cuánta es la magnitud de este fenómeno, pero basándonos en los fenómenos que estamos analizando, es posible suponer que este tipo de transformación cualitativa se está ya asentando y se seguirá materializando en algunas capas de población de un modo más estable durante las próximas décadas, mientras que no haya un cambio sustantivo de tendencia<sup>254</sup>.

---

<sup>252</sup> Otro tema de una investigación posible sería explorar los motivos que llevan a impedir el ejercicio práctico de los derechos laborales. Aquí apuntaremos algunos –como el miedo-, a los que se pueden sumar la falta de información, la pérdida del capital social que supone una denuncia –porque se pierde una carta de recomendación para el siguiente trabajo, por ejemplo-, la ausencia de sindicatos en la mayoría de sectores laborales, etc. Véase la web *Abusopatronales.es* que recoge datos y testimonios en España, especialmente del sector de supermercados.

<sup>253</sup> El ejemplo reciente más claro es la inclusión de una estimación del peso del narcotráfico y la prostitución en la contabilización del PIB.

<sup>254</sup> Las concepciones legalistas parten del supuesto de que el incumplimiento de la ley forma parte de la excepción y no de la norma. Pero ante lo que aquí nos encontramos es que, prácticamente, un mercado de trabajo donde se cumpliera la norma de manera masiva no habría permitido el éxito del arreglo temporal, pues el ilegalismo no puede considerarse en modo alguno un error sino, precisamente, algo constitutivo de la dinámica del mercado de trabajo. Como ocurre en Latinoamérica, Asia o África, el significado de la superfluidad tiene una estructura muy diferente, porque la imposibilidad de trabajar en España aún se identifica mayoritariamente con la imposibilidad de trabajar dentro del empleo regulado. La existencia de la economía informal, para la mayor parte de la población parada, aún no es una norma en sentido estricto, sino sólo una actividad relativamente coyuntural, como implica la común expresión de “hacer chapuzas”. Efectivamente, una de las consecuencias de la expansión de los ilegalismos es la expansiva estructuración *de facto* de sectores que siempre han existido pero que demográficamente eran minoritarios respecto al total de la población. Este carácter minoritario posiblemente está siendo crecientemente mayoritario en la medida en que la posibilidad del trabajo no fiscalizado se haga plausible para cada vez más capas de población: esto es, una nueva norma de trabajo que se haga normal, y en la cual no se den materialmente las formalidades requeridas por el derecho laboral. Es, de hecho, lo que ocurre especialmente con los sectores más ocupados por personas socializadas previamente en mercados laborales cuyo funcionamiento general no está estatalmente fiscalizado, como buena parte del empleo de hogar, la venta en la calle o la prostitución. [7.6]



De esta manera, ante la sistemática ilegalidad que se hace norma para las poblaciones más precarizadas, *querer cumplir la norma legal supone cada vez más un obstáculo que impide al trabajador cumplir la norma temporal*. La voluntad de ponerse en forma para el trabajo pasa por hacer normal lo ilegal, para que antes o después esta anormalidad no se convierta sólo en norma social sino en norma legal, como ya vimos. Nos encontramos entonces con que la actual extensión de los ilegalismos establece un límite indefinible y extremadamente maleable que hace imposible que un parado pueda afirmar, sin dudar, su disposición de trabajar, pues cada vez presiona más la necesidad que la voluntad. ¿Cómo no reconocer que se “quiere” trabajar cuando siempre hay capas de población más vulnerables que “quieren” trabajar más?

### *¿El empleo como solución? La normalización de lo legal*

Después de ver algunas de las posiciones más marcadas por la normalidad del ilegalismo, podemos pasar ahora a las situaciones en que se están normalizando los cambios legales de los últimos años.

El efecto fundamental de estos cambios es que un empleo legal sigue sin coincidir con un empleo “normal”, a pesar que desde hace ya muchos años un empleo legal no implica necesariamente un empleo normal. Esto puede constatare al analizar los discursos que vaticinan el final de la crisis, que sostienen que la creación de empleo es la solución a la vida de las personas. Por ejemplo, a pesar de décadas de precarización del trabajo, cuando escuchamos “se han creado 60.000 puestos de trabajo”, a menudo tendemos a imaginar que 60.000 personas se han conseguido salvar de la pobreza y, después del periodo de sacrificios, ya pueden proyectarse hacia el futuro. Aunque como vamos a mostrar la eficacia simbólica de este discurso se encuentra en retroceso, el discurso de la creación de empleo como solución al desempleo, sustentando aún sobre el imaginario de la norma de empleo fordista-keynesiana, sigue cumpliendo una función muy importante, porque cada empleo que se dice que se crea, simbólicamente tiende a aparecer como un puesto de trabajo de 40 horas, de lunes a viernes, con condiciones laborales suficientes. Lógicamente, los datos nos muestran lo contrario, y muchos discursos de los parados y paradas a menudo rompen ya con la idea de que el empleo sea la solución al desempleo o, al menos, al malestar. Cada mes se firman aproximadamente entre un millón y un millón y medio de contratos. La realidad es que sólo el 10% de los contratos firmados son indefinidos, porcentaje que no se ha visto básicamente alterado durante la crisis, mientras cada vez más, tener un contrato “indefinido” no significa tener la vida resuelta. En rigor, exceptuando la bajada de 2007 y 2008, desde 2009 no se han creado menos empleos sino que el número de contratos firmados se

ha mantenido en un ritmo anual de 14 millones, que sin embargo mantenían en descenso el número de ocupados y el volumen total de tiempo de trabajo. Esto significa que cada vez se asigna menor tiempo de trabajo formalmente remunerado a cada contrato realizado.

**Tabla 13. Número y tipo de contratos firmados por año (2007-13)**

	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013
<b>% y TOTAL INDEFINIDOS</b>	2.220.384 12%	1.902.605 11%	1.312.414 9%	1.228.214 9%	1.110.163 8%	1.432.976 10%	1.134.949 8%
<b>% y TOTAL TEMPORALES</b>	16.401.724 88%	14.698.632 89%	12.709.423 91%	13.188.936 91%	13.323.069 92%	12.808.015 90%	13.657.665 92%
<b>TOTAL CONTRATOS FIRMADOS/año</b>	18.622.108	16.601.237	14.021.837	14.417.150	14.433.232	14.240.991	14.792.614
<b>Ocupados</b>	20.579.900	20.469.700	19.106.900	18.724.500	18.421.400	17.632.700	17.139.000
<b>Contratos/ocdo</b>	<b>0,90</b>	0,81	0,73	0,77	0,78	0,81	<b>0,86</b>

Fuente: SEPE, EPA.

Con estos datos, puede verse que el efecto del paro durante el arreglo temporal no significa en modo alguno que disminuya el tiempo de vida asimilable a tiempo de trabajo, sino solamente, que disminuye el tiempo de trabajo formalmente remunerado como tal. Si dividimos el número de contratos firmados en los años 2007 y 2013 por el respectivo número de ocupados, el número de contratos por persona ocupada es prácticamente similar -0,9 frente a 0,86-, y en ese sentido, algunos importantes economistas pueden sostener que en las crisis no hay menos trabajo<sup>255</sup>. Préstese atención a algunas expresiones de parados que trabajan o han trabajado de manera crecientemente intermitente, y veamos cómo estas expresiones muestran el conflictivo proceso de “adaptarse a la legalidad” de sus trabajos:

Y que no me rindo, pero... No solamente eso, sino lo que me preocupa ahora, con los nuevos contratos, es que no voy a obtener una estabilidad. Es decir, bueno, tengo un puesto de trabajo... si me va mal, o no me gusta, o... no tengo opción a elegir otro, no puedo irme a otro. Es mi inestabilidad laboral para el resto de mi vida. (Jenaro)

Yo que estoy sin trabajo en este momento, sino, en otras épocas que he estado más tiempo desempleado, a lo mejor tres meses, nunca he estado mucho más tiempo de tres meses en paro, y estamos en una dinámica más normal, voy a casa, o a la biblioteca, o lo que sea, buscar trabajo, hacer entrevistas. (Precarios)

<sup>255</sup> El premio Nobel de Economía en 2010 lo analizaba así: “las recesiones normalmente son periodos en que los despidos [“separations”] exceden a las contrataciones [...] La idea popular de que no hay empleos disponibles en una recesión es simplemente inconsistente con los hechos” (Mortensen, 2011: 1075-6)

A mí me salió, pero cosa de poca... en el CIP, haciendo cosas esporádicas, de muy poco tiempo. Lo máximo de quince días. Una vez al mes, me llamaban para un día... (María)

[...] son proyectos asociados a la temporalidad que no te solucionan la vida ni económica ni profesionalmente. (Bárbara)

Y luego cuando te llaman, es una ETT, de trabajo temporal, que llaman para tres días, para un día, para un mes como mucho. Y así vamos funcionando. (José)

Ya nos dijeron cuando llegué allí, lo primero que nos dijeron: son tres meses y son tres meses. No vamos a renovar, para que lo sepáis ya. (Andrés)

[...] en un mes son tres trabajos (Precarios)

[En dos años] solo me han llamado dos veces, una era para publicidad disfrazada, otra también para hacer promoción en una perfumería sin camiseta. (Daniel)

Yo creo que la situación económica en la que estamos viviendo, nos estamos metiendo en callejones sin salida, en la que vamos a quedarnos [...] no estancados en el desempleo, sino en posibles trabajos donde vamos a cobrar mucho menos, donde vamos a tener una presión jerárquica mucho mayor, donde vamos a tener una presión externa de pagos y de equis también mayor. (Parados CD)

Como se ve, el malestar que aquí se expresa no alude tanto a la vulneración de derechos laborales como al propio trabajo que se ha tenido o se podría tener en condiciones perfectamente legales. El proceso implica, en general, normalizar los cambios de condiciones asociados a la crisis, que primero parecían excepcionales, pero que ahora ya se ven como “definitivos”.

Hoy en día la gente las ha perdido porque ni siquiera las apreciaba y las consumía, porque ahora te dicen: cuarenta horas a la semana, y mañana te dicen: sesenta y cinco. Ah, pues sesenta y cinco, tendrá que ser así. (Parados LD2)

Pero bueno, tú tienes el mismo material, eres igual de profesional, haces lo mismo, pero cobras la mitad. Pero no solo me preocupa eso ahora mismo, sino que lo que me preocupa es que, cuando acabe la excusa de la crisis, ¿qué va a pasar con esa diferencia? // Pues, se va a mantener. // ¿A mí me van a volver a pagar lo que yo cobraba antes? Yo estoy convencido que no. Entonces eso que he perdido es irreparable. Todo lo que estamos perdiendo ahora, lo vamos a perder de manera definitiva. (Precarios)

El paro masivo presiona entonces a adaptar las prácticas y disposiciones a una normalización de la legalidad que es vivida como anormalidad, ya que asume la inestabilidad como norma. Entonces, la ley no es aquí lo que protege de la coacción de quien incumple la norma, sino que es la propia norma legal la que permite ejercer la coacción para transformar las normas temporales del trabajo de quien, con el arreglo temporal, se ha hecho repentinamente superfluo e improductivo.

Una vez que hemos presentado la función de la norma legal y la norma ilegal en la transformación de la forma de los parados, podemos ahora ver cómo esta presión ha logrado efectivamente desplazar su voluntad de trabajar, o lo que es lo mismo, ha transformado la coacción externa en autocoacción.

*“Esto no lo hubiera aguantado antes”*

Yo creo que lo que no aguantaría *antes*, *ahora* mismo lo aguantaría, incluso más cosas. [...] He perdido dinero para trabajar. ¿Para qué? Para entrar en esta empresa. [...] O sea que ya después terminaron los tres meses de cubrir vacaciones y *ahora*, a lo que salga. Antes yo no lo hubiera hecho, antes yo hubiera exigido que me pagaran kilometraje [...]. Allí he estado teniendo que dormir en el coche, en Algeciras. Esto no lo hubiera *aguantado antes*. *Ahora* me dicen: “Oye te tienes que ir a Algeciras y te voy a pagar la mitad del dinero.” “*Ahora* mismo me cojo el coche y me voy a Algeciras.” (Parados CD)

Las cosas van cambiando, y hay que *amoldarse* a lo que hay. Pero es complicado, porque no se ve futuro, sino que te ves sin estabilidad. *Ahora* me tengo que aguantar con lo que haya. Bueno, pues se hace eso. Pero no creo, como no hagan algo, no quiero que esta situación se vuelva a repetir. ¡Y lo que queda para mis hijos! Para mí, ya me queda menos, pero los que vienen detrás ¿qué van a estar, treinta cuarenta años trabajando sin una estabilidad? Lo veo complicado. (Jenaro)

Te iba a decir que me volvería loca, pero no, no te vuelves loco. Tiras porque tiras. (Gema)

Cuando se utilizan los adverbios temporales “antes” y “ahora” se indica la especificidad del momento en el que se ejerce el arreglo temporal. Lo que “ahora” parece una excepción, pronto se convertirá en una nueva normalidad -que más tarde será nuevamente excepción. Otros verbos utilizados apuntan muy expresivamente al ajuste entre normas, prácticas y disposiciones que venimos analizando: de “no aguantar” a “aguantar”, “amoldarse a lo que hay”, “tiras porque tiras”, indican el conflicto del proceso al mismo tiempo que la obligación de adaptarse al proceso que depende del *ritmo* marcado por el incremento de la coacción abstracta sobre el parado. Cuando Gema dice, elocuentemente, “tiras porque tiras” significa que la forma moldeable del sujeto constituye un límite borroso: lo que en un momento es un límite, la coacción que ejerce la norma es capaz de transformar las prácticas y ajustar las disposiciones. Parece no haber límites objetivos o definitivos, sino que es precisamente la capacidad de incorporar la nueva norma temporal lo que cambia los límites, los desplaza, y posibilita así nuevos avances. La coacción que hay que “aguantar” y que se impone como externa –“lo que hay”- es tal norma porque ya existe, es portada materialmente por las prácticas de los más competitivos, por el ritmo social que se impone porque ya se ha normalizado en quienes están un poco más abajo. Como dice Matilde, “y tragas, y tragas, y un poco más, y un poco más.”. Entonces, metáforas tales como “tragar”, “aguantar”, “amoldarse” son metáforas del lenguaje que expresan muy bien la idea que venimos sosteniendo con Elias: la coacción externa que estaba afuera se incorpora conflictivamente como autoacción. El conflicto social se traslada hacia dentro del sujeto, como dice Matilde, se “traga”, de un modo prácticamente literal. O como dice Gema “me volvería loca, pero no, no te vuelves loco”: la coacción externa pone al sujeto en una situación metaforizada como “locura”, esto es, de inadaptación al mundo. Entonces, al trasladarse el conflicto hacia dentro, el sujeto se adapta al medio. Esta adaptación, evidentemente, sólo puede ser expresada por quien

efectivamente parece adaptado en un determinado momento de su desempleo, es decir, por quien se sostiene como aspirante al trabajo. No ocurrirá lo mismo en condiciones más adversas [cap. 7].

Merece la pena detenerse en una expresión infinitamente repetida por los parados, con sus variantes: es la de “trabajar en lo que sea”, “en lo que haya”, “en lo que salga”, “lo que viene”. ¿Qué significa tal expresión? Estos son algunos de sus usos:

¿Condiciones? Yo creo que ahora a lo que salga. Hombre, que esté medianamente pagado, no gratis, pero que está medianamente pagado, y voy donde haga falta. No me preocupa el sector que sea. (José)

[...] hay que coger lo que viene (Marta)

[...] si no hay otra cosa, lo cogeré. (Marta)

Mira, sinceramente por el horario. Me da igual el trabajo que sea. (Ana)

Si hubiera algo de coger, lo que haya. Pero es que no hay nada, ¿sabes? (Edgar)

[...] ahora a lo que salga (Parados CD)

Pero hay que seguir adelante, coger lo que salga, currar lo más posible, y ya está. (Precarios)

[...] ahora mismo, creo que a mí no me importa barrer calles, limpiar lo que sea, o sea no me importa, si me veo en la situación de tener que hacer, yo lo voy hacer, sin ningún problema. (Paradas)

Yo ahora mismo acepto *cualquier trabajo*, eso es querer trabajar. (Bárbara)

[...] que no tenía porqué salir de mi país, que me he preparado y no tenía que haber salido. Pero sin embargo he salido, y ahora que estoy aquí, tengo que soportar lo que haya. (Edgar)

[...] todas las actividades que tú haces, tanto personales como sociales, van enfocadas a encontrar lo que sea. En principio te pones unas metas muy altas, pero te vas dando cuenta que poquito a poco tienes que ir rebajando, cada vez, tus aspiraciones. Así que, de tal manera que si te dicen que mañana por la mañana te tienes que ir a... la otra punta de España, o incluso te tienes que ir al extranjero para buscar un trabajo que no tiene nada que ver con tu actividad, lo aceptas. (Luis)

Además le digo que si algún compañero tuyo sabe de algo, que se lo comente. Un amiguete suyo que se ha ido a Lanzarote, es canario él: “Oye, dile que si allí necesitan gente”. [...] ¿Y ESTARÍAS DISPUESTO A IRTE PARA ALLÁ, Y QUE TU FAMILIA SE QUEDASE AQUÍ? Sí. La situación se va agravando, se va agravando, y más con lo que hay, y que estoy viendo que hay gente por ahí, que los veo incluso peor que yo. (Jenaro)

El discurso generalizado del parado que afirma que quiere “trabajar en lo que sea” es un absurdo lógico, si se toma literalmente. Su sentido, más bien, es demostrar constantemente la voluntad de trabajar. El contexto de presión continuada sobre el parado obliga a esta demostración discursiva abstracta, para evitar que se atribuya su desempleo a su deseo de no trabajar. Pero en lo concreto, el deseo de no trabajar se materializa en cuanto no se acepta disminuir el precio del tiempo de trabajo. Sin ir más lejos, es lógico suponer que Bárbara, licenciada, que dice aceptar “cualquier trabajo”, no acepta, literalmente, cualquier trabajo, pues presupone que “cualquier trabajo” es en su sector, y es con un salario que ella considera suficiente. Son presuposiciones que marcan la posición relativa de Bárbara respecto a otros parados, porque tales presuposiciones no aparecen en parados para los que “cualquier trabajo” significa realmente “cualquier sector”, salarios

mucho menores o la aceptación de condiciones sistemáticamente ilegales que otros pueden no aceptar mientras no se vean prácticamente obligados por su mayor vulnerabilidad relativa.

La trampa del marco de la pregunta “¿quieres realmente trabajar?” es que, puesto que los límites de la voluntad de trabajar son siempre borrosos, igualmente borrosos son los límites del empeoramiento de las condiciones de trabajo. Puesto que cada vez hay más grupos sociales que se ven en la necesidad de ensanchar sus límites hasta la aceptación de trabajar gratis o de condiciones ilegales normalizadas, la única solución de responder sinceramente es *reconocer* que uno “no quiere” trabajar. El límite de la voluntad de trabajar se impone, de manera general, con el límite de los costes mínimos de reproducción de la fuerza de trabajo: por ejemplo, el coste de dejar a las niñas en el comedor, el coste del transporte o el coste del consumo básico.

Me daría igual trabajar de lo que sea, eso no es el problema. Pero claro no me voy a ir a trabajar para ganar trescientos euros, y tengo que dejarlos a los dos en el comedor, ya son trescientos euros. (María)

[...] a mí no me importaría cobrar menos, y yo creo que a nadie le importaría cobrar menos, siempre y cuando la luz bajara, el agua bajara, los alimentos bajaran, y todo bajara. (Parados CD)

### *El precio injusto del trabajo*

Los límites de la voluntad de trabajar se han desplazado intensamente con la devaluación generalizada del precio del tiempo de trabajo, y así de las experiencias laborales y las titulaciones [5.5]. Merece la pena subrayar un poco más específicamente este fenómeno, pues ha sido central dentro de los efectos generales de la competencia por el trabajo.

[...] lo que hay es un horario de trabajo desmesurado, y unos salarios pésimos. No solamente en mi ámbito, sino en todos. Ahora mismo estoy desempleado, estoy buscando empleo, y te das cuenta de las ofertas de trabajo. Haces entrevistas, y te das cuenta de que lo que buscan no son personas cualificadas como hace unos años, hace unos años te pedían un título, te pedían una experiencia, y eso se valoraba. Ahora te piden título y experiencia, pero lo que valoran realmente es cuánto vas a cobrar. Si eres barato, te contrato, si tienes título y experiencia. Ahora, si tienes título, experiencia demostrable, y eso hace que seas caro, te quedas en la calle. (Jorge)

Al final te llama gente que tiene un problema muy gordo en su empresa, que no sabe cómo salir de ello, pero no está dispuesta a pagar por lo que eso cuesta. [...] es muy común hablar con un empresario que te dice: “Esto lo hace mi sobrino con quince años”. Bueno, pues contrata a tu sobrino con quince años, pero luego no llores cuando no funcione. Es como todo. Toda la vida tienes que trabajar con profesionales si quieres que las cosas salgan bien. Chapuzas las hay en todos los lados también. (Jorge)

Y a partir de ahí no he logrado conseguir algo estable, ni en buenas condiciones. Son trabajos, como se dice aquí: “trabajos precarios”, [...] ahí no tienen las mismas consideraciones, te tratan como a uno del montón y tú no puedes ir “yo tengo esta preparación, soy tal...”. No puedes decirlo porque tú tienes que hacer eso, y es eso lo que hay. (Edgar)

Y ahora es como que te vas a conformar con una paga de mileurista cuando tú decías antes ‘joder con la experiencia que tengo y la titulación y he estudiado ¿para esto? Para una, para hártame de trabajar, todo el día, mañana y tarde por 1000 euros’. (Precarias)

Con una formación que tengo y todo, universitaria. (Precarias)

Como se ve, muchos parados reclaman el precio de su tiempo en referencia a su titulación o su experiencia individual, cómo si ésta dependiera básicamente de su valor subjetivo o por el valor previo al arreglo temporal. En muchos casos, los parados asumen obligadamente la realidad de la devaluación del precio de su tiempo, y en otros, se frustran mientras aún intentan jugar en la negociación de su precio como si el salario se determinara por una negociación de a dos. Sin embargo, es la dinámica social lo que devalúa constantemente el valor de mercado de las experiencias y las titulaciones que no se vuelven a poner en la forma abstracta del trabajo. A ello, además, hay que sumar la importancia de la mediación estatal que, mediante la política de *devaluación interna* -que ha priorizado las exportaciones sobre la demanda interna- ha tenido un efecto multiplicador de la devaluación del precio del tiempo de trabajo disminuyendo así de manera todavía más abrupta el poder de negociación de los trabajadores, y con él, sus posibilidades de relativa abundancia temporal.

### *La productividad del miedo*

Otro de los fenómenos clave que explican la maximización del uso productivo del tiempo del paro lo hemos encontrado en la categoría ‘miedo’. El uso de tal categoría para caracterizar los efectos de la competencia por el trabajo puede parecer poco preciso, pero el miedo –junto con otras categorías cercanas- es evocado de manera recurrente por muy diferentes tipos de parados y paradas. El miedo ha sido, de hecho, una categoría con la que el propio presidente de la patronal ha caracterizado a los trabajadores amenazados por el paro: “Aquí todo el mundo está cuidando su puesto de trabajo, y los que lo tienen hacen más de lo que deberían hacer técnicamente y teóricamente, porque lo que tienen miedo es a perderlo.” (RNE, 2013: 45').

De la misma manera que hemos aguantado, hemos llegado a esta situación de historias laborales, de aguantar historias laborales que no tendríamos por qué aguantar, porque te acostumbras, porque coges miedo: “No, no me quejo porque si yo sé que si no, me voy a la calle”, *y tragas, y tragas, y un poco más, y un poco más.* (Matilde)

Me voy a la biblioteca, salgo, entro, porque puedes llegar a cerrarte totalmente, y no es que no quieras trabajar, es que te da miedo salir a la calle. Eso es el problema. Te da miedo enfrentarte con eso que hace mucho que no lo haces, que no sales, y que tienes miedo por todos los lados: ¿lo haré bien, no lo haré bien? Entonces, ahí radica el problema: que están creando una bolsa de gente con miedo, con miedo de salir a la calle, y te acomodas. (Matilde)

Para él era más complicado -en la construcción no les gustaba que pidieran permisos, se molestaban - por el miedo ese de que le podían echar. (Melinda)

Entonces tengo que estar aquí, seguir aguantando todo lo que pueda, pero tengo mucho miedo. Porque veo las noticias y a veces pienso que de repente algún día me van a tener que sacar a mí también, por desahucio, porque no puedo pagar el alquiler. Es muy difícil [Llora]. (Melinda)

Y las empresas, cuanto más trabajes por menos, ¡mejor! Y no te lo van a agradecer, y cuanto más te puteen, mejor. ¡Y perdona por las palabras! [risas]. Y es así. Es la verdad. Es como están las cosas. Los culpables somos también nosotros por aceptarlo. Pero también sientes un poco de miedo. Yo lo veo por mi pareja. Le están haciendo *mobbing* y él lo acepta porque es lo único que hay. (Daniel)

La sociedad va a esclavizar a la gente. A *esclavizar* a la gente en trabajos en los que te meten miedo, te meten debajo de la suela de la gente, te *aprisionan*, y tienes que soportarlo porque sí, es así y ya está. (Daniel)

Pero estamos hablando de un clima laboral en el que hay poco trabajo, el trabajo que hay es escaso, con horarios ilimitados, y no protestes porque te vas a la calle, hay muchísimo miedo. La gente no levanta la voz. (Jorge)

Ese miedo... el futuro es miedo. Miedo a lo que no conoces, a lo que está por venir. Ojalá pudiera decirte que es ganas de que llegue. Pero el futuro lo veo cada vez con más miedo. (Andrés)

[...] y te da miedo entregarte para que se aprovechen y te den la patada en la espalda (Parados CD)

Yo veo una sociedad todavía muy... O sea, tenemos miedo. Quien tiene trabajo, tiene miedo a perderlo. Están ganando mucho dinero, y tienen miedo a perderlo. Nosotros tenemos miedo a no poder cogerlo. // Pero eso también nos hace perder el miedo. (Parados LD)

¿Qué significa este uso recurrente del “miedo”? ¿Cuáles son los lugares de ese miedo? Se habla de miedo a perder el empleo, del miedo a protestar, miedo en general, miedo porque “es lo único que hay”, miedo que “te meten”, miedo a que te echen, miedo a “entregarte” en el trabajo o miedo a “que no te paguen”, entre otros posibles.

Un miedo, que ya vimos, se relaciona con la *incertidumbre productiva* que está asociada al grado de discrecionalidad que el Estado tiene para decidir cuándo se le agota el dinero a un parado. Aparece, también, que el miedo de los parados no es sólo al paro: también se relaciona con volver a tener trabajo, en “que se aprovechan y te den una patada en la espalda”, como se refería con dureza un camionero gaditano. El miedo se dirige al futuro en general, a la pobreza, al desamparo, al desahucio, y también a romper con uno mismo, con lo que uno creía ser y con lo que quería ser [7.8.1]. Pero, como es evidente, el miedo de los parados es sobre todo el miedo a la escasez de trabajo, a no tener trabajo; miedo generalizado que, sin embargo, se vive masivamente en la intimidad. Como decía el presidente de la patronal, y como afirman muchos parados, ese miedo generalizado es lo que permite que quienes trabajan, trabajen más, acepten condiciones ilegales, acepten ganar menos o pierdan poder de negociación. El miedo aquí “paraliza”: paraliza para protestar en el trabajo y así evitar que te “echen a la calle”.



Pero también, en otro sentido, el miedo reactiva, empuja, impulsa con particular fuerza las prácticas del parado. Siguiendo este razonamiento, una función clave del miedo al desempleo remite a los efectos de la amenaza de superfluidad en la población trabajadora en general. Ese estado subjetivo incorporado cumple una función clave para dinamizar la competencia por el trabajo. Así, puede entenderse que durante el arreglo temporal, en la sociedad española se ha dado una ruptura significativa en lo que Norbert Elias (1979: 625-31) llama el “equilibrio de temores”. El miedo a la superfluidad ha permitido disminuir la proporción de “miedos externos” y aumentar la proporción de “miedos internos”, es decir, la “mayor presión laboral”, la “inseguridad profunda”, el “miedo al despido”, “las renunciaciones”, la “intranquilidad” (Ibíd.: 628) han impulsado a la población parada a competir más por el trabajo. Por ello, lo que encontramos en estos parados es un tipo de miedo que debemos caracterizar como *productivo*. Como se ve en la repetición recurrente del vínculo entre paro, miedo y trabajo, si el paro masivo permite aumentar el miedo, y el miedo aumenta la intensidad del trabajo y de la competencia por el trabajo, puede afirmarse que el miedo ha sido una fuerza productiva central del arreglo temporal sin la cual no se pueden explicar las condiciones del desplazamiento de la voluntad de trabajar, y de la escasez temporal general. Parece, entonces, que en cada vez mayores capas de población, la lógica de la productividad en el trabajo ya no se rige básicamente por la sensación de seguridad, que permite concentrarse en el trabajo sin la preocupación o el miedo, y que sin duda es productiva -no sin contradicciones. Para estos parados, el trabajo se activa por el miedo, que lo relaciona con la permanente normalización de nuevos ilegalismos y la legalización de la inseguridad, como vimos. En este sentido, el miedo no puede asimilarse a un estado subjetivo de tal o cual individuo, sino que forma parte constitutiva del funcionamiento del mercado de trabajo en particular, y de la dinámica social general<sup>256</sup>.

Otros signos nos indican que no reconocer explícitamente el miedo no debe interpretarse en absoluto como la ausencia de miedo<sup>257</sup>. No reconocer el miedo propio es una forma de no responder a la presunción de culpabilidad permanente que ha caracterizado el tratamiento del desempleo durante el arreglo temporal: por hacer “chapuzas” mientras se cobra la prestación o se está en un ERE un parado puede ser acusado de *fraude*, por no estar buscando “activamente”

<sup>256</sup> Un interesante estudio sitúa el miedo a ser despedido [“redundancy”] como un eje central de la dinámica del mercado de trabajo inglés y, entre otras cosas, señalan las dificultades de medirlo (Turnbull y Wass, 2000).

<sup>257</sup> Si prestamos atención a la posición desde la que se enuncia el miedo, afirmar “[yo] tengo miedo”, “te da miedo”, “tenemos miedo”, no es lo mismo que decir “hay miedo” o “tienen miedo”. La posición de la enunciación reconoce la vulnerabilidad propia en el caso del “tengo miedo”, mientras que en el caso de *ellos* “tienen miedo” se trata de una proyección sobre terceras personas, el cual puede interpretarse como un miedo en primera persona que la situación de entrevista o la vergüenza -por ejemplo-, evitan su emergencia en el discurso.

empleo uno puede ser penalizado con el retiro de la prestación, etc. Este miedo se nos ha hecho evidente no sólo durante las entrevistas en sí, sino también una vez apagada la grabadora, momento en el cual algunos parados nos preguntaron quién iba a escuchar sus declaraciones, presumiblemente por miedo a que fueran escuchadas por alguna institución. Esta suerte de leve paranoia no es resultado de la enajenación del tiempo del paro, sino el efecto del miedo omnipresente derivado de toda la serie de medidas de control de los parados, en las oficinas de empleo, en sus entradas y salidas del país, en las noticias que periódicamente han señalado un uso incorrecto de la prestación o del tiempo del paro que no se ha dedicado a buscar trabajo, y en general todas aquellas situaciones de vigilancia directa o indirecta que producen este efecto panóptico sobre el parado<sup>258</sup>. Todo ello puede ser visto como una función más del gobierno del tiempo superfluo.

No obstante, el miedo puede rebajarse también a medida que la amenaza de superfluidad permanece relativamente constante, y de ese modo, se normaliza y deja de vivirse con el grado de dramatismo del momento de mayor contraste. Tal es la situación de posiciones que no se han visto especialmente empeoradas por el arreglo temporal:

Yo he visto desde hace quince años igual de jodido. [...] no he visto ningún vergel, nunca. (Precarios)

[...] para ser sincera, que a mí el tema de la crisis me da un poco igual, porque como no tengo una base de estudios, y como no tengo una experiencia laboral extensa... (Elisa)

Llevo un año sin trabajar, pero no me siento angustiado porque mi vida laboral, entre comillas, siempre ha estado en la precariedad. (Parados LD2)

Esta ausencia de contraste relatada desde diferentes posiciones nos recuerda que ya importantes capas de población están plenamente socializadas en la *flexivulnerabilidad* –en las normas temporales del trabajo precario– antes del arreglo temporal. Esta vulnerabilidad normalizada les implica una especie de ventaja competitiva para mantenerse en forma respecto a otros parados, cuyo miedo explícito da cuenta de que están en el proceso de actualizar su forma para el trabajo.

### *Entre el individualismo individualista y el individualismo familiarista*

Después de este recorrido, hemos tratado de dar cuenta de diferentes niveles de complejidad de la competencia por el trabajo. En los términos de la percepción general del proceso, el presente es

<sup>258</sup> El “fraude” con que en el discurso público se conoce al cobro de ayudas de 400 euros que son incompatibles con otra actividad, establece de hecho que el salario mínimo real es de unos 400 euros. Quien no puede vivir con 400 euros, debe sobrevivir que en actividades económicas no fiscalizadas por el Estado: “tengo talleres que doy yo de inglés creativo a 2 grupos de niños diferentes, que es todo economía sumergida, no es nada declarado, porque claro, yo lo que percibo es 425 euros de ayuda familiar y después lo que voy sacando de estos trabajitos, pero ninguno está declarado.” (Precarias). En este sentido, podría investigarse cuántos recursos son destinados a los distintos tipos de fraude, por un lado, los fraudes de quienes cobran cantidades de supervivencia, y por otro, los fraudes en las élites político-económicas. Sobre la culpabilización en el desempleo [7.8.2.]

vivido de manera masiva como un quiebre en la solidaridad y la cooperación, y el discurso se satura en referencia al aumento del individualismo. Se opone lo individual a lo social, y se expresa lo significativo del aumento de la competitividad por el acceso a los recursos escasos. También es muy común la comparación de la situación actual con un pasado caracterizado por un grado mayor de solidaridad.

Y no hay unidad, no hay conciencia de que todos somos los mismos. No hay solidaridad. (María)

[...] creo que somos una sociedad bastante, que cada uno va a lo suyo, a su rollo, no se preocupa por los problemas del otro, bastante individualista, y entonces creo que así no se saca nada. Por lo que tengo la desgracia de vivir, de comprobar, bastante maliciosa, no encuentras así a muchas personas altruistas. (Elisa)

[...] tienes igual un compañero que igual quiere tu puesto y te está poniendo la zancadilla, tienes un jefe que no sé qué (Bárbara)

Cada uno va a lo suyo. Y lo que trata cada uno es de sobrevivir. [...] [en el pasado] estuvimos veinte años en medio del campo, y nos conocíamos todos los vecinos, y la gente se ayudaba unos a otros. Cuando tenías un problema, los vecinos colaboraban. (Jorge)

Vivimos en una sociedad donde hay una avalancha, y dices “Marica el último”, eso es la palabra. Si te tengo que pisar, te piso. En vez de intentar ayudarnos. Y más en este caso, en el caso de que corre peligro tu vida, entonces intentas salvarte. (Andrés)

[...] cada uno va a su bola. (Carmen)

[...] hay una falta de cultura de cooperación (Parados CD)

El aumento del individualismo aparece sobre todo como un problema de tipo cultural. Este individualismo parte también de las experiencias vividas contra compañeros de trabajo que se expresan metafóricamente: “te pisan”, “te ponen la zancadilla”, “una avalancha”, etc. Es, en fin, la historia de las experiencias propias que, como suele decirse, “hacen perder la confianza en el ser humano”. Para un cierto sentido común, el impulso competitivo del ser humano individual es el causante de esta dinámica. Pero este sentido común tiende a ocultar que la competencia no es la causa, sino el efecto conjunto de la competencia social general a la que obliga el trabajo, y que, en último término, ningún individuo tiene la capacidad de controlar sustancialmente por muy cooperativo que desee ser. En general, y especialmente en condiciones precarias, competir no es tanto una elección como una obligación.

En el discurso contra el individualismo, lo individual es negativo y lo social es positivo, de manera que no se subraya que el egoísmo pueda tener formas colectivas: sólo en ocasiones se señala el uso instrumental de las relaciones sociales con los otros –que era admitida por algunos parados-, y prácticamente no se cuestiona la función de la familia nuclear, que se supone un núcleo de solidaridad incuestionable –como veremos, llena de contradicciones y conflictos acrecentados por la *privatización* del tiempo [cap. 6]. En el punto específico de la función de la

familia, merece la pena detenerse un instante para señalar una de las contradicciones que, desde nuestro punto de vista, permanecen más invisibilizadas, pero que resulta central en el carácter individualista del “todos contra todos” –tal como se refería Bourdieu- que se presenta como causa de buena parte de los problemas cotidianos. Sobre la función de la familia nuclear, se ha insistido repetidamente en el papel central que, especialmente en países como España, ha tenido para sostener a los parados durante la crisis.

Nos surge, entonces, una pregunta: ¿cuál es la relación entre el discurso contra el individualismo y el carácter incuestionable de la solidaridad familiarista? En nuestra opinión, no se trata de una oposición sino, sobre todo, de dos caras de la misma moneda. Podría hipotetizarse que, en el arreglo temporal español y en las condiciones del familiarismo español, tanto o más importante que el *individualismo individualista* ha sido el papel del *individualismo familiarista* en la explicación de la competencia por el trabajo de “todos contra todos”. Este repliegue de lo familiar hacia dentro que no se cuestiona está asociado a lo que algunas feministas llaman la relación entre la *ética productivista* y la *ética reaccionaria del cuidado* (Pérez Orozco, 2014: 168-71): la inmensa mayoría de parados y paradas muestran permanentemente que todo su trabajo de competir por el trabajo se justifica, en última instancia, no tanto por su egoísmo individual, sino por las necesidades de su familia, tal como ha sido históricamente general en el capitalismo [1.5]. Pero cuando cada parado se pone en competencia por el trabajo, a menudo tiende a percibir a los otros como competidores individuales movidos por su individualismo individualista, cuando para la mayoría es la necesidad y la solidaridad familiarista la que empuja a volver a ponerse en forma de la manera más competitiva posible.

Este fenómeno, hemos de insistir, no es una decisión consciente ni depende directamente de la buena voluntad individual. Desde nuestro punto de vista, la fuerza del individualismo familiarista y del fuerte repliegue de la unidad familiar debe explicarse por su sentido práctico: este repliegue ha sido una de las alternativas más viables que han permitido “aguantar lo que sea”, pero también, “trabajar en lo que sea” -como muchos dicen-, es decir, ha sido otra condición más de la incorporación de la coacción externa. En ese sentido, mientras que la *familia-providencia* se constituye en el sostén fundamental de buena parte de los parados, este impulso es también lo que garantiza la máxima competencia hacia fuera. La fortaleza del vínculo de la solidaridad familiarista es una condición para que cada parado individual invierta su tiempo al máximo en competir por el trabajo, y es, al mismo tiempo, lo que en un nivel social general, presiona las solidaridades familiares hasta el punto de destruirlas -como probablemente ha

debido ocurrir en muchos casos<sup>259</sup>. Este fenómeno contradictorio en buena medida contribuye a explicar el altísimo crecimiento de hogares formados por una sola persona<sup>260</sup>, al ser ésta una alternativa práctica real para soportar la competencia del todos contra todos que caracteriza cada vez más al mercado de trabajo. No queremos responder aquí, sino solamente plantear, la duda de hasta qué punto el familiarismo puede ser considerado una forma de individualismo egoísta - estructurado en grupos de 2 a 5 personas- o una forma de solidaridad. En nuestra opinión, habría que explorar más en profundidad cómo generar alternativas prácticas reales [8.4, 8.5] al individualismo competitivo que no se reduzcan solamente a la solidaridad familiarista, que no resuelve el problema de la creciente competencia por el trabajo mientras tal solidaridad se quede de puertas para dentro.

*“¿Yo me jubilaba a los ochenta!”*

Otra transformación muy importante del periodo que estudiamos, y que afecta directamente a la futura gestión del tiempo del paro, es el alargamiento de la edad de jubilación hasta los 67 años<sup>261</sup>. Esta reforma fue aprobada en el conflictivo verano de 2011 -junto con la polémica reforma del artículo 135 de la Constitución- siguiendo las condiciones impuestas por la Unión Europea, y suponía un importantísimo giro histórico, pues rompía con la homogeneización de la edad de jubilación a los 65 años, vigente en España desde 1967. Su justificación se ha basado en argumentos técnico-demográficos que sostienen que el envejecimiento constante de la población lleva a una creciente “insostenibilidad” del sistema de pensiones. Los discursos dominantes sostienen que tal insostenibilidad se solucionaría alargando el periodo de vida laboral, entre otras medidas. Tal argumento, con una eficacia simbólica muy importante en el sentido común de la población, se orienta además a legitimar la congelación y/o reducción del salario indirecto destinado a las pensiones. Veamos, con la ilustración del discurso de un parado, la importancia de la relación entre el tiempo del paro y la transformación de las condiciones de jubilación:

---

<sup>259</sup> Las estadísticas de divorcios, separaciones y nulidades del INE no contemplan los datos por ‘relación con la actividad’. Aunque habría importantes argumentos en contra –por ejemplo, la escasez de dinero hace más difícil el divorcio-, por otro lado, sin duda el paro, especialmente masculino, es un motivo central de separación (Sayer et al., 2011), como veremos [cap. 6].

<sup>260</sup> En 1991, los hogares unipersonales eran 1,6 millones, en 2001 crecieron a 2,9, y el censo de 2011 los estima en 4,1 millones de un total de 18 millones de hogares, es decir, se han triplicado en veinte años. Mientras la población crece a un ritmo menor, el número total de hogares crece cada vez más, siendo ya el hogar unipersonal el segundo tipo de hogar más frecuente después de los hogares formados por dos personas, y por encima de los hogares con 3 personas –casi cuatro millones.

<sup>261</sup> Ley 27/2011, artículo 4.1 y disposición transitoria 20ª. El alargamiento se produce progresivamente hasta 2027. Quien en 2027, tenga menos de 38 años y medio cotizados, tendrá que jubilarse a los 67 años. Sin perjuicio de que antes de 2027 nuevas leyes no vuelvan cambiar el periodo de vida laboral.

Si quieres dinero, tienes que trabajar. Se supedita una cosa a la otra. Ahora tú me dices, en el momento que no tienes trabajo, a mí me hacían gracia cuando decían: “Ahora nos vamos a jubilar a los sesenta, setenta y tantos”. ¡Yo me jubilaba a los ochenta! Pero dame trabajo ahora. (Parados LD)

Como se ve, este discurso justifica un alargamiento indefinido de la jubilación siempre que haya puestos de trabajo disponibles. Pero como este parado dice, el problema es “si quieres dinero, tienes que trabajar”. Es decir, el problema para este parado no es tanto el trabajo en sí mismo sino el acceso al dinero que da acceso a las mercancías. Que este parado afirme su voluntad de trabajar hasta los ochenta años puede entenderse entonces como un desplazamiento de la voluntad de trabajar que ha operado gracias a la precarización generalizada. En vez de pensar que lo lógico, por ejemplo, es la *redistribución* general del tiempo de trabajo [8.3] esta lógica apunta a una justificación del trabajar por trabajar que no resolverá el problema del desempleo, sino que lo profundizará por, al menos, dos motivos.

En primer lugar, en términos del tiempo del paro, el alargamiento de la vida laboral supone que, si la actual reforma de la edad de jubilación no se modifica, en poco más de una década habrá parados de 66 años. Esto es particularmente llamativo si se tiene en cuenta que, como ya vimos, en la actual crisis muchos parados alrededor de los 45 años ya son calificados como “demasiado” mayores para el mercado laboral. Por tanto, al ampliar la norma de la edad de trabajo hasta los 67, aumentará la población normativamente trabajadora, lo que aumentará la escasez relativa de trabajo y así la presión de la competencia por el trabajo, y el factor edad previsiblemente se consolidará más aún como un eje de exclusión laboral.

En segundo lugar, en términos de la presión sobre los parados para invertir su tiempo en competir por el trabajo, esta reforma también es muy relevante porque, al dar un paso más en el ataque que se prepara al actual sistema de pensiones, se ataca también uno de los pilares que explica el sostenimiento económico de buena parte de los hogares en paro en los periodos de crisis. Al intervenir sobre las pensiones, como una de las vías fundamentales de reproducción de la población general, y de los parados ayudados por sus familiares en particular, se aumentará la presión sobre los parados y producirá más trabajadores superfluos sin acceso a un dinero suficiente para sobrevivir.

En consecuencia, lo que se presenta como solución a los problemas de déficit del sistema público de pensiones puede ser considerado como un paso más en la expansión de la lógica contradictoria que, mientras pone el tiempo de trabajo en el centro de la sociedad, apunta a hacer cada vez más superfluos a diversos trabajadores y no-trabajadores. De la misma manera, ello contribuye a la desvalorización del tiempo de los jubilados que, tal como dice Foucault, desde

hace algunas décadas pueden ser asemejados a una población desviada de la norma: al igual que los parados, no se ajustan a las normas temporales del trabajo<sup>262</sup>.

### *La esperanza de trabajar y los límites de la voluntad de moverse*

Dentro de todo este mapa de la situación general y ya para finalizar este capítulo, es posible afirmar que desde las coordenadas marcadas por la creciente escasez de trabajo que convive con la creciente competencia, una importante estrategia subjetiva a corto plazo de la población parada es la de mantener su proyección futura en la esperanza de trabajar. Esta esperanza es un *saber esperar* que se sostendrá más en el tiempo mientras se omitan las razones empíricas que, para muchos, hacen cada vez más plausible la expulsión definitiva del mercado laboral. El mantenimiento de la esperanza de trabajar se ancla materialmente en las necesidades básicas que no se pueden cubrir, en los motivos afectivos asociados al trabajo y en la significativa ausencia de alternativas prácticas que permitan reducir la presión de encontrar un empleo.

Así, en una sociedad que pivota sobre la necesidad objetiva y subjetiva de vender el tiempo por dinero, la imposibilidad práctica de vender el tiempo puede enfrentarse parcialmente mediante el mantenimiento de esta proyección hacia el futuro que se sustenta sobre la creencia de que “hay trabajo”<sup>263</sup>: “Por eso busco, no con tranquilidad, pero busco opciones que tengan un horario así. Sé que lo hay, pero los puestos están ocupados.” (Ana).

La esperanza se mantiene mediante la inversión constante en ponerse en forma según la miríada de modos que hemos visto. Todo ello podría resumirse en un enunciado que muchas personas en paro se repiten a sí mismas de manera crecientemente compulsiva: “hay que moverse”: “algo saldrá, es moverse.” (Marisa). La dinámica del “moverse” es la cara opuesta al carácter estático del “parado”. Hasta donde sabemos, sólo en el castellano de España el no tener trabajo es caracterizado por un significante cuyo significado básico apunta tan directamente a una metáfora del no-movimiento. Y si el paro es el proceso de pararse, luchar contra el pararse es, entonces, *moverse*.

<sup>262</sup> La devaluación de la existencia de los jubilados y las personas mayores puede abordarse como un efecto más de la devaluación de todo aquel tiempo de vida que no se venda por dinero. Tal como lo expresa Foucault (1966): “Los lugares que la sociedad acondiciona en sus márgenes, en las zonas vacías que la rodean, esos lugares están más bien reservados a los individuos cuyo comportamiento se desvía en relación a la media o a la norma exigida. De ahí, la existencia de los sanatorios; [...] de las clínicas psiquiátricas; [...] de las prisiones. A lo cual habría que añadir, sin duda, los asilos para ancianos, puesto que, después de todo, la ociosidad en una sociedad tan atareada como la nuestra, la ociosidad se asemeja a una desviación. Desviación que, por lo demás, en este caso, resulta ser una desviación biológica, por estar asociada a la vejez. Y es una desviación, en verdad, constante, al menos para todos aquellos que no tienen la discreción de morir de un infarto en las tres semanas siguientes a su jubilación.”

<sup>263</sup> Ya mencionamos, como ejemplo, el nuevo programa de la televisión pública estatal titulado *Aquí hay trabajo*.

La competencia general por el trabajo y sus discursos asociados impelen al parado a no dejar nunca de moverse, lo que se materializa en una demostración constante de la plena voluntad de moverse<sup>264</sup>. El parado que aún puede moverse no tiene mucho tiempo de pararse: se mueve y se mueve, se informa, se forma, y se reforma, para competir por el trabajo. Orienta su tiempo, su dinero, y todo su esfuerzo, a moverse. Pero cuando el parado deja de moverse, comienza a pararse, y parece que este pararse es el resultado de su voluntad de no moverse. Pero hemos visto ya que los obstáculos al moverse no son obstáculos de la voluntad, pues “Si no se mueve el dinero, la sociedad se va a mover poco” [2.2]. Entonces, si lo que más mueve a salir de casa es el tiempo que se vende por dinero, la contradicción aparece cuando “llega un momento en que ya no te puedes mover, porque no tienes dinero para moverte.” (Andrés), “no tienes pasta para moverte” (Parados LD2). Entonces, la voluntad de moverse parece no ser voluntaria, no es ilimitada, sino que tiene límites: son los límites que se encuentra el sujeto que cree controlar su propio movimiento, cuando el movimiento de la sociedad movida por el dinero le coarta el acceso al dinero y frena así su voluntad de moverse. Si el trabajo es la gasolina de esta sociedad y el dinero es lo que acelera el trabajo [2.2], no tener dinero impedirá aguantar el ritmo que marca el incesante movimiento del trabajo y el dinero.

Así, el ritmo del movimiento viene marcado por quienes tienen el tiempo y el dinero para soportar la competencia, lo cual va dejando atrás a quienes se les acaba el tiempo y el dinero, como veremos en el capítulo séptimo. Pero antes, analizaremos cómo el *sostenimiento* del movimiento del día a día sincronizado con el conjunto social está condicionado de manera fundamental por las posibilidades de los hogares de absorber el tiempo de cuidados que ha aumentado considerablemente por la escasez de dinero. Es lo que vamos a ver en el siguiente capítulo.

## 5.8. Conclusiones: la reconstitución de la escasez temporal general

En este capítulo hemos analizado aquellas prácticas del tiempo del paro que más directamente intervienen sobre la dinámica del mercado de trabajo. Nuestro objetivo era mostrar las relaciones generales entre el trabajo y la competencia por el trabajo durante el arreglo temporal, desde el punto de vista de su relación con la paradoja del tiempo escaso. En el siguiente esquema se da una visión de conjunto de las principales transformaciones que hemos visto:

---

<sup>264</sup> Hay otro significado del “hay que moverse” que exploramos más tarde, en relación a los parados que se “mueven” en los movimientos sociales y políticos [8.7].



## Esquema de síntesis capítulo 5. Transformaciones en la forma de competir por el trabajo

Primer eje (1/4) de la explicación de la paradoja del tiempo escaso
<p>* <i>DUPLICACIÓN (estimada) DE LA MASA DE TIEMPO TOTAL DE COMPETIR POR EL TRABAJO</i></p> <p>* <i>TRANSFORMACIONES EN LA GESTIÓN ESTATAL DE LA COMPETENCIA POR EL TRABAJO</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Disminución de la protección por prestaciones y aumento del asistencialismo</li> <li>- Moralización de las prestaciones como <i>ayuda</i></li> <li>- Mayor coacción legal por producción de endeudamiento masivo</li> <li>- Dosificación del despido para su mejor gobernabilidad: 1) 2009-12; 2) Reforma 2012</li> </ul> <p>* <i>TRANSFORMACIONES EN LAS PRÁCTICAS DE INFORMARSE</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Vivencia de buscar trabajo como trabajo (aumento del tiempo con forma de trabajo)</li> <li>- Aumento de la sensación de competencia individual de uno contra todos</li> <li>- Creciente normalización del trabajo gratis como modo de búsqueda de trabajo</li> <li>- Mayor segmentación de parados según sus posibilidades de esperar y pagar</li> <li>- Nuevas formas de narcisismo competitivo que impulsan la competitividad individualizada</li> <li>- Creciente instrumentalización de los contactos como capital social para el trabajo</li> </ul> <p>* <i>TRANSFORMACIONES EN LAS PRÁCTICAS DE FORMARSE</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Vivencia de la formación como trabajo (aumento del tiempo con forma de trabajo)</li> <li>- Devaluación de las inversiones de tiempo y dinero en capital cultural</li> <li>- Aumento del coste de tiempo y dinero para aumentar el capital cultural reconocido</li> <li>- Creciente ambivalencia entre formación, prácticas, trabajo infrarremunerado y/o gratis</li> <li>- Devaluación de la experiencia laboral previa</li> <li>- Creciente abstracción de la evaluación y aumento de filtros en los criterios de selección</li> </ul> <p>* <i>TRANSFORMACIONES EN LAS PRÁCTICAS DE REFORMARSE</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Idealización del emprendimiento</li> <li>- Mayor confusión del estatuto de “autónomo” con la autonomía real</li> <li>- Aumento de la independencia subjetiva paralelo al aumento de la dependencia objetiva (deuda, mayor borrosidad de los límites entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida)</li> </ul> <p>→ <i>EFFECTOS GENERALES DE LA COMPETENCIA POR EL TRABAJO</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>→ Normalización de lo ilegal, legalización de lo normal, normalización de lo legal (crecientes grados de precarización)</li> <li>→ Cumplimiento de normas legales obstaculiza el cumplimiento de las normas temporales</li> <li>→ Progresivo desplazamiento de la voluntad de trabajar en peores condiciones</li> <li>→ Devaluación del precio del tiempo de trabajo y normalización de los “trabajadores pobres”</li> <li>→ Ampliación y consentimiento del alargamiento del tiempo de vida laboral hasta los 67 años.</li> <li>→ Intensificación del miedo productivo</li> <li>→ Expansión de formas de supervivencia económica no fiscalizadas por el Estado</li> <li>→ Mayor presión de todos contra todos y experiencia de disminución de la solidaridad</li> <li>→ Repliegue en individualismo individualista y/o familiarista</li> </ul>

Al sintetizar este conjunto de fenómenos concretos asociados al aumento e intensificación de la competencia por el trabajo, realizamos el primero de los cuatro objetivos que hemos propuesto para dilucidar la paradoja del tiempo escaso. Las transformaciones analizadas nos llevan a concluir que la función principal de la competencia por el trabajo durante el arreglo temporal ha sido: en el nivel del tiempo del paro, la transformación de la abundancia objetiva de minutos en escasez objetiva y subjetiva de tiempo; y en el nivel del conjunto de la división del tiempo, la reconstitución de la escasez temporal general.

En el nivel del tiempo del paro, la competencia por el trabajo estructura la abundancia objetiva de minutos en escasez objetiva y subjetiva de tiempo. Los millones de parados y paradas que antes del arreglo temporal tenían el tiempo ocupado por el trabajo, tras su despido han dirigido buena parte del tiempo superfluo asignado a aumentar sus probabilidades de trabajar: hemos categorizado sus prácticas como “informarse”, “formarse” y “reformarse”. Ese tiempo diario invertido se ha dirigido a actualizar las disposiciones y prácticas a las nuevas normas del trabajo impuestas por el arreglo temporal. La escasez subjetiva de tiempo en la competencia por el trabajo no se diferencia del tipo de escasez subjetiva propia del tiempo de trabajo remunerado: por ejemplo, hemos visto que la vivencia de la búsqueda de trabajo o la formación como si fueran “trabajo”, señalan que tales prácticas están sometidas a una presión temporal competitiva. En ese sentido, el mantenimiento de la escasez subjetiva del tiempo del paro impide que la abundancia objetiva de minutos pueda estructurarse potencialmente como abundancia subjetiva de tiempo, esto es, como tiempo disponible.

En el nivel de su relación con la división social del tiempo, todo el tiempo de competir por el trabajo invertido por los parados ha contribuido al aumento de la coacción temporal general sobre el conjunto de la población, especialmente sobre las clases más precarizadas. Hemos reconstruido las condiciones generales que explican cómo el desempleo masivo ha operado como una herramienta clave del arreglo temporal en general, y en particular de la intensificación del tiempo de trabajo y la disminución de su precio [2.1]. Igualmente, hemos visto que la reducción del tiempo de trabajo remunerado total no implica que disminuya el tiempo con forma de trabajo, sino justo lo contrario. Esas dos mil millones de horas - estimadas- de tiempo de competencia por el trabajo en 2013 han intensificado la competencia social general, tanto de los parados entre sí como entre parados y ocupados. En la regulación de esta competencia creciente, hemos subrayado cómo la mediación del Estado ha jugado un

papel clave, mediante la gestión de las prestaciones, la deuda y el despido. Y como hemos visto, el aumento e intensificación del tiempo con forma de trabajo afecta no sólo al mercado de trabajo sino a todas las esferas de las relaciones sociales, desde los cambios legales hasta las relaciones de amistad, desde las categorías de subjetivación hasta la forma de la familia. Por tanto, como el aumento e intensificación del tiempo dedicado a competir por el trabajo no se enfrenta sino que retroalimenta la inercia del trabajar por trabajar, su función ha sido clave para reconstituir la escasez temporal socialmente general.

En definitiva, ahora podemos afirmar que el paro intensificado ha sido una condición clave del trabajo intensificado que era fundamental para la salida de la crisis, esto es, para la normalización y expansión de una pobreza temporal -y material- en cada vez más capas de población. Puede entenderse ahora un eje clave en la explicación de la paradoja del tiempo escaso: la polarización de la división del tiempo entre una parte de población ocupada con trabajo intensificado y otra parte de la población parada compitiendo por el trabajo, ha sido clave para la salida de la crisis. O si puede decirse así: *no es que la “recuperación” de la economía haya sido la condición para resolver el desempleo, sino que el desempleo ha sido la condición de “recuperación” de la economía.*

# CAPÍTULO 6

## El desempleo reproductivo: el tiempo privatizado\*

---

\* Este capítulo es una versión de Briaes (2015), que ha sido adaptada para el hilo argumental de esta investigación. El texto puede leerse desde el marco conceptual general de esta investigación, aunque no lo hayamos explicitado de manera constante por provenir de un proyecto de investigación más general (Prieto, 2015). Por ejemplo, donde decimos “rol de género” puede interpretarse también “disposiciones” o “prácticas” de género. O donde decimos división del tiempo de cuidados, puede entenderse “tiempo normativamente asignado” o “normas temporales de cuidados”, entre otros paralelismos.

[...] entonces se trastoca el orden fundamental de la familia; pasa la autoridad a la mujer, que es quien trae el pan a casa, en detrimento de la dignidad del marido, que se ve postergado y humillado, y así queda incapacitado para situarse en el camino del resurgimiento, pues la depresión moral es el mayor obstáculo para el triunfo. Justamente, este es el gran problema del paro forzoso, la derrota moral que inflige al marido y que lleva la desavenencia a la familia. Por una parte, la mujer, que va cual burro de carga, no puede dejar de atribuir su situación al incumplimiento del marido. Por otra, la casa no está en orden. ¿Acaso la esposa puede dividirse en dos, y atender la prole al mismo tiempo que gana el pan? Es evidente que no. Todos tienen razón y todos se increpan. Mientras tanto, el hogar se convierte en un infierno.

Joan Gaya (1936). Las mujeres al trabajo y los hombres en paro. En Nash (1983: 305)

[...] la losa de la tradición está ahí, y eso pesa también. Yo lo preferiría, que estuviera ella en paro. (Parados LD)

### 6.1. CUIDAR LA FORMA. El tiempo del paro con forma de tiempo de cuidados

Si en el capítulo anterior nos hemos centrado sobre todo en los tiempos del parado en tanto que sujeto trabajador enfrentado con la competencia del mercado de trabajo, ahora tenemos que visualizar aquella parte del tiempo que esas mismas personas dedican a su hogar, a su relación familiar, a las actividades de trabajo doméstico y de cuidados.

En un hogar en el que alguien pierde el trabajo entra menos dinero, pero el parado o parada tiene más tiempo. Para ahorrar dinero, hay que cocinar más en casa, quizás hay que ahorrar en el comedor de los niños, o sacarlos de la guardería porque ésta es muy cara o no se ha concedido una plaza pública. En general, el paro implica un cambio del ritmo del hogar respecto a la vida en el trabajo. En los hogares con algún miembro en paro, la reducción de ingresos y el endeudamiento obligan a *privatizar* el tiempo dedicado de algunas actividades que antes se *exteriorizaban* en el mercado. De manera general, el desempleo ha alargado e intensificado los tiempos de cuidados socialmente necesarios, puesto que hay menores constricciones de horarios laborales que impidan directamente esta dedicación, y cuantos más trabajo doméstico y cuidados se realicen en casa, menos se gastará en la calle. Por ello, puesto que el desempleo separa a las personas temporal o definitivamente del espacio laboral, el *espacio doméstico*<sup>265</sup> adquiere una mayor centralidad. Este cambio a menudo convierte el hogar en el lugar de conflictos que no son visibles desde el exterior: “quedan en casa”, suelen invisibilizarse y presentarse simplemente como conflictos “domésticos” o “intrafamiliares”.

Para ver estos fenómenos generales, en este capítulo analizamos las relaciones entre el desempleo y los tiempos de cuidados durante el arreglo temporal, como el segundo de los cuatro ejes que nos permitirán dar cuenta de la paradoja del tiempo escaso. De manera más concreta, veremos que el tiempo del *desempleo reproductivo* se relaciona con los conflictos que emergen por lo que llamamos la *privatización* del tiempo, directamente relacionada con la producción de escasez temporal objetiva y subjetiva. Las diferentes formas de los conflictos en hogares con algún desempleado revelan cómo éstos se interiorizan –*privatizan*– en función de la forma de la relación doméstica que existía previamente en un determinado hogar. Diferentes tipos de relaciones domésticas absorberán el impacto del desempleo de diferentes modos, y se rearticularán respecto

---

<sup>265</sup> Para Murillo (2006), el *espacio privado*, como lugar de recreación con uno mismo, se corresponde con el sujeto burgués masculino: lo distingue así del *espacio doméstico*, de carácter femenino. En nuestro caso, los varones parados tampoco tienen espacio privado en sentido estricto, pues tal condición se cumple sólo si el varón se realiza en la esfera pública por el trabajo.

al estado anterior en el que no había desempleo. Esta rearticulación puede ser entendida como una transformación de las normas, prácticas y disposiciones temporales asociadas al tiempo de cuidados, que está intrínsecamente relacionada con el conjunto del tiempo del paro en particular, y con la totalidad de la división del tiempo en general. Y como es sabido, puesto que las relaciones de género son fundamentales para entender la forma del tiempo de cuidados, nos centraremos en ellas como clave de análisis.

Diferentes investigaciones han analizado la relación entre el tiempo del desempleo y el género. Siguiendo el análisis que ya realizamos [4.1, 4.3] los varones parados tienen mucho más ocio –más bien, “pseudo-ocio” o tiempo “vacío”-, y las paradas un tiempo más distribuido entre el ocio y la mayor carga de cuidados. Pero no descubrimos nada nuevo porque esta estructura de tiempos coincide, como vamos a ver, con normas temporales duales que, a pesar de sus cambios, históricamente tienden a reproducir la división sexual de las actividades.

En el caso español y en las últimas décadas, la estructura temporal generizada en el desempleo se ha constatado tanto en términos de tiempo cuantitativo (Callejo et al., 2009: 22-7) como de tiempo cualitativo (Ramos, 2009: 147-56), lo que, en líneas generales, nuestra investigación actual vuelve a corroborar. Otros trabajos (Poveda, 2006; Gutiérrez Sastre, 2008) también han incidido en el género y las estrategias familiares como un eje estratégico para abordar el significado del desempleo. Más específicamente en lo que respecta a los países mediterráneos, la experiencia femenina del paro sigue teniendo un carácter subjetivamente más atenuado -aunque el factor edad cada vez iguala más a hombres y mujeres jóvenes (Russell y Barbieri, 2000). Sin embargo, esta atenuación a menudo ha servido para justificar el paro femenino y tratarlo como un problema secundario (Torns, 2000).

Tras esta brevísima introducción, en este capítulo nos proponemos complementar estas aportaciones de la siguiente manera: 1) mediante un enfoque que relaciona históricamente el género y el desempleo, proponemos el concepto de *privatización del tiempo* para entender los cambios que durante el arreglo temporal se han dado en las *relaciones domésticas* de hogares con algún miembro en paro; 2) en términos cuantitativos, en un nivel general, estimamos el tiempo privatizado en 2013 respecto a 2007 en unas seis mil millones de horas, y en un nivel más particular, mostramos las diferencias entre cinco formas de desempleo a partir de la asignación y distribución de los tiempos en hogares formados por familias nucleares<sup>266</sup>; y 3) analizamos los

---

<sup>266</sup> De entre los muchos tipos de hogares donde puede haber alguien en desempleo, centraremos la reflexión y el análisis en aquellos constituidos por una pareja heterosexual en edad de trabajar y en su mayor parte con hijos, lo que nos sirve como un caso sintomático dentro de los cambios generales que afectan a la totalidad de la población adulta. Elegimos este tipo de hogar para que pueda visualizarse el conflicto entre tiempo de trabajo y

principales tipos de conflictos que se dan en estos hogares como una expresión directa de la privatización del tiempo que el desempleo produce. Concluiremos sintetizando cómo las transformaciones del desempleo reproductivo se sitúan como el segundo de los cuatro ejes de la explicación de la paradoja del tiempo escaso.

*“Las mujeres nos quitan el trabajo”: breve historia de la generización del paro*

La historia del trabajo y el desempleo se imbrica con la historia de las relaciones de género, de forma que todo cambio en las relaciones de género lleva consigo un cambio en las relaciones de trabajo y viceversa (Scholz, 2013). Lo que caracteriza a los momentos de crisis es, simplemente, que el ritmo de tales cambios es más intenso, y por tanto, más conflictivo. En este sentido, un breve recorrido por el significado histórico del desempleo nos es de utilidad para mostrar cómo las relaciones de género atraviesan las formas del desempleo.

El actual discurso racista, difundido entre otros por la CEOE, responsabiliza de buena parte del desempleo al crecimiento de población extranjera (CEC, 2013: 24), esto es, una forma tecnificada de decir “los inmigrantes han venido de su país a quitarnos (a los españoles) el trabajo”. Quizás pueda parecer un paralelismo algo inverosímil, pero históricamente el discurso machista ha explicado el desempleo de un modo similar: las mujeres habían salido de su lugar (la casa) para quitarnos (a los hombres) el trabajo, y además bajaban los salarios. En diferentes obras de los años treinta y cuarenta, marcadas por la crisis del 29, aparecía este tema recurrentemente:

La impresión en la mente de los trabajadores varones es que el número de mujeres empleadas está incrementándose y “ellas están cogiendo nuestros trabajos”. (Bakke, 1933: 6)

Debería haber una ley prohibiendo a la mujer coger un empleo si su marido está empleado. Millones de trabajos se abrirían a los hombres que tienen familias que mantener si tal ley se llevara a cabo. (Komarovsky, 1940: 119)

Toda estudiante que se recibe de médica o abogada, nos *roba* un puesto. (Beauvoir, 1949: 20)

En estas investigaciones clásicas, el desempleo es un fenómeno más que señala cómo las “otras” - así como los “otros”- se han ido definiendo como improductivas y *ociosas* (Jordan, 2010: 84-122). Ello explicaría, primero, la relativa ausencia de las mujeres en los mercados de trabajo, y después, su peor posición en el trabajo y en el desempleo, lo cual era la consecuencia implícita de

---

tiempo de cuidados asociado a las diferencias entre paro masculino y femenino. Elegimos “con hijos” para que sea necesario un alto tiempo de cuidados. Poblacionalmente hablando, según el censo del INE de 2011, de los 18 millones de hogares en España, siete estarían formados por una pareja heterosexual con hijos, de los cuales seis tienen algún hijo menor de 25 años.



que el trabajo y el trabajador se hubieran constituido en las figuras centrales de las sociedades modernas.

Una vez que el trabajo asalariado se había asentado como relación central, desde la posición de los varones el desempleo ha tendido a vivirse como una reducción de la actividad, un “no hacer nada” que generaba una espiral de vulnerabilización que los hacía potencialmente inempleables. Mientras, en el caso de las mujeres, el problema no consistía tanto en no realizarse por el trabajo sino en “vivir encerrada entre cuatro paredes” (Lazarsfeld et al., 1932: 148-156). Desde el punto de vista de las mujeres cuidadoras con maridos desocupados, a menudo se ha descrito su radical incompreensión, ya que cuando éstos rompían con su rol de “ganapanes”, aquéllas no se lo perdonaban. La esposa de un desempleado neoyorquino en los años treinta lo afirmaba así: “Por supuesto que odio a mi marido por traer dificultades a la familia” (Komarovsky, 1940: 49).

En esta época, el paro no era aún plenamente reconocido como *involuntario* –lo que sólo ocurriría con la consolidación del keynesianismo–, por lo que, hasta entonces, se entendía que las posibilidades de trabajar no dependían tanto de circunstancias imprevisibles como de la voluntad del trabajador. En ese modelo de familia<sup>267</sup>, la mujer no aceptaba que el hombre no cumpliera con su rol –al igual que el hombre, por su lado, no permitía flexibilización alguna del rol femenino. El varón parado, por tanto, no era aceptado como tal ni por su mujer ni por sí mismo, y de este modo se culpabilizaba al incumplir su función asignada –una culpa análoga a la que la mujer cuidadora siente cuando se preocupa de sí misma. Cuando las mujeres sí “salían a trabajar”, la vergüenza del parado era aún mayor, y ello convertirá la “paz” de los hogares en un “infierno” – como afirmaba el texto citado al inicio, de la España de los treinta.

Más tarde, cuando el paro se había “inventado” y asentado como categoría social (Salaís et al., 1986), el movimiento feminista tendría un papel central en la transformación histórica de su significado. Por ejemplo, en el contexto italiano de los setenta, se criticaba el tipo de familiarismo que persistía de modo particular en la crisis del momento. En palabras de Dallacosta (1972: 37):

Y las mujeres son útiles en casa no sólo porque desempeñan las tareas del hogar *sin salario ni huelga*, sino porque, en casa, acogen siempre a los miembros que cada tanto las crisis de empleo expulsan. La familia, ese lecho materno siempre acogedor en el momento de la necesidad, ha sido durante mucho

---

<sup>267</sup> Como es conocido, en su origen, la visión de la mujer cuidadora sin trabajo asalariado no representaba ni a muchas de las familias de clase trabajadora ni tampoco a las prostitutas (Nash, 1983: 255-76), sino que básicamente refleja la forma inicial de la familia burguesa cerrada sobre sí, que más tardíamente se generalizará.

tiempo la mejor garantía de que los parados no se transformen inmediatamente en millones de *outsiders* [parias] rebeldes.

Aquí el paro ya no se significaba como una categoría neutra, sino como un estado particular de la realidad de los varones en tanto que trabajadores, y que al mismo tiempo implicaba a una contraparte –la familia– que debía “acoger” a los parados con vistas a que en futuros momentos de bonanza estuvieran disponibles para el trabajo. Aún en los ochenta, y a pesar del movimiento feminista, a menudo las mujeres seguían siendo culpadas por el desempleo. Véanse las declaraciones que en 1982 el presidente Reagan hacía al *New York Times*:

Parte del desempleo no se debe tanto a la recesión sino al enorme incremento del número de personas que se incorporan al mercado de trabajo y, señoras, no quiero señalar a nadie en particular, pero también se debe a la ampliación del número de mujeres que actualmente trabajan y a las familias con dos personas empleadas. (Milkman, 1987: 347)

Una vez cuestionadas las formas más rígidas del pacto ganapán-cuidadora, ya no está discursivamente extendido el culpar a las mujeres de la tasa de desempleo. Desde los sesenta, el tiempo de los cuidados –y el tiempo en general– entraba plenamente en los dispositivos de representación de los economistas (Becker, 1965) y las mujeres se convertían en “trabajadoras” en todos los sentidos (Himmelweit, 1995), por lo que su desempleo se hará comparable al de los hombres. No obstante, el paulatino proceso por el que las mujeres “salen” a buscar empleo de manera generalizada produce nuevas contradicciones. En el modelo hegemónico de familia nuclear, cada vez más cerrada sobre sí misma por la intervención conjunta de “Freud y Keynes” en las políticas familiares (Donzelot, 1977), la existencia de sostenes ya no se puede dar por supuesta tan fácilmente, y quedan “vacíos” en la esfera de los cuidados que hay que cubrir de alguna manera. Así, el varón trabajador dejará de tener cuidadoras a tiempo completo a su disposición, y en caso de desempleo, lo común será que tenga que flexibilizar su situación y acoplarse a las pautas temporales de los cuidados, en coherencia con la nueva ideología igualitarista. Este proceso se da paralelamente al surgimiento del neoliberalismo, y la extensión de un nuevo tipo de escasez temporal general, afecta particularmente a las mujeres.

Como sabemos, estos procesos se dan en España de un modo tardío y acelerado, en comparación con los referentes europeos, y es posible argumentar que, en términos históricos, el proceso de incorporación de disposiciones temporales de cuidados en los hombres ha sido comparativamente mucho más lento que la incorporación de las disposiciones para el trabajo en las mujeres. Como dice Hochschild (2003: 48) “no se trata sólo de la excesiva lentitud con que cambian los hombres, sino de la excesiva velocidad con que las mujeres [...] cambian en la dirección opuesta”. Así, lo que en el plano formal es igualdad de género, en el plano real es un proceso conflictivo que demuestra la persistencia de diferencias que se traducen a desigualdades.

Como se verá en el análisis, los varones aún hoy pueden ser algo más que trabajadores si y sólo si son primero trabajadores, por lo que la pérdida del *pivote* suele ser más conflictiva que en el caso de las mujeres, quienes se apoyan, en diferentes grados, sobre dos pivotes. Y en fin, al momento del arreglo temporal español se llega tras esta larga *querelle des sexes* (Prieto, 2007b), en la cual el contexto de *paro/desempleo*<sup>268</sup> masivo es, nuevamente, un escenario idóneo para constatar las transformaciones en la forma generizada del tiempo de cuidados.

### *El paro como privatización del tiempo de la reproducción social*

Como decíamos, en un contexto de agravamiento de la *crisis de los cuidados* (Pérez Orozco, 2006) -que existía previamente al *arreglo temporal*<sup>269</sup>- el desempleo tiene el efecto de aumentar e intensificar los cuidados que se prestan en los hogares, y por ello, contribuye a la escasez objetiva y subjetiva de tiempo. En general, la reducción de ingresos que conlleva el desempleo se traduce, como veremos, en que los sujetos concretos de un hogar han de asumir una mayor dedicación temporal a los cuidados<sup>270</sup>. Si un hogar deja de acceder a bienes y servicios por la escasez de salario, por el endeudamiento, o por los recortes en el gasto público<sup>271</sup>, necesariamente debe asumir un aumento del tiempo necesario de cuidados. En este sentido, el desempleo puede ser interpretado como un dispositivo de transferencia y *privatización* del tiempo de la reproducción social en los hogares, al aumentar la presión temporal en la vida cotidiana de las familias. A modo de ilustración, véanse los casos de Ana y Edgar:

Es una guardería pública, pero la plaza nos sale casi por 200 euros. Son 183 euros que pagábamos, pero ahora que se me terminó el paro, voy un poco más forzada, porque claro, yo de paro cobraba 650 euros más o menos, pero el subsidio son 400, que todavía ni siquiera me lo han pagado. [...] Si yo consigo algo, pues buscaremos para ponerla nuevamente, pero de momento, como no es obligatorio, pues la

<sup>268</sup> Actualmente, algunas autoras también distinguen entre paro y desempleo en sentido de género. “..el término *paro* se ajusta mejor a la situación masculina: parado significa que la persona no realiza ningún trabajo. En cambio, en el caso de las mujeres refleja mejor su realidad el término *desempleo*, que implica no tener empleo, pero no niega la posibilidad de estar realizando otros trabajos.” (Carrasco, 2013: 159). Sin embargo, en la opinión de otras feministas (Himmelweit, 1995; Scholz, 2013; Weeks, 2011), el reconocimiento de los cuidados no asalariados como “trabajo” es problemático. Siguiendo esta última posición, no tomamos esta distinción y usamos paro y desempleo como sinónimos.

<sup>269</sup> La noción de “crisis de los cuidados” suele situarse en el momento en que las mujeres dejan de ser normativamente amas de casa a tiempo completo. Carlos Prieto suele decir que, realmente, la primera gran crisis de los cuidados comenzó con la expansión del trabajo asalariado.

<sup>270</sup> En algunos casos y especialmente para actividades que requieren un mínimo de dinero, también es posible que disminuya el tiempo dedicado [7.6].

<sup>271</sup> La ya señalada disminución de prestaciones, salarios indirectos y el aumento del endeudamiento [2.1, 2.2] aumenta directamente el tiempo necesario de cuidados, por ejemplo, al no comer fuera ni comprar comida preparada -lo que implica cocinar en casa-, por la dificultad de costear actividades extraescolares, apoyo al estudio, comedor, guardería, que implican pasar más tiempo en casa; por el encarecimiento del transporte, los recortes en educación, dependencia o sanidad, repago de medicamentos, etc.

hemos quitado. La mayor tampoco está en el comedor, la voy a buscar a las 12:45, le doy de comer a las 14:45 y la llevo (Ana)

Te hundes porque tienes que pagar una deuda, porque tienes que aportar para la casa, porque tu hijo te pide algo [...] te empiezan a quitar las ayudas para los libros, para el comedor. [...] Entre menos ingresos tienes, te llegan más obligaciones. (Edgar)

De un modo general, el que uno de los miembros de la pareja se quede en paro desordena y reordena los tiempos del conjunto del hogar. Respecto al empleo, la relación con el tiempo de trabajo de la persona ocupada se ve alterada. Por ejemplo, al tener sólo una persona la carga salarial, aumenta su presión por mantener el empleo, y así se ha de trabajar más tiempo y más intensamente, se hacen más horas extraordinarias, se cobra menos por el mismo trabajo, se aceptan peores condiciones, etc. Ello puede condicionar, al mismo tiempo, la disponibilidad del parado/a para volver al mercado de trabajo, ya que la menor disponibilidad del ocupado/a para los cuidados, puede obstaculizar la sincronización con los horarios que le requieran en un eventual empleo. A menudo, todas estas constricciones temporales obligan a rechazar empleos; por ejemplo, porque no estén suficientemente pagados como para sustituir el coste de todo lo anterior -guarderías, comedores, transporte, etc. Y si el paro coincide con el embarazo, con la enfermedad propia o de familiares, con los cuidados a personas mayores o con otras situaciones más o menos incompatibles con el trabajo, los cambios en la relación doméstica serán aún mayores. La disminución de ingresos reduce igualmente las posibilidades de consumo mercantil y de ocio, lo que contribuye a que se pase más tiempo dentro del espacio doméstico. Las amas de casa pueden, por su parte, “salir a trabajar” -como parece que está ocurriendo con cierta frecuencia<sup>272</sup>. Por tanto, en términos generales, el paro aumenta la dependencia relativa del salario -y por lo tanto del tiempo de trabajo-, intensifica y alarga el tiempo de cuidados, y de este modo, disminuye aquel tiempo de ocio que implica gastos monetarios.

### *Las transformaciones de la relación doméstica*

Como se puede intuir, lo anteriormente descrito debe analizarse en clave de género. Así, en términos relacionales, podemos definir este proceso como un cambio que el paro provoca en la forma de la *relación doméstica*, definida como *una relación específica vinculada a la relación*

<sup>272</sup> Según la EPA, la mayoría de ‘activos potenciales’ son mujeres, lo que concuerda con que la crisis no haya afectado al descenso progresivo del número de mujeres que declaran que los cuidados no son un motivo que les impida buscar empleo. La mayoría de parados que sólo aceptarían ‘jornada a tiempo parcial’ son mujeres, aunque en términos del conjunto de la población parada, la gran mayoría de mujeres paradas aceptarían ‘la jornada que encuentre’. Esto es, tanto en paradas como en parados, la mayoría aceptarían un empleo independientemente del horario. Ello parece indicar que lo más apremiante parece ser la necesidad de dinero, mientras que los cuidados tenderían a solventarse a través de arreglos cada vez más complicados.

*salarial, por la que los tiempos del trabajo doméstico y de cuidados no asalariados (“qué”) son asignados (“quién”), distribuidos (“cuánto”) y regulados (“cómo”) entre los miembros de un determinado hogar<sup>273</sup>.*

En este sentido, para abordar la transformación de la relación doméstica como clave de análisis de la relación entre el desempleo y el tiempo de cuidados, no bastará con constatar los cambios dentro del hogar mismo. Aunque en ausencia de empleo, el *pivote* del parado/a sea principalmente el espacio doméstico, lo que en la relación doméstica se está jugando es, simultáneamente: 1) la disponibilidad para el mercado de trabajo y la relación con los cuidados del propio parado/a; 2) la relación con el trabajo y los cuidados del miembro de la pareja ocupado/a –si lo hubiera– y, eventualmente; 3) las posibilidades de ocio de ambos. Por consiguiente, los tiempos de un hogar en paro están interrelacionados directa o indirectamente con los tiempos del mercado de trabajo, y en general con los del conjunto de la división social del tiempo, como venimos sosteniendo a lo largo de toda la investigación. Por otro lado, aunque aquí no vayamos a profundizar en ello, también habría que analizar la relación doméstica en función de la clase social (Carrasquer et al., 2015), así como los conflictos asociados al uso de los ingresos del hogar, según quién sea el miembro asalariado en una pareja (Dema, 2005).

Es fundamental volver a recordar aquí lo que las feministas han puesto de relieve hace tiempo: los hogares no son “agujeros negros” sino que están formados por sujetos con cuerpos vulnerables que no soportan infinitamente todo lo que hacia allí se transfiera. El carácter “finito” de la presión temporal que un hogar puede soportar se traducirá, en general, en algún tipo de malestar, ambivalencia o conflicto, que se puede expresar de diferentes formas, más o menos visibles y en diferentes ámbitos de la vida cotidiana. Por enumerar algunos: 1) en el espacio doméstico, por la (in)adaptación a nuevas reglas de distribución del tiempo o por la rigidez de las anteriores reglas, por los nuevos roles que pueden conllevar pérdida de privilegios, por los intentos de rehacer una relación de fuerzas normalizada, etc.; 2) en el ámbito del trabajo, por la mayor dependencia salarial cuando recae la obligación de ganar dinero en un solo miembro del hogar, que además, por ejemplo, puede verse sujeto a peores condiciones laborales en su empresa por causa de la crisis; 3) en el de los sujetos y su relación consigo mismos, por la ruptura de la

---

<sup>273</sup> Hemos adaptado la definición de relación doméstica a partir de la propuesta de Prieto y Ramos (1999) sobre el quién, qué, cuánto y cómo del tiempo de trabajo. Podría añadirse, además, su sincronización, es decir, el “cuándo”. Como concluye Thomas (1993), el concepto de cuidados no puede ser definido como una relación autónoma: por este motivo, definimos la relación doméstica como una relación articulada a la relación salarial. De ahora en adelante, nos referimos a los *cuidados* como una categoría que incluye tanto a los cuidados “directos” como a los “indirectos” (Carrasco et al., 2011: 71), es decir, tanto a las actividades que involucran el contacto directo con personas como al llamado trabajo doméstico.

idea que tienen de sí mismos como varón sustentador o como mujer autónoma, por el significado afectivo del proceso, por la vergüenza con sus hijos/as [7.5]<sup>274</sup>, etc. Y en los peores casos, estos conflictos también podrán traducirse en violencia<sup>275</sup>.

Metodológicamente, la forma en que se desordena y reordena el tiempo de los hogares en paro, puede abordarse analizando los discursos que narran explícita o implícitamente los conflictos que en un hogar aparecen asociados al impacto del desempleo. Así, es posible interpretar cómo una pareja “amortigua” -o no- el aumento de la carga temporal de cuidados asociada al “golpe” del desempleo. Además, el conflicto del hogar también puede deducirse a partir de las *ambivalencias*<sup>276</sup> asociadas al desempleo, que a menudo pueden ser interpretadas como un síntoma del extrañamiento o malestar producido por la carga extra de tiempo privatizado.

## 6.2. Seis mil millones de horas privatizadas por el paro

Antes de diferenciar los tiempos de cuidados por género, en la siguiente tabla estimamos la *magnitud* de la privatización del tiempo de cuidados que se puede atribuir al efecto del paro:

**Tabla 14. Magnitudes del tiempo global de cuidados. Población ocupada y parada (2007-13)**

	2007		2013		2013 - 2007
<b>TIEMPO DE CUIDADOS</b> (población ocupada)	16.275	86%	15.848	65%	-427 (-3%)
<b>TIEMPO DE CUIDADOS</b> (población parada)	2.561	14%	<b>8.577</b>	<b>35%</b>	<b>+6.016 (+235%)</b>
<b>TIEMPO TOTAL</b> (población ocupada + parada)	18.836	100%	<b>24.425</b>	100%	<b>+5.589 (+30%)</b>

<sup>274</sup> Además, el desempleo, al igual que por ejemplo la jubilación, no puede ser tratado simplemente como *causa* del desorden en una relación doméstica, sino más bien como un catalizador de conflictos latentes. Además, la conflictividad no se relaciona sólo con la “desigualdad objetiva” de los tiempos, sino que la negociación intersubjetiva que se haya dado en un hogar también es determinante.

<sup>275</sup> Por ejemplo, un reciente estudio de salud pública argumenta que existe una relación significativa entre las mujeres que declaran haber sufrido violencia machista en el hogar y el nivel regional de desempleo masculino de larga duración (Sanz-Barbero et al., 2015).

<sup>276</sup> En un hogar, la *ambivalencia* puede relacionarse con lo afectivo, como la “presencia simultánea, en la relación con un mismo objeto, de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos” (Laplanche y Pontalis, 1967: 20); con lo ideológico y las relaciones patriarcales, en forma de *dilemas ideológicos* (Billig et al., 1988), o a menudo en la intersección compleja entre ambas dimensiones.

Fuente: Estimación propia a partir de datos EPA y EET (2002/02, 2009/10)<sup>277</sup>. Millones de horas/año

Sin contar la población que formalmente está categorizada como ‘inactiva’ -sobre la que recae buena parte del tiempo de cuidados- la división del tiempo de cuidados entre la población trabajadora cambia significativamente con el arreglo temporal. Tenemos que, sólo esta población, asume ahora casi un tercio más -30%- de la carga total del tiempo de cuidados, lo que alcanza casi las 25.000 millones de horas en 2013. La población parada pasa a asumir un 35% del total del tiempo de cuidados realizado por el conjunto de la población trabajadora, lo que supone una diferencia de seis mil millones de horas. De las 8.500 millones de horas totales dedicadas por la población parada a cuidados, dos tercios pueden atribuirse a las mujeres paradas, y un tercio a los varones parados, ya que las paradas dedican de media tres horas diarias más que los varones parados<sup>278</sup>.

Según nuestras estimaciones, a nivel poblacional general, el ahorro de tiempo de trabajo prácticamente coincide con el aumento del tiempo dedicado a cuidados: cinco mil millones y medio de horas. Tenemos que la diferencia entre el tiempo de trabajo ahorrado entre el año 2007 y el 2013, se dedicó en 2013 íntegramente a cuidados. O según los términos que utilizamos, en el 2013 la población en paro asumió 6.000 millones de horas *privatizadas*, que en 2007 estaban exteriorizadas en el mercado.

### *Diferencias de género en la asignación y distribución de tiempos*

Como últimamente se ha señalado, la relativa igualdad de género en la tasa de paro actual no ha sido el resultado de la mejora de la situación de las mujeres en el mercado de trabajo, sino que se ha debido sobre todo al incremento de la tasa de paro masculina. Aun así, esa igualdad aparente oculta diferencias sustanciales en cómo se materializa el uso del tiempo en el desempleo, como ahora veremos. De media, los hombres parados siguen dedicando menos tiempo diario y

<sup>277</sup> Para obtener estas cifras hemos realizado el siguiente cálculo, siguiendo el criterio anterior [5.2]: 1) en 2007 se ha multiplicado la media anual de ocupados y parados EPA -20.579.900, 1.846.100- por el tiempo de la EET 2002/03 de “hogar y familia” -2:10 en ocupados, 3:48 en parados. Para los datos de 2013, se ha multiplicado la media anual de ocupados y parados EPA -17.139.000, 6.051.100- por el dato de la EET 2009/10 -2:32 en ocupados, 3:53 en parados.

<sup>278</sup> Si calculamos el número de varones parados EPA en 2013 por el tiempo de cuidados -3.205.600 \* 2:52- y hacemos la operación similar con las paradas -2.845.500 \* 5:51- obtenemos una cifra de 3.354 millones de horas para los varones y 6.076 para las paradas, lo que sobrepasa las 9.000 millones de horas en conjunto: esto es, un 36% y un 64% respectivamente, aun cuando las paradas eran 400.000 menos aproximadamente. Los datos de la EET 2002/03 y 2009/10 para parados y paradas se han obtenido de Callejo, Prieto y Ramos (2009) y Callejo y Prieto (2015), respectivamente. Como se ve, las cifras son algo dispares respecto al cálculo anterior, lo que se explica porque la proporción de parados y paradas en la muestra de la EET 09/10 no se corresponde con la proporción de la EPA de 2013.

participan un 10% menos en el trabajo doméstico y de cuidados que las ocupadas, y la diferencia con las paradas es de más de 2 horas diarias<sup>279</sup>.

Pasamos ahora a analizar las diferencias de tiempos en cinco formas de desempleo, contextualizadas en cuatro hogares posibles. Tal como se muestra en la Tabla 15, puede distinguirse entre hogares con una “parada encerrada”, con un “parado amo de casa”, o con parados vulnerables en general.

**Tabla 15. Distribución del tiempo en un día medio según relación doméstica**

HOGARES	Posiciones*	TRABAJO**	CUIDADOS***		OCIO	Carga total (T + C)	
OCUPADO-OCUPADA	OCDO/ocda	5:49	2:53	7:58	4:30	8:42	18:05
	OCDA/ocdo	4:18	5:05		3:47	9:23	
(A) PARADA-OCUPADO <i>Parada “encerrada”</i>	(1) PDA/ocdo	0:16	7:28 (73%, +4:48)	10:08	4:55 (+ 24)	7:44	15:59
	OCDO/pda	5:35	2:40		4:31	8:15	
(B) PARADO-OCUPADA <i>Parado “amo de casa”</i>	(2) PDO/ocda	1:06	4:50 (54%, +0:38)	9:02	6:28 (+ 2:32)	5:56	14:44
	OCDA/pdo	4:36	4:12		3:56	8:48	
(C) PARADO-PARADA <i>Parado/a vulnerable</i>	(3) PDO/pda	0:56	4:01 (36%, -3:12)	11:14	7:57 (+ 3:03)	4:57	12:31
	(4) PDA/pdo	0:21	7:13 (64%, +3:12)		4:54 (- 3:03)	7:34	
(D) PARADO-AMA DE CASA <i>Parado vulnerable</i>	(5) PDO/ama	0:59	3:54 (33%, -3:58)	11:46	7:08 (+ 2:17)	4:53	12:54
	AMA/pdo	0:09	7:52		4:51	8:01	

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la EET 2009/10<sup>280</sup>

\* El término en primer lugar y mayúscula indica el miembro de la pareja de referencia.

\*\* Seguimos el criterio de incluir en ‘trabajo’ el tiempo de estudios y el de búsqueda de empleo. Cada actividad incluye, además, los trayectos relacionados con su realización.

\*\*\* En el tiempo de cuidados, para los parados/as se señala entre paréntesis el porcentaje respecto del total del hogar, y la diferencia respecto a su pareja.

<sup>279</sup>Según la EET 2009-10, el tiempo dedicado y la tasa de participación en un día medio, en actividades de trabajo doméstico y de cuidados son los siguientes: Parados, 3:23, 83%. Ocupadas, 3:46, 93%. Paradas, 5:35, 96%.

<sup>280</sup> El número de casos válidos analizados en la base de datos ha sido de 4.054, distribuidos en las 10 posiciones definidas de relación doméstica. La definición de “pareja con algún hijo menor de 25 años” ha servido para tener una muestra más amplia que si hubiéramos escogido sólo hijos menores de 10 años. La posición con menor número de casos ha sido la de AMA/PDO (72 casos), y la que más, la de OCDO/OCDA (1474 casos). Hay que tener en cuenta que los datos incluyen fin de semana, lo que no permite ver la distribución semanal, e influye en la percepción de los tiempos medios de trabajo, cuidados y ocio. Estadísticamente, las diferencias de medias que subrayamos son significativas con un nivel de confianza del 95%.



En términos globales, la hipótesis de que con el desempleo se produce una mayor centralidad del espacio doméstico y un aumento e intensificación de los cuidados, puede ilustrarse a partir de las diferencias en el tiempo total de cuidados entre hogares. En la tabla se observa cómo el tiempo dedicado a los cuidados aumenta escalonadamente, en intervalos de una hora aproximadamente, dependiendo de los diferentes tipos de relación doméstica: desde las ocho horas en un hogar sin desempleo, nueve en el hogar con un varón parado, diez en el hogar con una parada, algo más de once en el hogar con ambos en paro, hasta las casi doce en un hogar con un parado y una ama de casa. Paralelamente, a medida que disminuye el tiempo de trabajo de un hogar, aumenta el tiempo de cuidados, alcanzando una proporción mayor de la ‘carga total’ -trabajo + cuidados<sup>281</sup>.

Si ordenamos las diez posibles posiciones según el tiempo dedicado a los cuidados, se forman dos grupos bien delimitados y un grupo más ambivalente. Por un lado, el grupo de varones ocupados -con menos de tres horas-, y por otro, el de paradas y amas de casa -con más de siete horas-, dedican ambos el mismo tiempo a los cuidados independientemente de la situación laboral de su pareja. En la práctica, las paradas tienden a asimilarse a las amas de casa, independientemente de que el varón esté ocupado o parado, por lo que en estos casos, la asignación de los tiempos se diferencia y polariza. Por el contrario, los parados varones y las ocupadas -que dedican entre cuatro y cinco horas a cuidar- forman un grupo ambivalente que dependen en mayor medida de la situación laboral de su pareja.

En dos tipos hogar las diferencias en la carga global son relativamente reducidas: en la norma social de referencia -el hogar con dos miembros empleados- y en el hogar con la parada encerrada. *Una diferenciación fuerte en la carga total sólo se da cuando, al menos, hay algún varón en paro.* Por tanto, la carga total y el ocio se igualan sólo en el caso del hogar con una “parada encerrada”, donde sin embargo la mujer se encarga de las tres cuartas partes del tiempo de cuidados. En los hogares con ambos miembros sin empleo, la carga total, los cuidados y el ocio se polarizan fuertemente, y es sólo en el hogar con el parado amo de casa donde se tiende a igualar la participación en los cuidados. En la media de hogares con un miembro en paro -A y B- parecería darse una tensión por la cual el “parado amo de casa” sólo compensa el tiempo de cuidados mientras se vea obligado como consecuencia de su dependencia de la mujer en lo salarial. Sin embargo, la igualdad en las actividades necesarias -trabajo y cuidados- sólo se produciría si el hombre mantiene su prioridad por el empleo, es decir, a costa de volver a una

---

<sup>281</sup> Que en el hogar PDA/OCDO haya menor tiempo de cuidados aunque haya más tiempo de trabajo, en comparación con el hogar OCDA/PDO, podría explicarse a partir del significado generizado del ingreso (Dema, 2005), según qué miembro de la pareja reciba el salario directo y cómo éste se gaste para ahorrar o no tiempo de cuidados.

marcada división sexual de las actividades. En ese sentido, la desigualdad en la asignación de tiempo de cuidados es muy llamativa en los hogares con un miembro ocupado y otro en paro: *las paradas “encerradas” tienen una diferencia respecto a su pareja de más de cuatro horas, en comparación con los amos de casa -4:48 frente a 0:38*. De esas cuatro horas, sólo una se explicaría por la mayor búsqueda de empleo y el tiempo de estudios de los amos de casa.

Por su lado, la parada vulnerable comparte un poco más del tiempo de cuidados que la parada encerrada -64% frente a 73%- lo que hace que el parado vulnerable se dedique menos a los cuidados que el amo de casa. En términos de la relación doméstica, sólo los parados amos de casa cargan con la mitad del tiempo de cuidados; pero si el parado convive con una parada o con un ama de casa, éste se encarga de sólo un tercio de esa carga. En este sentido, no hay diferencias cuantitativas importantes entre el hogar C y D, sino sólo una pequeña diferencia de carga de cuidados sobre la ama de casa, probablemente explicada por el factor edad.

Por último, los datos de ocio indican que los parados tienen alrededor de siete horas de tiempo tendencialmente “vacío”, aunque hay una diferencia significativa de una hora y media menos entre el parado amo de casa y el parado vulnerable a favor de este último. Tanto las paradas, como las ocupadas y las amas de casa, e independientemente de su pareja, tienen entre cuatro y cinco horas presuntamente “libres”. Sin embargo, la diferencia de ocio respecto a la pareja se dispara en favor del varón cuando él está parado: pasa de 43 minutos de diferencia en el caso de una pareja ocupada, a una diferencia de entre dos y tres horas.

El análisis de los tiempos medios por actividad nos informa del “quién” y el “cuánto” de la relación doméstica, es decir, de cómo la distribución del tiempo de cuidados tiende a variar según el miembro de la relación que es afectado por el desempleo. Para entender mejor estas diferencias, a continuación nos centramos en el “cómo”, esto es, en cómo diferentes tipos de relaciones de género absorben de diferentes maneras tiempo extra de cuidados que ha provocado el desempleo.

### 6.3. Formas de privatización del tiempo: rigidez y flexibilidad en los hogares en paro

Anteriormente, distinguimos cuatro condiciones sociales que determinaban las posibilidades de usar el tiempo por parte de los parados/as: la socialización previa en una norma temporal, el sentido de la duración del paro, la forma de la relación doméstica y la clase social [4.2]. En este apartado, nos centramos específicamente en la tercera condición, para ver cómo la *rigidez* o *flexibilidad*<sup>282</sup> de la relación doméstica transforma las normas, prácticas y disposiciones asociadas a la forma del tiempo de cuidados. O, en otras palabras, cómo la privatización del tiempo de la reproducción social que el desempleo supone se materializa en cada hogar, en función los roles – disposiciones- de género. La privatización del tiempo supondrá, de una manera de otra, formas de escasez temporal; y sólo la desprivatización –como concluiremos tras el análisis- implicará la posibilidad de la abundancia temporal.

#### 6.3.1 “Si fuera al revés...”: conflictos desde la posición de las paradas

En primer lugar, una situación muy común es aquella en la que el desempleo de la mujer no supone una modificación relevante en la distribución del tiempo de cuidados y, por consiguiente, no se altera significativamente la relación doméstica. Si la relación de la parada con el trabajo ha sido ambigua –por una oscilación entre el desempleo y la llamada “inactividad”– y su pareja tiene una ocupación estable, no se dará ninguna ruptura ni reconfiguración importante de la relación doméstica. En estos casos, es típico que la parada viva su malestar de un modo individualizado. El resto de los elementos que componen la organización de las actividades permanece incuestionado. En este caso, se trata de una *privatización individualizada* del conflicto. La estabilidad del hogar siempre ha girado en torno a la ocupación del varón, y la parada no busca empleo por una necesidad monetaria sino por el hecho de tener una actividad reconocida y algún grado de autonomía salarial. Además, si no aparece la posibilidad potencial de desempleo de la pareja, no parece práctico imaginar qué ocurriría si él perdiera el trabajo. El desempleo se presenta como *voluntario*, no sin ambivalencias:

[...] en el momento en el que estaba, cuatro horas no me iban a resolver económicamente nada y que prefería estar con mi hijo y pues bueno ya vendrían otros tiempos. Me pasa igual que a ti, no sé si tomé la decisión adecuada, pero en ese momento creí que era lo mejor. (Paradas)

<sup>282</sup> Al hablar de “rigidez” y “flexibilidad” hacemos un paralelismo con la jerga que se utiliza en el mercado de trabajo. En nuestro caso, ni la rigidez es siempre negativa ni la flexibilidad es necesariamente positiva. Por ejemplo, de nuestro análisis puede verse cómo la llamada “flexibilidad” del mercado de trabajo puede producir “rigidez” en las relaciones de género, como por ejemplo ocurre con las paradas “encerradas”.

En el ejemplo, esta parada no sabe si su “preferencia” fue adecuada, y lo comparte con el resto del grupo de discusión –“me pasa igual que a ti”- por lo que el desempleo es la causa de un dilema, donde el límite entre lo voluntario y lo involuntario resulta borroso<sup>283</sup>. La “decisión” de ser parada está determinada por una única posibilidad visible: la de un trabajo a tiempo parcial<sup>284</sup>. Subjetivamente, aparece cierta culpabilidad, sobre todo en el caso de mujeres jóvenes cuya trayectoria les ha llevado a ser paradas, ya que en su caso los cuidados en sí mismos no serían suficientes para legitimar su actividad cotidiana. El dilema no apunta a la forma de la relación doméstica, a su división de roles o al mercado laboral, sino que aparece como estrictamente personal, como si la situación de desempleo fuera el resultado de las preferencias de la parada. La interrelación entre la rigidez de su relación doméstica y la flexibilidad del mercado laboral acentúa, por un lado, sus disposiciones de cuidadora individualizada, y por otro, su baja disponibilidad laboral. Aquí, la flexibilidad del mercado de trabajo tiende a producir rigideces en la relación doméstica<sup>285</sup>.

En otros casos que comparten condiciones parecidas al caso anterior, la rigidez de la relación doméstica se cuestiona de un modo sutil. Al contrario del caso anterior, el conflicto se privatiza de forma ambivalente: por un lado, se interioriza individualizadamente y, por otro, se *privatiza hacia la pareja*. Así se observa en la larga cita siguiente:

Y pienso bueno, pues si estoy yo en casa pues, oye, que me va a tocar. Pero creo que si fuera al revés igual, ¿eh?, no es porque sea mujer, si él estuviera en casa y yo trabajando fuera, y a él le gustan ciertas cosas de la casa sobre todo bueno, pues no pone pegase a lo hora de limpiar los cristales, por ejemplo cocinar, pero también me hace mucha gracia, ¿sabes?, el “hobby”, cocinar, cocina tres días al año y encima que viene a comer la familia: “Qué bien ha hecho la paella, Alberto es un cocinero estupendo, qué suerte tienes”. “¿Qué suerte tienes que a tu marido le encanta la cocina?” [ironiza] y ha cocinado tres días al año, ha dejado la cocina hecha una porquería y qué suerte tengo (Paradas)

Aquí, el relato de la parada fluctúa entre la legitimación y la deslegitimación del rol del marido. En primer lugar, tiene como referente una relación de igualdad –“si fuera al revés igual”, “no es porque sea mujer”-; en segundo lugar, la parada señala que tal igualdad no se concreta en la práctica, y evoca las tareas domésticas que él realiza –“limpia los cristales”-; en tercer lugar,

<sup>283</sup> Pero también puede ocurrir que la mujer admita de buen grado su vuelta al hogar, especialmente en casos de experiencias laborales precarias [8.4].

<sup>284</sup> No por casualidad, las españolas son las únicas europeas que no “prefieren” trabajo a tiempo parcial (Torns, 2007: 273). El motivo no es sólo el rechazo al trabajo, sino los bajos salarios, y sobre todo, la fuerte desincronización de los horarios laborales respecto a los ritmos sociales.

<sup>285</sup> En casos de extrema precariedad, como el que cuenta una parada gaditana, ella está impedida de trabajar mientras el marido esté imposibilitado de pasar por la casa: “Él no quiere que yo trabaje. Le quita mucho tiempo, él va a pescar y le corta porque si tiene que quedarse con los niños, tiene que recogerlos del colegio, él duerme 3 horas o 2 horas al día, mucha tela. Entonces como él dice ‘me corta tiempo a mí’. No quiere.” (Precarias)

resalta el carácter excepcional con que el marido se dedica a la cocina –"hobby" y "tres días al año"- señalando, además, que él lo hace solamente cuando viene a comer la familia, o sea, para adquirir estatus hacia fuera. En esta ambivalencia, la parada termina negando el supuesto carácter altruista que se le atribuye al marido y reacciona irónicamente al "qué suerte tienes" que oculta la realidad de la distribución desigual de los cuidados –"tres días al año". El marido aparece como una figura contradictoria entre 'el que me quiere' y 'el que me hace trabajar'. De repente, se cae en la cuenta de que, si ya era desigual cuando los dos trabajábamos, ¿por qué iba a ser "al revés" si él estuviera en paro y yo ocupada? La duda no se termina de resolver, y queda la tensión ambivalente entre un deber ser –'los dos somos iguales'- y lo que es –'yo hago mucho más'. Por tanto, el paro aquí no cambia la relación doméstica en sus características básicas sino que, al contrario, tiende a polarizar la desigual distribución de los cuidados que ya existía. Al cuestionar si la nueva distribución que el paro ha implicado es o no es justa, también se cuestiona si el desempleo tiene las mismas consecuencias para ambos miembros de una pareja. Así, el paro de la mujer en una relación doméstica rígida tiende a individualizar el tiempo privatizado, más que en el caso del hombre, pues su "encierro" en el hogar se justifica por su mayor disponibilidad de tiempo libre, por más que la importante desigualdad en la distribución del tiempo de cuidados sea evidentemente el resultado de dar por sentado su rol femenino. Se justifica, por tanto, la desigualdad, porque siguiendo el sentido común, "lo lógico es que quien no trabaja haga más cosas en la casa": "...porque cuando estaba trabajando, igual [él] colaboraba un poquito más, pero cuando estoy en casa, piensa que estoy descansada todo el día y dice: "pues hazlo tú porque tú no trabajas"" (Ana). Desde el punto de vista de Ana, a su marido le convendría mantener a la mujer desempleada en el hogar porque así ella trabaja para él. En tales casos, la estructura ganapán-cuidadora se hace más rígida, lo que implica potenciales fragilidades en la relación, como veremos más adelante. El malestar emerge en el discurso pero no se sitúa la desigualdad como condición clave de las dificultades objetivas de disponibilidad para el empleo.

De esta forma, cuando la relación de género tiende a desplazar la presión del tiempo de cuidados hacia la mujer, revertir la vuelta al hogar dependerá tanto de las posibilidades objetivas de acceso al mercado laboral, como de la cuantía de ingresos del hogar. El varón ocupado puede no ganar suficiente dinero como para ahorrar trabajo doméstico a la parada, o también, puede no querer gastarlo. Si la parada, por su parte, no encuentra un trabajo con un horario compatible o éste sólo es a tiempo parcial o de baja retribución, la dificultad para volver a un empleo será máxima. El discurso de Antonio respecto a su pareja parada lo hace así de explícito:

Quédate en tu casa, que tú sabes lo que van a comer tus hijas. No es machismo, pero yo prefiero que las cuides tú, a que me las cuiden. [...] Es que no te compensa. Si me dices que te van a dar mil euros, u

ochocientos, o setecientos, pero no quinientos, porque son cien para transporte mínimo, y trescientos euros para la guardería” (Antonio)

De esta forma, la frustración por el “encierro” en el hogar de las paradas se da cuando no se puede desprivatizar el tiempo de cuidados, tanto por la persistencia de normas temporales patriarcales como por las posibilidades que ofrece el mercado laboral. Y como tendencialmente el empleo de los varones suele ser mejor retribuido, con jornada completa y más estable que el empleo medio al que pueden acceder las mujeres, la dificultad de intercambiar los roles minimiza la disponibilidad real de las mujeres para el empleo (Prieto y Pérez de Guzmán, 2012).

Un tipo de desempleo femenino totalmente distinto aparece cuando la relación doméstica es capaz de *privatizar flexiblemente* el tiempo de cuidados. Así lo relataba una parada cuya pareja no reducía su dedicación a los cuidados:

[...] cuando llega él lo carga él y encima no hay día que no se acueste antes de las dos de la mañana, por eso, porque es como si [él] intentara compensar o si intentara resarcirme a mí lo que la vida me ha quitado ahora. (Paradas).

En este caso, por un lado, el hombre ocupado no se ahorra el tiempo dedicado a los cuidados con la excusa de la situación del paro de la mujer, y por otro lado, la parada no se culpabiliza por no asumir más carga que la que aceptaría en una situación normal. Si el hombre no disminuye su dedicación doméstica, aumenta la disponibilidad de la parada para el mercado laboral y, así, sus posibilidades de autonomía salarial. En estas condiciones -poco frecuentes<sup>286</sup>-, el paro no alimenta la desigualdad sino que fortalece un vínculo simétrico e igualitario. Se mantiene el quién/cuánto/cómo previo al paro sin desplazar la presión de los cuidados hacia la parada, de manera que en estos casos se cuestiona la lógica del sentido común por la cual “hace más en casa el que no trabaja” -que como ya vimos, suele favorecer al varón. De algún modo, este tipo de prácticas podrían interpretarse como una estrategia para prevenir el posible “encierro” de la parada, no sólo por una actitud altruista del varón sino sobre todo por una estrategia de los miembros de la relación para amortiguar la intensificación de la carga extra de cuidados, y de esa manera hacer frente al poder desestructurador del desempleo.

En resumen, según nuestro análisis, el paro de las mujeres tiende a invisibilizar la privatización del tiempo de cuidados de manera más aséptica, porque la común naturalización del rol femenino de cuidadora no problematiza el desempleo femenino (Torns, 2000). Así, aunque en

<sup>286</sup> El contexto del grupo de discusión toma esta situación como una gran excepcionalidad: “Tú eres un caso muy atípico, ¿eh?, yo no hablo de mi marido como yo soy la típica andaluza, mi marido es muy machista. // Pero el mío también, por eso me separé de él, pero vamos, en un pis pas, en cuanto pude. // En casa él sí que no hace nada, ahora estamos parados en igualdad de condiciones y yo me pongo negra, llevamos las dificultades juntos, pero ¿juntos?, a medias, ¿sabes? [...]. Yo os oigo a vosotras y se me cae la baba. // Hacemos intercambio de familia. [risas]” (Paradas)

el caso de las paradas el viejo discurso que las deslegitimaba como asalariadas ya no está especialmente difundido<sup>287</sup>, la expresión del conflicto en el caso del desempleo masculino es generalmente mucho más explícita. En este sentido, sigue siendo cierto que en nuestra sociedad el trabajo es una actividad inseparablemente unida al hecho de ser varón -es su supuesta “condición natural”- y, por ello, el desempleo desorganiza y altera el conjunto de sus tiempos con especial intensidad [cap. 7], y en lo que va a verse a continuación, sus tiempos de cuidados.

### 6.3.2 Amos de casa y vulnerables: conflictos desde la posición de los parados

La diferencia fundamental de los parados sobre las paradas es que éstos están prácticamente incapacitados de apoyarse sobre otros pivotes -cuidados o tiempo libre- si el empleo no existe previamente. El tiempo-pivote del trabajo es, para los varones, una condición necesaria para dar sentido al resto de esferas de la vida cotidiana:

Es que claro, el cambio de rol, eso nos toca las pelotas [...]. Yo siempre me he ocupado de mi casa con mi mujer, y bueno, en fin, que no soy un machista. Pero es como un banco: le quitas una pata, y empieza a cojear. Y aquí lo que falla es que yo estoy sin trabajo. (Parados LD)

Por tanto, en el paro masculino se percibe una inversión de los roles, esto es, una inversión del tiempo asignado. Por supuesto, ello se da en muy diversos grados, pero es especialmente evidente cuando la pareja del parado está ocupada y los roles previos al paro estaban relativamente diferenciados. A medida que aumenta el tiempo de los parados en el hogar -ya sea realizando tareas útiles o no- la casa se va convirtiendo en su espacio, pero con una clara sensación de extrañamiento: “somos amos de casa”, “en tu casa eres un extraño” (Parados CD). En contraste a la menor transformación del “quién”, el “cuánto” y el “cómo” que aparecía en el caso de las paradas, cuando es él quien pierde el trabajo, la relación doméstica suele caracterizarse por una alta frecuencia de conflictos. Las metáforas de la “tensión” o de los “roces”, en muchos casos evocadas junto al “golpe” del desempleo, son la expresión encarnada del proceso de privatización del tiempo en el caso masculino, que amenaza la estabilidad tanto del parado como de su relación de pareja:

No tenemos discusiones entre mi pareja y yo, no las tenemos, pero llega un momento en que la *tensión* me la creo yo, porque me la guardo, entonces llega un momento en que reviento, no lo pago con ella, sino con las circunstancias. (Parados LD)

<sup>287</sup> Según la pareja de un parado: “el otro día escuché en la radio que [...] como había tanto parado, como que las mujeres se fuesen a trabajar a su casa. Y ahora dejasen esos puestos de trabajo para los hombres [risas]” (Pilar).

Entonces intento ocuparme en cosas. Una vez colocada la casa, o hecha la compra, todo, todo, pues salir fuera [...] intentar no encontrarme en casa solo. Porque eso es un aislamiento que ahí es donde puedes a llegar a *roces* con la persona que está cerca, porque no te empieza a comprender. (Parados LD)

De este modo, cuando son los varones quienes deben asumir la transferencia del tiempo de privatizado, el proceso se hace mucho más problemático debido a que el varón se resiste en mayor medida a asumir la presión temporal de los cuidados que impone la nueva situación de desempleo.

La rigidez del rol masculino en la mayoría de relaciones se muestra en frases como: “Ella es la que *ayuda* ahora mismo” (Parados CD). El igualitarismo que aparece en el discurso se revela parcial cuando ese “ahora” implica un cambio respecto a “antes”. Si las mujeres suelen afirmar “él me ayuda”, “él también hace cosas”, “él colabora” (Murillo, 2006: 135-7), en este caso la frase es muy significativa a pesar de su simplicidad. “Ahora” ella “ayuda”, lo que implica que “ella” antes no ayudaba como tal sino que -se presupone- era la responsable directa, lo cual es muy distinto. Supuestamente, ahora la mujer sería un mero apoyo porque quien se ocupa de los cuidados sería el nuevo “amo de casa”, pero en realidad, el control del hogar sigue estando bajo la “supervisión” de la mujer: “Lo que pasa es que ahora sí me toca un poquito más y sí es verdad yo noto ahora más que nunca el ojo *supervisor* [...] no lo haces bien, tienes que volverlo a hacer” (Parados CD). Por tanto, aunque formalmente el varón en paro se ocupe de más tareas domésticas, la responsabilidad última sigue dependiendo básicamente de la mujer, de modo que la situación inversa no puede compararse directamente. Por consiguiente, la relativa rigidez de las disposiciones masculinas para realizar las tareas extra y realizarlas “bien” produce un mayor desorden de los tiempos cotidianos en comparación con el desempleo femenino. En este caso, el tiempo no se asume individualmente sino que se cuestiona su distribución, es decir, el tiempo se *privatiza hacia la pareja*, y genera conflictos en el hogar que se diferencian de lo que sucedía con las paradas, que como vimos y por regla general, cuando aumenta la carga de trabajo doméstico tienden más hacia la *privatización individual*.

Así, la privatización del tiempo en una relación doméstica rígida tendrá un doble efecto: ni él soportará convertirse en “amo de casa” a tiempo completo, ni su pareja admitirá que él no cumpla con su obligación de ganapán: “[Los conflictos son] porque no tengo ingresos, por las deudas que tengo, porque si no las pago yo se las van a cobrar a ella.” (Edgar). También Edgar, con alta conflictividad doméstica, afirmaba lo siguiente respecto a la causa de sus problemas domésticos: “La situación es totalmente económica, cuando estábamos con trabajo los dos no había ningún tipo de situación, la crisis me ha puesto en esta situación y es la causante de todos los problemas.”. Antes, no había conflicto porque él cumplía con la función de proveedor, pero



ahora su situación de paro no se lo permite, y el parado sitúa el problema únicamente en “la crisis”, de modo que la falta de empleo aparece incuestionablemente como la “causante de todos los problemas”. Pero la causa, en sentido estricto, no puede reducirse a la escasez de dinero sino también, y de manera inseparable, a la incapacidad del varón para flexibilizar sus disposiciones y sus prácticas –aunque fuera provisionalmente- para adaptarse a la nueva norma del tiempo doméstico:

[...] como no estaba acostumbrado a hacerlo, a veces no lo hago muy bien [...] Exige, quiere que todo esté impecable, que lo haga de la mejor manera [...] lo intento pero no puedo, entonces empieza a haber problemas [...] estás hundido, con depresión, tu mujer está trabajando, tú haces un poco la limpieza, organizas, y viene tu mujer, te encuentra en casa y te echa la bronca. Te dice “tú estás en casa” y encuentra un detalle, una cosa que no le gusta. [...] tratamos de solucionarlo, de conversarlo, pero no hay solución. (Edgar)

Si no existe un cuestionamiento de las disposiciones de género por parte de ambos miembros de la pareja, no habrá solución posible más que la de volver al pasado idealizado de la época del empleo. Sin comprender el presente, él define como un “detalle” sin importancia lo que para ella supone un motivo de conflicto. Ello se explica porque, tras cuatro años de paro de un marido con un rol masculino rígido, la mujer se ve obligada a asumir tanto el trabajo profesional como el doméstico. En este contexto y al igual que ha ocurrido históricamente, en ocasiones la mujer tiende a interpretar el desempleo del varón como un problema de falta de esfuerzo, y el incumplimiento del rol de ganapán se presentaría como voluntario:

A lo mejor tarde o temprano, como esta situación siga, va a llegar un momento que vuestras mujeres, de una manera consciente o inconsciente, os van a ir metiendo la presión diciéndote: “¿Y tú qué haces?” (Parados LD)

“¿Pero chiquillo, pero tú no has ido y le has dicho que te hace mucha falta el trabajo?” “¡Que sí, pero que igual que yo hay cuarenta detrás!” (Carmen)<sup>288</sup>

En esta mutua incomprensión, se rompe el contrato tácito asumido en la anterior distribución de roles, porque no aparece la posibilidad de renegociar una nueva relación que reasigne y redistribuya las funciones, aunque sea provisionalmente.

En esa especie de cuenta atrás, en la que una mayor duración del desempleo suele llevar consigo una mayor culpabilización –cuando precisamente es la mayor duración del paro la que explica la mayor dificultad objetiva de encontrar un empleo [cap. 7]-, una vulnerabilización más avanzada puede observarse en el caso de Hilario, cuya mujer se ha separado de él en un momento cercano al desempleo. En esta pareja, caracterizada por una división rígida de roles, emergen de

---

<sup>288</sup> Llama la atención que esta incomprensión se produzca en el contexto de Cádiz, donde la tasa de paro en el momento de la entrevista alcanzaba el 40%.

un modo muy destructivo las dependencias de las que nunca se había sido consciente. Además de no disponer de recursos para ahorrar tiempo de cuidados, Hilario tampoco tiene ya una mujer que se haga cargo de ellos. En este caso llama además la atención otro significativo “detalle”<sup>289</sup>, el del bote de fabada, que desde nuestro punto de vista, expresa la emergencia de una dependencia originada por la ausencia de la pareja -que, además, era cocinera profesional.

Entonces, comer, pues como del Día. De alimentos miserables, pero como, gracias a dios. Porque a nada que compres nada, aunque compres de marca Día [...], un *bote de fabada*, de marca Día, te vale 1.50. Y digo, bueno, pues hoy me voy a comer un bote. Y me estoy perjudicando en la salud, porque estoy comiendo *comida basura*, cuando yo estaba acostumbrado toda la vida a comer pues cosas *naturales*. (Hilario).

El hecho de que la exmujer de Hilario fuera cocinera, hace suponer que nunca comía fabada en lata –“estaba acostumbrado toda la vida a comer cosas naturales”. La *privatización individualizada* del tiempo queda perfectamente oculta, y se expresa tanto en la indignación con el precio de la lata, como en la “comida basura” que consume tras la desaparición de la comida “natural” de la que disfrutaba antes del desempleo. Ahora, Hilario está obligado a comer comida enlatada, expresión tanto de la escasez de dinero como de su ignorancia en la cocina. Con este ejemplo, se ve cómo el paro puede tener una gran capacidad de desestructuración, cuyos efectos en cadena van destruyendo todos los soportes en los que se apoyaba previamente la vida de una persona, como si el paro fuera la primera de las fichas de una hilera de dominó. Cuando aún vivía en pareja, Hilario no era consciente de lo que la cocina de su exmujer suponía para el bienestar de su vida cotidiana, de manera que la pérdida de la comida “natural” se materializa en un malestar que es el resultado de haber perdido una vía clave de cuidado tanto material como afectivamente<sup>290</sup>. La especial vulnerabilidad de Hilario puede explicarse, entre otras cosas, por la negación de su condición de sujeto interdependiente [7.8.1], que como en el extendido dicho, “no te das cuenta hasta que lo pierdes”. Sin embargo, Hilario vivencia la pérdida del cuidado pero lo atribuye únicamente a la carencia de empleo. Con tal de no aceptar el hecho de su propia vulnerabilidad, el parado interioriza en él mismo todo el impacto del desempleo, y se niega a pedir ayuda a nadie:

Y que salga lo que salga, pero voy a lucharlo. A mi manera, a mi forma, a lo que me dejen, hasta lo que me dejen, pero voy a lucharlo. Pero no voy a cometer ninguna tontería. Sí se me pasa por la cabeza. Yo he sido conductor toda la vida y últimamente se me vienen ocurriendo cosas de decir: ¿y si giro el

<sup>289</sup> Aunque nuestro concepto de vida cotidiana no pretende desarrollar el ámbito de una sociología de “lo ordinario” al estilo de Michel de Certeau, sería de interés explorar esos aparentes “microdetalles” para vincularlos con lo más “macro”.

<sup>290</sup> “Con su alto grado de ritualización y su poderosa inversión afectiva, las actividades culinarias son para muchas mujeres de todas las edades un lugar de felicidad, placer e inversión.” (Giard, 1994: 154).

volante para allá? [...] Cuando una persona ha sido toda su vida autosuficiente [...] para mí [pedir ayuda] es una mendicidad. (Hilario)

Aparece en este caso una incapacidad subjetiva del parado de enfrentarse con su propio *ideal de autosuficiencia*: se niega a “pedir ayuda” y de esa manera consigue mantener su ideal de “hombre hecho a sí mismo”. Por tanto, las carencias materiales no son la única causa de sus problemas, sino también la imposibilidad de flexibilizar unas disposiciones masculinas sobredimensionadas, que invisibilizan las causas del malestar, y de esa manera dificulta la posibilidad del parado de comprender su propio malestar, lo cual podría facilitar el planteamiento de alternativas vitales. Más adelante, seguiremos analizando las consecuencias del anclaje en el ideal de autosuficiencia [7.8.1] así como del reconocimiento de la vulnerabilidad [8.5].

En otros casos en que parecen darse todas las condiciones de ruptura -forma rígida de relación doméstica junto con condiciones económicas precarias, como suele suceder en algunas familias de clases populares- la conflictividad cotidiana puede sostenerse gracias a algún apoyo familiar externo<sup>291</sup>. En casos como el de Antonio, la pensión de un familiar es el pilar central en el que se apoya su familia: “Me falta mi madre a mí, y me pasa lo mismo. Sin casa... yo pierdo todo, seguro.” (Antonio).

Otra situación típica la encontramos en los casos de parados varones que consiguen cuestionar parcialmente la rigidez de su rol de ganapán, cuando con más o menos esfuerzo logran mantenerse en el papel de “amo de casa” durante un periodo prolongado, lo que les diferencia de otros varones que en ningún momento consiguen adaptarse a la rutina del trabajo doméstico. Si antes vimos cómo el malestar individualizado por algunas paradas se relacionaba con no cuestionar su rol patriarcal, en el caso de estos parados surge un fuerte malestar al asumir de manera individualizada un rol de “amo de casa” intensificado por una gran carga de cuidados que no deja tiempo libre para otras actividades. Así se observa en la siguiente cita:

Es que vosotros decís: “Quiero hacer esto”, pues yo es que no. De casa salgo pues si tengo que ir a buscar una cosa, un trabajo, o si algún curso, pero es que yo *mi vida es la casa* [...] *Esta mañana he estado en la cocina*, preparando la comida y recogiendo la cocina. Pero siempre hay cosas, siempre, siempre. Por la tarde cuando las niñas salen del cole [...] que si tienen que hacer los deberes, que si esto, que si lo otro, que si las tienes que bañar, que hacer la cena, y a la cama. Y luego viene mi mujer, y ya está. [...] Es un cansancio diferente. [...] Normalmente [me levanto a las] siete y media, porque me gusta estar tranquilo en ese momento que no están las niñas, y me gusta tomarme mi café tranquilamente en la cocina, y ya cuando veo que está preparado sobre las ocho, ¡vamos a desayunar! Entonces por eso digo que levantarme temprano es como seguir mi vida de alguna forma. Pero llego al

<sup>291</sup> En el caso de algunos migrantes, puede ocurrir que la familia nuclear directa sea el único soporte, por lo que la ausencia de redes explica en buena medida la fragilidad de la relación doméstica [7.5].

final del día, y digo: ¿Qué he hecho de mi vida? Como si necesitara tener mi propia vida, estoy viviendo para los demás, y para mí, no. (Parados LD)

En estas circunstancias, el tiempo de búsqueda de empleo pierde fuerza y la posibilidad de retornar a una vida laboral se aleja cada vez más: “mi vida es la casa”. Se trata aquí de una suerte de repetición del clásico malestar “sin nombre” del ama de casa que no entendía el origen de lo que le ocurría (Friedan, 1963; González Duro, 1989). La vida de este parado aparece como si fuera una vida de “ama de casa” tradicional, caracterizada por la *privación de sí* (Murillo, 2006: XVI). No hay “vida propia”, sólo dedicación a lo ajeno. El parado se siente extranjero en su propia casa: una situación difícilmente enunciable desde una posición femenina – “Esta mañana he estado en la cocina”. Las pocas pausas que la jornada doméstica permite son el único *tiempo propio*, que el parado obtiene a través de una voluntaria desincronización del tiempo del hogar. Es así como estos parados consiguen pequeños momentos de autonomía temporal. Como relataba el parado anterior, antes de que los hijos despierten, o como nos dice otro, después de que se duerman: “Yo el mío, el tiempo libre, es la noche cuando los niños se han ido a la cama. No tengo más tiempo libre.” (Parados LD). Cuando las circunstancias obligan al parado a que su tiempo-pivote gire en torno al hogar, el tiempo libre significa “huir” del espacio y tiempo doméstico: “...es un viernes, es un sábado [...] voy a aprovechar ese día para poder salir y desconectar completamente de niños y esposa, cero, me voy.” (Parados LD).

En estos parados amos de casa, efectivamente se produce el intercambio de roles con la pareja, y quien no trabaja es quien más se ocupa del trabajo doméstico. Sin embargo, al ejercer un marcado rol femenino, el parado interioriza el malestar *individualizadamente*. En buena parte, ello puede explicarse por la posición de fuerza de muchas mujeres en su relación, pues no aceptarán maridos parados que no se responsabilicen de las cargas domésticas:

Yo llego a mi casa y yo me encuentro a mi casa bocabajo, sin nada hecho [...] rascándose los huevos, mi marido dura en mi casa un cuarto de hora, te lo digo así de claro, por mucho que yo lo quiera. Por esto los hombres han tenido que coger el rol de decir: “Ahora si nosotros somos los amos de la casa y las mujeres las que trabajan”. ¡Cuántas mujeres hay trabajando y cuántos hombres parados! (Carmen)

Nuevamente aparece el extrañamiento por la inversión de roles, pero se enuncia desde una posición femenina que ya se encuentra vinculada definitivamente con el empleo, y que no tolerará que su pareja no le ahorre tiempo de cuidados. En tales casos, muchos varones parados no desplazan el conflicto hacia su pareja, sino que lo viven individualizadamente. El tiempo superfluo asignado al parado se estructura como tiempo de cuidados, y ello transforma sus prácticas y disposiciones temporales, que conflictivamente comienzan a ajustarse a las normas temporales del espacio doméstico.

Así, este significativo malestar que resulta de la resignación a su nueva dedicación, en ocasiones se expresa el deseo de una inversión de roles que recolocque a cada sujeto en sus anteriores lugares patriarcalmente asignados, pues el desempleo no sólo ha eliminado temporalmente el salario, sino en muchos casos, la relación de poder respecto a la pareja. Algunos varones llegan a decir: “la losa de la tradición está ahí, y eso pesa también. Yo lo preferiría, que estuviera ella en paro.” (Parados LD). Otros, más correctos, dicen “hubiera preferido que, no ha sido el caso, que el sueldo mayor de los dos se hubiera quedado trabajando.” (Parados LD). Paralelamente, Ana afirmaba, “para que esté él sin trabajo, prefiero estar yo, porque a mí me pagan menos”. Las hipotéticas “preferencias” evocadas reflejan cómo el paro muy a menudo obliga a una relación indeseada con el trabajo doméstico, que indisociablemente supone una pérdida de su poder en la pareja. La “preferencia” de trabajar, además, sólo tiene sentido en un marco determinado por las necesidades: necesidad económica de dinero, pero también, necesidad social de reconocimiento y necesidad subjetiva de ser el sustentador. La dependencia económica de sus mujeres sólo les resuelve, en el mejor de los casos, la necesidad de dinero.

Por último, y como habíamos señalado para el caso de las paradas, hay que mencionar el caso de parados “amos de casa” con disposiciones masculinas flexibles, adquiridas previamente al desempleo, y adaptadas a la temporalidad de los cuidados. Así, sucede, por ejemplo, en el caso de un parado con una historia laboral en la que las condiciones temporales de trabajo de la pareja hicieron que fuera él quien se ocupara más de sus hijos: “Yo es que los crié. [...] Mi chica salía a las siete, y llegaba a las ocho.” (Parados LD). En este caso, el parado asume sin resistencia sus prácticas de “amo de casa”, e incluso puede ocurrir que acepte de modo estable la asignación de tiempo de cuidados (Merla, 2006). En esos casos, si bien poco frecuentes aunque probablemente en aumento<sup>292</sup>, la flexibilidad de las disposiciones masculinas hace que la pérdida del empleo no signifique desordenar la totalidad del tiempo cotidiano. Siempre que haya un dinero mínimo disponible, unas disposiciones ajustadas al espacio doméstico amortiguarán el impacto del desempleo y el tiempo privatizado podrá ser absorbido por el paro. En ciertos casos, el desempleo puede incluso ser visto como una fuerza social potencialmente igualitaria, al obligar a muchos hombres a asumir el trabajo doméstico, y de ese manera, el paro puede facilitar el reconocimiento social de los cuidados como una actividad fundamental. Así de claro lo manifiestan varios parados de larga duración al compartir su experiencia de “amos de casa”:

---

<sup>292</sup> Según la EPA, en 2001 el 98,8% del total de inactivas por “labores del hogar” eran mujeres, mientras que en 2014 son el 87% -tres millones y medio de mujeres sobre un total de cuatro. La EET 09-10 sólo cuenta con 14 casos de varones “inactivos por labores del hogar”.

[...] esta situación nos ha llevado a entender a muchos hombres el trabajo que las mujeres realizan, y que nosotros nunca hemos valorado. Ya no solo a nivel individual sino a nivel social. [...] No sé, ahora podremos decir de aquí a unos años: “¡cuidado!, lo que hace la mujer en casa, no hay dinero que lo pague. (Parados LD)

Entonces llevarlo todo, ya nos pone en el lugar de la mujer. [...] Pues sí, se me ha llenado la boca de decir que yo ayudaba en casa a cambiar unos pañales y tal, sí, vale, muy bien, pero un ratito. [...] Eso nos hace ver las cosas. (Parados LD)

#### 6.4. Conclusiones: la privatización de la reproducción y la escasez temporal

Nuestro análisis revela cómo el desempleo se relaciona necesaria e inseparablemente con el tiempo de cuidados, y tenemos así el segundo de los cuatro ejes de la paradoja del tiempo escaso.

Con el análisis de este capítulo no hemos intentado simplemente comprobar lo que a menudo se encuentra en algunos discursos como “el drama del paro en las familias”. En nuestra opinión, tampoco es necesario que la investigación sociológica constata sin más lo que cualquiera sabe, esto es, que la carencia de empleo y dinero produce problemas en la vida de las personas. Como ya mencionamos, el desorden del tiempo cotidiano en los hogares durante la actual crisis no es una fatalidad sino el resultado de un proceso de privatización del tiempo de la reproducción en los hogares. Así, nuestro análisis puede ser visto como un modo de comprender cómo “el ajuste se produce en esferas privatizadas, feminizadas y ocultas del sistema.” (Pérez Orozco, 2014: 268), es decir, de comprender dónde y cómo se invisibiliza e individualiza el conflicto social en la actual crisis y cuáles son sus válvulas de escape. En este sentido, mirar las transformaciones del desempleo reproductivo equivale a mirar dónde se “ajusta” la parte extra de tiempo de cuidados que ha dejado de resolverse por la reducción de salarios, el endeudamiento, la disminución de políticas sociales y, en general, las políticas de socialización de las pérdidas asociadas a la crisis. El reordenamiento del tiempo de cuidados puede entonces comprenderse como efecto de la jerarquización de los tiempos sociales, que subordina el tiempo de cuidados y lo transforma para sostener la *forma* de trabajadores y trabajadoras, de manera que puedan mantener su disponibilidad para vender su tiempo en el mercado laboral. O en los términos que venimos utilizando, vemos cómo el tiempo superfluo del paro orienta el tiempo de cuidados en función del tiempo de trabajo para reconstituir la escasez temporal general y obstaculizar las posibilidades de tiempo disponible.

La metáfora de la “tensión” en el hogar expresa este proceso de “absorción” de la carga temporal que, como un amortiguador, los hogares y sus sujetos deben asumir cuando irrumpe el

desempleo. Aunque la forma en que se produce la privatización del tiempo también depende de factores de clase, raza o edad, en este capítulo nos hemos centrado principalmente en el papel que juegan las relaciones de género inscritas en el espacio doméstico. En primer lugar, se ha visto la distribución de tiempos medios en trabajo, cuidados y ocio, y se ha constatado, entre otros aspectos fundamentales, *que en los hogares con un miembro ocupado y uno en paro, ser parada equivale a dedicar a los cuidados casi cinco horas diarias más que la pareja, mientras que ser parado implica prácticamente igualarse en tiempo de cuidados*. La privatización del tiempo transforma así la abundancia objetiva de minutos en escasez de tiempo que, de manera general, para las mujeres paradas es sobre todo una escasez objetiva, y, en el caso de los varones parados, se trata de una escasez subjetiva asociada a la inadaptación de sus disposiciones al tiempo doméstico.

Después, se ha analizado cualitativamente el modo como los parados y paradas privatizan el tiempo extra de cuidados y hemos observado las diferentes maneras en que se encarnan las transformaciones del desempleo reproductivo. La siguiente tabla sintetiza nuestro análisis: 7

**Esquema de síntesis capítulo 6. Transformaciones en la forma del desempleo reproductivo**

<b>Segundo eje (2/4) de la explicación de la paradoja del tiempo escaso</b>	
<b>RELACIÓN DOMÉSTICA RÍGIDA</b>	<b>RELACIÓN DOMÉSTICA FLEXIBLE</b>
<b>PARADAS. Privatización individualizada</b>	<b>Privatización flexible</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>- Baja disponibilidad para el tiempo de trabajo.</li> <li>- Naturalización de las disposiciones de cuidadora y del tiempo de cuidados privatizado.</li> </ul> <p>→ <i>Escasez de tiempo objetiva</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Se mantiene disponibilidad para el empleo.</li> <li>- Posibilidad de intercambiar roles laborales y de cuidados.</li> <li>- Amortiguamiento en el hogar del tiempo privatizado por el desempleo</li> </ul> <p>→ <i>Escasez ambivalente</i></p>
<b>PARADOS. Privatización individualizada y en la pareja</b>	<b>¿Condiciones de desprivatización?</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>- Idealización del trabajo. Mayor dependencia relativa del salario.</li> <li>- Posible ruptura de la relación doméstica si no hay empleo. Desajuste entre disposiciones y tiempo doméstico.</li> </ul> <p>→ <i>Escasez de tiempo subjetiva</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Cuestionamiento del sentido del trabajo y menor dependencia del consumo mercantil.</li> <li>- Cuestionamiento de la naturalidad de las disposiciones masculinas y femeninas y de los tiempos asignados. Reconocimiento y valoración del tiempo de cuidados.</li> </ul> <p>→ <i>Potencial abundancia de tiempo</i> [cap. 8]</p>

La variedad de movimientos que hemos descrito entre la esfera institucional –mercado de trabajo, Estado- y el mundo de la vida cotidiana, podría resumirse en un doble movimiento, por el cual el desempleo crea fuerzas “centrípetas” y “centrífugas”, por usar metáforas ya señaladas por Elias (1979: 441, 540): por un lado, fuerzas centrípetas de privatización e invisibilización del conflicto social, por las cuales el desorden de la vida cotidiana se privatiza y aparece como desorden restringido al espacio doméstico; por otro, fuerzas centrífugas de politización, visibilización o exteriorización del conflicto, por las cuales el desorden del tiempo cotidiano es significado como desorden social.

Desde el punto de vista de la privatización del conflicto social, hemos visto cómo a menudo los parados/as experimentan su situación como un problema bien individual, bien de pareja. Si la relación doméstica es rígida, la escisión entre el tiempo de trabajo, de cuidados y el tiempo libre tiende a naturalizarse, y la presión temporal que se transfiere al hogar se hace centrípeta, como si su origen fuera responsabilidad individual de las personas mismas. Este fenómeno se da precisamente en un momento de récord del paro masivo en la historia de nuestro país, por lo que la posibilidad de encontrar un empleo depende cada vez menos de los individuos, razón por la cual resultan aún más llamativas las situaciones en las que la conflictividad queda encerrada individualmente y/o en las relaciones de pareja y en el interior del hogar. Por decirlo en términos llanos, cuanto más social y menos individual es el problema del paro, más paradójicas resultan las situaciones de parejas peleándose de dos en dos. Así, *en las relaciones domésticas rígidas, tanto la privatización individualizada típica de las paradas como la privatización hacia la pareja típica de los parados, reproduce la forma patriarcal de la división del tiempo*, ya que la desnaturalización de las disposiciones masculinas y femeninas -del trabajo y los cuidados- sólo puede ocurrir cuando la persona ha experimentado la posibilidad de ajustarse a tiempos diversos, es decir, cuando la persona no “especializa” su tiempo cotidiano en un único pivote económico, social y subjetivo. En el caso de los hombres, si toda su vida giraba en torno al tiempo de trabajo, difícilmente podrán imaginar una vida cotidiana diferente a la que previamente tenían, lo que hace tender a una profundización de la escasez subjetiva de tiempo a pesar de su abundancia de minutos [cap. 7]. Como afirmaban algunos parados, la norma social del trabajo masculino sigue pesando de un modo muy intenso. Entre las paradas insertas en relaciones domésticas rígidas, lo que hace el desempleo es, como se ha visto, reasignar a las paradas la mayor parte del tiempo de trabajo doméstico y de cuidados, polarizando una división sexual del tiempo que típicamente se legitima bajo el “debe hacer más en casa quien no trabaja”. Por tanto, las paradas se caracterizan más por una escasez objetiva de tiempo asociada a la presión temporal del tiempo privatizado



que, en su caso, tiende a asemejarse a un tiempo con forma de trabajo. Tal escasez temporal obstaculiza las posibilidades de la abundancia de tiempo.

Por el contrario, *la flexibilidad de la relación doméstica transforma las normas, prácticas y disposiciones y puede posibilitar una fuerza centrífuga que reexteriorice el conflicto*. En particular, hemos visto que estas relaciones facilitan que las paradas no se desvinculen necesariamente del empleo, y que los parados participen y reconozcan los tiempos tradicionalmente feminizados. Sin embargo, en nuestra opinión, la flexibilidad por sí misma no es necesariamente positiva, pues la *privatización flexible* del conflicto también puede funcionar como un modo óptimo de gestionar políticamente la crisis, y de naturalizar la división dual de las esferas del tiempo cotidiano tal como éstas se han constituido en relación al tiempo del trabajo capitalista. Si las relaciones flexibles sólo sirven para mantener la disponibilidad de los sujetos para el trabajo, pueden contribuir a aumentar la precarización, al absorber invisibilizadamente las seis mil millones de horas de cuidados que el arreglo temporal había transferido hacia los hogares en 2013 respecto a 2007. *La transformación de las disposiciones ligadas al patriarcado, pues, es condición necesaria pero no suficiente para la desprivatización del conflicto*. De esa manera, podemos hablar aquí de una *escasez temporal ambivalente*, ya que, como veremos más adelante [8.4], si a la flexibilidad de los roles se le sumaran determinadas condiciones, tanto parados como paradas potencialmente podrían reapropiarse del tiempo de cuidados de modo que éste recuperara un sentido propio que no estuviera subordinado a la división patriarcal del tiempo ni al trabajar por trabajar.

En definitiva, podemos afirmar que buena parte de los parados y paradas se encuentran en sus hogares privatizando el tiempo, de un modo individualizado, en la pareja y/o flexiblemente. En muchos casos, se alarga el encierro en el hogar y el malestar, mientras que en otros, se generan ciertas condiciones que permiten hacer frente a la vulnerabilización. De este modo, y para avanzar en las posibilidades de una riqueza temporal, el concepto del tiempo disponible profundizará en el análisis de bajo qué condiciones la desprivatización de los tiempos privatizados tiene más posibilidades de realizarse, sin que ello implique *remercantilizar* el tiempo [8.1].

# CAPÍTULO 7

El desempleo improductivo (I):  
ser superfluo

Las mercancías son por naturaleza perecederas. En consecuencia, si dentro de cierto plazo no entran en el consumo individual o productivo, según su destino; en otras palabras, si no se venden en determinado lapso, se deterioran y pierden, con su valor de uso, la propiedad de ser portadoras de valor de cambio. Se pierde el valor de capital, o en su caso el plusvalor que le ha crecido, contenido en ellas. Los valores de uso sólo siguen siendo portadores del valor de capital que se perpetúa y valoriza, en la medida en que continuamente se los renueva y se los reproduce [...]. Pero la condición siempre renovada de su reproducción es su venta bajo su forma acabada de mercancías, es decir, su entrada al consumo individual o productivo, de la cual esta venta es mediadora. Tienen que cambiar su antigua forma de uso dentro de determinado lapso para continuar existiendo en una forma de uso nueva. El valor de cambio sólo se conserva mediante esta renovación constante de su cuerpo. Los valores de uso de las distintas mercancías se deterioran con mayor rapidez o lentitud; puede transcurrir, pues, un intervalo más o menos prolongado entre su producción y su consumo; por tanto, las mercancías pueden, sin perecer, quedarse más o menos tiempo como capital mercantil en la fase de circulación M-D, soportar, como mercancías, un tiempo de circulación más o menos prolongado. El límite que el deterioro del propio cuerpo de las mercancías impone al tiempo de circulación del capital mercantil es el límite absoluto de esta parte del tiempo de circulación, o del tiempo de circulación que el capital mercantil puede describir qua [en cuanto] capital mercantil. Cuanto más perecedera sea una mercancía, cuanto más inmediatamente haya, pues, que consumirla, y en consecuencia también venderla, una vez que se la ha producido, menos podrá alejarse del lugar en que se la produce, más estrecha será por consiguiente su esfera espacial de circulación, más marcadamente local la naturaleza del mercado en el que encuentre salida. Por eso, cuanto más perecedera sea una mercancía, cuanto mayor sea, por su naturaleza física, la limitación absoluta de su tiempo de circulación como mercancía, menos servirá como objeto de la producción capitalista. (Marx, 1885: 150-1)

Entonces el día a día para mí no es un día rutinario, cada día es indiferente, pero sí constante en la lucha. Yo aconsejo a la gente que de alguna manera siente que está en esta situación, y empieza a tener esos brotes de depresión, que se reactive, que no caiga, que no se abandone. Yo he dicho a algunos compañeros muchas veces que llegaremos a tiempo. ¿Cuándo llegaremos? No lo sé. Pero quiero creer que vamos a llegar a tiempo. (Parados LD)

### 7.1. DEFORMARSE. El tiempo del paro con forma de tiempo superfluo

Volvemos ahora, seis capítulos después, al punto donde comenzamos la investigación: la forma más extrema de la escasez subjetiva del tiempo de trabajo, que se da en el tiempo del paro. Merece la pena recopilar diferentes discursos de parados y paradas, para captar con más precisión, y avanzar en la comprensión, de las causas de la escasez subjetiva de tiempo que *deforma*, literalmente, la vida de muchos parados.

Es como que ahora me sobra muchísimo tiempo. (Melinda)

Y UN DÍA... ¿AHORA CÓMO TE LO ORGANIZAS? Ahora, fatal. Doy más vueltas, no sé ni dónde voy. [...] ¿QUÉ QUIERES DECIR CON PERDIDO? Que no estoy centrado, o hago una cosa, y me cuesta mucho trabajo. *O termino de hacer una cosa, y es como si no estuviese pendiente, como si estuviese perdido, no organizado.* Hoy por ejemplo, que tenía que venir un tío, pues sí me he levantado, he hecho las cosas. Bueno, voy a hacer esto porque había quedado, si no, *no tengo un horario.* Para las comidas, sí. Pero el resto del tiempo, *no lo sé administrar.* (Jenaro)

Entonces, a ver, para mí, gratificante, las actividades que me gustan, el ocio, pero ahora mismo no me resulta tan gratificante como cuando no era todo mi tiempo, por decirlo de alguna forma. (Alfonso)

[...] muchas *horas muertas, sin nada que ocuparlas.* Y me dedico a eso, busco algún libro y le echo un vistazo. Pero siempre voy cambiando, voy buscando nuevas actividades que hacer, para entretener. Es que hay horas del día que no sé en qué ocuparlas. (Carlos)

[...] pero realmente el verte que te dedicas más tiempo libre a las tareas cotidianas de la casa y a otras cuestiones, también se vuelve en contra tuya, porque al fin y al cabo tú no disfrutas con exceso de tiempo libre. (Luis)

Entonces ahora ya los sábados y los domingos pues como un lunes y martes, igual. (Hilario)

Yo puedo decir que para mí todos los días son iguales, de lunes a domingo. Lo mismo me da que sea domingo, que sea sábado o que sea martes o miércoles, me es indiferente porque hago todos los días lo mismo. (Parados LD)

Consideramos tiempo libre cuando no estás trabajando. Otra cosa es ese tiempo, ¿qué haces tú con él? Porque ¿qué pintas tú ahí? Estoy de vacaciones porque estoy de vacaciones. Estoy trabajando porque no tengo vacaciones. Yo estoy de viaje, no estoy de vacaciones. Yo hay días que no estoy de vacaciones. Son unos términos que varían. ¿"Estás de vacaciones"? Ahora, no estoy de vacaciones, es que no tengo trabajo. (Precarios)

Y la verdad es que cuando tenía trabajo, me cundía más el tiempo. Yo era muy organizado, tenía las niñas pequeñas. Y ahora que dispongo de más tiempo libre, y no es que me vea la tele ni nada por el estilo, pero *no me cunden las cosas como antes.* Quizá porque no me adapto a ese ritmo, o todavía no tengo la capacidad de organizarme, pero me cunde todo menos. (Precarios)

Para mí el tiempo libre es la recompensa de un tiempo ocupado. Yo ahora no tengo tiempo ocupado, yo intento ocuparlo. ¿Sabes? ¿Entonces si no tengo tiempo ocupado, cómo voy a tener tiempo libre? (Parados CD)

Y es un poco estresante, siento que no tengo facilidad para centrarme, me atrapa. Digo: antes hacía todo y ahora estoy en casa más tiempo, no trabajo y en cambio se va el tiempo y no sé donde se ha ido.

Es la sensación como de que se va el tiempo y que pasa una semana y todos los días igual, no veo avance. (Parados CD)

[...] por la noche es cuando empiezas a deprimirte, de ver que todo lo que has hecho tú durante el día no has conseguido nada. (Parados CD)

No tengo niños, a mí al contrario de lo que te pasa a ti, los días se me hacen más largos y un poco acabo estresado por la impotencia que te da el día a día. (Parados CD)

[...] y hago cosas para matar el tiempo, y digo matar el tiempo porque mato el día, porque lo que no tengo es futuro. O sea que no puedo pensar: a ver si para el mes que viene consigo para poder hacer, para ampliar, para reformar. No tengo. // No, no tienes, no tienes. // Antes tú estabas trabajando y las cosas malas las tragabas porque en tu mente había una meta, un objetivo, cosas a corto plazo, a más largo plazo, como tú quieras, pero todo lo hacías, te sacrificabas por un algo. Ahora mismo vas matando el día por matar el día, porque si no te vuelves loco, algo tienes que hacer. No hay un futuro, no hay un porqué, no hay [...]. Yo lo que intento ahora es ocupar el tiempo, por esto decía lo de matar los días. (Parados CD)

Y la verdad es que la sensación de que se acaba un día y empieza otro, que has comentado tú, o que se hace la casa, que has comentado tú, me siento muy reflejado también. A mí lo que más me cuesta... yo por ejemplo no me suelo quedar en casa, casi nunca; suelo salir, entonces me tengo que buscar adónde voy al día siguiente. ¿Adónde vas, qué haces hoy, qué haces mañana...? Es un esfuerzo más grande que mi trabajo buscar qué tengo que hacer. (Parados LD)

Que no me aburro, lo que pasa es que no me encuentro a gusto conmigo mismo. De alguna forma digo que *el tiempo tendría que dar más de sí*. (Parados LD)

Pero lo que intentas es *que no te pise esa monotonía*, porque si no, al final lo que hace es que te derrumba. (Parados LD)

Antes pensaba: si yo me jubilara ahora, con tener un dinero me amoldaba. Ya buscaría cosas para hacer. Pero ahora que me aburro, no estoy a gusto. O sea, verdaderamente no es el hecho del dinero, es el hecho de moverme de otra manera, en otra situación. No solamente porque te entre el dinero. (Parados LD)

Cualquiera que viva en esta sociedad puede comprender la sensación de perder el tiempo, pero la dificultad de su descripción se incrementa cuando el *rellenar, pasar, perder, o matar* el tiempo se vuelve cotidiano, denso y repetitivo durante meses o años. La experiencia prácticamente universal de “que el tiempo cunde más cuantas más cosas haces” no tiene una palabra muy concreta para ser designada, sino que alude a expresiones muy diferentes, metáforas del tiempo: “el tiempo no cunde”, “el tiempo tendría que dar más de sí”, “la monotonía te pisa”, “matar el tiempo por matar el tiempo”, “el tiempo se va”, “los días se hacen más largos”. Según avanza el desempleo, la abundancia objetiva de minutos tiende a una profundización de la escasez subjetiva de tiempo, que se concentra en las masas de población cuya inversión de tiempo no ha resultado: todo el trabajo de competir por el trabajo va perdiendo efecto, el tiempo del desempleo reproductivo se hace cada vez más monótono y, como vamos a ver, el conjunto de la existencia social se *deforma* progresivamente a medida que el parado va perdiendo su forma de trabajador; es decir, sus

prácticas y disposiciones se hacen superfluas a medida que dejan de ajustarse a las normas temporales marcadas por el trabajo.

De este modo, a medida que avanza el proceso de pararse, el parado está, cada vez más, literalmente invadido por los momentos superfluos. La imposibilidad práctica de que alguien o algo le compre su tiempo de vida, le lleva a una progresiva reducción de la esfera espacial de su movimiento, a una indistinción de la textura del tiempo y una pérdida de la significatividad de los acontecimientos, a una barrera creciente para vender su tiempo por dinero; y en tanto que el trabajo es *la* actividad, *el* pivote, su principal razón de ser, el proceso de desmercantilización del tiempo de su vida se identifica progresivamente con el proceso de dejar de existir socialmente. La renovación constante de su cuerpo de trabajador es cada vez más dificultosa porque las disposiciones y prácticas dejan de actualizarse. Cuando los momentos superfluos invaden la cotidianidad de un parado, el sujeto no puede controlar su tiempo y es, más bien, el tiempo el que lo controla a él. En vez de que el parado estructure su tiempo, su tiempo lo desestructura. En tales situaciones, las paradas y, sobre todo, los parados, se autoperciben como superfluos, deformados, sobrantes. La riqueza de las categorías y metáforas de la superfluidad es directamente proporcional a la dureza con que a menudo los parados se refieren a sí mismos.

#### Cuadro 22. La autopercepción de superfluidad: expresiones, adjetivos, metáforas

- *Obsoleta* (Manuela)
- parece que ya *no existes* (Manuela)
- *Estancada* (Marisa)
- Te hacen sentir que *no eres nada* (Marisa)
- Estar hecha *polvo* (Marisa)
- Para que no se olviden de mí, para que sepan que sigo aquí (María)
- *Traumatizada* (Elisa)
- *minoritaria* [...] como un lobo solitario, una persona *aislada, marginada* (Elisa)
- Estás *hundido* (Edgar)
- *Sobrábamos* (Jorge)
- Como si estuviese *perdido, no organizado*. (Jenaro)
- Estamos *desechados*. [...] en estos dos últimos años he *envejecido* lo que no he envejecido nunca. (Hilario)
- Hay momentos en los que te sientes *inútil* (Luis)
- Se siente un *inútil* (Gema)
- Yo cuando conocí a Nacho, se comía el mundo. Ahora no se come nada. [...]

- Su confianza en él mismo ha *mermado* (Gema)
- Y hay detalles que te dicen... como lo de no arreglarse, el *abandonarse* (Gema)
  - Seré yo *gilipollas*, o que *no sirvo*. (Precarios)
  - Pensando dónde voy a encontrar ahora mi sitio (Paradas)
  - He hecho muchas cosas y *nadie me aprovecha* (Paradas)
  - Unos *indeseados* (Parados CD)
  - No valemos *para nada* (Parados CD)
  - Eres un *trasto viejo* allí oxidándose (Parados CD)
  - *Inútil, oxidándote y olvidado* (Parados CD)
  - Ya no servimos *para nada* (Parados CD)
  - Es mejor *no existir* (Parados CD)
  - Somos *números* (Parados CD)
  - Un *producto obsoleto* (Parados CD)
  - Sensación de estar *aparcado* (Parados CD)
  - Sensación de *no servir* (Parados CD)
  - Este hombre ya no es ni número, este ya es *caducado* (Parados CD)
  - Has pasado al olvido, ya *no eres nadie* (Parados CD)
  - Los *feos* somos nosotros. (Parados CD)
  - se están *echando a perder* (Parados LD)
  - Como *al margen* [...] *marginado*, como que la gente continúa con su vida y tú no (Parados LD2)

Como decía el parado de la cita con que hemos abierto el capítulo, el paso del tiempo en el paro hace emerger “brotes de depresión”. Si puede decirse así, ¿de dónde *brotan* estos brotes de depresión?

Dicho en nuestros términos teóricos, el problema central del proceso de desestructuración del tiempo del paro es que *las prácticas se enfrentan con una estructura temporal con más fuerza desestructurante que la fuerza de las prácticas para reestructurar su determinación como superfluas*. O dicho de manera más sencilla: puesto que las normas temporales del trabajar por trabajar se tienden a imponer sobre las personas y los grupos y no al revés, ninguna persona ni grupo concreto puede controlar sustancialmente su relación respecto a las normas temporales. Puesto que la posición del paro se define por estar en los márgenes del mercado de trabajo, están en una lucha contra corriente para “llegar a tiempo” (Parados LD) antes de que su tiempo alcance

el límite y se materialice su expulsión definitiva de la existencia social en tanto que existencia por el trabajo.

El recorrido de este capítulo tiene como objetivo *reconstruir las condiciones sociales que explican por qué el tiempo del paro tiende a transformar la abundancia objetiva de minutos en una escasez subjetiva de tiempo*. La experiencia de superfluidad aparece como surgiendo de la interioridad del sujeto pero, en nuestro enfoque, lo que explica esta experiencia es la materialización *social* de la incorporación del tiempo superfluo asignado por el paro. Entonces, en las condiciones históricas del tiempo expropiado, la “falta de voluntad” de trabajar no sería tanto la causa del deseo de no trabajar como la consecuencia de los obstáculos objetivos para trabajar. En nuestra hipótesis, *la intensidad del proceso de desestructuración del tiempo del paro es directamente proporcional a la intensidad con que el tiempo de vida está estructurado por el trabajo*. En este sentido, la vida temporal se deforma más bajo ciertas condiciones sociales típicas: socialización en una norma de empleo rígida, paro de larga duración, relación doméstica con roles de género rígidos, clase popular [4.2]. Es decir, su intensidad es mayor, por regla general, en hombres parados de larga duración con una masculinidad rígida que se han socializado en una norma de empleo rígida y con escasez de dinero. ¿Por qué es más común en estas condiciones y no en otras?

Desde nuestra perspectiva, sostenemos que no existe un solo trabajador que pueda resistir individualmente a la destrucción de los soportes *sociales* de su existencia, pues la aparente individualidad autosuficiente no es sino una forma social constituida por el trabajo. De esta manera, probamos empíricamente hasta qué punto la pérdida de trabajo desvela la intensidad con que el trabajo constituye una relación social totalizadora, y no simplemente una relación económica. De esta manera, mostrar cómo el tiempo superfluo se materializa nos explica por qué los parados dejan de competir por el trabajo, y simultáneamente, nos abre el camino para empezar a comprender qué es lo que *no* tiene que ocurrir para que el tiempo del paro se estructure como potencial tiempo disponible [cap. 8].

Para poner de manifiesto las condiciones de esta transformación de la abundancia de minutos en escasez subjetiva de tiempo, damos los siguientes pasos: 1) recordamos los puntos clave de los conceptos específicos del *deformarse* en el paro; 2) planteamos someramente el problema de cuantificar el tiempo superfluo; 3) analizamos cómo el proceso de hacerse superfluo para el trabajo se ha expresado, durante el arreglo temporal, en hacerse superfluo en todos los niveles de la vida de parados y paradas; concretamente: en ser superfluo para el Estado; 4) ser superfluo para las empresas; 5) ser superfluo para la familia y los amigos; 6) ser superfluo por la



escasez de dinero; 7) ser superfluo para la casa; 8) ser superfluo para uno mismo; y, 9) ser superfluo para el futuro. Nos alargamos especialmente en el punto octavo, donde enfatizamos la relación entre las formas típicas del malestar subjetivo de los parados y la explicación de la escasez subjetiva de tiempo. Concluiremos sintetizando cómo las transformaciones en el desempleo improductivo superfluo se sitúan como el tercero dentro de los cuatro ejes de la explicación de la paradoja del tiempo escaso.

*La superfluidad del trabajo aparece como la superfluidad de las personas*

Volvamos a insistir, una vez más, en una de nuestras ideas centrales: la dinámica capitalista, en vez de reducir globalmente el tiempo de trabajo a medida que aumenta la productividad, reconstituye su necesidad de tiempo de trabajo, que se distribuye de manera polarizada y conflictiva. Este efecto de inversión que caracteriza a la relación de trabajo hace que el capitalismo no ahorre tiempo de trabajo global sino que ahorre personas, las cuales intentan reintegrarse al trabajo por todas las vías disponibles. Se da entonces la paradoja de que son las personas las que tienden a aparecer como superfluas, mientras que el trabajo aparece como la actividad transhistórica que crea riqueza, a pesar de que cada vez sea necesario menor cantidad de trabajo para crear cada vez más mercancías. Desde este enfoque, la fuerza con que se impone la percepción social según la cual el trabajo es una necesidad incuestionable, no puede reducirse a una cuestión ideológica o a una visión meramente errónea sobre la realidad. Que las personas “aparezcan” como superfluas es un proceso real mediante el que se evidencia hasta qué punto la vida social está simbólica y materialmente constituida por la relación de trabajo.

Siguiendo a Postone (1993: 356-61), en la sociedad capitalista hay una relación fundamental entre el reconocimiento de quién es sujeto y el reconocimiento de quién es trabajador. Lo que define a un sujeto trabajador es que su condición de sujeto en la esfera del intercambio, como libre vendedor de su tiempo, depende de su condición de objeto del proceso de producción: si su tiempo no es vendido por dinero, no es un sujeto valorado y reconocido. Cuanto más intensa es la dependencia de su existencia subjetiva de su carácter de objeto –como mercancía– más intensa será la desestructuración de la forma material de su existencia: esto es, de su desajuste de las normas temporales, de la incapacidad de estructurar sus prácticas y de la desactualización de sus disposiciones temporales. Por ello, no todos los sujetos están constituidos por la relación de trabajo de igual manera, con la misma dependencia, con la misma intensidad; o lo que es lo mismo, no todos los sujetos tienen la misma relación con el tiempo social. Por ejemplo, las mujeres, tienen un menor reconocimiento social en cuanto que el tiempo de su

existencia ha estado menos mercantilizado que el tiempo de los hombres, de modo que, de un modo general, las paradas ven menos afectada su existencia social por causa del paro [cap. 6]. En ese sentido, el proceso de convertir a las mujeres en trabajadoras reconocidas en la sociedad capitalista, es paralelo a su proceso de ser *iguales* a los hombres en tanto afectadas por la constitución de su *existencia por el trabajo*, es decir, por significarse socialmente por la venta voluntaria del tiempo de su vida. Al igual que en las mujeres, la igualación de los cuerpos concretos respecto a la relación de trabajo, favorece la igualación del *proceso de dejar de ser*<sup>293</sup> *algo* cuando se deja de ser para el trabajo. Así, en esta relación, cuanto menos objeto se es, menos sujeto se es. Cuando el proceso se ha profundizado, la existencia del trabajador aparece como superflua: la asignación de tiempo superfluo coincide cuasi-idénticamente con la condición de portador material de tiempo superfluo, y ser sobrante para el capital se confunde con ser sobrante para la vida social en general. Cuando el proceso de dejar de *ser* trabajador se identifica no sólo con ser económicamente superfluo sino por una existencia social superflua, lo que se muestra es, como hemos repetido, que el trabajo es una *hecho social total*<sup>294</sup>, que afecta al conjunto de las relaciones sociales, y no una mera relación económica.

## 7.2. Miles de millones de horas superfluas

La dificultad de dar un sentido a una posible estimación del tiempo superfluo la hemos visto ya en varios ejemplos: en las categorías de la Encuesta de Empleo del Tiempo, el tiempo de ‘vida social’ que se supone ‘tiempo libre’, puede ser para un parado un modo de acumulación de capital social orientado a la búsqueda de trabajo; el ‘trabajo voluntario’ puede significar trabajar gratis como medio de ‘búsqueda de trabajo’, entre otros ejemplos. También hemos visto que, para muchos varones parados, el sentido del tiempo de cuidados a menudo es un “rellenar” el tiempo que en ocasiones puede ser más improductivo -en sentido superfluo- que reproductivo. El tiempo categorizado como ‘deportes’, como veremos, puede ser el tiempo del pasear como actividad que se recurre típicamente para llenar el tiempo, y no como actividad de ‘ocio’ ni de descanso. En general, lo que descubrimos es que las categorías de actividad de la EET, que se presentan como

<sup>293</sup> No utilizamos aquí la categoría de “ser” superfluo de un modo cualquiera. Según Postone, las categorías del análisis de Marx intentan captar crítica e históricamente las “formas del ser, determinaciones de existencia” (Postone, 1993: 61; Marx, 1857: 27), en el marco de una crítica a las categorías filosóficas transhistóricas. Ser superfluo, en este sentido, es estar históricamente *determinado* por la forma del tiempo superfluo. Como es evidente, ello no tiene en nuestro caso ningún sentido metafísico: la existencia de los parados está determinada como superflua, no por la esencia de su ser, sino porque irrumpe la crisis y el tiempo superfluo masivamente asignado rompe la ritmicidad del tiempo de vida.

<sup>294</sup> Sobre la relación entre este concepto de Mauss y el concepto de trabajo en Marx, véase Jappe (2011: 135-64)

obvias, en muchas ocasiones no tienen sentido cuando se aplican al análisis del tiempo del paro. Ello vuelve a apuntar al problema de que el sentido de las prácticas se relaciona más con su forma temporal que con su contenido.

Tiene más sentido, como hicimos, estimar las horas del trabajo de competir por el trabajo o las horas dedicadas al paro reproductivo: es decir, *medir el tiempo* tiene sentido cuando hay un pivote temporal que da sentido al tiempo total. La medición deja de tener sentido cuando la cualidad del tiempo superfluo, en su *deformación*, produce una heterogeneidad de situaciones que no encajan en las categorías del EET ni en la suma de minutos. Lo único que puede decirse es que son “miles de millones de horas”, una abundancia objetiva de minutos que invade a los parados que típicamente se encuentra bajo las condiciones que señalamos más arriba. Aun así, al hilo del análisis de las actividades del tiempo en la cama, o la televisión, daremos algún dato del aumento específico en la población parada, como ya señalamos [4.1].

Para no dejar un vacío de datos, y aunque no sea en términos de tiempos cuantitativos, son muy pertinentes los datos elaborados por Foessa (2014) para el mismo periodo que analizamos. Foessa, mediante un índice de exclusión social construido a partir de 35 indicadores muy heterogéneos (Ibíd.: 19), apoya un tipo de análisis de la superfluidad que no lo reduce a lo estrictamente económico. Si se sustituye mentalmente “exclusión social” por “superfluidad”, la reproducción literal de algunos datos de exclusión es útil a nuestros fines:

[...] el 75,6% de los hogares encabezados por una persona desempleada están afectados por la exclusión social y el índice de exclusión es cuatro veces mayor que cuando el sustentador principal está trabajando. Aun sin que tenga por qué ser el sustentador principal, la presencia de una persona desempleada en el hogar aumenta la proporción de hogares excluidos hasta llegar al 43,6%. Atendiendo al conjunto de la población, la mitad de los desempleados están excluidos y cuatro de cada diez personas excluidas están paradas.

*El impacto del desempleo en el espacio social de la exclusión no se entiende en términos de extensión relativa* (no es que las personas desempleadas estén ahora más expuestas a la exclusión social: siguen siéndolo tres de cada cuatro de los hogares encabezados por una persona desempleada y aproximadamente la mitad del total de las personas desempleadas, prácticamente igual durante todo el periodo), *sino en términos de intensidad* (el 37% de los hogares encabezados por un desempleado están en situación de exclusión severa, quince puntos más que en 2007) *y, sobre todo, en términos absolutos*, porque ahora hay muchos más hogares afectados por el desempleo. Como resultado de todo ello, el 38,6% de los hogares excluidos están encabezados por una persona desempleada, bastante más del doble que en 2007, y en seis de cada diez hogares excluidos hay alguien desempleado (el triple que en 2007). En las situaciones de exclusión severa la presencia de este tipo de hogares todavía es más relevante (el 46,8% de los hogares en exclusión severa están encabezados por una persona desempleada, tres veces mas que en 2007). (Foessa, 2014: 29-30)

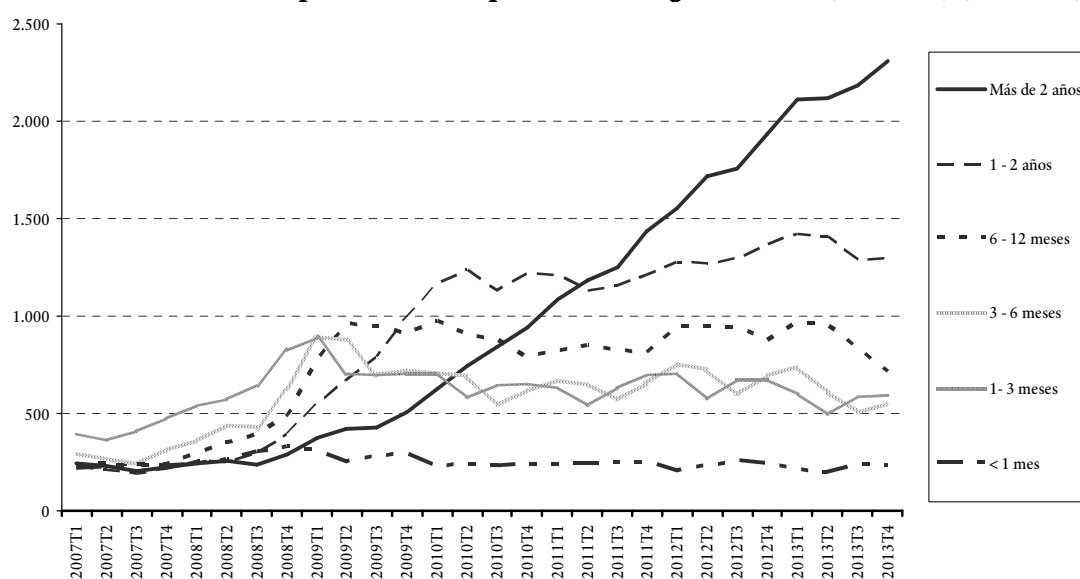
Como dice este informe, el problema del desempleo no se puede ya valorar en términos puramente cuantitativos, sino que el proceso del arreglo temporal apunta además una *intensificación* cualitativa de la superfluidad. Junto a ello, el aumento en términos cuantitativos del número de hogares en el límite de la exclusión, nos lleva a interpretar que son “miles de millones de horas” la cantidad en que ha aumentado el tiempo superfluo global. Ello nos enlaza con el problema nuclear de la desprotección pública, que tratamos a continuación.

### 7.3. Ser superfluo para el Estado

En el caso del desempleo, ser superfluo para el Estado puede ser interpretado como la negativa de las instituciones de garantizar “la asistencia y prestaciones sociales suficientes ante situaciones de necesidad, especialmente en caso de desempleo”, tal como reza el artículo 41 de la Constitución Española. Al no proporcionar una protección económica suficiente, implícitamente, el Estado no reconoce la involuntariedad del desempleo ni el acceso al salario indirecto como un derecho [5.3]. Esta situación de desprotección, en términos del proceso de hacerse superfluo, es particularmente grave en la desprotección de los parados de larga duración: aquellos que -por escoger un criterio prolongado- llevan más de dos años sin trabajar. Veamos, primero, la producción de parados de larga duración durante el periodo estudiado, y después, su desprotección en términos de prestaciones.

El ritmo de producción de parados de larga duración, dosificado paulatina pero imparablemente por la gestión del arreglo temporal, puede verse en este gráfico:

**Cuadro 23. Ritmo de producción de parados de larga duración (2007-13) (en miles)**



Fuente: EPA

Como vemos, a finales de 2009 se supera el medio millón de personas con más de dos años buscando un empleo, y en sólo cuatro años, a finales de 2013, esta cifra se ha multiplicado por cinco, hasta los casi dos millones y medio. Paralelamente, el número de parados que llevan menos de dos años buscando empleo se estabiliza desde 2010, y en 2013, se observa un ligero descenso en números absolutos en las tres categorías de parados que llevan entre tres meses y dos años buscando empleo; lo que en términos generales indica que una parte de quienes llevaban menos de un año en paro han encontrado algún empleo –ya sea de una hora semanal, ya sea indefinido– mientras que otra parte –especialmente quienes llevaban más de un año en paro– ha pasado a engrosar el paro de más larga duración, o también, a ser categorizados en la inactividad.

El crecimiento diferencial de los parados de más larga duración se corresponde con aquellos que progresivamente van quedando fuera de las nuevas normas temporales que el arreglo temporal español ha instituido. Así, esta gráfica muestra los efectos reales del arreglo temporal sobre el desempleo: por un lado, la gestión productiva del tiempo superfluo, se ha dirigido a “activar” al máximo número de desocupados y a los propios ocupados [cap. 5]; pero por otro lado, al mismo tiempo, este tipo de intervención ha instituido una barrera difícilmente franqueable para un conjunto de la población cada vez mayor, que se ha multiplicado por cinco en sólo tres años, cuyas condiciones objetivas apuntan a su superfluidad permanente e irreversible –a no ser que tengan condiciones para transformar su tiempo superfluo en tiempo disponible [cap. 8].

En relación a la proporción de parados cubiertos por prestaciones, en 2013, según la *tasa de cobertura oficial* del Ministerio de Empleo, la cobertura de los parados era del 62%. Según nuestra problematización, anteriormente estimamos la *tasa de cobertura total* en un 48% [5.3]. Pero según otra propuesta de problematización, la *tasa de protección* en el primer trimestre de 2014 era del 32,5% (Negueruela, 2014: 4-6). En ese sentido, según el Ministerio, dos de cada tres parados cobran una prestación, según nuestros datos es uno de cada dos, pero según estos cálculos más precisos –realizados a partir de la EPA y sólo contando como beneficiarios de prestaciones por desempleo a quienes la EPA define como parados– Negueruela cifra la *tasa de protección* en uno de cada tres.

Veamos ahora, qué proporción de parados de larga duración están protegidos por una prestación:

Tabla 16. Tasa de protección según duración del desempleo (1º trim. 2014)

DURACIÓN DEL PARO	TOTAL PARADOS	TOTAL PARADOS CON PRESTACIÓN	TASA DE PROTECCIÓN
<i>Menos de 1 año</i>	2.210.000	922.000	42%
<i>1 - 2 años</i>	1.263.000	436.000	35%
<i>2 - 4 años</i>	1.480.000	373.000	25%
<i>Más de 4 años</i>	973.000	197.000	20%
<b>TOTAL</b>	<b>5.925.000</b>	<b>1.928.000</b>	<b>32,5%</b>

Fuente: Negueruela (2014: 4). Datos de prestaciones redondeados a miles

Según estos datos, de las dos millones y medio de personas que llevaban más de dos años en paro al iniciarse 2014, un 23% tendría alguna prestación, o lo que es lo mismo, un 77% de los parados de larga duración serían superfluos para el Estado. Si los dividimos en dos grupos, tres de cada cuatro de quienes llevaban entre dos y cuatro años buscando empleo, y cuatro de cada cinco de quienes llevan más de cuatro años, carecerían de protección económica pública. Como se ve, la desprotección aumenta a medida que se alarga la duración del desempleo. Además, como es ya redundante recordar, esta desprotección es más pronunciada en las mujeres y a medida que aumenta la edad. Respecto a la minoría de desempleados que mantienen una prestación, no sabemos si cobran de media una prestación de 800 euros o una de 100 euros, porque como ya señalamos, los datos específicos de prestaciones de nivel asistencial no nos han sido proporcionados por el Ministerio de Empleo<sup>295</sup>.

En resumen, como vamos a ver cualitativamente, los efectos de la desprotección del Estado tendrá graves efectos sobre la intensificación de la superfluidad, no solamente por lo que la desprotección implica en términos de escasez de dinero, sino también por la importancia de que el Estado niegue a los desempleados más vulnerables el reconocimiento simbólico de percibir la protección a la que constitucionalmente tienen derecho.

<sup>295</sup> Como ya dijimos en una nota [5.3] tras múltiples intercambio de correos con el Ministerio de Empleo no ha sido posible acceder a estos datos.

## 7.4. Ser superfluo para las empresas

Vimos ya cómo diferentes procesos -la presión competitiva, la dificultad de esperar tanto como otros, la escasez de dinero para llamar o para transportarse, el sinsentido de formarse, el capital social devaluado, el miedo, etc.- obstaculizaban las posibilidades de invertir tiempo y dinero en encontrar un empleo [cap. 5]. Después de haber analizado la inversión de tiempo en competir por el trabajo, analizamos ahora un punto más avanzado del proceso, tras el cual el esfuerzo del parado no ha resultado en un puesto de trabajo. En este apartado, podemos ver con algunos ejemplos cómo el efecto conjunto y continuado de todos estos obstáculos, en el contexto de la escasez general de empleos, presionan al parado para que deje de buscar trabajo.

### *La subjetivación del despido*

El despido es la categoría jurídica que designa el momento en que la *asignación* de tiempo superfluo se institucionaliza formalmente en el paso de ‘ocupado’ a ‘parado’. Por ello, el despido ha adquirido históricamente un significado negativo asociado a la pérdida del salario directo y el reconocimiento como trabajador. Es el momento en que simbólicamente el pivote se pierde.

En el contexto español, la gran mayoría de los despidos no tienen que ser comunicados al trabajador porque no son reconocidos como tales, ya que los contratos temporales permiten despedir realmente sin despedir formalmente. En tales casos, el trabajo termina cuando finaliza el contrato o con la no-renovación del contrato, lo que opera en aproximadamente nueve de cada diez contratos que se firman en España. Por tanto, es sólo en una minoría de casos, en los que el empleador debe tomar la iniciativa de despedir, o -en un lenguaje más formal- “interrumpir” el tiempo de la prestación laboral establecida en el contrato de trabajo.

La transformación del significado del despido puede rastrearse en aquellas formas retóricas que evitan nombrar la categoría “despido” para no referirse a la superfluidad del trabajador para las empresas, fenómeno que puede ser comprendido dentro de los cambios discursivos generales respecto al despido (Fernández y Martínez, 2014). Así, han proliferado una multitud de nuevas expresiones que rehuyen mencionar el “despido”. Tales expresiones a menudo son reproducidas discursivamente por el parado despedido, como un modo de subjetivación positiva de su superfluidad para la empresa. Por el contrario, otros parados no reproducen este lenguaje sino que subrayan el carácter de superfluidad que el despido significa.

[...] en el mes de agosto debido a la mala situación de la empresa me echaron. Ya habían echado al setenta por ciento de la plantilla realmente. (Manuela)

[...] el día 2 me llamaron que fuese a Mercamadrid, que tenían que hablar conmigo, y ya tenían los papeles preparados para el despido. En fin que supuestamente no había pasado la prueba, el período de prueba. (Marisa)

Yo le propuse que yo quería seguir trabajando, pero que no podía firmarle un baja voluntaria porque... Y me dijo que con esas condiciones no, porque él tenía que cuidarse las espaldas, porque yo estaba embarazada y que si yo cogía una baja pues... Era obvio que él me iba a echar a la calle sin derecho a nada. (Martina)

[...] las necesidades los obligaban a prescindir de mí. (Edgar)

Me notificaron y me dieron la baja. (Edgar)

[...] nos fueron despidiendo... no bueno, a un autónomo no le despiden, a un autónomo le dices “vete mañana” y punto. Y ya está. Pero sí, le llamas despedir, ¿no? (Hilario)

“Entonces me llamaron arriba” (Martina)

Sobrábamos la mitad (Jorge)

El encargado me dijo: “A tomar por el culo” Y a tomar por culo me fui, mejor dicho con una palabra. (Parados LD2)

Vemos así algunos ejemplos de los dos polos de la subjetivación del despido: por el lado de la subjetivación positiva, “tenemos que hablar contigo”, “no pasar el periodo de prueba”, “notificar”, “dar la baja”, “me llamaron”, “prescindieron de mí”, “firmar la baja voluntaria”, “coger la baja”; por el lado de la subjetivación negativa, “a tomar por el culo”, “sobrábamos”, “vete mañana”, “echar a la calle”, “nos echaron”. Todas estas expresiones son los modos lingüísticos que significan el acto del despido como momento de convertirse en superfluo.

#### Cuadro 24. El despedidor despedido

Un ejemplo análogo al del *orientador desorientado* [7.6] es el del *despedidor despedido*: una trabajadora de Recursos Humanos a la que le presentan un despido ilegal por embarazo como un “favor” que la empresa le hace para favorecer su maternidad.

[...] iba a ser promocionada hasta que dije que estaba embarazada, tuve suerte porque hasta el quinto mes no se me notaba nada [...] Y cuando regresé, yo cuando cogí la baja ya recogí todo porque sabía lo que iba a pasar, trabajaba en Recursos Humanos y esas cosas se saben, y cuando regresé el mismo día que me incorporaba, que además era un viernes, me había montado el ordenador y tal y me dijeron que había sido buenísima y que no iba a tener ningún problema en encontrar algo. Ellos se creían además que me hacían un favor a mí, porque creían que me iba a dedicar a mi hija, pero el problema es que lo pensaron por mí, no fui yo la que lo decidí. (Paradas)

En la actualidad, el significado negativo del despido está siendo objeto de una suerte de *ingenierías de la subjetividad* (Serrano et al., 2012) que intentan presentar el despido de manera positiva, como una *oportunidad*, al igual que ocurre con el significado del emprendimiento. Como muestra del tipo de cinismo asociado al significado neoliberal del despido, la película *Up in the Air* (2009) es una buena muestra de cómo este fenómeno es una importante línea estratégica de la actual gestión de Recursos Humanos.



*Diferencias irreformables*

Ya vimos cómo durante el tiempo de búsqueda de trabajo, o por efecto del despido, algunas particularidades concretas del trabajador se significan como obstáculos para adaptarse a la forma del trabajo [5.1]. Para quien encuentra un empleo, probablemente disminuye el carácter de obstáculo de sus diferencias negativizadas, pero si el tiempo de búsqueda de empleo se alarga indefinidamente, cada vez más estas diferencias aparecen como obstáculos absolutos que impiden la vuelta al mercado del trabajo. Entonces, parecen agotados los márgenes para su resignificación, y tales diferencias se presentan como irreformables.

[...] tengo 48, pero ya muy cerca de los 50. No te cogen el currículum. (Andrés)

[...] me quedé embarazada, y ahí sí que lo tuve mucho más difícil [...]. El tema de volver al trabajo me fue imposible. (Marisa)

Yo tengo un familiar que tiene una empresa y me dijo a mí “yo no contrataría nunca a una mujer casada con hijos” (Bárbara)

Bueno, cuando era joven te pedían experiencia y ahora salgo a la calle y ¡joder, tengo 22 años de experiencia! y te dicen: “No, no, lo quiero joven, que yo los quiero formar a mi forma”. Entonces dices: siempre estás descuadrado, ¿no? (Parados CD)

Y me doy perfectamente cuenta de que estamos desechados, y creo que hay una confabulación para causarnos problemas a nuestra generación, para entrar en depresión. (Hilario)

Y decir que uno tiene 51, 52, 53, 54 esto es tontería, tontería. O tiene que ser una empresa de un amigo, hacer un proyecto particular como tú dices, ¿pero a una empresa que tú llegues con 50 años? Tienes que ser tú, yo, vamos. // La llaman muerte laboral, de hecho. (Parados CD)

No es necesario añadir muchos más ejemplos a todos los que ya vimos: la edad, el género, el embarazo, la etnia, la cualificación [5.1], o cualquier otra diferencia que emerja asociada al impedimento de trabajar, se van constituyendo en estigmas socialmente reconocidos que son subjetivados por el parado como problemas más o menos irresolubles ¿Cómo ocurre este proceso? Podríamos representarlo en tres fenómenos: la omisión, el rechazo, y la humillación.

*Omisión*

Uno de los procesos de estigmatización de estas diferencias en función del criterio de las compradoras de tiempo –las empresas- puede ejemplificarse de la siguiente manera. El parado hace una llamada, se inscribe en una oferta, deja un currículum en un lugar, y nadie responde. Repite la misma secuencia una y otra vez, días, semanas, meses, y nadie responde. Si el trabajador

llama pidiendo trabajo, y el quien le compra su tiempo de trabajo le ignora, con su acto de omisión performa progresivamente la inexistencia del parado.

Porque ya no es que te digan “ya te llamaremos”, ¡es que ni siquiera te reciben, ni siquiera te están recibiendo! Entonces la cosa pinta muy mal. (Parados LD)

He echado currículums por todos los sitios, pero ya no te llaman de casi ningún lado. (José)

La verdad es que he echado a casi todas [las ofertas], pero no contesta nadie. (Jenaro)

O sea, que a mí no me la daban, es que ni me daban las entrevistas. Y para una que me dieron, me hacen presentarme, y cuando llego, después que me han concertado la cita, cuando llego, me dicen que no, que me vuelva por donde he venido porque ya tienen a otra persona. Entonces, ¿para qué me hacen venir? Uno no está por perder el tiempo, ni mucho menos. Por lo menos realiza la entrevista, comprueba si te gusta la persona o no, y luego ya, pero... ¿ESTO TE HA PASADO MÁS DE UNA VEZ DE QUE TE LLAMEN Y NO... PARA UN TRABAJO Y LUEGO VES QUE NO? Me ha pasado en un par de ocasiones, sí. Me pasó en una empresa de televentas, que estaba por Nuevos Ministerios. Pues eso, que te citaban para el curso de formación, te presentabas, y nunca había nadie. Y así, un día, otro día, hasta que dices: “paso, esto es un cachondeo.” Me han citado equis días, me he presentado esos diferentes días, no ha habido nadie en la empresa. Entonces me siguen citando para otro día. Cuando te lo hacen un día, otro día, ya sabes lo que va a pasar cuando vuelvas a ir, o por lo menos te lo intuyes. Entonces me planteé no volver más. (Elisa)

Yo ya llevo dos años que buscas trabajo, pero ni te llaman para entrevistas. Si te llaman para entrevistas, a lo mejor tienen quince días que hacen entrevistas a mucha gente, entonces en quince días imagínate la de gente a la que le hacen la entrevista. (Marta)

[...] o me levanto como a la siete y hasta la una del mediodía o así estoy sólo entrando en Internet, de lo mío hay algo, lo que pasa es que echo, echo y a mí nadie me llama y tengo bastantes cosas más aparte de eso auxiliar, técnico de radio, bueno bastantes cosas y es que no sale nada. (Paradas)

Y ahora no te quieren coger currículum, o te dicen “déjalo en el buzón” Y digo, porque el que ha estado antes se ha llevado los que había, ¿sabes? que si lo voy a dejar el que venga detrás el mío lo va a partir. (Parados CD)

Normalmente te dicen que te llaman, y no te llaman nunca. Creo que en vez de llamarlo Instituto de Empleo, lo tendrían que llamar Instituto del Paro. (Andrés)

[El tiempo de buscar trabajo] es tiempo tonto. Un tiempo que luego no te sirve para nada, no te llaman. (Marta)

Yo te puedo asegurar que he sido de las personas que ha echado más currículums en el mundo mundial, y no me han llamado ni un solo trabajo. Y la oficina de empleo llevo ya... Nunca me han llamado. [...] Yo con mi currículum, con mi quehacer, con mi forma de ser, tú crees que vas a encontrar trabajo. Después te vas al mercado de trabajo y te encuentras con la losa de que eso no sirve absolutamente para nada. (Luis)

Esta *omisión* generalizada ha sido el principal fenómeno que ha performado la superfluidad del parado para las empresas. Como dice el dicho popular, “el peor desprecio es no hacer aprecio”, y en este sentido, la ausencia de respuestas de las empresas a la masa de solicitudes de trabajo es la forma más extendida de ignorar al parado, contribuyendo así a producir su inexistencia social.

Desde el punto de vista de las empresas, esta solicitud masiva de empleo se materializa en montañas de currículums, bandejas de entrada saturadas por los correos electrónicos, puestos ofertados en Internet con cientos o miles de inscritos, teléfonos que suenan permanentemente, y un largo etcétera. Tales son las formas materiales concretas de expresión de la sobrepoblación. Ante esta situación, las empresas tendrían que contratar gente dedicada exclusivamente a rechazar parados, lo que evidentemente no ocurre.

Ante esta falta de respuesta, parece que el parado no sabe hacer su trabajo de buscar trabajo, porque la búsqueda no tiene ni tan siquiera el resultado de una respuesta. Así, es una situación común la de estar años en paro sin recibir una sola respuesta. El generalizado “no te llaman” transforma también el significado del teléfono, que va dejando de sonar: “mirando todo el día el teléfono a ver si alguien me llama.” (Hilario) o “hoy no me ha llamado nadie.” (Parados LD). La reducción de las llamadas recibidas es otro más de los indicadores materiales de la pérdida de conectividad con el mundo.

### *Rechazo*

Aunque a veces no es claramente distinguible de la omisión, otro fenómeno clave que contribuye a materializar la superfluidad del parado es el rechazo. En un contexto de relativa bonanza económica, la experiencia de ser rechazado es, al menos, ser tenido en cuenta, y la búsqueda de empleo tiene resultados porque tras varios rechazos suele firmarse algún contrato: “Claro, antes siempre, a lo mejor de tres entrevistas que hacías, te cogían en un trabajo. Pero ahora, no te cogen” (Marta). Sin embargo, en el contexto de la omisión generalizada, el significado del rechazo no es tanto el de la pérdida de *una* oportunidad, sino el de la pérdida de *la* oportunidad, pues tener una entrevista es algo excepcionalmente raro para muchos parados:

Intenté trabajar como televendedora. Nada. Hacías el curso de formación a cargo de la empresa, y luego nada. La verdad es que las ventas no se me da nada bien. Como no me salía mucho más porque se me había pasado la edad de aprendiz, la de Farmacias y tal, pues traumatizada. Porque me desanimaba bastante, porque veía que yo lo había estado haciendo, yo pensaba que había puesto todo mi empeño en desenvolver el trabajo, y me veía otra vez en la calle. ¡Otra vez en casa dependiendo de mis padres! Bajo las órdenes de mi madre sin tener un puto duro para pagarte ni siquiera un capricho, ni siquiera un cine, si no te lo permitían ellos. Y luego otra entrevista de trabajo, otro curso de formación. Me volvía a meter en el mismo horror. (Elisa)

Yo normalmente no he parado en mi vida, yo no he parado en mi vida, y de repente te encuentras con cosas que desconocías, [...] “no te puedo coger el currículum” y yo “Me cago en Dios. ¿Qué hago?”. ¿Sabes? Te encuentras en una situación que dices: “¿Esto existe?”. (Parados CD)

[...] hay días que ya digo no merece la pena salir, porque si la ley de protección de datos y no te cogen el currículum, si en otro sitio déjalo en un *buzón*, y después pasa el siguiente y lo tira todo, pues hay día que voy y hay día que digo: hoy no tengo ganas de que me vayan diciendo de que no deje ni el papelito. (Parados CD)

Como cuenta Elisa, el rechazo no ocurre sólo antes de trabajar, sino también durante los llamados periodos de prueba o de “formación”, asociados al regalar trabajo gratis como inversión de tiempo [5.4]. En el caso del parado cuyo método de búsqueda de trabajo es ir a las sedes de las empresas a entregar físicamente el currículum, el rechazo parece provocado por él mismo, en vez de por la empresa que rechaza. Se intenta traspasar el “buzón” e implicar a la persona que se le entrega el currículum en la mano, a través de una mirada, quizás mediante alguna frase o alguna broma para generar complicidad y causar una buena impresión que consiga distinguir al solicitante. Este rechazo sistemático en la entrega física del currículum, frustra al parado. En relación a esta experiencia compartida, el humor aparecía en un grupo de discusión: “...voy a echar currículums, los debería plastificar para que cuando los sacudan y caigan a la papelera, ¡flop! vuelve a salir el currículum para fuera, ¡te jodes!” (Parados LD2). Este humor es un modo de expresar la lucha cotidiana por hacer que el currículum propio se haga relevante frente al resto de currículums.

Por ello, el rechazo del currículum entregado físicamente, orienta a los parados a Internet, donde la omisión es lo más común: “Y echando currículums por Internet, porque los llevas a los sitios y te dicen que no.” (Paco). Pero en las páginas web de búsqueda de empleo, la escasez de dinero impide visibilizar el currículum, y el dinero vuelve a aparecer como requisito para poder trabajar.

Algunos parados con trayectorias laborales de décadas sin parar de trabajar, se sorprenden de manera mayúscula -“¿esto existe?”. Al no conocer el rechazo de ser parado, pensaban que la causa de trabajar era individual, que bastaba con ser concienzudo y con esforzarse. De repente, su idea de sí mismos se ve afectada por este inesperado rechazo [7.8.1].

### *Humillación*

Junto con la omisión y el rechazo, la superfluidad para las empresas se muestra de manera más cruel cuando se da la experiencia de la humillación del parado, que demuestra de manera más directa la omnipotencia de los compradores de trabajo ante el plus de poder obtenido por el desempleo masivo:

Estoy harto de ir a entrevistas y la gente que se ríe de ti (Parados LD2)

Desde el día que me despidieron... pues mira, empiezo a llorar. Estoy fatal, muy mal. Muy mal porque te hacen sentir que no eres nada, que hay dos mil personas detrás de ti y que se están riendo de ti. Es muy duro. (Marisa)

Esta humillación puede ser directamente intencional, o en ocasiones, el resultado lógico de una susceptibilidad desarrollada por la persona cuyas expectativas ya están formadas para afrontar el rechazo. A pesar de ello, cada nuevo rechazo implica un lento pero constante ahondamiento del dolor asociado a la inexistencia social. Los efectos de sentirse humillado son relevantes para explicar por qué se desintensifica la búsqueda de empleo.

#### **Cuadro 25. “Me llegaron a gritar delante de todos mis compañeros”**

Un caso particular de humillación en el trabajo es así analizado por James Scott:

Un insulto, una mirada de desprecio, una humillación física, un ataque a la calidad y a la posición de una persona, una grosería son casi siempre mucho más injuriosos cuando ocurren en presencia de testigos. Si se quiere pensar cuánto daño adicional produce en la dignidad personal una injuria pública, piénsese por un momento en la diferencia entre el regaño de un patrón a un empleado en la privacidad de la oficina de aquél y el mismo regaño realizado ante los compañeros y los subordinados. (Scott, 1990: 168)

Y así relata Daniel la causa del abandono “voluntario” de su trabajo:

Yo lo sentí cuando estuve... Vamos, yo me sentí con miedo, con una depresión tremenda, y lo tuve que dejar por eso. A mí me llegaron a gritar delante de todos mis compañeros, y no lo acepté. Te crean una situación que, la verdad, *no sabes cómo escapar*. (Daniel)

El “delante de mis compañeros” como experiencia pública de humillación, apunta a toda la miríada de humillaciones en el trabajo y especialmente en los días, semanas o meses previos al despido, que van produciendo la superfluidad del sujeto. Estas humillaciones probablemente son infrarrepresentadas por el dispositivo de entrevista de nuestra investigación, pues por muy buen entrevistador que se sea, no siempre en una o dos horas de conversación podrán compartirse ciertas situaciones de humillación que generan mucha vergüenza.

#### *Perder la esperanza de trabajar*

Como se ve, la repetición continuada y prolongada de la omisión, el rechazo y la humillación tienen como consecuencia lógica la producción de la inexistencia y la apatía del parado. Ya no es hacer tal curso o tal formación, ni insistir un poco más o seguir llamando un poco más por mera fuerza de voluntad. Si sistemáticamente no responden, no llaman, rechazan o se ríen de un demandante de empleo, es normal que se produzca lo que en el lenguaje de los economistas se conoce como el *trabajador desanimado*. Pero este “desánimo” no es un mero estado de *ánimo* que surge de adentro del sujeto. El estado psicológico del desánimo, como estamos viendo, no es la

causa de no encontrar trabajo sino la consecuencia de la omisión, el rechazo y la humillación continuadas, ante la cual difícilmente puede mantenerse el ánimo indefinidamente, como si uno fuera impermeable al mundo. Como repiten algunas personas, se pierde la *esperanza*, que de tanto esperar se convierte en desesperanza:

Sólo me han llamado dos veces, una era para publicidad disfrazada, otra también para hacer promoción en una perfumería sin camiseta, y otra fue una entrevista de trabajo de administrativo que fue en una entrevista de Trabajo Temporal, me explicaron las condiciones que eran las que eran, pero bueno, las acepté. Me dijeron: “Te llamamos a la semana que viene para la segunda fase”. ¡Sí, ya! Y aún estoy esperando. Y entonces dices: pues bueno. Ya *se te cae todo tipo de esperanzas* de encontrar un trabajo. (Daniel)

Miro a ver si hay alguna oferta, que ya *he perdido prácticamente la esperanza*...Y bueno, Facebook, correos... (Carlos)

Antes me levantaba antes, estaba más activo buscando trabajo. Pero ya, con el tiempo, que son seis meses desde la última vez, quieras que no, dejas de buscar trabajo más exhaustivo, te vas dejando, la desilusión se va cebando más en ti, entonces digamos que lo vas dejando un poquito más, te vas paralizando en ese tema. (Carlos)

[...] a lo mejor si llevas menos tiempo, pero cuando llevas ya tres años y ha pasado la época esta de “Bueno, ya he descansado” y empiezas a meterte en las páginas éstas de InfoJobs y no sé qué y te das cuenta de que te pasas a lo mejor cuatro o cinco horas diarias, durante dos o tres meses mandando currículums y no te sale una sola entrevista, entonces te pasas los tres meses siguientes metida en la cama porque dices: “Me cago en la leche, ¿es que no hay, o sea, una luz?” (Paradas)

[...] ya nos casamos y ya vivimos cuatro años económicamente muy buenos, hasta que él estuvo trabajando, y ahora pues está harto de dar vueltas buscando trabajo y no encuentra nada, porque es que no hay nada que encontrar. (Carmen)

Y te encuentras unas cosas que dices: “¿Bueno ya qué hago? ¿Voy a la empresa por matar tiempo o por *crear falsas expectativas*?”. (Parados CD)

Yo pregunto: ¿De verdad hay alguien que entregando un currículum y siendo un desconocido lo hayan llamado? (Parados CD)

[...] a buscar trabajo no es que me haya rendido. Pero es que por Internet, nada. Puerta a puerta, sigo mandando algunos, pero hay listas y listas. Esto tiene que ser el boca a boca prácticamente, y que suene la flauta por un casual y que te digan: “En este puesto hay.... Y ha llegado como caído del cielo”. (Parados LD)

[...] porque de ser una persona con muchas actividades, de tener una actividad empresarial, de tener una actividad económica muy grande, pues de estar continuamente en movimiento, pues hay momentos en los que te sientes... inútil. (Luis)

Mi marido salía a buscarse la vida como podía. Pero venía muy deprimido (Paradas)

[...] tengo 41 años y soy muy polivalente en cosas, he hecho muchas cosas y nadie me aprovecha (Paradas)

Lo que sí es cierto de que, conforme pasa el tiempo te decepcionas, porque, eh, echas muchos currículum, te presentas en muchas entrevistas, y no encuentras nada. (Luis)

Es que realmente hay momentos en los que dices: ¿para qué? Yo tomé la iniciativa de no volver a echar currículums. (Parados LD2)

Me iba dos veces a la semana y nada... no conseguía nada. No había ninguna posibilidad. Y ya *me fui desesperando, me fui desesperando*, hasta el punto de que entraba en ocasiones en momentos de crisis, psicológicas. Sí, he tenido crisis de bajones depresivos. Porque llega el momento en que te hundes. (Edgar)

Como vemos, el rechazo, la omisión, y la humillación que se producen tras el esfuerzo en competir por el trabajo, derivan en que la inversión de tiempo pierde todo su sentido. Ningún sujeto puede ser indefinidamente indiferente a ser rechazado por el trabajo. El impedimento práctico de trabajar implica negar al sujeto la posibilidad de “ganarse la vida”, como dice la expresión común, lo que en la experiencia social generalizada supone perder, además del salario, el fundamental ideal de autosuficiencia que la sociedad moderna reconoce al trabajador. Entonces, ser superfluo para las empresas es uno de los momentos más expresivos de la inexistencia social del parado.

Sin embargo, la negativa de las empresas de comprar el tiempo del trabajo no es el único campo de la superfluidad, ni necesariamente el más relevante en todos los casos. La inexistencia del parado se produce en otras esferas, entre las cuales destacan los grupos primarios: familia y amistades.

### 7.5. Ser superfluo para la familia y los amigos

Especialmente para los hombres, aunque cada vez más para las mujeres, dejar de ser trabajador es perder el rol familiar. El efecto del desempleo en las familias nucleares –que son las que aquí estudiamos principalmente– pone en evidencia el sinsentido de cualquier idea esencialista de la familia, ya que la desestructuración de la relación salarial implica a menudo la propia desestructuración de la familia. El paro demuestra que la familia nuclear no es una unidad social autónoma sino constituida y mediada por la relación de trabajo.

Más en general, el resto de grupos primarios de una persona en paro prolongado se ven también afectados, lo que muestra el carácter finito de los soportes comunitarios de un sujeto. El grado en que se expresa la desestructuración progresiva de los grupos primarios de una persona en paro es otro indicador de cómo el trabajo constituye la socialidad, ya que

señala cómo ser superfluo para el trabajo puede significar ser superfluo para la familia y los amigos.

### *Perder el rol de ganapán*

[...] afortunadamente con mi pareja no tengo ningún problema, nos apoyamos mutuamente, pero si hubiese una fricción, aparte de eso, sentimental, ya sería el acabose, sería ya el caos. (Parados LD)

Como es bien conocido, el rol de ganapán, especialmente en el caso de los hombres, sigue estando constituido por el trabajo como su pilar central [6.3.2]. La imposibilidad de “llevar el pan a casa”, es decir, el dinero, depende de no ser superfluo para las empresas o para el Estado. Por ejemplo, en el caso del mantenimiento de la prestación, los hombres puedan seguir cumpliendo su rol de ganapán, porque la prestación aparece como lo que es, una forma de salario:

Porque el que estés sin trabajo, pero que te vengán esos cuatrocientos euros, dices: “Bueno, los apporto”.

Pero es que así no apporto nada, es un sinvivir, te come la cabeza. (Antonio)

Y como también vimos, ahora puede comprenderse mejor que la pérdida del rol de ganapán termine provocando conflictos e, inclusive, la ruptura de la unidad familiar, que es el soporte afectivo central para los varones parados de familias nucleares.

He pasado de una depresión heavy, lo mismo que dice el compañero, te pilla la separación, con los pequeños, o sea, conflicto heavy, paro... (Parados LD2)

Tú necesitas a una compañera, que te ayude, que tú estás hundido y que vas sacando la cabeza poco a poco. Y para eso necesitas una ayuda, no hacer todo lo contrario, que mientras estás sacando la cabeza, te hunde. Ya es complicado empezar a sacar la cabeza.. pero hundirte... O sea así hundirte.. y a veces como sin querer hacerte *daño*, ¿sabes? Como sin querer, ¿sabes? Pero yo siento el daño que me hace, ¿sabes? (Edgar)

El “daño” del paro, expresado en los conflictos por la privatización del tiempo, hace al parado superfluo para su pareja y para la familia. Este “daño” asociado al conflicto, no es un daño físico en general, sino un daño sobre todo afectivo.

La vergüenza en la familia se relaciona con que la pérdida del trabajo impide ejercer el rol familiar, y tal impedimento se presenta como una ruptura del compromiso familiar. Si el trabajo y la familia fuesen dimensiones separadas, el desempleo no tendría por qué provocar vergüenza ni en el parado ni en la familia, pero no suele ocurrir así. Entonces, el incumplimiento del rol familiar parece voluntario, cuando en realidad es la consecuencia del desempleo involuntario. Veamos cuatro casos de transformaciones de la relación familiar provocadas por el desempleo: 1) la relación con los abuelos; 2) la relación con los hijos; 3) la relación con la pareja; 4) la relación con la familia extensa.



En primer lugar, especialmente en España durante el arreglo temporal, “ser mantenido” por los abuelos significa que el esfuerzo pretérito de éstos no ha sido suficiente, ya que no permite recoger los frutos en el presente:

Se me han jodido todos mis sueños. Yo que decía que iba a quitar a mi madre de trabajar, y es ella la que me está manteniendo. ¡Y eso me duele! (Antonio)

### Cuadro 26. Carmen y los mandados de su padre jubilado

Aunque Carmen no está parada, sino su marido, puede decirse que es su hogar el que está en paro. La vergüenza de pedir ayuda a su padre es la vergüenza de un hogar en desempleo.

[...] pero los mandados mi madre me dice a lo mejor: “Carmen, que voy a mandar a tu padre a la carnicería, ¿qué te hace falta?”. Y yo le hago la listita y mi padre me lo trae, me lo compra, que me da mucha pena, pero, ¿qué hago? Si es que no puedo hacer otra cosa.

[...] pero muchas veces aunque sea con la familia la cara te se cae, porque yo ahora ya, por esto te digo que mi vida ahora ha hecho así, ha dado un vuelco. Porque yo muchas veces cuando me veo a mi padre el pobre llegar con su motito con mis mandados, un hombre que ha estado toda su vida trabajando y ahora también tenerme que ayudar a mí... [...] Yo llego a mi casa y me he hartado de llorar, pero de llorar, de llorar. Y esto se va a quedar en la grabadora, porque esto no lo sabe nadie, de caerse la cara de vergüenza, así te lo digo, de llorar, de llorar y de llorar, y de decir: “bueno, ¿y por qué estoy llorando? Si tu madre te dice que no pasa nada, y que ya saldremos y que para esto está la familia”, pero a mí me entra una pena que no puedo.

Y esto gracias a Dios, a mi hermana y mis hermanos y mi madre y todo el mundo siempre está, pero yo es que no pido, yo no pido, yo no digo me hace falta, al contrario. “¿Carmen te hace falta?” “No, mamá, yo tengo allí, yo”. Y ya está. Porque tampoco yo, mi madre ya tiene 65 años, mi padre 76, ellos lo que tienen que estar es tranquilos y ser felices, tampoco voy a estar yo ahora diciéndole cada momento: “Me hace falta esto, no tengo esto, no tengo lo otro”, yo no, yo me callo, digo: ya cuando cobre pues iré, vamos a ir tirando. Miro el mueble y digo: “¿Qué tenemos? ¿Garbanzos? Pues garbanzos comemos hoy y mañana, si hay que comerlos”. Se acabó. (Carmen)

Depender de los abuelos jubilados significa seguir siendo dependientes de ellos, e implica la imposibilidad de corresponder en el presente la inversión familiar del pasado. De alguna manera, quien vive en el paro y la pobreza le comunica implícitamente a sus padres: “todo el esfuerzo que hicisteis durante vuestra vida no ha sido suficiente”. La vergüenza emerge y el “llorar y llorar” de Carmen es el efecto de no poder cumplir con esa reciprocidad intergeneracional. De esta manera, la evitación de sentirse “mantenido” por los padres, en todas las edades en las que se supone que uno debe ser independiente, sirve a algunos parados, para evitar hablar de la dependencia propia.

Mi madre a mí no me mantiene. Hombre, me da asilo político, como digo yo. Me da techo, me refiero, para no estar bajo un puente. (Mario)

Vivo con ellos, pero vamos, que lo único que me pueden dar es un plato de alimento. (José)

En segundo lugar, con los hijos, ir dejando de ser trabajador significa ir dejando de ser “padre”<sup>296</sup>: “A ellos les cuesta ver que lleva aquí su *padre* dos años...” (Jenaro), “...mis niñas me tienen que ver sonriendo.” (Precarios).

En tercer lugar, las fricciones se acrecientan con la pareja, como ya profundizamos en el capítulo anterior. Así lo relatan dos parejas de varones parados:

Yo lo entiendo y comprendo que lo está pasando muy mal. Pero él tampoco demuestra que está hecho polvo. (Gema)

[...] él no dice nada, pero yo sé que él lo está pasando peor que yo, porque yo cojo, yo voy pacá, yo voy pallá, yo charlo contigo, o charlo con la de enfrente o charlo, él no, él está metido en su mundo y en su vida y en sus pensamientos, pero vamos, que yo no voy a llegar a su pensamiento, yo llego al mío. [risas] Él que piense lo que quiera, cuando quiera que me lo cuente, yo con los míos tengo bastante. Y lo que pasa es que ¿cambiar de mi vida? Yo soy feliz como estoy, pero, hombre las circunstancias te han llevado a esto, ¿pero que yo cambiar? [...] *Y yo lo miro y digo: “¿Ya estás pensando en lo mismo?”*. Pero no digo nada, es mejor. [...] Y como tampoco quiere que le hable de, referente al tema, pues yo no hablo. ¿Para qué? ¿Para pelearnos? ¡O sea que yo he aprendido la lección, ya no me peleo más, a mi la crisis no me va a destruir el matrimonio, vamos! (Carmen)

Gema y Carmen significan el silencio de sus maridos como un tabú. La mirada del marido parado que no se puede enfrentar porque toca el conflicto, instituye el tabú, hace que el silencio esté cargado de significado moral. La mirada de las esposas es el recordatorio de que uno siempre podría haber hecho algo más, podría haber tomado otras decisiones en el pasado, o *podría* estar cumpliendo con su rol de ganapán si se hubiera esforzado algo más. En los dos casos, el conflicto no se puede enfrentar directamente porque su carga afectiva es inabordable. La estrategia, entonces, es evitar hablar sobre la vulnerabilidad, con la esperanza de que la vuelta al trabajo esté próxima y ello evite enfrentarse al tabú. Pero si el tiempo de espera se alarga, entonces el conflicto latente puede volver a emerger, y en cada repetición, el conflicto es más doloroso.

Por último, la relación con los hermanos -o la familia extensa en general- puede también emerger, en el caso que relatamos no tanto por su presencia como por su ausencia, como otra prueba del creciente aislamiento social:

Mis hermanos están jubilados, y se han jubilado bien en REPSOL. Se jubilaron en REPSOL y se han jubilado maravillosamente bien y no son capaces de llamarme: “Hilario, ¿necesitas esto, necesitas lo otro?”. Pues bueno, pues vale. Entonces a mí eso me apena pero no lo voy a hacer, no voy a llamar a mis hermanos y les voy a decir: “joder macho, no me echáis una mano ni nada...”. No, paso olímpicamente y paso del tema. Te lo digo a ti, pero *esto no se lo digo a nadie más*. (Hilario)

<sup>296</sup> La vergüenza de los parados/as respecto a sus hijos es una cuestión subjetivamente central, señalado a menudo en la investigación de las vivencias del desempleo (Araujo, 2003: 12; Ramos, 2009: 148; Jiménez, 2013).

Como también veremos, la vergüenza del aislamiento que Hilario comparte gracias al anonimato de la entrevista –“esto no se lo digo a nadie más”- apunta al problema del reconocimiento de la vulnerabilidad, y de la puesta a prueba de las solidaridades familiares como sostén que, si a menudo han resultado fundamentales, también hay ocasiones en que su significativa ausencia pone de relieve la progresiva pérdida de las relaciones familiares extensas.

### *Perder a los amigos*

Como ya vimos, el desempleo devalúa el capital social ligado a las relaciones en el espacio laboral [5.4]. Pero esa devaluación puede verse, además, porque el desempleo pone a prueba la valoración social de un sujeto trabajador. En ese sentido, es posible hipotetizar que cuanto menos se mantienen las amistades tras la pérdida del empleo, más intensa era la relación entre el ser trabajador y las amistades. Este fenómeno puede deducirse a partir de las siguientes citas:

[...] ves realmente los que son amigos y los que simplemente eran los que se aprovechaban de tus circunstancias anteriores. Te encuentras con situaciones de que, con personas que tú te crees que te pueden ayudar, y que te cierran las puertas, pero que ni te admiten que tú les plantees esas circunstancias. (Luis)

[...] pero te sientes como al margen de lo que hace la gente que trabaja, me quedo como un poco... marginado, como que la gente continua con su vida y tú no. (Parados LD)

En el día a día yo creo que hay una situación que podemos a lo mejor vivir la mayoría, no sé, yo por lo menos lo vivo, y es la sensación de aislamiento. (Parados CD)

Una cosa que nos quita el no tener trabajo, para el ser humano es la relación, la relación con otras personas, es básico para la supervivencia, o sea, no nos deprimimos porque no tengamos trabajo, porque no “no sé qué”, sino porque no tenemos una relación constante y satisfactoria. Y eso es algo que aparte del valor propio -que puede no quitártelo-, eso es algo que nos quita el desempleo. (Paradas)

Yo me veo en una parte bastante minoritaria, bastante aislada, no tengo contactos, amigos, trabajo. Entonces estoy pues eso, como un lobo solitario, una persona aislada, marginada socialmente, llámalo como quieras. La verdad es que es así. No tengo amistades, no tengo pareja, no tengo... O sea, no tengo amistades, tengo una o dos con las que puedo contar de vez en cuando pero... para salir y desahogarte. (Elisa)

En otros casos, se da la paradoja de que el trabajo previo es la causa de la inexistencia de vínculos de calidad. El desempleo pone en evidencia el vacío relacional que ha quedado tras años de excesiva dedicación al trabajo.

Porque son las ocho horas de tajo, y el resto, yo hace tiempo que dejé las *pandillas*. Ahora si acaso los amigos son con los que me rozo continuamente, o que voy conociendo nuevos, que están en esa situación, de tanto ayudarles. Entonces digamos que no es una amistad, es una relación sí, pero mantengo relación con más gente. Pero no tiene ese vínculo de amistad. Es que no puedo por ejemplo esa noche que me pusiera un poco depre, no puedo coger el teléfono y decirle a un amigo: “Oye, dame

un poquito de charla.” Esos amigos, en esos cuatro años largos, y a lo mejor en la empresa anterior que ser autónomo, y estar muy ocupado, ese contacto, yo lo perdí, no lo tengo. (Parados LD)

En este caso, por haber trabajado mucho, ahora no se tienen esos vínculos -“pandillas”- lo mismo que ocurre en el aislamiento de la familia nuclear. El aislamiento social era, en realidad, el aislamiento en el trabajo. En algunos casos, la gran inversión de tiempo en el trabajo previo contribuye significativamente a que el contraste del desempleo se haga mayor, porque no sólo no se crearon nuevas relaciones, sino que tampoco se mantuvieron las relaciones de amistad que se tenían por fuera del trabajo.

Si vemos el caso de algunas personas que llevan pocos años viviendo en España, está pérdida de la red social se hace más significativa:

Ahora, con relación a lo de España, pues es similar... con la única diferencia para el extranjero, que yo hubiese preferido vivir mi crisis allá en mi país, no fuera de él. No fuera de mi país. [...] Estoy totalmente desamparado. (Edgar)

[Mi marido] y yo, no... tenemos muchos conocidos pero amigos, amigos así íntimos como para contarles tus cosas, son muy contaditos.” (Melinda)

En general, todo este proceso de devaluación del capital social y el apoyo social del parado, al relacionarse con el trabajo, se vincula igualmente con la capacidad de gasto compartida que era una condición de la amistad. Con frecuencia el desempleo permite desidealizar las amistades previas, porque en muchos casos desvela que no eran relaciones de mero afecto sino relaciones de afecto cuya condición era un acceso compartido a una cantidad regular de dinero. Entonces, cuanto más mediada está la amistad por el dinero, más influye el desempleo en la pérdida de aquellas relaciones cuya reciprocidad se basaba en el gasto. Entonces, se tienden a mantener aquellas amistades que el poder adquisitivo del parado puede afrontar.

[...] yo me he retraído, porque no soy un caradura, no soy un gorrón. [...] Si yo antes voy a ver a mis amistades y compaginamos tú y yo, pues compaginamos. Pero si yo ya no tengo para compaginar, me siento yo mal. “Oye, ponle de beber a Hilario”, “ponle de beber a Hilario”, “ponle de beber a Hilario”, “ponle de beber a Hilario”... y Hilario no tiene para corresponder, pues para eso no voy, no quiero ir. Entonces soy el que me estoy... pero tengo ese motivo. El que me estoy “ocultando”, digamos, entre comillas. [...] y luego la gente tampoco nunca me ha dado apoyo, siempre me lo he buscado yo a mi manera. [...] He perdido todo... ¿amigos? Si no tengo dinero... ¿Qué, me arrimo a un amigo para que me invite a una cerveza y no pueda yo corresponder? Pues soy yo el que me escondo, soy yo el que rehuyo... Porque, a ver, si yo he estado acostumbrado toda la vida a juntarme con amigos, a ver un partido de fútbol, “oye, vamos a comprar un este y tal y vamos a ver el partido del Real Madrid aquí en el barrio” “Bueno, y ¿cuánto hay que poner?” “Pues tanto”. Se pone tanto y punto. Y ahora no puedo hacerlo, porque vivo con 420 euros. (Hilario)

Entonces cuando tú repartes dinero, te sale mucho corredero. Amigos, te salen muchos. Luego a la hora de la verdad, los que te encuentras al lado son los cuatro, cinco amigos de toda la vida. Aparte de la

familia, claro. Los cinco amigos de toda la vida cuando vienen las situaciones malas. Me arrepiento de haber invitado a mucha gente, y cosas de esas. De haber derrochado por mí mismo. (José)

[...] porque toda actividad social, el solo hecho de salir, pues supone un gasto económico, que tú tienes una economía muy reducida. Y las amistades con las que yo tenía, tenían una solvencia económica muy grande, y el tener que salir supone un desembolso muy grande. Pues entonces, disminuye muchísimo, disminuye la vida social. (Luis)

Yo sí mantengo relación con los amigos. Lo que pasa es que muchas veces no los conocías bien. Porque muchos están trabajando, yo no trabajo, y no puedo andar como andan ellos. Pues sí es verdad que yo a muchos he dejado de estar con ellos, porque ahora mi situación es mucho peor. Entonces no puedo quedar una tarde con mis amigos. Y sí tomar una cerveza, comer algo porque mi situación económica no es buena. Puedo juntarme con el que dice que está peor que yo, y nos tomamos dos cervezas. Una la paga él, y otra la pago yo. Pero lo demás, no puedo. (Parados LD)

Estas citas ponen de manifiesto la importancia que puede llegar a tener el grado en que anteriormente al desempleo se había establecido el vínculo entre consumo y amistad, así como la segmentación de las amistades según las normas de consumo compartidas. Las relaciones de reciprocidad que caracterizan la igualdad en la amistad se revelan, en parte, como relaciones en torno al dinero, que establece las condiciones de posibilidad para ser recíproco. La posibilidad de reciprocidad mediante la inversión de tiempo se muestra mucho menos relevante, no adquiere tanta significación, porque en estos casos, el tiempo del paro no tendría valor al ser abundante. La capacidad de gasto se evidencia así como una fuente fundamental del vínculo de amistad de las personas. Veamos ahora de manera un poco más extensa la relación entre el dinero y la superfluidad.

## 7.6. Ser superfluo sin dinero

Aunque hemos defendido que la escasez de dinero no es la única causa de la existencia superflua del paro, al mismo tiempo, no se puede entender la superfluidad del paro sin la escasez de dinero. ¿Hasta qué punto se puede atribuir la intensidad de la superfluidad del sujeto a la escasez de dinero como tal, y no tanto a la escasez de trabajo? Por ejemplo, ¿cómo sería el sentido de la superfluidad si cada parado cobrara una prestación suficiente para vivir? ¿Cómo se daría la escasez subjetiva de tiempo si se diera en un contexto de menor escasez relativa de dinero? Bajo nuestro punto de vista, el problema debe entenderse históricamente, y hay que diferenciar entre la escasez *relativa* y la escasez *absoluta* de dinero.

Como sabemos, en muchos países sin Estado Social, la abundancia objetiva de minutos no lleva tanto a la escasez subjetiva de tiempo, como lo hace mayoritariamente en España. En los

contextos en que el paro no es *desempleo* sino *desocupación* [1.5], y por tanto implica a menudo la escasez absoluta de dinero, la norma general conduce a trabajar en la economía no fiscalizada por el Estado. La escasez subjetiva de tiempo, entonces, tiene otro sentido cuando el desempleo se protege relativamente desde el Estado. Puesto que en España el paro desprotegido ha existido significativamente hasta bien entrado el siglo XX, una parada de clase popular puede afirmar: “Un pobre no se puede permitir el lujo de tener depresión porque todos los días tienes que salir a trabajar, que no se puede permitir ese lujo” (Matilde). Efectivamente, la “depresión” que encontramos en nuestro contexto, tiene sentido para quienes aún no se han socializado en una economía no fiscalizada por el Estado de manera sistemática. Aunque en España las esferas económicas paralelas se estén expandiendo -por la creciente desprotección del desempleo [5.3] y la extensión de los ilegalismos [5.7]- aún no ha transformado la norma de trabajo para la mayoría de la población, es decir, no es una posibilidad plausible porque no está lo suficientemente extendida en el contexto de socialización de la mayoría de parados. Dentro de este marco, podemos interpretar la especificidad histórica y geográfica de la relación entre el desempleo, la escasez de dinero y la escasez subjetiva de tiempo, que en España sigue estando estructurada de manera general por el supuesto de la norma de empleo.

### *De la escasez relativa a la escasez absoluta*

En el desempleo, la expresión “no tener dinero” tiene muchos contextos de uso. Aunque en esta investigación no estudiamos sistemáticamente esta relación, el sentido sociológico de la escasez de dinero es fundamental para entender las condiciones de la escasez subjetiva de tiempo, y para no pasar por alto la importancia de las diferencias de clase. No significa lo mismo la mención de la escasez de dinero cuando lo dicen quienes tienen una prestación tanto como los que no la tienen, quienes tienen una casa en propiedad como quienes pagan un alquiler o una hipoteca, quienes tienen algunos ahorros o quienes no tienen ninguno, quienes pueden acceder a un nivel de consumo suficiente y quienes no, entre otras razones. Podemos resumir el sentido de la escasez de dinero en el desempleo en tres posiciones, que no son necesariamente tres posiciones estáticas, sino tres momentos típicos del proceso de quedarse sin dinero.

En primer lugar, para las personas paradas con un nivel de consumo acomodado, la escasez de dinero significa una mera reducción de algunas actividades de tiempo libre, o una reducción del consumo más caro:

Ha cambiado en cuanto al tema del gasto, antes salíamos más. Yo desde que dejé de trabajar pues hemos dejado de salir lo que salíamos, porque antes siempre salíamos dos veces en semana a cenar por ahí y ya no lo hacemos y en ese aspecto sí que salíamos más que ahora. (Manuela)

Yo antes con mi marido éramos muy: “Este año nos vamos a China”, cogíamos la mochila y ya y ahora mismo no pensamos en el extranjero, porque uy por favor, la maleta y lo otro, no sé qué. En ese sentido pierdes espontaneidad, pierdes libertad, pero ya no libertad para ti sino para tomar decisiones rápidas, más frescas, más aventureras. (Paradas)

Yo echo de menos el viajar como viajábamos antes los fines de semana. O el poder movernos mucho más. Comprarme más ropa yo. Te hablo yo personalmente, no te hablo de la casa. Ir más veces a la esthéticienne, a depilarme, que no lo tenga que hacer en casa. (Gema)

En segundo lugar, otras posiciones de parados viven contrastes más fuertes, pero su forma de expresión revela que aún hay márgenes de seguridad económica en el medio plazo, por ejemplo, porque basta con organizar un presupuesto:

[...] hazte una idea de que antes, el ir al gimnasio, el salir de copas, el compartir ropa, el irte un fin de semana o ir de viaje... todo lo hacías con una naturalidad... porque no veías la implicación económica que ello conllevaba. [...] Tú te quedas desempleado y tú intentas hacer, mantener esa actividad, o esa situación, y te das cuenta que no. La camisa vale un dinero. Un fin de semana vale un dinero. Cambia por completo, o sea, todo está enfocado a lo que es el dinero del que tú dispones [...] Yo antes no hacía presupuesto mensual, porque gracias a Dios, pues, por las circunstancias, pues, no tenía la preocupación esa. Pero el hecho de divorciarte y el hecho de verte en paro, pues te hace tener que hacer un presupuesto mensual, mensual, todos los meses. (Luis)

En tercer lugar, cuando la pobreza material cotidiana implica la imposibilidad de “no hacer nada”, la superfluidad más fuerte supone una radical precariedad que conlleva a su vez una escasez subjetiva de tiempo:

[...] pero a mí me entra una pena que no puedo. Y cuando ya llega también mi niño diciéndome: “Mami, no sé quien me ha llevado cualquier tontería, una estampa, un esto, y vas tú a preguntar cuánto vale y nada más que te dicen a lo mejor que vale tres euros, dices tú: pero tres euros, con tres euros compro yo todos los días el pan, tengo para tres días pan. Digo: yo es que esto no me lo puedo gastar. (Carmen)

Mi última salida fue el cuatro de noviembre en mi casa [risas]. Compramos una botella de lambrusco yo y mi marido ahí [risas] y se acabó. Ya está. Yo hace años ya que no salgo, pero años, qué envidia me dais. (Precarias)

Dice mi marido “toma, cómprate ropa”. Yo nunca me compro ropa, para mi niño, para mi niña. Nunca, hace yo qué sé, por lo menos dos años que no me compro algo para mí, te lo prometo. Compró algo, hoy por ejemplo he ido al *Piojito* “mira, para mi niña, mira, para el niño”. Mentira, me he comprado un jersey por tres euros [risas]. (Precarias)

Y los fines de semana son muy aburridos, porque como no tenemos nada que hacer. (Marta)

[...] los fines de semana pues salgo menos. Antes, con trabajo, si tienes algo de dinero, pues me voy con los amigos de vez en cuando a tomar una cerveza, una copa, o pasear por Madrid, no para visitar cosas... pero sin dinero... como que no se puede estar paseando porque la economía del bolsillo... (José)

[...] al no disponer tampoco de medios económicos, estás como muy atado a repetir día tras día casi lo mismo. (Parados LD2)

Porque no me puedo permitir el lujo de tener la calefacción puesta todo el día. (Melinda)

Ahora ya ni cena, ahora una sola comida al día. Ya no se puede ya... Ni siquiera cena, algo ligero, un bocadillo con un café. (Melinda)

[...] al día de hoy, pues casi te puedo decir que me considero un preindigente. [...] Para lo de diario, sin cobrar ningunas prestaciones, y si no tienes recursos económicos, olvídate. (Parados LD)

Como se ve, las situaciones de escasez de dinero radical, aunque pueda ser suavizadas por las alternativas sin dinero [8.6], son fundamentalmente incapacitantes porque las necesidades mínimas no pueden ser cubiertas, lo que intensifica el malestar general, la experiencia de superfluidad del parado y la imposibilidad de estructurar el tiempo. Tal condición hace que el resto de condiciones sociales adquieran un carácter secundario, pues la extrema pobreza emerge sobre todas las demás posibilidades de acción.

### **Cuadro 27. José y la vergüenza de la pobreza**

LA SITUACIÓN DE PARO, ¿QUIÉN LA LLEVA MEJOR, TU PADRE O TÚ? Pues a todos nos afecta. Él que está aburrido de estar en casa, y demás. Y lo llevamos todos muy mal. Porque ves que de vez en cuando no hay ni para comer. Entonces la situación de muchos españoles está muy mal. Por lo menos si hubiera para comer y para los gastos mínimos de luz y demás. Entonces le ayudan sus hermanos de parte de padre, de vez en cuando le ayudan algo para pagar gastos de luz y demás, pero vamos, muy mal. Entonces no sé yo. Necesitamos trabajo como sea. [...] “VOSOTROS, ¿LA CASA ES PROPIEDAD VUESTRA? Es del IVIMA. PERO BUENO, QUE HAY QUE PAGARLE UNA MENSUALIDAD... Cincuenta euros me parece que son. Vamos, más o menos se puede pagar. Más o menos relativamente. Pidiendo a lo mejor, y luego sacando de algún lado. Pidiendo a la familia, se puede pagar, sí se puede pagar. (José)

Otra cuestión de interés es que en los discursos de parados en situaciones de fuerte escasez de dinero, vemos que a veces aparecen declaraciones muy explícitas de la escasez, pero en otras sólo se intuye o aparece subrepticamente. En ese sentido, puede deducirse que, en ocasiones, la situación de pobreza real se tiende a ocultar, y por tanto, es difícil de representar sociológicamente. Por ejemplo, en el caso de José, quien vive con sus padres, al final de la entrevista menciona de pasada que a menudo tienen que pedir prestado dinero para pagar un alquiler de 50 euros. Situaciones de fuerte pobreza como las de la familia de José suelen proyectar hacia fuera una suerte de apatía –entrevistas cómo ésta tienden a las repuestas cortas, poca expresividad, distancia en el contacto visual- que puede ser atribuida al parado individualmente si el ojo sociológico no capta las causas de esta aparente apatía, que podría ser atribuida a la “falta de voluntad”. En el caso de José, su vergüenza es un signo que caracteriza a los parados y familias más pobres. En tales situaciones, cuando el desempleo significa una escasez absoluta de dinero, la



preocupación principal ya no es el trabajo sino el dinero, y el trabajo se significa principalmente como medio para conseguir dinero, por encima de su carácter de vínculo social o de reconocimiento. La ausencia absoluta de prestaciones de la mayoría de parados –dos de cada tres [7.3]-, da una idea general de la proporción de población que podía verse en situaciones de este tipo, y de las consecuencias especialmente destructivas que supone la continua reducción del acceso a las prestaciones que ha ido paralela a la continua producción de parados de larga duración.

De esta manera, si la escasez *relativa* de dinero disminuye las posibilidades de encontrar un trabajo [5.4], la escasez absoluta de dinero destruye casi todas las posibilidades de agencia en el uso el tiempo, más aún en los núcleos urbanos donde hay menores posibilidades de “pagar” con tiempo o en especie. Si se suma esta escasez de dinero a la devaluación del capital social, que reduce las posibilidades del endeudamiento informal –“préstame 20 euros”-, ahora puede entenderse mejor el carácter superfluo de la existencia del tiempo del paro de los más vulnerables. En este caso no son necesarias sofisticadas interpretaciones: sencillamente, no tener dinero imposibilita prácticamente todo lo demás<sup>297</sup>.

## 7.7. Ser superfluo en la casa

Ser superfluo para las empresas, el Estado, la familia, las amistades, y en una situación de escasez de dinero, junto con la *privatización* del tiempo durante el arreglo temporal, tiende a reducir la esfera espacial del movimiento de las personas paradas, lo que se traduce en un aumento significativo del tiempo que se pasa en casa:

[...] la casa me atrapa y es difícil despegarse de ella (Parados CD)

Pero mi vida se ha convertido en la casa (Parados CD)

[...] entonces cuando me vi en casa con un bebé y las cosas de casa, dije: “Dios mío, yo aquí me muero”.  
(Paradas)

<sup>297</sup> En referencia al materialismo bourdieano y a su crítica de la concepción del “futuro” en el existencialismo, así se expresa Moreno Pestaña (2004: 153): “El mundo como posibilidad, que tanto revolvía y excitaba a los héroes desgarrados del existencialismo, era invivible en condiciones en las que el cuidado de las necesidades básicas impedía la meditación sobre la intimidad ontológica. La relación del individuo con sus posibles sólo podía abordarse a partir de un umbral mínimo de dominio del presente [...] Bourdieu introduce con la misma contundencia el cálculo económico prosaico frente al palabreo desmaterializado de la filosofía existencial: los individuos cambian su relación con el futuro si y sólo si se encuentran en una cierta franja salarial. En Argelia, por debajo del intervalo existente entre los 60.000 y 80.000 francos sólo resultaba posible la obediencia al dictado de las necesidades cotidianas brutales (Bourdieu, 1976: 93). Ninguna relación con el futuro resultaba incardinable en el acontecer cotidiano.”

Yo no salgo mucho por la calle por la mañana. Como es un día de no trabajar, estoy en casa metido. (José)

Y luego no sé estar en casa todo el día, que si limpiando, que si esto. Y dando vueltas en casa, perdido, pero perdido. (Jenaro)

Entonces intento ocuparme en cosas. Una vez colocada la casa, o hecha la compra, todo, todo, pues salir fuera, hacer talleres gratuitos que encuentro muchos por ahí de cualquier cosa: de informática, de habilidades... o sea, intentar no encontrarme en casa solo. (Parados LD)

El estar en casa tiene un significado de pérdida de movimiento sobre todo en el caso de los varones, pues las paradas suelen estar en movimiento dentro de la casa. En este sentido, ser superfluo en la casa es, sobre todo, una posición masculina.

En su intensidad máxima, ser superfluo en la casa conlleva una especie de privación sensorial del exterior, en tanto que “salir de casa” se relacionaba con “salir a trabajar”, así como con el consumo y la vida social, que ahora se ha reducido. El encierro en la casa, como reclusión en el ámbito privado, implica plegarse hacia lo interior, tanto en el sentido espacial como en el sentido subjetivo: el parado pierde el equilibrio entre estar hacia fuera de sí y estar hacia dentro de sí; se “piensa demasiado”, se le dan “vueltas a la cabeza”, se “comen el coco”. Estas expresiones emergen cuando uno está consigo mismo mucho más tiempo del que las propias disposiciones temporales pueden asumir. El desajuste entre las disposiciones y el exceso de tiempo que se pasa recluido en la casa va profundizando el malestar.

En ese sentido, la escasez subjetiva de tiempo será mayor en la medida que el parado había tenido una relación con la exterioridad exclusivamente asociada al trabajo. Si no hay otro afuera significativo más que el trabajo, la relación propiamente social aparece reducida a la relación de trabajo, y entonces perder el trabajo implica perder prácticamente la mayor parte de relaciones con el afuera. Un ejemplo extremo pero ilustrativo de esta situación es el de un camionero que lleva más de veinte años alejándose continuamente de su hogar: “Yo amanecía en un camión y me dormía en un camión. O sea, yo llegaba a mi casa y para ayudar no sabía dónde estaba nada.” (Parados CD). En tales casos, sólo habría otros afueras posibles si se recuperara la relación de trabajo. El paro rompe entonces el “equilibrio rítmico” -según Arendt (Crary, 2013: 21-2)- entre el salir y el entrar que se daba con el trabajo, entre el “salir de casa para trabajar” y “volver a casa a descansar”. Se desacelera el ritmo del desplegarse y el replegarse, como un metrónomo que va perdiendo su ir y venir hasta que se queda literalmente parado.

A través del pivote de la casa, mostramos a continuación la transformación de la relación con la exterioridad y la interioridad mediante varios ejemplos prototípicos: el barrio, el paseo, el la casa misma y sus subespacios -la cama, la tele y el sofá. Estas transformaciones de las relaciones

espaciales pueden también entenderse en su vínculo con la producción de la escasez subjetiva de tiempo.

### *La reclusión espacial*

Podríamos distinguir varios niveles de reclusión espacial asociados al desempleo. En primer lugar, la reclusión espacial es una reclusión geográfica, que se estrecha en torno a la casa, lo que afecta negativamente a las relaciones más alejadas del inmediato territorio del barrio:

[...] yo por las tardes es que ya no salgo del barrio de San Pedro porque el gasto de gasolina es que no me permite la economía que tengo y así, vamos, salgo por allí, le doy vueltecitas al niño al parque... (Precarias)

Terminábamos de trabajar los dos, los viernes, nos cogíamos la furgoneta y pal pueblo. Y allí en el pueblo pues una actividad social [...] Todo eso se ha ido, todo eso ha desaparecido. (Hilario)

En segundo lugar, la transformación del significado del espacio doméstico produce, como ya vimos [6.3.2] una reapropiación del espacio que feminiza al parado en tanto que su relación con la casa se transforma en una relación femenina. Por ejemplo, el aumento de la atención en el orden de los objetos de la casa es un reflejo de esa centralización del hogar, que ahora es el centro de su tiempo cotidiano, tal como es común en las amas de casa:

O sea, cuando veo las cosas descolocadas, es la satisfacción de decir: están colocadas. Pero es al revés, es de una forma diferente. Es pensar que me jode verlo de la otra manera, y por eso las coloco y digo: ya está. Pero la cuestión es verlo descolocado. (Parados LD)

Por último, la reclusión en la casa está cargada por el significado de los diferentes subespacios dentro de la casa, así como por el gasto asociado al uso de los espacios. El desempleo genera reclusiones espaciales también dentro de la propia casa.

Si tú supieras la luz que gasto yo en mi casa flipas en colores. Utilizo solamente una habitación de la casa, que es donde hago la vida, donde tengo el ordenador, la televisión y la mesa para comer, para gastar el mínimo de luz. Calefacción no pongo en la casa, porque no puedo soportar el gasto del gas. Entonces, me regalaron una estufa de estas de luz y la enciendo y cierro las puertas y ahí... pasando frío. Y la pongo un ratito, dos ratitos... y aun así, aun así, consumiendo el mínimo, pagas muchísimo. (Hilario)

Sin embargo, el gasto que se produce en el hogar, por ejemplo con el gasto de luz o calefacción en invierno, podría incentivar el salir a la calle, pero en el contexto de escasez de dinero, es frustrante porque “salir a la calle es gastar dinero” (Paco), especialmente en el contexto del encarecimiento del transporte público y privado. En tanto que el salir supone gastar, la reclusión espacial aumenta.

Otros efectos relevantes de la reclusión espacial son literalmente físicos, y se expresan de manera visible en el cuerpo del parado. Así habla Gema respecto a su marido en paro:

[...] el pobre está bastante desesperado. Él... no sé decirte porque yo no sabría decirte si ha caído en una depresión, pero casi. Ahora que ha empezado el tiempo bueno, por lo menos se arregla más. Pero creo que no se ha quitado el chándal en todo el invierno [...] Ha engordado muchísimo. Era un hombre muy activo. (Gema)

Y así, como ya vimos [8.3], esta transformación del espacio cambia también las relaciones con los sujetos con quienes se comparte el espacio, que intervienen activamente, a menudo derivando en un conflicto permanente, o también, ayudando al parado a resistir los efectos más destructivos de la reclusión espacial: “Porque te estás deprimiendo y [ella] está encima tuya para que no te deprimas, para que sigas saliendo [...]. Y si sales a la calle sucio te dice: “Oye, así no sales, cámbiate esto”, por ejemplo.” (Parados CD)

### *Pasear, correr, vagar*

Las prácticas de pasear y correr son formas típicas de exteriorizarse orientadas a sustituir el gasto de energía que ya no se gasta en el trabajo. Cuando la vida ha estado estructurada por el trabajo, los que trabajan corren para despejarse del trabajo, y los que no trabajan corren para despejarse del desempleo, y desencerrarse como si salieran a algún lugar con algún objetivo. Aunque para algunas paradas -típicamente mujeres- pasear puede tener el sentido de tiempo disponible [8.3], para muchos parados pasear es una pura *táctica* [4.1], una acción que se realiza a la defensiva para rellenar el tiempo:

[...] llega un momento en que ocho mil “*Me gusta*”, ya facebook no furrula más ya. ¡Calle! Sobre todo calle, aire, sol, gente. (Parados LD2)

Vamos a pasear. Nos vamos a dar una vuelta, andando. Nosotros andamos mucho. [...] Es que como no tenemos trabajo, todos los días salimos a pasear. (Marta)

Y luego hago un poco de deporte como todos los días, voy a correr. (José)

[...] el ejercicio es fundamental. Y a mí me sienta el ejercicio mejor para la cabeza que para el cuerpo. Es importante. (Parados CD)

Luego me iba a dar una vuelta por ahí. Me llevaba un libro, me ponía a leer en cualquier parte, por el Templo de Debod. Cosas que se hacen sin gastarse ni un duro. Sobre todo pasear. Ya lo de la bici ha coincidido que ahora tengo el pedal roto. Se me ha roto hace tres meses, en noviembre. Ahora estaba pensando... pero se me quitan las ganas, con el panorama de que no hay nada, me gusta correr. Es que correr también requiere algo de dinero también, aunque no lo creas. (Andrés)

Como antiguamente, a comer pipas y a dar paseos. (Jenaro)

Pues efectivamente yo también salgo a correr, hago ejercicio porque me viene fenomenal para la mente (Paradas)

Yo últimamente lo que hago es ir a correr y andar para despejarme. Tengo un parque al lado de casa, me tiro para allá, y me despejo, y luego a casa baldado, me ducho y *veo las cosas un poco diferentes*. (Parados LD)

Como se ve, la forma del tiempo del paro impide disfrute plenamente del mero pasear por pasear, que se practica de un modo preventivo, por así decir. Cabe destacar, en la última cita, cómo el parado “ve las cosas un poco diferentes” al obligarse a ir a correr. Se tiene conciencia de que la percepción se deforma cuando uno pasa mucho tiempo encerrado, y el desencerrarse implica devolver la percepción a su línea base, por así decirlo, para contrarrestar el efecto depresor de la reclusión espacial. Por ejemplo, cuando Andrés, que llevaba unos cinco años en paro, encontró un trabajo de tres meses, el sentido del camino a trabajar se transforma, y ya no es un pasear por pasear para rellenar el tiempo: “Me sentía muy a gusto en ese camino”. Las relaciones espaciales también se transformaron durante esos tres meses porque el tiempo del pasear se articulaba con el tiempo de trabajo. El pasear ya no era un *vagar*.

### *La cama*

Si el hogar es el lugar del repliegue del parado, la cama es el repliegue dentro del repliegue. La cama es otro espacio donde se evidencia la paradoja del tiempo escaso.

Históricamente, mientras que la imposición de la puntualidad en el trabajo necesitó siglos para hacer que los trabajadores no se quedaran en la cama. Para la ética del trabajo moderna, el dormir es un estado de negatividad, de ausencia de pensamiento y de conciencia. Por ello, el parado que no madruga representa uno de los grandes estereotipos de la vagancia, como muy ilustrativamente subrayó E. P. Thompson en su estudio clásico sobre el surgimiento del tiempo industrial:

[...] «ese perezoso pasar la mañana en Cama»: La necesidad de levantarse temprano reduciría al pobre a la necesidad de marchar pronto a la Cama; y evitaría así el Peligro de las diversiones de Medianoche. Madrugar también «introduciría una Regularidad exacta en sus Familias: un maravilloso Orden en su Economía». (Thompson, 1967: 275-6)

En la forma que esta tendencia histórica ha llegado a la actualidad, el significado del dormir como una pérdida de tiempo se ha intensificado en la medida que la lógica del trabajar por trabajar permanece como dogma social: como ha mostrado Crary, cada vez más, “dormir es de perdedores” (2013: 14). Y de hecho, algunos reconocidos economistas han utilizado retóricamente la tendencia hispana a “echarse la siesta” como metáfora explicativa de nuestra

supuesta baja productividad<sup>298</sup>. Por esta presión temporal, la mayoría de trabajadores actuales tienen enormes deseos de quedarse más tiempo en la cama y nuestra sociedad hace aumentar cada vez más la prevalencia de los trastornos asociados al sueño<sup>299</sup>.

Tras el proceso de expropiación del tiempo, y al contrario de lo que les ocurría a los desocupados de los inicios del capitalismo, el quedarse en la cama de los parados actuales ya no es en modo alguno placentero, sino un indicador más de su superfluidad. Tras un paro prolongado, lo común es no poder disfrutar del dormir. La mayor cantidad de tiempo<sup>300</sup> dedicado a dormir en el paro –no necesariamente de calidad- es sobre todo un signo de depresión, no de placer.

Estas contradicciones nos vuelven a enfrentar con la paradoja del trabajo y el desempleo: si la causa del insomnio en los trabajadores es el exceso de trabajo, la causa del insomnio de los parados es la escasez de trabajo. Ambas situaciones impiden replegarse satisfactoriamente en el momento del sueño; la primera, por un exceso de exteriorización, y la segunda, por un exceso de interiorización<sup>301</sup>. Así relataba un parado su experiencia cuando trabajaba intensamente:

[...] mi crisis fue en los últimos años de trabajo. Estaba angustiado, quería que se acabara. Y me despertaba a las cuatro de la mañana y cogía una libreta. Solucionaba cosas del trabajo por la noche; me despertaba. [...] 14 horas [de trabajo] por decisión propia, autónoma. (Parados LD2)

En contraste, en el momento del desempleo, el déficit de exteriorización se muestra en las vueltas en la cama, que reflejan la necesidad de movimiento y de contacto con el mundo. Veamos algunas situaciones comunes:

Es lo peor estar sin hacer nada. Hombre, cuando estás trabajando, agradeces un montón poder levantarte a las doce de la mañana, a la una. Pero todos los días así. Yo llevo dos años sin trabajo, nada más que los tres meses que me han salido, ¡y me dio una alegría de trabajar, de tener trabajo! (Marta)

[...] pero me cuesta porque te acuestas tarde también porque no te entra sueño, y te cuesta trabajo levantarte; pero con fuerza de voluntad y empeño... como no me valore yo, no me valora nadie, y es así. (Parados LD2)

<sup>298</sup> Dos economistas españoles afincados en universidades anglosajonas de prestigio mundial, Luis Garicano y Jesús Fernández-Villaverde, finalizaban así un artículo en *El País*: "Una nueva era de los ordenadores está llamando a la puerta y España, como muchas otras veces en nuestra historia, está durmiendo la siesta." (02/02/2014)

<sup>299</sup> Según Crary (2013), el tiempo medio de sueño en Norteamérica ha pasado de diez horas a principios del siglo XX; a las seis horas y media actuales. El dormir, al que Marx se refería como uno de los límites *naturales* a la expansión de la jornada laboral, cada vez está más relacionado con la lógica temporal del trabajo, pues el espacio del sueño es mediado por todo tipo de intervenciones reguladoras, especialmente, las farmacológicas.

<sup>300</sup> Según la EET 2009/10, una persona en paro duerme ocho horas y 55 minutos en un día medio: 48 minutos más que un ocupado medio. Por género, un varón parado supera en prácticamente una hora -56 minutos- a un varón ocupado, mientras que una mujer parada supera en 36 minutos a una ocupada.

<sup>301</sup> La idea del dormir, la interiorización y la exteriorización, la interpretamos con Freud (1914: 80, 93-4), para quien el estado del dormir requiere suspender temporalmente los lazos libidinales con el exterior. Esta capacidad de desligarse del mundo durante la noche está vinculada con el narcisismo, con la capacidad de replegarse hacia uno mismo.

Me suelo levantar tarde, porque ¿para qué levantarse más temprano? (Mario)

A mí antes no me costaba madrugar, y ahora me cuesta. Yo antes, sonaba el despertador, y me levantaba con cierto ánimo, no era perezoso en absoluto. Y ahora me cuesta bastante, cada día más. [...] Es que estoy muy calentito y no tengo que hacer nada. Entonces, ¿para qué me voy a levantar? (Parados LD)

A veces son dos caras de una misma moneda: insomnio y el no levantarte... (Parados LD2)

La noche, las nueve y media de la noche, están todos en la cama, estoy en el salón viendo una película, estoy solo. Es mi tiempo libre, y es el momento que más le das a la cabeza también. (Parados LD)

¿Y ahora mismo a qué hora te levantas? Ahora sobre las diez, más o menos. Antes me levantaba antes, estaba más activo buscando trabajo. [...] Y realmente pues sí, me levanto más tarde y me acuesto más tarde. Un día normal, a las dos de la mañana todavía estoy delante del ordenador buscando más cosas... Hago más vida nocturna, vivo más de noche. (Carlos)

Porque yo soy una persona activa, me encuentro con fuerzas para trabajar, ¿sabes lo que te quiero decir? Me encuentro útil, y me levanto prácticamente temprano. No me acuesto tarde y estoy solo. Me quedo dormido a las diez y media, once de la noche, como mucho. No duermo como antes, que antes dormía del tirón. Ahora me despierto a las tres de la mañana, a las cuatro, no cojo el sueño. Estoy mal, la verdad es que estoy mal. (Hilario)

Así, paradójicamente, cada mañana millones de trabajadores desean apagar el despertador y dormir un poco más, mientras que millones de parados desean tener un trabajo para estar obligados a no dormir más. Porque, sin duda, es preferible el insomnio con trabajo y dinero al insomnio sin trabajo y sin dinero, pues, nuevamente, la interiorización se potencia aún más según aumenta la preocupación por la escasez de dinero y el futuro en el corto plazo:

Llevo, no sé si desde antes de las fiestas de las navidades, que no duermo bien por las noches, me despierto a las cuatro de la mañana, y estoy dando vueltas en la cama. Todo pasa en mi cabeza, y te lo juro que no encuentro una salida. Estoy yo con una depresión que a la mínima lloro. (Melinda)

“¿Y de adonde?”. Y de acostarte por la noche pensando nada más que en números, que yo muchas veces digo: “Me voy a acostar a las diez y media”, digo “¿Pero para qué me voy a acostar? Si ahora me meto en la cama y empiezan los números a zumbarme por la cabeza, y son las dos y las tres de la mañana y no me he dormido, dando vueltas en la cama.” (Carmen)

Las veinticuatro horas [preocupado], salvo las que duermes, incluso durmiendo, lo mismo, porque estás dándole vueltas al tema. (Parados LD)

Entonces, a veces las noches son duras y el insomnio, pues eso, porque a mí es cuando más me come la ansiedad, aparte de la soledad, muy solo; echas de menos a los peques, piensas en los problemas económicos, en fin, cantidad de problemas. Y la noche que duermes bien, pues eso, la falta de objetivos. (Parados LD2)

En este tipo de situaciones de potencial depresión, ya mencionamos que los ritmos marcados por el cuidado de los otros son determinantes para impedir que el parado quede totalmente estático.

[...] yo me siento obligado a levantarme con mi pareja y darle los buenos días y lo que voy a hacer. Cada uno y sus circunstancias, y tener un punto al que agarrarse. (Parados LD2)

[...] en cuanto te descuidas ya te dan las once y pico. Te quedas dormido en la silla, o en el sofá. Y cuando me despierta mi mujer, me voy a la cama. (Parados LD)

Por la mañana no me cuesta en general, no me falta motivación para levantarme, principalmente por mi hija. Veo a mi hija que dice: ¡papá, levántate! Y no me cuesta tanto la mañana al empezar el día. (Parados LD2)

[...] y al día siguiente hacer fuerzas para levantarte, porque muchos días no tienes ganas de levantarte, pero *las sacas de donde sea*, y para adelante. (Parados LD2)

Tal cómo se refería el último parado, ese sacar fuerzas “de donde sea” no es, literalmente, de donde sea. La fuerza de levantarse no surge de una “fuerza de voluntad” abstracta, sino sobre todo de lugares materiales concretos: los lazos afectivos con la exterioridad, aunque invisibles, funcionan materialmente como impulso que permiten levantarse de la cama. Estos lazos se actualizan con cada contacto con un otro significativo, y pueden perderse si se pierde el contacto. La hija, el amigo, la pareja, un ideal, un deseo, un objetivo, la calle, son fuentes de energía para que el parado no se desacompace totalmente del mundo<sup>302</sup>.

En resumen, la expropiación histórica del tiempo de vida se vuelve a apreciar cuando el dormir, actividad aparentemente natural más que social, está también mediado por el tiempo de trabajo. La escasez subjetiva del tiempo del paro dificulta así una reapropiación positiva del tiempo de dormir.

### *La tele y el sofá*

Algo parecido a la cama ocurre con la tele y el sofá. Según los datos de tiempos, la televisión es prácticamente la actividad que más crece y a la que más dedica de media cada parado. Un 91% de los parados ve la televisión en un día medio unas tres horas y 45 minutos, lo que significa casi una hora y media diaria más que un varón ocupado<sup>303</sup>. A pesar de que los minutos dedicados a la televisión son abundantísimos, su aparición en los discursos es contada.

La verdad es que hay noches que no duermo, me quedo en el sofá viendo la tele, mi mujer me dice que me vaya a la cama, que descansaré mejor. Es que me meto en la cama, y no hago más que darle vueltas al coco. (Antonio)

¿Y AHORA, QUÉ HACES CON TU TIEMPO? Pues imagínese. Estar con mi madre en casa, ver la televisión. Por la tarde, sobre todo en invierno, ni salgo. Porque no hay perras. [...] Y a ver la televisión, los documentales, hasta que me he dormido en el sofá. (Mario)

<sup>302</sup> Y por ejemplo, otras circunstancias como las condiciones físicas del espacio, permiten marcar el ritmo entre la noche y el día, como cuenta un parado cuya precariedad le obliga a vivir en una casa sin luz natural: “Entonces levantarte en la oscuridad.... Por eso, otro objetivo: necesito una casa. Mi objetivo es conseguir una casa, de entrada, con ventanas, iluminada.” (Parados LD2)

<sup>303</sup> Como ya dijimos [4.1], estas tendencias no son exclusivas del modelo español, sino que son compartidas, por ejemplo, por Estados Unidos.



[El fin de semana] nos solemos levantar tarde, porque vemos películas por la noche. Entonces nos levantamos a las doce, a la una. [...] Y comemos a mediodía, y luego salimos a dar un paseo. Y luego por la noche, llegamos a casa, hacemos la cena, cenamos y vemos películas, o la tele. (Marta)

¿Qué significa esta invisibilidad de la televisión en la experiencia temporal? Para Crary, la televisión introdujo un cambio clave en la organización del tiempo, pues supuso una “relocalización masiva de las poblaciones en estados extendidos de inmovilización relativa” (2013: 80). Esta inmovilización adquiriría sentido como momento del ocio *pasivo* respecto al trabajo, como cuando se dice “llego a casa y pongo la televisión para no pensar”<sup>304</sup>. Siguiendo esta idea, la omisión del tiempo de televisión en los discursos de los parados señala que este tiempo es irrelevante, aun cuando se le dediquen muchas horas. La presencia de la televisión se da por supuesta, no merece ser nombrada porque el paso de las horas delante de la televisión no tiene nada de significativo, a pesar de todas las técnicas de marketing que sobreestiman la atención del espectador y representan mundos llenos de contrastes, colores y emociones. La inmovilización por la televisión facilita aún más la reclusión del parado en la casa. La televisión, además, proporciona una cierta sensación de compañía, lo que es especialmente relevante en las condiciones de aislamiento social propias del paro. Y diferentes estudios insisten en su carácter adictivo. Merece la pena, por su precisión e interés para el desempleo, reproducir parte del análisis de Crary (2013: 87):

[...] [en diferentes estudios] la mayoría de sujetos informaron que ver la TV de manera extendida les hacía sentir peor que cuando no la veían, y aun así se sentían presionados para continuar con su comportamiento. Cuanto más la veían, peor se sentían [...] [se trata de] estados de neutralización e inactividad, en los cuales uno es desposeído del tiempo. Pero incluso dentro de las repeticiones habituales permanece una cierta esperanza –una falsa esperanza– de que un clic más puede abrir algo que redima la apabullante monotonía en la que uno está inmerso. Una de las formas de desempoderamiento de los ambientes 24/7 es la incapacitación de soñar de día o de cualquier modo de introspección despistada que pudiera ocurrir en intervalos de tiempo lento o libre.<sup>305</sup>

Si esta es la temporalidad de la televisión en el ocio de los ocupados, aún con más intensidad lo es en el paro. De ser un tiempo de ocio, pasa a ser un relleno del tiempo. El disfrute de ver un buen programa o una buena película se transforma en un ver cualquier programa o cualquier película. El paso de las horas asociado al sofá y a la televisión son otra expresión más de la arritmia del

<sup>304</sup> Un sentido más propio del tiempo de la televisión lo hemos encontrado en otro grupo de discusión: “A lo mejor, si quieres ver una película, que te gusta mucho, si es ocio en ese momento. Porque hacer cosas que no sea ver la televisión, no es un ocio puro. Son horas, estás ahí, pero no es un ocio cien por cien.” (Superocupados)

<sup>305</sup> El economicismo temporal trataría como una decisión voluntaria el tiempo que uno dedica a esta actividad, y mediría el interés en la actividad en función del tiempo invertido. Lo que empíricamente ocurre es, nuevamente, la paradoja de una voluntad que actúa contra la voluntad: ver más la tele hace que uno quiera ver más la tele aun cuando se siente peor cuanto más ve la tele. La misma paradoja se produce en todos los usos del tiempo que estamos viendo que, en los enfoques individualistas metodológicos, serían tratados como decisiones o preferencias.

tiempo superfluo: “a mi el sofá me quema también” (Parados CD). Levantarse de la cama, como levantarse del sofá, aparecen como enormes esfuerzos, lo que refleja el deterioro de las prácticas y las disposiciones temporales, y el progresivo desajuste de las normas temporales. A todo ello, se suma que la función ideológica de muchos programas de televisión acrecienta el pesimismo y profundiza la dificultad de imaginar alternativas: “la televisión me deprime porque está mal la cosa.” (Parados LD). La propia espacialidad que la televisión ocupa –en el lugar central de la mayoría de hogares– obstaculiza también la posibilidad de reapropiarse del espacio doméstico, y hacer de éste un lugar que no implicara necesariamente un exceso de interiorización. En pocas palabras, la producción de desempleo ha hecho que se sumaran millones de horas al tiempo social total que se esfuma delante de la televisión.

La paradoja del tiempo escaso se ve ahora de una manera más concreta. Mientras que la mayoría de trabajadores llegan exhaustos a casa y ello les impide disfrutar del tiempo en casa, la mayoría de parados tampoco pueden disfrutar el tiempo de la casa porque ésta les encierra. La reclusión espacial en resumen, puede ser comprendida como una negación de la necesidad social de un sujeto de “tener un lugar”<sup>306</sup>. Que cada vez haya menos tiempo de trabajo para repartir implica, en términos espaciales, que cada vez hay menos lugares para repartir. No tener tiempo de vida es asimilado a no tener tiempo de trabajo, y además, no tener espacios de vida es asimilado a no tener espacio en el trabajo. Al igual que los tiempos están socialmente jerarquizados en torno al trabajo y al dinero, lo mismo ocurre con los espacios. La superfluidad de los parados implica también estar espacialmente oculto, encerrado, y a medida que se reduce el tiempo de circulación de las mercancías, se reducen sus posibilidades de ser vendidas –como señalaba la cita con que abrimos este capítulo. La inexistencia social de quien se encuentra en un espacio invisible afecta ahora con especial intensidad a los parados, al igual que históricamente ha ocurrido con la división patriarcal del espacio y la invisibilización de las mujeres. La superfluidad en la casa puede leerse entonces como un síntoma más de la polarización del tiempo de trabajo y el tiempo superfluo, que contribuye a la explicación de la escasez subjetiva de tiempo.

---

<sup>306</sup> Véanse los interesantes conceptos de “necesidad de hacerse su lugar” y “guerra de lugares”, así como en general las investigaciones desarrolladas por Vincent de Gaulejac (1987).

## 7.8. Ser superfluo para uno mismo

En este punto desarrollamos con amplitud una lectura de la subjetividad en el desempleo a partir de conceptos provenientes del psicoanálisis y la sociología clínica. Nos resulta útil articular estos enfoques con el concepto de tiempo superfluo, ya que parten de que la subjetividad se caracteriza por la contradicción y el conflicto, lo cual nos permite entender las vivencias del desempleo que resultan de la paradoja del tiempo escaso. Por ejemplo, la sociología clínica ha investigado los procesos subjetivos asociados a la imposibilidad de cumplir la norma *ideal* del trabajo que se les exige a los trabajadores en la cultura empresarial neoliberal<sup>307</sup>, lo que nos permite desarrollar teórica y empíricamente cómo se expresan en la experiencia subjetiva la coacción general del trabajar por trabajar, y la particular relación entre las normas temporales dinámicas y abstractas, las prácticas y las disposiciones de los parados. De esta manera, tratamos de aplicar al desempleo un marco que permita romper la dicotomía entre lo social y lo individual, entre lo sociohistórico y lo subjetivo, para superar algunos de los límites de la investigación del desempleo [Anexo]. Este análisis es también compatible con el marco conceptual de Elias (1979, 1984), si se entiende que los conflictos subjetivos de parados y paradas son el resultado de la presión de las coacciones sociotemporales externas que derivan en formas siempre problemáticas de autocoacción [1.1].

Principalmente, desarrollamos dos conceptos para comprender la dimensión subjetiva de la escasez temporal en el desempleo: el primer apartado se centra en el concepto de *contrato narcisista*, y el segundo en el concepto de *culpa*. Además, con este marco intentamos contribuir a una explicación de la culpabilización y el “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”, sobre lo cual mucho se ha hablado durante los años de la crisis pero, hasta donde sabemos, hay pocos análisis empíricos sociológicos<sup>308</sup>.

### 7.8.1 El contrato narcisista español

Cuando una persona se hace superflua para las empresas, el Estado, la familia y los amigos, se recluye en la casa y sin dinero, lo lógico es que tienda a autoperibirse como superflua. Pero si bien este tipo de autopercepción es común en la vivencia del paro en cualquier país capitalista

---

<sup>307</sup> La relación entre el contrato narcisista y el ideal en el trabajo ha sido abordada por Dujarier (2010) y Gaulejac (2010). Véase, a este respecto, la siguiente afirmación de Freud (1929: 80): “La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que con él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confiere un valor que no le va en zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad.” Para otra lectura psicodinámica de la relación subjetiva con el trabajo y el desempleo, véase la obra de Christophe Dejours.

<sup>308</sup> Por ejemplo, Alonso y Fernández (2013), Alonso et al. (2011).

avanzado, en el contexto de nuestra investigación está marcada por una situación históricamente particular. En nuestra lectura, esta especificidad se asocia con el *contrato narcisista español* que se había instituido en las décadas del llamado “milagro español” [2.1], como uno de los rasgos típicos de la relación subjetiva con el trabajo en la población. De manera general, el concepto puede ser resumido así:

La ideología empresarial propone a sus empleados un contrato narcisista que supuestamente responde a sus deseos de perfección y omnipotencia. Un contrato que recuerda al de Fausto: a cambio de una entrega sin límites al trabajo, la empresa pretende ofrecer la posibilidad de «triunfar», superarse, convertirse en el mejor. Como si el rendimiento en la empresa pudiese responder a la búsqueda del sentido individual. (Gaulejac, 2010: prólogo)<sup>309</sup>

“Tienes que ser el mejor. Tienes que ser competitivo. Tienes que ganar.”. Y luego te decían: “El objetivo es ganar. No me digas cómo” Es que si tengo que pisar... “Hombre, yo no te digo que vayas pisando cabezas, pero plantéate que a lo mejor donde quieres llegar, tienes que pisar cabezas.” (Parados LD)

Con este concepto, proponemos una lectura de la subjetividad social del parado que puede ser captada en cuatro momentos: 1) la formación del contrato narcisista español; 2) la ruptura del contrato narcisista; 3) el duelo por la pérdida del ideal de autosuficiencia; y, 4) la melancolía, o, la resistencia a romper el ideal de autosuficiencia.

### *La formación del contrato narcisista español*

Aunque la promesa de omnipotencia sin límites -lo que las feministas llaman el *ideal de autosuficiencia*<sup>310</sup>- es tan antigua como el capitalismo, los años previos a 2007 impulsaron con especial fuerza el espíritu capitalista de importantes capas de la población española, que se desapegabá más de sus *necesidades tradicionales* para priorizar el *lucro por el lucro* (Weber, 1905: 66-76)<sup>311</sup>.

<sup>309</sup> Originalmente, el concepto es de la psicoanalista Piera Aulagnier. Es descrito así por Jaroslavsky (2008): “Esta concordancia entre los enunciados del campo social, lingüístico y del sujeto, determina que el modelo social que es sostenido por el grupo, coincide con los ideales de cada uno de sus miembros. [...]. El discurso fundador de una cultura instituye el contrato narcisista.”

<sup>310</sup> El feminismo crítico es actualmente uno de los actores que más esfuerzo está poniendo en desidealizar el ideal de autosuficiencia (Pérez Orozco, 2014; Gil, 2014). Este ideal está típicamente representado en las figuras de la masculinidad moderna: el empresario industrial, el obrero fordista y el estajanovista, y últimamente, el broker de las finanzas y la “mujer héroe” capaz de tener éxito laboral y dedicación plena al hogar. El feminismo defiende que la *interdependencia* es constitutiva de todo sujeto, lo que no es sino otra manera de decir que no existe sujeto fuera de lo social.

<sup>311</sup> Ya señalamos antes que, este lucro por el lucro, especialmente en los casos del endeudamiento masivo de las clases populares y medias, debe entenderse como una estrategia para protegerse de la incertidumbre del futuro, y no debe ser reducido a una suerte de condena moral del “consumismo” o del “aburguesamiento”. En términos generales, habría que distinguir entre las formas de endeudamiento orientadas a la inversión para un lucro por el lucro -especulación inmobiliaria, por ejemplo- y las formas de endeudamiento orientadas al ahorro o a la protección de las posibilidades de reproducción -comprarse una segunda casa, por ejemplo.

Para los años del “milagro español” –aproximadamente, el periodo 1995-2007-, definimos el *contrato narcisista español* como el modo específico en que colectivamente se ha apuntalado en las subjetividades el *ideal de autosuficiencia* asociado al trabajo. En términos conceptuales, este ideal puede entenderse como inscrito de manera singular en el *ideal del yo*<sup>312</sup> del sujeto trabajador, y en el periodo que estudiamos, afianzado por el contrato narcisista. Los significados del trabajo y sus ideales, como es lógico, no son socialmente homogéneos, (Crespo et al., 1998) sino que se estructuran socialmente según clase, género, generación, etc. En ese sentido, si bien para importantes capas de población esos años significaron una precarización pronunciada, es posible sostener que algunos de estos ideales se expandieron muy masivamente: este puede ser el caso del sueño colectivo de una *sociedad de propietarios* [2.1], la experiencia extendida de movilidad social ascendente asociada a los altos niveles de consumo, el *efecto riqueza*, y la creencia en las promesas de prosperidad e incluso de pleno empleo. Este efecto riqueza apelaba a que, por fin, la escasez material que había caracterizado a España durante su Historia iba a ser definitivamente superada. Tal efecto, como también vimos, se hizo posible sin que subieran significativamente los salarios reales y multiplicando el endeudamiento social general, es decir, a partir de la apariencia de que el presente parecía más *libre* en cuanto permitía consumir más:

Como nos gastásemos dos mil, yo les pedía a mis padres, mil a cada uno de ellos, a mi padre y a mi madre, y ella a sus padres mil a cada uno. Entonces, no gastábamos dos mil, sino que gastábamos, dos, cuatro, seis, gastábamos seis mil. (Precarios)

La obra, ¡genial! Un dineral. De lo que se ganaba en la charcutería a la obra, ¡un abismo! Hasta medio millón de pesetas que llegaba a ganar. Sí, sí, claro echando muchas horas. De lunes a viernes, y si querías trabajar un sábado, eran veinte tantas mil pesetas. Eso era una gozada. (Antonio)

Porque hemos vivido muy bien, normal, hemos tenido nuestro poquito de vacaciones, todos los fines de semana hemos salido, hemos llevado los niños a muchos sitios, hemos salido a comer, los fines de semana no hacía comida prácticamente... Vivíamos... normal. Ahora lo ves, y dices: vivía de lujo. En ese momento te quejas: “no podemos ir a tal sitio”, pero ahora lo ves y dices, joder quién lo pillara (María)

A la postre, es una deuda para el beneficio de nuestros hijos, ¿sabes? Y tú lo haces, tú te metes a una deuda con la intención de que.. ¿QUÉ ES, LA HIPOTECA? Sí, la hipoteca, pueden ser también créditos personales que me dieron en su momento, ¿no? Para coche y tal. (Edgar)

La capacidad de consumo, el poder adquisitivo, el reconocimiento del éxito en el trabajo, una tasa de paro relativamente baja, la ruptura de las solidaridades comunitarias y colectivas en diversos ámbitos, y en general todos los procesos de *neoliberalización* de España, suponían la

---

<sup>312</sup> El *ideal del yo* es un concepto freudiano definido como: “instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse.” (Laplanche y Pontalis, 1967: 180)

intensificación del reconocimiento asociado al ideal de autosuficiencia de quienes parecían relativamente bien integrados al modelo español.

### *La ruptura del contrato narcisista: el efecto bipolar*

Desde 2008, la *Gran Interrupción* generó un espectacular efecto dominó [2.2]. La expulsión del trabajo de millones de personas que parecían socialmente integradas, en el plano subjetivo puede caracterizarse como una *ruptura del contrato narcisista*. En nuestra hipótesis, este efecto de contraste ha sido vivido con mayor intensidad debido a la especial dependencia subjetiva del ideal de autosuficiencia que se había asentado en los años anteriores. Véanse algunas expresiones que apuntan a este fuerte contraste:

Esa gente muy capaz, que se ha movido mucho, que trabajaba muy bien, que tienen que cerrar. No me parece justo lo que está pasando. Me parece *cruel*. *Gente buena*. Luego ha habido de todo en el sector. Gente que ha ganado mucho dinero y que se ha aprovechado, y ha currado mucho, y se ha quedado fenomenal. Y gente muy buena, muy capaz que ha forzado, y que no se ha merecido esta situación. (Precarios)

Yo también trabajaba en la construcción, hacíamos piscinas, íbamos como las motos. Yo empecé hace quince años y éramos unos desconocidos, *subimos a la cima*. Esto era la locura, bonanza, y *de repente* cerramos. (Parados LD)

Personas de nuestra edad, cuarenta, cuarenta y seis años, cincuenta, sesenta años, que hemos trabajado toda la vida, y de repente, *de la noche a la mañana, nos quedamos ¡plas!* (Parados LD)

Entonces pues para mí fue un *cambio radical*, fue enfrentarme, o sea, yo con 37 años de repente me di cuenta de que había estado trabajando desde los 18 y aparte *súper independiente* y de repente me encuentro en casa afrontando juicios, una legislación laboral nueva, enfrentándome a situaciones que no podía ver porque estaba en casa y con un bebé, durmiendo apenas dos horas seguidas y con el nuevo rol de madre a la espalda. (Paradas)

Es un *batacazo*. No sabemos ni por dónde nos ha venido. Nos hemos quedado *flaseados*. Es cierto que iba todo demasiado bien, sacando pecho, *haciéndonos los gallitos*, y nos han devuelto a la realidad, y decir: ¿pero bueno, qué pasa que hemos retrocedido veinte años? (Jenaro)

[...] a mí lo único que me asusta es realmente la capacidad de trabajo que hemos tenido todas las personas que hemos estado trabajando, que hemos estado haciendo un montón de proyectos, hemos estado haciendo, generando un montón de riqueza, de por sí, llámale riqueza económica o riqueza social y que *de buenas a primeras* esto ha desaparecido (Parados CD)

Como se ve, diferentes expresiones apuntan a una fuerte ruptura: de “subir a la cima” al “batacazo”, la “crueldad”, “de buenas a primeras”, “de la noche a la mañana”, un “cambio radical”. “Gente buena”, “súper independiente”, que se hacían “los gallitos”, “que ha trabajado toda la vida” caía repentinamente. Con esa ruptura, las personas cuyo contrato narcisista se materializaba en la experiencia cotidiana de ser independientes y autosuficientes, se ven obligadas a romper con la idea que tenían de sí mismas: el desempleo implica dejar de percibir la apariencia

de control sobre el curso vital. Este contraste se expresa tanto en términos biográficos, como en términos del sector en el que se trabajaba, como a nivel nacional.

Todas las expresiones de la ruptura apuntan a lo que podemos llamar un *efecto bipolar* asociado a la crisis, en el que un sujeto repentinamente pasa de aspirar a ser “el mejor” a ser un “parásito”<sup>313</sup>. Por ejemplo, el trastorno bipolar –lo que en la psicopatología se conocía como el trastorno maníaco-depresivo– es ya una disfunción psicológica crecientemente normalizada, y en buena medida asociada a los vaivenes de las dinámicas del trabajo<sup>314</sup>. En el caso español, el periodo previo a 2007 puede ser caracterizado como un episodio maníaco, caracterizado por los delirios de grandeza de la burbuja inmobiliaria y la representación de España como una gran potencia mundial [2.1]. El episodio depresivo vino después, con la ruptura del contrato narcisista. Actualmente, la llamada “recuperación” parece entrar en un nuevo periodo de manía. Este efecto bipolar, como ya señalamos, tiene características análogas a la estructura temporal del maltrato [2.2], ya que un trabajador en desempleo vivencia una transición entre ser reconocido en su esencial autosuficiencia a ser una suerte de problema social que nadie sabe resolver: de creer que uno es el centro del mundo, ahora resulta que el mayor problema social es la propia existencia, como duramente ya había señalado Castel<sup>315</sup>. Al mismo tiempo, cualquier parado escucha prácticamente a diario que todos los esfuerzos de los gobernantes van en su beneficio aun cuando, por ejemplo, la tasa de cobertura se haya reducido imparablemente desde 2010 [7.3].

Esta dinámica contradictoria, como en el caso de las mujeres maltratadas, puede entenderse como un modo de control social sobre los sujetos, que sufren un malestar aleatorio en el que una causa abstracta e incontrolada como “la crisis” se entremezcla con culpas abstractas y concretas, como veremos después. La imagen del maltrato no es sólo una metáfora, sino la realidad vivida de sentirse a la deriva y de no controlar las causas que pueden tanto hacer que alguien se recupere económicamente como provocar inesperadamente su hundimiento definitivo. Desde este punto de vista, el carácter bipolar del paso del relativo bienestar al malestar cumple un

---

<sup>313</sup> Según las polémicas declaraciones públicas de la presidenta del Círculo de Empresarios, Mónica Oriol (25/04/14).

<sup>314</sup> Véanse los trabajos de Darian Leader (2011, 2015). En su estudio más reciente, Leader (2015: 9) señala a la bipolaridad como una parte central de la actual dinámica del trabajo. Por dar un solo dato, según su impactante ensayo, en Estados Unidos el diagnóstico de bipolaridad ha aumentado un 4000% en los últimos veinte años.

<sup>315</sup> “Ocupan en la estructura de la sociedad actual una posición homóloga a la del cuarto mundo en el apogeo de la sociedad industrial: no están conectados a los circuitos de intercambio productivos, han perdido el tren de la modernización y se han quedado en el andén con muy poco equipaje. Por supuesto, pueden suscitar inquietudes y medidas, pues plantean problemas. Pero lo que plantea problemas es el hecho mismo de que existan. Es difícil que se los tenga en cuenta por lo que son, pues su calificación es negativa (inutilidad, no-fuerzas sociales), y ellos tienen en general conciencia del hecho. Cuando uno ha edificado su identidad social sobre una base que se desmorona, es difícil hablar en nombre propio, aunque sea para decir no.” (Castel, 1995: 416)

importante papel en oscurecer y deformar la comprensión de las causas del desempleo propio. La indefensión en los parados más vulnerabilizados obstaculiza la posibilidad del distanciamiento mínimo necesario que permitiría enfrentar esta relación de maltrato en la que se está cotidianamente inmerso.

*Vergüenza: el duelo por la pérdida del ideal de autosuficiencia*

Así, con la crisis y el desempleo masivo, la promesa de autosuficiencia se rompió para millones de personas y familias. En términos subjetivos, como hemos repetido, esta ruptura no está únicamente asociada a la precariedad y la pobreza material, sino también al efecto de contraste que tiene la pérdida del ideal. Es necesario insistir en este punto. El contrato narcisista, con su ideal de autosuficiencia, no es una mera creencia distorsionada que los trabajadores asumen, ni simplemente una idea de la que el poder nos ha convencido pero de la cual nos podríamos desligar fácilmente: se trata, sobre todo, de un ideal que constituye a cualquier trabajador, y que está materialmente incorporado en las prácticas y disposiciones. Además, la idea del contrato narcisista no debe ser interpretada en términos individualistas, como si los individuos narcisistas “firmaran” un contrato voluntariamente. Desde nuestro punto de vista, el exceso de narcisismo es constitutivo de la relación de trabajo, y su solución no es una mera decisión individual en abstracto –“voy a ser menos narcisista”, por ejemplo- sino un proceso de desaprendizaje, por así decir, que podría abrirse y hacerse plausible si fuera facilitado por ciertas condiciones sociales [cap. 8].

Dicho esto, si se reconoce la enorme fuerza simbólica de la experiencia de autosuficiencia que se ha intensificado en los años del exitoso capitalismo español, puede comprenderse una parte central del dolor psíquico asociado al desempleo. En ese sentido, la pérdida de trabajo puede comprenderse como la tramitación de un *duelo*<sup>316</sup>. El tiempo que cualquier duelo requiere no está determinado a priori, sino que depende de la particular inscripción subjetiva del ideal del trabajo en cada sujeto, y de las condiciones que pueden facilitarlo. La tramitación del duelo supone, entre otros fenómenos, un tiempo de fantasear con el regreso al pasado, asociado al orgullo de ser autosuficiente, y que desvela, al mismo tiempo, la *vergüenza* asociada a la dependencia que se reconoce a quienes “no se ganan la vida trabajando”, como dice la común expresión. Desde la óptica del presente, algunos parados relatan con nostalgia que “echan de menos” el trabajo, donde uno se realizaba como trabajador y se relacionaba con otros

<sup>316</sup> Freud (1915: 241) define el *duelo* no sólo por la pérdida de una persona, sino también por la pérdida de “una abstracción que haga sus veces”, entre los que incluye, un *ideal*: en nuestro caso, el ideal de autosuficiencia por el trabajo.



trabajadores iguales e independientes:

Tienen que vender ocho o diez para que la empresa gane, y los vendíamos. [...] Feliz, muy contento sabes... Y nada... todo se vino abajo. *Echo de menos* eso (Edgar)

Yo *sigo echando de menos* esta actividad laboral, ¿no? Que, por suerte, yo sí he podido trabajar en algo que me gusta (Parados CD)

Yo por ejemplo soy un trabajador *vocacional*, yo sí necesito trabajar. Porque yo, en todo lo que he estudiado, lo he estudiado vocacionalmente. Yo adoro mi trabajo, ya no es una cuestión solo económica, también es una cuestión anímica y de realización. (Parados LD2)

[...] yo lo que de verdad quiero es trabajar [...] ahora mismo lo que yo quiero es trabajo, porque lo *echo de menos*. (Alfonso)

A mí me gustaría estar trabajando, encontrar trabajo y ya está. Y tener un trabajo, porque quieras que no, es ley de vida. (Paco)

Yo *echo un poco de menos* las relaciones, cuando hablas con clientes, comías, salías con empleados, con compañeros, con jefes, con reuniones, todo eso lo echo de menos, esa vida, ese mundo lo echo un mogollón de menos. (Parados LD)

Pero anímicamente para el individuo como tal, la función de parado, ese parón yo creo incluso hasta biológicamente es un golpe brutal. Nuestra *condición* no es estar parado, ni estar ocioso. (Parados LD)

[...] valoro mucho el trabajo, en lo personal, ya no sólo en lo económico, sino en lo personal porque, quizás es esto, nos han criado para esto, para trabajar. Y desde siempre, en mi generación, hemos tenido claro que había que trabajar, y los dos, para poder siquiera sobrevivir, siquiera mantener una casa. Pero el trabajo como organizador de la vida y organizador de la propia *vocación*, del propio desarrollo personal y de la propia actividad, ¿no? ¿Para qué estoy en el mundo? Estoy para hacer cosas, ¿no? Y una de ellas o una que ocupa muchas horas del día es trabajar. Entonces realmente lo que valoro, tanto del trabajo anterior como del futuro, que sé que llegará, porque nos llegará, estoy convencido de esto, es esto, ¿no? El ser un *factor organizador de mi vida, y un factor desarrollador de mi vida, no el trabajo solo como medio de vida*. (Parados CD)

El trabajo, entonces, percibido no como “medio” sino como “vocación” -al igual que en Weber- como “condición” de la realización de la existencia como sujeto, se mantiene en muchos parados, porque ya no se trata de una mera idea que uno ha aprendido sino de lo que uno ha sido: “nos han criado para esto”. La esperanza de trabajar no es sólo la esperanza de tener riqueza, dinero o tiempo libre, sino *la esperanza de volver a ser trabajador y volver a ser ganapán*. La fuerza inscrita en el ideal de autosuficiencia, como dice Luis, implica la experiencia cotidiana de “no depender de terceras personas” o la experiencia de ser el pilar de la familia:

Tengo el respaldo de mi familia, pero no soy de esas personas que esté, digamos, acostumbrada a vivir [...] dependiente, o eso, dependiendo de terceras personas. (Luis)

Yo lo que quiero es trabajar, poder mantener a mi familia. (Parados CD)

El hecho de estar sin trabajo, porque si tuviera un trabajo, y que yo pueda hacer frente a lo que ella está haciendo frente ahora, no habría problema. Yo la quito a ella del medio y me hago cargo de todo. (Edgar)

Pero claramente lo que me hace muy feliz es mi trabajo. Y mis hijos también, pero si no tengo esa armonía aquí con mi trabajo... (Precarios)

Más precisamente, el ideal de autosuficiencia es más que una cuestión experiencial: se trata de un principio de percepción y apreciación del mundo –en los términos de Bourdieu- inscrito en la existencia de los trabajadores. Esto explica, en parte, la enorme dificultad del duelo, cuya tramitación realmente efectiva implicaría no sólo una mera toma de conciencia, sino un cambio en la constitución misma del sujeto trabajador, que permitiera materializar subjetivamente que la venta del tiempo de vida no es el acto que constituye la autonomía de la voluntad del sujeto sino, al contrario, lo que ratifica la dominación del trabajo sobre el trabajador.

Aunque como vimos, en términos generales, las paradas siguen diferenciándose en la vivencia del desempleo respecto a los hombres, el contraste vivido por muchas no se relaciona sólo con la pérdida del salario, sino también, con la pérdida del ideal de autosuficiencia que se había apuntalado con más fuerza subjetiva en las trabajadoras durante las últimas décadas. La evitación del tipo de dependencia asociada a la casa y al marido, ha tenido como contraparte la asunción implícita de que el trabajo asalariado no significa también una dependencia sino una forma de independencia:

Pero yo creo que *soy persona, si yo trabajo*. (Matilde)

Pero ahora, de quedarme de ama de casa, no. No, no, no. No podría, no podría. ¡Uh! No. [risas] *No, o sea, prefieres trabajar que...* No podría, no podría. Tengo que estar trabajando, yo no puedo estar en mi casa. (Pilar)

Yo soy una persona que me encanta mi profesión, soy una apasionada de lo que hago y para mí el hecho de ser madre era un complemento, pero no era, yo entiendo que hay mujeres que conozco y tengo amigas que para ellas lo principal es su niño o su niña, para mí es un complemento. Entonces yo no concibo la vida sin trabajar porque para mí es un escenario que me complementa como *persona*. (Paradas)

Porque te digo, yo he trabajado desde pequeña, desde los 17, 18 años, cuando terminé el colegio, me puse a trabajar, estudiar, y *siempre me ha gustado decirme que soy una chica independiente*, que me gusta trabajar, tener lo mío, mi dinero y disfrutarlo, y vivir con mi hijo ahora. (Ana)

Cuando estás trabajando, pues te sientes muy bien porque tienes contacto con otros profesionales, porque te sientes que resuelves cosas, porque tienes responsabilidades de sacar la casa adelante y solucionas un montón de problemas y entonces te encuentras muy bien, porque todo lo que has hecho, todos los esfuerzos de estudiar, de trabajar, de todo, pues tiene sus frutos. (Paradas)

Para mí, mi hijo es lo más importante. Y trabajar. (Marta)

Porque uno trabaja para sentirse bien, para sentirse que *vales para algo*. Yo todavía me siento joven, no me siento una persona acabada. Y eso de estar en casa a mí me afecta mucho. (Melinda)

Se constata entonces cómo la pérdida del trabajo es, para muchas mujeres paradas, la pérdida del ideal de autosuficiencia, en el que ser sujeto “independiente”, ser “persona”, “valer para algo”, es

sinónimo de vender el tiempo por dinero en el marco de la relación salarial. De hecho, como elocuentemente se quejan algunas amas de casa, cada vez más: “eres más mujer cuando estás en la calle trabajando” (Amas de casa). El ideal de mujer, al haberse hibridado con el ideal de autosuficiencia, intensifica el duelo en aquellas paradas que más han estructurado su vida en torno al trabajo. Estas citas sugieren que la progresiva constitución de las mujeres en el trabajo no ha implicado tanto una feminización del trabajo sino sobre todo una masculinización de las mujeres, que al hacerse trabajadoras se insertan en la jerarquización capitalista de las actividades, y por ello, tienden a desvalorizar e invisibilizar las actividades feminizadas de cuidados (Hochschild, 2003; Briales, 2014).

En sentido de género, podemos desarrollar un poco más la relación entre la vergüenza, el trabajo y la masculinidad [6.3.2]. A pesar de los importantes cambios recientes en las relaciones de género, la masculinidad patriarcal implica un enorme obstáculo para romper con el ideal de autosuficiencia. Por ejemplo, ello puede deducirse de las referencias de Antonio e Hilario al lloro:

[...] lo he pasado muy mal, muy mal, *hasta he llorado*. (Antonio)

Mal, mal, mal porque ya te digo, me dan *hasta ganas de llorar*. (Hilario)

Llorar es el acto más típico de los dependientes por excelencia: los niños. La aparente novedad del llorar -o de las ganas de llorar- en algunos hombres, es el efecto de la sensación de dependencia que no sentían, probablemente, desde que eran niños. La reemergencia de estos lloros les retrotrae al pasado, a una suerte de regresión que les recuerda la posibilidad de sentirse dependientes, estado inesperado tras haberse constituido materialmente como trabajadores hechos a sí mismos que no lloran. Si para muchas personas es normal llorar en muchos momentos de su vida, para determinadas masculinidades el paro es algo específico por haber provocado las lágrimas. Como el niño que llora en cuanto se va la madre, el lloro del parado es el efecto de que se va el trabajo, porque él y el trabajo parecían ser una unidad indisoluble, el trabajo ya parecía una parte intrínseca e inseparable de su cuerpo. La pérdida del trabajo permite separar al trabajo del trabajador y pone en evidencia que no eran dos cosas idénticas. Así, la vergüenza por la dependencia, es central en la masculinidad autosuficiente<sup>317</sup>.

Cuando una persona ha sido toda su vida *autosuficiente*, por sí mismo, y por las circunstancias que están ocurriendo ahora actualmente, para mí [pedir ayuda] es una mendicidad. [...] yo necesito un trabajo, nada más. (Hilario)

Profundizando un poco más en la experiencia de Hilario que ya vimos [6.3.2], cuando se niega a pedir ayuda y afirma que lo único que necesita es “un trabajo”, está expresando sus deseos, pero

<sup>317</sup> Aunque aquí no lo hemos explorado, el tema de la búsqueda de trabajos “masculinos” o “femeninos” también señala la importancia de la masculinidad en el desempleo (Jiménez, 2013).

su enunciación es sólo parcialmente verdadera. La necesidad de trabajo no es sólo la necesidad de un salario sino, también, la necesidad de no pedir ayuda. No pedir ayuda es una *necesidad* en toda regla para quien *necesita* mantener su ideal de autosuficiencia. La contradicción es irresoluble porque, si uno no tiene trabajo, y además está sólo y tampoco pide ayuda, entonces uno se muere. La única solución de Hilario para sentir que es autosuficiente es no pedir ayuda, lo que lógicamente deriva en la constatación cotidiana de que es profundamente dependiente y vulnerable, y que paradójicamente, cuanto más autosuficiente cree ser, más vulnerable es. Puesto que el ideal de autosuficiencia puede llegar a ser una necesidad tan fuerte como la necesidad de comer, aunque existan buenas razones para romper con el ideal, los sujetos pueden aferrarse a él incluso aunque ello implique su progresiva autodestrucción, en la medida que se imponga la necesidad subjetiva de sentirse autosuficientes sobre otras necesidades, tal como puede ocurrir en algunos casos de suicidio<sup>318</sup>. Se pone así de manifiesto que el más fuerte no es el que se cree autosuficiente ni el narcisista, sino quien reconoce que él no lo puede todo, y como cualquiera, no es ajeno a las determinaciones del mundo social. Como veremos más tarde, no es más fuerte quien oculta o niega su vulnerabilidad sino quien es capaz de reconocerla [8.5].

Todas estas expresiones del duelo del desempleo pueden ser comprendidas como formas particulares de la hiperidealización del trabajo que emerge especialmente cuando desde el presente se idealiza el pasado. El trabajo aparece entonces como la única solución posible a todos los problemas y se sobredimensiona como *el* único deseo y *la* única alternativa para recuperar la existencia social. Si el duelo se tramita de un modo relativamente satisfactorio, aunque el parado pueda sentir cierta vergüenza o algunas de sus relaciones se hayan visto afectadas, otras esferas de su vida social pueden mantenerse más o menos protegidas. Si el duelo no se tramita satisfactoriamente, los efectos del paro pueden llegar a devastar el conjunto de la existencia social del individuo. Veámoslo ahora con un poco más de detalle.

---

<sup>318</sup> Ya vimos antes el ejemplo de las ideaciones suicidas de Hilario [6.3.2]. Aunque para conocer cuántos suicidios hay el registro de éstos debería ser problematizado, a nivel nacional los datos oficiales no han aumentado con la crisis. Sin embargo, según algunos estudios sí han aumentado los intentos de suicidio. Según Córdoba-Doña et al. (2014), en Andalucía se encontró una asociación significativa entre el aumento de los intentos de suicidio en el periodo de crisis 2007-2012 y el desempleo masculino, no así en mujeres paradas. La mitad -48%- de los intentos de suicidio registrados en el periodo de crisis –un total de 8492- fueron realizados por varones en paro de 40 a 54 años, en lo que se puede intuir la relación entre la vergüenza, la melancolía y la masculinidad autosuficiente que estamos analizando. Véase también Muñoz et al. (2014), Waisblat (2013) o Cucco (2013).

*Melancolía: la resistencia a romper el ideal de autosuficiencia*

¿Qué significa la experiencia de ser superfluo en su sentido más profundo? Recordemos algunas de las categorías que los parados utilizaban para referirse a sí mismos: *no eres nada, no eres nadie, estás caducado, aparcado, obsoleta, no existes, no sirves, hundido, olvidado, marginado, sobrante, inútil, aislada, traumatizada, indeseado, echado a perder, mermado, gilipollas, abandonado, oxidado, trasto viejo, perdido, no organizado, desechado* [cuadro 22] ¿Qué hace que un sujeto vivo hable de sí mismo como un sujeto sin vida cuando después de cierto tiempo no encuentra trabajo?

Como hemos repetido, las categorías de la experiencia de superfluidad no remiten sólo a la pobreza material de la escasez de dinero sino, simultáneamente, a la propia inexistencia: “Es que ya pasa tanto tiempo que dices, ya incluso no es para ingresar dinero, es porque no se olvide el mundo de ti.” (Parados CD). Quizás algunas expresiones de algunos parados puedan verse como exageraciones, victimizaciones o usos retóricos del lenguaje. ¿Pero es esto suficiente para explicar la abundancia, el énfasis y la crueldad de algunas expresiones de los parados sobre sí mismos?

No hemos encontrado concepto mejor para captar este fenómeno que el de un *duelo* no resuelto, provocado por la fijación y la repetición en la pérdida del ideal *de autosuficiencia*, cuya base es, sobre todas las cosas, el trabajo, y cuyo sujeto es *el trabajador que hace el mundo mientras se hace a sí mismo*. No poder trabajar significa, en ese ideal, no hacer el mundo y no hacerse a uno mismo, y en este sentido, ser nada, ser inútil, no existir. Cuanto más se ha constituido el sujeto en este ideal intensificado durante el contrato narcisista español, más se sufrirá el duelo de la pérdida, y más probable será que éste no se resuelva satisfactoriamente y devenga *melancolía*:

La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo [...] el duelo muestra los mismos rasgos excepto uno: falta en él la perturbación del sentimiento de sí. [...] Y lo notable es que nos parece natural este displacer doliente. Pero de hecho, una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido (Freud, 1915: 242-3)

El duelo no resuelto de la pérdida de trabajo, caracterizado por estas autodenigraciones que emergen de la interioridad porque han sido previamente introyectadas, es lo que ancla a los parados en la melancolía. En esta lectura, el autorreproche puede ser interpretado como un

reproche al objeto perdido que se proyecta sobre el yo<sup>319</sup>. La carga afectiva con que la pérdida del ideal del yo se proyecta hacia dentro puede comprenderse como un reflejo introyectado de lo que la sociedad del trabajo proyecta sobre los sin trabajo. Por tanto, los efectos de la sobreidealización del trabajo característicos del contrato narcisista español pueden conllevar que los problemas de escasez de dinero se retroalimenten con el malestar subjetivo y el resto de fenómenos asociados al proceso de hacerse superfluo.

La probabilidad de que el duelo no se resuelva y devenga melancolía será mayor en la medida en que uno ha incorporado como propias las formas más individualistas del ideal de autosuficiencia, como por ejemplo, las categorías del narcisismo competitivo [5.4] promocionadas por las actuales políticas de empleo: el talento, la empleabilidad, etc. Esas categorías, mientras que en el corto plazo intensifican la competitividad en la búsqueda de trabajo, en el medio y largo plazo mantienen al parado subjetivamente atado al ideal de autosuficiencia. Las supuestas ventajas de la competitividad individualista en el trabajo, a posteriori desvelan su fundamental contradicción, pues contribuyen a apuntalar la melancolía cuando se es expulsado del trabajo, porque el sujeto se ve subjetivamente incapacitado para asumir que su desempleo no es un problema personal. Digamos que, el dolor psíquico provocado por la pérdida del ideal de autosuficiencia está tan arraigado en la subjetividad de algunas personas, que el sujeto se instala en la resistencia a tramitar el duelo como una forma defensiva que paradójicamente le vulnerabiliza aún más.

La melancolía no es algo que se tiene o no tiene, como si fuera un virus. Más bien, es un proceso asociado a la intensidad con que uno ha introyectado el ideal de autosuficiencia. El grado de esta introyección puede captarse a partir de las expresiones en las que una persona se autodenigra en menor grado –en primera persona del plural, o en términos de una exterioridad ajena- o en grado máximo –en primera persona del singular.

Cuando la melancolía es menor, las expresiones remiten a lo que uno es para la sociedad, en referencia a una exterioridad que los define así. Si el sujeto enuncia que son las empresas lo que le hacen a uno superfluo –por ejemplo, “nadie me aprovecha”- significa concebirse aún en

---

<sup>319</sup> “Una observación nada difícil de obtener nos lleva ahora a esclarecer la contradicción antes presentada. Si con tenacidad se presta oídos a las querellas que el paciente se dirige, llega un momento en que no es posible sustraerse a la impresión de que las más fuertes de ellas se adecuan muy poco a su propia persona y muchas veces, con levísimas modificaciones, se ajustan a otra persona a quien el enfermo ama, ha amado o amaría. Y tan pronto se indaga el asunto, él corrobora esta conjetura. Así, se tiene en la mano la clave del cuadro clínico si se disciernen los autorreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio.” (Freud, 1915: 245-6)

resistencia a la sanción social que se les impone, significa que aún no han interiorizado completamente su propia superfluidad. Pero cuando la melancolía es más grave, la superfluidad tiende a enunciarse en primera persona, las resistencias a la sanción social aparecen vencidas, y las enunciaciones señalan que ser inservible para el trabajo coincide ya con ser inservible para uno mismo y los demás. El enfado ya no se proyecta hacia el exterior, sino que el odio es proyectado hacia dentro de sí. Este odio hacia uno mismo por no haber cumplido con el ideal del yo autosuficiente, puede terminar derivando en una resistencia prolongada a romper con el contrato narcisista, si no se dan las condiciones para que el parado confronte y transforme el ideal inscrito en el deseo anterior. Los sujetos, al estar afectivamente atados al ideal de autosuficiencia, se ven obstaculizados para mirar a un futuro que no sea la repetición de ese pasado, que desde la visión del presente se percibe de manera idealizada.

Hay que subrayar, nuevamente, que el narcisismo *per se* no es negativo, como suele connotarse en el lenguaje corriente. Sin duda, es sano mentalmente que uno tenga cierta estima por lo que uno es. Más bien, la melancolía en el paro emerge cuando uno sólo se quiere a sí mismo en cuanto trabajador, en vez de como sujeto social en general. La melancolía se ancla en el exceso de narcisismo que invierte la percepción del sujeto, que hace depender su valor como sujeto de su valor como mercancía. La valoración de toda socialidad en función del trabajo, en el paro provoca la desincronización del movimiento de interiorización y exteriorización -el “salir de casa para trabajar” y el “volver a casa a descansar”. El progresivo declive de la exteriorización supone el progresivo aumento de la interiorización, estar cada vez menos desplegado conlleva estar cada vez más replegado, y en ese repliegue se produce la infinita rumiación que reduce todas las posibilidades de ser sujeto a volver a ser trabajador -“¿por qué no consigo un trabajo?”. Las condiciones de la superación de esta rumiación subjetiva empiezan cuando uno se hace consciente de que no es “el único”, lo cual es clave para que el malestar no derive en melancolía:

[...] cuando conoces a un círculo de amistades que están en tus mismas circunstancias y que llevan ya varios años en estas circunstancias, te hace todavía *venirte más abajo*, porque dices “bueno, si yo llevo seis o siete meses y este lleva ya dos o tres años... ¿qué coño me... qué me diferencia de él para yo estar dentro de un tiempo, no estar en sus mismas circunstancias?” (Luis)

Esta cita ejemplifica con mucha precisión esta tensión entre la tramitación del duelo y su posible derivación en melancolía. Luis relata que “se viene abajo” al comprobar que puede ser igual que los demás, que no le “diferencia” nada especial, que su singularidad no es *más* valorada que la de otros desde el punto de vista de la forma abstracta del trabajo, tal como repiten incesantemente los discursos del narcisismo competitivo, que dan por bueno el engaño

sistemático que infantiliza a muchos parados. Con esta franqueza nos lo relataba el director de una oficina de empleo:

[...] no tratamos con expedientes ni con números, tratamos con personas. Hay personas que sabemos, y ellos nos lo dicen, que no pueden trabajar, es que es realmente, por desgracia no pueden trabajar. Igual no deberían estar cobrando este subsidio, deberían estar cobrando otra cosa, pero están cobrando una Renta Activa de Inserción y tienen a la fuerza que buscar trabajo. Ellos saben que no van a encontrar trabajo, nosotros sabemos que nunca lo van a encontrar, pero están forzados a buscarlo, sabiendo que nunca les van a contratar. (Director SEPE)

Por todo esto, reconocer que, en la mayoría de casos, uno no se “diferencia” de otros parados, porque hay millones en la misma situación que uno, facilita la tramitación del duelo. Tramitar el duelo de la pérdida del ideal de autosuficiencia no significa en modo alguno que los problemas se terminen, sino que, sobre todo, permitirá que a los múltiples problemas del desempleo no se le sumen los problemas del anclaje en la melancolía.

Al contrario que Luis, ¿por qué algunos parados se resisten a perder la confianza en el azar de que sea justamente “yo” entre los millones el que encuentre un trabajo? Desarrollando ahora lo que vimos antes, el mantenimiento de la *esperanza de trabajar* y la voluntad de “moverse” [5.7], no dependen tanto de las posibilidades objetivas como del mantenimiento de las expectativas subjetivas. ¿Cómo de *ideal* es para las condiciones objetivas de muchos sujetos conseguir no sólo un trabajo sino un trabajo que le permita unos mínimos de estabilidad vital? La relación entre las posibilidades y las expectativas no es, por supuesto, mecánica, porque antes o después el “moverse” ilimitadamente se encuentra con el borroso límite entre el querer trabajar y el “querer vivir”, como dice Andrés.

Luego la gente pregunta: “¿El trabajo, qué?”. Siempre te dicen: “Trabajo hay”. No, no. Trabajo no hay. Si quieres trabajar, puedes trabajar. Pero trabajar esclavizado. Seguro que encuentras algo de esclavizamiento por ahí. Pero tampoco quiero eso. Yo quiero vivir. Yo no quiero vivir para trabajar, yo quiero trabajar para vivir en todo caso. (Andrés)

Pero como es muy difícil vivir sin trabajar para la mayoría de la población, hay que aferrarse sea como sea a la esperanza de trabajar, a pesar de que haya evidencias empíricas de que las posibilidades objetivas son muy bajas. Es fundamental captar nuevamente la dimensión afectiva inscrita en el proceso de omitir la evidencia empírica del escaso trabajo:

La producción de la incertidumbre es uno de los métodos que emplea la neurosis para sacar al enfermo de la *realidad* y aislarlo del mundo, lo cual constituye, por cierto, la tendencia de toda perturbación psiconeurótica. También aquí es harto nítido lo mucho que los enfermos ponen de sí para esquivar una certidumbre y poder aferrarse a una duda [...] Nuestro paciente había desarrollado una particular



habilidad para evitar noticias que le habrían facilitado tomar una decisión en su conflicto. (Freud, 1909: 181)<sup>320</sup>

En algunas condiciones, al pensamiento de que uno es autosuficiente y que por ello merece un trabajo, debe dársele el estatus de *fantasía*, o como también lo llama Freud, un *sueño diurno* [4.4]. No atender a razones es la reacción lógica a, y el síntoma de, el muy razonable autoengaño orientado a alargar la creencia en la propia autosuficiencia, que es sin duda parte del duelo<sup>321</sup>. Incluso, siguiendo algunas hipótesis, el sufrimiento del parado no es sólo un mero sufrir sino que lleva también al problema de la posibilidad del placer en la victimización y el sufrimiento, que a veces emerge en las relaciones de dominación<sup>322</sup>. Pero el aferrarse a la esperanza de trabajar debería encontrar una resolución que permita vivir sin sufrir, como vimos en el caso de Luis y en el de otros muchos parados [cap. 8]. Ocurre a menudo que, tras el duelo, muchos parados asumen la dificultad objetiva de encontrar un trabajo, y ello deriva en la posibilidad de usar el tiempo disponible. De lo contrario, no resolver el duelo implicará no poder transformar el tiempo superfluo en potencial tiempo disponible.

---

<sup>320</sup> Siguiendo esta cita, es muy curioso cómo Freud asocia el “aferrarse a una duda” a la evitación de los relojes, símbolo por excelencia de la objetividad: “y hasta en algunos esa tendencia encuentra viva expresión en su aversión a... los relojes, que por lo menos certifican las marcas del tiempo, así como en todos los artificios que ejecutan inconcientemente para volver inocuo cualquier instrumento que excluya la duda. [...] Fue movido a recordar lo olvidado y a averiguar lo descuidado.” (Freud, 1909: 181)

<sup>321</sup> “El *envejecimiento social* no es otra cosa que este lento trabajo de duelo o, si se prefiere, de *desinversión* (socialmente asistida y alentada) que lleva a los agentes a ajustar sus aspiraciones a sus oportunidades objetivas, conduciéndoles así a admitir su condición, a *devenir lo que son*, a *contentarse* con lo que tienen, aunque sea esforzándose en engañarse ellos mismos sobre lo que son y sobre lo que tienen, con la complicidad colectiva, para *fabricar su propio duelo*, de todos los posibles acompañantes, abandonados poco a poco en el camino, y de todas las esperanzas reconocidas como irrealizables a fuerza de haber permanecido irrealizadas.” (Bourdieu, 1979: 126)

<sup>322</sup> Aunque no desarrollamos esta cuestión, el problema del sufrimiento se complejiza cuando hay un placer en el sufrir, lo que se comprueba en la contradicción del simultáneo deseo de trabajar y no trabajar, es decir, la contradicción intrínseca inscrita en el placer *masoquista* (Freud, 1924), que es el efecto necesario de toda forma de poder por consentimiento sin la cual ninguna dominación puede explicarse. Al igual que en otros muchos autores, toda la sociología crítica de Bourdieu insiste permanentemente en esta idea.

**Cuadro 28. Vergüenza, melancolía y reconocimiento de la vulnerabilidad en el paro**

Siguiendo los argumentos de *Duelo y melancolía* (Freud, 1915) podrían distinguirse tres posibilidades de la tramitación subjetiva de la pérdida del trabajo:

- El parado con *vergüenza* que oculta su vulnerabilidad puede considerarse un estado perfectamente normal, situado en el proceso del duelo, más común en el paro de corta duración o en mujeres.
- El parado que “se desnuda”<sup>323</sup> sin vergüenza ante los otros para autodefinirse con crueldad, puede entenderse como *melancólico*, atado al ideal del trabajo y del ideal de sí mismo que perdió con el trabajo. Su plena identificación como superfluo es el reconocimiento del ideal de autosuficiencia como ideal absoluto, de modo que se autocastiga por no llegar a ser un trabajador autosuficiente<sup>324</sup>. Esta situación es más común en hombres con rol de género rígido y en paro de larga duración.
- El parado que, tras hacer el duelo, reconoce su vulnerabilidad positivamente [8.5] y afirma su rechazo del ideal de lo que quiso ser en el pasado, se apropia del presente para mirar a un futuro que no sea la repetición del pasado. Puede terminar el duelo de manera razonablemente satisfactoria y “el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido” (Freud, 1915: 243), es decir, puede vincularse con otros objetos a parte del trabajo, puede mantener y crear nuevas relaciones por fuera del trabajo. El malestar ya no es el de la pérdida del ideal que produce autorreproches, autodenigraciones y culpabilización, sino el malestar de la escasez de medios económicos.

*La imposibilidad de ser insustituible*

La estructura intrínsecamente dinámica del trabajo impide objetivamente que uno sea “el único”, “el mejor”, porque incluso si imagináramos el caso de un puesto de trabajo concreto en el que alguien llega a ser el mejor en algo en un momento dado, el dinamismo permanente también lo hará sustituable, como ocurre por ejemplo con la periódica superación de récords deportivos que parecían insuperables, o por imaginar un caso muy específico, el del futbolista Leo Messi en el Barça: por muy bueno que Messi sea, terminará decayendo y llegarán otros mejores que Messi. Por consiguiente, las disposiciones y prácticas para el trabajo nunca son absolutamente singulares al estar materialmente constituidas por el trabajo y en tanto evaluadas por un criterio de homogeneidad que las compara y jerarquiza continuamente. Por ello, la promesa del contrato narcisista choca con el carácter fundamentalmente impersonal del trabajo moderno, pues las

<sup>323</sup> “Le falta (o al menos no es notable en él) la vergüenza en presencia de los otros, que sería la principal característica de este último estado. En el melancólico podría casi destacarse el rasgo opuesto, el de una acuciante franqueza que se complace en el desnudamiento de sí mismo.” (Freud, 1915: 245)

<sup>324</sup> “Lo esencial no es, entonces, que el melancólico tenga razón en su penosa rebaja de sí mismo, hasta donde esa crítica coincide con el juicio de los otros. Más bien importa que esté describiendo correctamente su situación psicológica. Ha perdido el respeto por sí mismo y tendrá buenas razones para ello. Esto nos pone ante una contradicción que nos depara un enigma difícil de solucionar. Siguiendo la analogía con el duelo, deberíamos inferir que él ha sufrido una pérdida en el objeto; pero de sus declaraciones surge una pérdida en su yo.” (Freud, 1915: 245)

características singulares de la persona mientras el trabajo cumpla su función de valorización específicamente abstracta. En tanto que alguien asuma la creencia de su carácter insustituible para el trabajo, el despido y el desempleo serán más subjetivamente dolorosos. La resistencia a romper el contrato narcisista es, en este sentido, la resistencia a asumir que, en el trabajo, no hay nadie insustituible.

Al ver conjuntamente algunos fenómenos ya analizados tales como el papel del Estado en interpretar moralmente el desempleo [1.5], el creciente tratamiento asistencialista del desempleo durante el arreglo temporal [5.3], o la proliferación del narcisismo competitivo [5.4], podemos interpretar que, la gestión productiva del tiempo superfluo tiende a la producción de parados melancólicos. Mientras hay seis millones de parados, los melancólicos permanecen obnubilados por la vivencia de que su desempleo es un problema intrínseco a su yo, y asumen como un fracaso de su “yo” cuando no son contactados para las entrevistas o cuando no son elegidos entre diez, cien, o mil personas que optaban a un puesto de trabajo. De la misma manera, el gobierno del tiempo superfluo debe producir permanentemente las *fantasías* de omnipotencia que prometen la vuelta a un crecimiento sin límites, a una ilimitada capacidad de crear empleo que justifique la también ilimitada capacidad de “sacrificios”, como veremos a continuación.

Como hemos analizando, la dinámica bipolar de las crisis capitalistas y la particular bipolaridad del modelo productivo español, se materializa también en los conflictos subjetivos asociado a los ideales del trabajo y la autosuficiencia. Así, podrían seguir investigándose las causas que en todos los niveles coadyuvan a la producción de melancolía como un dispositivo más del gobierno del tiempo superfluo. En este sentido, la melancolía de los parados de larga duración es un modo clave para gestionar a las poblaciones superfluas y profundizar su escasez subjetiva de tiempo. Aunque muchos de estos parados no sean directamente productivos para la dinámica del mercado de trabajo, la gobernabilidad de la crisis depende de que no dediquen su tiempo improductivo al tiempo disponible, pues ello supondría la ruptura de las lógicas subjetivas que han formado parte de la gestión del mercado laboral y del éxito del arreglo temporal.

### 7.8.2 La culpa

Hemos visto que la vergüenza y la melancolía están relacionadas con el contrato narcisista y el ideal de autosuficiencia. Paralelamente, otro eje subjetivo clave que contribuye a comprender las causas de la escasez subjetiva de tiempo es la culpa. Esta categoría se utiliza a menudo en el lenguaje corriente de un modo vago. Aquí partimos de una definición más precisa:

Puede designar un estado afectivo consecutivo a un acto que el sujeto considera reprensible, pudiendo ser la razón que para ello se invoca más o menos adecuada (remordimientos del criminal o autorreproches de apariencia absurda), o también un sentimiento difuso de indignidad personal sin relación con un acto preciso del que el sujeto pudiera acusarse. (Laplanche y Pontalis, 1967: 397)

Según esta definición, podemos hablar de dos tipos de culpa: 1) culpa *concreta*, cuando un acto *concreto* del pasado es vivido por el sujeto como “reprensible” –es decir, inmoral en el sentido de atentar contra alguna norma social compartida-; 2) la culpa *abstracta*, cuando el sujeto siente una “indignidad” personal pero no hay un “acto preciso” que se vincule con su sentimiento. El requisito último para que estos dos tipos de culpa puedan calificarse como tales, es que deriven en un “autorreproche”, en una *necesidad de castigo*<sup>325</sup>. Dos ejemplos simples de los dos tipos de culpa pueden ser, respectivamente:

Creo que es por *mi* falta de formación, tanta académica como laboral, y porque tampoco *he sido* nunca una persona que haya tenido unas salidas... (Elisa)

[...] estoy como perdido, y que veo que algo no funciona. Algo no funciona, *algo he hecho yo mal* (Jenaro)

En el primer caso, hay un acto preciso, en el segundo no. En ambos, el discurso asume el desempleo como efecto de algo malo que uno ha hecho o, por omisión, de lo que no ha hecho.

Desde el punto de vista de la sucesión temporal de los acontecimientos, la narración culpabilizadora aparece a posteriori del malestar. Así, desde el punto de vista del presente, toda culpa establece una relación con el pasado mediante una particular sucesión de momentos:

#### Esquema 6. Sucesión de momentos en la culpabilización

1. Situación de malestar presente
2. Culpabilización abstracta
3. Búsqueda de hechos concretos o abstractos del pasado que justifiquen la culpabilización
4. Relación entre el malestar presente por hechos del pasado de los que se ha sido partícipe concreto o abstracto -autoatribución de las causas del malestar y legitimación del sufrimiento propio.
5. Asunción de viejos y nuevos discursos culpabilizadores. Fijación en el pasado y repetición del autorreproche o el autocastigo.
6. Repetición y retroalimentación del proceso.

<sup>325</sup> La *necesidad de castigo* se relaciona con la distinción de Freud entre un sentimiento de culpabilidad consciente o inconsciente (Laplanche y Pontalis, 1967: 398). El acto concreto que aparece como causa de la culpa, podría ser también un medio para ocultar la culpa por un acto reprimido en el inconsciente, o también por una culpa abstracta general asociada a la cultura crisitiana (Nietzsche, 1887). No entraremos en el interesante debate del surgimiento histórico de la culpa (Freud, 1913: 103-62; Elias, 1979).

Según nuestro esquema, la culpa no aparece si no hay primero un malestar. Si el presente se presenta positivamente, la relación entre el pasado y el presente tiende a no ser problemática en términos del malestar subjetivo. Cuando el presente está marcado por un malestar subjetivo, el sujeto mira hacia el pasado para dar un sentido a las causas del malestar, y una de las culpabilizaciones más típicas sigue un razonamiento basado en una *falacia presentista*, que atribuye una relación necesaria entre el pasado y el presente, por al menos dos vías: 1) mediante la narración de una historia individual donde el presente es el resultado necesario de las acciones individuales del pasado –lo que Bourdieu (2004) llamaba la *ilusión biográfica*–, típico de la culpa concreta; 2) mediante la narración de una historia colectiva que da cuenta directamente de la historia individual, típico de la culpa abstracta. Estos dos modos de narrar la experiencia son comunes en el proceso de culpabilización del parado. Para que se dé la culpa, insistimos nuevamente, no basta con narrarse de manera autocrítica, sino que la narración debe implicar simultáneamente una *necesidad de castigo*. Cuando la narración es autocrítica pero no deriva en autocastigo, podría hablarse, más bien, de un *hacerse cargo*, o de una historización autocrítica [8.5].

En primer lugar, de entrada y antes de cualquier reflexividad consciente, la búsqueda de hechos del pasado se da cuando irrumpe el paro. Ello presupone que muchos parados se sienten ya culpables en el momento mismo en que son reconocidos como parados cuyo paro es tendencialmente *voluntario*.

[...] *algo he hecho yo mal* (Jenaro)

Pero lo malo de trabajar en casa es que, bueno en ese momento yo lo necesitaba. Pero si lo veo ahora, me pongo a pensar, y *pienso que he hecho mal*. Porque aquí cuando trabajabas en casa, no te pagaban la seguridad social. Entonces yo no tengo... mira que tengo catorce años aquí y sólo tengo cotizados tres años y medio. Porque las empresas de limpieza me llamaban esporádicamente, y luego las casas no me cotizaban. (Melinda)

Lo que no te puedes esperar es cuando ha venido el lobo... En este caso *cuando ha venido el lobo, es cuando lloramos todos*. (Hilario)

Como se aprecia, la tendencia a culpabilizarse está presente ya cuando se afirma “algo habré hecho mal” o “pienso que he hecho mal”, enunciaciones que surgen por el solo hecho de estar en paro, a lo que, en el caso de Melinda, se une la culpabilización por no tener acceso a una prestación [5.3]. La ironía de Hilario al afirmar “cuando ha venido el lobo, es cuando lloramos todos” implica la culpabilización: ahora no se debería “llorar”, porque si se sabía lo que iba a ocurrir, necesariamente hay hechos en el pasado que responsabilizan al sujeto de su desempleo en el presente. La metáfora de “ahora no se puede llorar” apunta a asumir el castigo del desempleo

como consecuencia merecida de las acciones individuales o colectivas del pasado: ahora deben afrontarse las penas del presente.

Estas expresiones son ejemplos de las respuestas subjetivas a las omnipresentes preguntas que interpelan a cualquier parado: ¿qué hiciste *Tú* en el pasado para estar ahora en paro? ¿Por qué no trabajas? ¿Acaso tienes derecho a “llorar” ahora si antes ya sabías que iba a “venir el lobo”? Aun sin encontrar motivos, este tipo de expresiones apuntan a que, si el sujeto individual es el actor de su vida, lo que ocurre es necesariamente el resultado de algo que se hizo en el pasado. Si algo negativo ha ocurrido, es necesariamente porque el sujeto individualmente hizo algo mal en algún momento, lo sepa o no lo sepa, conozca la causa concreta o no la conozca. Este discurso performa un sujeto, dicho en lenguaje jurídico, que es culpable mientras no se demuestre lo contrario<sup>326</sup>, al que se le imputa la responsabilidad por el solo hecho de estar en paro. El *ser sospechoso por defecto* lleva a la autojustificación permanente:

No he faltado ni un día, ni un día a mi trabajo nunca, ni he llegado tarde, ni me he cogido para el embarazo, ni hasta el último día, sólo la baja maternal, nunca me he puesto mala... (Paradas).

A partir de estas ideas generales, ahora profundizamos en algunos discursos culpabilizadores en parados y paradas<sup>327</sup>: principalmente, hemos delimitado cinco tipos de culpa: 1) la culpa del derroche de los españoles; 2) la culpa de vivir bien; 3) la culpa de las inversiones insensatas del pasado; 4) la culpa de no hacer nada; y 5) la culpa de que “hay que gente que lo está pasando muy mal”. Tras ver estos discursos, relacionamos la culpa con la medicalización y la psicologización y finalizamos con una reflexión sobre la relación general entre la culpabilización y la gestión del tiempo superfluo.

---

<sup>326</sup> Este “caldo de cultivo” ha permitido que en los últimos años, por ejemplo, hayamos podido ver poner en marcha iniciativas como la de María Dolores de Cospedal en Castilla La Mancha, quien en octubre de 2014 contrató a “una empresa para verificar si las listas de paro” eran ciertas realizando un cuestionario a todos los parados de la Comunidad para “valorar su nivel de disposición” en el mercado laboral y “borrar” inscritos que no buscaran “realmente” trabajar. *El País*, 20/10/2014 (Briales y López Calle, 2015)

<sup>327</sup> Complementamos aquí algunos de los resultados de la investigación de Alonso et al. (2011), que no contemplaron la posición de los parados en sus análisis.

*La culpa del derroche de los españoles*

“No soy un parado, soy un orgulloso alemán”

Alemania, años 20<sup>328</sup>

**Imagen 4. La culpa del derroche**



Fuente: *Españistán* (Aleix Saló, 2011: 28’’) <sup>329</sup>

Esta imagen ilustra a la perfección un elemento clave de los actuales discursos culpabilizadores, a través de una representación del español colectivo -simbolizado en el mapa de España-, que se despierta en el año 2011 afectado por los excesos. En el conocido video, la voz en off decía: “Pero, ¿cómo hemos llegado a esto? ¿No te acuerdas de nada?”. Acto seguido, el español colectivo intenta recordar las causas de su *resaca*, que se representan en la quema de billetes de 500 euros, en la compra de joyas, y en una borrachera en una bañera llena de billetes. Como puede intuirse, la representación del español colectivo, que apenas puede levantarse de la cama al sufrir las consecuencias del derroche, evoca la figura antes mencionada del parado en la cama.

<sup>328</sup> Citado en Cano (2013), a raíz de una expresión de Siegfried Kracauer.

<sup>329</sup> Este cortometraje de animación fue uno de los videos más vistos y conocidos como explicación de la crisis.

En este imaginario de la historia colectiva de los españoles, el malestar actual es el resultado del derroche pasado, del exceso de fiesta, disfrute y consumo, es decir, del exceso de placer: es el hegemónico relato del *hemos vivido por encima de nuestras posibilidades*, que se popularizó tras la explosión de la burbuja inmobiliaria, y aparecía por doquier en múltiples discursos públicos y privados. En cualquier caso, es indudable que este relato tiene sentido desde el punto de vista de muchas de las transformaciones socioeconómicas ocurridas en España en los años anteriores a 2007 [2.1]. Sin embargo, la expansión de este relato colectivo, en abstracto, tiende a subsumir en el sujeto derrochador “los españoles” a cada una de las personas como si todas hubieran compartido por igual las prácticas del dispendio del periodo de la burbuja. En relación a la crisis, la difusión de este tipo de figuras del español colectivo performa la homogeneidad de toda la población en el derroche y el consumismo generalizados.

Hombre, *somos muy derrochadores los españoles*. Entonces yo creo que la mayoría de más de un tanto por ciento vive al día a día. Después de gastarse hoy tres, y mañana si no tengo, pues no salgo. Entonces *nuestra mentalidad* no es igual que la de muchos europeos, o muchos países del mundo que piensan de otra forma. (José)

Hemos vivido en una época de derroche, de ostentación, en la que se cambiaba de tele porque el vecino la tenía más grande, y ahora es cuando *nos hemos dado cuenta* de que teníamos muchísimos gastos superfluos, sobre todo en el consumo. La sociedad hasta que salga de esto, yo creo que, durante muchos años, se va a acordar, y no va a volver a gastar como se gastaba antes. (Jorge)

O sea, dentro de unos años saldremos, si no pasa nada, *saldremos* lentamente, pero creo que todo el tema del derroche este que *hemos* vivido... (Jorge)

[...] antes era todo el día de fiesta. Trabajando, ganando dinero. ¿En casa? ¡Vámonos a la calle! Ahora... (Paco)

La gente en España que de alguna forma tiene que cambiar [...]. *Seguimos pensando* que cualquiera puede tener un coche de puta madre, cualquiera puede tener un piso de puta madre, y no es así. O sea, vivimos con unos valores... no es que vivamos por encima de nuestras posibilidades, pero *queremos* vivir por encima de nuestras posibilidades. (Parados LD)

Un marcador discursivo fundamental de este tipo de discurso culpabilizador es el uso de la primera persona del plural “nosotros”, no en simple referencia a una colectividad cualquiera, sino en referencia al sujeto “los españoles”. Mediante este tipo específico de “nosotros”, quien enuncia el discurso se enmarca como sujeto de la acción de derrochar. En este sentido, la culpabilización puede captarse cuando parados y paradas narran sus historias de vida incluyéndose implícita o explícitamente en el *nosotros* que habría vivido *por encima*. Al narrarse como partícipes activos del dispendio, articulan su historia individual con la historia del español colectivo que ha derrochado. En nuestra interpretación, este discurso se encuentra en la base del consentimiento implícito del castigo social representado por el desempleo en particular, y en general por todas las



medidas de *sacrificio* ejecutadas durante la crisis. En el mismo movimiento discursivo, se legitima el propio sacrificio individual como parte del sacrificio colectivo<sup>330</sup>.

Para ver este discurso con más precisión, hemos resumidos algunas líneas clave enlazadas con esta explicación cultural-nacionalista del “nosotros” abstracto. Estos discursos explican una parte del desempleo propio en particular, y del sacrificio nacional general, aludiendo a estas causas: 1) el carácter nacional; 2) el bajo rendimiento en el trabajo; 3) los horarios irracionales; 4) la corrupción de las élites como reflejo de la corrupción inscrita en la españolidad.

En primer lugar, el discurso del derroche de los españoles adquiere sentido a partir de un criterio general que vincula a todos los españoles en la explicación de sus comportamientos. La categoría del *carácter* es común en esta suerte de teoría de la personalidad del español:

Hay mucho licenciado que no tiene un futuro, un futuro digno. Es que justicia...es difícil....es una sociedad...y luego *el carácter español*...no sé, igual soy un poco crítica. No se educa a la gente mucho en la independencia, se educa en, no sé cómo decirte. La gente sale muy poco de su casa, de su ciudad, ahora más, pero ¿por qué?, por la necesidad y con una pistola en mano. *No es un carácter emprendedor*, como esa sociedad sajona que están acostumbrados a salir de casa desde jóvenes y buscarse la vida. (Bárbara)

Yo entiendo que todos los países tienen sus problemas sociales, todos, pero es que España, yo que sé, es que los españoles somos tontos, ¡joder! (Parados CD)

Ya alguien ha dicho: entonces el problema es que culturalmente, y creo que los sociólogos estarán de acuerdo, el problema es casi de cultura. (Parados LD)

El carácter nacional se presenta como una constante histórica incorporada y compartida por los sujetos de todo el territorio estatal. Desde nuestro punto de vista, la dimensión culpabilizadora no consiste tanto en señalar que un territorio tiene más o menos homogeneidad cultural -lo que por otra parte es innegable-, sino sobre todo en la específica relación que sistemáticamente se establece entre el supuesto carácter nacional de los españoles y la baja disposición al trabajo, que se presenta como una dimensión ahistórica: algo que antaño se habría categorizado como *racial* pero que hoy se califica como *cultural* (Delgado, 2007: 182-223).

Pero, como ya hemos argumentado profusamente, el capitalismo se caracteriza por transformar permanentemente las normas, prácticas y disposiciones para el trabajo del conjunto de la población, y a pesar de ello, la españolidad ociosa y poco “emprendedora”, como criticaba

---

<sup>330</sup> El necesario “sacrificio de los españoles” ha sido una de las categorías más repetidas desde diferentes ámbitos, pero muy especialmente desde el Gobierno. La idea del sacrificio ha sido utilizada con una connotación básicamente positiva: un sacrificio que “todos” hacemos para que “después”, podamos volver a disfrutar del crecimiento, incentivando así una lógica sacrificial socialmente general (Alonso y Fernández, 2013).

Bárbara, aparece siempre, y especialmente en cada crisis, como un “carácter” ahistórico, *concreto, particular*, que permanecería indeleble al paso del tiempo<sup>331</sup>.

Cabe mencionar que esta atemporalidad trágica típica de la españolidad desde la decadencia del Imperio, tuvo un momento importante de transformación durante el periodo que estudiamos, pues se vio parcialmente cuestionada por el derroche de alegría colectiva ante la excepción histórica de las victorias de la selección española de fútbol en 2008, 2010 y 2012. Estas victorias, como símbolo del esfuerzo nacional, probablemente han supuesto las movilizaciones sociales más masivas en la historia reciente en nuestro país, razón por la cual se le puede atribuir una función importante en la construcción de la idea abstracta del español colectivo, que está en la base de la culpabilización abstracta<sup>332</sup>.

En segundo lugar, un corolario de lo anterior, es la extendida creencia del permanente bajo rendimiento en el trabajo, que reproduce la creencia de la tendencia transhistórica de los españoles a la ociosidad:

Lo que no entiendo también es el rendimiento. Que siempre se están quejando, que si hacemos más horas aquí. Algo *haremos* mal, porque *divagamos* mucho para sacar un rendimiento al trabajo. (Jenaro)

El concepto que *tenemos los españoles* de que trabajamos mucho, perdón, de que trabajamos poco y que nuestras vidas se dedican un poco más al folklore y a pasarlo bien, eso es cierto. Pero también es verdad que la situación económica que teníamos antes, no es ahora. *Ahora mismo la gente está*

---

<sup>331</sup> Siguiendo la interpretación que Postone (2001, 2006) realiza de la caracterización del judío en el nazismo, los efectos fetichistas de la separación de las dimensiones culturales *concretas*, particulares, de las dimensiones *abstractas* asociadas a la modernidad, a lo universal, deben ser comprendidas como marcos de significado que surgen históricamente. Siguiendo esta idea, el origen de lo que aparece como rasgos atemporales de la españolidad, puede ser interpretado como el efecto fetichista que presenta como ahistóricas las diferencias entre grupos sociales que han entrado en la lógica del trabajo de manera heterogénea: por ejemplo, en el caso del Reino de España, catalanes y vascos, a menudo son vistos desde un afuera –y se ven a sí mismos– como *más* europeos, *más* del norte, *más* trabajadores, aludiendo a menudo al *carácter del pueblo* como causa del tal disposición. Esta concepción *idealista romántica* surge como reivindicación de lo concreto-particular frente al *idealismo ilustrado* que reivindica lo abstracto-universal. Ambos idealismos, el romántico y el ilustrado, yerran en el intento de una explicación histórica de los marcos de significado culturales en las identidades nacionales. Una investigación histórica más sistemática podría rastrear cómo se construyó la ociosidad como rasgo del carácter nacional español, por ejemplo, siguiendo la estela de las investigaciones británicas sobre la industriiosidad y la puntualidad inglesas (Jordan, 2010; Thompson, 1967).

<sup>332</sup> Sobre la historia de la conflictiva construcción de la identidad española no nos extenderemos, pero del intenso tratamiento mediático para alentar el nacionalismo español y rebajar la tensión de los conflictos sociales que dividían al país durante la crisis (Resina y Limón, 2014) puede deducirse una intensificación del “nosotros abstracto” que permite a un parado identificarse con el sacrificio colectivo y asumir su culpabilización, por ejemplo, con los usos masivos de la bandera nacional, que se desvinculaban de su uso asociado a la derecha política. Con la típica reclusión en la casa y con la televisión como actor central, el tiempo vacío de millones de parados sin duda se llenó significativamente durante estos acontecimientos deportivos. Tómese como ejemplo una noticia de Radio Televisión Española: “*La victoria de España en la Eurocopa, una alegría que levantaría el ánimo del país*. Tras un año negro para la economía española -con rescate bancario incluido- este domingo millones de españoles que viven las consecuencias de una grave crisis -con cerca de cinco millones de parados e importantes recortes económicos- pueden salir a la calle, pero esta vez no para protestar, sino para disfrutar. España lo agradecerá.” (RTVE, 01/07/12)

*cambiando el concepto* de, de lo que es ese concepto. Ahora mismo se implica uno más en el trabajo más que en el ocio. (Luis)

Tenemos el problema ese, eso está demostrado, de *nuestro* rendimiento en el trabajo. Que en todos los países necesitan menos tiempo. (Precarios)

El efecto fetichista de asumir el trabajo como fuente transhistórica de la riqueza de las naciones provoca la permanente confusión entre la productividad y la intensidad del trabajo -en la metáfora que propusimos, entre la sensación de velocidad producida por conducir un coche o una bicicleta [2.2]<sup>333</sup>. Ello está en el origen de la atribución de la baja productividad a la baja intensidad del trabajo, cuando es precisamente al contrario: la productividad es relativamente baja porque el modelo productivo español está basado en la alta intensidad [2.1]. Aun así, la alta intensidad se presenta como relativamente baja, lo que arraiga aún más la creencia de que se trabaja poco y de la crónica improductividad que nos caracteriza<sup>334</sup>. Paradójicamente, el discurso de que para reducir el desempleo y salir de la crisis se necesita un cambio de mentalidad cultural-nacional, se encuentra con la contradicción de que la mentalidad española nunca ha cambiado en su fundamental ociosidad, que aparecería como un rasgo fundamentalmente atemporal. Sólo como consecuencia de la crisis, los recortes y el desempleo masivo, “la gente está cambiando el concepto”, tal como afirmaba Luis: dicho en términos más coloquiales, según estos discursos los españoles sólo aprenderíamos “por las malas”, porque en la época de bonanza no lo hicimos “por las buenas”, lo cual justifica el castigo del desempleo.

En tercer lugar, la irracionalidad de los horarios españoles es vista como una causa de la baja productividad. Si bien estos horarios son los que necesita un modelo productivo en buena parte basado en los servicios de baja cualificación, los discursos culpabilizadores codifican los horarios en España como un efecto de “mentalidad”, cuyas soluciones pasarían, por ejemplo, por un aumento de la “flexibilidad” y del “comer rápido”:

Tú tienes unos objetivos de trabajo que hacer, y sería muchísimo mejor, y la jornada continuada. A mí me parece mucho más productivo. Dos horas para comer... - Si con veinte minutos en la oficina, tienes suficiente. Estás cambiando la *mentalidad* dentro de una sociedad. - Que sea flexible, pero que no sea... El día que tienes mucha hambre, y que estás muy liado, te *comes un bocata rápido*, y continúas. (Precarios)

<sup>333</sup> En cualquier caso, la productividad en España nunca ha bajado en las últimas décadas, sino que se ha mantenido constante o ha subido, y está por encima de las de muchos países [2.1].

<sup>334</sup> Este discurso, por supuesto, tiene sus fallas, como el parado que afirma “aquí se curra más que nadie”, pero en el mismo sentido, apunta a afirmar el carácter “retrasado” de nuestra economía en términos del “reloj”: “Aquí se curra más que nadie, y es tiempo para nada. Te pagan cuatro duros, al lado de Europa - lo digo porque yo he vivido fuera. Tienes un horario de trabajo, no estás obligado a hacer horas extras, ni a comerle el culo a nadie. Pero tú tienes hijos, tienes tu horario laboral para los niños. Tienes un sueldo digno para poder vivir, y no hay ningún problema. Pero aquí está todo decimonónico, todavía no hemos avanzado, *no hemos adelantado el reloj*. Veo muchas carencias en muchas cosas.” (Parados LD)

Yo creo que en Europa funciona de otra forma. Tienen otros horarios que les permiten tener más tiempo de ocio, más tiempo con la familia, y tener un trabajo, que eso ya es importante. (Precarios)

Entonces en España es un poco peculiar que tengamos el horario que hay. // En Portugal, ellos el turno de tarde lo retoman a las dos de la tarde, cuando nosotros ni nos hemos levantado para comer. (Precarios)

Según el tipo de racionalidad temporal del trabajar por trabajar, el tiempo de la comida se convierte cada vez más en un estorbo para trabajar, en vez de que el tiempo de trabajar se vea como un estorbo para el tiempo de la comida. Según uno de los principales difusores de estos discursos en España (Buqueras, 2006b), habría que dedicar cómo máximo una hora a comer, porque el tiempo actualmente dedicado disminuye nuestra productividad<sup>335</sup>. Desde ese particular punto de vista, ¿qué sentido tiene gastar tanto tiempo en comer y hablar al mediodía, cuando se podría estar gastando el tiempo en el trabajo? La culpa del derroche de tiempo, como culpa asociada a la identidad nacional, presiona así para que el tiempo de comer tenga cada vez menos sentido en sí mismo, y cada vez más se vea como una especie de obstáculo a la expansión del trabajo: un trámite que hay que pasar cuando del estómago surge la molesta sensación de hambre.

Por último, la corrupción estaría también vinculada con el carácter de los españoles, cuyo civismo atrofiado generalizado justificaría la tentación de robar propia de “los latinos”:

Si te das cuenta de una circunstancia que hay y es que en los países nórdicos de Europa, son donde menos problemas hay. Hay corrupción y hay también asesinatos y algún chalado que se le va la pinza y también te hace alguna putada, pero no es una tónica generalizada, como ocurre en los países latinos. (Hilario)

Entonces creo que, comparando con Europa, los españoles no estamos preparados para asumir ciertas responsabilidades, simplemente ser honrados (Precarios)

Estos discursos son el sustrato que ha permitido justificar las teorías de la corrupción como un problema *nacional*/inscrito en las bajas pasiones del conjunto de la población, y no tanto como un problema asociado a los clientelismos específicos formados entre élites políticas y económicas durante las últimas décadas (López y Rodríguez, 2010). La relación entre una cultura del trabajo ociosa y la corrupción, presentados ambos como problemas fundamentalmente morales, da sentido a la ecuación de que el desempleo es merecido dadas las tendencias propias del carácter

---

<sup>335</sup> Por ejemplo, según los datos y reflexiones de Juliet Schor (2014), en Estados Unidos se trabaja un 20% más que en Alemania, no porque en Alemania tengan horarios irracionales, sino porque tienen algunos límites institucionales más al trabajar por trabajar. El razonamiento de que si en España se dedicara menos tiempo a la hora de la comida se saldría antes del trabajo, es probablemente falso; lo más seguro es que ello posibilitaría un alargamiento de la jornada laboral y no una disminución, sobre todo por las condiciones de nuestro modelo productivo basado en la intensidad del trabajo. Véanse las últimas soluciones que permiten la práctica desaparición del tiempo de la comida (El País, 30/06/15).

español, lo que proporciona la base para que el discurso del derroche sea identificado como propio por cada sujeto.

En resumen, lo español se presenta como *causa* de las formas de organización del trabajo, de los horarios, del rendimiento en el trabajo y la corrupción. Aunque estos discursos estén siempre acompañados de contradicciones, el importantísimo énfasis en la representación de la españolidad como criterio de la homogeneidad de las disposiciones ociosas de la población, oscurece la existencia del resto de diferencias sociales y de su historicidad. En términos de culpa, la extendida asunción de esta homogeneidad implica que un sujeto concreto tienda a legitimar su desempleo en tanto que su castigo forma parte del merecido castigo del conjunto. Se pone así en evidencia la extraordinaria eficacia simbólica del discurso del derroche de los españoles como marco clave que da sentido a la culpa abstracta.

### *Entre la culpa por el derroche y la culpa por vivir bien*

Pasando ahora a la dimensión de las contradicciones que se presenta dentro de la hegemonía del discurso del derroche nacional, una de las fallas centrales se sitúa en el discurso, también generalizado, de que la sociedad española es una sociedad con clases muy diferenciadas, en la cual los “millonarios” y los “pobres” no habrían cumplido el mismo papel en el derroche. Por ejemplo, así se discutía en un grupo el discurso del “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”:

[...] queremos vivir por encima de nuestras posibilidades. [...] // Yo no me estaría echando la culpa. // Porque nos están obligando a la zona baja. Pero lo que no puede ser es que los que están arriba sean millonarios, millonarios, y los que están abajo que sean muy pobres. (Parados LD)

Mientras que en la discusión el primer parado afirmaba el “nosotros” como sujeto de la culpa del derroche, otro parado le responde y enfatiza la división de clases sobre la homogeneidad del español colectivo, de manera que la eficacia simbólica de la explicación culturalista se ve cuestionada y pierde sentido.

Siguiendo una perspectiva bourdieana, las diferencias objetivas del derroche entre clases sociales, sin embargo, no son evaluadas por los sujetos en función de una visión general de la sociedad, sino sobre todo en función de la posición particular desde la que cada sujeto vivió un cambio relativo en sus hábitos de consumo. En ese sentido, *el discurso del derroche colectivo adquiere sentido no tanto cuando un sujeto evalúa su cantidad objetiva de consumo en comparación al resto de clases sociales, sino sobre todo en comparación con el contraste biográfico y grupal vivido respecto a las normas de consumo propias*. En ese sentido, puede

decirse que los sujetos pueden enmarcarse en el discurso del derroche si su capacidad de consumo ha aumentado significativamente en el periodo 1995-2007<sup>336</sup>.

Siguiendo esta idea, la identificación con el derroche de los españoles puede producirse en quienes se han podido comprar una casa cuando nunca habían pensado en acceder a una casa en propiedad, o en quienes se han endeudado el doble de lo que históricamente se habían podido endeudar, gracias a la financiarización de las economías domésticas. De esta forma, sujetos de clases populares y clases medias pueden sentir que han derrochado aun cuando no hayan visto sobrepasadas las *necesidades tradicionales* [8.6]: una casa, un trabajo, un tiempo de ocio, etc. Tal como señala este parado:

Si tenemos que asumir la culpa cada uno de nosotros, que nuestro consumo ha sido... no es que viviéramos por encima de nuestras posibilidades. Porque una cosa es vivir por encima de las posibilidades, y otra cosa es estar habituado a un consumo, ya no es un capricho puntual, es casi una rutina que te han ido inculcando. (Parados LD)

Las diferencias entre lo que es rutina o no, contraste significativo o no, indican el sentido que pueden tomar las culpas concretas o culpas abstractas, ya que ahí se marca la diferencia entre la vivencia del consumo como un *derroche* o como un *vivir normal*. La vivencia de un contraste significativo entre el antes y el después permite enmarcarse en el discurso del derroche.

Con un ejemplo, podemos ver cómo el sentido del relato del derroche tiene una eficacia simbólica máxima cuando un sujeto considera efectivamente que sus prácticas estaban “por encima” de sus posibilidades:

Como nos gastásemos dos mil, yo les pedía a mis padres, mil a cada uno de ellos, a mi padre y a mi madre, y ella a sus padres mil a cada uno. Entonces, no gastábamos dos mil, sino que gastábamos, dos, cuatro, seis, gastábamos seis mil. Entonces el *nivel de vida, cojonudo* para nuestros hijos y para nosotros. Hasta que llega un momento que nuestros padres dijeron: “Vaya, devolved ya la pasta que os hemos dejado”. “Pues no, no tenemos.” “Bueno, pues, ya no te dejo más.” Bueno, *pues ahora todo el mundo diciendo*: “¡Joder, vaya mierda de gobierno, es que no me presta más!”. El ajuste no es por los gobiernos, ya sea del PSOE o del PP, es que no nos prestan de fuera la pasta que nos estábamos gastando que no generamos. (Precarios)

En este caso, el parado encuentra, en primera persona del singular, hechos concretos que justifican su sentimiento de culpabilidad: llegaban a gastar seis mil euros mensuales, de los cuales cuatro mil eran prestados por la familia, lo que es considerado como un exceso particular, y no como una norma general. Sin embargo, a continuación el sujeto trata su historia individual como

---

<sup>336</sup> En términos marxistas, este también es un efecto fetichista, pues que aumente la capacidad de consumo puede ser compatible con el aumento de la tasa de explotación, gracias a que el aumento de la productividad disminuye el valor de las mercancías para reproducir a la fuerza de trabajo. De esta manera, este velamiento permite presentar el “consumismo” como ascenso social aunque quizás realmente implique un aumento de la desigualdad.

representativa del endeudamiento colectivo general, y proyecta sobre “todo el mundo” el haber vivido por encima de sus posibilidades. Ello puede explicarse porque el sujeto percibe el mundo social general desde su vivencia particular, como es sociológicamente lógico. Desde la posición del sujeto que había alcanzado un “nivel de vida cojonudo”, adquiere sentido el relato de que el endeudamiento injustificado y colectivo era una realidad generalizada. En su caso, se trata claramente de una culpa concreta.

Sin embargo, resulta más enigmático encontrar parados que se narran en el discurso del derroche, pero en los cuales no parece que se haya producido tal derroche, ni tampoco una transformación significativa de la norma de consumo previa. A pesar de ello, aparece la culpa abstracta que no encuentra hechos concretos asociados al derroche:

[...] yo por ejemplo vivo de alquiler, aunque sea de renta antigua, todavía no me he podido comprar una casa, y casi ha habido suerte. *Quizá me he acomodado* un poco con el sistema ese de vivir de alquiler. (Jenaro)

La culpa de Jenaro es una culpa por “acomodarse”, vinculada a la sensación de seguridad que le otorgaba el relativo bajo coste de su alquiler. La culpa emerge a pesar de que no se haya dado nada parecido a un derroche reconocido como tal, sino a un mero vivir bien, con seguridad. Se trata de una culpa abstracta, que duda de las causas concretas de su desempleo, pero no duda de que tales causas estén necesariamente relacionadas con sus decisiones individuales del pasado. Ello se puede ver en las respuestas de Jenaro y José al ser interpelados por el entrevistador, que busca especificar el origen concreto o abstracto de la culpa:

*Supongo* que será culpa nuestra. La culpa es nuestra. CUANDO DICES LA CULPA ES NUESTRA, ¿DE QUIÉN? Que algo habremos hecho. En mi caso digo: bueno podría haber... no sé, haber avanzado más, intentar... en vez de ser trabajador, ser autónomo. *No sé, supongo que algo habremos hecho mal.* (Jenaro)

Yo creo que somos muy derrochadores los españoles. [...] EN TU CASO, ¿QUÉ SIENTES QUE DERROCHASTE? ¡Hombre! Cuando tenía trabajo y no me faltaba, sí. Ahora ya miro todo al detalle. (José)

En el caso de Jenaro, el “supongo”, el “no sé”, el “algo habremos hecho mal” significan la búsqueda de los hechos inmorales del pasado que serían la causa de una culpa que se presupone *antes* de conocer el hecho concreto que necesariamente habría llevado al desempleo. Ser “trabajador”, en vez de ser “autónomo”, es visto como una posible causa de “haber hecho algo mal”, ya que el emprendedor estaría eximido de la culpa, frente al asalariado dependiente que, en esa visión, tendería a acomodarse en sus privilegios [5.6]. En el caso de José, el derroche se da “cuando no me faltaba”, esto es, cuando no se vivía en una fuerte precariedad cotidiana, como ocurre en la actualidad.

De esta manera, vemos cómo Jenaro y José -ambos de clases populares, en paro de larga duración y en situación de fuerte pobreza y vulnerabilidad- se inscriben en el relato colectivo del derroche a partir de su situación de relativa seguridad, no de su derroche. Vivir por encima de sus posibilidades significa haber creído durante algunos años que eran clase media porque su seguridad cotidiana no estaba determinada por el estricto día a día, porque parecía que tenían más propiedades a parte de su pura fuerza de trabajo.

En resumen, el “nosotros hemos....” o las categorías de la “mentalidad” o el “carácter” español asociadas a la eficacia simbólica de la explicación culturalista, contribuyen a una culpabilización de los parados que obstaculiza la posibilidad de una abundancia subjetiva de tiempo. Desde este marco general, puede comprender de un modo más específico el sentido del resto de discursos culpabilizadores que analizamos a continuación.

### *La culpa de las inversiones cortoplacistas del pasado*

La apelación a la cultura cortoplacista es un nodo fundamental de los discursos culpabilizadores, y, nuevamente, tiene una fuerte carga moral. El discurso es: “*nosotros*”, *todos y cada uno, hicimos “algo” que no debimos haber hecho, y ese “algo” se caracteriza por un exceso, un haber disfrutado más de lo debido, una obnubilación por el placer instantáneo*. Por una parte, este discurso de la cultura cortoplacista de la inversión de tiempo y dinero puede ser entendido como una incorporación en las clases populares del discurso proyectado sobre éstas por las viejas clases medias y las clases altas (Alonso et al., 2011)<sup>337</sup>. Pero por otra, paradójicamente la financiarización de la economía ha hecho que, para muchos, *invertir* haya sido la única manera de *ahorrar* para asegurar el futuro, lo que en la mayoría de casos se ha desvanecido<sup>338</sup>.

Individualmente, el cortoplacismo suele identificarse con impulsos repentinos que *prefieren* menores recompensas rápidas a mayores recompensas dilatadas en el tiempo. Este cortoplacismo se materializaba en las estrategias que dejaban de invertir en formación, en el

---

<sup>337</sup> Por ejemplo, parados de clases más acomodadas se han visto menos afectados porque, como relatan, no se dejaron llevar por el derroche característico de los nuevos ricos: “Yo nunca lo he vivido así, pero bueno, ha habido muchos años de bonanza económica y en mi opinión se ha maleducado bastante a cierta gente porque se ha creído que esto iba a durar siempre. Yo he oído a gente decir “es que en España se vive genial”, yo me quedaba sorprendida, esto no es Alemania ni es Suiza ni es Dinamarca. Hay una sensación de que todo vale.” (Bárbara)

<sup>338</sup> Puede decirse que, sin duda, el endeudamiento masivo y el efecto riqueza contribuyeron a expandir este “cortoplacismo” en amplias capas de población. Sin embargo, debemos insistir una vez más, no debe confundirse una *inversión* que realmente opera como *ahorro* y una inversión orientada a la especulación: distinción que no depende de la actividad de inversión en cuanto tal sino de la posición de clase desde la que se invierte. El marco de la financiarización y la culpabilización abstracta del español colectivo sin duda han favorecido a emborronar esta distinción.



abandono de puestos de trabajo peor pagados pero estables por otros mejor pagados pero potencialmente inestables, o simplemente, ser cortoplacista puede ser el mero mantenerse en un lugar sin hacer esfuerzos extra. En términos cristianos, el cortoplacista se caracteriza por “dejarse caer en la tentación” del placer terrenal de la carne y el cuerpo, por encima de la abstracta y futura recompensa divina. O en términos weberianos, el bajo autocontrol cotidiano típico de la cultura católica española se opondría al ascetismo intramundano de países más “civilizados”. Así podría interpretarse el significado de aquellos discursos según los cuales en el pasado se fue incapaz de realizar inversiones *con futuro*: un pasado en el que uno no fue un “buen inversor” y se dejó llevar por el presente.

En esta interpretación, un tipo extendido de culpa concreta se caracteriza por explicar el desempleo del presente a partir de las *decisiones cortoplacistas* del pasado. Ya vimos muchos ejemplos del significado de las inversiones de tiempo y dinero [cap. 5], pero podemos ver algunos ejemplos más ahora en relación a la culpa del parado.

En el caso de jóvenes sin alta cualificación, y como ya señalamos [5.5], la culpabilización por no haber invertido en formación es central:

He tenido varios trabajos que a lo mejor ahora estaría trabajando. Entonces por ser joven y *no hacer caso de los mayores* que me dijeron en su día que por qué me había salido del trabajo, y demás. Pues por mala cabeza, y no haber seguido, aunque sea por algo menos, pero larga duración, me hubiera... Y me arrepiento de haber dejado varios trabajos. ¿DE QUÉ TRABAJOS TE ARREPIENTES MÁS? De conductor del Corte Inglés, no, porque se me acabó el contrato. También estuve de barrendero, estuve también dos o tres meses. De ese también *me arrepiento de haberlo dejado por irme a la obra a trabajar, para ganar dos duros más* que a la larga pues está visto que ahora no hay ingresos, y no hay nada. Ya pues es muy difícil que te llamen de algún lado [...] Sí que me arrepiento. HUBIERAS AHORRADO MÁS. Sí, claro. Hubiera ahorrado algo más, claro. O hubiera pensado no salirme de muchos trabajos. *Si llego a saber yo lo que venía.* [...] Incómodo nunca he estado en una empresa. Entonces pues para ganar más dinero. Ganaba cuatrocientos por ahí, entonces, pues me iba. Era joven. Aparte de que era joven, y *no escuchaba* ni a mis padres, ni a la gente que me lo decía. Y me arrepiento de haberme ido por ganar algo más de dinero. Pero vamos, que *a la larga no me ha servido de nada*. No ha servido de nada. Estar en paro, y sin ingresar nada de nada. (José)

[...] me cambié a FP. Es que no tienes claro lo que quieres hacer, lo típico, que no sabes lo que quieres hacer... las influencias de los amigos, las influencias. Empecé bachillerato, la verdad es que me costó muchísimo el cambio de colegio a BUP. Y me cambié a FP, porque todo el mundo me decía cuesta menos tiempo, tienes una preparación, y te pones a trabajar. *Lo que queremos todos: ganar dinero, rápido.* (María)

Digamos que he hecho más o menos lo que yo he querido. Por eso digo, porque muchas veces con el tiempo de arrepientes de lo que no hubiera habido alguien ahí que estuviera pendiente de ti y de lo que hacías. Digamos que por eso, en los estudios no he llegado a más. (Andrés)

Porque había trabajo, entonces siempre estuve trabajando. Vivir joven, *con dinero*, pues dejé *aparcados los estudios*. (Paco)

Paco, quien explica su desempleo por haber dejado “aparcados los estudios”, no puede explicar porque mucha gente que también dejó “aparcados” sus estudios no ha perdido su empleo. La explicación de Paco sitúa en una decisión individual la causa de su desempleo. En el caso de José, el arrepentimiento por no haber hecho “caso de los mayores” tampoco habría aparecido si el desempleo no hubiera irrumpido en su vida. El desempleo se trata como un fenómeno que ya estaba inscrito en el destino, como un castigo que se iba preparando según se iban tomando decisiones inmorales determinadas por un fácil deseo de “dinero rápido” o por “ganar dos duros más”. La explicación del desempleo propio se sitúa entonces en las *decisiones individuales* que se tomaron por el deseo de vivir la juventud con dinero en el bolsillo. Los parados explican así su desempleo en referencia a sus bajas capacidades individuales, como si tales capacidades fueran una propiedad individual, y no relacional. Estos discursos vienen a decir que si no las personas no hubieran sido cortoplacistas, el desempleo no les hubiera castigado, y ahora trabajarían. Según tal razonamiento culpabilizador, parecería que si la tendencia al cortoplacismo fuera menor, el desempleo sería también menor.

Una mala inversión del pasado también es el haber invitado a amigos que luego dejan de ser amigos, como vimos antes [7.5]: “Me arrepiento de haber invitado a mucha gente, y cosas de esas. De haber derrochado por mí mismo.” (José). O también, haber permanecido en un puesto de trabajo que resultaba más agradable respecto a otro que, “a lo mejor”, “quizás”, “podría” haber sido una inversión más racional a largo plazo:

[...] a veces pienso...bueno, *he sido muy conformista, quizás* mi problema ha sido que he sido muy conformista y me he adaptado siempre, a todo. Entonces yo *podría a lo mejor haber intentado* encontrar otro trabajo donde hubiera podido ejercer lo que he estudiado, algo administrativo, pero quizás porque me gustaba mucho lo que hacía no lo hice. [...] Eso me nubló un poco y *a lo mejor no evolucioné* hacia otra faceta. (Manuela)

La culpabilización del cortoplacismo que carecía de previsión futura, presenta el éxito de los otros como el resultado de haber sabido prever el futuro. En vez de aparecer uno como uno más de los millones de parados, uno se narra a sí mismo en soledad, en incertidumbre respecto al resto del mundo que trabaja:

Voy para atrás. Todo el mundo estaba estudiando, luego tenían trabajo. *Yo voy al revés*. Tenía un buen trabajo, una casa, un coche, una moto...Y ahora ya no tengo nada. Mira, ahora, me queda un año, de paro, ¿no? Pero no sé de aquí a un año qué va a pasar, si voy a poder pagar la hipoteca...No lo sé. (Paco)

La larga cita siguiente expresa bien esta búsqueda de momentos en la biografía individual donde se tomó alguna mala decisión: se repiten constantemente las dudas de “y si *hubiera*” o “no *habré* hecho X”.

[...] vamos, ¿que me han echado?, pues que me he quedado sin trabajo porque, que han hecho un ERE, que han echado veinte personas contigo, que se ha terminado el contrato, que tal. Y digo: “¿*Si es que no habré trabajado bien?, ¿habré hecho algo mal?*”, lo sientes y encima te echas responsabilidades que no son así. [...] // Yo me he llegado a preguntar, fíjate, después, de ya dije, que tengo 41, estoy desde los veinte trabajando por lo tanto he trabajado sobre todo de administrativo, hice mucho de eso, pero me he llegado a preguntar: “Joder, ¿*y si hubiera* terminado mi carrera de psicología, estaría así?, ¿*qué hice mal en el pasado?*”. Cuando empecé a trabajar en [...] que estuve diez años trabajando y al poco tiempo me llamaron de Caja Madrid y no fui porque tenía un trabajo, ¿hice mal en hacer eso?, o sea...// *Eso sólo lo dice la persona que se ha quedado en paro*, que yo nunca pensaba y pensando yo qué habré hecho mal en esta empresa y hasta el último día pensando: “¿*Y qué habré hecho mal?*” *O sea, empiezas a echarle tú la culpa.* (Paradas)

En este caso, la culpabilización individualizada se da a pesar de que el despido no ha sido individual sino colectivo, lo que a priori debería implicar una menor individualización del problema, pero no es así. Y es particularmente interesante ver cómo otra parada del grupo de discusión reacciona ante este discurso, e intenta desvelar a la parada culpabilizada su *ilusión biográfica* con el mismo argumento que aquí estamos desplegando, al haber pasado ya ella misma por el mismo proceso de culpabilización. Como se ve de un modo general, las causas evocadas que aparentemente sirven para explicar el desempleo propio, otra vez en términos religiosos, operan como una especie de *confesión*, en la que la desempleada busca dentro de sí las respuestas a la interpelación culpabilizadora que le pregunta por las causas de su desempleo. El solo acto de *buscar* las causas individuales del desempleo ya implica un acto de reconocimiento de la propia culpabilidad.

Algo más nos llama particularmente la atención: podría esperarse, por ejemplo, que estos discursos individualistas emergieran sobre todo en un contexto en el que socialmente se reconoce que el paro es relativamente bajo, por ejemplo, en 2007. Sin embargo, en 2012 y 2013, cuando toda la sociedad reconoce que el paro es excepcionalmente alto por las históricas cifras récord que superan todos los estándares internacionales, parecería que la búsqueda de las causas individuales del desempleo tendría que perder sentido. Pero no: como hemos comprobado repetidamente, la pregunta omnipresente de “¿Qué has hecho tú para merecer esto?” permanece fijada y repetida en

la subjetividad de parados y paradas, que buscan incesantemente en su biografía individual las causas de su desempleo para reconocer sus actos inmorales y redimir así sus culpas<sup>339</sup>.

En síntesis, con este análisis podemos afirmar que la culpabilización por el cortoplacismo del pasado es clave como aleccionadora del presente. Si los males del presente se explican por la impaciencia del pasado, el presente requiere paciencia y sacrificio, como pago de la deuda colectiva que el impaciente tiene con los demás. Como ya vimos, la función de la espera en el desempleo tiene un cargado significado moral y de clase, asociado al dinero que se tiene y al sentido del presente y el futuro [5.4]. Este sufrimiento en la espera, además, tiene resonancias intensas con el esquema de la espera en la feminidad -el mito de Penélope. Esa espera sirve como una prueba moral a la persona desempleada que permite expiar la inmoralidad de los comportamientos del pasado, para que una vez se haya realizado el sacrificio y aguantado el sufrimiento, se tenga nuevamente el derecho de volver a disfrutar. Estos discursos pueden entenderse como otra de las bases que han sustentado la legitimación de las políticas económicas llamadas de *austeridad*: la idea aparentemente técnica del “control del gasto público” está enormemente permeada de esta moralización supuestamente dirigida a promover el autocontrol. El tiempo de la austeridad sería el castigo a pagar frente al tipo de solución rápida, fácil, cortoplacista, que proponen las personas impacientes.

### *La culpa de “no hacer nada”*

Las expresiones comunes de “hacer algo” o “no hacer nada” como sinónimos de trabajar o no trabajar, adquieren un peculiar sentido en el paro que también apunta a la culpabilización. La expresión “no hacer nada” no es unívoca, pues a veces se utiliza también para referirse a días enteros de trabajo que no “cunden”. Pero en la forma repetida que se expresa durante el tiempo del paro, tal expresión puede entenderse como la materialización lingüística de la indistinción entre trabajo y actividad característicamente moderna, que tiende a negar el carácter de actividad útil a todos aquellos tiempos que no se venden por dinero. Aunque ese es su sentido general, el significado de “hacer algo” o “no hacer nada” también se refieren a todo aquello que tiene forma temporal de trabajo, como a menudo ocurre con el ritmo del trabajo doméstico [8.4].

---

<sup>339</sup> Desde nuestro punto de vista, el énfasis de las teorías de la atribución causal en la dimensión cognitiva (Álvaro y Garrido, 2003: 347-52), aunque no niegan la dimensión afectiva –en sus términos, lo emocional y motivacional–, no puede explicar satisfactoriamente la particular resistencia de muchos parados a autoatribuirse las causas del fracaso, aun cuando desde un punto de vista racional, parezca evidente que en un contexto de seis millones de parados uno no tiene la culpa de su desempleo. Los conceptos de contrato narcisista, culpa, o ideal de autosuficiencia, intentan captar, con un mayor énfasis en la dimensión socioafectiva, las causas de la resistencia a cambiar el sentido de la atribución.

Tengo que *hacer algo*. Como no tengo *nada que hacer*, como dice el refrán: “Cuando la vaca no tiene nada que hacer, mata las moscas con el rabo”. (Marisa)

[...] sin trabajar, no puedo trabajar, *no puedo hacer nada*. (María)

[...] el hecho de estar acostumbrada a un ritmo de vida, de la noche a la mañana quedarte en casa sin hacer nada, bueno sin hacer nada entre comillas, porque... Pero bueno, con todo el trajín que tenía, y ahora *sólo tienes que hacer lo de tu casa*, es como si no tuvieras que hacer nada. (Melinda)

Es que yo sin trabajo, me aburro. Es lo peor estar *sin hacer nada*. (Marta)

[Los fines de semana] no tenemos *nada que hacer* (Marta)

[...] yo no viviría de un subsidio porque sobre todo te aburres. Primero, a mí me gusta asumir retos, no me gusta *estar sin hacer nada*. (Bárbara)

En casa también me exigían, me obligaban que si no tenía que irme, que tenía que trabajar, que tenía que *hacer algo*. (Andrés)

Entonces eso pues me está jodiendo, me está dañando, pero me daña más el *no poder hacer nada*. El *no encontrar una actividad*. (Hilario)

Como dice Hilario, “no encontrar una actividad” en tanto que sinónimo de “no encontrar trabajo” es una de las formas lingüísticas con más fuerza simbólica, en las que aparece más naturalizada, la imposibilidad de pensar un mundo en el que trabajar no sea el centro del mundo. Desde nuestro enfoque, no son baladíes las coincidencias semánticas entre “trabajo”, “actividad” y “hacer algo” como contrapuestas a “no trabajo”, “sin actividad” y “no hacer nada”. Al identificar plenamente trabajo y actividad, el parado se niega a sí mismo el reconocimiento de realizar una actividad socialmente *útil*, aunque no se venda en un mercado de trabajo. Y como vemos, estas expresiones denotan la invisibilidad de todo el campo del no-trabajo, así como la jerarquización capitalista que hace del trabajo la única actividad reconocida, lo que a su vez implica el carácter secundario o sobrante de quien no trabaja.

Desde el punto de vista de las actividades domésticas, realizadas tradicionalmente por mujeres, las diferencias de género sobre el sentido de lo que es y no es actividad, pueden mostrarse cuando los varones dedicados a la actividad doméstica expresan que “no hacen nada”, mientras que las mujeres pueden enunciar “hacer algo” al referirse a tal actividad, pues podría interpretarse que la constitución femenina tiene una menor tendencia a identificar “actividad” con trabajo asalariado.

Sí, yo le digo: “Si no te apetece déjalo, lo hago yo.” Pero él dice: “Si estoy aquí *sin hacer nada*, me muero.” (Melinda)

Es aburrido no tener trabajo. Entonces a lo mejor no te toca la limpieza, pero dices por lo *menos hago algo*. Así te entretienes. (Marta)

O sea, que tú te encargas de la comida, de la compra, y del niño... que es bastante... // Sí, el niño sobre todo, aunque parezca que no, pero tienes mucho tiempo y dices “¿qué he hecho?” y *no has hecho nada* (Pedro)

Es que hay días que se te pasa la tarde y ni te enteras. Y *no has hecho nada*. Has hecho la merienda, has jugado, has preparado el baño, le has dado el biberón, y has cenado, y ya te acuestas (Pedro)

¿El trabajo? Pues creo que es una cosa necesaria. A mí, ya no es sólo por el dinero, sino porque a mí me gusta tener *algo que hacer*. Esto de levantarme por la mañana y sólo limpiar la casa o, no me siento lleno, me siento como que me falta algo. *Necesito una obligación, un algo que hacer*. (Alfonso)

Cuando me casé dejé de trabajar. ¿Y ESTUVISTE ESTOS CUATRO AÑOS SIN...? Sin hacer nada, de ama de casa, cuidando a mi niño, estando con mi madre y con mi gente [risas]. Y ya está. Es decir no hacer nada, vamos, de ama de casa. [...] *yo nunca he parado, aunque no estuviera cobrando, pero que nunca paro, siempre he estado haciendo cosas*. (Carmen)

Es que estoy muy calentito [en la cama] y no tengo que *hacer nada*. Entonces, ¿para qué me voy a levantar? (Parados LD)

No, me refiero a que prefiero hacer cualquier cosa que *no hacer nada*... O sea, si no tengo nada que hacer y ella está estudiando para un examen, o un trabajo, lo que sea, y hay que fregar, y no estoy haciendo nada, pues yo friego. (Rafael)

Entonces se me van los días volando, pero cuando no hay *nada que hacer*, tela. (Paco)

El trabajo hay que cuidarlo. Antes y ahora. Yo siempre he deseado tener *algo que hacer*. (Paco)

Siguiendo todas estas expresiones, y aunque la relación no es mecánica, podemos hipotetizar que hay una relación semántica generizada entre el significado del “hacer algo” y el trabajar. Ello no quita que para muchas paradas, especialmente aquellas que más esfuerzo habían invertido en la “estrategia de emancipación por el empleo” (Pérez Orozco, 2014: 218-22), el “hacer algo” sea cada vez más identificado con el trabajo, que se prioriza como pivote temporal sobre los cuidados, lo que contribuye a que su tiempo del paro esté significativamente vacío –si bien, en general, menos vacío que el de los hombres [cap. 6].

Por último, puede decirse que este tipo de culpa de “no hacer nada” es sin duda la más antigua históricamente<sup>340</sup>. En este sentido, la culpa de “no hacer nada” está moralmente cargada por la ruptura de la solidaridad comunitaria: el vago atenta no sólo contra los empresarios sino contra la comunidad. Quien “no hace nada” porque “no quiere” parece tener, directa o indirectamente, la voluntad de romper la cohesión social, ya sea la del país, ya sea la de la clase, ya sea la de los compañeros de trabajo, ya sea la de la familia. Complementando lo que antes analizamos [5.3], quizás el ejemplo más común de la inmoralidad del “vago” sea el de aquellas formas inmorales de cobrar las prestaciones:

Ahora pienso, después de oír la noticia que habían ampliado las ayudas del paro. Pero claro, sucede que mientras amplían la ayuda, o sea, que a ti te viene bien cobrar esos meses de más, es que conozco a

<sup>340</sup> A pesar de que la sociedad del trabajo instituya de una nueva manera el sentido de la ociosidad, su origen es precapitalista [1.1]. Por ejemplo, según Foucault (1975: 157): “El principio que estaba subyacente en el empleo del tiempo en su forma tradicional era esencialmente negativo; principio de no ociosidad: está vedado perder un tiempo contado por Dios y pagado por los hombres; el empleo del tiempo debía conjurar el peligro de derrocharlo, falta moral y falta de honradez económica.”

gente que no hace más que dedicarse a cobrar la ayuda, y cuando ya se acaba todo el dinero de la ayuda, ya se ponen a buscar, pues lo miras así un poco, y dices: Mira que si todo el mundo hace lo mismo... No me parece muy bien lo de la ampliación. (Elisa)

Es que sí y no. Hay mucho *abuso*, han *chupado* muchos. ¿ABUSO DE QUIÉN? De todos en general. Hasta de parados. La gente parada dice: me dan esto, ¿para qué voy a currar? Yo no soy de esos. A mí que me den un trabajo que no quiero estar así. Pero ha habido mucho abuso de eso. Gente que ha *chupado* de un dinero, que no han trabajado nunca. Y yo queriendo trabajar, sin un pavo. Hay cosas que sí, que a lo mejor hacen bien por los abusos. Porque al final, las pensiones se van a terminar, si no hay quien trabaje para mantener las pensiones. (Antonio)

[...] sé que hay mucha gente que con la prestación que te dan, “Voy a vivir muy bien, me quedo en casa, me *rasco la tripa*” (Marisa)

“Abusar”, “chupar”, “rascarse la tripa” y las múltiples expresiones de “vivir del cuento”, “aprovecharse”, “estar tumbado a la bartola”, “vivir del REMI toda la vida”, “vivir del PER”, serían la expresión de insolidaridad de quien “no hace nada”, que se aplica especialmente a los inempleables que ya han sido prácticamente expulsados del mercado laboral. Se da la paradoja de que, a menudo, los más pobres son los que más tienden a percibir la vagancia de quienes afirman que no *quieren* trabajar, precisamente porque la creciente competitividad les ha expulsado del trabajo –tal como ocurre, por ejemplo, con las amas de casa de clases populares que después de intentar trabajar afirman “no querer” trabajar y se quejan de la moralización a la que se ven sometidas, como veremos [8.4].

¿Qué significa este juicio moral sobre quienes “no hacen nada” porque no trabajan? Quien no ha sido socializado en el trabajo con igual intensidad que otro, tiene un problema moral, es decir, con los demás, con sus “iguales”. La abstracción de la igualdad en el trabajo se hace real al exigir la misma disposición a todos como si todas las personas partieran siempre de una tabula rasa, sin importar su historia social o individual, si ha estado en paro o no, cuántos obstáculos se ha encontrado, y cuáles son los motivos del *desencanto hacia el futuro* [7.9] de quienes no “quieren” trabajar porque objetivamente no pueden trabajar. Desde ese punto de vista, sólo importa la norma social abstracta, esto es, la *media* que evalúa todas las diferencias bajo el mismo criterio de igualdad abstracta y que precisamente por ello produce permanente desigualdad: puede decirse, en rigor, que *la igualdad en el trabajo no es la solución a la desigualdad, sino su causa*, puesto que es la abstracción de las diferencias que opera la igualación establecida por el trabajo la que transforma permanentemente las diferencias en desigualdades. Siempre que no se atribuya la diferencia a una incapacidad *indudable*<sup>341</sup>, toda diferencia

<sup>341</sup> A pesar de que los límites se desplazan históricamente, hay una constante histórica en la *ayuda* que operaba antes del capitalismo y que, sin duda, también opera en el actualidad: “Estas componentes estructurales [proximidad-incapacidad de trabajo] del campo asistencial son más importantes que la cualidad de los recursos

particular y/o rechazo del trabajo tiende a aparecer como comportamiento antisocial, vagancia o insolidaridad para con los iguales. No trabajar tanto como trabajan los otros es hacer que los otros trabajen más. Entre trabajadores y entre parados, a menudo se cruzan las acusaciones, profundizando con ese gesto la culpa por “no hacer nada” a la que impulsa una sociedad que tiende a supeditar todas las formas de “hacer algo” a la centralidad del trabajar por trabajar.

*La culpa de que “hay gente que lo está pasando peor”*

Alguna vez he utilizado yo la palabra privilegios, y lo que digo siempre, lo que trato de decir, es de que *privilegios vistos desde el punto de vista de los que no tienen nada*. Joan Rosell (RNE, 2013: 37)

Esa *miseria de posición*, referida al punto de vista de quien la experimenta al encerrarse en los límites del microcosmos, está destinada a parecer, como suele decirse, “completamente relativa”, esto es, completamente irreal, si, al asumir el punto de vista del macrocosmos, se la compara con la gran miseria de condición; referencia cotidianamente utilizada con fines de condena (“No tienes que quejarte”) o consuelo (“Sabes que hay quienes están mucho peor”). Empero, instituir la gran miseria como medida exclusiva de todas las demás significa prohibirse *percibir* y comprender toda una parte de los sufrimientos característicos de un orden social [...] (Bourdieu, 1993b: 10)

En los últimos años, los discursos culpabilizadores sin duda se han extendido a partir de ciertos usos estratégicos de categorías tales como *privilegios*. Según esos usos, cada vez más un privilegiado es alguien que vive mejor desde “el punto de vista de los que no tienen nada”, como subraya el presidente de la patronal. Este uso ha contribuido a emborronar el significado de la categoría privilegios, de tal modo que cada movimiento de negación de un derecho a una capa de población es confundido con una nueva producción de privilegiados *relativos* respecto a aquellos a quienes se les ha negado tal derecho.

Los efectos de este tipo de discursos contribuyen enormemente a la culpabilización individualizada, cuando se enuncian desde el punto de vista del “microcosmos” particular en el que uno vive cotidianamente, tal como lo llama Bourdieu. Una cierta sospecha de ser *privilegiado* está siempre presente, en cuanto emergen las justificaciones y las comparaciones de consuelo:

Pero es que es muy duro, y muy... Y sé que hay gente que lo está pasando muy mal. Yo, gracias a Dios, mi marido está trabajando, pero sé que hay gente que están los dos parados, y que tienen hijos a cargo y que lo están pasando mal. (Marisa)

---

disponibles para alimentarlo. Incluso en un contexto en el que no hay financiamientos específicos, en el que la infraestructura institucional es prácticamente inexistente y los medios de intervención están desdibujados, el hecho de ser indudablemente inepto para subsistir por medio del trabajo, y a la vez estar inscrito en una comunidad territorial, proporciona una casi seguridad de que se será ayudado.” (Castel, 1995: 64)



[...] estamos bien, gracias a Dios, dentro de lo que cabe, pero estoy en paro, sin un duro. ¿Qué quieres que te diga? Más me duele mucha gente que veo por ahí, que le quitan la casa, que le quitan los niños, que le quitan... (Antonio)

Él era el que aportaba todo el sueldo en casa, yo intentaba gastar lo menos posible, pero es lo que está haciendo ahora mismo Nacho. Pero hay mucha gente que están los dos en paro. Muchísima. (Gema)

Es lógico pensar que afirmaciones como “hay gente que lo está pasando muy mal” deben ser interpretadas como expresiones de solidaridad o compasión, sin más. Pero al mismo tiempo, la expresión condensa una carga semántica que, como afirmaba Bourdieu, cumple también una función relevante en la legitimación de la *miseria de posición* frente a la *miseria de condición*.

Uno de los casos que ya vimos, el de Edgar [5.3], es sin duda un caso extremo que deja poco lugar a la ambivalencia. Su culpabilización se da en comparación respecto a “los de aquí”, “que están peor”.

Hay muchísima gente de aquí que están en las mismas condiciones, *que están peor*, entonces yo prefiero que se les dé prioridad a ellos, a los que son de aquí, te lo digo sinceramente, así de claro. (Edgar)

El caso de Edgar es enormemente significativo de los límites alcanzados por el discurso de los “privilegios relativos” respecto a los que “no tienen nada”, atravesado en este caso por un racismo incorporado. En una situación de gran precarización cotidiana, la culpa lleva a Edgar a renegar del derecho a pedir ayuda, incluso aun siendo administrativamente de “los de aquí”, pues tiene DNI español. Este criterio comparativo basado en la “gran miseria” genera culpa en la medida que es materialmente imposible que no haya alguien cercano o lejano que esté, al menos, un poco peor. Bajo semejante razonamiento, sólo el más sufriente y miserable de los habitantes de la tierra podrá afirmar con seguridad: “yo no tengo la culpa, yo no soy un privilegiado”. Desde el primero hasta el penúltimo, siempre quedará la duda de estar mejor que otros en algún sentido. Como en otros casos que ya vimos, este tipo de culpa no es una culpa por haber derrochado, sino una culpa abstracta alimentada y justificada por haber sufrido *menos* que los que sufren *más*, por haber sufrido *poco*, por no haber sufrido lo suficiente.

Las posibilidades de particularizar la propia posición social y comprender que la propia visión del mundo es el resultado de una particular posición en el mundo, es lo que permitiría enfrentar las culpas de todos los parados que, a pesar de su miseria de condición, se creen privilegiados desde la miseria de su posición relativa respecto a quien está un peldaño más abajo. La solución no es, desde luego, arrogarse un punto de vista total sino, siguiendo a Bourdieu, situar la particularidad del propio punto de vista dentro de la *condición social* desde la que se mira. Diferentes expresiones se desculpabilizan cuando se anclan a su condición social, y no a su posición individual:

No hay justicia nada más que para los ricos. [...] Si desde aquí, *desde abajo, desde el último escalón, que somos el pueblo*, no somos capaces de mirar por el de al lado, ¿pues qué no van a hacer la gente que está arriba? (María).

[...] *estamos* mucha gente *de clase obrera* en malas condiciones (Elisa)

Uno: los que tienen dinero han buscado la manera que tú te sientas *acomplejado* porque no puedes trabajar. Para mí, esto es lo que pienso. Trabajar te obliga la sociedad, porque si no tienes no puedes obtener, por lo tanto tienes que trabajar. Entonces *el que rige, los que manejan*, no sé cómo puedo decir, nos hacen sentir [acomplejado] a nosotros, porque todos nosotros hemos pasado por lo que estás pasando ahora (Parados CD)

Los efectos más destructivos de la culpabilización brillan por su ausencia cuando hay una conciencia clara, de sentido común, de pertenecer subjetivamente a los de abajo cuando se pertenece objetivamente a los de abajo<sup>342</sup>.

### *La psicologización y medicalización de la culpa*

El malestar subjetivo asociado a la bipolaridad, la melancolía o la culpa, junto con las dificultades de acceso a alternativas colectivas, dirigen a muchos parados a vías individuales de solución de su malestar, que pueden demostrar efectos prácticos en el corto plazo. Sin duda, la medicalización del desempleo es una vía central. Otra vía, cada vez más extendida y con más sentido cultural, es la psicología (Hochschild, 2003). Si muchos sujetos no encuentran alternativas prácticas reales, ¿qué otra cosa se puede hacer a corto plazo más que atrincherarse en el yo para hacerse fuerte frente al mundo? En ese sentido, la individualización característica de la mayor parte de terapias psicológicas y médicas han sido dos vías clave en la gestión política de las crisis (Leader 2011, 2015), y en general de la gestión neoliberal del trabajo y el desempleo (Crespo et al., 2009; Fernández Rodríguez y Serrano, 2014). Por ejemplo, según un estudio en centros de atención primaria, con la crisis se ha incrementado significativamente el diagnóstico de problemas de salud mental en parados y en hogares con algún miembro en paro: concretamente, depresión, ansiedad, distimia, trastornos somatomorfos y ataques de pánico (Gili et al., 2012).

En el caso de la medicalización, la gestión del malestar del paro se aborda mediante psicofármacos. La función de los psicofármacos puede entenderse como un modo de contrarrestar en el corto plazo el dolor psíquico que causa la profundización de la escasez subjetiva de tiempo. Sin embargo, muchos parados se resisten a aceptar esta vía, porque se percibe una desconexión entre las causas del desempleo y la solución farmacológica:

<sup>342</sup> La culpa aparece, de otra manera, en quienes se sitúan subjetivamente abajo pero están objetivamente más en medio o más arriba, siguiendo las metáforas topológicas de la clase social. Este punto no lo exploramos aquí, pero sin duda se trata de un interesante debate al que se podría contribuir con algunos de los datos que hemos proporcionado.

[...] me dan hasta ganas de llorar. Claro, he ido al médico, se lo he intentado decir y me lo cura todo con pastillas, y ¡qué se meta las pastillas en el...! Yo quiero que... necesito ayuda y necesito ayuda natural... Yo no necesito pastillas, yo necesito un trabajo, nada más. Pero si me vas a dar *prozac* o me vas a dar otro tipo de qué... ¿Para qué? ¿Para quedarme allí como viéndolo todo que los pajaritos trinan y las nubecitas se mueven? Eso son gilipolleces. (Hilario)

Porque me han dicho que tendría que tomar pastillas todos los días, pero tampoco quiero llegar a eso. Tanto por mi estómago, porque también el cuerpo luego se acostumbra al que tú le metas la pastillita. Las pastillitas son drogas. Y yo, ni para dormir, ni nada, no me gusta. Aunque me pase la noche en blanco, prefiero no tomar pastillas. (Melinda)

Yo se lo decía hace año y medio, en una reunión que tuve en el pueblo, que decían: “Queremos psicólogos de ambulatorio en las oficinas del INEM.” Psicólogos, no quiero psiquiatras. No quiero que me metan una pastilla y me dejen atolondrado. (Parados LD)

Como se ve en estas afirmaciones, y aunque ello requeriría un estudio más en profundidad, la solución farmacológica tiene poca legitimidad para el abordaje del malestar del desempleo. En el caso de Hilario, su idea de la masculinidad autosuficiente es un motivo importante para evitar tomar pastillas, lo que provoca la resistencia a la medicalización. La masculinidad hegemónica supone para él una resistencia a la gestión medicalizada del malestar en el paro que, si bien puede dejar abierta la posibilidad de alternativas colectivas, al mismo tiempo puede suponer un encierro profundo en situaciones de melancolía que, en el extremo, pueden derivar en intentos de suicidio, como antes señalamos. Por ello, en los casos más graves, la medicalización es una vía necesaria para restaurar unas condiciones mínimas que permitan contrarrestar en el corto plazo el largo proceso de hacerse superfluo que ha devastado la autoestima de muchos parados durante años.

En el caso de las psicoterapias, la cuestión es difícil de resumir porque hay una gran diversidad de modalidades cuyos efectos son diversos. Desde la perspectiva de la sociología crítica, la mayor parte de terapias psicológicas son psicologicistas, en el sentido de que favorecen la interiorización más que la exteriorización del sujeto. Así, las terapias individualizadoras y meramente “positivas” obstaculizan la posibilidad de que los parados se enfrenten con su ideal de trabajadores autosuficientes<sup>343</sup> y se vinculen con soluciones colectivas consecuentes con el carácter social del desempleo. Pero al contrario de algunas críticas neofoucaultianas que califican como despolitizadora cualquier tipo de enfoque psi, algunas terapias también pueden contribuir a reducir la escasez subjetiva de tiempo<sup>344</sup>.

<sup>343</sup> En psicoanálisis, a menudo se llaman “terapias superyoicas” a aquellas que no enfrentan el conflicto subjetivo ni problematizan su génesis, sino que solamente “afirman”, positivizan, y evitan el enfrentamiento del sujeto con el conflicto subjetivado.

<sup>344</sup> Aunque lo resumiremos más tarde [8.5], véase, por ejemplo, un estudio que señala las dificultades con las que se encuentra el foucaultianismo hipercrítico de algunas perspectivas de las ciencias sociales en el momento que se encuentran a nivel práctico con el malestar psíquico (Moreno Pestaña, 2010). Una parte de la crítica

*La culpa como eje de la gestión del desempleo*

La crisis no acabará hasta que los parados tengan un puesto de trabajo, y también lo quieran, y luchan por tenerlo. Joan Rosell (RNE, 2013: 38')

Una nueva era de los ordenadores está llamando a la puerta y España, como muchas otras veces en nuestra historia, está durmiendo la siesta. L. Garicano y J. Fdez.-Villaverde (El País, 02/02/2014)

Los subsidios que hay en España, que son los más generosos del mundo mundial, no están condicionados a la búsqueda activa de empleo, y generan situaciones de rentas de trabajo, y de parasitismo sobre los que sí trabajan. Mónica Oriol, Presidenta Círculo de Empresarios (Youtube, 25/04/14)

"¡Que se jodan!" Grito de la diputada del Partido Popular, Andrea Fabra, en el Congreso de los Diputados el día de aprobación de la reducción de las prestaciones (Youtube, 11/07/12)

Entonces, a mí me hiere mucho el corazón cuando, éstos que tenemos arriba, algunos sueltan: es que el parado está acostumbrado a vivir de la sopa boba. (Parados LD)

[...] pobre o mira los del paro... me la paso durmiendo hasta la hora que quiero... //...en el gimnasio: "¡Joder, qué bien viven los parados!" (Paradas)

Entonces veo justo por una parte que haya pasado esto: en algún momento se tenía que dar el batacazo. (Antonio)

Después de todo el recorrido por algunas de los discursos culpabilizadores que hemos delimitado, podemos sintetizar brevemente el sentido general de la culpa en el marco de la gestión del tiempo superfluo. Como hemos visto, la culpa tiene el efecto general de dejar anclados a los parados en una escasez subjetiva de tiempo. Esta culpa es alimentada desde arriba tanto como desde abajo: es difundida tanto por empresarios y gobernantes como reproducida por trabajadores y parados. Desde nuestro enfoque, sostenemos que la culpa es un articulador sociosubjetivo central para explicar cómo la abundancia objetiva de minutos se transforma en escasez subjetiva de tiempo.

Por un lado, la culpa tiene un carácter *productivo*, en cuanto alarga e intensifica el tiempo que el parado dedica a competir por el trabajo, y el tiempo que los ocupados dedican a mantenerse en su puesto de trabajo por la amenaza del desempleo. En cuanto los efectos depresivos de la culpa se identifican y reproducen como una suerte de propiedad inherente del tiempo del paro, la culpa cumple una función disciplinadora, al proyectar hacia el conjunto de trabajadores lo que les podría ocurrir si pierden el empleo. En ese sentido, la reproducción de la culpa en los parados impulsa a la población ocupada a trabajar más por menos. Es decir, la culpa generalizada tiende a expandir el miedo de la población trabajadora en general, y en ese sentido, está ligada a la reconstitución del tiempo de trabajo.

---

académica de las perspectivas psi podría entenderse a partir de lo que Bourdieu (2004: 23) llamaba el *radicalismo de campus*, que se ha extendido en algunos entornos influenciados por una particular lectura de Foucault y otros autores.

Por otro lado, cuando la melancolía está muy avanzada, la culpa es principalmente *improductiva* porque tiende a impedir que el tiempo se dedique a competir por el trabajo. Pero a su vez, y al igual que la melancolía, aunque sea improductiva, la culpa cumple la función central de invisibilizar o evitar la posibilidad de transformar el tiempo superfluo en tiempo disponible. Al dejar anclados a muchos parados en la depresión cotidiana, la culpa impide cualquier reapropiación positiva del tiempo, como veremos [8.5].

#### Tabla metodológica 6. Culpas, contradicciones y metodología de entrevista.

Si bien las contradicciones atraviesan en general los discursos, en el caso de los discursos culpabilizadores la tensión puede ser aún mayor. Por ejemplo, en el caso de Edgar, uno de los parados más inmersos en la culpa que hemos entrevistado, puede afirmar rotundamente que “las leyes en España son iguales para todos” y acto seguido afirmar rotundamente que “las leyes están siempre del lado de los poderosos”. Merece la pena mostrar un largo fragmento:

Hay algo que tú tienes dentro, y es una moral y que te obliga a hacer cosas. Tú haces cosas porque tú crees que están bien, ¿no? Entonces es una moral que te guía, y yo no creo estar en condiciones de exigirle al gobierno de España que me dé un trabajo y que me dé y qué... es culpable de la crisis y tal... O sea, moralmente no creo que tengo que echarle las culpas al gobierno de España. [...] Las cosas están malas para todos, ¿verdad? Y yo entiendo que las cosas están mal y no es el momento de lamentarme y de... “pues bueno, el gobierno tiene que subvencionarme esto y lo otro”, no me siento como con esa... no tengo esa cara para pedirlo, ¿sabes? [...] no puedo yo responsabilizar al gobierno de tal ni de cual para que me solucione mi problema, que pueden hacerlo, ¿me entiendes? y que puedo pedirlo también, pero yo, moralmente, no estoy en condiciones de pedirlo. Pero por moral, porque soy así, ¿sabes? Si hay bien, y si no hay, pues también. Y si me dan algo pues lo recibo y si no me dan, pues no te puedo yo reclamar que me lo den porque tienen que dármele. A pesar de que *las leyes son iguales, aquí son leyes iguales para todos*. Yo tengo DNI español y me considero un español, pero en estas cosas pues, lo interno me dice que debo tener un límite, ¿sabes? (Edgar)

[...] que la sociedad está agobiada con el tema de los desahucios, que está clamando que los bancos dejen de sangrar y dejen de saquear a la gente pobre, ¿no? Que se ponga en vigencia esto de la dación en pago, que el gobierno dice que no y los banqueros dicen que no. Tienen intereses en común [...] El responsable es el banco, porque no debió de inflar esa tasación. Debió decirte “oye, tú no estás en condiciones de comprar un piso”, “o me traes el 10% restante, más lo que te vas a gastar en escriturar y te doy el crédito”. Pero se daban créditos con 120 y más y encima de eso, te daban dinero para comprar un coche. Ahora ese bien pues no vale para pagar la deuda. Tú entregas tu piso, si es que te lo reciben, pero sigues pagando tu deuda, entonces eso es una injusticia. [...] Porque los bancos sus negocios los tienen bien estructurados. Los bancos son de la derecha, de la extrema. Entonces pues los políticos obedecen a ellos. Aunque no sea directamente pero indirectamente lo hacen. Entonces, pues yo igual estoy en una situación complicada, hablo con el banco, le explico mi situación y a ellos les da igual. Ellos les da igual, ellos pasan de todo. Que tú hagas lo que tengas que hacer y que les pagues, ¿no? Y cuando tú ves el papel de lo que pagas al banco, pues el 70% de ese valor, de esa letra, es interés, o el 75, sólo el 25 es capital. El 25% están amortizando y el 75 es interés para ellos por la deuda, pues eso no es justicia. O sea, por eso te digo, y los gobiernos en esto no son serios, *las leyes de aquí en este aspecto son muy débiles, y están siempre del lado de los poderosos*. (Edgar)

Lo que estos dos fragmentos muestran es la radical contradicción que atraviesa a algunos parados, lo que no es sino una expresión particularmente dramática de las múltiples contradicciones que hemos ido señalando en toda la investigación. *La contradicción no aparece si no se tienen las gafas de verlas y el método para hacerlas emerger*. Si se busca que los sujetos afirmen una sola cosa, que opinen o lo uno o lo otro, no podrá verse que, a menudo, los sujetos decimos una cosa y la contraria al mismo tiempo, sobre todo cuando estamos atravesados por situaciones de malestar. Poner a los sujetos en situaciones *dilemáticas* (Billig et al., 1988) abre la posibilidad de romper con la culpabilización. La diferencia radica en el énfasis puesto en una u otra de las caras de la contradicción. Por ello, poner las contradicciones en evidencia parece permitir la reducción de los efectos de la culpabilización que hemos analizado.

## 7.9. Ser superfluo para el futuro

Es también una especie de cálculo económico el que disuade de someter la existencia al cálculo económico: el hedonismo que lleva a tomar al día las raras satisfacciones (“los buenos momentos”) del presente inmediato es la única filosofía concebible para aquellos que, como suele decirse, no tienen futuro y que en todo caso poco tienen que esperar del futuro. (Bourdieu, 1979: 214)

Como se ha podido ver después de todo lo analizado, cuando una persona afirma “ya saldremos”, “todo irá mejor”, “hay que seguir aguantando” o “la crisis se pasará” ello no se debe meramente a una personalidad optimista, del mismo modo que ver “el futuro negro” o el “no hay salida” no es el simple resultado de un carácter pesimista. La orientación al futuro se facilita, obstaculiza o imposibilita en función del conjunto de condiciones sociales que se materializan en la mayor o menor superfluidad de una persona en paro. Aunque ya hemos tratado indirectamente esta cuestión [4.4], por su especial relevancia dedicamos este último apartado a ver algunas de las formas en las que se expresa la proyección del parado en el futuro, no tanto para explicar por qué cada sujeto concreto vivencia su orientación al futuro de una manera específica en un momento determinado –lo que ya hemos puesto en evidencia–, sino para mostrar que la relación con el futuro depende también de cómo el tiempo superfluo se ha materializado en la existencia social de una persona en paro. Hemos definido tres momentos: 1) en el que las resistencias se mantienen y permiten una proyección en el medio o largo plazo; 2) cuando la “cuenta atrás” ejerce tal presión temporal que sólo se da la posibilidad de proyectarse en el corto plazo; y 3) cuando se relata ya la imposibilidad de una salida que tiene a los sujetos en el límite de la inempleabilidad. El siguiente punto del proceso, ya no lo tratamos pues los que ya no han resistido no son parados sino *desafiliados*.

### *La cuenta atrás*

Ante la particular suma de condiciones adversas que viva un parado particular -escasez relativa de dinero, pérdida de amigos, rechazo y humillación en las empresas, vergüenza, etc.- si éstas no llegan a un extremo inasumible, diferentes fuentes de sentido permiten sostener la posibilidad de proyectarse en el medio o largo plazo. La desestructuración temporal funciona como una especie de cuenta atrás, en la que los sostenes que aún no se han evaporado funcionan como posibilitadores de las estrategias de orientación al futuro. Entre todas ellas, cabe destacar una vez más, que a pesar de las contradicciones de la solidaridad familiarista [5.7], la pareja y los hijos son, sin duda, uno de los núcleos fundamentales que mantiene el sentido del futuro:

Siempre ella me ha mimado mucho, y me mima, pero ahora es lo que más... para que no me coma la cabeza. Ella lo sabe y me dice que esté tranquilo, que ya saldremos. Y yo sin poder hacer nada. Y mi

madre me dice que no sea tonto. Y me dice: “Da gracias a Dios que estoy yo”. Y le digo: “Por eso mismo, mil gracias”. (Antonio)

[...] yo el espíritu de alegría que tengo, y de entusiasmo y de que no me van a arrinconar y que voy a salir de esta, a mí la crisis me ha cambiado mucho, pero yo no cambio mi niño, ahora vinieran 40.000 crisis [...] Pero, vamos, que la verdad a mí, mi mayor alegría es mi niño. ¿Que tienen que venir más crisis? Que vengan, ya las aguantaremos. (Carmen)

A veces la autoestima te baja. Vamos a seguir. Mis niñas me tienen que ver sonriendo, y ya saldremos de ésta. (Precarios)

No tienes ganas de nada, y tienes que seguir haciéndolo, estar luchando por los niños. Y te cierran muchas, muchas puertas a la vez. Pero bueno, allí estamos. De hecho no nos rendimos y ahí seguimos tocando puertas. (María)

Junto con la familia, también puede destacarse el papel de las estrategias de subjetivación “positiva” del presente, que a pesar de su simpleza, son recurrentemente evocadas por los parados, como modo de ignorar en la medida de lo posible los pensamientos negativos que surgen ante las vivencias del hacerse superfluo:

[...] es que nuestro día a día se nos vuelve en contra. Y tenemos que estar constantemente, tener que positivizar toda la vida, todo el día y decir “bueno, ya hemos llegado a la cena, mejor, ya mañana será mejor, ya mañana habrá otra oportunidad” (Parados CD)

Sabes que no vas a encontrar trabajo ese día, pero te esfuerzas a estar positivo. Además, no te queda otra. (Parados LD2)

¿Qué explicación sociológica tiene esta “positividad” que aparece recurrentemente en como surgiendo de la pura interioridad? El narcisismo está implicado en estas estrategias, pero no tanto en un sentido negativo, como positivo. Positivo por cuanto el querer a uno mismo no dependa, completamente, del trabajo. El miedo al “tocar fondo”, que en algunos casos ha sido vivido como una experiencia concreta y real, permite tener el objetivo de, al menos, no volver a tocar fondo, lo que también supone el mantenimiento de la orientación al futuro:

Yo sí que no he visto futuro. Lo he visto todo negro, he tocado fondo. En muchos aspectos jodidos, he tocado fondo. Cuando tocas fondo, sólo queda una, que es subir, y no hay objetivos, no hay futuro, pues yo me los pongo, por no venirme abajo. (Parados LD2)

Igualmente, como mencionamos, surgen estrategias de “alargar” el futuro mediante el gasto de ahorros o la venta de propiedades, o también, mediante la emigración:

Prefiero aguantar, y si sigue la cosa así, pues no sé, me planteo incluso salir fuera, vender la casa y al carajo. (Paco)

Así que me doy un margen de aquí hasta diciembre, para ver si las cosas cambian. Y también estoy esperando mi nacionalidad, que ya llevo dos años. Pues si me dan la nacionalidad ya, pues cojo mis cosas y me voy (Ana)

Y en definitiva, tras ver algunos ejemplos, las afirmaciones generales de los parados que viven en un momento de vulnerabilidad sostenible, apelan a una esperanza abstracta en el futuro que hay que repetir y repetir para desplazar la presión de la superfluidad sobre los pensamientos:

Si esto, tarde o temprano digo yo que saldremos de la crisis, alguna vez tendremos que salir. (Carmen)

Y bueno pues yo soy muy activa y estoy muy animada, cosa que no estaba al principio, a hacer muchas cosas y sé que bueno, que todo se solucionará y a ver si encuentro un trabajo. (Paradas)

Pero también, por lo que tengo entendido, hubo una crisis con Felipe González, y también salimos. Entonces yo creo que esto también pasará, peor ya no creo que estemos. Pero irá mejorando, aunque sea poco a poco. (José)

Algunos de estos ejemplos ilustran un principio de explicación social de la confianza en el futuro. Analizado en nuestro marco, el “todo pasará” que está inscrito en el destino no depende simplemente de que la economía o el país se “recuperen”, tal como señalan los discursos más difundidos. La “recuperación”, en buena medida, es *normalización*. El paso del tiempo normaliza lo que en el momento de la ruptura había sido vivido traumáticamente [5.7]. Lo que en la experiencia social puede presentarse como un futuro que mejora por el mero paso del tiempo, puede ser comprendido no como una percepción de la realidad objetiva, sino como una percepción del futuro que es el resultado del ajuste de las disposiciones temporales de los sujetos a sus nuevas posibilidades objetivas, que pasan a percibirse como las *normales* después de asumir que las expectativas anteriores ya no son plausibles. De esa manera, el gobierno efectivo del tiempo superfluo puede entenderse como el resultado del *aflojamiento* de la tensión, que permite que la mayor cantidad posible de sujetos puedan adaptar el ritmo de transformación de sus disposiciones al ritmo de transformación de las normas. Desde muchas posiciones sociales, esto ha sido posible, pero desde otras, la actualización de las normas temporales expulsa a quienes no han sido capaces de coger “el tren”, como dice Andrés.

Lo que está clarísimo es que en esta sociedad no te permiten que te bajes del tren. El tren sigue y no puedes bajarte. No se para en la estación. Si pierdes el tren, cuesta mucho luego volver a coger el tren. (Andrés)

### *El peso del pasado en el futuro*

En la progresiva reducción del horizonte de proyección del futuro, el paso del tiempo abstracto parece constante, pero no lo es. Cuando Andrés dice, “no te puedes bajar del tren” no es, simplemente, bajarse de cualquier tren. La experiencia de desincronización del parado, hoy, produce un contraste diferencial respecto a la situación por ejemplo, de hace veinte años. Siguiendo con la metáfora del tren, la caída no es igual cuando uno se baja de un tranvía que cuando una se baja de un tren de alta velocidad. No se trata sólo de la velocidad objetiva del



movimiento, sino de la experiencia de quedarse atrás a medida que se acelera “la continua simulación de la novedad” (Crary, 2013: 40). La experiencia moderna de la novedad se reactualiza constantemente. Esto, además, se vive de un modo más individualizado si cabe dado que, como afirma Crary, “el tempo acelerado de la apariencia de cambios elimina cualquier sentido de un marco de tiempo amplio que sea colectivamente compartido” (Ibíd.: 41).

Desde el punto de vista de cualquier joven socializado en las nuevas formas de flexibilidad, en los trabajos precarios o en las velocidades del mundo digital, es fácilmente visible el importante contraste de su capacidad de adaptación respecto a las personas de más edad. Pero eso no es una novedad del neoliberalismo: en la experiencia moderna siempre ha sido así, porque el decisivo peso de la socialización primaria crea cada vez sujetos más maleables en comparación con las generaciones anteriores. Aquellos que periódicamente son condenados como “inflexibles” son aquellos que están “demasiado determinados” por su historia. Los sujetos del capitalismo deben siempre ser capaces de adaptarse y actualizarse a las nuevas velocidades sociales, lo cual implica, por así decir, dejar de ser lo que se fue para transformarse en algo nuevo. Tal como se refería Marx en la cita con que abríamos este capítulo, una mercancía se hará más perecedera cuanto menos se renueve su cuerpo, o dicho de otra manera, cualquier trabajador que quiera seguir vendiendo su tiempo debe ser capaz de renovarse constantemente, lo que conlleva un continuo borrado de la propia existencia como existencia histórica. Los dominantes, dice Bourdieu, son aquellos que consiguen tener “la menor cantidad de huellas visibles de su génesis” (1979: 76). Los parados de clases populares que superan los cincuenta años son, quizás, el ejemplo paradigmático de quien es víctima de las huellas de su génesis, como Hilario o Mario, obreros de Vallecas. Trabajar prácticamente sin descanso durante cuarenta años es haber sido fabricado por la fábrica, es decir, por la rutina constante del trabajo físico, en el lunes a viernes, en el llegar a casa por la noche a ver las noticias, el desayuno con churros, el fútbol con la misma emoción de la liga cada semana, las mismas bromas, los mismos refranes. Percibidos desde nuestra posición juvenil de alto capital cultural reconocido, Hilario y Mario se nos aparecen como sujetos “tradicionales”, “rígidos”, “duros”, “inflexibles”: su vida parece una pura repetición. Pero la reflexividad sobre esta percepción nos señala que nuestra visión no es otra cosa sino el resultado del efecto presentista que resulta de la socialización como joven en la velocidad actual de transformación. En realidad, Hilario y Mario también fueron la vanguardia de nuevas formas de flexibilidad que a su vez habían condenado como inflexibles a las generaciones de sus padres.

**Cuadro 29. El desajuste entre normas y disposiciones**

“La presencia del pasado en esta suerte de falsa anticipación del porvenir que el *habitus* opera nunca se puede apreciar tan bien, paradójicamente, cuando el sentido del porvenir probable resulta desmentido, y cuando las disposiciones que no se ajustan a las probabilidades objetivas en razón de un efecto de histéresis [...] reciben sanciones negativas, debido a que el entorno al que se enfrentan está demasiado alejado de aquel al que se ajustan objetivamente. En efecto, la remanencia, en forma de *habitus*, del efecto de los condicionamientos primarios explica también, y de manera igualmente satisfactoria, los casos en los que las disposiciones funcionan a destiempo y donde las prácticas están objetivamente inadaptadas a las condiciones presentes debido a que se ajustan objetivamente a condiciones caducas o abolidas. La tendencia a perseverar en su ser que los grupos deben, entre otras razones, al hecho de que los agentes que los componen están dotados de disposiciones duraderas, capaces de sobrevivir a las condiciones económicas y sociales de su propia producción, puede hallarse en el principio de la inadaptación tanto como de la adaptación, de la revuelta tanto como de la resignación.” (Bourdieu, 1980: 101)

Por mucho que la edad tenga sin duda el “valor” de la experiencia, la relación de capital no valora el valor cualitativo sino el valor abstracto que se mide en función de la capacidad para mover *más* dinero en *menos* tiempo. El paro de Hilario y Mario es ya irreversible y la crisis les pone sobre la mesa la obsolescencia de su rigidez existencial que es, en definitiva, la rigidez de su propia historicidad. Las nuevas normas temporales hacen inútil para el futuro a todo aquel que no pueda ocultar que es víctima de su pasado, del mismo modo que el capital borra todas las huellas por donde pasa. Para que cualquier trabajador venda su tiempo y renueve su fuerza de trabajo como mercancía *útil* debe, como cualquier otra mercancía, eliminar su pasado<sup>345</sup>. La fuerza de trabajo de Mario e Hilario queda percedera cuando ya no puede renovarse como mercancía, porque no han sido capaces de ocultar su origen: las marcas de su cuerpo, de su pelo, de su voz, de su mirada, su machismo, sus arrugas, su ropa, sus gustos, su entonación, su gorra, sus chascarrillos, sus estrategias de causar una buena impresión... La fecha de su nacimiento es en realidad lo de menos, porque toda su presencia les delata. El bajo grado de maleabilidad de sus disposiciones respecto a la normalidad social, es socialmente reconocido de manera tan automática y evidente que todas las estrategias de ocultamiento de lo que uno ha sido resultan vanas<sup>346</sup>. Para conseguir ahora

<sup>345</sup> “En su figura de valor, la mercancía hace desaparecer todas las huellas de su valor de uso natural y del trabajo útil particular al que debe su origen, para devenir esa crisálida que es sólo concreción material social uniforme de trabajo humano indiferenciado.” (Marx, 1872: 133)

<sup>346</sup> El problema del envejecimiento relativo aparece también muy claramente en uno de los personajes de *Los lunes al sol*, la película de Fernando León.

un trabajo habría que ser capaz de negar tal condición histórica, habría que dejar de estar históricamente determinado, y autodeterminarse como si uno no hubiera existido antes. Bajo la imposición abstracta del capital, la única solución sería volver a nacer, porque aunque uno pueda transformarse a lo largo del tiempo, uno no puede transformarse tanto como para rehacerse radicalmente, no puede volver a partir de cero, porque su cuerpo concreto ya no encaja ni encajará en los nuevos criterios abstractos. Haberse socializado en determinadas formas de repetición social, que ahora son negadas ante la imposición de las nuevas normas temporales, las nuevas máquinas, los nuevos puestos de trabajo que requieren nuevas prácticas y nuevas disposiciones, condenan a la muerte laboral a quien es incapaz de no repetirse.

*“No hay salida”, o, el trabajo como única salida*

Tras todo el recorrido, no hay que explicar mucho más las condiciones que derivan en una falta de *proyecto* y en la incapacidad de *proyectarse*: esto sucede cuando se ve el futuro “negro” y “no hay salida”, como a menudo repiten en los discursos. Si al inicio del paro podría imaginarse la vida propia en un cierto largo plazo, el futuro se ha ido acortando hasta el medio plazo, para finalizar en un corto plazo en el que la necesidad cotidiana se impone. Es una mera *resistencia* que indica el carácter provisional de la capacidad de oponer resistencia. La fuerza de la desestructuración temporal de la vida de un parado, al no estar bajo el control del individuo, termina imponiéndose, y ya sólo queda la urgencia del aquí y ahora.

[...] no tengo ni proyectos, ni futuro para hacer historia, todo lo que veo es negativo. (Parados LD)

[...] te sacrificabas por un algo. Ahora mismo vas matando el día por matar el día, porque si no te vuelves loco, algo tienes que hacer. No hay un futuro, no hay un porqué, no hay [...]. (Parados CD)

Pero estoy haciendo las cosas en casa y le estoy dando vueltas a las cosas. Es como que estoy en un laberinto y *no encuentro la salida*. [...] Todo pasa en mi cabeza, y te lo juro que no encuentro una salida. [...] Intento poner mucho de mi parte y olvidarme. A veces me pongo a tejer, y eso me ayuda para distraerme porque me concentro en el tejido por no hacerlo mal, y por lo menos en ese instante, dejo de pensar en mi situación porque no encuentro una salida. (Melinda)

Pero que *no hay salida* por ningún lado, es que no encuentro por ningún lado, ni en mi oficio, ni en lo que no es mi oficio (Parados LD)

Negro, *muy negro todo*. Es que no lo veo sinceramente. Te sorprende cada día, cada vez que escuchas la televisión. Entonces sinceramente *lo veo muy negro*. No sé lo que va a pasar, por la situación general del país. ¿TIENES INCERTIDUMBRE? Toda. *No veo futuro* para la juventud, *no veo futuro* para mis hijos. (María)

Pero yo es que muchas veces me quedo aquí y me digo “Hilario, esto no puede continuar así”. Y me hablo yo mismo “esto no puede continuar así”. Pero por otro lado *¿qué hago?* O sea ¿qué hago, qué hago, qué hago? O sea, no puede continuar así, si yo ya lo sé que esta situación no puede continuar así, pues claro que no puede continuar así. (Hilario)

Pero tengo fe en eso, en que mi futuro va a ser de charcutero, o para deshuesar jamones. Creo que sí, pero el futuro, lo veo muy *negro*. (Antonio)

[...] veo que esto se acaba y digo “es que estamos los dos parados”. (Paradas)

Muchas veces lo pienso, digo: ¿Qué puedo hacer por cambiar la situación en que estoy? Llevo *demasiado tiempo* en el paro, llevo dos años y dos meses... (Parados LD)

[...] hay días en que te dices, va por rachas, va por rachas en que te dices “bueno, cuándo coño va a terminar esto, cuándo va a acabar esto”. Y *no le ves el fin*. (Luis)

En esta percepción del futuro, el sufrimiento aparece como fundamentalmente inevitable y las preguntas por el “¿qué hago?” no encuentran respuestas que no pasen exclusivamente por la vuelta al trabajo. La dificultad, y a veces imposibilidad, de imaginar la ausencia de sufrimiento forma parte de la existencia *normal*, no se podría elegir no sufrir, y el sufrimiento sería un designio del destino y no de una organización social que, en tanto que *social*, puede transformarse<sup>347</sup>. La despolitización encuentra ahora su vínculo con la superfluidad del sujeto.

Pero dices tú: “¿Bueno, y qué vamos a hacer? ¿Si *nos ha tocado así*, qué hacemos?”. Cambiarlo, *no vamos a poder cambiar nada*. (Carmen)

Sí se puede luchar, de hecho hay manifestaciones todos los días, pero *no se consigue nada*. (Andrés)

Pero también, por lo que tengo entendido, hubo una crisis con Felipe González, y también salimos. Entonces yo creo que esto también pasará, peor ya no creo que estemos. Pero irá mejorando, aunque sea poco a poco. (José)

Buena parte de la población española en general, y de la población parada en particular, reproduce una concepción fatalista del futuro –“nos ha tocado así”, “no vamos a poder cambiar nada”, “no se consigue nada”- o lo que es lo mismo, un futuro que vendrá sólo sin intervención de la sociedad en él. Este tipo de pesimismo histórico, con razones fundadas pero con efectos devastadores, puede entenderse como otro eje explicativo clave de las dificultades cotidianas del parado, y de las posibilidades de transformación de la paradoja del tiempo escaso. La crisis sigue apareciendo para muchas personas como algo más natural que social, producto del azar, y las prácticas políticas parecen “no conseguir nada”. La generalizada reducción de la crítica política a un problema de “los políticos” evacua lo

<sup>347</sup> “El contenido fundamental de estos procesos es la imposibilidad de concebir otro orden social sin sufrimiento. La muerte es, en este sentido, el modelo al que miran quienes ven inevitable el sufrimiento. Sin embargo, el desempleo, la pobreza, la marginalidad, la desigualdad, el daño al cuerpo, no son formas de sufrimiento que pertenezcan al mismo campo que la muerte. El mayor o menor distanciamiento respecto de sus eventuales consecuencias sociales, así como la forma que éstas adoptan, tiene su raíz en la específica forma en que han sido conjuradas.” (Bilbao, 1997: 213)

político en su sentido original, y la intervención consciente sobre las relaciones políticas no existe como posibilidad en la vida propia. La crítica se dirige a un “ellos” que sería quien tendría que “arreglar” el problema técnico de la crisis, tal como lo relata un parado.

Primero está la negación, luego la sumisión, y después el decir: voy a hacer algo. Ahora mismo todavía estamos en la negación. La inmensa mayoría del país está diciendo: “Que pase pronto esto, *a ver si viene alguien y lo arregla*. Y a mí me toca lo justito.” Pero el problema, como decías tú, es que hemos entrado en una vorágine. (Parados LD)

Que la política exista siempre en las prácticas -lo sepa o no lo sepa el sujeto- no se contraría con que la despolitización en diferentes niveles sea sin duda una clave central en el mantenimiento de la superfluidad. No se trata de explicar solamente la imposibilidad de imaginar o practicar la posibilidad del tiempo disponible sino, sobre todo, de comprender por qué significativas capas de población han permanecido desmovilizadas e instaladas en una significativa falta de esperanza. Mientras que en la mayoría de países tasas del 10% de desempleo son evaluadas como gravísimas, en un país como España que ha pasado unos seis años alrededor del 25% del desempleo, con la segunda tasa más alta de Europa casi igualando a Grecia, el fatalismo que se encuentra significativamente en los discursos de importantes capas de población debe explicarse en el largo alcance: 1) a partir del éxito de los procesos de neoliberalización de España en las últimas tres décadas [2.1]; 2) y yendo más atrás, a partir de los efectos a largo plazo que aún se arrastran desde el franquismo y su cultura del *homo patiens* (Cayuela, 2014: 205-9) es, la cultura de la resignación, del miedo y de la pasividad, inseparablemente unida a la destrucción del tejido de los vínculos políticos. Esta herencia histórica explica también buena parte de las condiciones de profundización de la superfluidad que reduce todas las alternativas vitales a esperar un empleo cuya “llegada” está básicamente fuera del control del sujeto.

Nuevamente, hay que subrayar que la imposibilidad de imaginar el tiempo disponible no debe entenderse como un problema individual, de sujetos cortos de miras, adictos al trabajo o algo parecido. No son “idiotas culturales” quienes se ven encerrados en el presente, pues el trabajo no es, como hemos repetido, una mera ideología que se nos ha impuesto, sino una relación social constituyente de nuestro tiempo histórico, como ya argumentamos. La posibilidad real de imaginar una sociedad que no pivote sobre el trabajo, no solamente es que sea algo difícil, irrealista o incluso utópico: para muchos, tal posibilidad ni tan siquiera pasa por la imaginación. Y ciertamente, no es exagerado afirmar que pensar hoy en una sociedad que no esté basada en el trabajo es análogo a pensar en el siglo XIII que el destino no

estuviera determinado por Dios. En ese sentido, no es la falta de imaginación de las personas la causa de no poder imaginar un futuro por fuera del trabajo, sino la enorme fuerza histórica que ha convertido en *doxa* la necesidad de trabajar.

Ante la frustración de no encontrar salidas, la cuenta atrás y la presión temporal se hacen insoportables: “Pero aquí ya llega un momento que tú ya estás desbordado y no sabes qué hacer.” (Edgar). La metáfora del “desborde” es como si el tiempo devorara al sujeto absorbiéndole su ser hasta vaciarlo por completo de su existencia. La cuenta atrás está a punto de *desafiliar* al sujeto que, estadísticamente, pasará de ser un parado de larga duración a un inactivo. No se ha “llegado a tiempo”, el “tren” se ha ido, y esos que no lo han cogido ya han quedado fuera de esta investigación: están en la economía “sumergida”, se prejubilieron forzosamente, “decidieron” ser amas de casa, han emigrado, viven en la dependencia económica permanente de familiares, amigos o servicios sociales, están en la indigencia, cogieron una baja temporal, están medicalizados o psiquiatrizados de manera prolongada, se suicidaron. Desaparecieron entonces para el trabajo y dejaron de ser parados porque su tiempo superfluo pasaba a ser irreversiblemente improductivo.

## **7.10. Conclusiones: la intensificación del tiempo abundante subjetivamente escaso**

El objetivo de este capítulo era reconstruir las condiciones sociales que explican por qué el tiempo del paro tiende a transformar la abundancia objetiva de minutos en una escasez subjetiva de tiempo. Lanzamos la hipótesis de que la intensidad de la escasez subjetiva de tiempo en el paro depende directamente de la intensidad con que el tiempo de vida está estructurado por el trabajo. Así, hemos analizado las diferentes condiciones que, durante el arreglo temporal, dan cuenta de la tendencia del tiempo de los parados a ser un tiempo objetivamente abundante y subjetivamente escaso. En la siguiente tabla sintetizamos someramente los fenómenos analizados:

**Esquema de síntesis capítulo 7. Transformaciones en la forma del desempleo superfluo**

Tercer eje (3/4) de la explicación de la paradoja del tiempo escaso
<p>* <i>AUMENTO E INTENSIFICACIÓN DE LOS HOGARES EXCLUIDOS</i> (aumento de la cantidad y calidad del tiempo superfluo)</p> <p>* <i>SUPERFLUIDAD PARA EL ESTADO</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Creciente desprotección de parados de larga duración a pesar de aumento absoluto y su proporción</li> </ul> <p>* <i>SUPERFLUIDAD PARA LAS EMPRESAS</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Nuevas formas de diluir el significado negativo del despido</li> <li>- Imposibilidad de transformar las diferencias negativizadas que se presentan como obstáculo al trabajo</li> <li>- Producción de la invisibilidad del parado a partir de prácticas de omisión, rechazo y humillación</li> <li>- Incorporación de la superfluidad para las empresas como superfluidad propia. Pérdida de la esperanza para evitar ser omitido, rechazado o humillado.</li> </ul> <p>* <i>SUPERFLUIDAD PARA FAMILIA Y AMIGOS</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Pérdida del rol de padre. Empeoramiento de las relaciones con pareja, hijos, familia extensa.</li> <li>- Pérdida de vínculos de amistad al depender de normas de consumo compartidas o de reglas de reciprocidad basadas en el dinero</li> </ul> <p>* <i>SUPERFLUIDAD SIN DINERO</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Empobrecimiento relativo que impide progresivamente el uso del tiempo libre, y después, la satisfacción de las necesidades básicas. Aumento de la presión temporal por la pobreza.</li> </ul> <p>* <i>SUPERFLUIDAD EN LA CASA</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Disminución de la movilidad geográfica y espacial</li> <li>- Pérdida de la textura temporal por el exceso de interiorización (cama, tiempo de TV, sofá)</li> </ul> <p>* <i>SUPERFLUIDAD PARA UNO MISMO</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Aumento de la percepción de superfluidad por efecto de contraste respecto al “contrato narcisista” del periodo anterior (efecto bipolar)</li> <li>- Mayor dificultad de hacer el duelo de la pérdida del ideal de autosuficiencia por intensidad del narcisismo anterior. Vergüenza y melancolía para evitar el reconocimiento de la vulnerabilidad propia. Negación de la capacidad de pedir ayuda y tendencias autodestructivas.</li> <li>- Proliferación de discursos culpabilizadores con alta eficacia simbólica (“derroche”, “bajo rendimiento”, “irracionalidad cultural”, “cortoplacismo”, “carácter poco emprendedor”, “impaciencia”, “vagancia”, “parasitismo”, “privilegios”) que retroalimentan la escasez subjetiva de tiempo.</li> <li>- Identificación con un “nosotros abstracto” que habría “vivido por encima de sus posibilidades”. Asunción implícita del sufrimiento propio como castigo merecido.</li> </ul> <p>* <i>SUPERFLUIDAD PARA EL FUTURO</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Pérdida de las posibilidades de proyectarse a largo o medio plazo, por la presión temporal y la “cuenta atrás” del alcance de los límites propios</li> <li>- Imposibilidad de adaptación a las nuevas normas temporales por determinaciones históricas</li> <li>- Cultura política fatalista, despolitización y negación de posibilidades de transformación social</li> </ul>

Las transformaciones analizadas en este capítulo se sitúan como el tercero de los cuatro ejes de la explicación de la paradoja del tiempo escaso. Podemos concluir que, tras los análisis llevados a cabo, el tiempo del desempleo improductivo negativo ha cumplido la función de mantener a millones de parados en una escasez subjetiva de tiempo, que reproduce la centralidad del trabajar por trabajar, en cuanto demuestra que la abundancia objetiva de minutos se ve obstaculizada para estructurarse como abundancia de tiempo real.

En el nivel del tiempo de vida de los parados, hemos visto en profundidad lo que significa la escasez subjetiva de tiempo en el desempleo. Bajo ciertas condiciones, muchas de las actividades que se disfrutaban en la época de trabajo –el “tiempo libre”– tienden a perder sentido, porque dejan de pivotar en torno al tiempo de trabajo. El carácter “pivote” del trabajo se muestra porque en ausencia de trabajo no se desestructura únicamente el intervalo de tiempo que antes ocupaba el tiempo de trabajo, sino que tiende a afectar al conjunto de las 24 horas diarias. De manera general, hemos puesto de manifiesto en qué sentido la existencia social está constituida por el trabajo, al ver cómo diferentes esferas de la vida se ven más o menos afectadas por el desempleo: la relación con el Estado, con las empresas, con la familia, con los amigos, con la casa, con el espacio doméstico, con la relación con uno mismo y con el futuro. Aunque en todos los sujetos en paro estas condiciones son afectadas en diferentes grados, cuantas más dependieran estas relaciones directamente o indirectamente del trabajo asalariado, mayor será la intensidad de la superfluidad en el desempleo.

En relación al conjunto de la división social del tiempo, la expansión de la abundancia objetiva de minutos de los parados que no se estructura como tiempo productivo ni reproductivo, demuestra la dependencia del tiempo improductivo respecto al tiempo de trabajo. Al no poderse estructurar con un sentido propio, la existencia de millones de horas superfluas es la muestra más extrema de la forma de expropiación del tiempo en el contexto actual. De ese modo, aunque el tiempo de los parados más vulnerabilizados empíricamente parece ajeno al trabajo, hemos visto que tal tiempo está igualmente definido por la *ausencia* del tiempo de trabajo en el tiempo de vida. Por ello, quienes más dependen del trabajo y el dinero para realizar su vida social son, así, quienes más tenderán a la superfluidad una vez pierdan el pivote de su tiempo social. Y respecto a la relación entre la superfluidad y el arreglo temporal, hemos visto cómo la solución española a la crisis –el arreglo temporal– no tiene por objetivo resolver los problemas de la población más vulnerable sino gobernar la creciente masa de población superflua cuyas condiciones sociales les impiden ajustarse a las nuevas



normas, prácticas y disposiciones requeridas para trabajar. A un ritmo anual de casi medio millón de parados de larga duración entre 2010 y 2013, la magnitud de producción de superfluidad ha sido constante y masiva durante los años del arreglo temporal.

En resumen, y siguiendo nuestra hipótesis, *no es que el trabajo sea la solución a los efectos destructivos del desempleo, sino que los efectos destructivos del desempleo están causados por la intensidad con que la relación de trabajo estructuraba la vida previamente al desempleo.*

# CAPÍTULO 8

El desempleo improductivo (II):  
el tiempo disponible

Yo, mi estado de ánimo es bueno. Llevo mucho tiempo parado, he pasado por el túnel este de la angustia. Me dedico... estoy en el 15M, desahucios y este tipo de cosas, estoy en un centro social. Por la mañana estoy en casa, me dedico a recoger un poco la casa, y lo demás lo empleo en eso exclusivamente, temas de desahucios y todo lo que sea salir a la calle, al final es gratuito y reconfortante, no voy a gimnasios, pero bueno... estar en la calle también lleva tiempo, y no mirar al futuro tampoco, porque realmente no lo veo; ahora puedo decirlo sin angustia, o sea, claramente no lo veo, y por lo tanto no existe. Con lo cual es como esa chica que no vas a conocer en tu vida, te da un poco igual. Algún día alguien llamará, algún colega, y saldrá algún trabajo. Bueno, y mientras no sale la situación, algo para echarte una mano si puede ser. [...] A mí no me gustaría, no me gustaría volver a trabajar. Sin embargo, en caso de que tenga que trabajar otra vez, pues elegiría trabajos de menos horario, de menos dinero no, porque ya era poco y seguro que menos no dan. Pero tampoco me agobia volver a trabajar. Haré lo que haga falta por no volver, y por no extorsionar tampoco la pensión de mis viejos, es un detalle importante. Pero que no me crea ningún sentimiento de culpa. [...]. Estoy con mis padres y, como me ven animado porque estoy alegre y estoy contento, les veo que no se agobian tampoco. Pues mi entorno está contento y funcionamos, y ahora trabajo en lo que quiero realmente. Que no es trabajar, pero vamos, sí, bueno, realmente trabajo no es, es vivir. Ahora hago lo que quiero hacer. No tengo inquietudes, nunca he tenido una inquietud así “voy a perseguir este sueño”; pensar en eso era quedarme dormido [risas]. Tampoco tengo problemas para dormir ni para levantarme. Es que soy muy feliz ahora, es que no lo sé [risas]. No sé si puedo decir gran cosa. (Parados LD2)

Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad [...]. No obstante, el trabajo es poco apreciado, como vía hacia la felicidad, por los seres humanos. Uno no se esfuerza hacia él como hacia las otras posibilidades de satisfacción. La gran mayoría de los seres humanos sólo trabajan forzados a ello, y de esta natural aversión de los hombres al trabajo derivan los más difíciles problemas sociales. (Freud, 1929: 80)

¿No es tiempo ya de interrogarse sobre el sentido de aquello que se produce, poniendo en el centro estas cuestiones esenciales: producir qué, para quién, por qué, cómo, a qué coste ecológico y social? (Los parados felices, 2001: 42)

No disfrutamos en el paro, ni disfrutamos trabajando.  
Evaristo

### 8.1. TRANSFORMARSE. El tiempo del paro con forma de tiempo disponible

Hasta aquí, hemos visto empíricamente la heterogeneidad de formas del tiempo del paro desde el punto de vista de la dominación del tiempo de trabajo. Hemos mostrado cómo las prácticas del paro estructuran la abundancia objetiva de minutos como trabajo de competir por el trabajo, como desempleo reproductivo o como un desempleo improductivo negativo; formas contradictorias que activa o pasivamente apuntan a la reconstitución del trabajo, y con él, a la escasez objetiva y subjetiva de tiempo. Para finalizar la investigación, tenemos que mostrar las prácticas y discursos que estructuran el tiempo superfluo asignado por el paro como una abundancia subjetiva de tiempo, como *potencial tiempo disponible*.

Como vimos al inicio, en general la investigación social del desempleo se ha centrado en argumentar que los parados desean trabajar, y que cuando no invierten tiempo en trabajar, ello no se debe a causas individuales sino sociales [0.3, Anexo]. En este capítulo precisaremos por qué esa afirmación no es falsa, pero sí parcial. Parcial porque tiende a mostrar solamente la cara dramática y deficitaria del paro, y a presentar el trabajo como única solución al desempleo. Al haber abordado en profundidad el proceso de desincronización de los parados respecto a la temporalidad social general, queremos mostrar ahora la otra cara del tiempo superfluo: aquella que no encaja en la dicotomía entre una supuesta positividad de la norma temporal del trabajo y la negatividad del desajuste temporal del desempleo. Las prácticas y discursos del tiempo disponible no pueden comprenderse desde esa dicotomía.

Del mismo modo, desde el punto de vista del economicismo temporal, todo tiempo improductivo es tiempo perdido. Por el contrario, el punto de vista del tiempo disponible cuestiona que la abundancia de tiempo implique necesariamente una pérdida del valor social del tiempo. Frente al rechazo del exceso de tiempo libre, frente a la sensación de perder el tiempo que se experimenta en cuanto el tiempo no tiene forma de trabajo, frente al malestar de que el tiempo no ha cundido lo suficiente, frente a la omnipresente presión temporal por trabajar y, en general, frente a todo el conjunto de expresiones de la moderna expropiación del tiempo, el uso del tiempo del paro como tiempo disponible cuestiona la idea de que el tiempo sea por causa de la naturaleza un recurso escaso ajeno a la vida social, que pasaría en el reloj sin que nada se pueda hacer.

Este último análisis no pretende ser un mero colofón optimista de la investigación, girando ahora a un tono narrativo más amable que contrarreste los dramas hasta aquí analizados. Indudablemente, también intentamos superar la tendencia pesimista común en muchos análisis

del tiempo y de la teoría crítica<sup>348</sup>, pero no a costa de forzar nuestro marco explicativo, sino como parte de la explicación misma. Aunque nuestro objeto de investigación se caracteriza en buena parte por el sufrimiento, la pobreza y la dominación, en la realidad del desempleo existen prácticas y discursos que, a pesar de todo, aparecen como positividad frente a la negatividad del tiempo de trabajo, invirtiendo así el sentido común de un trabajo que sería la solución a todos los problemas y un desempleo que sería la causa de todos los malestares: sentimiento de “liberación” por haber superado situaciones de maltrato cotidiano en el trabajo, parados que vuelven a ver a sus hijos, tiempo para pasear, “guisar”, hablar, ir a asambleas, involucrarse en proyectos colectivos, superación de la culpabilidad, alivio por aprender a pedir ayuda, y hasta redescubrir el sentido del tiempo de la vida, entre algunos ejemplos<sup>349</sup>. Las prácticas del tiempo disponible, como vamos a intentar fundamentar, no son meras excepciones ni “milagros” -tal como se refirió Bourdieu (1998: 129-32)- sino que pueden ser comprendidas como parte de toda una historia de rechazo del trabajo que se inauguró con la expropiación y mercantilización del tiempo [1.1, 1.2]. Desde este punto de vista, el tiempo disponible no debe entenderse como un deseo minoritario de personas ideologizadas, sino que existe implícita y explícitamente en discursos y prácticas cotidianas que pueden surgir en la vida de cualquier trabajador y cualquier parado o parada. De esta manera, el concepto de tiempo disponible intenta contribuir a una fundamentación de una solución al paro que no pase por el trabajo, y que no se piense simplemente como una ideología de la cual los sujetos deben tomar conciencia, sino que parta de las prácticas cotidianas del tiempo del paro.

Nuestro objetivo en este capítulo es mostrar qué discursos, prácticas típicas y bajo qué condiciones sociales, apuntan a la potencial posibilidad de la transformación del tiempo superfluo en tiempo disponible. Es importante insistir en el término *potencial*: el tiempo disponible, como veremos, sólo se realizaría como tal si el tiempo de trabajo dejara de ser el pivote de la organización social. En ese sentido, las prácticas que apuntan al tiempo disponible están siempre

---

<sup>348</sup> Una extensa crítica del pesimismo de la teoría crítica se encuentra en Postone (1993: 139-80). Véase también Ramos (2014: 165). La posibilidad del tiempo disponible no se fundamenta en un giro optimista por parte del analista, ni es reductible al alineamiento del narrador con un género narrativo más romántico o épico, tal como sostienen autores como Hayden White (1987). White entiende que existe una relación inseparable entre “contenido” y “forma” en las narraciones de los historiadores, esto es, entre la representación histórica y el género narrativo de los discursos sobre la historia. Si bien su teoría es interesante desde el punto de vista de la crítica del positivismo histórico, que aquí compartimos, no permite fundamentar una crítica del trabajo como relación social.

<sup>349</sup> “Tan sólo hace veinte años, los trabajadores podían cuestionar su trabajo y también el trabajo en sí mismo. Hoy en día tienen que aparentar satisfacción sólo por el hecho de no estar parados, y los parados tienen que aparentar infelicidad sólo por no tener trabajo.” (Los Parados Felices, 2001: 157).

atravesadas por una tensión en su forma temporal: están estructuradas por las normas temporales capitalistas, y al mismo tiempo, son una potencia de desestructuración temporal de tales normas.

Partiendo de esta contradicción, hemos estructurado nuestro análisis a partir de las tensiones entre los discursos y prácticas orientadas hacia la reconstitución de la escasez general de tiempo, y los que *potencialmente* apuntan a que el tiempo del paro se estructure como tiempo disponible: 1) profundizamos en el concepto de tiempo disponible y otros conceptos operativos para este capítulo; 2) estimamos en términos cuantitativos el sentido del tiempo disponible en el paro; 3) analizamos las tensiones en los discursos y prácticas de rechazo del trabajo; 4) la tensión entre los roles patriarcales y la transformación positiva de los tiempos de cuidados; 5) la tensión entre la escasez de dinero y las alternativas de prácticas sin dinero; 6) vemos la tensión entre el uso de las relaciones sociales como capital social o como apoyo social; y, 7) analizamos algunas prácticas en el paro explícitamente políticas que pueden ser también entendidas como formas de potencial tiempo disponible. Concluimos sintetizando los análisis del tiempo disponible en el paro como el cuarto de los cuatro ejes de explicación de la paradoja del tiempo escaso, lo que cerrará la investigación y nos permitirá pasar a las conclusiones generales.

### *El tiempo disponible y la apropiación del tiempo histórico*

Antes de Postone, diferentes autores han tratado el concepto de tiempo disponible –*disposable time*– que aparece en los *Grundrisse* de Marx<sup>350</sup>. La polémica en torno a este concepto se inscribe en ideas diametralmente opuestas de la teoría crítica del capitalismo; por señalar algunas diferencias fundamentales: por un lado, para los marxistas tradicionales, la liberación es el trabajo sin explotación, el trabajo productivo de valor sería el eje de la organización social postcapitalista, el capitalismo impide que los parados realicen su esencia al impedirles participar del trabajo como la actividad que les hace seres humanos y que es la fuente transhistórica de la riqueza; por otro lado, para la crítica del trabajo, la liberación es el tiempo disponible, el trabajo

<sup>350</sup> Véase Marx (1857, I: 349, 352; II: 229-232, 236). Aunque probablemente la fuente de la categoría sea más anecdótica que propiamente teórica, uno de los textos más citados por Marx respecto al *disposable time* es una publicación anónima de 1821 *The sources and the remedy of the National Difficultties*, que se atribuirá su autoría, años más tarde, a un tal Dilke. En ese escrito, sólo aparece en una ocasión la categoría “disposable time”, y este es el contexto: “Así que la riqueza es la libertad -libertad para buscar recreación; libertad para disfrutar la vida; libertad para perfeccionar el espíritu-: consiste en tiempo disponible, y nada más. Cuando una sociedad haya llegado a este punto, el que los individuos que la conforman, durante estas seis horas, tomen el sol, o duerman a la sombra, o no hagan nada, o jueguen o dediquen su trabajo a cosas con las que éste perece, cuya duración sea una consecuencia necesaria de si van a trabajar algo, *debería de ser* la elección individual de cada hombre”. Este escrito puede incluirse como uno más en la larga lista de reivindicaciones de la ociosidad que aparecen a partir de la industrialización, desde los clásicos *El derecho a la pereza* de Paul Lafargue (1883) o, mucho antes, *The idler* de Samuel Johnson (1758).

es el origen fundamental de la dominación, el trabajo productivo de valor es precisamente lo que desaparecería en una sociedad postcapitalista, cuya riqueza social se basaría en el tiempo disponible. Expliquemos con algo más de detalle lo que deriva de esta última lectura, que es la de Postone (1993: 480-2), y que aquí seguimos.

Según lo que hemos sostenido, la competencia capitalista constante coacciona de manera abstracta la dinámica temporal general, mediante un juego heterogéneo de aceleraciones y desaceleraciones que opera en todas las escalas de la vida social en torno a la compra-venta de tiempo por dinero. Si, a través de un proceso de organización social, el crecimiento de la productividad capitalista sirviera para ahorrar tiempo de trabajo global en vez de para ahorrar trabajadores, el tiempo de trabajo podría reducirse en paralelo al aumento de tiempo disponible. Pero como el capitalismo *transforma y reconstituye* incesantemente su necesidad de trabajo, su menor necesidad global de tiempo de trabajo no sirve para producir tiempo disponible, sino para polarizar periódica y conflictivamente el conjunto de los tiempos sociales y la distribución de la riqueza. Como hemos visto a partir del caso español, la producción de desempleo no es tanto un obstáculo sino sobre todo un elemento dinamizador central del conjunto de los tiempos sociales que los orienta a la reconstitución de la escasez de tiempo.

En los términos histórico-estructurales más generales, el proceso que permitiría detener la hasta ahora imparable dinámica de producción de desempleo, pobreza material y temporal, puede ser categorizado como un proceso de *apropiación del tiempo histórico* (Postone, 1993: 391-3). A diferencia del marxismo tradicional, que sostenía que para la superación del capitalismo bastaría con la abolición de la propiedad privada de las fuerzas productivas, la apropiación del tiempo histórico puede ser interpretada como una apropiación postcapitalista de la productividad capitalista, esto es, una apropiación de las posibilidades del desarrollo tecnológico y productivo orientado a la superación del trabajo-pivote. Este proceso de apropiación del tiempo podría comprenderse en tres momentos principales: en primer lugar, ahorraría tiempo de trabajo global en vez de trabajadores; en segundo lugar, abriría progresivamente un acceso a la riqueza que no dependiera de la venta de la fuerza de trabajo; y en último término, se dirigiría hacia un proceso de *desmercantilización del tiempo* que desacelerara y frenara el tiempo social general, de modo que se rompiera con la coacción temporal abstracta que ha hecho de la escasez de tiempo objetiva y subjetiva una constante histórica. Por decirlo con los conceptos marxianos, este proceso puede entenderse como una ruptura progresiva de las relaciones entre valor de uso, valor y valor de cambio y, simultáneamente, entre el trabajo concreto y trabajo abstracto. Al mismo tiempo, tal proceso posibilitaría una auténtica heterogeneidad temporal que dejaría de transformar las

diferencias en desigualdades, y posibilitaría así el establecimiento de criterios de igualdad que no violentaran aquellas diferencias que no conlleven desigualdad<sup>351</sup>.

### *Dos conceptos de desmercantilización*

Profundizando en este último punto, la idea de la *desmercantilización del tiempo* va más allá que lo que se deduce de algunas de las críticas más comunes a la mercantilización, muchas de las cuales beben de la idea de Polanyi según la cual la Economía de Mercado transforma el trabajo en una mercancía “ficticia”. En ese enfoque, desmercantilizar el trabajo significa aumentar la protección del trabajo respecto al Mercado, para frenar o revertir su carácter mercantilizado (Fraser, 2012; Burawoy, 2010). Cuántos más derechos laborales y sociales hubiera, más desmercantilizado estaría el trabajo. El neoliberalismo, al reducir el grado de protección del trabajo, es entonces entendido como un proceso de *remercantilización* del trabajo (Sola, 2013).

Siguiendo ese tipo de enfoque, Michael Burawoy ha llamado recientemente la atención sobre la contradicción entre la mercantilización y la desmercantilización del trabajo, a partir del concepto de *exmercantilización* [excommodification] -asimilable al de superfluidad- y que define como:

[...] la expulsión de entidades fuera del mercado, entidades que antes fueron mercancías, pero que han dejado de serlo. La exmercantilización se refiere a la expansiva producción de residuos -la idea de que hay un montón de cosas útiles que, en su perjuicio, son expulsadas del mercado. Enfrentados a la exmercantilización, la mercantilización puede ser una perspectiva muy atrayente. (Burawoy, 2015: 21)

En ese sentido, Burawoy recuerda la conocida afirmación de Joan Robinson, según la cual “sólo hay algo peor que ser explotado, que es no ser explotado”.

Desde la perspectiva del tiempo superfluo, el concepto de desmercantilización es distinto: significa, antes que nada, la *desmercantilización del tiempo*. Si, pongamos por caso, en 2017 las “recomendaciones” de la Troika obligaran a España a despedir a algunos de sus funcionarios, lo que supuestamente era trabajo desmercantilizado se transformaría en superfluo, lo cual mostraría que el tiempo que los funcionarios vendían al Estado no estaba *desmercantilizado* sino, si puede decirse así, mercantilizado bajo una regulación distinta respecto a otras modalidades de mercantilización. En general, en los capitalismos de Estado en los que el tiempo de trabajo no está regulado tanto por el Mercado como por el Estado, el tiempo está mercantilizado y, por consiguiente, también lo está el trabajo. En este sentido, desde nuestro punto de vista es un error

---

<sup>351</sup> Sobre la materialización de propuestas colectivas que tratan de superar las dicotomías entre universalismo y particularismo, igualdad y diferencia, véase Pérez Orozco (2014).



confundir los cambios en la regulación de las condiciones de la venta del tiempo de vida con la desmercantilización del trabajo.

En nuestro enfoque, la desmercantilización del trabajo implicaría, al menos, dos desmercantilizaciones paralelas: 1) la desmercantilización del dinero: que el dinero redujera progresivamente su capacidad de mediación social general del acceso a las mercancías, para que de ese modo la riqueza y lo económico dejaran progresivamente de contabilizarse, representarse y valorarse a partir de aquello que tiene más valor de cambio; y, 2) la desmercantilización del tiempo: que los tiempos sociales dejaran progresivamente de pivotar directa o indirectamente sobre el tiempo de trabajo porque dejarían progresivamente de estar regulados por una presión temporal competitiva.

El proceso de desmercantilización del tiempo permitiría aumentar progresivamente las esferas de la vida social que no dependieran del trabajo, hasta eliminar el tiempo de trabajo como “gasolina” del sistema socioeconómico general. A su vez, ello reestructuraría el conjunto de los tiempos sociales y supondría la superación de la jerarquización capitalista de los tiempos. En ese sentido, la realización del tiempo disponible transformaría paralelamente la esfera de los cuidados y la esfera del tiempo libre, ya que dejarían de ser esferas constituidas en torno al pivote del tiempo de trabajo<sup>352</sup>. Y en resumen, en tales circunstancias, el creciente acceso a los productos del trabajo podría ser posible sin la mediación del salario, y de esa manera, el concepto de *riqueza* dejaría progresivamente de estar asociado a aquello que se compra con el dinero que uno obtiene al vender su tiempo. Ello conllevaría, a su vez, que los sujetos sociales centrales dejarían de ser los trabajadores, aquellos que aún consiguen ajustar sus prácticas y disposiciones a la forma del trabajo.

Dicho esto, desde nuestro enfoque, la desmercantilización no debe reducirse a una *redistribución* del tiempo y la riqueza, por ejemplo, por la vía de hacer público-estatal el acceso a determinadas formas de riqueza mediante la gestión del salario indirecto. El supuesto implícito en las críticas polanyianas de la mercantilización suponen que el *dinero en cuanto capital*<sup>353</sup>, como mercancía ficticia, puede ser un objeto reapropiable por el Estado. Por el contrario, la

---

<sup>352</sup> “Sin la abolición del valor, no obstante, cualquier tiempo extra generado como resultado de la reducción de la jornada de trabajo es determinado por Marx negativamente en tanto que antítesis del tiempo de trabajo (alienado), como aquello que podríamos llamar «tiempo de ocio»: “*El tiempo de trabajo como medida de la riqueza* pone la riqueza misma como fundada sobre la pobreza, y al disponible time como existente *en y en virtud de la antítesis con el tiempo de plustrabajo*” [cita de Marx]” (Postone, 1993: 480).

<sup>353</sup> Marx (1872: 180-4) distingue entre el dinero en cuanto dinero y el dinero en cuanto capital. Que el dinero en cuanto capital deje de operar debería implicar que los posibles medios para representar el intercambio – monedas- dejaran progresivamente de ser una potencia de abstracción expansiva encadenada al movimiento tautológico del trabajo, el dinero y las mercancías.

desmercantilización del tiempo implica una crítica de la *producción* del tiempo y de la riqueza, en la cual la redistribución podría ser, en todo caso, *un medio*, más que un fin en sí mismo. De esta manera, la desmercantilización sólo sería posible bajo las condiciones de un tiempo disponible socialmente general, y no bajo las condiciones de un capitalismo estatalmente regulado, por ejemplo. Con estas ideas, puede entenderse por qué los críticos del *modo de distribución* no captan la posibilidad de una exmercantilización que no implique superfluidad sino *potencial* tiempo disponible. Como se ve, el razonamiento marxista-polanyiano, si se le puede llamar así, tampoco puede captar la positividad del deseo de no trabajar, porque el trabajo sigue tratándose como fuente esencial de la producción social, y el principal problema sería la distribución desigual del excedente explotado.

Al traducir el viejo dicho de Joan Robinson a nuestro marco, la crítica se ve más claramente: “sólo hay algo peor que vender el tiempo de vida, que es no vender el tiempo de vida”. Al decirlo así, el efecto semántico se hace evidente. Desde el marco polanyiano, no ser explotado implica necesariamente ser exmercantilizado, ser superfluo. Desde nuestro marco, no ser explotado puede implicar ser superfluo, pero también *podría* implicar tiempo disponible. Si la desaceleración individual asociada a no ser explotado convierte al trabajador en superfluo, en las condiciones de una desaceleración social general, no ser explotado implicaría producir tiempo disponible.

### *Las potenciales posibilidades del tiempo disponible*

En nuestra interpretación, la crítica del trabajo es siempre *potencial* mientras la división social del tiempo se caracterice por la paradoja del tiempo escaso y la polarización del tiempo y la riqueza. Esta crítica, entonces, no es utópica sino que se fundamenta a sí misma históricamente en la *contradicción*<sup>354</sup> del tiempo de trabajo, que es reconstituido como necesidad social a pesar de hacerse crecientemente superfluo para la producción de mercancías.

Probablemente estos conceptos generales suenen algo grandilocuentes, ya que señalan nada menos que un camino de transformación radical de la organización social. Pero en términos

---

<sup>354</sup> Complementando lo dicho anteriormente sobre el concepto de contradicción, es pertinente recuperar cómo, en su obra clásica, lo expresaba Marcuse (1964: 25): “La sociedad industrial moderna es la identidad total de estos opuestos; es la totalidad lo que está en cuestión. Al mismo tiempo, la posición de la teoría no puede ser la de la mera especulación. Debe ser una posición histórica en el sentido de que debe estar basada en las capacidades de la sociedad dada. Esta ambigua situación envuelve una ambigüedad todavía más fundamental. *El hombre unidimensional* oscilará continuamente entre dos hipótesis contradictorias: 1) que la sociedad industrial avanzada es capaz de contener la posibilidad de un cambio cualitativo para el futuro previsible; 2) que existen fuerzas y tendencias que pueden romper esta contención y hacer estallar la sociedad. Yo no creo que pueda darse una respuesta clara. Las dos tendencias están ahí, una al lado de la otra, e incluso la una en la otra.”

mucho más concretos, este proceso no debe pensarse solamente a partir de grandes acontecimientos históricos, ni solamente en un lejano largo plazo. En el caso del contexto de conmoción histórica abierto por la crisis global de 2007, y con el desempleo masivo en nuestro país, la posibilidad de la crítica del trabajo podría adquirir una *potencia históricamente determinada*<sup>355</sup> que avance en esta línea. Así, el caso español puede servir para analizar la potencia de las prácticas cotidianas del tiempo del desempleo en tanto que prácticas de *apropiación* del tiempo superfluo, que transforman la abundancia de minutos en tiempo disponible.

Para volver a aterrizar la reflexión teórica, es necesario recapitular mínimamente lo analizado hasta aquí dentro de un marco más amplio, para captar el sentido de las transformaciones que analizamos y la virtualidad de nuestro enfoque. La superfluidad creciente de diferentes capas de población durante las últimas décadas ha ido progresivamente justificando un tipo de rechazo del trabajo que ha tenido consecuencias heterogéneas, pero todas ellas han implicado en general usos del tiempo de vida forzosamente situados en la precariedad. En las dos o tres décadas previas a la crisis de 2008, las vías en que se ha ido estructurando la expulsión del trabajo son bien conocidas: trabajadores que tenían muchos empleos mal pagados y fragmentados; mujeres de clases populares que aspiraban a trabajar y se refugiaban en un neofamiliarismo; jóvenes que veían alargar su transición a la vida adulta; en el caso de las zonas más rurales, de la agricultura, de las periferias urbanas o en el de migrantes socializados en países sin norma de empleo estructurada, se asentaban redes económicas no fiscalizadas por el Estado. Paralelamente, dentro de la estructura laboral se han desarrollado nuevas estrategias de trabajo autónomo y estrategias individuales de emprendimiento, redes de economía social basadas en el cooperativismo, y otros cambios en la estructura del acceso al trabajo, el dinero y la riqueza (Alonso, 2000). Todos estos procesos aumentaban la complejidad de la estructura de las relaciones salariales en la medida que la norma de empleo estable estaba cada vez más cuestionada por los procesos de neoliberalización (Prieto, 1999). Por ejemplo, durante las dos décadas previas a la crisis de 2007, probablemente no podía hablarse de un *rechazo del trabajo* significativamente asentado, tal como se analizaba en aquel momento en relación al estudiado caso de la juventud:

---

<sup>355</sup> Este proceso potencial no puede ocurrir simplemente de repente, de manera azarosa o indeterminada, ni de un modo voluntarista, sino a partir de las condiciones sociohistóricas que lo permitieran: es lo que Postone (1993: 458-68) llama el *potencial determinado*. Un potencial que siempre está inscrito en lo que hay, pero cuya realización general como fuerza histórica se abre sólo en determinadas condiciones históricas, si éstas previamente han sido facilitadas, por así decir. Frente a las ideas *indeterminadas* de la potencia, sociológicamente, las rupturas no ocurren de un día para otro ni se dan en una dirección determinada casualmente, como en una especie de acción heroica, tal como Bourdieu (1980: 69) criticaba a Sartre y su idea de libertad que aparece en “una suerte de confrontación, sin antecedentes, entre el sujeto y el mundo”.

[...] no estaríamos tanto ante la pura negación del trabajo-eje, sino más bien ante el reconocimiento de que, dada la conformación del trabajo realmente existente (su precariedad, su carácter discontinuo, los malos salarios, la descualificación, etc.), es mejor asumirlo tal cual es en la actualidad y desatenderlo e interesarse por otras cosas. (Ramos, 2009: 122)

Los jóvenes precarios representaban, como colectivo social y políticamente desmovilizado, este “asumirlo tal cual es” que era la tónica social general. Bajo las dificultades de organizar un proceso histórico de freno, inversión o ruptura de una precarización del trabajo aparentemente imparable, no había una “negación del trabajo-eje” como tal, sino un acople progresivo de los colectivos precarizados y expulsados del trabajo -precarios, obreros, mujeres, migrantes, jóvenes, etc.- a las nuevas condiciones. No cuajaban, ni podían cuajar, alternativas históricas al trabajo en cuanto tal, pues a pesar de las mutaciones del trabajo, éste se seguía manteniendo como pivote de la organización social y horizonte prioritario del desarrollo de las estrategias económicas.

Tras todo el análisis del desempleo masivo de 2007-13 que hemos realizado, hemos representado una parte significativa del golpe asestado a las formas de reproducción social de importantes capas de la población española, de muy alta intensidad para un periodo tan estrecho de tiempo. Estas transformaciones han supuesto una fuerte aceleración de la precarización y han profundizado la crisis del empleo como medio para la integración social. Buena parte de los procesos analizados apuntan a que estamos entrando en un nuevo contexto en que las estrategias de supervivencia que no responden a la norma de empleo toman un peso cada vez mayor, mientras que siguen dependiendo directa o indirectamente del trabajo y el dinero para el acceso a las mercancías. Aunque sin duda estamos lejos de un cuestionamiento socialmente generalizado de la relación de trabajo, la intensidad de la crisis ha generado condiciones nuevas para una crítica del capitalismo que pone de manifiesto la contradicción entre el trabajo y la reproducción social, o como dicen las feministas críticas, el ataque del capital a la vida (Carrasco, 2001; Pérez Orozco, 2014). El sentido actual del *rechazo del trabajo* se inscribe en este momento histórico de contradicción, donde muchas corrientes críticas parecen estar girando hacia una crítica más profunda de la organización social, ya que las propuestas anteriores basadas en la recuperación del “buen trabajo” como eje de integración social parecen perder credibilidad como alternativas realmente plausibles [1.1]. Aunque sin duda deba defenderse lo que queda del “buen trabajo”, la vuelta al ideal del pleno empleo ya no resulta convincente para enfrentar la realidad actual.

Nuestra intención es mostrar en este punto y los siguientes cómo el concepto de tiempo disponible podría servir para captar el sentido de aquellas transformaciones contemporáneas que podrían apuntar a un mayor asentamiento social de la crítica del trabajo. ¿Qué ha cambiado en las condiciones que permitirían materializar una sociedad que no se ordenara en torno al pivote

del trabajo? Se trata entonces no de hacer una mera descripción, sino de apuntar las líneas de fuerza *potencial*, los discursos asociados y las prácticas típicas que posibilitarían desarrollar un nuevo pivote de la división social del tiempo: el tiempo disponible.

### *Investigar las prácticas de reapropiación del tiempo expropiado*

Después de todo lo visto, creemos que en las condiciones actuales, urge imaginar alternativas al desempleo: la otra alternativa es seguir confiando las soluciones al desempleo a las utópicas soluciones capitalistas basadas en la inexistencia de *límites*<sup>356</sup>, y en la indefinida afirmación de que las únicas salidas posibles pasan por trabajar más, producir más, consumir más, competir más, buscar más trabajo, formarse más, emprender más, esperar más, y en general, ensanchar indefinidamente la capacidad de sacrificar el tiempo de vida un poco más.

Desde nuestra perspectiva, las alternativas deben buscarse en los discursos y las prácticas de lo que *ya* hay en la vida cotidiana de *cualquier* parado o parada, en las capacidades inscritas en la acción de *cualquiera* (Rancière, 2007), y no necesariamente en sujetos políticos predeterminados por la estructura de la producción, tal como tradicionalmente ha concebido el marxismo. Desde la crítica del trabajo, el desempleo puede ser entonces abordado no en su dimensión de déficit, sino como una oportunidad biográfica y socialmente positiva para experimentar una vida en la que el trabajo no sea el centro de la vida<sup>357</sup>. De esta manera, si la apropiación del tiempo histórico debe tener como punto de partida un proceso progresivo de reducción del tiempo de trabajo, el tiempo del desempleo puede ser visto como un espacio privilegiado para la apropiación del tiempo abundante. Sin sobrevalorar las posibilidades existentes, y sin olvidar todos los obstáculos que ya hemos analizado, el tiempo de desempleo puede servir para valorar otras normas, prácticas y disposiciones temporales que abren nuevos *imaginarios más allá del trabajo* (Weeks, 2011).

Si antes hemos visto cómo el paro no es una cuestión meramente económica sino que afectaba negativamente a todas las esferas de la vida –el ritmo cotidiano, el espacio, el acceso a la riqueza, las relaciones familiares, el reconocimiento, la subjetividad, etc.–, ahora vemos la otra cara que surge de la contradicción: cómo en el paro se transforman positivamente esas mismas

<sup>356</sup> Directa o indirectamente, hemos señalado ya toda una serie de límites: los límites de la vulnerabilidad humana, los límites ecológicos del planeta, los límites de la omnipotencia del trabajador autosuficiente, o los límites internos del capitalismo asociados a sus contradicciones.

<sup>357</sup> En ese sentido, no sólo los parados sino todos los sujetos cuya vida cotidiana no pivota en torno al trabajo pueden ser también vistos como sujetos portadores de prácticas que pueden apuntar al no-trabajo: los jubilados, las amas de casa, los jóvenes, así como todos los excluidos de la *empleo-normatividad*.

esferas de manera que pudieran servir para alimentar un deseo, unos discursos y unas prácticas capaces de reapropiarse del tiempo expropiado.

## 8.2. ¿Qué haríamos con cinco mil millones y medio de horas de tiempo disponible?

Siguiendo algunas estimaciones, vimos que entre 2007 y 2013 la reducción global de tiempo de trabajo en España había sido de unas cinco mil millones y medio de horas, mientras aumentaba en once horas anuales el tiempo medio de trabajo dedicado por cada ocupado. Es decir, el volumen global de tiempo de trabajo disminuyó un 16% en seis años, hasta igualarse con el dato del año 2000.

A partir de un razonamiento abstracto, y omitiendo la complejidad de las mediaciones reales, si el trabajo no se hubiera reconstituido como necesidad sistémica, el tiempo de trabajo por ocupado se podría haber reducido un 16%, en vez de haberse producido más de cuatro millones de desempleados. Por tanto, el potencial tiempo disponible *podría haber sido de cinco mil millones y medio de horas*, en el *hipotético* caso de que se hubieran dado las condiciones necesarias para que el aumento de la productividad hubiera reducido globalmente el tiempo de trabajo sin reducir la riqueza accesible a la población.

Entonces, la cifra de las 5.500 millones de horas expresa el tiempo de trabajo que se ha ahorrado con el arreglo temporal, y que en vez de orientarse a disminuir el tiempo de trabajo por ocupado, se ha asignado a los parados. Y como ya señalamos [cap.7], buena parte de las millones de horas ahorradas sirven para presionar a que cada vez haya más tiempo no remunerado con forma de trabajo y que realmente opera como requisito de acceso al trabajo remunerado.

Sin embargo, podríamos argumentar que una parte de esas millones de horas, que es imposible cuantificar con alguna precisión, se han estructurado como *potencial* tiempo disponible, por ejemplo, como lo que Gorz (1988: 164-69) llama “actividades autónomas” -más bien, *relativamente* autónomas. Esas horas con forma de tiempo disponible han revertido en la reducción de la escasez subjetiva y objetiva de tiempo, y han estructurado nuevas formas de abundancia subjetiva de tiempo.

Traducido al horario semanal, el ahorro de tiempo efectuado entre 2007 y 2013 podría haber reducido la semana de 40 horas de trabajo a 34 horas. ¿Qué haría una persona cualquiera con seis horas semanales más? ¿Y qué haría si esas seis horas, además, conllevaran una relativa

desintensificación de las otras 34 horas? Si la reducción del tiempo de trabajo se inscribiera en un proceso progresivo de dejar de ser el pivote del tiempo social, una persona cualquiera llenaría esas seis horas semanales con actividades cuya forma y contenido podría asemejarse a las prácticas que vamos a ver en el resto del capítulo. De este modo, el análisis de las esferas que en el tiempo del desempleo han conseguido mantener una *relativa* autonomía del tiempo de trabajo, señala las posibilidades potenciales de producción de riqueza temporal.

### 8.3. Entre el rechazo al mal trabajo y el rechazo del trabajo

Las posibilidades de un deseo de tiempo disponible surgen de un deseo de no trabajar, del *rechazo del trabajo*. En nuestro enfoque, el rechazo del trabajo no puede ser psicologizado como “vagancia” ni ahistorizado como un rasgo del carácter nacional español, sino que se trata de una dimensión de la contradicción del trabajo que debe explicarse históricamente [1.1]. La forma específica en que se dé el rechazo de trabajar depende de diferentes factores: el modelo productivo de un país, la clase social, el tipo de trabajo, el género, la particular relación entre el deseo del sujeto y el deseo de trabajar, u otros motivos. Aunque no entraremos en todas las condiciones sociales implicadas, iremos señalando algunas de las más importantes.

Nuestro análisis no será tan fácil como atribuir el rechazo del trabajo a la consecuencia lógica de los malos trabajos, como sostendrían principalmente los defensores de una sociedad basada en el “buen trabajo”: lo que a menudo son considerados “buenos trabajos” están cada vez más atravesados por situaciones de malestar, no relacionadas con la escasez de dinero sino con la escasez de tiempo, la presión constante, el narcisismo competitivo o la pérdida de contacto con la familia o los amigos, por ejemplo<sup>358</sup>. En ese sentido, partimos de la contradicción que existe entre un rechazo del mal trabajo y el rechazo radical del trabajo, que puede aparecer tanto implícita como explícitamente en los discursos y prácticas. De esa manera, problematizamos no sólo la idea de que el trabajo sea la solución al desempleo, sino también que el “buen trabajo” sea un deseo unívoco incuestionable.

Para ello, en este apartado hacemos un recorrido sobre los puntos clave de esta contradicción, qué prácticas y discursos incluye, y bajo qué condiciones sociales se producen: 1) mostramos las situaciones de sufrimiento en el trabajo que hacen del desempleo una posible

---

<sup>358</sup> Por ejemplo, las investigaciones de la sociología clínica han tratado especialmente del malestar en el trabajo en sectores cualificados caracterizados por la ideología del management (Dujarier, 2010).

“oportunidad” para el tiempo disponible; 2) vemos narraciones de parados que comparan el trabajo con el maltrato; 3) analizamos el ideal del trabajo decente y las tensiones que aparecen en un rechazo parcial al trabajo; 4) reflexionamos sobre el dicho del “trabajar para vivir” que es comúnmente expresado; 5) indagamos el sentido del tiempo libre que se puede disfrutar, para ver sus tensiones con el concepto del tiempo disponible; 6) vemos las formas en que se expresa el deseo de trabajar menos a través del reparto del trabajo; y por último; 7) indagamos las formas que profundizan más en un rechazo radical del trabajo.

### *La crisis como oportunidad*

Como vimos [5.4], los relatos de la subjetivación neoliberal intentan presentar el despido como *oportunidad* de reorientar la frustración del desempleo hacia el deseo de volver a formarse, buscar otro sector laboral, o para en general hacer múltiples cambios superficiales que no cuestionen el papel del trabajo como pivote. Esos discursos tratan de codificar la expulsión del trabajo para legitimar así una ideología de la flexibilidad que revierta en el aumento de las estrategias individualistas de los parados. Sin embargo, muchos parados se refieren a su desempleo en particular, y a la crisis en general, como una *oportunidad* en un sentido muy diferente.

Y la crisis, por supuesto, que me ha afectado pero, para mí, a pesar de que esté en situación precaria, *yo prefiero la situación de ahora* a la situación que tenía hace tres años. (Precarias)

Entonces es un periodo sobre todo para mí está siendo de aprendizaje y de *oportunidad*, claro, también de malestar. (Paradas)

Entonces, pero bueno conseguí mi trabajo y estaba en mi trabajo ahí y era un esclavo de mi trabajo, lo confieso, *yo era un esclavo de mi trabajo*. (Parados CD)

[...] estas situaciones extremas que estamos viviendo, están brindando la posibilidad a que el ciudadano, el individuo, vuelva a retomar algo que se abandonó hace muchos años, que era la simpatía. Entonces creo que sí, que vamos a tener que cambiar, y *esto nos va a hacer cambiar*, el ir viviendo esta situación (Parados LD)

Me costaba un montonazo levantarme para ir a trabajar. Y estaba allí como si fuera un zombi. Y la gente me preguntaba, pero yo tampoco... se pensaban que estaba aburrido. Y realmente también estaba aburrido del trabajo ese. Diecisiete años en un sitio, y que ves que no hay futuro. (Andrés)

Yo no he trabajado en nada... y ahora realmente me he parado en seco: ¿quién eres y qué es lo que quieres? Quiere decir que a lo mejor otros ni se lo plantean, viven por vivir, no sé, *porque no has tenido tiempo*. Otra cosa es que en el futuro uno se pueda dedicar a eso. Pero por lo que estoy rastreando y viendo, ha habido una parada en seco, un frenazo, un quiero esto. Sea utopía o no. Yo creo que tenemos que luchar para eso, porque si no, apaga y vámonos. (Parados LD2)

Solucionaba cosas del trabajo por la noche; me despertaba. He tardado como dos o tres años, y levantarme a las ocho me parece una bendición llegar hasta las ocho. La verdad es que me da hasta un



poco de *vergüenza* decirlo, *pero la crisis me ha salvado*. Y, de hecho, me ha dado la *oportunidad* de plantearme cosas nuevas,irme de un sector que no me gusta nada, de pagar hasta seis meses, de perseguir gente porque me debe dinero. Irme al campo, que es lo que estoy pensando, antes no lo hubiese hecho. Antes tenía trabajo, realmente *era incapaz de decir: “Lo dejo todo y me voy”*. Era incapaz, yo lo siento ahora como una *oportunidad*. Hay gente que lo está pasando muy mal, pero *bendita crisis*, no se puede decir. Pero realmente yo lo siento así. Mis dos años últimos de trabajo fueron dormir con una libreta, a las cuatro de la mañana, trabajando 14, 14 horas. Mi decisión fue *decisión propia, autónoma*, contando con eso, que tenía ingresos. Pero *me he librado*. (Parados LD2)

Pues yo llevo... en abril serán dos años en paro. Para mí fue como *una bendición*. Acababa de tener una niña, entonces fue... como genial. No estaba contento en el trabajo. Era una situación de rutina diaria me tenía cansado, desmotivado, y yo veía romper con eso como *una oportunidad*. (Parados LD2)

Y déjame que diga una cosa, porque es que, escuchándote, estoy llegando a la conclusión de que la crisis quizás lo que está haciendo, es que, realmente, hayamos descubierto lo que nos gusta y que podemos dedicarnos al trabajo que no habíamos podido desarrollar. O sea, creo que ha sido como una parada en seco, una mirada interior. Reflexionar sobre lo que queremos, a lo mejor en mi caso. (Parados LD2)

Vemos diferentes enunciaciones de parados que no se corresponden con la difundida idea de que antes de 2007 se vivía en el bienestar, y con la crisis aparecería el malestar. Aquí, el malestar no es tanto con el desempleo como con el trabajo. La radicalidad inscrita en frases como “la crisis me ha salvado”, “me he librado”, “una bendición” contraría la representación generalizada del desempleo. Al igual que en el desempleo no todo es negativo, tampoco el empleo es sinónimo de estar bien. Entonces, la contradicción del trabajo abre una posibilidad de transformación que no se habría dado si no hubiera irrumpido el desempleo. Al contrario que en el relato neoliberal, que presenta como novedad lo que no es sino una nueva repetición del pasado –“trabajar más es la única salida al desempleo”- el sentido de la crisis como *oportunidad*, supone la posibilidad de *transformarse*, tanto en sentido individual como colectivo. La rutina y la inercia previas marcadas por la escasez de tiempo imposibilitaban que se abriera la oportunidad que ahora existe. Que una ventana de oportunidad se abra, lo que Lefebvre llama un *momento*<sup>359</sup>, no significa que la posibilidad vaya a realizarse, pero al menos permite intentarlo.

### *El desempleo como liberación del maltrato*

Si se presta atención a alguna de las citas del apartado anterior, diferentes frases que hablan de la relación de trabajo la presentan como una relación de maltrato, tal como vimos con la

<sup>359</sup> Lefebvre (1961: 533) define un *momento* como un “intento de conseguir la realización total de una posibilidad”. La idea de que la potencia no está en el futuro sino ya en la vida cotidiana, puede también relacionarse con la idea de las prácticas de potencial tiempo disponible.

crisis [2.2]. Expresiones como “era incapaz de decir, lo dejo todo y me voy”, recuerdan a las frases comunes de personas maltratadas que se sienten atrapadas en una relación. Véanse las siguientes:

Cuando estaba en mi trabajo, y hasta que no estuve fuera, *no me había dado cuenta* de que no me gustaba lo que estaba haciendo, y sin embargo, *creía que me gustaba*. (Parados LD2)

Yo me acostumbré a esta vida, entonces al llegar el paro, pues no me ha resultado demasiado traumático. Fue también *una liberación*. Yo trabajaba en una empresa de Recursos Humanos y me puteaban muchísimo, trabajaba muchas horas, por un sueldo asqueroso y me vino muy bien. *Mi depresión empezó con el trabajo*. Para mí, como dices tú, fue una *liberación*. No fue el hecho de quedarme sin trabajo, fue en ese momento *que yo exploté*. (Parados LD2)

No me lamento de la situación, es más me alegro de que tomara la decisión, porque es *una decisión que yo jamás hubiera tomado por mí misma* y me han obligado a tomarla y esto me ha abierto una puerta que yo por mí misma nunca la hubiera abierto. No les doy las gracias, ¿eh? porque, a ver ha sido un fastidio, pero sí que es cierto que en mi mapa mental no cabía esa posibilidad, ni siquiera me había planteado una excedencia en cambio me la han obligado a tomar y me ha abierto otro abanico, *igual es un suicidio profesional*, tal vez lo sea. (Paradas)

[...] *yo digo: ¿merece la pena entregarse tanto con un trabajo?* Yo ahora me planteo cosas que no sé, digo, ahora te sale una oferta de trabajo y empieza. // Y que no te paguen.//...y te da miedo *entregarte* para que se aprovechen y te den la patada en la espalda (Parados CD)

Lo dejé porque estaba muy estresada. Tenía ataques de ansiedad, no descansaba, no le dedicaba atención a mi hija y por otro lado prácticamente me la estaban criando mis padres. (Manuela)

Te crean una situación que, la verdad, *no sabes cómo escapar*. (Daniel)

[...] yo también soy periodista y ejercí durante 22 años, o sea que toda mi vida laboral ha sido la prensa. Y bueno la verdad *me he liberado* del estrés, porque la prensa es un trabajo horrible, miles de horas, muy mal pagadas. Por lo menos ahora de estrés estoy más liberado, y *llevo una vida más normal, de persona normal* (Parados CD)

Claro, el problema es eso que llegas a lo mejor a casa y depende del trabajo, a lo mejor llegas, yo a veces llegaba a las ocho y estaba matada, entonces me hacía la cena y luego a lo mejor pues veías la tele y te quedabas dormida y nada, *ni disfrutabas de la tele y ni podías leer, ni nada*. (Precarias)

No se hacían cargo ni de las tiendas, ni de los proveedores. Yo cuando llegué allí, no tenía teléfono de proveedores, me dejaron allí plantada, ni me dijeron que tenía que hacer con la recaudación diaria, que me tenía que llevarlo a casa. Le dije que no me hacía cargo de la recaudación, que no, que me podían atracar en la esquina. “Que no te atraquen, por la cuenta que te trae.”, eso es lo que me dijeron. Había otro chico en la tienda. A él le despidieron cuando llegué yo, pero no le habían dicho nada, ni a mí tampoco. A este chico le echaron a la calle diciéndole que si robaba, que si no sé qué... Mentira, era un chico majísimo. No sé qué contarte de esa gente porque, si te digo que son mafiosos, es poco. (Marisa)

En estas citas, como en las anteriores, el trabajo no es el lugar de la autorrealización ni tampoco la solución a los problemas vitales, sino más bien, la causa de los problemas cotidianos. Para estas paradas, el trabajo era un lugar de amenaza -“por la cuenta que te trae”- de “ataques de ansiedad”, se eliminaba el apetito, “ni disfrutabas de la tele y ni podías

leer”, no se veían a los hijos, no se disfrutaba de la pareja, el malestar diario se normalizaba. El desempleo posibilita así un distanciamiento del sufrimiento cotidiano que, repentinamente, permite al sujeto volver a vincularse a la vida que no vivía. El trabajo era lo contrario de la vida de “persona normal”. Otro parado señala cómo se “entregaba” en el trabajo, y se pregunta: ¿merece la pena entregarse tanto? Desde nuestro punto de vista, se trata de una expresión enormemente fuerte, porque tal cuestionamiento implica cuestionar la fuente de sentido fundamental de la propia existencia hasta el momento del desempleo. No se trata de un simple cambio de actitud, sino de una ruptura radical que apunta al sinsentido del trabajar por trabajar. Los fines que se habían perseguido durante años y años, ahora se ven como relativos, sin sentido, como si el desempleo hubiera llevado a darse cuenta que uno ha vivido sin vivir. Estas experiencias de fracaso vital pueden contribuir a encender el motor del cambio subjetivo y social si se comparten colectivamente y si se enfrentan mediante la autocrítica, y no desde la culpabilización y la melancolía.

El cuestionamiento del trabajar por trabajar, aunque es vivido positivamente, se sitúa dentro de la contradicción de que simultáneamente puede conllevar un “suicidio profesional”, porque el tiempo disfrutado es tiempo que se deja de invertir en adaptarse a la forma del trabajo. Por ello, como se ve, el tiempo disponible es sólo *potencial* mientras que el tiempo de trabajo siga siendo el pivote de la organización social, y abrir la posibilidad de potencial tiempo disponible supone una apuesta arriesgada si en el futuro la apuesta se pierde por ser minoritariamente asumida.

Estas citas insisten una vez más en la falsedad de la afirmación de que la solución al malestar social es el empleo, pues asume que el desempleo es necesariamente malestar, y que el trabajo es necesariamente bienestar. El malestar en el trabajo es el efecto de la escasez general de tiempo y de la presión creciente, que no existe como tal en el desempleo, y de esa manera, el desempleo puede significar ventajas respecto al empleo. Pero como toda relación de dominación, el trabajo a menudo es difícil de abandonar: “una decisión que jamás hubiera tomado por mí misma”, “no sabes cómo escapar”. Matilde, que trabajaba de cajera, cuenta su caso y el de una de sus compañeras de trabajo con enorme detalle:

**Cuadro 30. Matilde y el síndrome de Estocolmo del trabajo**

Entonces le estaban haciendo la vida imposible para que ella se marchara. Pero, no te puedes imaginar el nivel, ¡no te lo puedes imaginar! No darle la documentación, echarle la bronca porque no tenía esa documentación, mandar a personas, faltar en la caja fuerte ochocientos euros y sin ella haberlo tocado. Yo me acuerdo que estaba de baja, y ella estaba de vacaciones, querían hacerle firmar el cierre del mes, y ella negarse. Bueno, pero unas cosas de que ella me decía: “Me voy al abogado”. El abogado le decía: “Denúncialo, te están haciendo bullying”. Pero un bullying que ella se ponía mala, de vez en cuando le daban unas descomposiciones, la tenían que ingresar porque estaba totalmente deshidratada. De hecho, a ella la echaron quince días antes que a mí. Y me acuerdo que me llamó: “*Me han echado*”. Bueno, ¿qué tal estás? “*A gusto*”. Porque es que *eso no era vida*. [...] Y luego después, ya cuando la echaron, hacía poco le habían hecho una analítica, no tenía... de glóbulos rojos estaba fatal, estaba muy mal, muy mal, muy mal. De hecho, el médico le decía: “No sé cómo estás de pie”. Hombre, ahora ya está mejor, está recuperada. Yo también me tiré, no sé cuánto tiempo de baja por una depresión. [...] y con medicación hasta aquí, hasta arriba, yo no sé cómo podía trabajar. Cuando me dieron la medicación, me acuerdo que le decía a la doctora “¿Me da el alta?”. Y me decía: “Será borracha cuando te de el alta”. Hasta que un día me dijo por la calle que iba haciendo esos. Hasta que me acostumbré. [...] Y estuve de baja cuando tuve lo del punto, cinco días o algo así, yo volví a trabajar. Volví tan normal, sin miedos, ni historias, ni líos. Me acuerdo que mi encargada me decía: “¿Estás bien?” - Sí. Estuve trabajando y voy y me caigo en mi casa. Un día por la mañana, me iba a duchar antes de ir a trabajar, como la bailarina que se queda con una pierna doblada, así. Pues tuve una rotura fibrilar que tuve que estar un mes de baja. Porque además no podía, y gracias que no me rompí la cadera. Entonces, ese mes de parón, además fue el mes de diciembre, fue mortal. Porque cuando estás metido en cualquier tipo de *maltrato*, psicológico, físico, lo que sea, tú llegas a tener como un *síndrome de Estocolmo*. O sea, tú quieres a... *te acostumbras, lo justificas en un momento dado, justificas que te estén tratando así de mal en el trabajo*. Son cosas que se salen de la ética, de la moral, de todo. *Pero tú lo justificas: “tengo un puesto de trabajo”*. Pero cuando tú sales de eso, lo ves de otra manera. Es que no me quedaban más narices, no podía hacer otra cosa. Todo estaba morado. Tenía una rotura fibrilar, y me lo dijo la doctora: “Se te tiene que curar, no te puedo mandar a trabajar, y más con el trabajo que tienes, acarrear peso para arriba, para abajo”. [...] Y porque ya te tocan la moral. “Es que te estás dejando robar”. Esa frase... “Os estáis dejando robar. La pérdida al final la vais a pagar vosotras” esto es lo que decía. Esto vosotros... la pérdida es vuestra, estáis robando. A mí nunca me ha pasado, pero sé de compañeras que han ido a supervisores por la noche, a registrarlas de arriba abajo, bolsos incluidos. [...] La última vez que lo pisé, fue el 14 de marzo. Lo siento mucho pero ya no entro a comprar en el Día. Simplemente oír el escáner, el Piiii y me da una taquicardia. [...] Vamos a ver, la actividad que realizaba en el Día *no era de persona*, ni la que estaba haciendo en la caja, ni la de *mis compañeras*. La gente decía: “Es que están amargadas”. ¡Nos ha jorobado! No estás amargado, realmente la gente se confunde; estás agotado, que no es lo mismo. Cuando tú estás agotado, física y psicológicamente, no te quedan ganas para sonreír a nadie, ni para desearle buenos días, ni para solucionarle ningún problema. ¿Cómo vas a dar atención al cliente, si no puedes contigo misma? Porque estás a tope, al límite, ¡y encima quieres que te sonría! Es que no puedo, es que me duele aquí, me duele todo el cuerpo. Eso era la tónica que teníamos *todas*. A lo mejor en un momento dado decías: “¡Ten cuidado porque te vas a hacer daño con esto!”. Y yo muchas veces cuando estaba currando, cuando estaba muy mal lo he pensado, pero lo he oído a muchas compañeras igual: “Ojalá me pudiera pasar a mí para descansar”, es triste eh, “ojalá tuviese un accidente para descansar”. Yo he llegado a compararlo, *ya fuera, a un campo de concentración*. ¡Hasta qué punto estás deseando tener un accidente para que te den una baja y descansar! (Matilde)

El maltrato en el trabajo, como se ve, no es un caso individual, sino que se narra desde un “nosotras”. Matilde metaforiza el lugar de trabajo como “un campo de concentración”, y la relación con el trabajo como un “síndrome de Estocolmo”, metáforas asociadas a estados de extrema dominación. Se “justifica” o se niega la situación de maltrato, y es sólo a posteriori que se puede percibir la dominación –“cuando tú sales de eso”, “ya fuera”-, cuando se deja de estar inmerso en una relación que distorsiona la percepción de la realidad. Matilde dice que el trabajo “no era vida”, no era “una actividad de persona”, en vez de presentarse como la actividad que te hace ser humano. Literalmente, como en un maltrato, hay frases que se quedan grabadas en la mente, se desarrolla una hipersensibilidad con el contexto –el sonido del escáner-, se vulnerabiliza al sujeto mental y físicamente hasta el punto de peligrar gravemente su salud.

Pero este tipo de relaciones de dominación y maltrato en el trabajo no son exclusivas en modo alguno de trabajos descualificados o desprotegidos. Muchos de los “buenos trabajos” –por ejemplo, el relato de Jorge, ingeniero informático con sueldo alto- también contiene múltiples analogías con la relación “tóxica” de un maltrato:

Me iba a casa a dormir, llegaba sin ganas de cenar siquiera. Tenías que tener concentración total durante todo el día. Ibas a comer, tenías una hora para comer, y muchos días comía sentado en el mismo sitio, con un sándwich; te lo traían, o lo sacabas de la máquina. Y llega un momento en que dices: esto no es vida. Entonces te tienes que plantear cambiar, aquí sálvese quien pueda. Entonces *o es mi salud o el trabajo*. [...] En ese momento, ya era un momento de muchísimo estrés, y estaba pensando en el lunes. La verdad es que no disfrutaba el fin de semana. QUE NO DISFRUTABAS. No. *Ahora me doy cuenta*. Porque llega un momento, entras en una dinámica, que es progresiva durante cuatro, cinco años. *Y no te das cuenta... al no ser de golpe, un salto, de un momento a otro, no te das cuenta cómo vas llegando a eso. Te das cuenta cuando lo dejas* [...] Desde que terminé en esta empresa, decidí tomarme un respiro para desintoxicarme, estaba bastante *intoxicado*. [...] Sí, pero ha cambiado a mejor. Porque pero viene de la situación vivida los dos últimos años en la empresa en la que estuve. Estuve en un entorno súper estresante, y te afectaba. Todo el mundo me decía: “Este trabajo va a acabar contigo. Deja el trabajo porque va a acabar contigo. Es que no estás, tienes la cara hasta los pies, estás pensando en tus cosas, no estás con nosotros.” *Ahora me dicen que vaya cambio he dado, que estaba muy mal, y que encima no me daba cuenta*. Pero creo que he vuelto a las relaciones que teníamos antes de quedar con ellos, reírte, disfrutar, sobre todo disfrutar. (Jorge)

Viendo estas expresiones repetidas, vuelve a surgir con fuerza el interrogante de la definición de la voluntad de trabajar, clave en la definición del paro [1.4, 1.5]. ¿De qué se habla exactamente cuando se utiliza el concepto de paro *voluntario* o *involuntario*? ¿Qué sentido material tiene el concepto de voluntad si sistemáticamente aparece el sufrimiento, y a menudo el maltrato aparentemente consentido? ¿Qué significa *querer* trabajar más allá de las definiciones formales? Ante la repetida aparición de “decisiones que no se pueden tomar”, de situaciones donde “no sabes cómo escapar”, en las que “no te das cuenta”, donde la coacción forma parte del trabajo,

¿qué sentido material tiene la definición de los parados como aquellos que realmente *desean* trabajar, como si el querer o no querer trabajar fuera algo sustantivo? A estas alturas de nuestra investigación, puede ya afirmarse con más apoyo empírico la inutilidad sociológica del uso del criterio de los parados como aquellos que *quieren* pero no pueden trabajar, pues lo que señala el querer trabajar debe ser comprendido, más bien, como una expresión de la incorporación de la dominación coactiva del trabajo que se presenta como consentida. Ésta parece la única manera de explicar la paradoja inscrita en la voluntad de trabajar, como voluntad de no tener voluntad.

Con estos relatos de maltrato en el trabajo, no hacemos sino incidir nuevamente en ideas que ya expusimos, que muestran que el empleo no es la solución al desempleo, y que el sufrimiento no es exclusivo del desempleo sino muy normal en el trabajo. Podríamos seguir relatando casos, pero con los hasta ahora mostrados, es suficiente para señalar las actuales condiciones de posibilidad del cuestionamiento del trabajo, que como hemos sintetizado, puede aparecer en todo tipo de desempleados.

Puede comprenderse ahora con más precisión por qué el desempleo no es solo un drama sino que puede suponer un momento de “liberación”, tal como se han expresado algunos, pues permite cuestionar el sentido del trabajar por trabajar. Aunque sin duda hay muchas ambivalencias, en estos casos el desempleo tiene consecuencias muy positivas, porque se ha superado lo que Matilde llamaba “el síndrome de Estocolmo” en el trabajo. Vamos, entonces, a explorar algunas de las condiciones sociales de las prácticas y discursos de una vivencia positiva del desempleo, como *oportunidad* de ruptura radical, de politización, de utilizar el dolor como potencia para el aprendizaje, para convertir la fuerza centrípeta del tiempo superfluo en la fuerza centrífuga del tiempo disponible.

### *El ideal del trabajo decente*

El ideal del “buen trabajo” o trabajo *decente* (Prieto, 2004) es sin duda un deseo muy extendido. Al evocar tal deseo, los parados se desmarcan del rechazo del trabajo como tal, y más bien, critican el mal trabajo, las dificultades de conciliación o la inexistencia de tiempo libre.

Y SI ENCONTRASES UN TRABAJO ¿QUÉ CARACTERÍSTICAS QUISIERAS QUE TUVIESE? Pues un trabajo que no me quitase la vida, prefiero tener menos responsabilidad y tener mi mente más despejada para poder disfrutar de las cosas que tengo. (Manuela)

Quiero ser una persona normal, con un horario de trabajo normal, que pueda trabajar y que pueda estar con mi familia, con mi gente, y que pueda tener *mi tiempo de ocio*. (Matilde)

No sé, disponer de tiempo suficiente para *tener algo de vida fuera del trabajo*. Lo lógico sería por lo menos tener cinco horas para ti al día que no dedicas al trabajo. (Bárbara)

Bueno, tener un trabajo de ocho horas, poder tener tiempo para disfrutar, para salir, no sé qué decirte... *Un trabajo de ocho horas*, a ser posible normal, sin estresarte ni nada, tiempo para divertirme. (Ana)

Así, genial, un horario de esos. Porque así tienes tiempo para hacer la casa, para estar con tus hijos, para salir. Así sí me gustaría. Por ejemplo de nueve a tres. Porque son tus *ocho horas* ¿no? Joder seis horas, muy poco. Bueno, pues de siete a tres. (Antonio)

Luego la mayoría de los días, cuando yo llegaba eran las nueve, nueve y media. Entonces había muchos días, muchísimas épocas que llegaba, y los niños estaban dormidos. A darles un beso. Llega un momento que te planteas que eso no puede ser así. Tú tienes otra vida al margen del trabajo. (Jorge)

[...] si el empresario me da a mí dinero, yo le tengo que dar dinero al empresario. Me explico: nada de racanear, nada de tocarse los cojones. Yo soy de esa opinión, porque soy mitad trabajador, mitad empresario y comprendo las dos posturas. Entonces yo soy de la opinión de *trabajar ocho horas, pero trabajadas*. Sin agobios claro, sin látigo. O sea, me explico: trabajadas. (Hilario)

[...] yo ahora con *un trabajo de 800 euros* incluso me conformo, ya está, simplemente. (Carmen)

¿Qué significado tiene cuando se dice “quiero tener un trabajo de ocho horas”? El mismo enunciado puede implicar dos significados distintos: 1) quiero hacer lo que se debe hacer, en sentido de la norma de empleo: las ocho horas son el criterio normalizado general; 2) quiero acceder a X euros, que es el coste de la reproducción normal de mi familia.

En relación al tiempo como medida de la necesidad de trabajo, aún hoy, el ideal de las ocho horas se mantiene como *deber ser* del trabajo. Las ocho horas, reivindicadas desde Chicago en mayo de 1886, siguen siendo, ciento treinta años después, un ideal del trabajo que parece bastante asentada: pero, ¿por qué no seis?, ¿por qué no diez? El mantenimiento del criterio del tiempo sobre el criterio del dinero apunta a cuestiones sustancialmente distintas. Medir la necesidad en función de las horas, sin apelar al dinero, es apelar a la norma de empleo como norma del sacrificio social. Sobre todo los varones dan la medida de tiempo como criterio, esto es, la medida del sacrificio *normal* para considerarse un sujeto socialmente útil. Dar la medida de la norma por unidades abstractas, entonces, no rompe con la lógica del trabajar por trabajar: se trata de un trabajar por trabajar *normal*.

En cualquier caso, que hoy exista un deseo de trabajo decente, supone una resistencia a la lógica del trabajar por trabajar que se ha intensificado con el neoliberalismo y que, como nos relata Jorge, produce sujetos ya instalados en un rechazo del tiempo propio, que ya ni tan siquiera desean tener tiempo libre o tiempo de familia<sup>360</sup>.

Pero sí que conozco gente que era incapaz de convivir en su propia casa. Incluso estaban en el trabajo, y los veías que estaban haciendo tiempo para llegar a casa. Hay gente que sale del trabajo y se mete en el

<sup>360</sup> Véase el estudio de Sturges (2013). Igualmente, empresarios millonarios como Florentino Pérez han afirmado públicamente que su vida ha consistido durante décadas en trabajar de lunes a domingo desde que se despiertan hasta que se acuestan. La expansión actual del 24/7 -24 horas/día, 7 días/semana- apunta a que la lógica temporal del trabajo decente -8/8/8- cada vez esté más moralizada como ociosidad (Crary, 2013).

bar, y hay gente que sigue en el trabajo en vez de meterse en el bar, sigue ahí horas y horas y horas; y algunos lo decían: yo prefiero llegar cuando los niños ya se han acostado. Y eso nunca lo he entendido. Lo malo es cuando a estas personas las tienes de jefe, están por encima. En principio, parece que te entienden, pero al final intentan llevarte a su terreno, y que intentes hacer lo mismo que ellos. Entonces ahí chocas. (Jorge)

En ese sentido, el deseo de tiempo disponible podría emerger con mayor facilidad en quienes desean un trabajo decente, en relación a quienes desean que todo el tiempo de su vida sea acaparado por el trabajo.

En relación al dinero como medida de la necesidad de trabajo, en casos como el de Carmen parece claro que si ella pudiera vender una hora de su tiempo por “800 euros”, no trabajaría más tiempo, porque para ella el trabajo es un medio de acceso al dinero, y no tanto un fin en sí mismo. De esa manera, la apelación al dinero como medida de la necesidad puede referirse más al mantenimiento de las necesidades tradicionales, y no al trabajar por trabajar, y en ese sentido, está más cercana a una posición favorable al aumento progresivo del tiempo disponible.

El problema del deseo subjetivo del trabajo decente radica en que, como intentamos argumentar al inicio, la abundancia de tiempo de trabajo en el capitalismo no depende de los deseos subjetivos, porque el volumen de tiempo de trabajo remunerado se reduce mientras que cada vez se crea más riqueza [1.3]. La tesis que de aquí deriva es que, si en las condiciones de la competitividad y la productividad capitalistas, no es posible que el trabajo decente sea una posibilidad histórica real para la mayoría de la población, el deseo subjetivo de trabajo decente está históricamente condenado a la frustración.

El deseo de trabajo decente tiene como supuesto la dificultad radical de imaginar una sociedad que no esté vertebrada por el trabajo. Pero nuestro enfoque ha intentado mostrar cómo el trabajo es sobre todo negatividad antes que positividad: es el origen de la escasez general de tiempo, de la expropiación de tiempo, del ideal de autosuficiencia, de la desigualdad en los cuidados, y en general, de la desigualdad producida por la operación de comparación y jerarquización de las diferencias a partir de un criterio abstracto. De ese modo, la dificultad histórica de imaginar el descentramiento del trabajo conlleva que, dentro de las posibilidades actuales, las elecciones se reduzcan a intentar conseguir un *mejor* trabajo, asumiendo en cualquier caso que el trabajo es y *debe ser* el eje de la organización socioeconómica.

Sin embargo, como venimos sosteniendo, mientras el trabajo se mantenga como pivote y la productividad creciente como dogma, no será posible una organización “equilibrada” de los



tiempos sociales para la mayoría de la población, así como una superación de la escasez temporal general. Además, hemos de insistir que el problema sociopolítico no es sólo si hay límites objetivos a la creación de empleo -una vez que el ideal de pleno empleo estable para la mayoría de la población ha sido históricamente refutado-, sino también, de si el trabajo es un fin deseable para una vida rica en tiempo.

### Cuadro 31. El tiempo disponible no se puede “equilibrar” con el tiempo de trabajo

Tal como sostuvimos con argumentos históricos y teóricos [1.1, 1.2], la relación de trabajo no permite “equilibrar” globalmente los tiempos y las actividades más que de manera histórica y geográficamente contingente. En ese sentido, el proceso de apropiación del tiempo histórico no puede ser concebido, por ejemplo, como un nuevo Estado Social que controle los excesos del mercado, sino como un proceso de generar cada vez mayores grados de tiempos y riquezas autónomas del trabajo y el dinero. La idea es sencilla: ¿qué es la riqueza? La riqueza sería “tener tiempo”, es decir, tener el tiempo de vida disponible principalmente para la vida. Tal cosa no se puede realizar “equilibrando” las horas de trabajo y el tiempo libre, sino sólo con la superación real de la relación de trabajo como *pivote*. La idea de *justicia temporal* (Goodin, 2009) en la concepción normativa podría tener sentido como *medio* para la desmercantilización del tiempo, pero en sí misma, no sería suficiente para desestructurar al tiempo de trabajo como pivote, pues éste no se ha impuesto tanto como efecto de la *injusticia temporal* sino de un tiempo descontrolado por la tautología del trabajar por trabajar.

### *Trabajar para vivir frente a la lógica sacrificial*

Desde nuestro punto de vista, un momento más cercano al rechazo del trabajo que el ideal del trabajo decente es representado por el conocido dicho “trabajar para vivir” en vez de “vivir para trabajar”, que es evocado recurrentemente como una ética que pone al trabajo en una posición secundaria, como un *medio* en vez de como fin.

En España el concepto trabajo, casi te diría en flash, son: doce horas de trabajo, otras seis horas de estudio y tareas en el hogar. Pero bueno, básicamente casi, podríamos decir, tres cuartas partes es trabajo. Me comentabas, muchas horas trabajo, trabajo, y trabajo. Y nos olvidamos por completo de que tenemos que vivir. De aquí viene el dicho ese de *vivir para trabajar, o trabajar para vivir*. (Parados LD)

Yo no quiero vivir para trabajar, yo quiero *trabajar para vivir* en todo caso. (Andrés)

Y cuando se terminan esas labores, cuando se terminan esas labores, pues los dos, o uno, pues salir con los amigos, cine, teatro, el campo... ¡vivir joder, vivir! Que no todo consiste en esta vida en trabajar y trabajar y trabajar y trabajar... ¡vivir! [...] *Yo he venido a este mundo a vivir*. Porque nadie cuando va a tener un hijo piensa que va a traer un esclavo. (Hilario)

Yo nunca he entendido que la vida es el trabajo, yo he entendido que hay que trabajar para vivir. (Jorge)

Nosotros en Cuba, hay un refrán cubano que dice: no te agites, porque te fermentas. En la medida en que te vas agitando, te fermentas y cuando te fermentas explotas. (Parados CD)

Como está perfectamente normalizado en el lenguaje, en los discursos se opone *trabajar* y *vivir*, con la misma naturalidad que se llama tiempo *libre* al tiempo fuera del trabajo. Ambas expresiones implícitamente señalan que trabajar no es vivir. En rigor, sería una contradicción en términos hablar de un tiempo del trabajo *libre*.

La mención al trabajo como medio, y no como fin, tiene asociado un cierto carácter de tabú. Decir que uno trabaja para vivir es una reivindicación evocada frente al otro sentido común del sacrificio por el sacrificio que empuja siempre a trabajar un poco más y esforzarse un poco más. Según la lógica sacrificial, todo el que no trabaje por trabajar y trabaje para vivir sufrirá cotidianamente la agria incertidumbre de que, si es expulsado del trabajo, podrá encontrar en su biografía un momento de relajación o de disfrute que justificará las desgracias futuras. Se trataría exactamente de la lógica protestante de la predestinación que describió Weber: *uno nunca sabe si se va a salvar de ser superfluo, pero el impulso permanente de trabajar por trabajar permite apaciguar las dudas y mantener un mínimo de tranquilidad*. En ese sentido, los parados que reivindican el “trabajar para vivir” como un sentido común fundamental enfrentan la lógica sacrificial que la moralización del trabajo tiende a imponer.

Sin embargo, la ética del “vivir bien” también puede tener sentidos materiales muy diferentes, pues depende de un proceso de *normalización* [5.7] marcado por posiciones sociales muy diferenciadas en su criterio de la “buena vida”:

Si yo estuviera trabajando, estaría muy bien aquí. Como antes, que tenía dos trabajos... vivía muy bien. [...] El tiempo que estuve trabajando así, no tenía descanso. (Ana)

Pues yo necesito un trabajo de ocho horas todos los días. Si es de lunes a viernes, mejor. Pero como siempre te suele abarcar el sábado, o incluso también el domingo, pues bueno. (Marta)

Yo soy feliz con mi niño, yo soy feliz con mi marido, con mi gente, estoy contenta en el trabajo, aunque sea quitando mierda, pero estoy contenta (Carmen)

En el caso de Ana, tener dos trabajos, de lunes a domingo y sin descanso, es asimilado a “vivir muy bien”. Marta preferiría un horario de lunes a viernes, pero aceptaría trabajos de lunes a domingo porque “siempre” lo ha asumido. Carmen no encuentra contradicción alguna entre estar “contenta” y trabajar “quitando mierda”, es decir, en un trabajo de baja cualificación y mal pagado. De esa manera, los diferentes sentidos del “vivir bien” no son socialmente generales sino que dependen de las normas particulares en las que una persona se ha socializado. Por ello, la progresiva producción de tiempo disponible tendría que partir de las normas específicas asociadas a cada posición social, de manera que el sentido del tiempo disponible fuera progresivamente avanzando para reducir la presión del todos contra todos. En este sentido, el

deseo de tiempo disponible no surge de peores o mejores posiciones, sino del rechazo a una explotación vivida como límite propio. La ingobernabilidad de las presiones temporales que el trabajar por trabajar ha producido en las últimas décadas facilita el surgimiento de esta ética del trabajar para vivir que podría estimular el deseo de tiempo disponible. En este sentido, cuanto menos incorporado esté el deseo de trabajar por trabajar, el desempleo será vivido con mayor bienestar, a pesar de que también haya otras dificultades:

Por ejemplo, en el último que he estado, pues era un trabajo que no me veía, era todos los días a trabajar, y decía: “¡Madre mía, otra vez aquí!”. Que estás trabajando porque no te queda otro remedio. (Marta)

Lo que pasa es que claro está para poder llevar tu familia y tu casa adelante tienes que *tragar* con [...] cada trabajo las cosas negativas que tiene. No creo que nadie por gusto se montaría en un camión, dormiría en una cabina y cada cinco o seis días aparece en su casa. No creo que esto sea una cosa de gusto, sino es lo que le toca vivir a cada uno. // [...] Inclusive cualquier trabajo, no creo que sea solamente el trabajo del camionero. (Parados CD)

Entonces yo valoro mi trabajo, porque yo estudié lo que quería, empecé a trabajar en lo que quería, hasta hace nada y menos, veintitantos años haciendo mi trabajo. ¿Si yo mañana tengo que volver a hacerlo? ¿Con la edad que tengo ahora, eh? Lo haría pero con otra pausa, te lo digo con toda honestidad. Porque estar seis días fuera de casa, aguantando y soportando cosas... (Parados CD)

Que nunca, cuando he estado trabajando, me gustaba lo que hacía; pero *nunca me he realizado con el trabajo*. Me interesaba por otras cosas: por las relaciones, y por... No sé, yo soy una persona muy curiosa, y me gusta alternar con la gente y hacer un montón de cosas, o sea, el tiempo libre para mí es fundamental y el trabajo era un medio para conseguir lo otro. Entonces, *ahora mismo me sale trabajo tampoco daría saltos de alegría*, pero lo haría, claro que sí. Pero no es algo así que me llegase a excitar. Ahora, me apetece más dar un giro y hacer cosas creativas. Eso es un reto, no sé si lo voy a conseguir, pero sí que me gustaría que los nuevos trabajos que me saliesen fuesen de este tipo. El trabajo, *no lo echo de menos, la verdad*, esos trabajos esporádicos que me salían. Y bueno porque *el trabajo tampoco nunca ha sido lo fundamental en mi vida, aunque me da un poco de cosa decirlo*, todos necesitamos trabajar. Pero luego no es algo que me ha producido problemas, me ha producido obsesiones y estado anímico bajo, y hay otras cosas que son más importantes. (Parados LD2)

Si el trabajo, como se ve en muchos casos, es vivido como un *medio* para obtener dinero -y con él, mercancías- la ruptura con el trabajo sería un hecho perfectamente plausible si el acceso a la riqueza se realizara cada vez más sin la mediación del trabajar por trabajar. En este sentido, el mantenimiento de una ética del trabajar para vivir (Tracuvi, 2015: 296-7) es central para disputar la hegemonía de la ética del trabajar por trabajar, lo cual sería una condición de posibilidad de la realización del deseo colectivo de tiempo disponible

*El disfrute de la ociosidad: entre el tiempo libre y el tiempo disponible*

«Si el *haragán se mete las manos* en el pecho, en vez de aplicarlas al trabajo, si pasa el tiempo Deambulando, debilita su constitución con la Holgazanería, y embota su espíritu con la Indolencia...» no puede esperar más que la pobreza como recompensa. El trabajador no debe perder el tiempo ociosamente en el mercado o malgastarlo cuando compra. [...] «las Iglesias y las Calles [están] llenas de un Número de Espectadores» en bodas y funerales, «que a pesar de la Miseria de su Condición Hambrienta... no tienen escrúpulos en malgastar las mejores Horas del Día, simplemente mirando...». La costumbre del té es «esa vergonzante devoradora de Tiempo y Dinero». También lo son las vigiliass y las fiestas y los festejos anuales de sociedades de auxilio mutuo. (Thompson, 1967: 275)

Según Bourdieu (1979: 81, 210, 331), el sentido principal del disfrute de perder el tiempo, como ostentación del derroche, como potlatch, es la diferenciación de clase. Desde ese punto de vista, el exceso de tiempo libre es un privilegio de clase. La abundancia de tiempo estaría siempre condicionada por la abundancia de dinero, especialmente tras el declive de los Estados Sociales y el auge del desempleo estructural desde los setenta. Si en nuestra sociedad hay muchas capas de población que desconocen el sentido de tiempo libre como tal –como veremos-, otra gran parte de la población vive en la paradoja de que cada ganancia de tiempo libre depende de una interminable inversión de tiempo para conseguirlo, y la inversión de tiempo de trabajo es generalmente superior a la ganancia de tiempo libre: “Vivimos una época en la que los hombres nunca llegarán a perder suficiente tiempo para conjurar esta fatalidad de pasarse su vida ganándolo.” (Baudrillard, 1970: 192).

“El drama del ocio o la imposibilidad de perder el tiempo” (Ibíd.) se ha visto con el tiempo superfluo del paro, que pone en evidencia cómo la estructura temporal general coacciona la posibilidad de usar el tiempo por fuera de su relación con el trabajo; es el paro el que demuestra que el tiempo libre que se tenía trabajando no era libre en sí, no era positividad, sino sólo la continuación del tiempo con forma de trabajo<sup>361</sup>. Así, tal como mencionamos, la expropiación histórica del tiempo ha producido la paradoja de sujetos libres que no quieren mucho tiempo libre [0.2]. En ese sentido, el uso social general del tiempo como tiempo libre no puede ser considerado como abundancia subjetiva de tiempo, sino dentro del marco de la escasez subjetiva general:

<sup>361</sup> En palabras de García Calvo (1993: 249): “las actividades de diversión o «tiempo libre» entre períodos de trabajo no pueden salirse de la institución del Tiempo: el Trabajo ha instituido un Tiempo ideado, contado, vacío, proyectivo, y cualquier tiempo que se coloque con él en línea ha de ser homogéneo con él y mostrar las mismas condiciones.”

[...] el tiempo de ocio adquiere mayor valor simbólico –y mayor legitimación– cuanto más escaso es. Cuanto menor es su disponibilidad. Aparece así desde su escasez o limitación con las características de un derecho. Pero como un derecho que solo puede reclamarse desde el cumplimiento de un deber, manifestándose éste en la realización de trabajo, ya sea en el mercado laboral (mayor fuente de legitimación), ya sea desde el trabajo de cuidados en el espacio doméstico. Aquellos que podrían estar bajo la sospecha de disponer de una amplia cantidad de tiempo de ocio, acuden rápidamente a negarla (Callejo, 2015: 185)

Dentro de este carácter socialmente general, en el caso de algunos sujetos parados se produce una situación particular que no encaja en este esquema porque, como estamos analizando, la abundancia objetiva de tiempo se expresa más como una abundancia subjetiva de tiempo. En estos casos, no se trataría de un “matar” el tiempo, sino que el tiempo no pierde tanto valor como se supondría, se legitima en referencia a la “liberación” del trabajo, y se puede disfrutar de su abundancia.

Yo de hecho he sentido una pequeña *liberación*. El primer día es duro, pero después –y no picaba minas, precisamente– después de doce años a saco, yo he sentido una liberación. Yo empecé ahora, dicen que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, y el siguiente hasta que lo recuperas. Yo *he empezado a ver a mi mujer más tiempo del que la veía, mis amigos, mi vida social, mi libertad*. Y esto es de lo positivo con lo que me he quedado, para no agobiarme y hundirme en la miseria. O sea yo el día a día lo llevo *con desparpajo y con alegría*. (Parados CD)

Este ejemplo, que adelanta múltiples expresiones de las formas de tiempo disponible que vamos a ver, señala un uso del tiempo disfrutado en sí mismo con “mi mujer”, “mis amigos, mi vida social, mi libertad”, es decir, diluye el sentido del ocio como esfera legitimada respecto al trabajo, y posibilita el “desparpajo y la alegría” aun cuando no se pivote en torno al trabajo. En cualquier caso, este uso positivo del tiempo no deja de estar determinado como por una estrategia de defensa –no “agobiarse”– de modo que no supera plenamente su contradicción, en la tensión entre el “rellenar” el tiempo y el uso positivo del tiempo. El “no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes” que a menudo se enuncia por la pérdida de trabajo, se significa aquí como ganancia de tiempo de vida fuera del trabajo. Porque, al contrario de en otras expresiones, lo que parecía perdido no era el trabajo sino el tiempo de vida. Algo que, no debe olvidarse, parece sin duda facilitado por una cierta seguridad de clase –“no picaba minas, precisamente”.

Otra actividad típica del desempleo, el pasear, que para muchos servía principalmente para matar el tiempo [7.7], para algunas paradas aparece como un momento de disfrute en sí mismo, que tiene un sentido afirmativo independientemente de que no se tenga trabajo.

Pero bueno, mi tiempo es ir a andar una hora, hora y media todos los días, por ejemplo, ese es mi tiempo, porque a parte de gustarme es algo que tengo que hacer, pero me gusta, disfruto mucho con ello, me relaja. (Manuela)

Ahora, cuando me he quedado en el paro, a mí me da lo mismo, yo me voy sola, [...] eso, yo antes no lo podía hacer. Eso, a lo mejor lo hacía, porque siempre me ha gustado mucho [...] Además, cuando estás así, con un trabajo muy duro de... tanto física, como psicológicamente, te viene muy bien el pasear y el desconectar (Matilde)

El parado que sufre por no levantarse de la cama [7.7], se ve cuestionado por el caso de mujeres que pueden vivirlo como un tiempo de disfrute:

Y un poco lo que es la organización del día, yo le dedico un rato por la mañana, sin prisas, yo dejo a mi niña que duerma lo que quiera, que se harte de dormir y yo también [risas]. Me levanto, estoy con ella jugando una hora en la calle o en casa, lo que sea, la enchufo a la guardería, a partir de ahí tengo un break para mí. (Paradas)

Los fines de semana, los sábados por ejemplo nos levantamos porque yo aprovecho y duermo, porque yo soy muy dormilona [risas], a mí me gusta dormir, a lo mejor a las once o así. (Carmen)

El carácter inmoral de la ociosidad se ejemplifica cuando estas mujeres acompañan con “risas” la afirmación de que les gusta dormir. Con esas risas, señalan el tabú de un relativo exceso de disfrute, especialmente deslegitimado si se está en paro. Si se ha trabajado, se ha pagado el sacrificio que legitima el disfrute, pero si no se ha trabajado, el sufrimiento del paro no legitimaría tal disfrute. Aunque en el paro también se sufre, los parados merecerían sufrir, no disfrutar. Entonces, cuando en el paro se afirma el derecho a disfrutar se tiende a evitar la culpabilización, y de esa manera, se favorece la abundancia subjetiva de tiempo. Sea como sea, casi siempre aparece cierta tensión moral:

“Oye, qué bien estás en paro”, no, no, perdona, he encontrado unas cosas que me hacen feliz porque me propongo ser feliz, porque esas cosas que me he propuesto hacer para ser mínimamente feliz sustituyen las que me proporcionaba el trabajo. (Paradas)

¿Cuánto llevabas en paro? Un año...En mayo un año. Al principio me cogió en verano, pues en verano, *viva la pepa*. [risas] (Paco)

[...] porque yo también necesito las veces que yo he salido o que me he ido por ahí con mis amigas he dicho ‘ay esto es vida’ [risas] (Precarias)

Las risas emergen cada vez que se evoca el tiempo disfrutado: la expropiación del tiempo presiona para que ese disfrute albergue siempre cierta ambivalencia. Es como si dentro de cada uno surgiera una voz: “vale, puedes disfrutar un rato, pero no bajes la guardia”.

En la lógica sacrificial, el sacrificio *normal* permite disfrutar lo *normal*, y no sentirse culpable del disfrute es posible siempre que el disfrute sea la excepción más que la regla. En la lógica del tiempo disponible, se puede recuperar el tiempo de “leer”, de actividades “creativas”, de un ocio “diferente” sin que ello implique culpa.

[...] y desarrollar alguna actividad *creativa* que con el hábito de trabajo tenías más aparcada, como tienes más tiempo, pues te llena, te gusta y la puedes desarrollar más libremente. (Parados LD2)

Sales con gente, conozco a otros, y hago todos los fines de semana ciclismo. A diario, si no tengo nada que hacer, salgo a entrenar, y eso también me quita el estrés. He pasado por tantos chascos. Ha sido el paro, divorcio y accidente, pues *ahora tengo que vivir* porque es que si no... (Parados LD2)

[...] decidí apuntarme a un gimnasio, hacía años que no hacía gimnasia, ha sido para mí fundamental el apuntarme al gimnasio, para esto sobre todo no es ni por adelgazar ni muchísimo menos [...] me ha servido de mucho también para relacionarme con gente, ha sido muy importante. Empecé a leer porque yo con la cocina y el trabajo y las prisas, leía mucho hace años y dejé de leer y gracias a mi hermana que me animó también empecé a *leer*, por lo tanto, llevo una cantidad de libros desde que me he quedado en el paro increíble. (Paradas)

Entonces el ocio, es curioso, la verdad es que es curioso, porque es volver a entusiasmarte con cosas pues como encontrar un palo y una piedra y dices: “Un palo y una piedra” y entonces es *un ocio diferente*. (Paradas)

Y hace un par de años así empecé [a escribir un diario]. Y es bastante terapéutico también. Cada día o cada semana, porque no lo escribo a diario. Lo pillas cuando necesitas pillarlo. Entonces es un poquito todo también, es un poquito descomprimirte, volcar un poquito lo que ha pasado en el día. Si es bueno, te regocijas escribiéndolo, y si es malo, te descargas escribiendo. (Parados LD2)

Vistos estos casos típicos, la afirmación del tiempo del paro como una positividad que no puede ser reducida a tiempo libre, parece ser posible revertir algunas de las discapacidades temporales y reapropiarse del tiempo expropiado. Estrictamente, no sabemos lo que el tiempo disponible *sería* porque es sólo *potencial*, no está realizado. Pero sí podemos hacer una lista para intuir aquello que el tiempo disponible *no* sería:

### Cuadro 32. Lo que no sería el tiempo disponible

- 1) No sería el tiempo privado para la recreación de sí, característica de la esfera privada del hombre burgués (Murillo, 2006).
- 2) No sería un tiempo-recurso para ostentar los privilegios respecto a otras clases, no operaría como un modo de jerarquización del estatus.
- 3) No sería “mi tiempo” en el sentido neoliberal actual, como un nuevo espacio de la individualización para aumentar progresivamente las horas dedicadas al “yo”, no puede ser asimilado a un tiempo individualista donde no existe el “nosotros” (Callejo, 2015).
- 4) No sería un tiempo *contingente*, frente a otra norma temporal que sería la estructura, no sería el “tiempo accidentado” frente al “tiempo programado”<sup>362</sup>.

<sup>362</sup> Los tiempos aparentemente desordenados no están fuera del orden sino siempre en relación al orden, no son “accidentes”, residuos, no-tiempos, como afirma de Certeau (1990: 222-3) al otorgar cualidad propia a lo que llama el “tiempo accidentado” frente al “tiempo programado”, como si éste implicara la constitución de micromundos autónomos que dejan de estar en relación con el mundo. Todo tiempo accidentado aparentemente desconectado se conecta nuevamente cuando llega el reloj, y ese tiempo no invertido aparece como lo que dice el economicismo temporal: tiempo desaprovechado para el aumento de la competitividad. Por ello, los “poros” de la jornada laboral, así como los “poros” en el nivel societal, no pueden alcanzar una autonomía propia mientras el tiempo de trabajo sea el pivote del tiempo social.

- 5) En el caso español, no sería tampoco una suerte de resistencia de la esencia ociosa de la cultura mediterránea [7.8.2].
- 6) No sería tampoco el tiempo libre de la ama de casa con un marido ganapán.
- 7) No sería el tiempo del paro como unas “vacaciones” que se toman en los primeros meses después del despido, pues ese tiempo de ocio es perfectamente funcional a un tiempo de reproducción.

En general, el tiempo disponible podría ser el tiempo del *individuo social* (Marx, 1857, II: 228 Postone, 1993: 77-8, 480; Fetscher, 2008) que no construye su valor social a partir de su capacidad de ajuste a normas abstractas universales.

Aunque el tiempo disponible no puede ser lo que hoy conocemos como ocio o tiempo libre, haber experimentado el significado del actual tiempo libre es sin duda una condición central para imaginar la posibilidad de disfrutar el tiempo, de hacer algo con el tiempo que no sea una pura obligación permanente. Como cuentan sobre todo muchas paradas y otros sujetos precarizados, un obstáculo fundamental a imaginar el tiempo disponible es haber vivido una vida de trabajo sin tiempo libre alguno.

Yo trabajaba todos los días de la semana, menos el domingo. Y en Navidades, entonces que no se llevaba tanto esto de... pues nosotros abríamos todos los días del año, todos los días de diciembre hasta pasado Reyes. Yo no sabía lo que eran las fiestas de Navidad. Vamos, sí lo sabía, trabajando, no descansando, era una dedicación completa [risas], estaba muy agotada. [...] o sea es que es algo que tienes que estar totalmente volcado en ello y *dispones de muy poco tiempo libre para ti*. (Manuela)

A lo único que te dedicas por lo menos, hay que limpiar la casa, hay que hacer esto, hay que hacer lo otro, hay que preparar todo lo de esta semana, hay que lavar la ropa, hay que planchar... *no tienes tiempo libre*. (Matilde)

Y luego, sí, el domingo tenía un ratillo libre, pero entre semana, si te digo la verdad, mi rato libre era cuando me iba a la cama, a *dormir, ese era mi rato libre*. Y bueno, los cinco minutos siguientes cuando llegaba de trabajar, que comía, porque si me quedaba a comer en el trabajo era media hora más que tenía que estar. (Martina)

El tiempo libre es que realmente... para mí, en el mundo en que me muevo, en el nivel en que estoy, es lo de menos el tiempo libre, no piensas en eso. Ahora mismo *no hay tiempo libre* para decir me lo dedico, me lo dejo de dedicar. No piensas en eso. (María)

Pues, mira, yo en realidad, es lo único que nosotros *nunca hemos tenido tiempo para disfrutar*. Siempre nos hemos dedicado al trabajo y a cubrir las necesidades de mis hijos, que a ellos no les falte nada. Pero en realidad nosotros no hemos disfrutado nada de nuestra vida. Y a veces lo hablamos con Manuel [marido]. Lo hablamos y decimos que de repente nos morimos y no hemos disfrutado. [...] Pues eso te digo, el sábado para mí era levantarme pronto, hacer el desayuno a los niños, irme a la compra, y ahí se te iba toda la mañana, venir a cocinar, la comida, luego por la tarde poner lavadora, planchar hasta la noche, y ya está, se me ha ido el sábado. (Melinda)



Tenía tiempo para quedar a veces con mis amigos. Pero como no fuera quedar con un amigo a tomarnos algo, lo demás... ha sido mi hijo desde hace muchos años ya. [...] *Yo cuando tuve a mi hijo, me olvidé de mis cosas*. Ya era la vida de él. [...] Pero a mí me gustaría mucho escaparme a la montaña, pasar un fin de semana, aunque sean dos días, en la playa. (Marta)

Tiempo para mí sola, yo no sé ni lo que es eso. Para mí sola. Bueno, para mí sola, no sé... lo más eso que hago es ir a depilarme [risas] Es tiempo para mí sola, y ya está. Es poco más lo que tengo, vamos. [...] Con los niños pequeños, y trabajando tanto, y... y *el poco tiempo que tienes es para dormir*. (Pilar)

No sé. *Yo no tengo tiempo libre*, no sé si lo tenía, y no sé si cuando trabajo y no trabajo, ahora es tiempo libre porque trabajo. No sé... *Yo ese concepto no...* (Parados LD)

Como se evidencia, el concepto de tiempo libre, propio de los Estados Sociales keynesianos, es un concepto sin sentido material para muchos grupos de población. Con las citas de estas paradas, puede especificarse más por qué muchos parados asumen que la buena vida puede ser una vida llena de trabajo, porque la escasez material es casi siempre peor que la escasez temporal, y porque la abundancia de tiempo nunca ha sido una posibilidad plausible.

Esta situación de desconocimiento del ocio vuelve a situarnos en otra llamativa paradoja. A pesar de que España es uno de los países por excelencia de la industria del ocio –del turismo, la playa, los jubilados ociosos de Europa del Norte, la relajación y la diversión- millones de personas en nuestro país no pueden disfrutar del principal producto nacional: como dice Andrés, “yo pienso que tendría que haber más ocio, pero para inculcar cosas que solamente tiene la gente que viene a visitarnos”. Por ejemplo, para Marta, con una biografía caracterizada por la escasez de dinero, “dos días en la playa” es la máxima posibilidad imaginable. En un nivel diferente pero de manera análoga, esta situación recuerda a la de aquellos países exportadores de alimentos cuya población sufre altas tasas de desnutrición. Este ejemplo nos vuelve a poner sobre la mesa las paradojas del tipo de racionalidad en la que, un país sustentado sobre la industria del ocio es incapaz de satisfacer el ocio de buena parte de su propia población trabajadora, que a menudo debe conformarse con trabajar como “braceros del ocio” (Pedreño y Castellanos, 2006) mientras que periódicamente produce millones de ociosos forzosos.

### *Imaginar el reparto del trabajo*

Según la distinción de Gorz entre *reparto* y *redistribución* del trabajo, no cabe duda de que el capitalismo lleva al menos cuarenta años *repartiendo* el tiempo de trabajo, ya que fragmenta y/o reduce el tiempo de trabajo formalmente remunerado mientras aumenta el tiempo con forma de trabajo. Este reparto se hace posible a costa de transformar cada vez más las actividades formalmente no pagadas en actividades con forma de trabajo, como ya argumentamos [1.1]. La

producción de tiempo superfluo a tiempo parcial, que es condición de las inversiones de tiempo para trabajar –como vimos [5.4, 5.5]- tampoco cuenta como *reparto*.

A pesar de esta fragmentación del tiempo, la significativa ausencia del discurso de lo que Gorz llamaría la *redistribución* del trabajo se traduce para muchas personas en que el trabajar por trabajar siga imponiéndose como lógica social, tal como vimos en casos como el de la jubilación [5.7]. A pesar de que la histórica reivindicación del reparto del tiempo de trabajo ha perdido presencia en el debate público de las últimas décadas por la omisión del tema en los principales actores de las relaciones laborales, a menudo sigue apareciendo en los discursos como una cuestión de sentido común -como en los discursos más comunes se le llama “reparto”, en adelante llamamos reparto para referirnos a lo que Gorz llama *redistribución*.

Por todo ello, desde nuestro enfoque, el reparto del trabajo es un requisito de partida prioritario para empezar a imaginar el tiempo disponible, porque es lo que permitiría comenzar a desmercantilizar el tiempo de trabajo:

La gente está aguantando. Y también veo yo que la gente es muy fatiga, muy agoniosa con el dinero. Más tengo, más quiero. Más para mí, en vez de tenerlo más repartido...Eso si lo hay en la calle. Si yo estoy hasta aquí, me sale algo, pues lo reparto con otro que sé que está parado. Eso la gente no lo hace. Yo sí. *Yo soy tonto hasta para eso*. [...] En vez de repartir un poco el trabajo, intentan exprimir a los que tienen, echar horas, fines de semana...En vez de contratar a más gente y bajarle las horas a la gente, y trabajamos todos, pues siempre están los mismos echando horas, echando los fines de semana... lo que hay, en todos lados, un montón de horas. (Paco)

Pienso, *no tantas horas*, pero claro, esto son los empresarios. No les interesa que tengan cinco horas simplemente diarias. Que haya más turnos. Aumentar los turnos, y que no haya simplemente tres turnos. Y que no sean dos turnos sino tres turnos durante el día. (Andrés)

Creo que también la sociedad como que está mal estructurada y que *tampoco es necesario que todos estemos trabajando todo el día*, a todas horas y que no podamos atender a nuestros hijos y otros aspectos sociales y de la vida y de la comunidad. Entonces yo, por ejemplo, tengo esa cosa de es que realmente no quiero volver a esa vida de antes de profesión y me apetece hacer otras cosas que contacte más conmigo misma y con cosas que me hacen sentirme bien en mi trabajo y que también puedo proyectar sobre otros y que tengan un impacto real. (Precarias)

Y vamos a montar otra forma de funcionar en base a las necesidades de esta sociedad que no es la de hace 30, ni 40, ni 100 años, pues ver cómo se estructura la sociedad, *qué necesitamos cada uno y por qué tenemos que tener todos una jornada laboral de 8 horas*. Pues vamos a trabajar todos cinco horas y vamos a hacer jornadas flexibles, vamos a trabajar de forma inteligente. (Precarias)

Cuando Paco dice que se siente “tonto” porque su sentido común apunta a repartir el trabajo, señala la contradicción entre resistirse a vender más tiempo de vida y la pérdida de competitividad que supone no vender más tiempo de vida. Al señalar la contradicción, Paco señala el trabajar por trabajar como un absurdo, en vez de como una lógica de sentido común. Para Andrés, el obstáculo al reparto del trabajo serían los empresarios. Y en el caso de las

paradas, cuestionan claramente el sentido de las jornadas de ocho horas, que se han mantenido como norma durante décadas, en vez de haberse reducido con el paso del tiempo, como parecería lógico desde su punto de vista. Destaca así el contraste entre estos discursos y la actual ausencia pública del discurso del reparto del trabajo. Desde esta lógica de repartir el trabajo, se enfrenta al sinsentido del trabajar por trabajar. En estos casos, el reparto del trabajo no se autojustifica por ser un medio para aumentar la productividad<sup>363</sup>, sino por el deseo de trabajar menos y tener más tiempo. Por tanto, para que el deseo de trabajar por trabajar se pudiera ir desestructurando, su condición de posibilidad sería la expansión y consolidación de un discurso de sentido común de reparto del trabajo.

### *El rechazo del trabajar por trabajar*

Por último, para terminar este punto, mostramos los discursos que apuntan de manera explícita al rechazo del trabajo. Estas expresiones no son minoritarias ni de sujetos particulares, sino que han emergido de manera muy significativa al preguntar sobre el sentido del trabajo en la vida cotidiana. Con tal pregunta, y sin insinuar en modo alguno el rechazo del trabajo en cuanto tal, éste emergió significativamente y se retroalimentó en las discusiones de los seis grupos. Éstas son algunas muestras:

*Pero trabajar, ¿a quién le gusta? Yo estoy seguro que a nadie.* Aparentemente todo el mundo dice: “Yo mañana tengo dinero y no trabajo”, pero la misma sociedad es la que haces que tú trabajes para poder obtener y/o tener una serie de cosas. Y *cuando ya hemos entrado en este bache económico es cuando te das cuenta que a lo mejor el trabajo no es lo más importante.* [...]. ¿Pero trabajar? Trabajar es que nos lo enseña la sociedad, ¿no? La sociedad nos dice que es que hay que trabajar, que si no trabajas eres vago, que si no trabajo, que si no trabajas eres un no sé, y todo. Tú te levantas ya de muy chico a sabiendas de que tú tienes que mañana trabajar, porque tu papá es el primero que te va a decir: “No, si no hay money, no hay money” (Parados CD)

Yo pienso que hay recursos suficientes para todos y que si hubiera una buena organización, el trabajo podría ser estructurado, pero *no debería ser una obligación perenne, absoluta y universal, sino que el trabajo pudiera ser una opción.* Pero para esto tendrían que cambiar mucho las cosas, mucho las cosas. (Parados CD)

---

<sup>363</sup> Así aparecía en un grupo de discusión con ocupados, en el que el reparto se justifica por la productividad, y los salarios aparecen como una cuestión puramente técnica: “Tienes que estar ahí ocho horas, y ocho horas no produce nadie. Nadie está ocho horas trabajando, es materialmente imposible. A lo mejor una reducción de jornada y además incluso con otro puesto de trabajo, y la productividad será mayor, no sé... Creo que es esa mentalidad de cuantas más horas. [...] yo creo que a nivel social se tiene que ir implantando el modelo de repartir el trabajo que haya, mucho o poco repartirlo. La estructura de las horas extras... [...] Sí, esto me parecería muy bien. Pero claro, si yo digo: “Venga yo trabajo veinte horas, y otra persona otras veinte horas”. Pero me van a dar quinientos euros. Si con mil, no llego, ¿qué voy a hacer con quinientos? Me tendré que buscar dos curros.” (Ocupados)

[...] la sociedad sí habría que cambiarla la forma de esta sociedad. Nos hemos habituado a una forma de vida tan, con tanto estrés. (Parados CD)

Es que tenemos un país lleno de gente cobrando sueldos y que trabajan la mitad de las horas que se les paga y por qué por ese dinero no hay más personas trabajando, contentas, y consiguiendo un equilibrio en su vida, porque cuando decías ‘la priorización’, para mí como dijo el Wyoming en una entrevista ‘*yo no llamo a mi trabajo “trabajo” porque a mí me gusta*’. (Precarias)

A mí no me gustaría, *no me gustaría volver a trabajar*. Sin embargo, en caso de que... tendré que trabajar otra vez, pues elegiría trabajos de menos horario, de menos dinero no, porque ya era poco y seguro que menos no dan. Pero tampoco me agobia volver a trabajar. (Parados LD2)

Y, a ver, yo en cuanto al trabajo, angustia no he sentido. Cuando trato lo que sale en el futuro, me angustio. Pero no quiero pensar en el futuro mucho, porque *no me motiva el trabajar*. Para ser sincero, no he echado ningún currículum. Me han salido unos trabajos, he hecho unos trabajos, a través de contactos, cosas puntuales, y más o menos *me he arrepentido porque me ha quitado tiempo que para mí era valioso para hacer otras cosas*. Sin embargo sí tengo en cuenta que se va a acabar el paro en dos meses y tengo que encontrar una solución. (Parados LD2)

Afortunadamente tiene trabajo, desafortunadamente está explotada, como la mayoría de mis amigos que tienen trabajo; a lo mejor son infelices. Yo también a veces digo *bendita crisis*, también trabajaba mucho, trabajaba fuera de España, y pasaba el fin de semana en casa, no salía. Ahora, salgo toda la semana, y no tengo un duro, para mí es de puta madre. [...] estoy seguro de que la gran mayoría de la gente no tiene ningún objetivo, porque está pegada en el trabajo, en el sistema. (Parados LD2)

*Yo siempre he considerado el trabajo como una maldición*, es así, pero bueno, ahora realmente es cuando lo piensas porque a mí nunca me ha faltado. (Parados LD)

Pero *si tuviera ahora mismo el aporte económico, no trabajaría, que le den por el culo*. O sea, si tuviera la mensualidad, no como la que me daban, incluso un poco menor. (Parados LD)

Y luego lo del trabajo, si a mí me encantaba. Ver obras, siempre me ha gustado muchísimo. Pero ya, estoy tan desengañado del sistema laboral, que ahora mismo, *si me dieran un mínimo para vivir, no trabajaba*, o sea, le daban por culo [risas], no trabajaba, y eso que me ha gustado siempre mucho mi trabajo. Yo era un enamorado de mi trabajo, y lo sigo siendo. Pero estoy desengañadísimo del mundo laboral. [...] De lo que a mí me gustaba tanto, pues que os den por culo. Si pudiera ahora mismo, rechazaba ese tiempo de mi vida. Pero estoy tan desengañado que me pasaría mirando un árbol. Tienes que hacer ocho horas mirando un árbol, y te damos el sueldo, me parece fenómeno [risas]. (Precarios)

Para mí el trabajo no es como tú, que a mí no me satisfacía tanto, ¿eh?, yo ahora estoy dándome cuenta que era esto lo que quería y digo que si esto se alargara aunque fuera con los 400, yo estoy bien, o sea, yo podría vivir así... (Paradas)

Como se ve, en los seis grupos de discusión realizados se subraya el rechazo del trabajar por trabajar. Tanto en hombres como en mujeres, en paro o en precariedad, se cuestiona el sentido mismo de trabajar, que ya no es sólo el mero deseo de un “buen trabajo”. Un parado critica el trabajo en su carácter transhistórico, como “obligación perenne, absoluta y universal”, y lo propone como una “opción”, de manera que entiende que la sociedad no debe necesariamente funcionar en torno al trabajo. Varios parados afirman no querer trabajar

mientras puedan sostenerse económicamente. Otro parado lo relata como efecto de una determinada forma de socialización, que culpabiliza a quien no quiere trabajar. Se caracteriza como “una maldición”, o se define como negatividad, como lo contrario a lo que “me gusta”, lo que “a nadie le gusta”, lo contrario al deseo de vivir: “no me gustaría volver a trabajar”, “no me motiva el trabajar”.

De todas estas expresiones se puede suponer que, si se fueran produciendo las condiciones para un acceso a la riqueza no mediado por el trabajo, muchas personas abandonarían progresivamente la lógica del trabajar por trabajar. Desde nuestro punto de vista, la presencia recurrente de estos discursos es un hallazgo importante que hace más plausible la hipótesis de una solución al desempleo que no pase por el trabajo. Como vemos, tal solución no sólo se justifica teóricamente sino que está anclada en un potencial deseo colectivo de no trabajar. Pero, ¿cómo interpretar más en profundidad esta repetida aparición del rechazo del trabajo? ¿Confirman estos discursos que la crítica del trabajo está ya socialmente extendida? Sí y no. Nuevamente, al igual que el trabajar por trabajar no es un deseo puro y positivo, tampoco lo es el rechazo del trabajo. Hay que evaluar históricamente el sentido de la contradicción para captar sus posibilidades reales.

En el contexto presente de creciente precarización, una reacción lógica de ser *rechazado* [7.4], es rechazar a lo que te rechaza; el sujeto rechazado por el trabajo rechaza el trabajo como un modo de no reconocer aquello que no le reconoce. Pero este no-reconocimiento no es unívoco sino, nuevamente, contradictorio. Porque si, repentinamente, a estos sujetos se les ofreciera un “buen trabajo”, la mayoría volverían a desear trabajar. Sin embargo, como la situación hipotética de un “buen trabajo” es y será, según sostenemos, altamente improbable para la gran mayoría de la población, en tales condiciones el deseo de no trabajar podría adquirir una fuerza creciente. Esto sitúa el rechazo del trabajo en la tensión entre la precariedad y la posibilidad de desarrollar nuevas formas de apropiación del tiempo disponible.

Cuando una precaria evoca la frase de un conocido presentador de televisión: “yo no llamo a mi trabajo “trabajo” porque a mí me gusta” está diciendo que *todas las actividades que alguien realizaría aunque no obtuviera dinero por ellas, no deberían ser consideradas “trabajo”*. En ese sentido, la común afirmación “a mí me gusta mi trabajo”, que suele interpretarse como un deseo de trabajar por trabajar, sólo resistiría la prueba de su consistencia si la misma actividad con la misma forma temporal se realizaría igualmente

mientras tal actividad no fuera la condición del acceso al dinero: según ese razonamiento, el deseo de trabajar sólo sería posible cuando el trabajo te gusta, es decir, cuando no es realmente trabajo. Es decir, nadie haría el trabajo que aparentemente le gusta en las mismas condiciones que lo hace ahora si la presión temporal competitiva se redujera o se dejara de ejercer: es decir, el trabajo actual no tendría sentido si uno lo realizara en las condiciones de un acceso garantizado a la riqueza mínima.

#### **Tabla metodológica 7. Preguntas de entrevista para captar el rechazo del trabajo**

Tras el análisis, se nos abre una reflexión metodológica para profundizar en los discursos sobre el deseo de trabajar por trabajar y/o el rechazo del trabajar por trabajar. Una futura investigación podría plantear preguntas como: 1) ¿Trabajarías si tuvieras dinero suficiente para tus gastos básicos? 2) ¿Trabajarías de la misma manera, el mismo horario, con el mismo ritmo e intensidad, si tú y toda la gente tuviera derecho a una vivienda y otros gastos básicos? 3) ¿Qué actividades *harías* y cómo las *harías* si tuvieras menor presión cotidiana? ¿Y si no tuvieras el miedo a perder el trabajo?

La primera pregunta la hemos realizado en varias de nuestra entrevistas y casi siempre es respondida con una autojustificación, una respuesta defensiva que puede ser interpretada *como un deseo de ser socialmente útil* que no debe identificarse automáticamente con el deseo de trabajar por trabajar.

En este sentido, y como venimos argumentando, sería clave profundizar analíticamente en las diferencia entre la forma temporal de trabajo transforma el contenido de la actividad, de manera que a alguien le puede gustar el contenido “periodismo”, por ejemplo, no conlleva que le guste tener que escribir cada vez más artículos, más rápidamente, por poco dinero o gratis, en revistas o periódicos donde uno no puede elegir los temas que trata, por ejemplo. *El deseo de no trabajar no debe ser interpretado como el deseo de no realizar una actividad útil, sino solamente como el deseo de no estar sometido a actividades crecientemente competitivas.* Por ejemplo, una profesión como la sociología, muchas personas la practicarían sin cobrar si tuvieran tiempo y riqueza suficiente. En tal caso, la sociología se practicaría de otra manera: disminuiría la productividad de artículos académicos y se leerían más libros, las temáticas tratadas no dependerían tanto de intereses económicos y políticos dominantes, los métodos más utilizados dejarían de ser aquellos que permiten producir más publicaciones en menos tiempo, los que permiten acceder a los proyectos, a los puestos de trabajo o al estatus, dejaría de primar la cantidad sobre la calidad, etc. Lo mismo podría pensarse para todas aquellas actividades que serían practicadas de otra manera si dejaran de operar bajo una coacción constante y creciente.

Un importante rasgo a destacar en la emergencia del rechazo del trabajo se relaciona con una de las dos principales técnicas utilizadas en nuestra investigación. El discurso del rechazo del trabajo ha surgido en la situación de nuestros grupos de discusión, pero no lo ha hecho de una manera significativa en la situación de entrevista, a pesar de que en ambas situaciones preguntábamos por el sentido del trabajo. Entonces, parece que la potencia del rechazo del trabajo sólo podría materializarse como un discurso público generalizado a partir de situaciones colectivas tales como las que recrea la técnica del grupo de discusión (Ibáñez, 1986; Martín Criado 1997). Al contrario de la conversación de dos personas, este tipo de situación colectiva puede catalizar lo que Scott llama el *discurso oculto* de los dominados:

En ese círculo social restringido, el subordinado puede encontrar un refugio ante las humillaciones de la dominación: allí, en ese círculo, está el público para el discurso oculto. Al sufrir las mismas humillaciones o, peor aún, al estar sujetos a los mismos términos de subordinación, todos tienen un interés común en crear un discurso de la dignidad, de la negación y de la justicia. Tienen, además, un interés común en reservar un espacio social, alejado de la dominación, para elaborar allí, en relativa seguridad, un discurso oculto. (Scott, 1990: 169)

En nuestro caso, las condiciones de emergencia del discurso oculto del rechazo del trabajo incluyen a los moderadores de los grupos de discusión, cuya apariencia física y lugar institucional parecen facilitar la suspensión del juicio moral respecto a los juicios emitidos contra el trabajo. Una vez que se da la complicidad con el resto del grupo, se neutraliza la mirada culpabilizadora externa -e interna- que pende sobre cada parado, y comienzan las “risas”, se explicitan los tabúes. El grupo permite enunciar, decir, dar lugar, a los pensamientos que hasta entonces pasaban por la cabeza sin prestárseles atención. Afirmaciones varias como “no lo echo de menos, la verdad”, “me da un poco de cosa decirlo” indican el afrontamiento de la vergüenza que permite superar la culpabilización incorporada, y de ese modo es posible explicitar delante de los otros la cara de la alegría que se ha sentido por haber dejado el trabajo. Bajan las defensas y ya no se teme la acusación de “vago”.

Desde el punto de vista de la reflexividad individual de un parado en condiciones de precariedad, es lógico que el deseo de no trabajar tienda a omitirse, pues como ya señalamos, mantener la esperanza de trabajar es una condición importante para mantener la autoacción que permite ajustarse a las coacciones externas. Sin embargo, en las discusiones colectivas de nuestra investigación se comparte colectivamente el rechazo del trabajo: el trabajo suponía el sufrimiento cotidiano, la crisis “nos ha salvado”. La panacea de la “creación de empleo” se demuestra banal porque el trabajo es señalado como un espacio de

sufrimiento tan intenso o más que el propio desempleo, a pesar incluso de todos los obstáculos cotidianos que se puedan estar viviendo. “Los insultos públicos a la dignidad personal y a la condición misma de ser humano” (Scott, 1990: 167) que han caracterizado los discursos culpabilizadores durante la crisis son revertidos, el grupo rompe ese discurso público y demuestra la reflexividad que facilita la situación colectiva, y genera algunos consensos tan radicales que sorprenden a algunos miembros del grupo, que repentinamente perciben que la propia normalidad de la que se creían parte es ahora anormalidad, en relación a la nueva normalidad montada por el grupo.

Como se ve, las situaciones grupales que se dan bajo ciertas condiciones operan como un psicoanálisis social -o un *socioanálisis* (Bourdieu, 1991; Ibáñez, 1986)-: el deseo *latente* de no trabajar, reprimido por la incorporación de la dominación, aparece en cuanto hay un contexto proclive a su expresión. La suspensión de la moralización del desempleo se vive como alivio, y todos los grupos terminan con un “ha sido muy terapéutico”. Como vemos, la posibilidad de superar la visión del desempleo como un déficit, como negatividad, desidealiza la figura del parado como un sujeto puramente sufriente. Asimismo, la mirada del desempleo como positividad respecto a la negatividad del trabajo, permite resignificar las acusaciones de “no querer trabajar” que normalmente son respondidas a la defensiva, y que obligan a demostrar constantemente el deseo de trabajar por trabajar. En este sentido, veremos un poco más adelante las condiciones de superación de la culpabilización [8.5].

En conclusión, la moralización y precarización que hemos visto a lo largo de toda la investigación, hasta el punto en que está subjetivada en cada parado, obstaculiza un surgimiento *público* más fuerte del discurso contra el trabajo. Pero en cuanto se generan espacios colectivos proclives, se hace posible la emergencia de todo lo que normalmente no se debe decir: por muy difícil que sea su materialización a corto plazo, se abre el espacio para plantear el reparto del trabajo, la reducción del trabajar por trabajar, el trabajar para vivir, el disfrute del tiempo abundante. Si, según nuestro enfoque, el rechazo del trabajo existe y existirá mientras el trabajo sea un eje central de la dominación social, las actuales condiciones aumentan las posibilidades históricas de la realización del tiempo disponible. Por esta vía, el aumento del rechazo del trabajar por trabajar sólo podría realizarse si se da paralelamente a un progresivo acceso a la riqueza que no estuviera mediado por el trabajo, lo que eliminaría progresivamente la actual coacción abstracta socialmente descontrolada que sería sustituida



por normas temporales heterogéneas, no jerarquizadas y colectivamente controladas basadas en el criterio del tiempo de vida como centro del tiempo social.

Para ver las otras formas de riqueza que *sostienen la vida*, como dicen las feministas, debe analizarse el tiempo disponible no sólo a partir del tiempo de trabajo. Si en el capítulo anterior vimos los efectos devastadores de la pérdida de buena parte de la riqueza del tiempo cotidiano, en los siguientes puntos vamos a ver cómo el mantenimiento de un tipo de riqueza *relativamente* autónoma del trabajo ha sostenido la vida de muchos parados y paradas evitando su superfluidad. En ese sentido, tales formas de riqueza son una condición central del potencial tiempo disponible: los cuidados, las alternativas de uso del tiempo que no requieren dinero, el apoyo social y la participación en el asociacionismo o en movimientos sociopolíticos.

#### 8.4. Entre los roles patriarcales y la sostenibilidad de la vida

Las principales corrientes del feminismo han analizado los cuidados como una esfera subordinada respecto al trabajo. Durante décadas, la “lógica” de los cuidados se consideraba como una lógica relativamente autónoma que se contraponía a la lógica del trabajo remunerado. Se tendía a ver los cuidados como el espacio femenino de la solidaridad, el afecto y la cooperación, en contraposición a la lógica de la competencia masculina en el mercado. Muy resumidamente, puede interpretarse que esta mirada del feminismo proponía aumentar los espacios caracterizados por una lógica de cuidados y reducir los espacios caracterizados por la competencia, es decir, se hacía una crítica de lo masculino desde el punto de vista femenino, como si éste fuera un espacio de “resistencia” frente al mercado (Weeks, 2007). En esa mirada, las mujeres debían igualarse a los hombres en el campo del empleo y los hombres debían igualarse a las mujeres en el campo de los cuidados. Esta igualdad se proponía principalmente a partir de un reconocimiento positivo y una afirmación del valor de los cuidados, que “equilibrara” las desigualdades entre esferas.

Recientemente, este tipo de perspectiva está siendo objeto de una crítica profunda por parte de algunos feminismos, que aún está en proceso de asentamiento (Pérez Orozco, 2014; Weeks, 2011; Scholz, 2009). Dentro de estas nuevas críticas, el concepto de *sostenibilidad de*

*la vida* está teniendo una amplia difusión en el campo de habla hispana, en detrimento de la defensa de la centralidad de los cuidados. Por ejemplo, tal como lo expresa Pérez Orozco (2014: 222, 247, 272), poner la sostenibilidad de la vida “en el centro” implicaría no una afirmación sino una *negación* de los cuidados, un movimiento “contra los cuidados”:

No se trata de poner en el centro los cuidados, sino la sostenibilidad de la vida [...] los cuidados son las tareas propias de esa esfera socioeconómica privatizada, feminizada e invisibilizada con la que queremos acabar [...] ¿No deberíamos hacer una firme apuesta por la desaparición de los cuidados, más allá de su redistribución, reconocimiento y reconceptualización? (Ibíd.: 249).

Esta propuesta quiere desidealizar definitivamente los cuidados como el espacio del amor y la solidaridad que habría de ser defendido frente a una lógica despiadada supuestamente exterior. La lógica del capital y la lógica de los cuidados, se dice, no son “lógicas” contrapuestas (Ibíd.: 95). Si la esfera de los cuidados ha sido constituida paralelamente a la del trabajo, se trataría de desmitificar la supuesta cara amable de la moneda frente a la cara mala: habría que asumir que la superación ha de llevarse por delante a ambas caras. Poner la sostenibilidad de la vida “en el centro” sería la vía de tal superación, lo que desde nuestro enfoque sería perfectamente paralelo a una sociedad cuyo “centro” fuera el tiempo disponible.

¿Qué relación hay entre la propuesta de la sostenibilidad de la vida y la crítica del trabajo y el desempleo? ¿Cómo pueden captarse empíricamente las prácticas que *potencialmente* podrían apuntar a la superación de esa esfera de los cuidados subordinada, feminizada e invisibilizada? Al igual que en el enfoque de la sostenibilidad de la vida, en nuestro enfoque lo que habría que buscar no es tanto la *redistribución* de las actividades - mujeres que hacen actividades masculinizadas u hombres que hacen actividades feminizadas - sino que sobre todo se trataría de rastrear *cómo en el tiempo del paro se puede transformar la forma temporal de los cuidados*, de tal manera que pueda verse cómo en las prácticas cotidianas una superación de la dicotomía entre trabajo y cuidados podría apuntar al tiempo disponible. De esa manera, la distinción analítica que nos es relevante debe buscar: 1) qué actividades de cuidados se hacen bajo formas temporales *negativas*, como tácticas puramente defensivas, es decir, en qué casos las prácticas reproducen la división entre trabajo y cuidados y la división patriarcal del tiempo, y; 2) qué actividades de cuidados se hacen bajo formas temporales *potencialmente positivas*, que en su práctica cotidiana pudieran generar un tiempo social autónomo del tiempo de trabajo que no fuera la cara opuesta o subordinada del trabajo, sino que apuntara a una potencial positividad que podría definirse a sí misma, cuya

forma podría seguir existiendo si el tiempo disponible –la sostenibilidad de la vida– fuera el pivote de la organización social. Para buscar la relación entre el tiempo disponible y la sostenibilidad de la vida debemos buscar entonces aquellas actividades que producen disfrute sin reproducir la división dual de las esferas y la jerarquización de los tiempos: en el caso de nuestra investigación<sup>364</sup>, paradas que disfrutaran de cuidar sin reproducir su rol patriarcal, y parados que disfrutaran de cuidar sin hacerlo como un *rellenar el tiempo*, sin el extrañamiento y el malestar de ser amos de casa [6.3.2]. Más que un análisis muy detallado, nos limitamos a mostrar algunas líneas que se nos abren a partir del análisis del tiempo del paro, y que pueden servir para desarrollar estas ideas.

*La desvinculación entre las mujeres y el trabajo, o, la potencia de los ritmos femeninos*

Para las mujeres, como vimos [6.3.1], el paro tiende de una manera general a un “encierro” en el hogar que reproduce su rol patriarcal. El rechazo del trabajo característicamente femenino es capturado en el marco de la reconstitución capitalista del trabajo para asignar a las mujeres un rol que sea vivido como positividad, cuando a menudo es el efecto de su específica precarización: en esos casos, las mujeres expulsadas del trabajo ya no están *dentro* del mercado de trabajo y dicen que *no quieren trabajar*. Del mismo modo que los parados se ven coaccionados para desear trabajar, muchas amas de casa se ven presionadas para desear cuidar. El arreglo temporal ha profundizado así algunas formas de *neofamiliarismo*<sup>365</sup>. Así lo expresaban varias amas de casa relegadas a la esfera de los cuidados, que se afirman en su rol *después* de haber intentado integrarse en el mercado de trabajo: tras haberse formado o haber trabajado, en algunos casos con alguna disposición ambivalente a ponerse en forma para el trabajo, y en otros, posicionadas afirmativamente como amas de casa, en una negación rotunda a volver a trabajar en el mercado tras experiencias de explotación intensa.

---

<sup>364</sup> Puesto que en esta investigación nos hemos centrado básicamente en familias nucleares, no captamos las potencialidades de tiempo disponible que pudieran existir en el marco de unidades familiares o comunitarias que tiendan a superar las contradicciones del individualismo familiarista [5.7] y que, sin duda son un espacio central para pensar la sostenibilidad de la vida.

<sup>365</sup> Decimos “neo” porque el familiarismo no se da sobre el presupuesto de una relación ganapán-cuidadora cuyos roles están determinados desde el inicio, sino que en el caso de muchas mujeres se ha invertido mucho tiempo en trabajar pero tales inversiones no han sido compatibles con su organización familiar.

**Cuadro 33. Expresiones de la presión temporal en amas de casa ex-paradas**

[...] yo estuve trabajando muchos años antes de casarme, ya cuando tuve a los niños más pequeños, debido a un *estrés agudo*, tuve que dejar de trabajar y bueno, me permitió más tiempo con mis hijos, que era lo que verdaderamente yo quería

[...] *yo mi vida no es estresada*. Un día lo dedico nada más a lo que es la limpieza, lo demás el jaleo de las niñas, *pero sin estrés, de que uno diga: oye lo de ama de casa, todo el día los nervios, no. Hay momentos, picos en el día que puede estar una estresada*. Yo me estreso más al mediodía. ¿Por qué? Porque tengo *como un restaurante*, un turno de comida, una sale a las dos, la otra a las tres, mi marido sale a otra hora

[...] tuve un cuadro de *ansiedad porque quería hacer mi faena más ligera de lo que la hacía*. No sé exactamente si estaba todo hecho, todo planchado, todo limpio, cogí esta ansiedad, ¿no? *No quería correr más*, la cría era más chiquitita y bueno, pues, cogí este cuadro de ansiedad. Hasta que un día ya me planté, después de estar tomando ansiolítico y dije “ni uno más”

[...] yo el tiempo que ahora tengo para mi hija lo valoro muchísimo porque yo tenía unos *horarios malísimos*. Si estaba de mañana, llegaba a las cuatro corriendo, me comía un bocadillo en el coche para llevarla a las extraescolares. ¿Que estaba de tarde? Salía a las once de la noche y yo a mi hija no la veía, la dejaba a las nueve en el cole y ya hasta al día siguiente, que la levantaba y la llevaba al cole. Yo lo pasaba fatal, pero vamos, fatal, y la verdad es que yo la vida que llevo ahora misma yo lo valoro. Vamos que *a mí ser ama de casa, es que me encanta ser ama de casa* [...] yo valoro muchísimo la vida, *yo no tengo estrés*.

[...] voy a tener otro [hijo] y más ahora que la verdad tengo una vida súper relajada, ya llevo mi niña a extraescolares, mi niña lo que pida, es que no tengo otra cosa que hacer en la vida ahora mismo que dedicarme a mi hija. Y mi marido encima tiene turno, que tiene tiempo, me ayuda, la verdad es que no me puedo quejar, es que no, me encanta mi vida, *lo que no me gustaba de mi vida era antes, trabajar*. [...] ¿EN QUÉ TRABAJABAJAS? Yo lo último que estuve, en un supermercado, tenía turno de mañana o de tarde. Yo quise compaginar, es que es muy difícil compaginar así la vida familiar con la laboral. Tú se lo explicas, mira es que tengo a una niña, es que si me pones dos semanas de tarde, estoy *quince días sin ver a mi hija*. Y le daba igual, a mi jefe le daba igual. Mis compañeras me ayudaban, me hacían días, pero lo mal que lo pasaba, yo recuerdo como una lucha aquella época de mi vida, me llevé cerca de dos años, porque no tuve más remedio que hacerlo. ¿Ahora yo hoy? *Yo prefiero tener menos pero disfrutar mucho más, yo soy feliz y antes no era feliz. ¿Para qué quiero tener dinero?* Si yo estaba amargada de la vida, yo salía un sábado a las once de la noche. ¿Dime tú a mi *qué fin de semana tenía yo?* Yo estaba el domingo muerta en el sofá, reventada, que yo trabajaba muchísimo.

Y ya el fin de semana para mi marido y mi hija, y ya el lunes pues... Si *yo tengo tiempo ya entre semana* no tengo yo que estar “Oye que voy a hacer esto”, *ya se hará luego*, porque la verdad es que yo valoro mucho mi vida hoy, porque he tenido la otra vida, tía, quizás que la gente que no ha tenido esto, es que esto es un *infierno* de verdad. // Sí sí, es un *infierno*. // Y además tú puedes con todo, venga que voy a trabajar. Que no, que no, yo soy muy feliz ahora, y además necesitas menos. Tú cuando estás en aquello trabajando, yo gastaba muchísimo más que ahora.

[...] yo soy ama de casa, por decirlo así, porque me quedé parada, hace dos años y medio, y yo al principio era un trauma, yo había trabajado siempre, pensaba que me iba a aburrir mucho, que sobre todo socialmente yo creo que está, estaba muy mal visto ser ama de casa. // Es que es verdad, es verdad. // Ahora con lo de la crisis, yo creo que también la gente se ha abierto y no somos la típica “mari”. Antes a mí me daba vergüenza ser ama de casa, decía que trabajaba en una productora.

*Con lo que hay en la calle*, de verdad, con lo que yo he pasado en este supermercado, yo estoy encantada en mi casa. Yo no digo esto, mi marido tiene su trabajo, con sus turnos y muchas obligaciones y muchos dolores de cabeza. Yo no, yo me acuesto feliz.

*Parece que eres más mujer cuando estás en la calle trabajando*

Y ha sido muchos años que he vivido esto, un círculo que no sabes cómo, pero estás ahí, y para nada, no para nada, porque en mi caso me acarreó esto, una enfermedad ¿no? Un *estrés* muy agudo, y que lo pasé muy mal muy mal, y ahora gracias a Dios pues ver la otra cara, que esto es lo que decía ella ¿no? *¿Por qué tantas metas, tanta rapidez, tantas...? Si al fin lo que importa es lo que, es el momento, como uno vive, con la tranquilidad. ¿Por qué nos ponemos estas prisas? Simplificar las cosas, ¿no?*

Aunque se podrían hacer muchos análisis sobre estos ricos discursos de las amas de casa, nos interesa aquí solamente enfatizar el significado del tiempo: la expulsión del trabajo puede entenderse a partir del desajuste entre las disposiciones temporales de los ritmos de cuidados y las normas temporales del trabajo, especialmente en los empleos más precarios. Este desajuste se materializaba en el “estrés”, la “ansiedad”, la desincronización con los horarios de los hijos y la escasez de tiempo general como problema fundamental asociado al “infierno” del trabajo, tal como se expresaban: “quería hacer mi faena más ligera de lo que la hacía”. Las actividades de cuidados en la familia son vividas positivamente, especialmente, cuando no están sujetas a una presión temporal constante, es decir, cuando no tienen forma de trabajo. Cuestionaban el trabajo diciendo: “por qué tantas metas, tanta rapidez”, “no quería correr más”, “¿por qué nos ponemos estar prisas?”. La regulación temporal de las actividades del espacio doméstico no está tan *directamente* controlada por el tiempo de trabajo, sino indirectamente, en algunos “picos”, algunas horas o días, etc. Y como se ve y se ha dicho en muchas ocasiones, las posiciones de clase de las mujeres permiten comprender en buena medida la mayor o menor tendencia al rechazo del trabajo<sup>366</sup>.

En términos del tiempo disponible, la posición de las amas de casa es contradictoria. Por un lado, el efecto fundamental del deseo positivo de ser ama de casa se produce en el marco de un pacto ganapán-cuidadora que no apunta a la superación de la dicotomía trabajo-cuidados constituida sobre el pivote del trabajo masculinizado y la subordinación del tiempo de cuidados. Pero por otro lado, el rechazo del trabajo en las amas de casa *podría* apuntar hacia el tiempo disponible, si su rechazo no se diera mientras se afirma la cara subordinada del trabajo. El rechazo del trabajo es un rechazo de aquellas actividades que tienen forma temporal de trabajo - “como un restaurante”. En ese sentido, a pesar de que la afirmación de los cuidados se da en el marco de la división patriarcal de los tiempos, el claro rechazo de las amas de casa a la presión temporal que se impone sobre los sujetos es una fuente más del deseo de tiempo disponible.

Estos argumentos apoyan la hipótesis de que se tiende a llamar “trabajo” a aquellas actividades marcadas por una presión temporal abstracta. Los tiempos cotidianos de cuidados,

---

<sup>366</sup> Se ve claramente aquí el clásico conflicto de clase al interior del feminismo, entre amas de casa “subordinadas” y mujeres de clase media y alta que acceden a trabajos más cualificados y protegidos. Éstas últimas tienden a autoatribuirse su éxito laboral como efecto de su voluntad de trabajar, y no de su posición social, ya que, en tanto trabajadoras, son reconocidas en el actual modelo de feminidad: como decía una ama de casa, “parece que eres más mujer cuando estás en la calle trabajando”. O como dice otra ama de casa: “Yo comprendo que hay gente que ha estudiado su carrera, que tiene unos buenos trabajos, que tiene unos buenos horarios, que recoge todos los días a su hijo, pero la que no puede compaginar horario familiar y horario laboral, yo estaba amargada.” (Amas de casa). Si desarrolláramos nuestro enfoque, se trataría de ver las posibilidades de tiempo disponible que emergen a partir de las diferentes posiciones sociales. Véase el análisis del rechazo del trabajo en mujeres por clase, según Bourdieu (1979: 209)

independientemente de su contenido, incluyen tanto actividades con alta presión como actividades con baja presión, lo que desde la hipótesis que lanzamos podría relacionarse con su categorización social como “trabajo”:

Y DICES QUE PARA TI LA CASA ES COMO UN TRABAJO, ¿NO? LA CASA QUE NO TE PAGAN... Eso... [risas] es un trabajo porque... Hombre, porque *estás todo el día con el reloj, es como trabajar...* (Martina)

*Lo de mi casa, nadie me obliga, no tengo que cumplir horario;* lo hago cuando puedo, cuando me apetece, o cuando... (Melinda)

Al igual que en muchos de los ritmos de cuidados que no están sometidos a presión en la vida de las amas de casa, el paro transforma la forma de muchas de las actividades de cuidados, que dejan de tener forma de trabajo, y de esa manera, podrían ser potencial tiempo disponible. Al igual que el ejemplo que ponía una ama de casa, en la que el tiempo de comida se transformaba en un “restaurante, no sin ambivalencias, puede verse con un ejemplo sencillo el cambio en una práctica cotidiana que podría apuntar a una transformación de la esfera de los cuidados en el sentido del tiempo disponible:

*Cambia mucho la forma de cocinar.* Antes los macarrones eran el plato nacional, a mi hija le encantan y una vez a la semana. Ahora ya hago más legumbres, no le gustan, le digo, “lo siento mucho, hay que comer de todo”. Hoy le han tocado judías verdes, no le gustan no se las come ni en puré. “¡Ay, judías verdes!” - “No, pero después hay albóndigas”. Además, la comida la hacen más... a mí no me gusta la comida de un día para otro, la prefiero recién hecha. *Trabajando, no te queda más narices, si no, no comes.* Y ahora es más... *es otra cosa.* Guiso mucho más. (Matilde)

El cambio en la “forma de cocinar” que expresa Matilde, puede ser entendido como un cambio en la *forma* de cocinar, en nuestros términos. El cocinar aquí es “otra cosa”, es un “guisar”, que se da sin la presión temporal que, cuando se trabajaba, hacía que el cocinar tuviera forma de trabajo. Fuera del marco de la familia nuclear, la práctica de guisar de Matilde no opera dentro de una relación directamente funcional al trabajo, sino que se trata de una práctica que potencialmente puede ser designada como de *sostenibilidad de la vida*. En el paro, la actividad del cocinar recupera una cualidad propia que trabajando no se podía realizar. En este sentido, el desempleo permite a Matilde disfrutar positivamente del tiempo de cocinar, sin que por ello reproduzca necesariamente un rol patriarcal. La esfera de los cuidados feminizados se reproduciría si el tiempo de cocinar estuviera bajo una presión temporal que se produce en el marco de una división de roles funcional a la reproducción del trabajo asalariado como pivote de la organización social. Pero con este ejemplo sencillo, la práctica apunta más a una abundancia que a una escasez subjetiva de tiempo, y por ello, tiene más relación con el tiempo disponible que con un tiempo de cuidados subordinado. Esta *forma* de cocinar podría parecerse a la forma de cocinar en una sociedad cuyo pivote fuera el tiempo disponible, ya que la forma de la actividad no

opera para incorporar nuevas disposiciones temporales relacionadas con el tiempo de trabajo, sino que se ajusta a los ritmos del sujeto sin necesidad de acelerarlos; se contrapone así a una forma de cocinar bajo presión, intensa, sujeta a la prisa omnipresente, orientada a la pura reproducción de la fuerza de trabajo y supeditada a normas temporales abstractas. Veamos otro ejemplo.

[...] mi pareja también me anima a, a que yo trabaje si quisiera hacerlo o si pudiera, de trabajo, pero también es verdad que desde que no trabajo y estoy con mis hijos *más tiempo, más calidad de vida*, como se dice, el poder llevarlos al colegio, recogerlos, el poder llevarlos al parque con ellos, bañarlos tranquilamente *sin presión*. (Precarias)

Como se vuelve a ver, el disfrute de cuidar depende no sólo del contenido de la actividad sino sobre todo de su forma temporal y de la relación en que está inserta. Recoger o bañar a los niños “sin presión” es “calidad de vida”: el ritmo del cuidado se ajusta al ritmo del sujeto, en vez de que el sujeto se ajuste al ritmo del trabajo. Si tales actividades cotidianas, en vez de verse sólo en el marco de la familia nuclear y de la reproducción de la fuerza de trabajo, se vieran como la otra cara de la contradicción con el potencial tiempo disponible, explorar estas tensiones serviría para captar las posibilidades de la sostenibilidad de la vida existentes en las prácticas más cotidianas. En el mismo sentido, podría pensarse el sentido de las prácticas más repetitivas -barrer, planchar, fregar- realizadas en un contexto de cansancio y presión temporal, o realizadas bajo un ritmo tranquilo.

Probablemente, el caso más típico del conflicto entre el trabajo y los cuidados para las mujeres es la dificultad de pasar el suficiente tiempo con las criaturas. Por ello, el desempleo es vivido muy positivamente al permitir recuperar una relación que estaba coartada por el trabajo. Véanse las múltiples expresiones:

Me acuerdo un verano, veníamos de las vacaciones, estábamos en el parque, de repente pensé ¡Madre mía cómo ha crecido! Porque, a ver, cómo son los críos, *como si llevase un año sin verla*. Entonces ahora no tengo problemas con ella, porque si dijera que no tengo problemas con ella, también estaría mintiendo. Pero evidentemente, no hemos estado juntas. Estamos juntas ahora. [...] Yo, a veces llegaba por la noche, y llegaba, y me echaba con ella en la cama, estábamos a lo mejor *diez minutos, o quince minutos abrazadas*, porque yo todo el día no la veía. ¿Qué iba a hacer, echarle la bronca? Quince minutos que me ven... la madre fantasma. (Matilde)

[...] mi chica es demasiado madre, y el tiempo que está en el trabajo se le rompe el esquema de vida. Y entonces cuando llega a casa, tiene una *necesidad bestial de niñas*. Entonces digo: “Aquí tienes, tú misma” [risas]. (Precarios)

[...] el problema es que yo quiero ingresar un sueldo en mi casa y por supuesto que no es algo perenne el sentido de estar de vacaciones, pero hacía años que yo necesitaba de unas navidades así y de un verano así y *no depender de nadie para el cuidado de mi hijo*. [...] ¿Tú sabes lo que yo aproveché esas

navidades con mi hijo y con mi familia a hacer cosas que antes trabajando no podía hacer ni plantearme porque no podía llevarles a sitios? (Paradas)

[...] también están participando mis padres, está participando mi pareja, o sea, no estoy yo sola, nos estamos conociendo y ahora es una relación mucho más bonita porque realmente es lo que estoy viendo, es que no podría ser de otra manera, si no estuviese en paro es que no hubiera podido abrazar tanto a mi hijo (Paradas)

[...] yo empecé a buscar poco a poco y a aprovechar la oportunidad que la vida me brinda porque *de otra manera no voy a poder conocer a mi hijo* porque era de las que sabía cuándo entraba pero no cuándo salía, entonces bueno, disfrutar un poco de él y ya que me han negado el permiso de maternidad, entonces pues me voy a tomar un año y voy a ver cómo se me da este nuevo papel en mi vida y así lo hice [...] donde nadie sabe que tengo un hijo, que estoy desempleada, tengo una doble vida y me encanta. (Paradas)

Mi niño está haciendo el curso tercero, que es importante a la hora de cantidad de deberes sobre todo, por lo tanto me dedico por la tarde a ser *profesora de mi hijo*. (Paradas)

El trabajo, cuanto más precario es, más roba la relación con los hijos. Como relataba Matilde, sólo el parón de vacaciones permite percibir el paso cualitativo del tiempo en el crecimiento de la hija. Durante los años de trabajo, la escasez radical de tiempo se compensaba con cuidados cualitativamente intensos, por ejemplo, cuando al llegar por la noche se dedicaban a estar “quince minutos abrazadas”, en una estrategia de intensificación del ritmo del afecto y el contacto corporal que permite sostener la relación con la hija a pesar del tiempo de vida masivamente expropiado por el trabajo. Las paradas, como se ve, están en una especie de tensión constante entre volver a trabajar y dejar de trabajar para recuperar la relación materno-filial. Y como se refiere un precario, la contradicción en este uso del tiempo está en si el tiempo con el hijo es un tiempo para ser “demasiado madre” –que reproduce la maternidad como esencia de la feminidad y los cuidados<sup>367</sup>- o es un tiempo para la sostenibilidad de la vida.

De esta manera, con el desempleo se recuperan placeres asociados al cuidado de los otros y al cuidado de sí que eran muy infrecuentes cuando se trabajaba. La casa, por ejemplo, puede aparecer como un espacio de disfrute que no necesariamente está significado como territorio femenino, se puede recuperar el tiempo para hacer “regalos”, y en general la posibilidad de *donar* el tiempo (Legarreta, 2008) en el marco de una reciprocidad no dineraria.

[...] hay otros días que me apetece estar en casa muchísimo, y no en el sentido de arreglar de tal, no, sino de disfrutar del silencio, disfrutar de la tranquilidad, de la lectura si es el caso o de sentarme en el sofá mirando a la pared pensando qué va a ser de esta familia [risas] (Paradas)

<sup>367</sup> No entraremos ahora en el debate sobre si el actual sentido de la maternidad implica una dimensión más patriarcal o no en relación a la subjetividad de las mujeres. Lo que sigue siendo evidente es el afecto particular que sigue siendo enormemente diferencial en la maternidad respecto al afecto inscrito en la paternidad (Aler-Gay, 2015).



[...] hago muchos collage y si hay un cumpleaños de alguien pues le hago la vida de su cumpleaños en collage con... cosas que antes las hacía ahí en el trabajo, en el medio día, casi sin comer para poder hacer y ahora pues les estoy dedicando un poco más de tiempo. (Paradas)

Otro ejemplo de prácticas que apuntan a las posibilidades del tiempo disponible son todos aquellos tiempos dedicado a la familia que, por un lado, reproducen el individualismo familiarista [5.7] y en ese sentido son funcionales al trabajo; pero que por otro lado, contribuyen a un gasto positivo del tiempo que fortalece lazos sociales relativamente independientes de la temporalidad del trabajo, y que a menudo no pueden ser estrictamente reducidos a un tiempo reproductivo, sino que se trata de un tiempo positivamente improductivo. Véase, por ejemplo, el relato de Carmen:

Y a dedicárselo a mi niño, entonces estoy con mi niño más tiempo, me voy a casa de mi madre, me voy con el niño al fútbol, estoy con mi sobrina, estoy disfrutando de mi gente. *¡Es que si no todo no va ser trabajar!* [el fin de semana] echamos el día allí, comemos y estamos allí, tomamos el cafelito, tomo el cafelito yo con mi madre y por la tarde de vuelta para casa, a ducharnos, a cenar y al sofá, y si hay tareas, pues se hacen tareas, y si no pues *no se hace nada, vaguear*. Sábado y domingo yo vagueo mucho. Vamos, no es vaguar, lo dedico a la familia, a mi niño, juego con el al fútbol, jugamos mi padre, mi madre, mi marido y yo somos el equipo [risas]. Y jugamos. [...]. Después a lo mejor con los domingos, otro domingo como van también mi sobrina, va mi hermano, nos reunimos casi todos, pues estamos allí en familia. Uno dice una tontería [risas], otro dice otra y echamos el día, toda la familia junta, nos lo pasamos bien. (Carmen)

Este “no hacer nada” y “vaguear” con la familia extensa, como un tiempo no sujeto a presión, tiene un sentido positivo en sí mismo, y lo que es más importante, constituye sin duda un gran obstáculo a la expansión del trabajar por trabajar. Bajo las condiciones de una sociedad que pivotara sobre el tiempo disponible, este tipo de prácticas podrían ser también comunes, aun cuando probablemente no debieran restringirse a los lazos de parentesco como tales, sino a colectividades menos cerradas sobre sí, más interconectadas hacia fuera, más basadas en la amistad o en lazos afectivos no familiaristas. De esta manera, lo familiar debe ser distinguido del familiarismo, pues aquel puede ser un espacio posible más, no cerrado sobre sí, de practicar solidaridades sociales que no sirvan para retroalimentar la competencia por, y en, el trabajo, tal como ocurre actualmente:

[...] lo valoro también porque yo cuando me hace falta algo de los demás han estado, es que tengo la suerte de tener una familia y que nos queremos y que no es de boquilla sino que siempre estamos ahí, familia y amigos, entonces yo siempre valoro muchísimo el concepto de amistad, el concepto de familia como apoyo (Paradas)

Por último, cabe destacar cómo los obstáculos al tiempo disponible son especialmente claros en las actuales condiciones de crianza individualizada, que hacen muy rígidos los tiempos de cuidados y que, a pesar de que se den sin una forma temporal de trabajo, no permiten explotar

la fundamental dimensión colectiva del tiempo disponible. En el caso de los cuidados, en este sentido, las formas de organización social de los cuidados tendrían que abrir nuevas posibilidades que permitieran que todo el tiempo de “un niño”, por ejemplo, marcara todos los horarios de la persona responsable de su cuidado. El caso de dos familias monomaternales es el más claro en este sentido:

Es que un niño es eso. Elisa te marca... si lo quieres criar tú. Te tienes que marcar los horarios (Elisa)

Es muy complicado vivir con un niño. Todos los días lo mismo. (Ana)

De esta manera, la crianza puede ser lo que salva de la desestructuración temporal a muchos parados y paradas, pero al mismo tiempo, si la crianza es individualizada, supone un obstáculo para desarrollar una mayor pluralidad de prácticas de potencial tiempo disponible.

En definitiva, desde muchas de las posiciones femeninas se entiende con enorme facilidad, a veces de manera casi automática, que la vida no debe girar en torno al trabajo. En general, se da una menor culpabilización por querer ser feliz sin trabajo, al contrario de lo que ocurre en la mayoría de hombres. Las mujeres hablan con mucha menor vergüenza de su necesidad de interdependencia, y tienden a no poner tantas expectativas vitales en lo laboral como criterio del valor propio. La desvinculación femenina del trabajo, sus disposiciones temporales, prácticas y normas son un obstáculo fundamental a la expansión del tiempo de trabajo; si bien, para realizar el tiempo disponible, la transformación de la temporalidad femenina debería de ir acompañada de una desvinculación del tiempo de cuidados determinados como esfera feminizada. Tal proceso debería suponer, también, que el sentido del “buen cuidado” no se asociara, por ejemplo, a no tener nunca una mota de polvo ni una mancha en la ropa del niño, como ocurrió con la aparición de la lavadora que supuestamente iba a ahorrar mucho tiempo de cuidados (Schwartz Cowan, 1989: 217-9). Como reflexiona Amaia Pérez Orozco:

[...] tampoco todos los trabajos en esta esfera son imprescindibles para sostener la vida; los hay, por ejemplo, que son funcionales a la pervivencia de formas de control. Tener la casa como los chorros del oro dudosamente es necesario para sostener la vida, pero sí imprescindible para someter a las mujeres al ideal de *ángel del hogar*. (Pérez Orozco, 2014: 160).

El tiempo disponible en el desempleo, en ese sentido, transformaría el cuidado si eventuales ahorros de tiempo no se dedicaran a hacer proliferar normas estéticas o de higiene que se van normalizando y que se relacionan más con la distinción de clase que con el cuidado, fenómeno que coarta las posibilidades de la abundancia de tiempo en muchas mujeres.

*La valoración masculina del cuidado: potencias de la experiencia de los “amos de casa”*

Actualmente, la lenta pero creciente participación de los hombres en las actividades de cuidados es vista como intrínsecamente positiva. Sin negar que ello tenga aspectos positivos, como ya dijimos, desde nuestro enfoque la cuestión central no es sólo si los hombres participan en los cuidados y las mujeres en el trabajo para así “equilibrar” las desigualdades de roles. La potencia de tiempo disponible residiría en que las nuevas masculinidades no reprodujeran la jerarquía capitalista de las actividades, que no *sustituyeran* el trabajo por los cuidados, sino que *transformaran* esa relación para producir abundancia objetiva y subjetiva de tiempo. Como ya argumentamos, la corresponsabilidad es un paso necesario pero no suficiente, porque también podría favorecer la privatización del conflicto en los hogares y la precarización general [6.4].

Dicho esto, la valoración masculina del cuidado que el desempleo puede facilitar, es un fenómeno fundamental para descentralizar a los varones del trabajo. Aportemos algunas citas más a las previamente señaladas [6.3.2]:

*Nos damos cuenta lo que hacían ellas. // Sí que es verdad que ahora lo valoras más. // Y a lo mejor está cansado si te llevas todo el día limpiando [risas] // Está cansado ahora que tú haces todo: la comida, haces las camas, limpias. // Sí, es verdad que ahora lo valoras más. // Y es que ahora dices: “Coño, si es que estoy cansado sin trabajar”. Y muchas veces a mí me han llamado para cubrir algunas vacaciones o algo y estoy deseando irme a trabajar para descansar. [risas] // Sí, porque te quitas. Yo a lo mejor estoy de seguridad y estoy durmiendo de noche o estoy en una garita o estoy dando mis rondas, o estoy haciendo mis cosas y estoy más descansado trabajando que en mi casa. (Parados CD)*

Yo valoro más a mi mujer qué es lo que hacía antes. (Parados CD)

Que ahora cada vez que veo a mi mujer la quiero más. Porque yo salía por la mañana, me iba para Sevilla, por ejemplo, o me iba a un congreso y estaba seis días fuera de casa y yo llegaba y todo estaba hecho. Entonces yo ahora la quiero más. (Parados CD)

“Vosotros tenéis que hacer la cama, tenéis que barrer vuestro cuarto, tenéis que hacer las tareas porque si no lo tendré que hacer yo, ni te lo va a hacer mamá. Y eso lo tenéis que hacer vosotros para que aprendáis cuál es *el trabajo realmente que lleva detrás una casa*”. O sea, que están mentalizados. // Esta situación coyuntural va a ser ventajosa de aquí a unos años porque *habremos cambiado muchos hombres*. (Parados LD)

Con estos fragmentos puede observarse que, aunque la posición transformadora no sea la cuantitativamente mayoritaria, los cambios cualitativos pueden ser muy relevantes para producir transformaciones más sustanciales en el largo plazo.

Siguiendo el razonamiento sobre la posible desestructuración de la forma temporal del trabajo, es interesante ver el relato de un parado que está ahora más “cansado” que cuando trabajaba, porque la forma de los cuidados está sometida a más presión temporal que en su

anterior trabajo de guardia de seguridad<sup>368</sup>. En este sentido, puede verse cómo la actividad es valorada en función del cansancio que produce, y el mayor cansancio de los cuidados permite reconocer su valor social. Ello transforma el sentido de ser el varón sustentador, y acerca a muchos hombres a la experiencia femenina y a la posibilidad de empatizar con las mujeres.

La recuperación de una paternidad proclive al cuidado que no se ejerce sólo por puro deber y que se puede disfrutar, es otro de los efectos más valorados del tiempo del desempleo para muchos hombres:

Y fue una oportunidad tremenda con mi hija (Parados LD2)

El banco ha hecho una preocupación para que tú te creas que si tú no trabajas tú eres un flojo, pero al mismo tiempo que si tú trabajas tú eres el mejor papá del mundo mundial. Ahora mira lo que dice este hombre: 25 horas trabajando, 24, lo que trae el día, y ahora ¿cuándo conoce a su hijo? Esto es duro. ¿Eh? Esto no es fácil. (Parados CD)

Tengo más tiempo para organizarme, poder además dedicar el tiempo a mi hija, hacer otras cosas, y al final, pues, no se hace más. El tiempo ahora lo tengo igual de limitado. Pero lo he dedicado a algo que... bueno, me llena. Porque es mi familia, pero es casi lo único que me tiene alegre. (Parados LD2)

Y los fines de semana tengo los pequeños. O sea, tengo motor, alegría, un poquito de descompresión. Son pequeñitos, tienen cinco años; todo son risas, buen rollito. (Parados LD2)

Si es un trabajo vocacional, es muy fácil que sea... que lo pongas por encima en prioridad que los otros. En mi caso, yo que no he tenido grandes estudios ni... y además salgo con parejas desde que nos casamos, que es fundamental el gusto de criar los hijos, el gusto de estar con ellos, y de compartir pero no por el gusto de... desde otro punto de vista... A mí me encanta estar con mis hijos y disfrutar sus primeros años, que yo no recuerdo haber visto a mi pobre padre, con ocho hijos que tuvo. (Precarios)

Para mí esto es como las dos caras de la moneda, es el regalo que tienes a cambio el castigo. O sea yo ahora el ver la cara de mi hijo cómo se le ilumina cuando está conmigo, le ayudo a hacer las tareas, le explico las cosas y las entiende (Parados CD)

Un parado, por ejemplo, relaciona la ideología de ser el “flojo” –”vago”, en su expresión latinoamericana- con la ideología del hombre como ganapán, asociándola a una forma en que “el banco” culpabiliza a los hombres parados, que les hace creerse “el mejor papá” cuanto más se trabaja. Como se observa, la *expropiación de la paternidad* (Waisblat, 2013) es algo de lo que algunos parados consiguen reapropiarse. La posibilidad de valorar la relación con los hijos como plenamente positiva aparece con la separación, pero también, con el desempleo mismo, que

<sup>368</sup> Como se ve, estas cuestiones apuntan al problema de la productividad en diferentes trabajos del sector servicios, cuyo gasto de tiempo es cuantitativo pero poco intenso. En ese sentido, puede verse que el concepto del tiempo con forma de trabajo nos permite ver la heterogeneidad de situaciones, en las que el tiempo de cuidados no asalariados puede tener más forma de trabajo que muchos de los tiempos del trabajo remunerado.

permite construir a los hijos como fuentes de sentido vital, y no como efecto de meras decisiones “racionales” de inversión de tiempo y dinero, tal como plantean algunos economistas<sup>369</sup>.

Por último, cabe destacar la posible transformación de las relaciones sexuales asociadas al potencial tiempo disponible. La baja calidad del tiempo de la sexualidad es sin duda uno de los factores de la inapetencia sexual creciente -cada vez más mediada farmacológicamente- puesto que el trabajo absorbe buena parte de la libido<sup>370</sup>. En términos empíricos, en las entrevistas y los grupos de discusión de esta investigación -al igual que en las categorías de la EET (Pérez Orozco, 2014: 208)- las prácticas sexuales tienden a omitirse por su carácter de tabú. Sin embargo, es lógico pensar que la abundancia de tiempo en el desempleo abre la posibilidad de recuperar, intensificar o redescubrir el tiempo de la sexualidad (Herrera, 2014), lo que también contribuye a explicar el bienestar y la evitación de la superfluidad de algunos parados y paradas. A la transformación del deseo sexual, a la redistribución semanal y anual que el desempleo permite, y en general a la erogeneización de todo aquello significativamente desvinculado de la relación de trabajo, se le debe suponer un importante papel en las posibilidades históricas del tiempo disponible.

## 8.5. Entre el capital social y el apoyo social

Al analizar cómo un sujeto se hace superfluo para su familia o sus amigos [7.5], vimos cómo los efectos del desempleo son más destructivos en la medida en que las relaciones familiares o de amistad dependían de la valoración del sujeto como trabajador. Vimos también cómo las posibilidades de trabajar dependen del valor del capital social [5.4], que devalúa las relaciones que

<sup>369</sup> Véase la crítica de Goodin et al. (2008: 265) al tratamiento economicista a lo Gary Becker que asimila las decisiones de tener hijos a las decisiones de tener “mascotas” o “bienes de consumo duraderos”.

<sup>370</sup> “El motivo de la sociedad humana es, en su raíz última, económico; como no posee los medios económicos de vida suficientes para mantener a sus miembros sin que trabajen, tiene que restringir su número y desviar sus energías de la práctica sexual para volcarlas al trabajo.” (Freud, 1917: 284-5). Véase también Freud (1929: 80). Aunque Freud parezca tener una concepción transhistórica del trabajo como “gasto de energía”, y de la economía como la lucha por la escasez de recursos, sus conclusiones no tienen por qué invalidarse si se las aplica en el contexto moderno. Actualmente en España, según los datos de Marí-Klose, en el 63% de hogares familiares “se reconoce que se viven episodios de dificultad en la pareja a causa de la falta de tiempo personal para relajarse o desconectar” (Aler-Gay, 2015: 142). Respecto a lo farmacológico, la expansión de la Viagra podría ser interpretada a partir de esta dificultad de desligar la libido del trabajo por la escasez general de tiempo. Igualmente, la “Viagra femenina” -que pronto va a comercializarse- podría entenderse también como efecto del trabajar por trabajar en las mujeres. Véase también el interesantísimo documental *El imperio de los sin sexo*, que explora la relación entre la individualización, el trabajo y la vida sexual en el caso de Japón.

no dependen del trabajo, y que anima a los parados a no relacionarse con otros parados. Complementando lo ya analizado, ahora exploramos la otra cara: cuanto menos se depende del trabajo, más se mantienen los soportes sociales tras el desempleo y menor es la pérdida del apoyo social.

### *Mantener el apoyo social*

De manera general, las posibilidades del tiempo disponible dependen del grado en que las relaciones afectivas se sostienen de una manera autónoma a la relación de trabajo:

Del colegio, de toda la vida. Es un barrio, una plaza, y somos amigos de toda la vida. [...] estamos *para lo bueno y para lo malo*. (José)

[...] he estado un mes que me ayudó un amigo. Luego me quedé en un albergue. Hasta que me concedieron la paga, porque no tenía dinero ninguno, y entonces me tuve que ir a un albergue. [...] por lo menos *mi amigo me mira*. (Marta)

Y la verdad es que tengo que ir a *grupos de apoyo* para darme un chute de energía porque si no, me hundo. (Parados LD)

Entonces te ayudan un poco a buscar trabajo, a relacionarte, a comprar ropa un poco más económica. Comento con el pastor del culto la situación que tengo con esa persona. (Elisa)

Se queda para ir al gimnasio, para tomar cervezas en latas, o para ir al campo, pero de merienda de supermercado. Pero sí que *estoy muy agradecido porque tengo una relación similar a antes*. (Parados LD)

Estoy viviendo en mi casa, mi mujer trabaja, tengo dos niñas, y aparte de que tengo tres hermanas y una madre. Entonces es mucho entorno familiar, y *unos amigos que me han protegido bastante...* (Parados LD)

El fin de semana, pues, para nosotros [risas] Estar juntos, salir por la mañana, dar un paseo, p'arriba, p'abajo, y disfrutar... Como los amigos no trabajan, pues nos vemos, vienen a casa, echamos la tarde o la noche juntos, pedimos cena... Un poco de relación, para no estar todo el día... (Paco)

Por la mañana, como me había acostumbrado a levantarme relativamente pronto, me seguía levantando pronto. Conozco una persona que iba al bar a desayunar todas las mañanas, me invita. (Andrés)

Sí, se me juntó todo: el divorcio, el paro y el accidente, se me juntó todo a la vez, para que luego no venga algo más. Bueno, económicamente, no muy bien, pero, gracias a Dios, estoy vivo, y no estoy en silla de ruedas y *estoy contento gracias a los amigos* y a los apoyos que te van dando. (Parados LD2)

Pasé la primera navidad muy mal: con depresiones, llorando, mis hijos y tal. Luego me he dado cuenta de que tengo muchos amigos a mi alrededor, y no me he quedado solo. [...] Ahora he madurado, y he aprendido muchas cosas que no sabía antes. (Parados LD2)

La variedad de formas de evitar la desvinculación social en el desempleo indican el grado de autonomía del vínculo social respecto al trabajo. Estos vínculos, como resumiremos después, a menudo se imbrican con las redes de redistribución del salario [8.6]. Estas formas de socialidad son especialmente importantes en el caso español, en comparación con Europa. Por ejemplo,

según los datos de Gallie (2004: 53), en Alemania y Reino Unido los desempleados pobres que viven solos son el 10%, mientras que en España, Italia y Portugal eran menos del 1%. Otros datos también señalan grandes diferencias respecto al contacto diario con amigos. En todo caso, la comparación entre datos cuantitativos debe tener en cuenta que la necesidad de contacto social también es relativa, puesto que, por poner un ejemplo sencillo, quizás en un contexto noreuropeo algunos parados pueden estar socialmente satisfechos con tres horas de conversación diaria, mientras que en contextos más mediterráneos cinco horas diarias de contacto social puedan ser vividas como un estado de soledad. En general, el gasto desracionalizado de tiempo y el disfrute de pasar el tiempo por pasar el tiempo, con amigos, familiares, vecinos, o cualquier otro grupo de socialización relativamente estable, reactualizan los vínculos del sujeto con el mundo y mantienen formas de exteriorización significativas, que frenan el exceso de interiorización que la pérdida del empleo favorece. En general, en términos de tiempo disponible, todo el apoyo social no valorado en términos de *capital social para el trabajo* es fundamental para posibilitar la abundancia subjetiva del tiempo.

### *Reconocer la vulnerabilidad y superar la culpa*

Después de los análisis que hicimos de la relación directa entre la escasez subjetiva de tiempo y el contrato narcisista, el ideal de autosuficiencia y la culpabilización [7.8], fácilmente puede intuirse que la abundancia subjetiva de tiempo se deriva de las condiciones opuestas a aquéllas. En términos generales, el tiempo superfluo tiende a transformarse en potencial tiempo disponible cuando las personas en paro reconocen sus límites individuales y sociales, cuando aceptan que pueden ser vulnerables e interdependientes –más que invulnerables e independientes–, cuando comprenden su situación como un problema básicamente social y no como un déficit individual, cuando sus ideales no se constituyeron exclusivamente en función del éxito laboral o el narcisismo competitivo, y cuando se ha ejercitado la autocrítica más que la culpabilización, por nombrar algunos de los procesos más importantes que hemos detectado. Las personas en paro cuyas condiciones sociales y subjetivas les son favorables en este sentido, pueden pedir ayuda simplemente porque la necesitan, consiguen asumir los posibles errores del pasado sin que ello derive en una fijación melancólica en el autocastigo, y pueden tramitar el duelo de su desempleo sin quedar anclados en el ideal de autosuficiencia. Al igual que analizamos previamente los momentos de la culpabilización [7.8.2], podemos ahora subrayar las diferencias con lo que,

sucintamente, podríamos llamar una *historización autocrítica* -o lo que algunos llaman el *hacerse cargo*<sup>371</sup>.

#### Esquema 7. Los momentos del *hacerse cargo*

1. Situación de malestar presente
2. Duelo y búsqueda de hechos concretos del pasado que dan sentido al presente
3. Relación entre historia individual e historia colectiva
4. Evaluación autocrítica de la relación entre historia individual y colectiva
5. Transformación del deseo, el pensamiento y la acción para no repetir los errores del pasado

Tanto si se ve en términos individuales como colectivos, esta sucesión de momentos permite a los sujetos *hacerse cargo* de sus acciones del pasado, para transformar el sentido del presente sin que el duelo conlleve la necesidad de un autocastigo severo, y su trámite permita al sujeto proyectarse hacia un futuro que no sea la repetición mecánica del pasado. Desde ese punto de vista, la historización crítica permite la proyección individual y/o colectiva de modo que el futuro no se defina exclusivamente a partir del estatus y éxitos asociados a lo laboral. De esa manera, pueden adquirir sentido y valor las narraciones biográficas del pasado y las proyecciones de futuro que se definan a partir de acontecimientos individuales relativamente autónomos del valor laboral, marcadas por proyectos colectivos emancipadores, en los que la historia propia se incruste en las relaciones de grupos, en los aprendizajes individuales y sociales hechos a partir de la heterogeneidad de los éxitos y los fracasos, de las fortalezas y las vulnerabilidades, de las amistades, y en general en todas las prácticas y discursos que se distancian del narcisismo, la culpa, el sacrificio, el ideal de autosuficiencia y la acumulación de capital económico, social o cultural. Igualmente, frente a la lógica de la culpabilización, la posibilidad de hacerse cargo

<sup>371</sup> A menudo, se enfrenta la idea de *culpa* a la idea de *responsabilidad*. Sin embargo, esta última categoría puede arrastrar en sus usos una cierta connotación neoliberal. Algunos autores prefieren referirse al *hacerse cargo* (Ema, 2013), categoría que apela con una connotación que apela a la agencia desde un punto de vista desculpabilizador, haciendo énfasis en que siempre existe algún grado de complicidad del sujeto en su dominación, de modo que no se cargue las causas de todos los problemas a “la estructura” o a “el capital”. En cualquier caso, en la realidad práctica no existe una distinción clara entre la culpa y el hacerse cargo, pues el significado de lo que implica un autocastigo y una autocrítica a menudo tiene una importante ambivalencia. En cualquier caso, ciertas dosis de culpabilización o autocastigo, pueden tener también efectos positivos si el grado de autodestructividad es moderado. Cierta dolor o sufrimiento puede servir para aumentar la capacidad de empatizar, entender el dolor propio y el de los otros, si canaliza una transformación subjetiva que quizás en muchos casos no se daría si no fuera por la vía de alguna dosis de autocastigo.



permite cuestionar el rol del trabajador como “un ser social originario”<sup>372</sup> que niega las posibilidades dinámicas de las posiciones sociales: tal como lo entendemos, el proceso de hacerse cargo no puede omitir la historia de lo que uno ha sido, pero ello no implica que uno esté condenado a repetirse: haber nacido mujer, burgués, obrero, de derechas, o inmigrante, implican *una* determinación del presente, pero no la única ni necesariamente la más importante. La posibilidad de *hacer algo con lo que uno ha sido* no depende sólo de un impulso de libertad individual, sino de las condiciones sociales de las que surge tal impulso; así, la posibilidad de poder transformar lo que uno ha sido es otra condición de posibilidad del tiempo disponible.

Pasando ahora a ver algunos ejemplos relacionados con estos procesos, en primer lugar, tiene un papel clave la capacidad de “pedir ayuda” de los parados, lo que implica el enfrentamiento con el ideal de autosuficiencia. El pedir ayuda articula el reconocimiento social de la vulnerabilidad y los límites de uno mismo con el deseo de cambiar la relación entre el pasado, el presente y el futuro:

Es que realmente hay momentos en los que dices: ¿para qué? Yo tomé la iniciativa de no volver a echar currículums. *Gracias a Dios tengo mis padres*, que si no fuera por ellos, estaría en otra situación, o estaría debajo de un puente, o no sé dónde estaría. Pero en mi caso mis padres son mi punto de... mi faro ahora mismo. (Parados LD2)

“Bueno, ¿y este qué hace ahora allí?, está en el paro, pobrecillo”. No es porque pobrecillo, no, sino al contrario. Que voy derecho: “Mira, estoy sin trabajo, si sabes de algo, por favor, llámame”. Es más, incluso soy pesado con ellos, *no me da vergüenza y les digo: “Estoy en esta situación, y necesito que me ayudéis”*. (Jenaro)

Estoy con mis padres y, como me ven animado porque estoy alegre y estoy contento, les veo que no se agobian tampoco. Pues mi entorno está contento y funcionamos [...] No tengo inquietudes, nunca he tenido una inquietud así “voy a perseguir este sueño”; pensar en eso era quedarme dormido [risas]. (Parados LD2)

Mientras la ideología del trabajo condena como “parásitos” a aquellos que no pueden trabajar, el reconocimiento de la vulnerabilidad propia significa afirmar la positividad de que uno no lo puede todo. Esta positividad no es un mero optimismo, sino lo que de hecho evita la fijación en la melancolía narcisista provocada por la impotencia de no poder trabajar. Esta vivencia positiva es particularmente significativa en el caso de hombres que pueden recuperar cierta normalidad en cuanto asumen la posibilidad de pedir ayuda sin sentirse culpables y sin tener vergüenza por ello.

---

<sup>372</sup> “Lo que es preciso divulgar, diseminar, es la mirada científica, esta mirada al mismo tiempo objetivante y abarcadora que, al volverse sobre nosotros mismos, nos permite asumirnos e incluso, si puedo decirlo así, reivindicarnos. [...] No se trata de encerrar a los agentes sociales en un “ser social originario” tratado como un destino, una naturaleza, sino de ofrecerles la *posibilidad* de asumir sus habitus sin culpa ni sufrimiento” (Bourdieu, citado en Bourdieu y Wacquant, 1992: 247-8). Como ya mencionamos, este “hacer algo con lo que uno ha sido” lo entendemos sociológicamente, más que desde un concepto de libertad existencial, tal como Bourdieu criticaba a Sartre.

Un fenómeno asociado al reconocimiento de la vulnerabilidad y al “pedir ayuda”, es la recuperación de la capacidad de autocuidarse, ya que el trabajo a menudo estaría en el origen de tal *expropiación* en el rol masculino (Waisblat, 2013). El tiempo disponible para el autocuidado no es necesariamente un tiempo de inversión individualista y narcisista, sino que en el caso del malestar del desempleo, puede ser un tiempo para recuperar el afecto propio y negar que el trabajo sea el único criterio del valor social. De esta manera, algunos parados recuperan la capacidad de autoconocerse y autocuidarse su salud mental y física, frecuentemente coartada por el rol masculino patriarcal y autosuficiente.

[...] tengo treinta y nueve años y estoy dependiendo de mis padres. Y eso te mata. Esto es, como digo yo, una cuchillada. En la terapia, lo que yo he hecho ha sido *mentalizarme de que yo soy digno de recibir ayuda de cualquier otra persona, porque me duele en el corazón, es como un castigo*. Tienes que recibir ayuda como la que he recibido y punto. (Parados LD2)

Luego mi momento de descompresión es el estudio, la música, lo tengo muy claro, y los fines de semana, los peques que son mi súper balsa. No motivación, porque al principio sí que me apoyaba en motivaciones externas, ahora la motivación soy yo. Soy yo, mi estabilidad, mi felicidad y mi bienestar. Me apoyo en los niños, me apoyo en la música, me apoyo en un mogollón de cosas, en la militancia. Pero la motivación es un sano egoísmo. Soy yo, si estoy bien yo, estaré guay con mis peques, estaré guay con mi ex, estaré guay con etcétera, etcétera. (Parados LD2)

Y sigo pensando que no ha sido un trance malo, sino *el hecho de recibir ayuda*, lo que más me cuesta. El mentalizarme de que necesitaba ayuda. Ha sido una buena elección. Intento sacar algo positivo de eso. (Parados LD2)

En esta línea, algunas experiencias grupales con abordajes sociopsicoanalíticos, han abordado el malestar en el desempleo desde un enfoque no psicologicista y no subjetivista de la subjetividad, precisamente con el objetivo de romper con el ideal de autosuficiencia y tratar el malestar subjetivo sin evacuar su dimensión radicalmente social (Procc, 2013; Cucco, 2013; Waisblat, 2013). El fortalecimiento de la dimensión de la autovaloración no se hace, en este tipo de intervenciones, desde la afirmación de las estrategias del emprendimiento narcisista que devolverían el valor al sujeto en cuanto recupere su forma de trabajador -como hace la psicología del *coaching* y todo el psicologismo del *management* neoliberal- sino precisamente, en distanciar el afecto del sujeto de su ideal de trabajador autosuficiente. En este sentido, algunas terapias pueden transformar la escasez subjetiva de tiempo en formas de abundancia subjetiva si consiguen cuestionar el trabajo como principio absoluto de realidad y valoración.

Las condiciones para que algunos hombres parados puedan desapegarse de su ideal de autosuficiencia pueden emerger por diferentes circunstancias. Por ejemplo, Carlos relata que su relativo bienestar en el desempleo se relaciona precisamente con el hecho de haber estado

expuesto a la vulnerabilidad de la vida: por un lado, por su trabajo de celador en un hospital y, por otro, por la experiencia de la muerte de personas cercanas:

Cuando era estudiante era, digamos, todavía más... Muy libertino, ¿sabes? Todo era muy salvaje. [...] También me lo tomé como otra forma de ver la vida: *somos muy frágiles, expuestos a peligros, y claro, yo me tomaba la vida de otra forma*. Y pensé “esto hay que aprovecharlo, que en un segundo te cambia”. Y te tomas la vida de otra manera. [...] Perder a mi madre, perder familiares (Carlos)

El contacto cotidiano con la muerte en el trabajo, así como la vivencia del dolor por la muerte de familiares, permiten a Carlos establecer un anclaje con la vida que desidealiza el trabajo. Ello previene la frustración que resultaría de la ilusión de omnipotencia ilimitada del trabajar por trabajar.

Y como ya vimos, este reconocimiento de la interdependencia y de la pluralidad de sostenes sociales, es visto por muchas mujeres como una cuestión de sentido de común, lo que explica su menor vulnerabilidad diferencial en la vivencia del desempleo respecto a los varones:

Pero que la gente muchas veces, yo creo, tiene demasiadas expectativas focalizadas en un solo punto, pues en una familia, en un trabajo o en una relación, y yo pienso que hay que apoyarse en varios pilares porque alguno te va a fallar y si no todos a la vez [risas] (Bárbara)

Entonces lo que intentas es pues hacerlo con naturalidad y con buen humor y con, bueno, ‘no pasa nada tampoco’. No es ninguna vergüenza que se tenga que pedir en un momento dado. (Precarias)

En definitiva, el mantenimiento del apoyo social y el reconocimiento de la vulnerabilidad son una solución clave contra el narcisismo del ideal de autosuficiencia. Estos parados no explican su bienestar a partir de su puro “yo”. Quienes siguen los consejos del narcisismo competitivo, del psicologismo neoliberal, del “orientador desorientado” [7.4] se autoculpabilizan por no “esforzarse”, por no tener suficiente “fuerza de voluntad”. El relativo bienestar de estos parados y paradas se explica porque reconocen que no pueden solos con el mundo, y asumen sin culpa que el soporte central de la propia vida siempre son los otros.

## 8.6. Entre la necesidad de dinero y las alternativas sin dinero

Pero que hay muchas formas de socializarse, de pasar el ocio súper a gusto y sin apuros, como un marqués, con muy poco dinero o sin dinero. Si las vas a buscar, las hay: centros sociales, iniciativas vecinales, pero hay muchas formas. Yo no pago un duro por nada. Quiero decir, no puedo. (Parados LD2)

Afirmar que el desempleo es un tiempo de disfrute es siempre sospechoso de ser una afirmación realizada desde la posición de quien tiene dinero y puede permitirse no estar preocupado por la presión inmediata de trabajar. Si bien ya vimos que la escasez *absoluta* de dinero es totalmente

incapacitante [7.6] y en sus condiciones el tiempo disponible no puede existir, en la escasez *relativa* de dinero a menudo existen márgenes para poder disfrutar del tiempo, y quien es capaz de aprovechar tales márgenes puede reapropiarse del tiempo de manera significativa. Las alternativas con poco o sin dinero son recurrentes en los discursos de parados y paradas, lo que hace que el desempleo pueda significar bienestar más que malestar. Veamos cómo se materializa la relación entre el dinero y el tiempo disponible, y algunas de sus contradicciones.

### *Escasez de dinero y abundancia subjetiva de tiempo*

La formación de las normas de consumo durante la época del “milagro económico español” impulsó la dependencia del dinero, en el sentido de que los tiempos y las relaciones se asociaban con más fuerza a actividades asociadas al gasto monetario. Y si uno de los efectos más destructivos del desempleo evidenciaba esta dependencia, otras prácticas en el paro ponen de manifiesto que tal dependencia ha sido a menudo relativa, es decir, muestra que el deseo de consumir por consumir no estaba interiorizado en la población de un modo absoluto. Empíricamente, esto puede comprobarse cuando las personas en paro afirman que pueden realizar actividades “con muy poco dinero o sin dinero” y tales prácticas no son sólo un “rellenar” el tiempo vacío, sino que pueden ser significativas en sí mismas y tener efectos positivos, no sin ambivalencias. Veamos unos pocos ejemplos:

Ahora, *salgo toda la semana*, y no tengo un duro, para mí es de puta madre. (Parados LD2)

O ahora que está la cosa más floja, al *parque* a lo mejor con los amiguetes y un litro, que vale uno cincuenta y te tomas la cerveza. (Antonio)

*Correr* es gratis (José)

En vez de ir a un centro comercial, me voy a la Dehesa de la Villa. Con los amigos, *mucho paseo, mucha charla*. Un amigo, que está trabajando, está jodido con la espalda. Entonces andamos jodidos, pero los amigos están aquí. (Parados LD)

Y cuando hace bueno un día, pues estamos *en la calle*, tranquilamente charlando (José)

Salir en *bicicleta* no cuesta dinero. (Luis)

Y claro, como ahora también, la situación no es que esté muy buena, yo no me compro el bono transportes, yo me ando todo Vallecas *caminando*... (Martina)

Es un palo, pero claro de repente dices “estaba como un burro viviendo”, y ahora vives feliz. Lo que pasa es que antes tenía dinero, no tenía tiempo, ahora tienes mucho tiempo y no tienes dinero, o sea que toda la vida cojo. (Parados CD)

Y en cuanto al tiempo propio, lo que he hecho ha sido reducir gastos. Es decir, antes iba al gimnasio, intentaba hacer deporte. Pero ahora intento hacer *deporte* también, pero me voy a dar *una pateada* al monte, o me voy al Campo de las Naciones con la *bici*, o simplemente corro un poco. Pero sin gastar, porque los cincuenta euros del gimnasio, me los ahorro. (Precarios)

Sí, sí, *todo lo que hago es gratuito*, el gimnasio, el inglés, yo busco todo lo gratuito. (Paradas)

[...] me tengo que buscar *ocio gratuito*, que también si te buscas la vida, también lo hay. [...] Pero hay sitios donde hay cine gratis, y hay teatro gratis, y ya está. (Parados LD2)

Estas prácticas que requieren poco o ningún dinero se enfrentan a los fenómenos que ya vimos que producían la superfluidad del parado. Por ejemplo, aparece claramente la recuperación de un uso no mercantil del espacio urbano como una manera de contrarrestar la reclusión espacial, lo que demuestra que salir a la calle no es necesariamente sinónimo de gastar dinero. Ello ha contribuido a recuperar un uso más masivo de los parques, los bancos o las plazas -lo que durante la época de la burbuja en algunos barrios de ciudades como Madrid, parecía que estaba reservado a los jóvenes o a las nuevas clases populares migrantes, ya que los adultos de las aparentes nuevas clases medias parecían haber asimilado la priorización de los espacios privados propio de las viejas clases medias y las clases altas. La dificultad de gastar el dinero en transporte privado -o público- contribuye también al uso de bicis, al pasear y al correr. Y respecto a las alternativas de ocio baratas o gratuitas, muchos parados señalan el relevante papel de las actividades ofrecidas por asociaciones y agrupaciones colectivas en general: un ocio que, como vimos, podría dejar de definirse en oposición al trabajo, y pasar a tener un sentido positivo.

Con estos ejemplos, aunque la contradicción de la escasez de dinero está siempre presente, puede verse que, en aquellos casos en los que la pobreza material no es excesivamente grave, el desempleo puede favorecer el disfrute de algunas formas de riqueza temporal no mercantilizadas.

### *Las necesidades tradicionales*

La sencilla categoría weberiana de las *necesidades tradicionales* nos es útil para captar hasta qué punto el espíritu capitalista se había incorporado en la población española en las últimas décadas. Como ya mencionamos [1.1], según Weber, las actitudes tradicionalistas se asientan en normas de consumo más estáticas que dinámicas: en sentido precapitalista, trabajar sirve para mantener el nivel de las necesidades tradicionales, de manera que si se gana más dinero por unidad de tiempo, los sujetos no trabajan más para ganar más dinero, sino que tienden a trabajar menos para obtener el mismo dinero. En el mismo sentido que vimos la contraposición entre el *trabajar para vivir* y el trabajar por trabajar, la aparición recurrente del discurso “yo no necesito grandes cosas para mantenerme” demuestra que muchos parados y paradas no se ven significativamente afectados por la reducción de su nivel de consumo respecto a las necesidades tradicionales.

Es lo que busco, realmente lo que busco es estar física y emocionalmente bien. Entonces las cosas materiales tampoco las valoro demasiado, las valoro pero en su justa medida, en la justa medida mía [risas]. *No soy muy ambiciosa, me conformo con las cosas que creo que son necesarias.* (Manuela)

También disponía de un dinero de la liquidación, pues tampoco tenía mucha prisa por encontrar nada. Había estado trabajando diecisiete años, y quería estar tranquilo. Tampoco necesitaba mucho, *porque no soy nada consumista*. Soy bastante feliz con una bicicleta, un bocadillo, y algo de fruta e irme a la Casa de Campo. Pues eso, básicamente con los amigos. (Andrés)

Yo creo que también en mi vida, antes consumía mucho más, y peor. Se puede vivir, como dices tú, con muchísimo menos. Y eso que estoy *intentando ser menos consumidor*. Y bueno, *sin dramatizar, estoy intentando ponerme unos límites*. (Precarios)

Por mí, las grandes necesidades se han reducido muchísimo. Y si por mí fuera, pues no se compraba [risas]. Es posible. En la nevera, hay un huevo que lleva ahí tres meses. Si me lo como, me muero, esto es como cianuro. Yo creo que se puede estar bien alimentado con una serie de productos que son muy baratos. Eso sí, a base de legumbres y verduras. Y aprovechando muy bien todo. (Precarios)

Que no se lleve un tío, un consejero, diez mil... ¿a ti qué más te da tener diez mil...? ¡A un nivel de cifras! (Precarios)

[...] *quitar todos los gastos banales, y todas esas tonterías*. Y... intentar arreglarnos lo mejor posible con el dinero que tenemos. Yo creo que no tenemos que cambiar nada. Con más o menos dinero, intentamos hacer lo mismo... (Precarios)

Es decir, cómo estructurar la sociedad de otra manera y con más lógica y no tan impuesto desde arriba de “esto es lo que hay” y así tenemos que ir todo el mundo por el mismo camino. *Es que ya muchos no necesitamos coche, no necesitamos tantas cosas, lo que necesitamos es organizarnos*. (Precarias)

Yo creo también que vivimos con la inercia, bueno, habéis dicho que no, pero yo por lo menos, con la *inercia de necesitar cosas que creo que no necesito*. Entonces todo este período va bien, por lo menos es un decrecimiento impuesto pero sano... (Parados LD2)

En mi caso, no porque no necesito un trabajo para grandes lujos. Siempre he sido low cost, siempre he vivido con lo mínimo. (Parados LD2)

Y a mí me dicen: “Oye, vas a cobrar 400€, 300€, siempre y cuando yo pueda mantener [...], pagar mi hipoteca, alimentar a mis hijos y no me falta nada. A mí no me importaría, yo no quiero tanto dinero, yo con esto me conformo, yo no quiero un Mercedes ni un BMW. (Parados CD)

Estos discursos cuestionan la difundida creencia de que el consumir por consumir sea un impulso culturalmente implantado en la población de un modo generalizado. La producción capitalista de deseos convertidos en nuevas necesidades, facilitadas por el estímulo del endeudamiento masivo durante la época de la burbuja, parece no haberse asentado tanto como a veces se cree. Esto contribuye a explicar el sostenimiento cotidiano de las familias, que no habrían perdido la cultura de la sobriedad que es compatible con una vida razonablemente vivible. Aunque sin duda se ha de suponer un salto entre los discursos que estamos viendo y las prácticas reales, el sentido común de una ética no consumista parece ampliamente difundido.

Siguiendo esta idea y como también insistió Weber, la efectividad de los “incentivos” capitalistas no depende de necesidades psicológicas universales sino del grado en que el impulso del lucro por el lucro esté interiorizado en las inclinaciones de las personas. Si el deseo de tiempo abundante aparece como prioritario frente al deseo de consumir por consumir, ello supone un

obstáculo significativo a la expansión del trabajar por trabajar, lo que es importante considerar en la valoración de las posibilidades del tiempo disponible. Por ejemplo, esto se representa cuando la “vagancia” aparece como la vagancia de no ir a comprar cosas que no se necesitan, como una resistencia al exceso de consumo porque el comprar por comprar no supone satisfacción. Así, como se ve, los discursos de los parados a menudo demuestran que lo que las teorías economicistas y psicologicistas asumen como un deseo de placer ilimitado asociado al dinero es, más bien, el efecto de un proceso de socialización que puede ser activamente resistido y que puede fracasar en su implantación.

Si bien, como ya vimos, el sentimiento de derroche depende no de la cantidad objetiva de consumo sino del contraste con las normas de consumo previas [7.6, 7.8.2], un discurso generalizado asume como un criterio de sentido común el mantenimiento de las necesidades tradicionales por encima de la lógica sin límites de trabajar y consumir que se presenta como solución a la crisis. Y en general, los deseos de acceso a la riqueza no son ilimitados, sino perfectamente plausibles vistos desde la posición de buena parte de la población en paro:

Hombre, si te comparas con los que viven en África, sí. Pero tampoco es normal cómo viven en África o en otros países. Es que no es normal, no es lógico. *Lo lógico es que vivamos todos bien*, vamos a decirlo así, aunque suene un poco a chufla. [...] No creo que sea pedir mucho. Poder salir alguna vez de *vacaciones*, digo yo, no lo sé. (Matilde)

Mi casa mide sesenta metros cuadrados para cuatro personas. No me quejo. Nosotros hemos sido cinco hermanos en una casa de sesenta metros. O sea, yo sé lo que es compartir, o tener poco espacio. Pero sí probablemente un baño más grande, una cocina más grande. El resto, como está. (Gema)

El “vivir bien” aparece aquí no como un privilegio, sino como un deseo que debería ser plausible. Frente a la lógica culpabilizadora que presenta cualquier momento de relajación como una suerte de privilegio, según Matilde, “lo lógico” es “vivir bien”: la escasez, como presupuesto fundamental de la economía, no es un absoluto; el sufrimiento no sería la condición del disfrute, sino que los sufrimientos causados por la escasez material carecerían de sentido. Los deseos de unas “vacaciones” o de una casa “más grande”, se asumen no como privilegios, sino como derechos. En la cara opuesta, y si recordamos una cita que ya vimos [7.6], decidir “ir a China”<sup>373</sup> de un día para otro es y será necesariamente un recurso escaso incompatible con una sociedad

---

<sup>373</sup> Como es lógico, las nuevas “libertades” de consumo a las que algunas capas de población habían accedido en las últimas décadas, son también vividas en función de las normas de consumo previas: “Yo antes con mi marido éramos muy: “Este año nos vamos a China”, cogíamos la mochila y ya y ahora mismo no pensamos en el extranjero, porque uy por favor, la maleta y lo otro, no sé qué. En ese sentido pierdes espontaneidad, pierdes libertad.” (Paradas). La “libertad” de ir a China por una decisión “espontánea” era, y es, sin duda, una violación de las necesidades tradicionales que nunca podría ser algo poblacionalmente masivo, y en ese sentido, se trata de una norma de consumo cuya condición es la polarización de la riqueza, lo cual es incompatible con la realización del tiempo disponible.

organizada sobre el presupuesto de los límites del trabajo –e, igualmente, de los límites del planeta. Por el contrario, como dicen Gema o Matilde, tener “vacaciones” o tener una casa lo suficientemente espaciosa podría ser un recurso abundante accesible de un modo general.

### *Desindividualización del salario, apoyo mutuo, arreglos y solidaridades colectivas*

Otra dimensión para captar las posibilidades del tiempo disponible puede verse a partir del análisis de los diversos usos del dinero o de la distribución de bienes que se compran con dinero.

Según Marx, el salario tiene el efecto fetichista de presentar el precio de la reproducción de la fuerza de trabajo como si se correspondiera con el valor del trabajo individual, tal como lo conceptualiza la economía política clásica. Como fuerza de trabajo no se reproduce individual sino socialmente, aquellos usos del salario no destinados exclusivamente a la reproducción del vendedor formal de trabajo, pueden ser considerados como estructuras instituidas de redistribución del salario –o en su caso, de los bienes que se pueden comprar con el salario–: es decir, son modos de *desindividualización* del salario. En este sentido, las estructuras no estatales de redistribución del salario mantienen redes de apoyo formales o informales que, en determinados contextos, pueden llegar a tener más poder de redistribución que el propio Estado<sup>374</sup>. Las múltiples estrategias y arreglos asociados a la redistribución del salario pueden ser entendidos como coadyuvantes de *potencial* tiempo disponible, en cuanto permiten el sostenimiento cotidiano de muchos parados y paradas que de otra manera serían superfluos. En la práctica, todo ello supone la estructuración y complejización de formas económicas paralelas al mercado de trabajo que, si bien siempre han existido, podrían estar adquiriendo un peso relativo mayor. Los ejemplos son múltiples: desde los usos familiares del salario o las pensiones, las redes vecinales, las deudas informales, los arreglos, las “chapuzas”, los encargos, hasta todas las formas de apoyo mutuo, caridad vecinal o comunitaria, pequeñas o grandes iniciativas individuales o colectivas a menudo acopladas a la asociación de vecinos, al centro social, a la escuela. Por ver sólo algunos casos:

Me dicen: “Oye, ven. Que me pongo... que necesito ponerme guapa, o que me alises el pelo”. Como mi madre está ahí, entonces la dejo un rato con el niño y me voy por el barrio, a la casa y las pongo. En

<sup>374</sup> Las economías reales, entonces, incluyen cada vez más arreglos económicos que no pasan por los dispositivos estatales de representación del mercado de trabajo. Por ejemplo, Pérez Orozco (2014: 143-51) ha resumido algunas formas económicas de supervivencia propias de las crisis, y normalizadas en el Sur Global –las economías de rebusque, la economía invisibilizada, la economía de retales–, que se despliegan según el marco de precariedad en que se sitúen: “¿Supervivencia? Usamos el término en un sentido amplio que apunta a cómo se apaña la vida con los máximos niveles de bien-estar posibles en un contexto de dificultad, distinguiendo las situaciones de precariedad (cómo logramos vivir en un contexto de incertidumbre e inseguridad) y exclusión (cómo logramos no morir una vez expulsados).”



cinco minutos están puestas, y ya está; y alisar el cabello, diez minutos. Las pongo, las peino, y me voy derecho a casa con dinerito. (Ana)

Algún vecino que me ha preguntado si le podía hacer algo. Y se lo he hecho. (Antonio)

Con lo poco que me queda, y con lo que me pueda ayudar mi madre, pues comemos aquí. También he pedido una ayuda al Ejército de Salvación (Marta)

Pero tampoco me agobia volver a trabajar. Haré lo que haga falta por no volver, y por no extorsionar tampoco *la pensión de mis viejos*, es un detalle importante. (Parados LD2)

Yo ahora estoy haciendo una campaña de recogida de alimentos por mi cuenta y se lo estoy dando a la gente necesitada. Sí. Tengo puesto un cartel en mi escalera y todo. Yo sí, yo no estoy parada, yo siempre me estoy inventando algo. [...] es que hay gente que no tienen a nadie, y no tienen, es que los niños no tiene para comer, es que en el colegio hay gente que no tienen para comer. [...] Yo recojo los alimentos, me los llevan a mi casa los vecinos que quieren, o cuando ahora en el colegio que le he dicho a la directora que me recoja los alimentos, yo los voy a clasificar, van a darme número de teléfono, me van a llamar *las* que lo necesitáis, que lo recojáis y yo se lo entrego [...] “Bueno, pues yo me hago responsable, tú pon mi número de teléfono, que *la* que quiere un mandado que me llame”. [...] Y mi marido dice que encima me cuesta la gasolina, y digo: “¿Bueno, y qué voy a hacer? ¡Pero la satisfacción que yo tengo!”. (Carmen)

Vamos que a mi casa viene un montón de gente llamando “mira ¿tienes un potito para mi hijo?” “mira ¿tienes un pan?”. [...] // Vamos, por el patio de mi casa van mujeres, a lo mejor, tocando la guitarra para que le echen ropa, comida, lo que sea. Yo muchas veces bajo “¿esto es lo que tiene mi niña? Pues toma”. Yo no puedo dar comida, no puedo dar dinero porque no tengo, pero ropa que le quede chica “toma”. // Claro, a mí igual. A mí me viene mi prima “mira, Lorena, la ropa de la niña tuya ¿qué es lo que estás haciendo? Pues mira, la tengo guardada”. “No es que una amiga mía...” Digo “toma”. Es que otra cosa no le puedo dar pero digo “mira toma la ropa, por lo menos un apaño”. [...] Sí, sí dentro de lo que cabe, lo poco que sirve es que se ha abierto un poco esa red de solidaridad. (Precarias)

Sí te quita tiempo, pero a la vez te relaja el saber que no tienes trabajo, pero está ayudando a otra gente. Yo me siento bien. A veces la gente me para: “Oye ¿y eso cómo se hace?” Te estás implicando. “Pues consulta esta página”. El teléfono vuestro se lo he dado a una vecina que está en paro también. (Marisa)

Y ahora estoy en una ONG, colaborando por las mañanas de 10 a 12, allí mismo, en mi barrio. (Mario)

Ante la solución de competir más, que ha operado en tantas esferas de la vida social como si fuera la única manera lógica de invertir tiempo, otras muchas esferas se han caracterizado por un aumento de la solidaridad colectiva, lo cual demuestra que existen y se afianzan sentidos comunes no atravesados por la idea de que toda forma de solidaridad supone una pérdida irracional de tiempo. Todo este tiempo no gastado en competir por el trabajo se ha dirigido a construir un tejido social con relativa autonomía de la relación de trabajo, fabricado con millones de horas invertidas en el sostenimiento de los vínculos sociales basados en formas de redistribución del dinero y la riqueza mercantil y no mercantil. Como ya vimos en algunos ejemplos, merece una mención especial el caso de las pensiones, que en tanto ingreso fijo y permanente, su

redistribución ha sido central para explicar las posibilidades de la reproducción social –y del tiempo disponible– de buena parte de la población en paro<sup>375</sup>.

En relación al tiempo disponible, la contradicción fundamental de hacerse menos dependiente del salario en el nivel individual, en el nivel social implica la reducción del valor de la fuerza de trabajo. Ello supone que las clases trabajadoras pueden cobrar menos dinero porque disminuye su coste de reproducción y, de esa manera, pueden ofrecer menores obstáculos a la bajada de salarios, lo cual a su vez conlleva una pérdida de su poder social *dentro* del sistema. En el marco de la relación salarial, la potencial posibilidad del tiempo disponible que deriva de una menor dependencia del salario supone, al mismo tiempo, una potencial precarización general que le resuelve parcialmente al Estado la responsabilidad de gestionar la creciente masa de población superflua. Por ello, la contradicción es irresoluble mientras la venta de tiempo por dinero se mantenga como condición de acceso a las mercancías fundamentales para la reproducción social. Por tanto, cualquier medida de producción de tiempo disponible debería no sólo reducir la dependencia del salario, sino que, para que se implantara con éxito en el largo plazo, tendría que ir paralelamente acompañada de un proceso lo más *irreversible* posible orientado a garantizar una reproducción social progresivamente autónoma del trabajo. En nuestro enfoque, ello no podría darse por la sola construcción de solidaridades sociales, sino además por la apropiación postcapitalista de las posibilidades tecnológicas de la productividad capitalista que permitirían reducir exponencialmente el tiempo de trabajo global, como volveremos a mencionar después.

### 8.7. El tiempo disponible y la politización del tiempo

Para finalizar el capítulo y la investigación, y antes de pasar a las conclusiones, señalamos la importancia que los movimientos sociales y políticos han tenido en las condiciones de producción de la abundancia subjetiva de tiempo en el desempleo. En primer lugar, mostramos la relación general entre el tiempo disponible y el tiempo de los movimientos sociales; en segundo lugar, mostramos algunos relatos de parados y paradas que señalan algunos elementos y obstáculos a la politización del tiempo del paro; por último, concluimos analizando la relación entre la esperanza, la politización y el tiempo disponible.

---

<sup>375</sup> En este sentido, el ataque discursivo y material a las pensiones [5.3] puede entenderse también como un ataque a las posibilidades del tiempo disponible, ya que su redistribución por la vía familiar ha operado como un limitante fundamental de la competencia por el trabajo y la superfluidad.

*Movimientos sociales y abundancia subjetiva de tiempo*

En el plano más general, dentro del periodo que estudiamos, el 15 de mayo de 2011 fue sin duda el hito principal que abrió una potencia social que, desde nuestra perspectiva, puede entenderse como un momento de apropiación del tiempo histórico. La enorme pluralidad de movimientos, colectivos, propuestas y protestas que se crearon o se potenciaron a partir de aquel momento, se relacionan con el tiempo disponible en la medida que abrían históricamente, directa o indirectamente, las posibilidades de un acceso a la riqueza no mediado por el trabajo; esto es, en tanto han invertido millones de horas en estructurar una potencia *determinada* que progresivamente pudiera realizar un tiempo disponible socialmente general. Por ello, más que un mero movimiento sentimental de “indignación” –como se le llamó a posteriori- el 15M podría entenderse desde el punto de vista del lema de la manifestación con que comenzó: “no somos mercancías”. Tal lema apuntaba claramente al concepto general de *desmercantilización*, que podría interpretarse en el sentido que anteriormente analizamos [8.1]. De esta manera, la crítica del trabajo y el desempleo puede contribuir teórica y empíricamente a un diálogo crítico con las grandes y pequeñas propuestas de pensamiento y acción relacionadas con tal movimiento de desmercantilización: el ecologismo, el feminismo, los comunes, la autogestión, la Renta Básica, el decrecimiento, la economía social y solidaria, el reparto del trabajo, la propuesta de la jornada de 21 horas, los bancos de tiempo, y un largo etcétera<sup>376</sup>.

---

<sup>376</sup> Siguiendo las ideas sobre el proceso de desmercantilización del tiempo de vida que antes expusimos [8.1], las propuestas políticas derivadas podrían dividirse en: 1) aquellas directamente coherentes con tal fin; y 2) aquellas que podrían ser coherentes con tal fin siempre que se las conciba como un *medio* para tal fin. Sin entrar en grandes detalles y solo por mencionar algunas más de las que ya hemos visto indirectamente, en el primer grupo podrían incluirse todas aquellas propuestas asociadas a recuperar el debate sobre el reparto del tiempo de trabajo, y orientadas a una *fuerte* reducción del tiempo de trabajo (Gorz, 1988; Schor, 2014; Álvarez et al., 2014; Carrasco y Recio, 2014), como la propuesta de la jornada de 21 horas (NEF, 2012); todo el movimiento del *decrecimiento*, y en particular, el *decrecimiento ecofeminista* (Pérez Orozco, 2014); todas las propuestas asociadas a *los comunes*, basadas en la idea de una progresiva creación de formas de riqueza colectiva que no se pueden privatizar –a diferencia de “lo público”-; es interesante también el concepto de una “nueva riqueza” asociada a los sistemas de bancos de tiempo y otras prácticas colectivas. En el segundo grupo, podría incluirse la Renta Básica, como propuesta para acceder progresivamente a una riqueza que no esté mediada por el vínculo entre el trabajo y los derechos de ciudadanía, y para garantizar la desaceleración y la toma de control del tiempo (Standing, 2002: 271-2). Asimismo, todos los movimientos de defensa de los servicios públicos –sanidad, educación, dependencia, etc.- podrían relacionarse con el tiempo disponible siempre que no conciban “lo público” como el fin último para lograr un “equilibrio” entre Estado y Mercado. Más difícil sería la conexión del concepto de tiempo disponible con aquellas propuestas de “más y mejor empleo” o aquellas cercanas a la recuperación del pleno empleo, tales como la del *Trabajo garantizado*, pues enfocan el problema desde el punto de vista del acceso al trabajo, no del acceso al tiempo y a la riqueza. En el caso del segundo grupo de propuestas, habría que discutir más profundamente si sería posible el uso de *medios keynesianos para fines no keynesianos*, pues también podría ocurrir, por ejemplo, que una eventual Renta Básica terminara implicando solamente una transformación de la relación salarial que no necesariamente apuntara a su superación, sino a su expansión (Rolle, 2003: 161).

En el plano más particular en el que aquí nos centramos, muchos parados y paradas han llenado su tiempo de vida a partir de la construcción de un vínculo asociado a tales movimientos. Si pudieran medirse, ¿cuántas serían las millones de horas usadas por parados y paradas en los movimientos posteriores al 15 de mayo de 2011?<sup>377</sup> Desde el punto de vista del uso del tiempo, estos movimientos no tienen sólo un carácter instrumental para cumplir los objetivos políticos que explícitamente les movilizan. Aunque esa sea su función formal, la función implícita de *estar juntos* puede ser tan importante, o incluso más, que el objetivo formalmente sostenido. Así lo expresaba Bourdieu al referirse a los movimientos de parados en Francia en 1998:

La primera conquista de ese movimiento es el propio movimiento, su propia existencia: saca a los parados y, con ellos, a todos los trabajadores precarios, cuyo número aumenta cada día, de la invisibilidad, el aislamiento, el silencio, en pocas palabras, de la inexistencia. (Bourdieu, 1998: 130)

Como es lógico, en las particulares condiciones del tiempo superfluo la organización de los movimientos de parados es extraordinariamente dificultosa, dados los obstáculos a la acumulación de *capital político* (Carballo, 2013, 2015). Por ello, la mayoría de parados y paradas que se han socializado en los movimientos sociopolíticos, no lo han hecho tanto a partir de su condición de parados en movimientos *de parados*, sino por lo general mezclados con el conjunto de actores sociales. Esta participación ha ayudado a generar un sentido del tiempo de vida relativamente autónomo del trabajo, y ha permitido imaginar la posibilidad del tiempo disponible. El carácter de *movimiento*, de un “moverse” que no significa moverse para trabajar<sup>378</sup>, es justo lo contrario del “pararse”. Y esta particular forma de “moverse” permite mantener el vaivén pendular de interiorización y exteriorización cuya sincronización no depende directamente del movimiento del trabajo y el dinero. Son formas de exteriorización alternativas al trabajo que, como decía un parado activista contra los desahucios, permiten interiorizarse satisfactoriamente: “Tampoco tengo problemas para dormir ni para levantarme” (Parados LD2). Al poner “lo social” en el centro, los movimientos sociales afirman la imposibilidad de transformación de la propia vida desde la pura acción individual, tal como sostienen los discursos del narcisismo competitivo. Los movimientos desidealizan en la práctica cotidiana los ideales de la autosuficiencia individual, y la interdependencia es el punto de partida desde el que reforzarse mutuamente. Veamos entonces algunos relatos que emergieron especialmente en un grupo de discusión particularmente politizado:

<sup>377</sup> Los datos de la EET, que ya se elevaban en este ámbito entre 2003 y 2010, probablemente se habrían elevado enormemente de haberse realizado la encuesta en 2011 o 2012.

<sup>378</sup> “De mirar a otro sitio, de no querer enterarnos, de “Yo no me involucro. Esto no va conmigo”. Hay que preocuparse, hay que quejarse cuando pasa algo. Hay que decir: “No”. Me parece que no está todo igual. A mí, mientras no me salpique, no me muevo.” (María)

[...] *las cuestiones de militancia a mí es una cosa que sí que me ha salvado en el sentido de crear redes.* [...] Entonces, en esos espacios, creas redes, son espacios en los que la solidaridad es todo, y sí que hay gente que se lo cree, y gente que lo lleva a cabo, ¿no? Yo si no estoy en la calle en Madrid, muchas veces es por la red, por la cantidad de apoyo que he tenido, gente que se entera de tu situación, te busca un sitio para estar, te informa de una casa ocupable, o que te dice: “Oye, tengo aquí tres días de curro” [...] La verdad es que las redes que hemos ido tejiendo durante todos estos años, ahora mismo es muy potente. (Parados LD2)

Me ha llevado muchos años construir eso en Madrid, pero en Madrid, me siento más en casa. Entonces, yo le doy mucho valor a las redes sociales, *redes de apoyo*. Y realmente ahora mismo, esto aquí en Madrid, me siento orgulloso de ver cómo, por lo menos en esta sala, se está reaccionando a la crisis. Valores de solidaridad, cuando podría ser todo lo contrario. (Parados LD2)

Duermo bien, gracias a Dios, y me levanto todas las mañanas... pues con el pensamiento de que algún día esto tendrá que pasar, y que todo lo que está pasando ahora es el resultado de todo lo que hemos sembrado en estos últimos años, y que de aquí hay que sacar algo positivo. Es que *ahora mismo la gente se está moviendo*. Todo el ejemplo que estoy viendo en mis compañeros es un ejemplo de que *todo este dolor y toda esta suciedad que está saliendo sirve para que la gente se una*. Porque en eso tiempos en que había tanto dinero, todo el mundo te miraba por encima del hombro diciendo yo tengo más que tú. Pienso que de esto tiene que salir algo muy bueno. Y esto es lo que me hace también levantarme por la mañana con más brío... (Parados LD2)

Lo mismo que en la acampada de Sol, me puse en la comisión de infantil, por lo que hablabais antes, por sentirte útil, por hacer algo. (Parados LD2)

Sin embargo, en los últimos dos años, aunque no trabajo, sí que *es lo más cerca que estoy de trabajar*, aunque no remunerado. Como muchos compañeros. Ahora participo en movimientos asociativos, que si en *Esto es una casa*, en un huerto de Carabanchel, y en la red de huertos de Madrid; soy un miembro *bastante activo*. Llevo el blog de una red de activistas y casi *prácticamente es un curro*, porque son dos o tres horas y es bastante activo, y participas de las actividades. Eso sí que *me mantiene bastante activo*. Yo nunca he sido muy activo, he sido bastante pachorra, pero *ahora* soy casi un líder social [risas]. (Parados LD2)

Yo para mí el trabajo ideal, y no sería por el horario, a mí me gustaría tener un trabajo que me gusta, yo me defino como política porque en realidad es lo que hago, *el activismo y todas esas cosas son política y a mí me gustaría tener un trabajo flexible en cierto modo, pero ocupándome de esas cosas que son las que a mí me importan*. Yo por el horario no y además es que las cosas que a mí me gustan hacer no se hacen en horario de mañana por lo cual pues sería así un horario flexible, pero *yo no necesitaba de darle entre comillas mi vida al trabajo*. (Precarias)

Si la escasez de tiempo ha sido un limitante fundamental de la participación en los movimientos asociados al 15M (Razquin, 2014: 219-21, 238, 404), la abundancia objetiva de minutos del paro podría ser una fuente fundamental de tiempo para la política, que no sólo sirviera para la inversión de tiempo en la consecución de los objetivos políticos explícitos, sino también para la reconstrucción de un vínculo social decrecientemente mediado por la mercantilización del tiempo. Como se ve en estos casos, el trabajo no es el centro de la vida. El desempleo supone la

escasez de trabajo y dinero, pero no la escasez del sentido del tiempo, que se narra en el marco de colectividades formadas con objetivos emancipadores.

Quizás el caso más conocido sea el de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca en particular, y de la lucha contra los desahucios en general, que ilustraba claramente el parado activista con que abríamos el capítulo: “Me dedico... estoy en el 15 M, desahucios y este tipo de cosas [...] ahora trabajo en lo que quiero realmente. Que no es trabajar, pero vamos, sí, bueno, realmente *trabajo no es, es vivir*.” (Parados LD2). En este sentido, las luchas por el acceso a la vivienda pueden comprenderse como luchas por un acceso a la riqueza no mediado por el trabajo, y por ello, suponen un obstáculo fundamental a la expansión del trabajar por trabajar. Además, estos movimientos han conseguido sacar a miles de personas de espirales de autoculpabilización, revirtiendo así la escasez subjetiva de tiempo y materializando en la práctica la posibilidad de tener esperanza en el futuro. Cuando un hogar en paro resiste un desahucio gracias a la PAH, se reduce la presión temporal sobre los potenciales superfluos. Por lo mismo, disminuye la competencia general por el trabajo y los hogares pueden mantenerse así en una vulnerabilidad relativamente sostenible por un tiempo más largo, sustentados por una reciprocidad material y afectivamente entrelazada. Así pues, las luchas por el acceso a la vivienda son también luchas por la posibilidad de que el desempleo no derive necesariamente en pobreza material y temporal. Del mismo modo, todas las formas de redistribución de la riqueza organizadas bajo criterios políticos –bancos de alimentos autoorganizados, estrategias de acceso al agua y la energía, y en general redes de apoyo de todo tipo– suponen así una clave central para que parados y paradas se mantengan socialmente integrados a pesar de haber sido expulsados del acceso al trabajo y al dinero.

En muchos casos, los parados y paradas que participan en los movimientos políticos, incorporan positivamente las normas, prácticas y disposiciones del tiempo de no-trabajo, por ejemplo, al priorizar sus propios ritmos de transformación sobre los ritmos externos: por ello, el activista contra los desahucios señala que sus prácticas no eran “trabajo” sino “vida”. Pero paradójicamente, a menudo el tiempo de la política tiene forma de “trabajo”, como decía otro parado activista: “prácticamente es un curro”. El tiempo de los movimientos sociales a menudo es intenso, cansado, marcado por horarios, y a veces repetitivo, especialmente en periodos de cambios históricos tan acelerados como hemos visto en el periodo de esta investigación. Pero si el tiempo de la política aspira a enfrentarse al ritmo del tiempo de trabajo para desestructurarlo, a menudo debe competir con él para disputarle una potencia de estructuración social alternativa. El mantenimiento de una autonomía sociotemporal relativa está necesariamente enfrentada a una

presión temporal competitiva, y por ello, al partir siempre de los ritmos sociales dominantes, los tiempos del “moverse” de los movimientos deben vivir con esta contradicción entre tener forma de trabajo y su aspiración de consolidarse como un tiempo potencialmente disponible.

*“La única solución es juntarnos”*

Para mostrar algunos de los elementos positivos del tiempo del desempleo explícitamente politizado, ponemos un par de ejemplos puntuales, y después, vemos un ejemplo de los obstáculos asociados a un sentido masculino de la política.

Un caso interesante es el de Verónica, parada de larga duración que parece definitivamente expulsada del mercado laboral. Gracias a la importancia de las redes informales que la sostienen económica y afectivamente, esta parada puede dedicar la mayor parte de su tiempo al activismo político.

**Cuadro 34. Verónica y las redes informales para sostener el activismo**

“Lo que pasa es que yo nunca he estado sola, o sea, a lo mejor me pasé una época, lo que pasa es que yo soy activista, yo hago, participo en una ONG [de LGTB] que no sé si os suena, en un grupo feminista y en un partido político, con lo cual eso me ha obligado a salir de casa, nunca me he podido pasar la mañana en la cama, pero además soy de esas que están siempre, ¿no?, o sea, es como: *“No voy a llegar a ningún lugar en mi partido político”, pero todos me decían: “Pues llega”,* todo el mundo me conoce. Igual me pasa en las asociaciones y eso me daba, me ha dado mucha, mucha más vida. Claro, entonces llegó un momento en el que dije: *“Vale, no voy a encontrar un trabajo convencional, ¿qué hago?”* Pues lo que me gusta, ¿no me pagan?, no, trabajo como una mula [risas] de verdad trabajo en un montón de cosas, por ejemplo, el grupo de bisexuales existe porque lo llevo yo, es decir, soy la única persona que se ocupa de eso, hay otra persona que es el coordinador, pero él no puede, con lo cual existe porque yo lo llevo y además va fenomenal, la gente viene encantada, se va encantada. En el partido, bueno del partido no hablemos. En los grupos feministas, pues por ejemplo he traducido un documento de 60 páginas y se va a publicar, he presentado mesas en jornadas y cosas de esas. Entonces ir haciendo esa serie de cosas hace que te des cuenta de que, bueno, *que la sociedad no valore lo que tú sabes hacer, no quiere decir que lo que tú haces no tenga valor,* que lo tiene. Con lo cual ¿cómo sobrevivo? Pues casi, casi porque la gente que me rodea, o sea, he hecho un trabajo durante tantos años que he conocido tanta gente que valora lo que hago, entonces la gente valora lo que hago, se da cuenta de que es importante y casi sobrevivo porque en cierto modo me sostienen, bueno, cobro el subsidio que me permite pagar el alquiler de una casa de estas de protección oficial y allí sólo gasto el agua y ya está, mi madre me da de comer. Estoy haciendo un curso sobre comunicación digital, redes sociales y ese tipo de cosas que me han pagado entre *mis amigos, que no sé cuando les voy a devolver el dinero, pero ellos también tampoco lo saben y ya está* [risas] tampoco les importa, o sea, no, ¿sabes lo que pasa? cuando te empiezas a relacionar con tanta gente, es que conoces gente que realmente sí tiene dinero o que sí tiene trabajo y que a lo mejor le gustaría hacer lo que tú haces pero no puede hacerlo y valora la coherencia, valora el trabajo, entonces, o gente que no se siente capaz de hacerlo, pero que sí que valora que alguien lo haga o que lo hagas tú. Entonces, bueno, no sé

cuánto me mantendré en esa situación, yo invento proyectos que luego no me hacen ni caso, pero claro van para sindicatos, van para asociaciones, pero yo me los invento y cuando tengo un proyecto en mente me levanto por las mañanas a las siete y media y me pongo frente al ordenador y digo: “Ah, esto lo voy a sacar” y cuando no tengo un proyecto en mente digo: “A tomar por el culo, a ver qué hacemos hoy” y ya está.” (Paradas)

En el caso de Verónica se ponen en evidencia algunos de los elementos que evitan el malestar aun cuando se dan muchas de las condiciones que a menudo derivan en superfluidad. La expulsión que Verónica ha sufrido del “trabajo convencional” no es vivida con melancolía, porque el valor del trabajo no se ha interiorizado de manera significativa<sup>379</sup>. Verónica come con su madre, cobra una pequeña prestación, y no se siente mal por el endeudamiento informal, cuyo tiempo de devolución no sigue periodos estrictos, al contrario del endeudamiento con un banco. El valor social y la autovaloración no dependen aquí del valor de la actividad en el mercado de trabajo, sino de los criterios de valor de su red social. Al igual que las empresas diversifican sus fuentes de negocio para hacerse más fuertes, Verónica diversifica sus dependencias para no depender del trabajo. Y aunque este caso reúne algunos elementos significativos del tiempo disponible, en todo caso, no señala una alternativa histórica plausible porque la mayor parte de la población no podría vivir a base de este tipo de arreglos cotidianos básicamente individuales, y que no aspiran a expandirse en formas colectivas. A pesar de ello, casos de este tipo no deben ser ignorados porque muestran la capacidad de los lazos sociales para sostener a muchas personas en actividades políticas, y en ese sentido, ponen de manifiesto algunas de las singularidades que explican las posibilidades de algunas personas en paro para evitar la superfluidad y desarrollar las condiciones que potencialmente podrían servir como fuente de tiempo disponible.

Aunque no vamos a profundizar en ello, un segundo ejemplo de forma colectiva clave para la politización del tiempo del desempleo pasaría por la experimentación con formas de trabajo que dejaran progresivamente de tener forma de trabajo: es decir, aquel tipo de cooperativismo que se organiza bajo criterios potencialmente postcapitalistas. Este tipo de organizaciones, gracias a que consiguen estructurarse de manera crecientemente autónoma de los grandes flujos de capitales, diversifican sus fuentes de financiación, reducen

---

<sup>379</sup> Evidentemente, la inversión de tiempo en el activismo político no debe abstraerse de su posible sentido laboral, pues está atravesada por la contradicción de que puede ser una estrategia de traducción de capital político a capital económico, como Verónica señalaba al referirse al “llegar a alguna parte” en su partido político, es decir, a tener un cargo con un salario.



progresivamente su dependencia del dinero y, en general, crean redes de acceso a la riqueza que no se reducen a lo estrictamente mercantil. En la creación de este tipo de tejido socioeconómico, podría tener un importante papel la inversión de tiempo de los parados. Por ejemplo, paradas como Matilde se plantean llevar a cabo iniciativas de este tipo:

[...] pues salió una asociación de parados mayores, de los míos, de mayores de cuarenta y cinco, cincuenta años, que no se van a colocar nunca. [...] Yo me metí en una página, se llama Paradópolis, y allí expones tus ideas. Y me he metido allí. Entonces, como todos estamos igual más o menos por el estilo, pues a ver si monto una cooperativa. A mí me vienen ideas, pero a veces digo: “¡Madre mía!” VA EN PLAN FORO, ¿NO? Es un foro, sí. Tienen foros, y aparte también hay varios apartados, yo qué sé... por ejemplo, ¿Cómo economizar estando parado? Cómo... cosas legislativas. Ahí expones tus ideas, hay varios apartados. ¿HAS BUSCADO APOYO ALLÍ POR ESA...? Claro, porque nos tenemos que juntar los parados, *somos muchos, y sin futuro*. SI CADA UNO ESTÁ BUSCANDO UN TRABAJO POR SU LADO... A ver, *lo que no puedes hacer es meterte en casa, creértelo, creerte que no vales para nada y creerte que no hay futuro. Yo pienso que si nos juntamos, algo podremos hacer*. [...] Pero bueno, a mi nivel, a lo mejor me puedo mover. Entonces, no lo sé, se me han ocurrido algunas cosas, pero pienso que la base es saber cómo funciona una cooperativa, la normativa, las leyes, cómo... tengo que empaparme. Lo que pasa es que ahora eso lo he dejado un poco aparcado. COMO UNA ALTERNATIVA ECONÓMICA, ¿NO? Y estoy, cuando termine con lo de la oposición, estoy esperando para entrar en una cooperativa. Porque yo veo que no voy a encontrar trabajo. [...] Porque pienso que *la única solución es esta, realmente, pues juntarnos*. Lo último que he visto así, me parece que puedes fundarla con un capital de 3000 euros. Entonces, si nos juntamos diez, sería poner cada uno 300 euros. Sería lo suyo, porque así sería una forma de salir, ¿no? Y luego me dicen: “¿De qué?”. *De cualquier cosa*. (Matilde)

En el marco de una posible idea de cooperativa, como se puede ver, la vivencia de Matilde no es enunciada con el dramatismo de otros parados de su edad, a menudo instalados en la depresión de sentirse plenamente superfluos por ser mayores de 45 o 50 años<sup>380</sup>. La idea de la cooperativa, aunque no se ha realizado, sirve a Matilde para asumir su situación “sin futuro” separada de la carga melancólica que arrastran otros parados. A pesar de su precariedad, puede vivir el paro con cierta relajación porque tiene la convicción de la importancia del apoyo social que podría vehicular una idea de cooperativa. De hecho, incluso aunque una eventual cooperativa no llegara a ser económicamente factible, ello parece ser secundario si al menos sirve como medio para “juntarnos”, que es, según Matilde, “la única solución”. Con

<sup>380</sup> Cabe hacer una mención al tratamiento diferencial de los parados y paradas según su edad, lo cual puede ser también interpretado en términos políticos. Como es conocido, muchos discursos públicos han centrado la mayor parte de su atención en el *empleo juvenil*, discriminando implícitamente al empleo de los mayores de 45 años. En tanto que la juventud tiene un vínculo menor con el trabajo, las posibilidades de imaginar el tiempo disponible son mayores, mientras que las posibilidades de organización de los trabajadores más mayores es a menudo menor. La segmentación de los parados según su edad puede ser interpretada en términos de las posibilidades de politizar el tiempo superfluo ente jóvenes y mayores.

esta concepción, Matilde previene la autoculpabilización en términos individuales y evita tanto su superfluidad como el impulso individualista de competir por competir.

En ese campo, la solución del emprendimiento social o el cooperativismo tiene sentido como solución al desempleo sólo en la medida en que consiga estructurar redes económicas con una mayor autonomía *relativa* de los vaivenes de los flujos de dinero, si bien, no por organizarse cooperativamente dejan de competir por el trabajo. Una organización cooperativa no puede, por sí misma, eliminar la dependencia objetiva de la posición real en la que se sitúe: así, un parado afirmaba resignadamente: “He pasado también por la fase de tratar de hacer cooperativas de trabajo” (Parados LD2). Así, el parado reconoce la ilusión frustrada de la “fase” en que creía que el cooperativismo era una solución necesariamente viable. Que la organización interna de una empresa sea más o menos jerárquica no implica su supervivencia en el mercado, pues como en cualquier caso, depende principalmente de la posición particular que facilita u obstaculiza la realización exitosa de un proyecto para salir del desempleo. En cualquier caso, posibilitar alternativas económicas dentro de la relación salarial pero que se orienten a una potencial desestructuración de la misma, podría servir como un paso intermedio para experimentar con nuevas formas de riqueza que vayan más allá de lo estrictamente mercantil, y en ese sentido, pudieran permitir potencialmente el tiempo disponible.

Por último, y a parte de los múltiples obstáculos subjetivos y objetivos que impiden la realización del tiempo disponible, ha surgido con fuerza otro problema que cabe reseñar. Aunque algunos parados cumplan con muchas de las condiciones que permiten la politización del tiempo del desempleo, puede ocurrir que la alta dedicación de tiempo a cierto tipo de política no se sincronice con las obligaciones del tiempo de cuidados. Este tipo de conflicto se enraíza en un cierto sentido masculino de la política:

Tal vez por ideología o no, tenía miedo a la rutina y quería una libertad. En cierta forma, dedicarme a criar una hija, pues me quita mucha libertad, sea actividades creativas o del 15M. Porque fue en abril que me despidieron. Me fui de viaje volví el 13 de mayo. Y claro el 15M fue “quiero irme a la calle”, y no podía. (Parados LD2)

La situación esos cuatro años ha sido tan tensa que ha llegado a la ruptura, de buenas maneras, pero ruptura al fin y al cabo. Porque yo en el día a día, desde hace ya más de cuatro años, me he dedicado a no rendirme, y en ese momento formé una asociación de desempleados a nivel nacional. Esta batalla de cuatro años con las instituciones es la que me ha llevado a perder el contacto con mi propia familia. De hecho *la separación vino motivada porque yo desatendí mi entorno más próximo*. [...] O sea, *el tiempo que en teoría, el tiempo que le tenía que haber dedicado, lo estaba dedicando a esa lucha*. Que para mí

era la solución al problema. Yo en ese caso perdí todos los pactos. [...] Mi compañera estaba conmigo en toda esa faceta de lucha. Pero estuvo hasta que dijo que ya se paraba. (Parados LD)

Hace unos días comentaba un compañero que la había vuelto a cagar, porque su cría de ocho años le había hecho un regalito, una cosita, nada, unas manualidades que había hecho en el colegio, y la había cagado porque él se había ido a una reunión de compañeros que estaban con el problema de las hipotecas. Conclusión: no pudo estar con su hija, no cumplió sus labores. (Parados LD)

Estos varones parados que invierten gran parte de su tiempo en la política, se encuentran con un obstáculo a esta inversión cuando desatienden otros compromisos asociados a los cuidados –“el tiempo que en teoría, el tiempo que le tenía que haber dedicado, lo estaba dedicando a esa lucha”. Si ese sentido masculino de la política se transformara en términos del tiempo disponible, podría comprenderse que lo político no sólo está en la calle sino también en las prácticas cotidianas que pueden darse también en el espacio doméstico tradicionalmente feminizado. La reappropriación del tiempo expropiado también incluye, como vimos [8.4], los tiempos y espacios invisibilizados que ocupan un lugar fundamental en la vida cotidiana.

### *¿Una esperanza más allá del trabajo?*

En este punto final, tratamos el concepto de *esperanza* que utiliza Kathi Weeks (2011) para analizar los imaginarios post-trabajo, lo que en nuestro caso nos es útil para evaluar las posibilidades del tiempo disponible. Weeks ha analizado la *esperanza* como “un modo de temporalidad, una relación cognitiva y afectiva con el tiempo, y un modo de enfocar las relaciones entre la historicidad, el presentismo y los futuribles” (Ibíd.: 186). Siguiendo esta definición, vemos tres condiciones centrales que relacionan esta esperanza con las posibilidades de la abundancia de tiempo: primero, vemos un ejemplo mediante el cual se evidencia la relación temporal-afectiva entre el desempleo, la esperanza y la politización; segundo, concretamos cómo la esperanza requiere una transformación de la relación entre el pasado, el presente y el futuro; y por último, concretamos un poco más cómo la propuesta de la reducción del tiempo de trabajo podría ser una de las vías plausibles para materializar esta esperanza.

Mencionamos anteriormente como un obstáculo al tiempo disponible se relaciona con el tipo de despolitización que reduce la política a “los políticos” [7.9]. La perspectiva que aquí estamos analizando ha permitido evidenciar que no se pueden entender las transformaciones

de los tiempos sociales más que como efecto necesario del conjunto de las prácticas que todas las personas realizan cotidianamente, independientemente de si tales prácticas son más o menos valoradas, más o menos invisibles, e independientemente de si las personas son más o menos conscientes de las consecuencias políticas –intencionadas o no– de sus prácticas. Como vimos, la invisibilización del carácter político de lo cotidiano es especialmente notoria en la superfluidad de los parados, cuando la percepción de su propia inexistencia profundiza su despolitización. Esta invisibilización se rompe explícitamente cuando se señala que la política no reside tanto en “los políticos” como en “nosotros”:

Es que tenemos que dar el puñetazo en la mesa y ya *lo tenemos que dar nosotros, ya no lo tienen que dar los políticos*, ya lo tiene que dar la sociedad, es que el puñetazo en la mesa hay que darlo ya de una puta vez. [...] o sea, lo que estamos pasando en España y lo que estamos pasando los españoles, es que es vergonzoso, ¡joder!, es *vergonzoso*. (Parados CD)

Como muestra esta expresión de rabia, aquí la politización emerge a partir de un “nosotros”. Independientemente de que este “nosotros” sea interpretado en términos del tiempo disponible o no, la sola asunción del “nosotros tenemos que dar el puñetazo en la mesa” implica la afirmación de la propia existencia, y señala que cualquier transformación debe pasar por “nosotros”, más que por alguien ajeno que dispondría de alguna solución. La politización, como se ve, no emerge aquí a partir de un problema claramente definido, sino a partir de un cierto sentido compartido de “lo vergonzoso”; un desplazamiento compartido del *umbral de la vergüenza* (Elias, 1979: 593-601). En ese sentido, el surgimiento de esta politización puede comprenderse en términos temporales como un problema de *ritmo*<sup>381</sup>: su mantenimiento en el tiempo depende de que “lo vergonzoso” de la crisis no termine de normalizarse. Pues, ¿cuánto tiempo tiene que pasar para que los sujetos individuales y colectivos pasen de percibir un cambio como “vergonzoso” a percibirlo como “lo normal”? El desacompasamiento del ritmo de ajuste de las disposiciones y prácticas a las nuevas normas temporales es lo que permite mantener por más tiempo este sentido común de “lo vergonzoso”. Como puede verse, esta desincronización no depende exclusivamente de las condiciones “objetivas” –si se entienden desde el viejo vocabulario marxista– aunque, sin duda, éstas no pueden obviarse porque la afirmación del “puñetazo en la mesa” no podría haber surgido de un modo generalizado, por ejemplo, en las condiciones “objetivas” de 2005.

<sup>381</sup> Véase la interesantísima definición del problema del ritmo según Elías (1979: 552) que es, en términos generales, prácticamente similar a nuestra comprensión del capital. Aunque no lo hemos desarrollado en nuestra investigación, sería muy pertinente aplicar el concepto del *ritmoanálisis* de Lefebvre y Regulier (1985) al análisis de estos procesos de normalización, para comprender qué ritmos abren o cierran, facilitan o obstaculizan, las posibilidades de realización del tiempo disponible.

El sentido de “lo vergonzoso”, de “lo insoportable”, de “lo indignante” tiene pues una dimensión técnicamente impredecible. Cuando el arreglo temporal produce millones de superfluos, genera además la posibilidad de que el sentido politizador de “lo vergonzoso” se extienda de manera masiva. Si los superfluos se terminan acostumbrando a su superfluidad, se desplazará su umbral de vergüenza, la despolitización podrá operar nuevamente y el presente volverá a presentarse como inevitable.

En este sentido, la gestión del arreglo temporal en general, y del tiempo superfluo en particular, junto con todo el aparato de producción de las problemáticas políticas legítimas, no puede operar con sentidos de “lo vergonzoso” que, en buena medida, son irreducibles a su representación por los dispositivos de gestión estatales. Para mantener la potencial capacidad de desbordar los cálculos de la gestión política de los conflictos sociales, para Weeks, una de las claves de la esperanza se basa en el mantenimiento de *imaginarios más allá del trabajo*, que hemos explorado a lo largo de todo este capítulo, a través de los discursos y prácticas cotidianas que existen ya en la vida de *cualquiera*, y que se pueden potenciar bajo ciertas condiciones colectivas. Todo nuestro recorrido por la paradoja del tiempo escaso en general, y por las posibilidades del tiempo disponible en particular, muestra la existencia y potencialidad de estos imaginarios. Hemos visto así que el problema político de la escasez de tiempo objetiva y subjetiva parece arraigar fuertemente en el conjunto de la población, y por ello, el “no tener tiempo para vivir” podría ser uno más de los motivos que potenciaran imaginarios de esperanza renovados; renovación ésta que sería fundamental para proyectar futuros deseables y plausibles que desbordaran el cálculo estatal de las probabilidades de rupturas, que constantemente coacciona las posibilidades materiales e *imaginarias*<sup>382</sup> de avanzar en el proceso de reapropiación del tiempo expropiado.

Por ejemplo, esta actualización de los imaginarios de la esperanza podría enfocarse a invertir la idea de “un futuro sin trabajo”, que en el presente significa para la mayoría de las personas un futuro “negro” de creciente precarización que lleva a perder toda esperanza - como vimos [4.4, 5.7, 7.4, 7.9]- para que se hiciera cada vez más plausible “un futuro más allá del trabajo” con riqueza temporal y material suficiente. Para que este futuro no fuera utópico

---

<sup>382</sup> En términos de Castoriadis (1975), las posibilidades de desarrollar la *imaginación radical* se verían crecientemente coartadas cuando todo el aparato de producción de las problemáticas legítimas vuelve a prometer que el empleo es la única solución imaginable al desempleo, invisibilizando así todos los deseos, discursos y prácticas de potencial tiempo disponible que hemos visto aparecer recurrentemente en nuestras entrevistas y grupos de discusión

sino efectivamente *futurible*, más que “paraísos en la tierra” habría que partir de los *deseos* que se anclan a lo que ya existe en la vida cotidiana de *cualquiera*, como hemos visto a través de todas las prácticas cotidianas de este capítulo: desde el mero sentido del trabajar *para vivir*, pasando por el deseo de cuidar hasta el “gastar” el tiempo en los movimientos sociales. Esta esperanza puede potenciarse también a partir del *rechazo* a lo que existe también en la vida de cualquiera: la tautología del trabajar por trabajar, los maltratos del trabajo, el encierro en la casa, los “infinitos cursos” inútiles, el narcisismo emprendedor, el endeudamiento o los conflictos de pareja, entre otros que hemos visto.

Por tanto, si a menudo se hace mucho énfasis en ideas abstractas de justicia, quizás la movilización de la esperanza podría potenciarse partiendo más de los *deseos* de tener tiempo. En ese sentido, la posibilidad del tiempo disponible requeriría una suerte de psicoanálisis social, un *socioanálisis*, que transformara el deseo de no tener tiempo de vida en deseo de tener tiempo de vida; el deseo de escasez de tiempo en deseo de abundancia de tiempo. Tal socioanálisis sin duda se ha producido ya en muchos niveles, y por ejemplo ha dado lugar al rechazo del trabajar por trabajar en nuestros seis grupos de discusión, o como se vio cuando explotó la imperiosa necesidad de hablar en las plazas y asambleas del 15M, que derivó de un modo general en un giro masivo de las conversaciones nacionales hacia la política, hacia lo que había pasado en los últimos años, y hacia lo que podría pasar en el futuro.

Para seguir potenciando este psicoanálisis social, el proceso de hablar del presente tiene que mirar hacia atrás. Paradójicamente, la producción de la esperanza en el futuro tendría entonces que hablar más del pasado, precisamente para dejar de bloquearse en ciertas formas de repetición histórica que encadenan las posibilidades del presente y, efectivamente, imposibilitan una relación de esperanza con el futuro<sup>383</sup>. Cuando Carmen y Andrés nos decían que “no se puede cambiar nada”, estaban diciendo que el futuro está destinado a repetir el pasado. La esperanza más allá del trabajo, por tanto, no puede ser un mero “mirar hacia el futuro”, como suele defender el optimismo ahistórico y voluntarista típicamente neoliberal, ni un “instalarse en el pasado”, como ocurre cuando un duelo no se ha superado.

---

<sup>383</sup> “Se podría establecer un paralelismo entre esta lectura de la historia de la formación social capitalista y la noción de Freud de historia individual, en la que el pasado no aparece como tal sino, más bien, de un modo interiorizado y velado que domina el presente. La tarea del psicoanálisis consiste en desvelar el pasado de manera que su apropiación sea posible. Por lo tanto, el momento necesario de un presente obligatoriamente repetitivo puede ser superado, lo que permite al individuo avanzar hacia el futuro.” (Postone, 1993: 482). El concepto freudiano de *historia individual*, o *singular*, se encuentra en Freud (1929). Véase también Gutiérrez Terrazas (1998: 191-4).

Un proceso de movilización de la esperanza debe pues transformar la relación entre pasado, presente y futuro, para “descargar” y canalizar la acumulación de la energía histórica necesaria para revertir la potencia del trabajar por trabajar, y como dicen las feministas, “poner la sostenibilidad de la vida en el centro”. Quizás algunas de estas claves, pueden contribuir a una esperanza que por difícil que sea de materializar, en cualquier caso parece mucho más realista que la esperanza utópica del mundo sin límites propuesto por quienes intentan movilizar las esperanzas colectivas hacia la “recuperación del empleo y el crecimiento”.

Por último, y para dar un paso más en las posibilidades del tiempo disponible, habría que demostrar prácticamente que la existencia de una imaginación radical no es incompatible con la esperanza que se podría proyectar sobre las posibilidades realmente existentes a corto y medio plazo. Hay que tener argumentos convincentes contra quienes sostienen que el trabajo es la única alternativa, que la competencia es la única forma de relacionarnos, y que el tiempo es un recurso naturalmente escaso. *Si el trabajo es cada vez más superfluo por la competencia del trabajar por trabajar, la alternativa al creciente desempleo y precarización no puede ser trabajar por trabajar, sino la reducción progresiva del tiempo de trabajo que podría darse mediante una apropiación postcapitalista de las posibilidades tecnológicas.*

Hace ya mucho que se dijo que la tecnología podría ahorrar exponencialmente tiempo de trabajo extenso, intenso, repetitivo, fragmentado; y del mismo modo, eliminar la condena del paro<sup>384</sup>. ¿Cuántas tecnologías socialmente útiles tendríamos sin la exigencia de su mercantilización? ¿Cuántos sistemas de transporte sin petróleo? ¿Cuántos aparatos duraderos serían imaginables sin los filtros de las condiciones capitalistas? La *soberanía tecnológica* –no en sentido nacional, sino en sentido social– sería otro de los requisitos clave para hacer materialmente plausible esta esperanza más allá del trabajo, pues es una condición de posibilidad central para que los ahorros de tiempo de trabajo no se tradujeran en superfluidad y precarización sino en un progresivo reparto del trabajo que simultáneamente abriera un acceso a la riqueza decrecientemente mediado por el trabajo. Si se desarrollara esta específica forma de “tomar las fuerzas productivas” se harían entonces más plausibles

---

<sup>384</sup> Es nuevamente uno de los grandes temas posteriores a la crisis (MIT, 2015). En su mayoría, estos autores lo enfocan desde el punto de vista de la ganancia de competitividad gracias al “valor añadido” de la tecnología, y no por el de la reducción global del tiempo de trabajo.

propuestas como las de la semana de 21 horas (NEF, 2012), pues se garantizaría materialmente que el tiempo remunerado ahorrado no implicaría otras 20, 40 o 60 horas más de tiempo con forma de trabajo, y no trasladaría el problema hacia otras poblaciones explotadas o superfluas –como por ejemplo ocurriría si la soberanía tecnológica se orientara a un mejor posicionamiento del modelo productivo español en la división internacional del trabajo.

La forma específica que tomaría ese tiempo social no podría prescribirse pues requeriría una discusión colectiva que hasta ahora no se ha dado en profundidad. En esas condiciones, habría que decidir cuál es el tipo de división social del tiempo que se acoplaría a las necesidades y deseos de la sociedad. Según Gorz (1988: 190-212), habría cinco puntos de discusión claves sobre cómo habría que llevar a cabo la reducción global del tiempo de trabajo: 1) igual para todos o diferenciado; 2) general o selectivo; 3) se calcularía sobre una base semanal, anual o biográfica; 4) se acompañaría de un incremento, un mantenimiento o una reducción del ingreso; 5) profundizaría o mantendría la conexión entre el derecho al trabajo y el derecho a un ingreso, o haría esa conexión más flexible. En este sentido, la recuperación del debate social y la reivindicación del reparto del trabajo es un eje central para materializar la esperanza de una solución al desempleo que no pase por tener que elegir entre el ocio forzoso o el trabajar por trabajar.

## 8.8. Conclusiones: potencialidades de una riqueza temporal general

Concluimos sintetizando los análisis del tiempo disponible en el paro, como el cuarto de los cuatro ejes de explicación de la paradoja del tiempo escaso. Nuestro objetivo era analizar qué discursos y prácticas típicas, y bajo qué condiciones sociales, apuntan a la *potencial* posibilidad de la transformación del tiempo superfluo en tiempo disponible. En el siguiente esquema general pueden verse las principales transformaciones analizadas:



**Esquema de síntesis capítulo 8. Transformaciones en la forma del desempleo disponible****Cuarto eje (4/4) de la explicación de la paradoja del tiempo escaso***\* TRANSFORMACIONES DEL SENTIDO DEL TRABAJO Y EL TIEMPO DESOCUPADO*

- Percepción de la crisis como “oportunidad” para romper con el malestar normalizado en el trabajo
- El desempleo facilita la percepción de la realidad del trabajo como “maltrato”
- Mantenimiento de una ética del “trabajar para vivir” frente al trabajar por trabajar. El trabajo se defiende como un *medio*, no como un fin absoluto.
- Recuperación de un disfrute de la ociosidad. No se impone la escasez subjetiva y se disfruta positivamente del tiempo (leer, pasear, amistades, etc.)
- Imaginación de propuestas de reparto del tiempo de trabajo
- Rechazo del trabajar por trabajar y producción de discursos de resistencia al trabajo como solución absoluta. Proliferación de un deseo de tiempo y riqueza, no de trabajo.

*\* TRANSFORMACIONES DEL TIEMPO DE CUIDADOS*

- Disfrute del tiempo del paro para recuperar una relación positiva, no necesariamente subordinada, con el tiempo de cuidados en las mujeres
- Potencial reconocimiento de las actividades feminizadas e invisibilizadas en los hombres. Redescubrimiento del cuidado y reapropiación de la paternidad y el autocuidado expropiados.
- Nuevas posibilidades de cantidad y calidad de tiempo de la sexualidad.

*\* TRANSFORMACIONES DEL APOYO SOCIAL*

- Mantenimiento de relaciones afectivas con iguales que se sostienen a pesar del desempleo
- Facilitación del reconocimiento de la vulnerabilidad propia y desbloqueo de la capacidad de pedir ayuda. Reducción del narcisismo. Proceso de *hacerse cargo* y de desculpabilización.

*\* TRANSFORMACIONES DE LA RELACIÓN CON EL DINERO Y EL CONSUMO*

- Aprendizaje y/o recuperación de formas de disfrute del tiempo menos mediadas por el dinero
- Vuelta a una ética de las *necesidades tradicionales* no orientada a consumir por consumir
- Proliferación de estructuras formales e informales de redistribución del salario y/o de la riqueza que evitan la superfluidad y reducen la competencia por el trabajo

*\* TRANSFORMACIONES EN EL USO DEL TIEMPO EN MOVIMIENTOS SOCIOPOLÍTICOS*

- Posibilidad de inversión del tiempo en objetivos de emancipación política y en reconstrucción de vínculos asociados a las luchas de los movimientos sociales
- Producción de vínculos de sostenimiento político y sentido común de “estar juntos” como solución al desempleo
- Nuevas posibilidades históricas de materializar la esperanza de una solución al desempleo más allá del trabajo

Como puede verse, todo este conjunto de fenómenos apuntan a la posibilidad de que la abundancia objetiva de minutos en el desempleo pueda traducirse en una abundancia subjetiva de tiempo. Al cumplir el cuarto de nuestros objetivos de investigación, vemos cómo estas transformaciones podrían apuntar potencialmente a la superación de la paradoja del tiempo escaso. En este sentido, podemos concluir que hay muchas razones empíricas para sostener que, si se potenciaban las normas, prácticas y disposiciones asociadas al tiempo disponible, podría avanzarse en una solución al desempleo que no pasara por el trabajo, sino por una progresiva reorganización de la división social del tiempo que permitiera la abundancia objetiva y subjetiva de tiempo

En el nivel del tiempo de los propios parados y paradas, los discursos y prácticas del tiempo disponible demuestran cómo el tiempo del paro no es necesariamente negativo, sino que puede ser potencialmente positivo. Si en el capítulo 7 habíamos visto cómo el paro podía derivar en una profundización de la escasez subjetiva de tiempo, en este capítulo hemos visto cómo, a pesar de estar contradictoriamente estructurado, la positividad del tiempo del paro surge cuando el tiempo es capaz de adquirir un sentido propio, no estrictamente definido por la ausencia del tiempo de trabajo. Así, hemos visto que la ausencia de trabajo no implica necesariamente al desestructuración temporal sino que, bajo determinadas condiciones, puede implicar una reapropiación del tiempo de vida, lo que hemos constatado al ver los discursos y prácticas de disfrute del tiempo de no trabajo, la recuperación del sentido del tiempo de cuidados, el asentamiento de vínculos sociales no definidos como capital social sino como apoyo social, la desculpabilización y el reconocimiento de la propia interdependencia, la transformación del consumir por consumir en una aceptación de las necesidades tradicionales, así como la participación en movimientos sociales y políticos en los cuales el sentido de la utilidad propia se construye a partir de objetivos de autonomía social. Aunque todos estos fenómenos están siempre en tensión con las dinámicas de la competencia por el trabajo y las carencias materiales del desempleo, demuestran que existen vías mediante las cuales es posible estructurar alternativas al trabajar por trabajar. De esta manera, los problemas asociados al desempleo se reducen a la escasez de salario, que aun siendo un problema muy importante, se puede enfrentar con más herramientas en comparación con la multiplicación de los problemas cotidianos que se vimos en las condiciones de superfluidad general [cap. 7].

En términos más generales, la importancia del tiempo disponible en el conjunto de la división social del tiempo es clave por constituir una fuente potencial de tiempo abundante que contrasta con la escasez temporal general. Aunque las prácticas de tiempo disponible pueden existir en mayor o menor medida en las prácticas de cualquier persona, las personas sin trabajo tienen la particularidad de disponer de más tiempo objetivo, y puesto que el arreglo temporal español ha producido masas de personas con tiempo abundante, ello podría servir para avanzar en una reestructuración de la división social del tiempo que se orientara hacia la abundancia temporal general. Si habíamos visto cómo las prácticas de la competencia por el trabajo, del desempleo reproductivo, y del desempleo improductivo superfluo, contribuían de manera general a la reconstitución de la escasez temporal general, este capítulo ha servido para mapear aquellas prácticas y discursos que podrían fundamentar teórica y prácticamente algunas de las potencialidades existentes para una reapropiación general del tiempo expropiado por el trabajar por trabajar.

# CONCLUSIONES

## Síntesis general

Ante el contexto de desempleo masivo en España y durante la mayor crisis global de las últimas décadas, decidimos emprender una investigación que planteara una pregunta del máximo interés social y sociológico. Así, comenzamos nuestra indagación sobre el paro problematizando la idea misma de que el paro sea “el problema”, es decir, que éste se pueda tratar como un fenómeno aislado o definible en sí mismo. A partir de los paralelismos existentes entre la escasez subjetiva del tiempo en el paro –“sensación de perder el tiempo”- y la escasez subjetiva del tiempo en el trabajo –“no tengo tiempo”-, nos preguntamos sobre la contradicción de que millones de parados no tengan un empleo mientras millones de ocupados tienen exceso de trabajo. Lanzamos así la pregunta central de nuestra investigación: ¿por qué la organización social del tiempo reproduce esta polaridad paradójica entre, por un lado, gente *sin tiempo* porque trabaja, y por el otro, gente *sin tiempo* porque no trabaja -a pesar de disponer de muchas horas desocupadas? A esta contradicción la denominamos *la paradoja del tiempo escaso*. Para dilucidar esta paradoja, nos pusimos el objetivo general de mostrar la existencia de relaciones intrínsecas entre el tiempo del paro y la división social del tiempo durante la crisis del periodo 2007-2013. Intentábamos así dar cuenta de que *el problema no es tanto el paro como tal, sino la división social del tiempo que produce exceso de trabajo, y a la vez, desempleo masivo*. Señalamos así cinco límites generales de los enfoques que investigan el tiempo del desempleo como si éste fuera necesariamente “no-actividad”, *negatividad*, frente al trabajo entendido como su opuesto, “actividad” en general, *positividad*. A pesar de las contribuciones de muchos de estos enfoques, a menudo parten del supuesto explícito o implícito de que el trabajo es la solución al desempleo, mientras que, en nuestro enfoque, es sobre todo su causa. Nos propusimos tratar de superar tales límites partiendo de una conceptualización del tiempo, el trabajo y el desempleo basada en la interpretación de Moishe Postone de la teoría crítica de Marx, y especialmente, de su concepto de *tiempo superfluo*. Hemos articulado este enfoque con la sociología de Pierre Bourdieu, así como con otras herramientas teórico-metodológicas de la sociología del tiempo, el feminismo o el psicoanálisis, que nos han sido pertinentes para comprender el

tiempo del desempleo de la manera más elaborada, coherente y convincente que nos fuera posible.

Para explicar teóricamente la paradoja del tiempo escaso, si dijimos que el paro no puede ser analizado como un problema aislado, planteamos que éste se podría comprender mejor si se lo sitúa dentro de una forma específica de división social del tiempo, que surge cuando un tipo históricamente específico de prácticas temporales –el trabajo– se constituyen como su pivote. Es decir, con el capitalismo. Vimos entonces que la *escasez subjetiva de tiempo* del paro no es un problema exclusivo del tiempo del paro sino una expresión más extrema de las coacciones generales sobre la apropiación positiva del tiempo de vida, dada la expansión e intensificación general del tiempo *con forma de trabajo*. La escasez subjetiva de tiempo en el paro puede ser entendida como efecto de la no-actualización de las *disposiciones temporales* para el trabajo. Paradójicamente, lo que históricamente era la negatividad del trabajo aparece como positividad, por lo que la pérdida del trabajo no produce tanto una abundancia subjetiva como una escasez subjetiva. Ello se explica porque la coacción externa del trabajo se ha incorporado históricamente y aparece como autocoacción voluntaria en los trabajadores, ya que sólo mediante esta autocoacción es posible acceder al salario, al reconocimiento y a una estructura temporal normativa. Entonces, el paro impide que los sujetos se ajusten a las normas temporales del trabajar por trabajar que organizan la división moderna de los tiempos. Una característica central de esta dinámica histórica de *transformación y reconstitución* del trabajo es que, a pesar de acrecentar constantemente la capacidad de producir riqueza haciendo uso de un menor tiempo de trabajo, ello no implica el ahorro global de tiempo de trabajo sino el ahorro de trabajadores ocupados, convertidos así en trabajadores *superfluos* y su tiempo de vida en *tiempo superfluo*. Señalamos entonces que el tiempo del paro –como expresión del tiempo superfluo– es sistémicamente producido por esta forma de división social del tiempo. Por ello, definimos cuatro determinaciones del tiempo superfluo del paro que lo relacionan con tal división del tiempo: 1) el tiempo del paro en tanto que relacionado positivamente con el trabajo; 2) el tiempo del paro en tanto que relacionado con el tiempo de cuidados; 3) el tiempo del paro en tanto que definido negativamente por el trabajo; 4) el tiempo del paro como potencial tiempo

disponible autónomo del trabajo. Tras justificar histórica y teóricamente estas ideas, propusimos definir el ‘paro’ como *una categoría inventada por el Estado para la gestión productiva de las poblaciones superfluas*, y los ‘parados’ como *aquellos sujetos a los que se les ha asignado la condición de portadores materiales de tiempo superfluo a tiempo completo*. Estas categorías surgen a partir de dos procesos paralelos: por un lado, con la necesidad de que las poblaciones superfluas se mantengan como potencial población trabajadora, para que así tengan una función productiva y reproductiva respecto al tiempo de trabajo; por otro lado, cuando las luchas de clases están amenazando la división del poder en la sociedad salarial. Insistimos en que, para comprender el tiempo del paro, es fundamental comprender la génesis de la articulación inseparable entre el Estado y el tiempo superfluo, y para ello recorrimos algunas de las principales características de las formas keynesianas y neoliberales de gestión del desempleo. Entre otros rasgos fundamentales, esa gestión está produciendo en la actualidad un desplazamiento del significado del desempleo que lo codifica cada vez más como un hecho *voluntario*, en el marco de unas políticas de empleo cuyo objetivo ya no es el pleno empleo sino el gobierno del desempleo y la precariedad crecientes.

Definimos el periodo concreto de nuestra investigación empírica como el *arreglo temporal español* de 2007-2013. Este concepto nos servía para comprender el sentido del tiempo del paro en España, desde el punto de vista de la relación entre las actuales transformaciones del modelo productivo español –y su división del tiempo asociada– y la crisis global. De ese modo, vimos que la producción de desempleo masivo en España entre 2007 y 2013 puede ser comprendida como una “herramienta” clave dentro de un conjunto de transformaciones sociales generales, orientadas a la nueva estrategia de inserción del territorio español dentro del proceso global de acumulación de capital. Argumentamos que, durante el periodo de desempleo masivo, la reducción de unas seis mil millones de horas de tiempo de trabajo formalmente remunerado se ha dado simultáneamente a un fuerte incremento de la productividad del trabajo, a su intensificación y a la reducción de los salarios directos e indirectos. Y puesto que nuestro modelo productivo está basado en la intensidad del trabajo –y no tanto en su capacidad productiva– el arreglo temporal se ha dirigido prioritariamente a la transformación del

tiempo de trabajo y su precio, lo que a su vez ha conllevado el reajuste del conjunto de la división social del tiempo. En ese sentido, el tiempo de la vida de los parados puede ser comprendido como un obstáculo a la coordinación de los tiempos sociales en relación a los tiempos del dinero, y la gestión del desempleo ha servido como una herramienta más para facilitar este nuevo ordenamiento espacio-temporal. Utilizamos la metáfora de la crisis de 2007-13 como una *Gran Interrupción* que rompe las inercias previas y permite producir un juego de desaceleraciones y reaceleraciones que interviene sobre la regulación general de los tiempos sociales para reconstituir así la escasez general de tiempo.

Para articular el objeto formal y el objeto material, propusimos lo que llamamos el método de análisis de las transformaciones de *las formas del tiempo del paro*. Definimos las *formas* en un sentido sociológicamente operativo como *la articulación de las normas, prácticas y disposiciones temporales de los parados*. Categorizamos así cuatro formas del tiempo del paro, que materializan las cuatro determinaciones del tiempo del paro que lo relacionan con la división social del tiempo. Mediante los datos de tiempo cuantitativos de la EET, y los datos de tiempos vividos producidos en 28 entrevistas y seis grupos de discusión de perfiles heterogéneos, propusimos captar empíricamente cómo el tiempo del paro, por un lado, tiende a reproducir la división social del tiempo asociada a la paradoja del tiempo escaso, y por otro, podría contribuir a su eventual superación. La selección de los fenómenos a analizar siguió dos criterios: por un lado, la cantidad de tiempo dedicado a cada actividad -según la EET-, y por otro, la significatividad para los sujetos que emergiera en los datos de tiempos cualitativos.

Tras elaborar un mapeo global de los usos del tiempo en el paro -tiempos cuantitativos, condiciones sociales de las prácticas, y tipos de prácticas- hemos analizado las cuatro relaciones generales entre el tiempo del paro y la división social del tiempo. Cada uno de los análisis comenzaba con un primer punto en el que se recordaban y complementaban las herramientas conceptuales que se utilizarían para la interpretación de los datos; en un segundo punto se trataba la representación en horas del tiempo dedicado a la actividad concreta; y en los siguientes puntos procedimos a analizar las prácticas y discursos que significativamente aparecieran en los datos cualitativos, interpretándolos desde el punto de vista de su relación con la escasez o la abundancia de



tiempo. Para ordenar el análisis, hemos leído la heterogeneidad de los fenómenos analizados siguiendo el criterio temporal, de manera que contribuyeran a la complejidad de los mapas de prácticas y discursos. Al ordenarlos mediante este criterio, intentábamos ir fundamentando retrospectivamente la plausibilidad teórica y empírica de nuestro enfoque, de modo que se pudiera evidenciar que los discursos y prácticas del tiempo del paro no están arbitrariamente contruidos desde la individualidad de cada persona en paro, sino que están socialmente estructurados por una división social del tiempo caracterizada por la paradoja del tiempo escaso, que a su vez está estructurada por tales discursos y prácticas.

Finalmente, obtuvimos cuatro mapas [5.8, 6.4, 7.10, 8.8] que dan sentido a la heterogeneidad de prácticas y discursos del tiempo del paro desde el punto de vista de la paradoja del tiempo escaso: 1) en el primer análisis, concluimos que el *tiempo dedicado a la competencia por el trabajo* -la búsqueda de trabajo, la formación y los intentos de trabajar por cuenta propia- se orienta a reproducir la escasez de tiempo objetiva y subjetiva, al expandir e intensificar el tiempo con forma de trabajo, lo que permitía a su vez dar cuenta del desempleo masivo como una “herramienta” clave del arreglo temporal español, así como del papel clave de la gestión estatal en la “desregulación regulada” que acrecienta el grado de explotación sobre la población trabajadora; 2) respecto al tiempo del *desempleo reproductivo*, vimos cómo éste se ha orientado a reconstituir la escasez de tiempo objetiva sobre todo en las mujeres, y la escasez subjetiva sobre todo en los hombres, puesto que a las primeras se las ha sobrecargado con el tiempo de la reproducción social *privatizado*, mientras que en los segundos se han constatado los obstáculos existentes a que el tiempo en el espacio doméstico tenga un sentido positivo, especialmente en ausencia del pivote temporal del empleo; 3) en relación al tiempo de aquellos parados cuyas condiciones sociales son más adversas, hemos visto cómo la abundancia de horas desocupadas se traducen en una escasez subjetiva de tiempo que tiende a hacerles objetiva y subjetivamente superfluos, y de esa manera se reproduce el polo de la paradoja del tiempo escaso que muestra las formas más extremas del grado de dependencia del tiempo de vida respecto al tiempo de trabajo, que se evidencian de manera más directa en su ausencia; 4) por último, hemos visto las prácticas y discursos

del tiempo *disponible*, que podría ser potencialmente *abundante tanto objetiva como subjetivamente* al estructurarse con grados de relativa autonomía respecto a la relación de trabajo; por ello, este último análisis muestra algunas de las condiciones que permitirían superar la paradoja del tiempo escaso, y demuestra las posibilidades existentes para una solución del desempleo que no pase por la profundización de sus causas, esto es, por el trabajo.

Con estos cuatro análisis hemos intentado poner en evidencia cómo el paro no es lo contrario del trabajo, sino una parte constitutiva de la división capitalista del tiempo. El tiempo del paro reproduce dentro de sí la estructura temporal de la que el paro forma parte, y por ello, está atravesada por sus contradicciones. Y no sólo las cuatro formas del tiempo están contradictoriamente relacionadas entre sí, sino también dentro de sí<sup>385</sup>. Hemos subrayado también que las prácticas no pueden categorizarse tanto por su mero contenido de “actividad”, sino sobre todo por su forma temporal dinámica. Podemos concluir con un mapa general que sintetiza y relaciona algunos de los principales resultados obtenidos en los cuatro ejes explicativos de la paradoja del tiempo escaso.

---

<sup>385</sup> Por recordar sólo algunos ejemplos: vimos cómo la gestión estatal de la competencia por el trabajo que moraliza las prestaciones para aumentar la presión temporal sobre los parados, también puede producir rupturas políticas que podrían terminar potenciando las prácticas de tiempo disponible [5.3]; en el caso de algunos hombres parados obligados a estar en el espacio doméstico, descubrimos también que pueden transformar sus disposiciones hacia los cuidados y, eventualmente, producir una abundancia subjetiva de tiempo por fuera del trabajo [6.3.2, 8.3]; o en otro caso contradictorio, señalamos cómo el tiempo disponible en el desempleo que se dedica a actividades políticas que potencialmente podrían romper con la relación de trabajo, también puede tener forma de trabajo al estar contradictoriamente estructurado, y en ese sentido, a menudo algunas prácticas de tiempo disponible reproducen algunas formas de escasez objetiva de tiempo [8.7].

## Esquema de síntesis general. Mapa de la investigación

	<b>TRABAJO DE COMPETIR POR EL TRABAJO</b>	<b>DESEMPLEO REPRODUCTIVO</b>	<b>DESEMPLEO IMPRODUCTIVO SUPERFLUO</b>	<b>DESEMPLEO IMPRODUCTIVO DISPONIBLE</b>
<i>PRÁCTICAS TÍPICAS</i>	- Buscar trabajo, trabajo gratis, hacer contactos - Formación, cursos, prácticas - Autoempleo	- Trabajo doméstico y cuidados - Cocinar - Limpiar - Recoger a los niños	- Ver la televisión - Quedarse en la cama - Pasear por pasear - “No hacer nada”	- Participación en movimientos sociales - Disfrute del tiempo ocioso con poco gasto
<i>METÁFORA DE LA FORMA DEL TIEMPO</i>	INFORMARSE FORMARSE REFORMARSE	CUIDAR LA FORMA	DEFORMARSE	TRANSFORMARSE
<i>METÁFORAS TEMPORALES</i>	Invertir tiempo	Rellenar/acortar el tiempo	Sobrevivir al tiempo	Reapropiarse del tiempo
<i>RELACIÓN CON LA PARADOJA DEL TIEMPO ESCASO</i>	ESCASEZ OBJETIVA ESCASEZ SUBJETIVA	ESCASEZ OBJETIVA (mujeres) ESCASEZ SUBJETIVA (hombres)	ABUNDANCIA OBJETIVA ESCASEZ SUBJETIVA	ABUNDANCIA OBJETIVA ABUNDANCIA SUBJETIVA
<i>RELACIÓN CON LA DIVISIÓN DEL TIEMPO</i>	Reconstitución del trabajar por trabajar	Reconstitución de la división patriarcal del tiempo	Reproducción del trabajo como pivote temporal al vivir en torno a su ausencia	Potencial superación de la división capitalista del tiempo
<i>HORAS EN ESPAÑA 2007 → 2013</i>	900 → 1.800 mill. hs. (Duplicación)	18.000 → 24.000 mill. hs. (+ 6.000)	“Miles de millones” de horas	5.500 millones de horas potenciales
<i>EXPRESIÓN COMÚN</i>	“Hay que moverse”	“La casa me encierra”	“No hay salida”	“La única solución es juntarnos”
<i>CONDICIONES SOCIALES EN QUE PREDOMINA</i>	- Norma de trabajo flexible - Relación doméstica flexible - Paro de corta duración - Escasez relativa de dinero	- Mujeres - Relación doméstica rígida - Relación ambivalente con el mercado de trabajo	- Hombres - Norma de trabajo y relación doméstica rígida - Paro de larga duración - Escasez absoluta de dinero	- Alto apoyo social - Relación doméstica flexible - Cultura política asentada - Escasez relativa de dinero
<i>VIVENCIAS TÍPICAS</i>	- Miedo productivo - Narcisismo competitivo - Todos contra todos	- Encierro en la casa - Conflictos de pareja	- Humillación - Culpabilización - Melancolía	- Rechazo del trabajo - Reconocimiento de la vulnerabilidad propia
<i>ESPERANZA FUTURA</i>	Esperanza de trabajar	Esperanza de salir de la casa	Futuro “negro” sin esperanza	Esperanza más allá del trabajo

## Contribuciones y límites

Aunque de nuestra síntesis ya se pueden deducir buena parte de nuestras contribuciones, insistamos más específicamente en algunas de nuestras ideas principales, así como en sus posibles límites. Partiendo de la pregunta por la paradoja del tiempo escaso, y siguiendo aquellas tradiciones de investigación, reflexión y acción asociadas a la crítica del trabajo, la contribución general de nuestra investigación ha sido fundamentar teórica y empíricamente una interpretación del desempleo basada en el concepto de tiempo superfluo. Hemos intentado complementar y mejorar los cinco límites de la investigación del desempleo que, según nuestra interpretación, tienden a producirse cuando se asume implícita o explícitamente que el trabajo es la solución al desempleo. Por ello, hemos intentado contribuir a matizar y/o criticar esas visiones afirmando que la relación de trabajo, en tanto que eje de la división social del tiempo que produce *tiempo superfluo*, es lo que explica la existencia del desempleo y su específica temporalidad. De esa manera, hemos tratado de contribuir a hacer más plausible y sostenible el argumento de que el desempleo se puede abordar de manera más adecuada si se lo sitúa dentro de la específica forma capitalista de organización de los tiempos sociales, más que si se lo concibe como un problema técnico-económico, como un problema exclusivo del mercado de trabajo o como un problema asociado a los déficits de las personas que se encuentran desempleadas, entre otras posibles explicaciones.

Teóricamente, nuestra principal contribución ha sido el desarrollo del concepto de *tiempo superfluo* de Marx, tal como lo ha interpretado Moishe Postone. A partir de ese concepto, hemos aportado las definiciones de 'paro' y de 'parados' que podrían ser herramientas útiles para la comprensión sociológica del desempleo. Hemos también desarrollado el concepto de la *división social del tiempo* y de las *formas del tiempo del paro*, articulando principalmente las teorías de Marx, Postone y Bourdieu, así como otras teorías sociales. Las cuatro categorías de las formas del tiempo del paro –*el trabajo de competir por el trabajo, el desempleo reproductivo, el desempleo improductivo superfluo, el desempleo improductivo disponible*– han sido otra contribución teórica a partir de la cual se podrían desarrollar otras investigaciones sobre el desempleo. De manera más general, otra contribución ha sido la aplicación empírica del marco teórico elaborado por Moishe Postone en su obra *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de*

*Marx*. Como ya dijimos, el interés internacional generado por esta obra desde su publicación en 1993 ha sido notable, pero hasta hoy su repercusión se ha situado sobre todo en el campo de la teoría de las ciencias sociales. Su traducción al castellano en 2006 hace que esta obra aún no sea especialmente conocida en nuestro país, por lo que podemos decir que nuestra investigación es la primera que desarrolla en la sociología empírica española, con esta amplitud, el enfoque propuesto por Postone<sup>386</sup>. Así, hemos intentado mostrar sus posibilidades empíricas mediante su puesta en relación con otras herramientas propias de la sociología. De este modo, hemos justificado la necesidad de tensionar tanto como sea posible las relaciones entre la teoría crítica del capitalismo y la interpretación empírica de los problemas sociales y sociológicos más actuales, tal como hemos hecho al abordar la escasez de tiempo, el desempleo, la precariedad, la crisis y las desigualdades sociales.

La principal fuente de límites de nuestra investigación está estrechamente vinculada a las dificultades que nos hemos encontrado para responder empíricamente a la pregunta por la paradoja del tiempo escaso. Esa pregunta nos ha llevado al marco de una teoría crítica del capitalismo que, aunque hemos intentado mostrar la plausibilidad de su aplicación, no debe olvidarse que no está específicamente pensada para la sociología empírica del desempleo. Entonces, para articular nuestra pregunta con la sociología empírica, hemos intentado elaborar un enfoque teórico-metodológico heterogéneo basado en la dimensión temporal. Tal enfoque nos ha permitido vincular diferentes puntos de vista respecto a la realidad del desempleo que a menudo no se conectan. Así, aunque nos hemos centrado básicamente en la tradición sociológica, hemos incluido reflexiones y datos más propios de la economía, de la historia o de la psicología social. Elaborar el nexo entre esas diferentes visiones a partir del eje sociotemporal creemos que ha sido productivo para desarrollar una sensibilidad sociológica lo suficientemente amplia como para contribuir a la comprensión de la realidad del desempleo de una manera adecuada y elaborada. Con el riesgo de no controlar todas las discusiones implicadas con el mismo nivel de experticia -pues la interdisciplinariedad corre siempre el riesgo de moverse en discusiones ajenas a la especialidad propia-, en nuestra opinión, la combinación de visiones heterogéneas constituye una ventaja de la mirada sociológica de la realidad frente a otras explicaciones excesivamente reduccionistas. En

---

<sup>386</sup> Decir esto no niega que sin duda haya muchas investigaciones que desarrollan marcos de interpretación muy parecidos dentro de tradiciones compartidas, como hemos citado en toda la investigación.

nuestro caso, la propia pregunta de investigación nos ha obligado a relacionarnos con la amplia diversidad de fenómenos que pueden tener una lectura temporal y, a su vez, ello nos ha evitado caer en cierto tipo de hiperespecialización disciplinar, lo cual puede ser parte de nuestras contribuciones tanto como de nuestras limitaciones. Un posible exceso de heterogeneidad disciplinar ha podido provocar tensiones en nuestro argumento general -asunción de supuestos, generalizaciones o simplificaciones- que no tenemos más remedio que asumir y que, en todo caso, serán el medio de aprender de los errores que la apuesta por nuestra pregunta nos haya podido conllevar. Sin necesidad de negar los riesgos de este tipo de mirada, en cualquier caso sostenemos la pertinencia del uso de una pluralidad de visiones para, sencillamente, comprender mejor nuestros objetos de investigación -y particularmente el desempleo- como *hechos sociales totales*, con sus ventajas e inconvenientes. Así, hemos intentado enfrentar estos inconvenientes haciendo especial énfasis en el trabajo conceptual, tratando de explicitar los supuestos asumidos y haciendo uso de un estilo de escritura que ha intentado mostrar las dificultades y contradicciones que nos hemos ido encontrando por el camino. Aunque todo ello no eliminará los probables desbordes con que la realidad social suele superar a sus dispositivos de representación, en cualquier caso creemos que es necesario seguir defendiendo la pertinencia de plantear preguntas importantes aunque éstas sean difíciles metodológicamente, pues como se ha dicho ya en muchas ocasiones, deben supeditarse todas las herramientas posibles a las respuestas de las preguntas, más que las preguntas a las herramientas. Aun siendo más o menos mejorable nuestra estrategia de respuesta, nuestra investigación sin duda ha corroborado la pertinencia de la pregunta.

Por último, desde el punto de vista político-práctico, nuestra investigación podría contribuir al diseño de estrategias para intervenir sobre el desempleo en particular, y sobre la organización de los tiempos sociales en general. Los resultados obtenidos por nuestra sociología del desempleo podrían ayudar a innovar con posibles propuestas así como a complementar algunas ya existentes. Algunos de los posibles ámbitos de intervención podrían ser: las políticas de tiempo, la negociación colectiva, el reparto del trabajo y la riqueza, el decrecimiento, la semana de 21 horas, los grupos de apoyo de parados, los movimientos sociales contra la precariedad, la economía social y solidaria, el cooperativismo, la Renta Básica o los bancos del tiempo, entre otros. También en el campo de lo político-práctico, es importante destacar uno de los posibles límites de la teoría crítica del trabajo y del

capitalismo que hemos sostenido. En nuestra investigación, hemos hecho mucho énfasis en las posibilidades históricas de desarrollar esta crítica. Su ambición radical y de largo plazo y, en ocasiones, la apariencia abstrusa de algunos de sus planteamientos teóricos, pueden levantar barreras que dificulten el mantenimiento de vínculos concretos con sus posibilidades históricas. Si no se vincula de una manera permanente la teoría con el mundo, la crítica del trabajo corre el riesgo de caer en lo que Bourdieu llamaba un *radicalismo de campus* -o en su caso, un radicalismo activista-, esto es, una *radicalidad irrealista*<sup>387</sup> condenada a la frustración de las esperanzas de las personas que no pueden permitirse determinados intervalos de espera, como de hecho vimos empíricamente. Son conocidos los ejemplos históricos de élites artísticas, académicas, culturales o directamente económicas que se han cerrado en artefactos conceptuales y en prácticas exclusivistas que impiden la consecución de alternativas prácticas para sujetos colectivos concretos. El destino de esa deriva de la crítica es existir como una especie de ventaja simbólica en los grupos cuyo estatus se mide por el radicalismo de sus principios abstractos, más que por su potencial capacidad de transformación de las condiciones del mundo real. Ahora bien, el argumento de las evidentes dificultades para desarrollar la crítica del trabajo no es en sí mismo un argumento contra la crítica del trabajo; del mismo modo que las grandes dificultades para eliminar la violencia machista no significa que el feminismo pierda sentido, sino justamente lo contrario. Hemos mostrado empíricamente las dificultades existentes para realizar la crítica del trabajo; pero también hemos evidenciado que la crítica del trabajo existe, de manera muy significativa, en los discursos y en las prácticas más cotidianas de sujetos colectivos de muy diferentes condiciones sociales. Más aún, hemos mostrado que esta crítica existe significativamente en quienes no son sospechosos de criticar el trabajo porque nunca les ha faltado. En nuestra opinión, mientras tales prácticas y tales sujetos sigan existiendo –ya sea con baja, media o alta fuerza social- la crítica del trabajo podrá mantenerse teórica, empírica y políticamente justificada.

---

<sup>387</sup> “Los efectos del aislamiento, acentuados por los de la elección escolar y de la cohabitación prolongada de un grupo socialmente muy homogéneo, sólo pueden, en efecto, propiciar un distanciamiento social y mental en relación con el mundo que nunca es tan manifiesto, paradójicamente, como en los intentos, a menudo patéticos, por alcanzar el mundo real, en particular mediante los compromisos políticos (estalinismo, maoísmo, etcétera) que por su utopismo irresponsable y su radicalidad irrealista manifiestan que siguen constituyendo una forma paradójica de negar las realidades del mundo social.” (Bourdieu, 2004: 23)

## Posibles líneas futuras

A lo largo del texto, y particularmente en las notas al pie, hemos ido señalando posibles aperturas para otras líneas de investigación. Mencionemos brevemente algunas.

El concepto de tiempo superfluo podría demostrarse como una herramienta útil en futuras investigaciones, por ejemplo, para analizar la precariedad o, como la hemos llamado, *los superfluos a tiempo parcial*. Como la mayoría de investigaciones señalan, parece que en el futuro la precariedad va a continuar aumentando mientras no se dé un significativo cambio de tendencia. El concepto de tiempo superfluo permite ver que la precariedad no está causada tanto por un desequilibrio entre los equilibrios de poder entre el Estado y el Mercado, sino sobre todo por un proceso global de producción de tiempo superfluo y de ahorro global de tiempo de trabajo. Los análisis que hemos realizado -especialmente en el capítulo quinto sobre la competencia por el trabajo- podrían contribuir a la línea de investigaciones actualmente en auge sobre la normalización de los estatutos precarios, la mutación de los márgenes del mercado de trabajo y el aumento masivo de trabajadores pobres.

Otro tema asociado al anterior, y en auge tras la crisis global de 2007, es el proceso de producción de periferias en todas las escalas: periferias mundiales, regionales, urbanas así como de grupos y personas crecientemente excluidas que ya no se pueden integrar socialmente de manera mínimamente estable. Esta línea de investigación es especialmente relevante en nuestro contexto, a la luz de los procesos de producción de periferias en la Unión Europea -Grecia, España, Portugal, etc.- y la reconfiguración de las posiciones que está implicando en todas las escalas. El concepto de tiempo superfluo, como el concepto más específico del *arreglo temporal español*, podrían servir para dar cuenta de esas transformaciones.

También, el intento de relacionar intrínsecamente con su contexto histórico las formas de objetividad y subjetividad sociales, podría animar diferentes investigaciones. Por ejemplo, una investigación histórica podría explorar si el uso lingüístico de las metáforas del tiempo surge y se desarrolla con la emergencia del tiempo de trabajo. Tal investigación podría contribuir a romper con la oposición entre lo simbólico y lo material, por ejemplo, para comprender históricamente el surgimiento del sentido moderno de la categoría de trabajo.

Siguiendo esa línea, en nuestra investigación hemos explorado los sentidos sociales de la categoría de trabajo, y hemos visto que no es el contenido de la actividad -“productivo”,



“reproductivo”, por ejemplo- ni únicamente su carácter remunerado lo que explica sus usos y sentidos. Aunque no era nuestro objetivo concreto, hemos explorado la hipótesis de que aquellas prácticas que tienen *forma temporal de trabajo* son las que tienden a llamarse y a vivirse como “trabajo”, por estar sometidas a una presión temporal abstracta y competitiva, cuyo tiempo está significativamente mercantilizado y que, por tanto, son susceptibles de ser vendidas por dinero. Si se mostrara la plausibilidad de esta hipótesis, podría avanzarse en los debates sobre qué actividades son o no son trabajo, para comprender la categoría como una categoría crítica, negativa, y no como una categoría positiva a reivindicar para obtener reconocimiento social. Si esta investigación sobre la categoría de trabajo diera sus resultados, podrían reivindicarse entonces todas aquellas prácticas –se las llame como se las quiera llamar- que se ajustan a los ritmos, necesidades y capacidades de las personas y los grupos que las realizan, y que por tanto pueden “medirse” y “valorarse” en función de criterios de *riqueza* heterogéneos, sujetos a discusión y que no traducen las diferencias a desigualdades. Paralelamente, esta crítica de la categoría moderna de trabajo podría ser una condición para desvalorizar todas aquellas prácticas que obtienen reconocimiento por su grado de ajuste a las normas temporales del trabajo, por la cantidad de dinero por la que se venden, y por ajustarse a la forma abstracta y homogénea del tiempo mercantilizado. Si se pusiera en evidencia el carácter crítico de la categoría de trabajo, todo ello motivaría otro tipo de investigaciones respecto al desempleo, que no asumieran implícita o explícitamente el carácter positivo del trabajo; y del mismo modo, podrían realizarse investigaciones menos centradas en los déficits de los parados sino en las potencialidades de tiempo disponible.

Y en fin, para no extendernos más, una mirada a los mapas de prácticas y discursos, así como al índice general de la investigación, señala la diversidad de temáticas que podrían ser próximamente investigadas desde los supuestos del concepto de tiempo superfluo, del enfoque temporal, y de la crítica del trabajo en general.

### **Notas finales: sobre el conocimiento crítico, el desempleo y el dolor**

Llegados al final de esta investigación, podemos rematar nuestras indagaciones volviendo a la pregunta sobre si el calificativo de nuestra sociología del desempleo como *crítica* está suficientemente justificado en el sentido epistemológico que defendimos [0.3]. Desde esa

específica definición sostuvimos que había, al menos, dos condiciones fundamentales para que una investigación pueda considerarse crítica: 1) el uso de categorías críticas –históricas, dinámicas y contradictorias-; 2) el desarrollo de una relación crítica entre el sujeto y el objeto –ni de exterioridad ni de fusión respecto al objeto.

Hemos desarrollado la primera condición a partir de un enfoque que da cuenta de la realidad del desempleo mediante categorías históricas, dinámicas y contradictorias –paradoja del tiempo escaso, tiempo superfluo, trabajo, tiempo, desempleo, arreglo temporal, forma, etc. Con esas categorías, hemos fundamentado nuestra crítica señalando tanto la posibilidad de que la escasez de tiempo y el desempleo sigan existiendo y se profundicen, así como de las condiciones por las cuales el desempleo *podría* dejar de ser lo que es, ser otra cosa radicalmente distinta –sin saber a priori si será “mejor” o “peor”, en términos valorativos- e inclusive, dejar de existir históricamente. Aunque un objeto concreto pueda adquirir más sentido desde un cierto marco –los estudios sobre subjetividad harán más énfasis en la agencia, los de la desigualdad en la estructura- el uso crítico de las categorías implica no decantarse epistemológicamente por uno u otro de los polos que orientan las diferentes sensibilidades: ni por la estructura ni por la agencia, ni por la reproducción ni por el cambio, ni por el pesimismo ni por el optimismo, ni por el *statu quo* ni por la directa “toma de partido”. O en otras palabras, con nuestra crítica del desempleo hemos intentado tensionar los análisis de modo que las distintas posiciones de conocimiento no se entiendan como falsas, sino como “momentos de verdad”, por así decir.

Respecto a la reflexividad crítica entre el sujeto y el objeto, hay que insistir en que no es el observador abstraído del mundo quien conoce su objeto desde la exterioridad, sino que esa relación se explica en buena media a partir de las condiciones históricas en las que surge la relación de conocimiento, por mencionar algunas: nuestra investigación tiene como espacio principal el distrito con más desempleo de Madrid, en la capital del segundo país con más desempleo de Europa, tras la crisis más importante de las últimas décadas, en una generación significativamente afectada por el 15M -y la potencia adquirida por el anticapitalismo, el feminismo y otros movimientos sociales-, en un lugar específico del campo sociológico en tensión polémica entre las críticas del neoliberalismo y las críticas del capitalismo, en un campo académico crecientemente inmerso en el productivismo –esto es, por lo que llamábamos el trabajar por trabajar-, etc. Siguiendo nuestros referentes teóricos, hemos

intentado ser conscientes de esas y otras condiciones que permean la relación entre el sujeto y el objeto, para tener la distancia crítica necesaria que permita que tales condiciones no intervengan invisibilizadamente determinando los resultados del conocimiento como si éstos hubieran surgido en el marco de una relación científica del interés abstracto por capturar el hecho “puro” –lo que Bourdieu llamaba *la pasión del desinterés*. Aunque estas condiciones se podrían ampliar mucho más en el marco de una sociología de la sociología que viera cuáles son las normas, prácticas y disposiciones para el trabajo que en parte explican la forma de esta investigación, sirvan estas pinceladas para, al menos, llevar a cabo esa conocida *objetivación del objetivador* –que a menudo se cita pero que no siempre se practica. Creemos que hacerlo no es la muestra de nuestras “debilidades” sino la condición de toda práctica científica crítica.

El tratamiento del problema sociológico de la relación entre el observador y lo observado –en el cual seguimos a Bourdieu, que en buena medida lo recoge de Bachelard, quien a su vez lo toma del psicoanálisis– es paralelo al problema de la transferencia y la contratransferencia<sup>388</sup> en la relación clínica. En la relación entre psicoanalista y psicoanalizado, se parte también de la idea de que la relación entre observador y observado es siempre problemática, transforma dialécticamente tanto a uno como a otro, y las transferencias inconscientes del analizado son siempre elaboradas en relación a las contratransferencias inconscientes del analista, quien debe controlar en la medida de lo posible –y gracias a un trabajo constante– los efectos de su inconsciente en la relación terapéutica. Al igual que en la sociología crítica, en el psicoanálisis esta relación no es un “sesgo” del conocimiento –que desde el positivismo se resolvería tratando de hacer un conocimiento lo más afectivamente aséptico que fuese posible– sino su condición de posibilidad. El conocimiento de los conflictos subjetivos no se produce negando u omitiendo el afecto inscrito en la relación con el objeto, sino trabajando continuamente las condiciones facilitadoras que permiten generar el distanciamiento mínimo necesario para desnaturalizar los afectos naturalizados que atraviesan la mirada y las vivencias. El permanente movimiento de afectos, y el efecto de distanciamiento producido por las objetivaciones de éstos, permite la descarga que abre la posibilidad de una vivencia distinta del conflicto incorporado: esto es, permite conocer el conflicto; nunca de manera total, pero sí al menos parcialmente. Como es

---

<sup>388</sup> Véase la definición en Laplanche y Pontalis (1967: 84-5, 439-46).

sabido, esquivar el conflicto no evitará que lo reprimido retorne en sus distintas expresiones veladas.

Dicho esto, para ser epistemológicamente coherentes, esta investigación sin duda debe reconocer que los resultados alcanzados son, también, una forma de elaborar controladamente nuestras contratransferencias respecto a las transferencias que se nos han lanzado desde las entrevistas y los grupos de discusión en particular, así como con la experiencia de la crisis en general. Muchas investigaciones sociales, especialmente aquellas que tratan con formas de dominación pronunciadas, obligan a trabajar con altas dosis de dolor humano que nunca pueden ser neutrales para quien las presencia. El conocimiento crítico del desempleo implica atravesar todos esos sufrimientos y debe elaborar la distancia crítica tanto como sea posible para que la mirada no se ciegue, y pueda dirigir su atención hacia aquello que ni el positivista desinteresado ni el sufridor dominado pueden ver. En ese sentido, el conocimiento crítico no sería tanto “la toma de partido” del observador con lo observado sino el trabajo constante de compartir el afecto para volver a distanciarse de éste, para afirmarlo, tramitarlo, negarlo, dejarlo reposar, y volver nuevamente sobre él. Es probable que en el momento en que se cierra este análisis y en el estado actual del desempleo y de la crisis, no tengamos tanta distancia crítica como podríamos tener si, por ejemplo, esta investigación se escribiera dentro de diez años. Pero la investigación, como el análisis, debe terminar en algún punto más o menos arbitrario, para retomar su camino un poco más adelante.

Diferentes epistemologías críticas vienen también trabajando sobre estas cuestiones y, en algunos casos, llegan a conclusiones parecidas; en otros, sus análisis parecen asemejarse más al registro positivista, y en otros, asumen directamente “la toma de partido” o el “punto de vista” de los oprimidos. En determinadas circunstancias, esta última posición puede ser pertinente, legítima, necesaria o quizás inevitable; pero según lo que sostuvimos tal posición no se caracterizaría como *crítica*, lo que no la hace “mejor” o “peor” políticamente, sino menos consistente epistemológicamente. De hecho, probablemente diferentes enunciados incluidos en nuestra investigación podrían asemejarse al registro de la “toma de partido”, así como al registro positivista.

Respecto al registro positivista, parece insostenible de modo general mientras niegue u omita que exista una relación entre observador y observado, lo que le obliga a desconocer al

menos una parte de lo que aspira a conocer. Respecto al registro del punto de vista, y según lo que hemos visto en nuestra investigación, haber sufrido el desempleo puede potenciar, pero también obstaculizar, el conocimiento crítico del desempleo. Por un lado, el sufrimiento obstaculiza el conocimiento, por ejemplo, cuando la relación de maltrato de la crisis impide a muchos parados y paradas percibir buena parte de la realidad de los procesos contradictorios en los que se está inmerso. Por otro lado, el sufrimiento puede potenciar el conocimiento cuando abre la posibilidad de romper con inercias anteriores, y generar tomas de distancia que permiten objetivar lo vivido más allá del punto de vista estrictamente particular; además, al distanciarse de su posición, puede también acercarse a entender el sufrimiento de los otros. Podría entonces decirse que la experiencia del dolor puede facilitar el conocimiento en un cierto sentido, pero no *necesariamente* haber sufrido apunta a practicar las condiciones de superación del dolor, tanto aquellas que podrían resolverse individualmente o en el corto plazo, como aquellas que sólo podrían resolverse socialmente en un largo plazo. Y como ya dijimos, la epistemología crítica no se posiciona a priori ni desde fuera del dolor ni directamente con el dolor. Constata, primero, que el dolor existe; después, sus condiciones de reproducción; y finalmente, sus condiciones de superación.

Sobre la existencia del dolor, hemos visto centenas de ejemplos de cómo la crisis ha sido un inmenso dispositivo de producción de dolor: hombres cuyo ideal de autosuficiencia les lleva a la melancolía, mujeres encerradas en su propia casa, la imposibilidad de comprar a un hijo un juguete de tres euros porque con ellos se puede comprar pan, hemos visto los devastadores efectos del miedo a ser despedido de un trabajo insoportable, a ser desahuciado de una casa miserable, a ser humillado en una entrevista, amigos que han abandonado a sus amigos porque ya no tenían dinero y porque ya no eran un “buen” contacto, parejas y familias rotas, vergüenza, culpabilización por haberse “acomodado” pagando un alquiler o por haber “derrochado” invitando a los amigos, la ruptura de deseos íntimos de autosuficiencia a menudo muy comprensibles, el quiebre de los proyectos vitales, la vergüenza de pedir dinero al padre jubilado que apenas le alcanza con su pensión, el jefe que daba una “patada en la espalda”, entrevistas de trabajo en las que se han reído de uno, amenazas por resistirse a trabajar sesenta horas semanales, la vuelta del trabajo a destajo, la experiencia de ser invisible, de no existir, de no ser nada, de no ser visto ni *mirado*, de estar olvidado y de haber envejecido súbitamente. Y hemos visto extensamente las experiencias de tramitación o

superación del dolor que permiten disfrutar de la vida a pesar de tantas condiciones en contra: el sentido del mero trabajar *para vivir*, el deseo de cuidar y autocuidarse sin una presión temporal constante, el recuperar el tiempo con los hijos, la libertad de invertir el tiempo en intensos esfuerzos en las luchas de los movimientos sociales y en la reconstrucción de una autonomía social real, la recuperación de amistades menos mediadas por el trabajo y el dinero, el tiempo de una sexualidad satisfactoria, el disfrutar de guisar, de pasear, de hablar y hablar, de estar en la calle, o del mero dormir sin despertador.

Todas estas experiencias de producción y superación del dolor asociadas al desempleo pueden ser vistas como una muestra significativa del nuevo punto de partida histórico que, tras el periodo 2007-2013, establece las nuevas condiciones que podrían apuntar tanto a la reproducción de viejas y nuevas formas de dolor, como a su posible superación. Desde ese específico punto de partida, las condiciones de superación de dolor sólo podrían competir con las condiciones de producción del dolor si las primeras son capaces de adquirir más potencia que las segundas. Críticamente, podríamos decir que esas potencias no existen en una clara división dual, sino imbricadas entre sí y dispersas en densidades diferenciales en cada uno de los cuerpos individuales, y en todo el cuerpo social en general. Entonces, aunque estas dos fuerzas no son empíricamente distinguibles de manera clara, su complejidad podría imaginarse como una misma fuerza social general que está contradictoriamente atravesada por dos vectores: uno centrípeto, hacia dentro, y otro centrífugo, hacia fuera -siguiendo nuevamente la metáfora de Elias. Por un lado, todas estas experiencias de dolor pueden ser fagocitadas hacia dentro, privatizadas, sublimadas y despolitizadas, en todas las formas de las que nos informan las experiencias históricas: lucha de pobres contra pobres, violencias machistas, libros de autoayuda, ansiolíticos y antidepresivos diarios, adicción al trabajo, suicidios, odio al inmigrante, fe en los expertos en economía, carisma de los gobernantes apuestos. Pero por el otro lado, ¿de dónde podría venir el diferencial de potencia que hiciese decantar la dirección del vector en el sentido de su fuerza centrífuga? La clave no estaría tanto en frenar la potencia del dolor que la gestión de la crisis trata de dirigir hacia dentro de los cuerpos individualizados, sino en aprovechar precisamente esa potencia para canalizar los dolores hacia fuera, en la dirección crítica. Utilizar pues la fuerza del propio dolor no para olvidarlo o curarlo, sino para reimpulsarlo en su contra, y quizás entonces, superarlo.



---

¿Cuántos currículums has mandado? Si echas currículums al final sale algo, pero no está buscando. Tiene brazos como yo para trabajar. Está en el paro pero se ha comprado una televisión de plasma. Qué casualidad que ha encontrado trabajo justo cuando se quedaba en el paro. Ese está forrado. Yo por ese dinero no trabajo. A ese le han enchufado. Seguro que se droga. Este es un vago que no quiere trabajar. Quiere vivir del cuento. Los desempleados son parásitos sociales. Es mayor para trabajar. No tiene cualificación. Mírale tanto que era y ahora en el paro. Está tirando su vida. Es un aprovechado de la vida. Algo hará porque le han echado de todos los trabajos. No te aseguro cobrar a principios de mes. Es lo que hay. Fíjate que está en el paro y se va de vacaciones. Es más importante dar dinero a los bancos. No está buscando lo suficiente. Si no trabajas es porque no quieres, porque trabajo hay. Vacaciones pagadas. ¡Si hubieras estudiado! Ánimo, que algo saldrá. Antes en el paro se vivía muy bien. Le queda un mes en el paro, póngase en contacto con su oficina bancaria. Es una oportunidad maravillosa para que cambies de profesión. ¿Lo has echado en Infojobs? ¿Y en LinkedIn? En el mercadona me han dicho que están buscando gente. ¡Ah! Que ya no estás buscando nada... Habrá que ir pensando en emigrar. ¿Y por qué no te vas fuera? La culpa de todo es de los inmigrantes. Ser flexible. La crisis da oportunidades: permite a mucha gente hacerse un Plan B, lo que antes no se habían atrevido a hacer. En Cazaempleos.com nos proponen un test para comprobar tu empleabilidad ¿Conoces lo que te motiva para destacar en un área? ¿Eres capaz de encontrar estímulos para realizar tu trabajo eficientemente, sin que te tengan que ir diciendo las cosas? ¿Conoces tus habilidades y fortalezas más importantes? ¿Tienes una clara visión de lo que estarás haciendo dentro de diez años? ¿Conoces lo que buscan las empresas para encontrar a los candidatos de los puestos de trabajo que te interesan? ¿Sabes investigar en el mercado que deseas? ¿Tienes varios tipos de currículum? ¿Sabes seleccionar a los empleadores que quieres que te entrevisten? ¿Puedes conseguir una entrevista de cada diez contratos laborales que obtienes? ¿Puedes negociar un salario más alto del que te ofrecen? ¿Y los requisitos que pone el mercado de trabajo? ¿Empleabilidad para quién? ¿En función de qué? Todo está regulado. Pero regulado, ¿para quién? Dinero para cursos que te hacen empleable. Cuando no hay hueco en el mercado. Seguir estudiando, seguir formándose. “Si ya es una lacra estar desempleado...” Encima un desempleado sin formación. Se van a tirar por el balcón... Por eso las recomendaciones europeas. Son que hay que invertir en formación de los desempleados. Reciclarse. ¿Para qué? Maneras de dejar a la gente en un kit-kat. En un paréntesis. Que se entretengan. Que sintamos que estamos haciendo algo. Ahora te piden certificados, títulos y esas cosas para todo. Aunque luego nadie te ofrezca nada. Hice un curso de contabilidad. Y lo pasé con nota, por cierto. ¿De qué me ha servido? ¿Qué perfil estáis buscando? Todos (risas). Ninguno. Ya te llamaremos. La mirada en el móvil, todo el rato. ¿Estás trabajando?, te preguntan con mala leche. Pues no, no estoy trabajando. La llamada que no llega. No encuentro nicho de trabajo, para ser emprendedora y ofrecer mi profesión. Algo que me sirviera para competir. En esta sociedad que es pura competitividad. No es un tema si la gente puede encontrar trabajo o no. Es mucho más profundo. Se está excluyendo a gente que no tiene estudios porque llevaba toda la vida trabajando, que ya no tiene edad. Yo a cantidad de trabajos que voy. De 18 a 35 años, de 18 a 35, de 18 a 35. Con cuarenta me estoy haciendo mayor. Asumir que los chavales con los que trabajo no son empleables. Se dejan caer en la silla y escurren sus culos. Puffff...profe, ¡qué mal! Son desechos. A mucha gente se le está diciendo, que lo que hace no sirve para nada. Que lo que puede aportar a esta sociedad, no vale lo suficiente como para que tenga un salario. No todos tenemos las mismas oportunidades. Son escalones, pero llega un momento en que ya no hay más. Queda sólo un salto al vacío. Pasos que siguen un ritmo: tac, tac, tac, tac... sin pausa, mientras no pare, estás dentro, íbamos caminando, y en un momento he parado. Y él ha abierto los ojos, instintivamente. Como una alerta. Cuando íbamos caminando, en movimiento, él seguía con los ojos cerrados. Como si el no parar fuera garantía. Como si al parar, pudieras caerte. O el tren se fuera sin ti. El tren donde va todo el mundo subido... Hasta que te paras y abres los ojos. ¿Qué estoy haciendo? ¿Dónde me estaba metiendo? Estímulos a mi alrededor que me decían: no, eso ahora no toca, eso ahora no puede ser. No saber si no se puede, si está prohibido o si no me estoy atreviendo. Tiemblas, porque ya no tienes la inercia. Pero escapas de todo aquello que te oprimía alrededor para que siguieras esa línea recta. Yo he tenido que cambiar el chip. Y pensar que no es mía la culpa por no trabajar. ¿Rechazo? Yo no veo rechazo porque somos muchos, entonces no es una cosa individual. Se para, y ya descansas. Pero preocupado, por si vuelve a ponerse en marcha. No estoy dispuesta a que me exploten a que me machaquen, a que me degraden. Y estoy más dispuesta a cambiar mis propias necesidades. Inventarse nuevas maneras de supervivencia. Buscar el apoyo de la gente, hacer redes. Vivir más codo con codo. Una conexión, que se siente en el vagón del metro: nos miramos y decimos “¿Cuánto más? ¿Hasta cuándo?” Dicen que viene el fin del mundo de los mayas, o una explosión solar. Pues que venga. Y que cambie todo. O llegue la primavera.\*

---

\* Extractos del taller con personas en paro Mínimo Común Múltiplo (Ávila y Malo, 2012).





...la observación de la patología y deformación de las vidas temporales se toma como testimonio de un dolor del Tiempo general, que revela la dominación que se ocultaba; pero parece que es de ese dolor de donde la fuerza para la negación de la «negatividad global» así establecida mana.

Agustín García Calvo. *Contra el tiempo*



## Anexo: Estado de la cuestión

### La crítica del paro como crítica del trabajo

#### Aportes y límites de la investigación del tiempo del paro\*

---

La base de nuestra crítica a la investigación del desempleo, como hemos repetido, es la asunción de la positividad del tiempo de trabajo. De esa asunción, se derivan diferentes problemas epistemológicos y límites explicativos, que ahora caracterizamos de forma más sistemática. Además, hemos insistido en la parcialidad de un abordaje del tiempo del paro que separe su dimensión subjetiva –la escasez subjetiva de tiempo dentro de una abundancia objetiva de minutos– y su dimensión objetiva –la abundancia objetiva de minutos dentro de la escasez objetiva de tiempo social general. Por último, hemos enfatizado que la dimensión histórica y dinámica del desempleo es central.

Con estas tres claves, en este estado de la cuestión revisamos los principales aportes y límites explicativos de la investigación del tiempo de desempleo, tal como pueden ser leídos desde el punto de vista de la definición del paro que hemos derivado del concepto de tiempo superfluo. Con este fin, dividimos este capítulo en tres apartados: 1) situamos el sentido de nuestra investigación dentro del campo del estudio sociológico del tiempo; 2) reconocemos algunas contribuciones importantes de la investigación del tiempo de desempleo y ponemos en cuestión los límites explicativos derivados de una concepción positiva del trabajo; 3) resumimos algunas líneas de investigación y reflexión que apuntan directa o indirectamente a la crítica del trabajo como clave de comprensión del tiempo de desempleo.

### 1. El paro en la investigación sociológica del tiempo

Nuestra investigación se sitúa entre los límites borrosos de los campos del tiempo, el desempleo y el trabajo, a su vez atravesados por la sociología, la ciencia política, la economía, la psicología social, y otros campos de la investigación y la reflexión social. A pesar de ello, puesto que nuestro objeto formal no es tanto el desempleo como tal sino *el tiempo de desempleo desde un punto de vista sociológico*, en la siguiente revisión abordamos las principales líneas relacionadas con la investigación sociológica del tiempo de desempleo. No pretendemos realizar una revisión exhaustiva de todas las investigaciones que nos interesan –muchas de las cuales las mencionamos

---

\* Este estado de la cuestión decidimos incluirlo como anexo para no obstaculizar demasiado la exposición de la investigación, aunque su lugar lógico sería al inicio. Recomendamos su lectura en caso de que no quedaran suficientemente claros los cinco límites de la investigación del desempleo que han motivado nuestra investigación.

a lo largo del texto- sino simplemente mostrar un esbozo de algunas líneas de las que nos hemos nutrido<sup>389</sup>.

Puesto que hemos realizado una definición temporal del paro, y la dimensión sociotemporal está en el núcleo de nuestro enfoque teórico-metodológico, antes que nada hemos de plantearnos qué problemas se han dado comúnmente en este campo de investigación, para contribuir a prevenir y superar algunos de los errores más frecuentes. En este sentido, compartimos aquí la posición de Hartmut Rosa, un importante sociólogo alemán contemporáneo, cuando alerta de la dispersión de aquellos estudios que no contribuyen a una teoría social del tiempo moderno. Según Rosa (2005: 1-3), estas investigaciones podrían clasificarse en tres tipos: 1) encuestas de tiempo cuantitativo que concluyen señalando la importancia de la diversidad de estructuras temporales del mundo social; 2) estudios que se centran rápidamente en un objeto concreto y omiten una concepción amplia del tiempo social, y; 3) estudios teóricos que llegan a tal grado de abstracción que amenazan su aplicabilidad en la investigación empírica: por ejemplo, Rosa critica los abordajes que, según él, han convertido el problema del tiempo en un “incomprensible puzzle”, desde San Agustín hasta Heidegger, en vez de centrarse en el problema de la escasez generalizada de tiempo o en la organización contradictoria de los tiempos sociales.

Siguiendo a Rosa, nuestra investigación trata de prevenir estos problemas. Respecto al primer punto, damos una importancia relativa a las encuestas de tiempo, sin negar su utilidad pero sin otorgarles un lugar central, pues en general no problematizan las horas como unidad de medida abstracta, o como dice Rosa, toman el tiempo como una “cantidad auto-evidente” (Ibíd.: 3). En relación al segundo punto, nuestro marco interpretativo es ambicioso en el sentido de ubicarse dentro de una teoría social del tiempo moderno con una mirada lo más amplia posible, motivo por el cual hemos comenzado por la historia lejana del tiempo desocupado –los inicios de la expropiación del tiempo. También, hemos tenido en cuenta campos académicos diversos, con el fin de no repetir un tipo de investigación quizás demasiado común, como por ejemplo puede ser el caso de los estudios de la experiencia del desempleo, del mercado de trabajo, o de los diferentes perfiles o condiciones que afectan al desempleo. Por último y en relación a la tercera crítica, intentamos guardar un equilibrio entre un marco teórico lo más elaborado posible –la *esotérica*<sup>390</sup> teoría del valor en Marx-, sin que ello dificulte el análisis empírico del tiempo de desempleo. Como no hay recetas predeterminadas, sólo nuestro propio análisis podrá mostrar que no terminamos nuevamente en otro “incomprensible puzzle”, y que conseguimos arrojar alguna luz sobre el espinoso problema del desempleo.

<sup>389</sup> Por nuestras limitaciones de idioma y por la amplitud del campo, hemos acotado nuestra revisión principalmente a la literatura disponible en castellano e inglés, y de un modo secundario al francés. En alemán, podemos mencionar algunas investigaciones relacionadas con nuestra temática, que usan también la idea de lo superfluo [überflüssig] en relación al paro (Vogel, 2001), pero de las cuales aparentemente no podemos deducir ninguna novedad especial respecto al resto de investigaciones que hemos revisado.

<sup>390</sup> Tomando una vieja distinción de Leo Strauss, Kurz (2001) se ha referido al Marx de difícil comprensión, asociado a la teoría del valor, como el Marx “esotérico”, frente al Marx “exotérico” pedagógico y volcado a la acción.

## 2. La incuestionable negatividad del paro como la otra cara de la incuestionable positividad del trabajo

Por la infinidad de miradas al tiempo de desempleo, no resulta sencillo simplificar la riqueza existente en unas pocas páginas. No obstante, para una revisión de este tipo y por nuestros propios límites mentales y temporales, nos vemos obligados a centrarnos exclusivamente en el principal supuesto que aquí nos interesa problematizar. Nuestro objetivo es evidenciar cómo un significado ampliamente compartido del desempleo está marcado por la asunción, a veces explícita y a veces implícita, de su carácter de no-actividad. Paralelamente, esta visión del paro depende implícitamente de la otra cara de la moneda: el trabajo como *la* actividad por excelencia. Desde nuestro punto de vista, este problema epistemológico deriva en premisas, métodos o conclusiones parciales y/o erróneas, que simplifican, omiten o fuerzan alguna dimensión importante de la realidad del tiempo del desempleo.

En esta atención simultánea a las dos caras de la moneda, por un lado, rescatamos las aportaciones que nos son útiles desde el concepto de tiempo superfluo, y por otro lado, evidenciamos cómo el supuesto de la positividad del tiempo de trabajo deriva en uno o en varios límites explicativos. Estos límites de buena parte de las investigaciones sobre el tiempo de desempleo pueden resumirse así, repitiendo lo que ya señalamos [0.3]:

- 1) *El paro como no-agencia del tiempo frente al trabajo como agencia.* Se suele presentar a los parados como no-agentes de su tiempo, suponiendo implícitamente que los trabajadores sí lo son. En esa visión, habría una diferencia cualitativa sustancial entre ambos en su agencia sobre el tiempo. En consecuencia, muchas investigaciones omiten la posibilidad de una recuperación del control del tiempo que no pase por la recuperación del puesto de trabajo.
- 2) *El desempleo como negatividad frente al trabajo como positividad.* La visión del desempleo como una pura experiencia negativa, no da cuenta de las comunes ambivalencias que empíricamente constatamos en la experiencia de parados y trabajadores: por ejemplo, el sufrimiento en el trabajo o el disfrute en el paro.
- 3) *La identificación desempleo-inactividad y trabajo-actividad.* Muchas investigaciones identifican trabajo con actividad, y al no distinguir ambos conceptos, se tiende a dar por sentado que la pérdida de trabajo conlleva la reducción de la actividad en general. De esa forma, se tiende a identificar desempleo con inactividad.
- 4) *Carácter transhistórico de la escasez de tiempo.* Derivado de lo anterior, a menudo se omite la génesis histórica [1.1], por la cual la desocupación deja de ser abundancia de tiempo para transformarse en escasez de tiempo. Al omitir este proceso, el desempleo del presente aparece estático, como si su transformación constante no siguiera produciéndose. El tratamiento ahistórico y atemporal del reduce el desempleo a un mero dato, y a los desempleados a unidades iguales y comparables, en vez de cómo una categoría social producida por un dispositivo de representación estatal [1.4, 1.5].
- 5) *Homogeneización del tiempo del paro y de los sujetos en paro.* Del límite anterior, a menudo se deriva una homogeneización de los parados y sus tiempos que, por ejemplo, no explica social y dinámicamente la constitución generizada del desempleo [6.1], o la creciente difuminación de las fronteras entre empleo, precariedad, desempleo e inactividad.

Con estos cinco límites en mente, podemos ahora ver los aportes y los límites de diferentes enfoques desde el concepto de tiempo superfluo.

### *La tradición de Los parados de Marienthal*

La investigación de la experiencia del desempleo en términos de tiempo social se ha situado entre la psicología social y la sociología. La tradición de estudios desde *Los parados de Marienthal* (Lazarsfeld et al., 1932) y *The unemployed man* (Bakke, 1933) supusieron un hito pionero en la apertura de este campo, por ejemplo, por su uso del diario de tiempo en la investigación del paro.

**Imagen 5. Primer diario de uso del tiempo en la investigación del paro**

FORM B  
SPENDING TIME IN LONDON.

Occupation..... Wage rate per hour.....  
Unemployed since.....19..... Present age..... Age started work.....  
(Date)  
Number of dependants: Adult..... Children.....  
Member of what Trade Union:.....

	Sunday	Monday	Tuesday	Wednesday	Thursday	Friday	Saturday
1. Meals .....							
2. Sleep .....							
3. Looking for Work .....							
4. Reading: Newspapers .....							
Books .....							
Magazines .....							
5. Recreation: Cinema .....							
Public House .....							
Races .....							
Dance .....							
Watching Sports .....							
Other (specify) Participating in Sports .....							
6. Club, Lodge, or Association Meetings (See note 3 overhead) .....							
7. Visiting at Home or Friend's Home .....							
8. Political Meeting (See note 4 overhead) .....							
9. School or Study (See note 5 overhead) .....							
10. Training for a Job .....							
11. Odd Jobs (See note 6 overhead) .....							
12. Worship: Church or Chapel .....							
Family .....							
Private .....							
13. Church activity .....							
14. Planning for the next day .....							
15. Number of hours spent at home .....							
16. ....							
17. ....							
18. ....							
19. ....							

Fuente: Bakke (1933: 303)

Esta tradición ha sido continuada por Jahoda (1982), y otra serie de estudios en España (Alvaro, 1992) que han tocado especialmente el campo de la salud mental<sup>391</sup>. Como ya dijimos, este enfoque ha supuesto una contribución importante para dar una explicación propiamente social del tiempo del paro, y enfrentar así las explicaciones economicistas y psicologicistas. Además, los primeros estudios también albergan un alto valor como testimonio de su tiempo histórico, para ver las similitudes y diferencias entre el desempleo del pasado y el actual.

Desde nuestro punto de vista, la primera crítica a la tradición de *Los parados de Marienthal* es que no se usa categorías sociológicas críticas, como duramente criticó Bourdieu (1981). El enfoque básicamente descriptivo, entre otros problemas, asume que la *privación* del empleo sólo tiene una cura -el trabajo-, sin problematizar conceptualmente la categoría de trabajo. De ese modo, sólo se capta el carácter deficitario del paro, lo que le lleva a identificar el desempleo con falta de actividad en general. En ese sentido, afirma Jahoda: “el trabajo no es únicamente un derecho inalienable [...] sino la propia esencia de estar vivo” (1982: 26). Esta indistinción entre trabajo y actividad lleva a Jahoda a no definir el trabajo de manera

<sup>391</sup> El campo del estudio de la relación entre desempleo y salud mental es enorme, y no hemos profundizado en él. En lo que al tiempo se refiere, en este campo se tratan de establecer relaciones entre el paso del tiempo y los síntomas psicopatológicos (Wanberg et al., 1997), lo cual está relacionado con la “teoría de las fases” o los “estadios” del desempleo en Lazarsfeld. Para un resumen del “modelo de las fases”, “etapas” o “estadios”, véase Ashton (1986: 140-4) o Delfino (2011). Para una crítica, por ejemplo Ezzy (2001: 11-3) ha defendido que no existe una sucesión lineal ni necesaria de acontecimientos por los que pasa el desempleado, ni tampoco una relación necesaria entre “duración” y “malestar”.

convinciente: “actividades como ver la televisión o tocar un instrumento musical; también son trabajo, pero no en sentido económico.” (Ibíd.). Si el trabajo es antropologizado como actividad, el corolario es sencillo: sin trabajo, las necesidades psicológicas básicas no pueden realizarse:

los rituales, las prácticas religiosas y comunitarias, cumplen en estas sociedades las funciones que el empleo desempeña en la nuestra, proporcionando la experiencia del tiempo adecuada a la sociedad que se trate [...] llego a la conclusión de que las necesidades psicológicas que el empleo satisface son probablemente más profundas y permanentes que los mecanismos institucionales que los satisfacen. (Ibíd.: 89-91)<sup>392</sup>.

Al antropologizar el trabajo, el enfoque de Jahoda identifica la experiencia del tiempo del desempleo con los “efectos anómicos del «tiempo ilimitado»”, lo que como criticaba Merton, supone “otra observación puramente durkheimiana que Durkheim jamás hiciera” (1984: 289). Al hacer del tiempo abundante una causa necesaria de patología social, Jahoda no se limita a señalar la dificultad real de usar el tiempo en el desempleo, sino que también presupone la imposibilidad de transformarlo en tiempo disponible. Por tanto, el énfasis de este enfoque en el carácter social de la escasez subjetiva del tiempo desocupado tiende a omitir su historicidad, asociada a la expropiación y mercantilización del tiempo. Se trata de un error sociologista análogo al error economicista, que reduce el tiempo a un mero recurso que se desvaloriza a medida que aumenta su disponibilidad. El desempleo aparece como transhistórico:

Si bien el concepto desempleo es inexistente en el mundo antiguo, numerosos hechos confirman su existencia varios siglos antes de Cristo. La construcción del Templo de Jerusalén o las Pirámides y el Templo de Karnak en Egipto, así como la costumbre de otorgar tierras a los soldados romanos retirados tenían por finalidad prevenir el desempleo. (Álvaro, 1992: 13-4).

En nuestra opinión, este tipo de afirmaciones no pueden reducirse a meros errores producto, por ejemplo, de una eventual carencia de conocimiento histórico, sino que sobre todo son la consecuencia del supuesto socialmente generalizado del trabajo como fuente única de la riqueza, del que a menudo no consigue escapar buena parte de la ciencia social.

Otra crítica sobre el enfoque del tiempo de desempleo en estas investigaciones, y que en parte explica su dificultad de percibir el carácter histórico del desempleo, es que políticamente se sitúan en el marco del razonamiento keynesiano y su reivindicación del carácter involuntario del paro como propuesta de solución del conflicto entre capitalistas y trabajadores<sup>393</sup>. La posibilidad de una crítica histórica del trabajo no era posible puesto que la preocupación política principal de estas investigaciones consistía en convencer a las posiciones liberales de la utilidad de la inversión pública en prestaciones de desempleo para que, además, empatizaran en un sentido moral con el sufrimiento de los parados y dejaran de culpabilizarles como “vagos”. Por ejemplo, véase el marcado tono moral con que Bakke concluye su investigación pionera sobre los parados londinenses de los años treinta:

...mi impresión después de leer los diarios de los desempleados es que no están tirando su tiempo a la basura. Su tiempo está plenamente ocupado, en la mayor parte por tareas útiles. El tiempo extra que está en sus manos después de haber gastado el tiempo buscando trabajo, se utiliza por la mayoría de hombres en la casa, y no en los “pubs” o en las calles. El tiempo que se pierde y no puede ser justificado se pierde debido a la irregularidad de un programa diario, de la falta de rutina. (Bakke, 1933: 201)

No en vano, la pregunta de investigación de Bakke era la siguiente: “¿Cuál ha sido el efecto del Seguro de Desempleo en la disposición y la capacidad de los trabajadores de ayudarse a sí

<sup>392</sup> Para una crítica general de Jahoda, véase Ezzy (2001: 13-5, 22-4). La lectura de Jahoda de la realidad exterior al sujeto es lo que en ocasiones se denomina la lectura “adaptativa”, en la cual la patología es un problema de un sujeto no adaptado a un “principio de realidad” aporético. La lectura “transformadora” en psicoanálisis problematiza la relación entre el sujeto y el medio exterior, desde la idea de que la patología nunca es un problema meramente individual; a saber, el malestar psíquico del desempleado es inseparable de la sociedad que produce desempleo.

<sup>393</sup> El prologuista del libro de Bakke afirma que su investigación es una “ayuda definitiva hacia el entendimiento mutuo entre los puntos de vista de las clases sociales” (Bakke, 1933: ix)



mismos?” (Ibíd.: xiii). Como a menudo ocurre en la actualidad, el objetivo de los investigadores era *justificar* que los parados tenían un deseo positivo de trabajar por trabajar, y que realmente no disfrutaban del tiempo desocupado, sino que más bien eran sus víctimas. Con estas “gafas”, los investigadores no podían reconocer la existencia de un deseo simultáneo de trabajar y no trabajar [8.3], pues el deseo de no trabajar tendía a ser codificado en términos morales, en vez de como una dimensión más del desempleo.

Por último, otro límite teórico-metodológico común en algunas de estas investigaciones del campo de la psicología social, es la tendencia a definir a los parados como sujetos sociales en el marco de una dicotomía entre lo social y lo individual, en vez de en el marco de una teoría de la relación entre estructura y prácticas sociales. Al definirse de ese modo, el tiempo del paro no es tanto el de las prácticas en el paro como el de los sujetos parados, lo que lleva por ejemplo a realizar tipologías de parados que tienden a individualizar el problema: por ejemplo, los “estables” o los “apáticos” (Lazarsfeld et al., 1932: 164), o en una investigación sobre el paro en Holanda, se refieren al parado “autónomo”, el “ritualista”, el “conformista”, el “calculador”, el “emprendedor”, etc. (Engerbersen et al, 1993: 96). Del mismo modo, se identifican culturas del paro: la “fatalista”, la “jerárquica”, la “conformista”, la “individualista”, etc. (Ibíd.) En esa mirada, el parado tiende a homogeneizarse y a *idealizarse* como grupo, y se diluye el carácter procesual del paro, que desde nuestro punto de vista se capta mejor si se parte de que no se puede hablar tanto de *tipos* de parados, sino de tipos de prácticas –o tácticas- heterogéneas que pueden ser más probables bajo determinadas condiciones sociales.

### *Bourdieu y el desempleo*

El abordaje de la experiencia temporal del desempleo ha sido importante en el proyecto de Bourdieu y su escuela (1977, 1981, 1993, 1997: 221-2, 1998) en el marco de una teoría de la relación dialéctica entre estructura y prácticas, que aquí compartimos. Por ejemplo, la investigación de Bourdieu (1977) sobre las estructurales temporales y el desempleo en Argelia es una de sus obras menos conocidas, pero enormemente clarificadora en su abordaje de la génesis histórica de la conciencia temporal del desempleo. *La miseria del mundo* es un impresionante mapa de los efectos de la desindustrialización y el neoliberalismo en Francia, y pone de manifiesto la potencia de la explicación sociológica. En *Contrafuegos* se trata la borrosidad entre el trabajo, la precariedad y el desempleo desde un discurso más politizado. Y como se reconoce a lo largo de nuestro texto, la influencia de Bourdieu en nuestro enfoque del desempleo ha sido un pilar fundamental.

Sin embargo, a pesar de nuestra coincidencia general con los planteamientos bourdieanos, mientras que la especificidad histórica del desempleo aparece claramente en su obra sobre Argelia, en las siguientes obras se omite en buena medida. Esta tendencia, al igual que en la mayoría de investigaciones, va de la mano de una reducción del trabajo a su cara socialmente integradora. Esta tendencia lleva a Bourdieu a difuminar la potencialidad positiva del tiempo de desempleo que, en general, es caracterizado únicamente en su negatividad. Este problema del enfoque bourdieano podría ser explicado por, al menos, tres motivos: 1) una cierta tendencia a proyectar el sociologismo durkheimiano en la categoría de trabajo, en vez de abordarlo como una categoría crítica; 2) la dificultad de pensar la crítica del trabajo en su contexto por el acaparamiento estructuralista de la teoría del capitalismo de Marx, y el rechazo a la definición transhistórica de las nociones de “dialéctica” y “contradicción”<sup>394</sup>; 3) la dificultad de la crítica del keynesianismo por la particularidad del Estado Social francés, la tendencia a reducir la crítica del

<sup>394</sup> Bourdieu, así como Passeron (1983) y muchos otros pensadores franceses, han rechazado el pensamiento dialéctico, así como la idea de las “contradicciones intrínsecas”, sobre todo por su carácter transhistórico hegeliano. Como ya señalamos, es posible una noción de contradicción históricamente específica [0.3].

capitalismo a una crítica del neoliberalismo, y de este modo, reducir la crítica del trabajo a una crítica del “mal trabajo” [8.3]. Resumidamente, estos tres motivos pudieron impedir que Bourdieu planteara la potencial posibilidad de la transformación del tiempo del paro en tiempo disponible desde una crítica a la positividad del trabajo. Esta posición puede ser representada, por ejemplo, cuando Bourdieu (1998) se refiere al surgimiento de los movimientos de parados en Francia en 1998 como un “milagro social”. Si bien está sobradamente demostrada las dificultades objetiva de la aparición de estos movimientos (Carballo, 2013), en nuestra opinión, quizás podría ser sociológicamente más productivo pensar cómo estos movimientos de parados no son tanto un milagro sino una posibilidad potencial determinada por la paradoja entre el simultáneo deseo de trabajar y no trabajar. En este sentido, los movimientos de parados podrían servir no sólo a una crítica del desempleo y la precariedad, sino también a una crítica del trabajo, como de hecho ocurrió en una parte importante de aquel movimiento (Los parados felices, 2001). Dicho esto, no quita para que el enfoque a lo Bourdieu sea uno de los núcleos de la mejor ciencia social del desempleo.

### *Dos intentos de relacionar lo objetivo y lo subjetivo del tiempo del paro*

Desde marcos diferentes al de la tradición de *Los parados de Marienthal*, para nuestros fines nos han sido útiles dos investigaciones poco conocidas en el ámbito hispanohablante, pero que tienen algunas virtudes que podemos rescatar para nuestra propia investigación. Son las de Ezzy y Ledrut.

El estudio de Ezzy (2001) merece ser destacado aquí por su originalidad y énfasis en la dimensión temporal del desempleo, y por su polémica con el enfoque de Jahoda. Este autor ha desarrollado una teoría narrativa del desempleo a partir de la investigación de las formas en que desempleados australianos relatan sus biografías –que en muchos aspectos es similar al enfoque de los *tiempos vividos* (Ramos, 2009: 147-56). Según este autor, la mayoría de modelos psicológicos sobre el desempleo, y de las investigaciones basadas en cuestionarios o encuestas “ignoran la naturaleza interpretada y temporal de la experiencia humana” (Ibíd.: 1), tratan a los parados como un grupo homogéneo y toman el desempleo como una experiencia estática en vez de como un proceso (Ibíd.:25). Ezzy propone entender el concepto de desempleo como “pérdida de empleo” [job loss], para enfatizar la dimensión *procesual* y social, y contrarrestar así la tendencia a la psicologización del parado. El paro, dice Ezzy es un “paso de estatus” de trabajador a parado provocado por la pérdida, lo que sirve para diferenciar el desempleo de la “jubilación, el cambio de trabajo, o dejar el trabajo para tomar un rol familiar” (Ibíd.).

Al igual que en nuestra investigación, se subraya de un modo central la importancia de la relación entre la dimensión objetiva y subjetiva del tiempo, en su caso tal como es entendida por el conocido filósofo Paul Ricoeur:

El tiempo subjetivo es el factor significativo que influencia las autoevaluaciones de las personas. El pasar subjetivo del tiempo se mide a través de la narración de las experiencias propias. [...] la sucesión temporal de las experiencias vividas objetivas toman su significación subjetiva mediante el desarrollo de una narrativa. (Ibíd.: 36).

Por tanto, según Ezzy, la “construcción de la trama” [emplotment] en una narración es lo que enlaza las estructuras temporales con la experiencia temporal subjetiva. (Ibíd.:37). Así, compartimos con Ezzy que no es tanto el tiempo del reloj como el sucederse de los acontecimientos significativos lo que define el tiempo. Sin embargo, una primera diferencia con nuestro marco, es que la idea del tiempo objetivo que Ezzy maneja, omite otro nivel de la objetividad del tiempo moderno, más específica históricamente que la idea del tiempo como “sucesión de las experiencias temporales”: Ezzy no contempla la idea de la objetividad temporal como tiempo mercantilizado y abstracto, que desde nuestro punto de vista es clave para abordar la causa de la abundancia de minutos en el paro y su relación con la experiencia de superfluidad. De esa manera, Ezzy no puede explicar la abundancia objetiva de minutos a partir de la idea de la

experiencia temporal, que no incluye la idea de un tiempo objetivo del paro constituido por prácticas temporales, tal como nosotros lo abordamos. Lógicamente, no tiene sentido afirmar que el tiempo objetivo de la abundancia de minutos está constituido por experiencias temporales, ni tampoco puede derivarse exclusivamente del análisis de las trayectorias de los parados, tal como propone Ezzy. Desde nuestro marco, el concepto de práctica podría incluir la idea de la experiencia temporal de las prácticas temporales de un sujeto portador de tiempo superfluo, pero el concepto de experiencia no incluye necesariamente el de práctica.

En este sentido, Ezzy no puede desarrollar la idea de las condiciones histórico-estructurales en las formas de narrar el desempleo. La carencia de ese nivel temporal en su explicación le impide contemplar la crítica del tiempo mercantilizado constituido por el trabajo, y ello le lleva a que, implícitamente, la solución al desempleo sería de tipo subjetivista, como si el desempleo pudiera enfrentarse a través de nuevos modos de narración de la pérdida del empleo. Con esta limitación, Ezzy se desliza hacia cierto voluntarismo, al subrayar la fundamental dimensión de agencia de los parados sin referirse a que la experiencia superflua está estructurada por la abundancia de minutos.

Si en nuestro caso asumiéramos la perspectiva narrativa de Ezzy, por ejemplo, podríamos cometer el error de escindir el modo en que los desempleados narran sus vivencias independientemente del contexto del arreglo temporal que ha producido un paro masivo. Y en un nivel más general no entenderíamos, por ejemplo, la relación entre tales narraciones y la tendencia estructural del capitalismo a producir poblaciones sobrantes. Por ello, desde nuestro punto de vista es un error importante explicar los sentimientos de inutilidad de los parados como efecto del género narrativo utilizado, en vez de como efecto del proceso de desestructuración temporal asociado a la asignación institucional que los hace portadores de tiempo superfluo. De ese modo, cuando el desempleado se narra a sí mismo mediante un género *trágico* se toma la sensación de no-control del parado sobre su propia vida como si narrarse con agencia sobre el mundo –*románticamente*– implicara que el parado posee el control real sobre su propia vida. Por mucho que las formas de narrarse de los parados tengan importancia, los cambios que pueden alterar los soportes sociales de la persona están en buena parte fuera del control de la persona individual, como puede constatarse en cualquier crisis. En esa línea, Ezzy (Ibíd.: 108) discute la paradoja del “yo no soy nada” [I am nothing] sobre la que reflexionaba Ricoeur, quien la entendía como paradójica, ya que la apelación al “yo” significa narrar la “mismidad”, y así darse una entidad. Desde nuestro punto de vista, esta posición quizás es de un género optimista. Como ya analizamos [7.8], narrarse a uno mismo en plena negación, es el modo más radical de reconocerse como portador de tiempo superfluo y de encarnar materialmente la imposición del trabajo como una pura positividad.

Otro ejemplo de investigación relativamente desconocido en el campo de habla hispana es el de Raymond Ledrut, quien también ha intentado superar explícitamente la dicotomía entre la dimensión objetiva y subjetiva del desempleo. Así define el paro:

El parado es el sujeto *impedido* de trabajar por ciertas condiciones sociales, mientras que otras condiciones sociales le empujan a ocupar un empleo. Esta es la dialéctica social del desempleo. Ella está en el principio de la privación del empleo como realidad social objetiva y como situación vivida. (Ledrut, 1966: 2)

De este modo, Ledrut intentaba superar el desempleo como un mero “indicador económico”, para distanciarse de las definiciones economicistas. Ledrut, en sus palabras, señala una de las contradicciones intrínsecas al paro, y trata de captar la relación entre la dimensión subjetiva y objetiva a partir del concepto de *inferiorización económica*. Para Ledrut, las mujeres, los mayores, los “deficientes”, y los trabajadores de baja cualificación se distinguen por ser categorías económicamente *inferiorizadas*. Ledrut vincula esta inferiorización a una relación entre la *inferioridad por la competitividad* -como característica de los sujetos- y la *inferioridad de*

*los mercados de trabajo* -en plural, insiste Ledrut, como institución externa al sujeto- (Ibíd.:125-6). En clave temporal, Ledrut, relaciona esta inferiorización con los efectos diferenciales de la duración del desempleo en términos del “peso de la inferioridad” (Ibíd.: 264-5), lo que en nuestros términos es perfectamente asimilable al carácter no lineal sino procesual de la incorporación de disposiciones temporales para el trabajo, y de la evaluación de la disposición al trabajo de los sujetos no en términos moralistas sino en términos de la constitución histórica de los grupos sociales que se han ido incorporando a la lógica temporal del trabajo. Entonces, según Ledrut, los parados poco inferiorizados, “son parados recuperables”, es decir, hay reversibilidad: “Hay una empleabilidad muy fuerte, capaz de resistir a la duración.” (Ibíd.:265). A pesar de partir de la duración como medida cronológica, las diferencias entre sujetos hacen a Ledrut sostener que hay diferentes procesos y ritmos, y por tanto, capta la dimensión diferencial que también compartimos: según Ledrut, “esta duración no tiene los mismos efectos sobre unos y otros, no es vivido de la misma manera y se estructura diferencialmente.” (Ibíd.: 266). Por tanto, el concepto de los niveles de inferiorización es histórico y relacional, capta la dimensión del tiempo vivido de una forma conceptualmente compleja y elaborada, y relaciona la dimensión objetiva con el pivote del trabajo y la dinámica de los mercados de trabajo.

Sin embargo, Ledrut no incluye la dimensión histórica del largo plazo de un modo central, de manera que no puede relacionar las estructuras históricas de largo alcance con los mercados de trabajo concretos y los tiempos vividos. Al no contemplar este nivel del tiempo superfluo, Ledrut no puede captar conceptualmente ni explicar históricamente el surgimiento de lo que llama niveles de inferiorización, lo que desde nuestro enfoque se explica por la tendencia sistémica del capitalismo a producir tiempo superfluo mientras se reconstituye la necesidad de trabajo.

En cualquier caso, quienes investiguen el desempleo sociológicamente tendrían que prestar mucha más atención al desconocido aporte de Ledrut, pues nos ha resultado realmente impresionante la amplitud y complejidad con que aborda el desempleo. Frente a algunos comentarios (Gallie y Paugam, 2000: 1), esta obra muestra que en la época de hegemonía de la literatura del pleno empleo, antes de la crisis de los setenta, ya había grandes abordajes propiamente sociológicos del desempleo por fuera de la tradición de *Los parados de Marienthal*. La obra de Ledrut es, sin duda, una de las claves para entender los orígenes de la escuela de la sociología francesa del desempleo -Demazière, Salais, Topalov, Castel, etc. Se le puede considerar un gran pionero en el estudio del tiempo del paro.

### *El tiempo objetivo del desempleo como dato*

Desde el punto de vista de la dimensión objetiva del tiempo del paro, es obligado referirse, aunque sea resumidamente, a su estudio con datos estadísticos obtenidos mediante encuestas. Comentemos los rasgos más importantes del tratamiento del paro en las Encuestas de Empleo del Tiempo y los estudios del mercado de trabajo.

Las Encuestas de Empleo del Tiempo (EET) están muy asentadas internacionalmente como dispositivo de representación del tiempo social usado por los Estados (Durán y Rogero, 2009). Desde el campo sociológico, las EET han servido para representar no sólo la cantidad de tiempo dedicado a las actividades en un día medio por individuo, sino otras cuestiones de interés, como por ejemplo, el ordenamiento secuencial de las actividades respecto a otras posiciones sociales, o la distribución del tiempo por hogares [cap. 6]. Específicamente, el estudio del tiempo del paro con estos instrumentos ha permitido aumentar la precisión y la complejidad en las formas de representar la importancia de la sucesión temporal, de la desincronización, los usos de tiempos no monetarizados, etc. Por ello, en nuestra investigación aprovechamos estas fuentes de datos para representar el tiempo en magnitudes de minutos.

Algunas limitaciones en el uso de las EET -como ya había señalado Rosa- es derivar estructuras temporales demasiado precipitadamente a partir solamente de la constatación de

diferencias significativas en los tiempos medios entre diferentes categorías sociales. Al acentuar la existencia de la heterogeneidad de tiempos sociales, a menudo no se contemplan las dimensiones de la homogeneidad temporal, pues la mayor parte de enfoques cuantitativos no problematizan el supuesto del tiempo abstracto. Otra limitación de las EET es que suelen presentar de manera escindida la dimensión objetiva del tiempo, sin relacionarlo con las prácticas de los propios parados, o con las prácticas sociales en general.

Un problema importante del uso sociológico de las EET es que en ocasiones se asume que los métodos basados en el tiempo son *per se* críticos con las miradas economicistas. Sin embargo, probablemente son los economistas quienes más usan estas encuestas, y actualmente proliferan las investigaciones que analizan la relación entre el paso del tiempo en el desempleo y la búsqueda “activa” de empleo, a menudo en el marco de la teoría de las *fases* por las que pasa el desempleado, según diversas variables. Este tipo de análisis se inscribe en la polémica sobre la mayor o menor “incentivación” de la búsqueda de empleo, cuyo fin es determinar cuál es el punto de corte óptimo para “cortar el grifo”, por utilizar la conocida metáfora, es decir, regular hasta qué punto la inversión pública en prestaciones es más o menos rentable (Holzner et al. 2010). En nuestros términos, la principal función de tales estudios es representar y gestionar productivamente el tiempo superfluo, y eliminar la inversión en aquellos superfluos cuyas probabilidades potenciales de rentabilidad sean menores: por ejemplo, en función del tiempo y la cantidad de las prestaciones, o en función de tramos de edad<sup>395</sup>. En este sentido, el uso de las EET en este ámbito actualmente supone un instrumento clave para establecer los límites entre la voluntariedad o involuntariedad del paro [1.5], de forma que su estudio nos sirve para entender las transformaciones actuales en la representación e intervención sobre el tiempo superfluo. Por un lado, los estudios economicistas más simples tienden a omitir la idea procesual de la desestructuración temporal del parado, y además, homogeneizan a los diferentes tipos de sujetos, que tienden sobre todo a representar al sujeto parado varón, sin dar cuenta de las sustanciales diferencias de género (Gimenez-Nadal y Molina, 2014; Callejo et al., 2009: 22-27). Pero otras técnicas, han llegado a tal nivel de complejidad que son capaces de captar, por ejemplo, los “costes de sustitución” de la fuerza de trabajo en función del tramo del día que se trabaja (Lesnard, 2010), de modo que se ajustan cada vez más las posibilidades de asignar diferencialmente el tiempo superfluo sin generar superfluos a tiempo completo, esto es, parados<sup>396</sup>.

Desde el punto de vista de los estudios sociológicos del mercado de trabajo, ya dijimos que no es nuestro objetivo dar cuenta exhaustivamente de las causas específicas del desempleo en España, sus magnitudes, sus perfiles, por qué se ha dado de una determinada manera y no de otra, u otras cuestiones comunes de este enfoque. Para tales explicaciones tenemos una gama enorme de análisis, cuyo enfoque puede dividirse, muy someramente, en dos tipos según su grado de atención a la contingencia: 1) los análisis coyunturales<sup>397</sup>, que van actualizando los resultados de las diferentes encuestas y realizando diagnósticos de lo que puede ocurrir más adelante; 2) los

<sup>395</sup> En estas discusiones pueden verse los cambios en la concepción del Estado, que ha cedido en los márgenes de su papel en la cohesión social, para ser cada vez más una mediación para garantizar que la inversión pública se realice únicamente en quienes puedan demostrar su deseo positivo de trabajar por trabajar. En esa concepción, el estudio del tiempo del paro se relaciona con el estudio del punto de corte en que la tasa de inversión en prestaciones tenga la máxima tasa de retorno, es decir, dé la máxima rentabilidad en función de las expectativas de reinserción de una parte de la población de parados. (Aguiar et al., 2013a)

<sup>396</sup> Aunque la principal función de estos estudios es, sin duda, hacer progresar la gestión capitalista del tiempo superfluo, y obviando el paradigma del que parten, quizás podrían ser utilizados a la inversa, como medios para proponer medidas que favorezcan a quienes sus condiciones sociales les llevan más rápidamente a la superfluidad.

<sup>397</sup> Todas las actualizaciones trimestrales de la Encuesta de Población Activa, y los estudios que principalmente llevan a cabo los economistas para su actualización, son el principal ejemplo de estos análisis coyunturales.

análisis a medio y largo plazo, que explican por qué los resultados de los análisis coyunturales se circunscriben como variaciones más o menos significativas respecto a los patrones más amplios que han caracterizado el modelo productivo español, y cuya repetida conclusión es que casi todos los indicadores de bienestar en España son peores en comparación a los países centroeuropeos. Ambas vías de investigación nos son útiles para comprender las tendencias que se dan en la producción y asignación del tiempo superfluo. Pero en su principal uso social y sociológico, implícitamente asumen el desempleo como *dato* de una realidad estática, más que como una relación dinámica. El uso masivo de estos instrumentos para representar el paro ha contribuido a hacer girar la discusión pública en torno al problema de reducir el desempleo en números absolutos –“400.000 parados menos”, por ejemplo. En síntesis, y a pesar de su utilidad, la destemporalización del desempleo como un mero dato da una apariencia técnica al problema sociopolítico de las masas de personas con tiempo sobrante y las masas de personas con exceso de trabajo, y hace aparecer los cambios sociales del desempleo como meros cambios de cifras.

### 3. La recuperación de la crítica del trabajo y la cuestionable negatividad del paro

En términos generales, el carácter destructivo del desempleo es incuestionable. Pero también en términos generales, el trabajo es destructivo, aunque frecuentemente se presente como polo positivo frente al polo negativo del paro. Esta paradoja genera ambivalencias en los sujetos y, en ocasiones, permite que los parados no se refieran sólo a un deseo unívoco de trabajar [8.3]. En nuestra opinión, negar un lugar significativo al rechazo del trabajo por parte de los parados e invisibilizar algunas de las prácticas que eliminan el carácter negativo del paro, implica forzar el marco analítico y negar la posibilidad potencial real de una apropiación positiva del tiempo. De este modo, nuestro marco nos permite tener unas “gafas” en las que el paro pueda verse como algo más que un drama. En este sentido, desde diferentes campos del pensamiento social y la práctica política se ha hecho hincapié en la pertinencia de la criticar el trabajo como relación social, lo que ha contribuido directa o indirectamente a señalar la potencial positividad del tiempo desocupado. Resumamos algunos de los aportes y límites de estas líneas.

#### *¿La primera investigación social del desempleo crítica con el trabajo?*

Aunque la crítica del trabajo moderno se remonta en el tiempo, hasta donde sabemos, una de las primeras investigaciones que desde la ciencia social han abordado el desempleo desde un enfoque propiamente crítico con el trabajo es *The unemployed man and his family*, de Mirra Komarovsky (1940). Aunque supervisado por Lazarsfeld, este estudio estuvo orientado por la teoría crítica de Horkheimer, y sirvió para desarrollar la problemática de la transmisión de la autoridad social, tal y como la Escuela de Frankfurt venía estudiando ya algunos años<sup>398</sup>. De esa forma, Komarovsky estudia 59 familias de clase media de Nueva Jersey golpeadas por el desempleo del “cabeza de familia” tras la crisis del 29. De este modo, la autora analiza cómo el desempleo transforma la autoridad del varón y su relación familiar, desde un enfoque que asume el carácter históricamente específico del trabajo capitalista.

Komarovsky, como tantos otros, insiste en la desestructuración temporal que produce la pérdida del trabajo: “la ausencia de forma [formlessness] del día y la semana, la ausencia de una tarea requerida, era la causa de la decepción y el debilitamiento del impulso por cualquier

<sup>398</sup> La Escuela de Frankfurt es una de las fuentes clave para la posibilidad del desarrollo teórico de la crítica del trabajo (Postone, 1993: 58).

actividad.” (Ibíd.: 81). A parte de estos lugares más comunes, y de un modo original respecto a la mayoría de investigaciones hasta el momento, la autora no confunde trabajo con actividad: “las actividades económicas se supone que son los medios para la buena vida”, pero sin embargo, un desempleado “tomaría cualquier trabajo solo para estar haciendo algo, incluso si fuera sin dinero.” (Ibíd.: 81-2). Para Komarovsky, la idea de que “hacer algo” se haya convertido en sinónimo de trabajo, es decir, que trabajo y actividad se confundan y que los medios se hayan invertido como fines, se muestra especialmente en el caso de la desocupación. Así, la autora muestra de manera clara como la necesidad abstracta de trabajo, no sólo como necesidad de medios materiales sino como clave de la existencia social, se impone independientemente de si el contenido concreto del trabajo tiene algún sentido de utilidad social concreta. La existencia de esta distinción, fundamental desde nuestro punto de vista, deja semánticamente abierta la posibilidad de que un parado pueda “hacer algo” por fuera del puesto de trabajo.

Respecto a otros datos de interés para la actualidad, Komarovsky señala algunos de los efectos fetichizados de la percepción de la escasez de trabajo, cuyas causas se atribuían a la inmigración. La producción de tiempo superfluo ya aparecía como si estuviera causada por el exceso de trabajadores –inmigrantes recién llegados, mujeres, etc.- en vez de por el exceso de trabajo<sup>399</sup>. Además, Komarovsky relaciona estrechamente el significado del trabajo –y el desempleo- con la masculinidad y la autoridad –en un momento en el que el feminismo aún tenía muy poca presencia en la ciencia social-, cuestionando por tanto el estatus de actividad humana y universal del trabajo masculino. Y en fin, aunque el carácter general de la investigación de Komarovsky es básicamente descriptivo, creemos que es de justicia reconocer que *The unemployed man and his family* supuso una importante excepción histórica de su tiempo, al tratar críticamente el trabajo como clave en la investigación del desempleo.

### *Las políticas de tiempo y la autonomía temporal comunitaria*

Otra línea que podemos considerar crítica con el trabajo desde el punto de vista de su relación con el desempleo, se ha expandido en las últimas décadas en los países capitalistas avanzados, bajo el objetivo compartido de una autonomía temporal o una *justicia temporal* (Goodin, 2009). La producción de esta autonomía temporal a corto y medio plazo puede considerarse en tres niveles: el político-institucional, el de los movimientos sociales y el comunitario.

En el nivel institucional, las llamadas *políticas de tiempo* que han sido reivindicadas especialmente desde el feminismo (Torns et al., 2006), también se relacionan con el tiempo del desempleo en tanto apuntan a significar el carácter sociopolítico del tiempo, como una esfera sobre la que se puede intervenir, y no como algo asocial. Estas miradas se refieren sobre todo al tiempo por fuera del trabajo como clave de la regulación del tiempo social general. En el contexto español, este enfoque ha tenido diferentes expresiones, de las cuales la más conocida quizás sean las propuestas de “racionalización de los horarios” (Buqueras, 2006a) que proponen asimilar crecientemente a la sociedad española a los ritmos europeos de levantarse, descansar, comer, etc. como si se tratase de un problema cultural mediterráneo. A nuestro modo de ver, este tipo de visiones tienden a exacerbar las diferencias de grado entre países como si fueran diferencias estructurales [4.1], en vez de ver que lo realmente estructural es la intensificación general de la mercantilización del tiempo, dentro de la cual es racional producir simultáneamente desempleo masivo y trabajo intenso. En esta línea, como se ha preguntado Hochschild, “¿para qué queremos ahorrar tiempo?” (2003: 209). La insistencia en la racionalización de los horarios como un

<sup>399</sup> Aunque paradójicamente, Estados Unidos en los años 30 aún podía parecer un país recién creado por inmigrantes, con el desempleo circula más intensamente una definición de los Americanos realmente Americanos, que eran trabajadores legítimos frente a los no Americanos: “‘‘Simplemente mira a los coches por la mañana’’, dijo uno de ellos, ‘‘están llenos de Italianos y gente de color. Los italianos, Irlandeses y la gente de color, tienen prioridad.’’ (Komarovsky, 1940: 119).

problema cultural, no sólo omite el carácter subordinado del tipo de economía de servicios propia del capitalismo semiperiférico español –que es la causa institucional principal de la desorganización general de los horarios- sino que más aún, deja sin problematizar la dinámica polarizada y conflictiva de la división capitalista del tiempo.

Otro enfoque institucional particularmente interesante, y del cual es posible una lectura en la línea de la descentralización del tiempo de trabajo, es el de Goodin et al. (2008). Desde ese enfoque, la producción de lo que denominan *tiempo discrecional* como la garantía de un tiempo libremente disfrutado, apunta a propuestas políticas que intervengan sobre lo que estos autores llaman la *pobreza de tiempo-o-dinero* (Goodin, et al., 2008: 6). No en vano, el concepto de autonomía temporal es definido y operacionalizado a partir de Marx y Postone (Ibíd.: 4-5). Aunque la autonomía temporal de los parados es excluida de su investigación, Goodin defiende que “La preocupación social debería focalizarse en los genuinamente 'pobres de tiempo', gente que realmente tiene poco control discrecional sobre cómo gastar su tiempo.” (Ibíd.: 264). En ese sentido, aunque no se puede juzgar el control real del tiempo de los parados a partir de su abundancia de tiempo objetivo, la idea que Goodin sostiene es interesante para distinguir entre dos tipos fundamentales de pobreza temporal: por un lado, entre quienes *desean* trabajar por trabajar sin estar presionados por la necesidad de mayores ingresos –por ejemplo, ejecutivos de alto rango- y quienes *necesitan* trabajar más de 40 horas porque necesitan más salario –por ejemplo, los trabajadores pobres. De esta manera, la construcción de indicadores de pobreza no sólo basados en la renta sino en el control del tiempo, apunta a la cuestión clave que venimos subrayando para el caso del desempleo.

En el nivel de los movimientos sociales de parados, éstos han tenido siempre dificultades importantes para organizarse de manera estable, dadas las condiciones del tiempo superfluo del paro, y de la precariedad en general (Carballo, 2013, 2015). Como es lógico, la reivindicación fundamental de la inmensa mayoría de estos movimientos en todos los lugares siempre ha sido el empleo. Sin embargo, hemos encontrado un caso muy significativo para nuestra investigación: el de *Los parados felices* (2001). Este movimiento, surgido en una parte de las protestas de Francia en 1998, se distinguió por apuntar al trabajo como causa del paro mismo. Así, afirmaban que el paro no era lo contrario del trabajo, sino “un momento del trabajo” (Ibíd.: 27). Este movimiento llegó incluso a oponerse a la reducción de la jornada laboral a 35 horas llevada a cabo por el gobierno Jospin, pues entendían que la reducción de la cantidad de horas de trabajo no se dirigía a afrontar el problema del desempleo de un modo sustancial, sino que más bien la entendían como una medida orientada más como un medio para la gobernabilidad del trabajo, que como un medio para reducir progresivamente el tiempo de trabajo.

### Cuadro 35. Panfleto de Los Parados Felices contra las 35 horas

#### **TREINTA Y CINCO HORAS: ¡NOS LA SUDAN!**

Treinta y cinco horas de esclavitud asalariada

Treinta y cinco horas de “¡Buenos días, Sr. Director!”

Treinta y cinco horas de aburrimiento

Treinta y cinco horas de jefecillos

Treinta y cinco horas de “¡Que llegue pronto el fin de semana!”

Treinta y cinco horas de curros inútiles (animador sociocultural, representante comercial, agente de medio ambiente, mediador pedagógico, perfumadora, limpiador de caniches, y muchos más).

Treinta y cinco horas de curros perjudiciales (empleado en el sector nuclear, vigilante, pasma, periodista, delegado sindical, político, revisor, banquero, asistente social, publicista, juez, guardia, obrero de las fábricas de armas, investigador de semillas transgénicas, y muchos más).

Fuente: Los parados felices (2001: 44)



Por último, en el nivel comunitario, los bancos del tiempo han tenido un auge importante en las últimas décadas, como una alternativa colectiva que no requiere de la ideologización típica de los movimientos sociales. Los bancos de tiempo funcionan como sistemas de intercambio de horas dentro de una unidad territorial pequeña o mediana, orientándose a crear o consolidar los lazos de solidaridad comunitaria. Desde nuestro punto de vista, estas propuestas tienen interés para comprender las posibilidades prácticas de la transformación del tiempo superfluo en potencial tiempo disponible, para reducir la dependencia subjetiva y objetiva del trabajo, y por su capacidad para cuestionar el significado de la riqueza como mero dinero o mercancías. Por ejemplo, en el caso de las redes comunitarias, grupos u organizaciones en que participan parados, el sostenimiento comunitario es una clave fundamental para mantener el carácter socialmente útil de la persona en paro aun cuando sea superfluo para el mercado de trabajo. En Estados Unidos, la autora de referencia en este ámbito es Juliet Schor (2010), quien ha defendido que una creciente autogestión [“do-it-yourself”] del tiempo basada en iniciativas comunitarias podría facilitar la autonomía temporal en el tiempo del paro. Sin embargo, estos enfoques pueden verse limitados en el momento que se separen de una crítica del trabajo histórico-estructural, pues el crecimiento de la autogestión del tiempo podría servir como un modo de disminuir el valor de la fuerza de trabajo [8.6]. Esto es, depender menos del consumo mercantil también es una manera de reducir el coste de reproducción de la fuerza de trabajo, y de esa manera posibilita la bajada global de los salarios y el aumento de la inflación, lo cual, como es sabido, paralelamente conlleva una pérdida del poder de negociación a la hora de limitar la producción de desempleo.

### *El fin del trabajo y la crítica culturalista en el neoliberalismo*

Después del agotamiento histórico de la idea del tiempo libre asociado a un trabajo estable, otra línea de interés en relación con el tiempo de desempleo apunta al debate de los años ochenta y noventa, por ejemplo, en torno a la idea de la sociedad postindustrial de Daniel Bell, o en el marco de la noción del fin del trabajo de Jeremy Rifkin. Como sabemos, los acontecimientos posteriores han dejado obsoletos estos enfoques, caracterizados por el determinismo tecnológico, por una visión lineal de la evolución social, o por subestimar la importancia social del trabajo en las últimas décadas (Postone, 1999). No obstante, es posible rescatar algunas ideas de estos debates que contribuyen, al menos en términos culturales, a sustentar una visión del desempleo que no idealice el empleo como su única solución.

En este sentido, la desidealización del trabajo industrial ha sido importante como paso para plantear la desidealización del trabajo en general, y así avanzar en una mirada al desempleo que no esté únicamente marcada por su carácter deficitario. La valoración social del tiempo fuera del trabajo, aunque definido como tiempo libre, también ha generado algunas condiciones históricas para pensar en el deseo de un tiempo que no pivote en torno al trabajo. Así, de esta época, hay toda una serie de ensayos que reivindican la desaceleración como una especie de problema cultural, que en ocasiones se presenta como si el problema de la sobreaceleración se iniciara históricamente en los setenta. Por ejemplo, el famoso ensayo de Alvin Toffler, *El shock del futuro*, es una buena muestra cultural del miedo a la potencial superfluidad que aparece a la experiencia como una novedad histórica tras el periodo keynesiano de relativa estabilidad:

En los tres decenios escasos que median entre ahora y el siglo XXI, millones de personas corrientes, psicológicamente normales, sufrirán una brusca colisión con el futuro. Muchas de ellas, ciudadanos de las naciones más ricas y tecnológicamente avanzadas del mundo, encontrarán creciente dificultad en mantenerse al nivel de las incesantes exigencias de cambio que caracterizan nuestro tiempo. Para ellas, el futuro llegará demasiado pronto. (Toffler, 1970: 6)

Puede verse así cómo el efecto de contraste entre el fin del keynesianismo y la llegada del neoliberalismo es vivido como novedad cuando en realidad es una experiencia temporal que se repite una y otra vez durante el capitalismo, como un momento más de la historia de la expropiación del tiempo.

Igualmente, otros ensayos han apuntado al problema de la relación entre la superfluidad y el aumento de la velocidad social como una cuestión básicamente cultural. Por ejemplo, el contexto anglosajón ha difundido diferentes relatos de autocrítica cultural por su excesiva dedicación al trabajo, y por no saber disfrutar de la “buena vida”, en comparación con la Europa Continental o los países mediterráneos (Bertman, 1998; Honoré, 2004). Puesto que la inserción histórica de Inglaterra y Estados Unidos en el capitalismo fue más adelantada, por efecto de comparación aparece constantemente como diferencia cultural lo que más bien puede ser entendido como una diferencia histórica en el momento de inserción de las poblaciones en la lógica del trabajo.

Así, aunque las explicaciones ahistóricas o culturalistas son desde nuestro punto de vista explicaciones sociales fallidas -incluso podrían caracterizarse como una “ideología de la desaceleración” (Rosa, 2005: 85)- su interés reside en su contribución a la formación de un cierto sentido común que problematiza la naturalidad de la paradoja del tiempo escaso. Por tanto, reconocer la existencia de estos puntos de vista también nos es útil para reforzar el cuestionamiento de la positividad del trabajo y de la incuestionable negatividad del paro.

### *El reparto o la redistribución del trabajo*

Ya esbozamos el giro histórico de los años treinta [1.1] por el cual los sindicatos pasan de reivindicar la reducción del tiempo de trabajo a centrarse en la subida de los salarios. Tanto en España como en muchos países los principales sindicatos abandonaron como reivindicación central la cuestión del tiempo, tanto por priorizar la cuestión salarial, como por las importantes resistencias del empresariado y, en general, por las diversas derrotas sindicales en el ámbito de la negociación colectiva (Offe, 1984).

A pesar de ello, la reivindicación de “trabajar menos para trabajar todos” ha permanecido de una u otra manera en diferentes propuestas. Entre ellas, desde el punto de vista del desempleo, pueden distinguirse aquellas que conciben la reducción del tiempo de trabajo como un medio para lograr el pleno empleo y una mejor *distribución* de las actividades –pero que no cuestionan el productivismo ni la relación de trabajo como pivote-, y aquellas que conciben la reducción progresiva del tiempo de trabajo como condición necesaria de una vida social sostenible a largo plazo (Álvarez et al., 2014). De esta forma, por ejemplo en España se han reivindicado recientemente medidas moderadas –como la reducción de la jornada a 35 horas (VV. AA., 1998)- hasta medidas que defienden una reducción más radical, hasta las 21 horas (NEF, 2012). De manera más o menos marcada, ambos puntos de vista sostienen que una clave para reducir o eliminar el desempleo consiste en transformar la división polarizada del tiempo en la dirección de un reparto más equitativo del tiempo de trabajo. La clave, como ya sostuvimos, sería controlar además la intensificación del tiempo con forma de trabajo.

Los elementos de crítica a estas perspectivas que se derivan del concepto de tiempo superfluo, pueden ser resumidos en diálogo con una de las propuestas más radicales: la de André Gorz (1988; 1994). A partir del caso francés en los ochenta, Gorz propone una distinción entre el reparto y la redistribución del tiempo de trabajo, donde el *reparto* implicaría la reducción de tiempo de trabajo y de salarios, mientras que la *redistribución* significaría una reducción del tiempo de trabajo, pero no necesariamente de los salarios reales. Como dice el autor:

Cuando un menor volumen de trabajo basta para producir un volumen mismo de riquezas, *nada se opone en principio a que cada cual reciba por un trabajo menor una parte inalterada de la riqueza producida*. La reducción de la remuneración sólo es necesaria cuando, para reabsorber un paro preexistente, el volumen global de trabajo debe ser repartido entre un número mucho mayor de activos mediante una reducción masiva y relativamente rápida de su duración. [...] [En Francia] el volumen de trabajo remunerado se ha reducido en un 15%, mientras que el volumen de las riquezas producidas ha aumentado en cerca del 30%. Por tanto, una política de redistribución del trabajo habría podido

incrementar los efectivos empleados en cerca del 12%, subir las remuneraciones en cerca del 18% y reducir la duración del trabajo en más del 25%. (Gorz, 1994: 80-1, la cursiva es nuestra)

Como vemos, la propuesta de Gorz comparte que la solución a la división polarizada del tiempo puede basarse en un aprovechamiento de las condiciones históricas generadas por la capacidad productiva capitalista. Pero desde nuestro marco, esta mirada sería incompleta si asumiera el supuesto de que el tiempo de trabajo es un tiempo social como otro cualquiera, cuando en su funcionamiento opera como el *pivote* central sobre el que gira la división social del tiempo. Aunque sabemos que Gorz no asume tal supuesto, argumentaremos como si lo asumiera para que se capte el sentido de nuestra crítica<sup>400</sup>.

Según nuestro enfoque, cualquier medida de redistribución del trabajo alteraría la totalidad de la división social del tiempo, no sólo en cantidad, sino también en cualidad, y no sólo en su dimensión objetiva, sino también subjetiva. Más aún, tales medidas alterarían también la relación entre el tiempo de trabajo y su precio, lo que puede implicar espirales inflacionarias incontroladas, como a menudo ocurre en las crisis. Por consiguiente, en nuestra opinión es erróneo afirmar que “nada se opone en principio” a la reducción del tiempo de trabajo mientras se mantenga un volumen de riqueza igual<sup>401</sup>. En relación al tiempo de trabajo, los aumentos de la productividad no serían iguales a los anteriores porque cualquier redistribución significativa del tiempo y de la riqueza implicaría una desintensificación de la dinámica de competitividad, que indudablemente favorece la posibilidad de tal nivel de productividad. Por ejemplo, en el caso del desempleo, ¿cómo podría mantenerse un determinado nivel de productividad sin una masa de parados gestionados para intervenir productivamente sobre la productividad? Como ya argumentamos en el caso del arreglo temporal español, una causa clave del aumento de la productividad es precisamente la producción regulada de desempleo, y no su eliminación. En este sentido, la reducción de la coacción abstracta del trabajar por trabajar indudablemente disminuiría la productividad, pues al eliminar la función productiva del tiempo superfluo no se podría mantener un proceso de redistribución del tiempo de trabajo basado en el falso supuesto de que, en condiciones diferentes, se mantendría un constante aumento de la productividad. En realidad, la hipótesis de Gorz sólo se sostendría desde el punto de vista convencional: sólo aumentando la capacidad tecnológica del modelo productivo –el llamado “valor añadido”– sería posible reducir el tiempo de trabajo, pero este movimiento vuelve a encerrar la solución en un aumento de la competitividad de un determinado modelo productivo que necesariamente implicaría la pérdida de competitividad de otros países.

Otro problema añadido es el grado de dependencia de un país dado de los flujos de dinero y mercancías del exterior, y su relación con la dinámica temporal general [2.2]. Al pensar las medidas de redistribución sólo en un marco nacional se omite el grado de dependencia del exterior, que como vimos, es determinante en cualquier medida de redistribución del tiempo, el dinero y la riqueza, desde un marco de política nacional a corto o medio plazo. Por último, otro de los problemas de las propuestas que reducen el tiempo a su dimensión objetiva, es que no contemplan cómo sería posible transformar la autocoacción subjetiva incorporada en la población, por la cual las personas desean positivamente trabajar por trabajar. En términos más sencillos, si buena parte de la población quiere tener el suficiente tiempo ocupado por el trabajo,

<sup>400</sup> Aquí discutimos con un ejemplo tomado de uno de los textos de Gorz, si bien asumimos que los comentarios que hacemos no hacen justicia a la complejidad e interés de la totalidad de la obra de Gorz. Por tanto, tomamos el ejemplo solo en un sentido ilustrativo.

<sup>401</sup> La estructura del argumento de Gorz, como en otros autores, separa la crítica de la división del tiempo de la crítica del dinero –que parecería un objeto neutral a priori. Visto desde el enfoque de Postone, el núcleo del problema estaría en no distinguir claramente entre dinero, mercancías, valor y riqueza. Esta posición es típica desde el clásico debate entre Proudhon y Marx (Marx, 1849; García López, 2002). El mismo problema aparece con las propuestas de la Renta Básica (Gorz, 1988: 236 y ss.; Standing, 2002: 270-1) como solución al desempleo. Para otro razonamiento parecido en un contexto más sociológico, véase Gershuny (1987: 122).

en vez de por el tiempo disponible, ello supone un importante obstáculo práctico a la redistribución. Estos fenómenos obstaculizan las condiciones mínimas de una discusión pública sobre la reducción del tiempo de trabajo [8.3], y señalan la importancia de un enfoque relacione sistemáticamente la dimensión objetiva y subjetiva del tiempo.

### Cuadro 36. El “derecho” a las horas extra

En las últimas décadas, la intensificación del deseo de trabajar ha significado que, a menudo, realizar horas extraordinarias haya pasado de suponer un acto de egoísmo de quien quiere acaparar para sí más tiempo de trabajo y dinero, a significar un acto de reconocimiento social codificado en el marco de una ética individualista del trabajo. Por ejemplo, Sturges (2013) muestra que, en el caso de varones jóvenes en sectores con alta cualificación, pasar jornadas interminables en el trabajo no es necesariamente un motivo de sufrimiento explícito, sino de disfrute. Esta intensificación de la positividad del trabajo, donde el trabajador puede ser feliz dedicando a su objetivo personal 24 horas durante 7 días a la semana. Este fenómeno desvanece la idea misma de las “horas extra” a medida que se emborrona cualquier distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de no-trabajo.

En España, el cambio en el significado de las horas extra fue especialmente marcado en los ochenta. Si antes trabajar demasiado se consideraba un acto de insolidaridad hacia los parados (Bilbao, 1993: 92-6, Scott, 1990: 188), cada vez más parece culturalmente instalado justo lo contrario: que trabajar mucho es un derecho individual que uno puede explotar tanto como desee, independientemente de si gana más o menos, sin que ello afecte a la libertad de los demás. O dicho de otra manera: si antes podría pensarse que “tu libertad de trabajar termina donde empieza el desempleo del otro”, ahora parece ser que el derecho a las horas extra es reconocido *de facto* como un derecho individual fundamental.

### *La crítica del trabajo en el capitalismo*

Finalmente, no es posible entender la investigación crítica del desempleo si no mencionamos al menos algunas de las corrientes de la tradición que históricamente ha defendido, en nuestros términos, que el trabajo es la causa fundamental de la escasez de tiempo general, y del desempleo en particular. Podemos resumir muy someramente estas líneas en dos tendencias: 1) aquellas basadas en un rechazo “visceral” del trabajo, y; 2) aquellas basadas en la potencialidad histórica que las propias condiciones del capitalismo permiten.

En la primera tendencia, quizás el hito más conocido sea el famoso texto de Lafargue *El derecho a la pereza*, como una de las críticas más difundidas a la positividad del trabajo que había interiorizado el trabajador. Algunas de estas formas de resistencia al trabajo han sido documentadas en diferentes contextos históricos [1.1]. Desde ese punto de vista, el tiempo de no-trabajo ha sido históricamente un deseo positivo que ha aparecido de múltiples maneras, como respuesta a un rechazo a la lógica del trabajo. El desempleo, desde ese punto de vista, no es codificado como “vagancia” en connotación negativa, sino con una connotación positiva bajo la idea de la “resistencia” a la imposición de normas temporales. Desde estos posicionamientos, el desempleo puede ser un espacio posible de experimentación de formas alternativas de vida cotidiana, cuyo objetivo más o menos explícito es, en definitiva, organizarse con relativa autonomía de la relación salarial, y en el extremo más utópico, realizar una vida basada en el juego (Black, 1985). Desde ese tipo de crítica visceral del trabajo, hay una miríada de corrientes, desde las más organizadas a expresiones culturales no orgánicas: unas, más asociadas con las vanguardias artísticas relacionadas con mayo del 68, la crítica de la vida cotidiana, los situacionistas, la autonomía obrera italiana, algunas corrientes libertarias, hasta la figura del “pasota” o el nihilista (Debord, 1968; Los parados felices, 2001; VV. AA., 2009; Lemus, 2008; Abenshushan, 2013; Carmona, 2012: 527-33)

En la segunda tendencia, aunque no es necesariamente incompatible con la anterior, se hace más énfasis en el carácter histórico-estructural del desempleo, y de ese modo se subraya que

la única solución factible a largo plazo debe ser de dimensión histórico-estructural. En este sentido, se enfatiza que el tiempo superfluo del paro no puede superarse simplemente mediante pequeñas formas de vida alternativa o comunitaria, grupos underground u otras formas de acción más o menos minoritarias que rechazan el trabajo de forma contingente. Según estos autores, la solución de fondo al desempleo habría de pasar por una *apropiación* postcapitalista de la productividad capitalista cuyo objetivo sea la *abolición del trabajo*<sup>402</sup>, y con él, el desempleo. Ello no podría ocurrir sólo de manera voluntarista, sino sobre todo a partir de un proceso largo de organización social que aprovechara unas condiciones históricas favorables que permitieran la transformación del tiempo superfluo en un tiempo disponible socialmente general [cap. 8]. Ello implicaría apropiarse de la capacidad productiva del capitalismo de modo que se pudiera disponer de suficiente riqueza material sin que hubiera trabajo abstracto ni desempleo tal como hoy los conocemos, lo cual significaría una transformación general de la forma de la objetividad y la subjetividad social tal como ha sido constituida en los dos últimos siglos. Dentro de estos posicionamientos pueden destacarse, por ejemplo, algunos aspectos del ya mencionado André Gorz (1988), el grupo Krisis/Exit (Krisis, 1999; Jappe, 2011; Jappe et al., 2009; Scholz, 2009; Kurz, 2001), la feminista Kathi Weeks (2011: 79-111), Moishe Postone (1993), y en general, las lecturas que han interpretado la teoría madura de Marx como una crítica *del trabajo en el capitalismo*.

## Resumen

En este estado de la cuestión hemos caracterizado diferentes líneas de investigación, en función de las aportaciones y limitaciones en relación a cinco límites explicativos: 1) el paro como no-agencia del tiempo frente al trabajo como agencia; 2) el desempleo como negatividad frente al trabajo como positividad; 3) la identificación desempleo-inactividad y trabajo-actividad; 4) el carácter transhistórico de la escasez de tiempo; 5) la homogeneización del tiempo del paro y de los sujetos en paro. Mediante este análisis, hemos visto como nuestra interpretación del tiempo del paro derivada del concepto de tiempo superfluo puede aprovechar las contribuciones de las explicaciones sociales del desempleo, al tiempo que podría contribuir a superar tales límites. Igualmente, hemos recorrido algunas líneas de investigación, crítica cultural o práctica política que apoyan la idea de una solución al desempleo que no pase por la reconstitución del trabajo, sino por una progresiva superación del tiempo de trabajo como pivote de la vida social.

---

<sup>402</sup> Véase Marcuse (1941: 282-9) en relación al sentido de la abolición del trabajo en el joven Marx. Para una lectura de la abolición del trabajo implícita en el Marx maduro, véase Postone (1993: 67-98).

## BIBLIOGRAFÍA

### Principales fuentes directas o indirectas de datos institucionales

- Banco de España (2014). *Boletín económico. Un análisis de los efectos composición sobre la evolución de los salarios*. Disponible en <http://www.bde.es>
- Banco Mundial (2014). Datos del Banco Mundial y Naciones Unidas. Disponible en: <http://wdi.worldbank.org/table/3.12>
- BMEX [Bolsas y Mercados Españoles] (2011). Informe de 2011. Disponible en <http://www.bolsasymercados.es/esp/publicacion/infmercado/2011/infmercado.htm>
- BSE [Barómetro Social de España] (2012a). Algunos signos del giro antisocial iniciado en 2010: parados y pensionistas al borde de la indigencia. Disponible en [www.barometrosocial.es](http://www.barometrosocial.es)
- . (2012b). Más de 600.000 hogares han perdido su vivienda desde 2008. Disponible en [www.barometrosocial.es](http://www.barometrosocial.es)
- . (2014a). ¿Saliendo de la crisis?: los salarios más bajos y desiguales de la serie histórica. Disponible en [www.barometrosocial.es](http://www.barometrosocial.es)
- . (2014b). ¿Qué pasa con los salarios? Disponible en [www.barometrosocial.es](http://www.barometrosocial.es)
- CEC [Consejo Empresarial para la Competitividad] (2013). España emprende y exporta. ¿Dónde estamos y hacia dónde vamos? Disponible en: [http://www.ceoe.es/resources/image/Presentacion\\_Road\\_Show\\_CCAA\\_CEOE\\_10oct.pdf](http://www.ceoe.es/resources/image/Presentacion_Road_Show_CCAA_CEOE_10oct.pdf)
- Comunidad de Madrid (2014). Actividades del foro de activación para el empleo. Disponible en: [http://www.foroactivacionempleo.com/downloads/Calendario\\_Actividades\\_Foro\\_Activaci%C3%B3n\\_del\\_Empleo.pdf](http://www.foroactivacionempleo.com/downloads/Calendario_Actividades_Foro_Activaci%C3%B3n_del_Empleo.pdf)
- FMI y OIT (Fondo Monetario Internacional y Organización Internacional del Trabajo) (2010). The Challenges of Growth, Employment and Social Cohesion. Discussion document. Disponible online
- INE [Instituto Nacional de Estadística]. Datos del censo de vivienda de 2011
- INE. Encuesta de Población Activa (encuesta trimestral)
- INE. Encuesta de Empleo del Tiempo (dos ediciones, 2002/03, 2009/10)
- HETUS [Harmonised European Time Use Survey] (2007). Comparación de tempogramas de 15 países. Sweden Statistics. Disponible en <https://www.h5.scb.se/tus/tus/AreaGraphCID.html>
- Ministerio de Empleo (2015). Fuentes y notas explicativas de las prestaciones por desempleo. Disponible en: [www.empleo.gob.es/estadisticas/bel/PRD/prdfn.htm](http://www.empleo.gob.es/estadisticas/bel/PRD/prdfn.htm)
- SEPE [Servicio Público de Empleo Estatal] (antiguo INEM)
- Total Economy Database (2014). The Conference Board Total Economy Database, Summary Statistics 1997-2014. Disponible en <http://www.conference-board.org/data/economydatabase/>
- UN-HABITAT [United Nations Human Settlements Programme] (2003). *The challenge of slums*. Global report on human settlements 2003. Nairobi: UN-Habitat. Disponible online.
- . (2012). *State of the world's cities 2012-13*. Nairobi: UN-Habitat. Disponible online.

### Fuentes de prensa y medios de comunicación

- El País*, 08/01/12. En España un 20% de las viviendas están vacías.
- RTVE (Radio Televisión Española)*, 01/07/12. La victoria de España en la Eurocopa, una alegría que levantaría el ánimo del país.
- RNE (Radio Nacional de España)*, 17/12/13. Entrevista a Joan Rosell, Presidente de la CEOE. Audio disponible en: [http://mvod.lvt.rtve.es/resources/TE\\_S24HOR/mp3/8/0/1387403110308.mp3](http://mvod.lvt.rtve.es/resources/TE_S24HOR/mp3/8/0/1387403110308.mp3)

*El País*, 02/02/14. ¿Qué tareas son rutinarias?

*El País*, 20/10/14. Cospedal contrata a una empresa para verificar si las listas del paro son ciertas.

*El País*, 30/06/15. ¿Quién tiene tiempo para comer?

El Periódico de Cataluña, 26/07/15. Je demande.

### Videos citados

Saló, Aleix (2011). Españistán. <http://www.youtube.com/watch?v=WcbKHPBL5G8>

Andrea Fabra, Diputada del Partido Popular, gritando “¡Que se jodan!” en el Congreso de los Diputados. 11/07/12. Disponible en: [https://www.youtube.com/watch?v=wSJohUw\\_uI](https://www.youtube.com/watch?v=wSJohUw_uI)

ProCC (2013). El silencio roto. Video de muestra de un programa de intervención con varones parados]. Disponible en : <http://vimeo.com/72541395>

Mónica Oriol, Presidenta del Círculo de Empresarios, refiriéndose al “parasitismo” de los parados. 25/04/14. Disponible en: [https://www.youtube.com/watch?v=\\_JjdxKsXbu0](https://www.youtube.com/watch?v=_JjdxKsXbu0)

Programa *Emprende*. <http://www.rtve.es/television/emprende/>

Programa *Aquí hay trabajo*. <http://aquihaytrabajo.rtve.es/>

### Textos legales citados

Ley 20/2007, de 11 de julio, del Estatuto del trabajo autónomo.

Ley 27/2011, de 1 de agosto, sobre actualización, adecuación y modernización del sistema de Seguridad Social.

Real Decreto-ley 3/2012, de 10 de febrero, de medidas urgentes para la reforma del mercado laboral (Reforma Laboral de 2012).

Real Decreto-ley 20/2012, de 13 de julio, de medidas para garantizar la estabilidad presupuestaria y de fomento de la competitividad.

Real Decreto-Ley 1/2013, de 25 de enero, por el que se prorroga el programa de recualificación profesional de las personas que agoten su protección por desempleo y se adoptan otras medidas urgentes para el empleo y la protección social de las personas desempleadas

Ley Orgánica 8/2013, de 9 de diciembre, para la mejora de la calidad educativa (LOMCE).

### Bibliografía general\*

Abenshushan, Vivian (2013). *Escritos para desocupados*. Oaxaca: Surplus ediciones.

Adam, Barbara (1999). Cuando el tiempo es dinero. *Sociología del trabajo*, 37, 5-39.

Aguiar, Mark; Hurst, Erik, y Karabarbounis, Loukas (2013a). The Life-Cycle Profile of Time Spent on Job Search. *American Economic Review: Papers & Proceedings*, 103 (3), 111-116.

———. (2013b). Time Use During the Great Recession. *American Economic Review*, 103 (5), 1664-1696.

Alaluf, Mateo (1986). Concepciones del trabajo, estrategias de empleo y evolución de la clase obrera. En VV. AA. (2005).

Alaluf, Mateo y Martínez, Esteban (1999). Bélgica: el empleo desestabilizado por el desempleo. Empleo precario y desempleo activo. En Prieto, C. (Ed.). *La crisis del empleo en Europa. Vol. 1*. Valencia: Germania.

---

\* En aquellas referencias de Internet, se señala “Disponible online” o la página web genérica cuando son fácilmente localizables insertando el título en un buscador común.

- Aler-Gay, Isabel (2015). Maternidad/paternidad y desigualdad social: cuidados, des/empleo y tiempo libre. En Prieto, C. (2015).
- Alonso, Luis Enrique (2000). *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*. Madrid: Fundamentos.
- Alonso, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos Jesús (2013). Debemos aplacar a los mercados: el espacio del sacrificio en la crisis financiera actual. *Vínculos de Historia*, 2, 97-119.
- . (2011). El debate sobre la flexibilidad laboral. En González, M., Gutiérrez, R. y Martínez, M. (2011).
- . (Eds.)(2012). *La financiarización de las relaciones salariales*. Madrid: La Catarata.
- Alonso, Luis Enrique; Fernández Rodríguez, Carlos Jesús y Ibáñez Rojo, Rafael (2011). Del consumismo a la culpabilidad: en torno a los efectos disciplinarios de la crisis económica. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 48 (2), 353-379.
- Álvarez Uría, Fernando y Varela, Julia (1996). Presentación. El efecto Marienthal. En Lazarsfeld, P., Jahoda, M. y Zeisel, H. (1932).
- Álvarez, Nacho; Idoate, Elena; Ramírez, Alejandro y Recio, Albert (2014). *Qué hacemos con el paro*. Madrid: Akal.
- Álvaro, José Luis (1992). *Desempleo y bienestar psicológico*. Madrid: Siglo XXI.
- Álvaro, José Luis y Garrido, Alicia (2003). *Psicología social*. Madrid: McGraw Hill.
- Antonio, Robert (1996). Review Essay of M. Postone's Time, Labor and Social Domination. *Journal of Modern History*, 68 (1), 157-9.
- Aragón, Jorge; Cruces, Jesús; Martínez, Alicia y Rocha, Fernando (2012). *El tiempo de trabajo y la jornada laboral en España*. Madrid: Fundación Primero de Mayo.
- Araujo, Ana (2003). Más allá de las cifras. Vivencias del desempleo hoy. En Barceló, J. (Ed.). *Sociología Clínica*. Facultad de Psicología: Universidad de la República. Disponible online.
- Araujo, Nadya (2005). Transiciones ocupacionales y representaciones en la búsqueda de trabajo. *Revista Galega de Economía*, 14, 1-25.
- Araujo, Nadya; Demazière, Didier; Hirata, Helena y Sugita, Kurumi (2010). Unemployment, a Social Construction. Institutional Programs, Experiences and Meanings in a Comparative Perspective. *Economic Sociology*, 11 (3), 10-24.
- Arrazola, María et al. (2005). A proposal to estimate human capital depreciation : Some evidence for Spain. *Revista de Economía Pública*, 172 (1), 9-22.
- Arthur, Christopher (2004). Subject and Counter-Subject. *Historical Materialism*, 12 (3), 93-102, 95-6.
- Artiaga, Alba; Tovar, Francisco y Fernández Rodríguez, Carlos Jesús (2014a). Mercado de trabajo y protección social en España. En Fernández Rodríguez, C. J. y Serrano, A. (2014).
- Artiaga, Alba; Martín, Paz y Serrano, Amparo (2014b). Qué significa la orientación: producción política del desempleado. En Fernández Rodríguez, C. J. y Serrano, A. (2014).
- Ascher, Ivan (2015). The Specter of Wall Street. Karl Marx and the Capitalist Mode of Prediction. Texto inédito presentado en el Social Theory Workshop (Universidad de Chicago).
- Ashton, David (1986). *Unemployment under capitalism*. Connecticut: Greenwood Press.
- Ávila, Débora (2012). *El gobierno de la diferencia: de las lógicas de gestión de lo social*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- Ávila, Débora y Malo, Marta (2012). Taller Mínimo Común Múltiplo [una parte organizada con desempleados] Disponible en: <http://www.museoreinasofia.es/actividades/minimo-comun-multiplo-imaginarios-resistencia-neoliberalismo>
- Bakke, Edward (1933). *The Unemployed Man: A Social Study*. London: Nisbet.
- Balbo, Laura (1978). La doble presencia. En Borderías, C., Carrasco, C. y Alemany, C. (1994).



- Baliña, Sara y Bergés, Ángel (2007). Flujos financieros y dinámica de la deuda en España. *Cuadernos de Información Económica*, 240, 27–34.
- Baudrillard, Jean (1970). *La sociedad de consumo*. Madrid: Siglo XXI, 2009.
- Bauman, Zygmunt (2004). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Buenos Aires: Paidós.
- Beauvoir, Simone de (1949). *El segundo sexo. La experiencia vivida*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1973.
- Becker, Gary (1965). A Theory of the Allocation of Time. *The Economic Journal*, 75 (299), 493–517.
- Benjamin, Walter (1940). Tesis de filosofía de la historia. En *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus, 1988.
- Bensaïd, Daniel (1995). *Marx intempestivo*. Buenos Aires: Herramienta, 2003.
- Bertman, Stephen (1998). *Hyperculture The human cost of speed*. Westport (CT): Praeger.
- Beveridge, William (1909). *Unemployment. A problem of industry*. New York: AMS Press, 1969.
- Bilbao, Andrés (1993). *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*. Madrid: Trotta.
- . (1997). *El accidente de trabajo: entre lo negativo y lo irreformable*. Madrid: Siglo XXI.
- . (2000). Trabajo, empleo y puesto de trabajo. *Política y Sociedad*, 34, 69–81.
- Billig, Michael et al. (1988). *Ideological dilemmas*. London: SAGE.
- Billio, Monica, et al. (2011). Econometric measures of connectedness and systemic risk in the finance and insurance sectors. *University Ca'Foscari of Venice, Dept. of Economics Research Paper Series* 21, 4774-10.
- Black, Bob (1985). *La abolición del trabajo*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2013.
- Boltanski, Luc (2009). *De la crítica*. Madrid: Akal, 2014.
- Bonefeld, Werner (2004). On Postone's Courageous but Unsuccessful Attempt to Banish the Class Antagonism. *Historical Materialism*, 12 (3), 103–124.
- Borderías, Cristina; Carrasco, Cristina y Alemany, Carme (1994). *Las mujeres y el trabajo: Rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria
- Bourdieu, Pierre (1977). *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- . (1979). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- . (1980). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI, 2008.
- . (1981). Préface de *Les chômeurs de Marienthal*. Disponible en <http://www.homme-moderne.org/societe/socio/bourdieu/prefaces/marienthal.html>
- . (1982). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal, 2008.
- . (1991). Introducción al socioanálisis. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 90, 3-5. Traducción online.
- . (Dir.)(1993). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- . (1993b). El espacio de los puntos de vista. En Bourdieu, P. (1993)
- . (1993c). Comprender. En Bourdieu, P. (1993).
- . (1994). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- . (1997). *Pascalian meditations*. Stanford: Stanford University Press, 2000.
- . (1998). *Contrafuegos*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- . (2001). Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. En *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- . (2004). *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (1992). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

- Briales, Álvaro (2014). Para una crítica de todos los Trabajos: la teoría de la escisión del valor entre las críticas feministas del capitalismo. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 7, 153-179.
- . (2015). El paro como desorden del ordenamiento de la vida cotidiana. En Prieto, C. (2015).
- . (2016). ¿Qué hace un parado con su tiempo? Temporalidades, tácticas y procesos de vulnerabilidad en el paro. *Arbor*. (en revisión).
- Briales, Álvaro y López Calle, Pablo (2015). El paro productivo. La crisis como producción de desempleo para la reactivación de la rentabilidad empresarial. *Revista de Economía Crítica*, 20 (en prensa).
- Brown, Wendy (2003). Neo-liberalism and the end of liberal democracy. *Theory & Event*, 7 (1).
- Buqueras, Ignasi (2006a). *Tiempo al tiempo*. Barcelona: Planeta.
- . (2006b). Una cosa es echar horas y otra trabajar. *El País*, 22/01/06.
- Burawoy, Michael (2010). From Polanyi to Pollyanna: The False Optimism of Global Labor Studies. *Global Labour Journal*, 1 (2), 301-313.
- . (2015). Facing an unequal world. *Current Sociology*, 63 (1), 5-34.
- Burchell, Brendan; Ladipo, David y Wilkinson, Frank (Eds.). (2002). *Job insecurity and work intensification*. London: Routledge.
- Callejo, Javier (2005). Estrategias temporales: relaciones entre tiempo de trabajo remunerado y tiempo de trabajo doméstico. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 23 (1), 175-204.
- . (2015). El tiempo libre ente el trabajo y los cuidados. En Prieto, C. (2015).
- Callejo, Javier y Prieto, Carlos (2015). Distribución y organización de los tiempos de trabajo, cuidados y ocio con una perspectiva de género. En Prieto, C. (2015).
- Callejo, Javier; Prieto, Carlos y Ramos, Ramón (2009). Cambios generales en el tiempo del trabajo profesional y de cuidados. En Prieto, C., Ramos, R. y Callejo, J. (2009).
- Cano, Germán (2013). El malestar en la distinción. En *Jornadas 'Malestares de la identidad en el sexo y en lo social'*. Valencia. Disponible en [www.campolacanian-valencia.net](http://www.campolacanian-valencia.net)
- Carballo, Francisco (2013). Los movimientos de parados en el espacio de los movimientos sociales por el empleo. *El Viejo Topo*, 306-7, 66-69.
- . (2014). Reseña de 'Chauvin, S. (2010). Les agences de la précarité. Journaliers à Chicago. Paris: Seuil.' *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 32 (1), 227-231.
- . (2015). Crise économique et mobilisations pour l'emploi. Un cas en Andalousie. *Savoir Agir*, 31, 97-104.
- Carmona, Pablo (2012). *Libertarias y contraculturales: el asalto a la sociedad disciplinaria: Entre Barcelona y Madrid 1965-1979*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- Carrasco, Cristina (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? *Mientras Tanto*, 82.
- . (2013). Paro. En Lago, J. y Bustinduy, P. (2013).
- Carrasco, Cristina y Recio, Albert (2014). Del tiempo medido a los tiempos vividos. *Revista de Economía Crítica*, 17 (2), 82-97.
- Carrasco, Cristina; Borderías, Cristina y Torns, Teresa (Eds.)(2011). *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*. Madrid: La Catarata.
- . (2011). Introducción. El trabajo de cuidados. Antecedentes históricos y debates actuales. En Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (2011).
- Carrasquer, Pilar; Torns, Teresa y Grau, Anna (2015). El trabajo de cuidados entre el trabajo profesional y el tiempo de libre disposición personal. Perspectiva de género. En Prieto, C. (2015).
- Castel, Robert (1995). *Las metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós, 1997

- Castellanos, Mari Luz y Pedreño, Andrés (2006). *Los nuevos braceros del ocio*. Madrid y Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Castells, Manuel (1996). *La era de la información. Vol. 1. La sociedad-red*. Madrid: Alianza, 2001.
- Castillo Mendoza, Carlos Alberto (2002). Notas introductorias sobre subsunción del trabajo en el capital. *Iralka*, 17. San Sebastián.
- Castillo, Juan José y López Calle, Pablo (2011). Salud laboral. En González, M., Gutiérrez, R. y Martínez, M. (2011).
- Castoriadis, Cornelius (1975). *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2. El imaginario social y la institución*. Barcelona: Tusquets. 1989.
- Cayuela, Salvador (2014). *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Cebrián, Inmaculada (2012). La situación de las mujeres en el mercado de trabajo antes y durante la crisis según la Muestra Continua de Vidas Laborales. *Cuadernos del mercado de trabajo*, 8, 52-59.
- Certeau, Michel de (1990). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 2000.
- Clarke, Simon (1994). Review of Time, Labor and Social Domination. *Contemporary Sociology*, 23 (2), 321-2.
- Córdoba-Doña, Juan Antonio et al. (2014). Economic crisis and suicidal behaviour: the role of unemployment, sex and age in Andalusia, Southern Spain. *International Journal for Equity in Health*, 13:55, 1-10.
- Crary, Jonathan (2013). *24/7: Late Capitalism and the Ends of Sleep*. New York: Verso.
- Crespo, Eduardo; Bergere, Joelle; Torregrosa, José Ramón y Álvaro, José Luis (1998). Los significados del trabajo: un análisis lexicográfico y discursivo. *Sociología Del Trabajo*, 33, 51-70.
- Crespo, Eduardo; Revilla, Juan Carlos y Serrano, Amparo (2009). Del gobierno del trabajo al gobierno de las voluntades: El caso de la activación. *Psicoperspectivas.cl*, VIII (2), 82-101.
- CRL [Cuadernos de Relaciones Laborales] (2003). *El trabajo como relación social*, 21 (2).
- Cross, Gary (Ed.). (1988). *Worktime and industrialization*. Philadelphia: Temple University press.
- Cucco, Mirtha (2013). ¿Engranajes que se desplazan, espacios que se abren? Superando el rol de proveedor o nuevas versiones renovadas. En *Jornadas sobre Cuestiones de género: Los aportes ProCC*. Disponible en <http://jornadas-masculinidad.webnode.es/>
- Dallacosta, Mariarosa (1972). Poder femenino y subversión social. En *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*. Madrid: Akal, 2009.
- Darmon, Isabelle; Frade, Carlos; Demazière, Didier y Hass, Isabelle (2006). Formadores y usuarios frente al doble vínculo de la formación para la empleabilidad. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 24 (2), 37-63.
- De Grip, Andries y Van Loo, Jasper (2002). The Economics of Skills Obsolescence: a Review. En *The economics of Skills Obsolescence: Theoretical innovations and empirical applications*. London: Elsevier.
- Debord, Guy (1968). *La sociedad del espectáculo*. Archivo Situacionista Hispano. Disponible online.
- Deleuze, Gilles (1986). *Foucault*. Madrid: Paidós, 2010.
- Delfino, Andrea (2011). Marienthal, ¿allá lejos y hace tiempo? Potencialidades y límites de los conceptos fundantes de la Sociología de la desocupación para los estudios latinoamericanos actuales. *Fermentum*, 60, 11-34.
- Delgado, Manuel (2007). *Sociedades movedizas*. Barcelona: Anagrama.
- Dema, Sandra (2005). Entre la tradición y la modernidad: las parejas españolas de doble ingreso. *Papers*, 77, 135-155.
- Demazière, Didier (2003). *Le chômage. Comment peut-on être chômeur?* Paris: Belin.

- Desrosières, Alain (2000). *La política de los grandes números. Historia de la razón estadística*. Madrid: Melusina, 2004.
- Dilke, Charles (1821). *The sources and the remedy of the National Difficulties*. Disponible en: <https://www.marxists.org/reference/subject/economics/dilke/1821/sourceandremedy.htm>
- Donzelot, Jacques (1977). *La policía de las familias*. Valencia: Pre-textos, 1998.
- Dörre, Klaus (2011). Capitalism, Landnahme and social time régimes: An outline. *Time & Society*, 20 (1), 69–93.
- Dujarier, Marie-Anne (2010). *El ideal en el trabajo*. Madrid: Modus laborandi.
- Durán, María Ángeles y Rogero, Jesús (2009). *La investigación sobre el uso del tiempo*. Madrid: CIS.
- Durkheim, Emile (1895). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Akal, 2001.
- Elias, Norbert (1979). *El proceso de la civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- . (1984). *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Ema, José Enrique (2013). Apunte sobre psicoanálisis y política. De la impotencia a la imposibilidad. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 5, 387–393.
- Engerbersen, Godfried; Schuyt, Kees; Timmer, Jaap y Van Waarden, Frans (1993). *Cultures of unemployment*. Colorado: Westview Press.
- Evans Pritchard, Edward (1940). *Los nuer*. Barcelona: Anagrama, 1992.
- Ezzy, Douglas (2001). *Narrating Unemployment*. Hampshire: Ashgate.
- Feenberg, Andrew (1996). Review of M. Postone, Time, Labor, and Social Domination. *Theory and Society*, 25(4), 607–611
- Fernández Rodríguez, Carlos Jesús (2014). La creación de las bases del sistema de regulación del desempleo. En Fernández Rodríguez, C. J. y Serrano, A. (2014).
- Fernández Rodríguez, Carlos Jesús y Martínez Lucio, Miguel (2014). El discurso del despido libre en España: una reflexión sobre el papel de los mitos y los prejuicios en las políticas de empleo españolas. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 32 (1), 191–219.
- Fernández Rodríguez, Carlos Jesús y Serrano, Amparo (Coords.). (2014). *El paradigma de la flexiguridad en las políticas de empleo españolas: un análisis cualitativo*. Madrid: CIS.
- Ferrer, Jacobo (2013). Productividad y crisis del trabajo: los conceptos de productividad, competitividad y coste laboral en la legitimación de las reformas frente a la crisis. En *XI Congreso Español de Sociología*. Madrid. Disponible online.
- Fetscher, Iring (2008). Emancipated individuals in an emancipated society. Marx's sketch of post-capitalist society in the Grundrisse. En Musto, Marcello (Ed.). *Karl Marx's Grundrisse. Foundations of the Critique of Political Economy One Hundred and fifty years later*. London and New York: Routledge.
- Foessa. (2014). *Precariedad y Cohesión Social*. Madrid: Fundación Foessa.
- Foucault, Michel (1966). Utopías y heterotopías. *Fractal*, 48, (13), 39–62, 2008. Disponible online.
- . (1973). *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- . (1975). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI, 2008.
- . (1979). *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Fracchia, Joseph (1995). Review Essay of M. Postone's Time, Labor and Social Domination. *History and Theory*, 34, 355–71.
- Fraser, Nancy (2012). Reflexiones en torno a Polanyi y la actual crisis capitalista. *Papeles de Relaciones Ecosociales Y Cambio Global*, 118, 13–28.
- Freud, Sigmund (1900). La interpretación de los sueños. En *Obras completas. Vol. 5*.

- . (1909). Un caso de neurosis obsesiva. En *Obras completas. Vol. 10*.
- . (1913). Tótem y tabú. En *Obras completas. Vol. 13*.
- . (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras completas. Vol. 14*.
- . (1915). Duelo y melancolía. En *Obras completas. Vol. 14*.
- . (1917). Conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras completas. Vol. 16*.
- . (1924). El problema económico del masoquismo. En *Obras completas. Vol. 19*.
- . (1929). El malestar en la cultura. En *Obras completas. Vol. 21*.
- . (1953). *Obras completas. 23 vols*. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- Frey, Carl y Osborne, Michael (2013). The future of employment. How susceptible are jobs to computerisation? University of Oxford. Disponible en:  
[http://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/downloads/academic/The\\_Future\\_of\\_Employment.pdf](http://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/downloads/academic/The_Future_of_Employment.pdf)
- Friedan, Betty (1963). *La mística de la feminidad*. Madrid: Cátedra, 2009.
- Friedman, Milton (1976). Paro e inflación. En *Paro e inflación*. Madrid: Unión Editorial, 2012.
- Fundación Primero de Mayo (2012). 52 reformas laborales desde la aprobación del Estatuto de los trabajadores en 1980. *Revista de la Fundación Primero de Mayo*, 19, Febrero.
- Gallie, Duncan (Ed.) (2004). *Resisting marginalization. Unemployment experience and Social Policy in the European Union*. Oxford: Oxford University Press.
- Gallie, Duncan y Paugam, Serge (Eds.) (2000). *Welfare Regimes and the Experience of Unemployment in Europe*. New York: Oxford University Press.
- . (2004). Unemployment, Poverty and Social Isolation. En Gallie, D. (2004).
- García Calvo, Agustín (1993). *Contra el tiempo*. Zamora: Lucina.
- García González, Guillermo (2010). Los orígenes de la protección por desempleo en España: el seguro libre subsidiado de paro forzoso. En Espuny, M. J. y Paz, O. (Coord.). *Crisis y ocupación*. Barcelona: Bosch editor.
- García López, Jorge (2002). ¿Cómo deshacernos de una vez del “marxismo”? En *Materiales del título propio de la UCM Materialismo Histórico y Teoría Crítica*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Disponible online.
- . (2006a). *El trabajo como relación social: una problematización del modo de construcción del objeto a partir de la sociología del salariado de Pierre Naville*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- . (2006b). Una introducción a Tiempo, Trabajo y Dominación Social. En Postone, M. (1993).
- García López, Jorge; Lago, Jorge; Meseguer, Pablo y Riesco, Alberto (2005). Una introducción al trabajo como relación social. En VV. AA. (2005).
- Gaulejac, Vincent de (1987). *Las neurosis de clase*. Santa Fe: Nuevo Extremo.
- . (2010). Prólogo. En Dujarier, Marie-Ane (2010).
- Gershuny, Jonathan (1987). Estilo de vida, estructura económica y uso del tiempo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 38, 163–191.
- Giard, Luce (1994). Hacer de comer. En Certeau M., Giard, L., y Mayol, P. *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana, 1999.
- Giddens, Anthony (1981). *A Contemporary Critique of Historical Materialism. Vol. 1*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- . (1990). *The Consequences of Modernity*. Cambridge: Polity Press, 1996.
- Gil, Silvia L. (2014). Debates en la teoría feminista contemporánea: sujeto, ética y vida común. *Quaderns de Psicologia*, 16 (1), 45–53.
- Gili, Margalida et al. (2012). The mental health risks of economic crisis in Spain: evidence from primary care centres, 2006 and 2010. *European Journal of Public Health*, 1–5.

- Giménez-Nadal, José Ignacio y Molina, José Alberto (2014). Regional Unemployment, gender, and time allocation of the unemployed. *Review of Economic Household*, 12, 105–127.
- Goffman, Erving (1968). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- González Duro, Enrique (1989). *Las neurosis del ama de casa*. Madrid: Eudema.
- González Menéndez, María, Gutiérrez Palacios, Rodolfo y Martínez Lucio, Miguel (Eds.)(2011). *Gestión de Recursos Humanos: Contexto y Políticas*. Navarra: Civitas.
- González, Francisco y Oyuelos, Ricardo (1914). *Bolsas del Trabajo. Seguro contra el Paro Forzoso*. Madrid: Instituto de Reformas Sociales.
- Goodin, Robert E. (2009). Temporal Justice. *Journal of Social Policy*, 39 (1), 1–16.
- Goodin, Robert E.; Rice, James M.; Parpo, Antti y Eriksson, Lina (2008). *Discretionary Time: A New Measure of Freedom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gorz, André (1988). *Critique of Economic Reason*. London: Verso, 1989.
- . (1994). Salir de la sociedad salarial. En Recio, A. Offe, C. y Gorz, A. (1994).
- Gramsci, Antonio (1934). Americanismo y fordismo. En *Cuadernos de la cárcel. Tomo 6*. México: Era, 2000.
- Granovetter, Mark (1973). The strength of weak ties. *American Journal of Sociology*, 78 (6), 1360–1380.
- Gunn, Richard (1994). Marxism and contradiction. *Common Sense*, 15. Disponible en [http://richard-gunn.com/pdf/9\\_marxism\\_contradiction.pdf](http://richard-gunn.com/pdf/9_marxism_contradiction.pdf)
- Gutiérrez Sastre, Marta (2008). Sistema público y estrategias familiares de protección social por desempleo. Una mirada desde la precariedad laboral. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26 (2), 205-230.
- Gutiérrez Terrazas, José (1998). *Teoría psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Haldane, Andrew (2011). Complexity, ecology, finance. *Limn*, 1. Disponible en <http://limn.it/complexity-ecology-finance/>
- Harootunian, Harry y Postone, Moishe (2012). Exigency of Time : A Conversation with Harry Harootunian and Moishe Postone. *Concentric: Literary and Cultural Studies*, 38 (2), 7–43.
- Harvey, David (2001). *Spaces of Capital*. New York: Routledge.
- . (2010). *The Enigma of Capital*. New York: Oxford University Press.
- Heery, Edmund y Salmon, John (Eds.)(2000). *The insecure workforce*. London: Routledge.
- Herrera, Coral (2014). Sin tiempo para el amor: el capitalismo romántico. *Pikara Magazine*. Disponible en [www.pikaramagazine.com](http://www.pikaramagazine.com)
- Hewitt, Patricia (1993). *About time. The revolution in work and family life*. London: Rivers Oram Press.
- Heydebrand, Wolf (2003). The Time Dimension in Marxian Social Theory. *Time & Society*, 12 (2/3), 147–188.
- Hill, Ian (2014). The Rhetorical Transformation of the Masses from Malthus's Redundant Population into Marx's "Industrial Reserve Army". *Advances in the History of Rhetoric*, 17, 88–97.
- Himmelweit, Susan (1995). El descubrimiento del trabajo no remunerado. Consecuencias de la expansión del término 'trabajo'. En Carrasco, C., Borderías C. y Torns, T. (2011).
- Hochschild, Arlie R. (2003). *La mercantilización de la vida íntima*. Buenos Aires: Katz, 2011.
- Holzner, Christian; Volker, Meier y Werding, Martin (2010). Time Limits in a Two-tier Unemployment Benefit Scheme under Involuntary Unemployment. *CESifo Economic Studies*, 56 (2), 251–277.
- Homs, Clement (2012). Critique du substantivisme économique de Karl Polanyi. *Sortir de L'économie*, 4, 140–194.

- Honoré, Carl (2004). *In praise of Slowness. How a Worldwide Movement is Challenging the Cult of Speed*. New York: Harper Collins
- Hope, Wayne (2011). Crisis of temporalities : Global capitalism after the 2007-08 financial collapse. *Time & Society*, 20 (1), 94–118.
- Hunnicutt, Benjamin (1988). The New Deal: The Salvation of Work and the End of the Shorter-Hours movement. En Cross (1988).
- Ibáñez Rojo, Rafael y López Calle, Pablo (2012a). La ficción del milagro económico español a la luz de la crisis financiera. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 30 (2), 379-407.
- . (2012b). Financiarización y relación salarial: estrategias de rentabilidad y conflictos de clase en la semiperiferia del sistema-mundo. En Alonso, L. E. y Fernández Rodríguez, C. J. (2012).
- Ibáñez, Jesús (1985). *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid: Siglo XXI.
- . (1986). Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural. En García Ferrando, M., Ibáñez, J. y Alvira, F. (Eds.). *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza.
- Íñiguez, Lupicinio (Ed.). (2006). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. Barcelona: UOC.
- IOE [Actis, W, Pereda, C. y Prada, M. A.] (1996). *Tiempo social contra reloj*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- . (2012). *Discapacidades e inclusión social*. Barcelona: La Caixa.
- Infojobs (2015). Jornada organizada por Infojobs. Disponible en [www.infojobschallenge.com](http://www.infojobschallenge.com)
- Irani, Lilly (2012). Microworking the crowd. *Limn*, 2. Disponible en [www.limn.it](http://www.limn.it)
- Jahoda, Marie (1982). *Empleo y desempleo: un análisis sociopsicológico*. Madrid: Morata, 1987.
- Jameson, Fredric (2012). *Representing Capital. El desempleo: una lectura de El Capital*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Jappe, Anselm (2009). El «trabajo de lo negativo» desde Hegel y Leopardi hasta el presente. En Jappe, A., Kurz, R. y Ortlieb, C. P. (2009).
- . (2011). *Crédito a Muerte*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- Jappe, Anselm; Kurz, Robert y Ortlieb, Claus P. (2009). *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- Jaroslavsky, Ezequiel (2008). Contrato Narcisista (P. Aulagnier - R. Kaës). *Psicoanálisis & Intersubjetividad*, 4, 1–6. Disponible en <http://www.intersubjetividad.com.ar/>
- Jay, Martin (1993). After Marxism. Moishe Postone, Time, Labor and Social Domination. *New German Critique*, 60, 181–191.
- Jessop, Bob (1994). Review Essay of M. Postone's Time, Labor and Social Domination. *American Journal of Sociology*, 99, 4, 1095–7.
- . (2000). The Crisis of the National Spatio-Temporal Fix and the Tendential Ecological Dominance of Globalizing Capitalism. *International Journal of Urban and Regional Research*, 24 (2), 323–360.
- . (2006). Spatial fixes, temporal fixes, and spatio-temporal fixes. En Castree, N. y Gregory, D. (Eds.). *David Harvey: a Critical Reader*. Oxford: Blackwell.
- Jiménez, Belén (2009). Tiempo y responsabilidad en la constitución de la subjetividad moderna: claves para una discusión genealógica. *Estudios de Psicología*, 30 (2), 187-198.
- Jiménez, Luis (2013). Intergenerational traumatic transmission of aspects of masculinities through shame and embarrassment among unemployed young men and their fathers. *International Forum of Psychoanalysis*. Disponible online.

- Jociles, Maria Isabel (2006). La imposición de los puntos de vista en la entrevista etnográfica. *Antropología Portuguesa*, 22/23, 9-40.
- Jordan, Sarah (2010). *The Anxieties of Idleness. Idleness in Eighteenth-Century British Literature and Culture*. London: Associated University Press.
- Katz, Josh (2015). How Nonemployed Americans Spend Their Weekdays. *New York Times*, 06/01/15. Disponible en [www.nytimes.com](http://www.nytimes.com).
- Kay, Geoffrey y Mott, James (2004). Concept and Method in Postone's Time, Labor and Social Domination. *Historical Materialism*, 12 (3), 169-187.
- Keynes, John M. (1930). Las posibilidades económicas de nuestros nietos. En *Ensayos de Persuasión*. Madrid: Síntesis, 2009.
- . (1936). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México: Fondo de Cultura Económica, 1963.
- Komarovsky, Mirra (1940). *The unemployed man and his family*. California: Altamira Press, 2004.
- Krisis (1999). *Manifiesto contra el trabajo*. Barcelona: Virus, 2002.
- Krueger, Alan B. y Mueller, Andreas (2008). *The Lot of the Unemployed: A Time Use Perspective*. Bonn: Institute for the Study of Labor, Discussion Paper Series.
- Kurz, Robert (1997). Cañones y capitalismo. La revolución militar como origen de la modernidad. *Cuaderno Mais!*, Folha de São Paulo. Disponible online.
- . (2001). Las lecturas de Marx en el siglo XXI. En *Marx Lesen*. Eichborn: Frankfurt am Main. Traducción online.
- . (2009). Luces de progreso. En Jappe, A., Kurz, R. y Ortlieb, C. P. (2009).
- Lago, J. y Bustinduy, P. (Coord.). (2013). *Lugares comunes. Trece voces sobre la crisis*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Laplanche, Jean y Pontalis, Jean (1967). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1996.
- Laureys, Lien (2012). The Cost of Human Capital Depreciation during Unemployment. Barcelona: UOC, Working paper.
- Lazarsfeld, Paul; Jahoda, Marie y Zeisel, Hans (1932). *Los parados de Marienthal*. Madrid: La Piqueta, 1996.
- Leader, Darian (2011). *La moda negra. Duelo, melancolía y depresión*. Madrid: Sexto Piso.
- . (2015). *Estrictamente bipolar*. Madrid: Sexto Piso.
- Ledrut, Raymond (1966). *Sociologie du chômage*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Lefebvre, Henri (1961). Critique of everyday life (II). En *Critique of everyday life. The one-volume edition*. London y New York: Verso, 2014.
- . (1974). *La producción del espacio*. Madrid: Capitan Swing, 2013.
- . (1981). Critique of everyday life (III). En *Critique of everyday life. The one-volume edition*. London y New York: Verso, 2014.
- Lefebvre, Henri y Regulier, Catherine (1985). El proyecto ritmoanalítico. En Ramos, R. (1992).
- Legarreta, Matxalen (2008). El tiempo donado en el ámbito doméstico. Reflexiones para el trabajo doméstico y los cuidados. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26 (2), 45-69.
- Lemus, Rafael (2008). *Contra la vida activa*. México: Tumbona ediciones.
- Lesnard, Laurent (2010). Setting Cost in Optimal Matching to Uncover Contemporaneous Socio-Temporal Patterns. *Sociological Methods & Research*, 38 (3), 389-419.
- Limn (2011). *Systemic risk*, 1. Disponible en [www.limn.it](http://www.limn.it)
- López Calle, Pablo (2012). La constitución del trabajo como mercancía: el caso español. *AREAS. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 31, 81-94.



- . (2013). Robert Castel in memoriam. Una metamorfosis en la teoría de las relaciones salariales. *Sociología Histórica*, 2, 387–402.
- López, Isidro y Rodríguez, Emmanuel [Observatorio Metropolitano] (2010). *Fin de ciclo: financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano* (1959-2010). Madrid: Traficantes de sueños.
- Los parados felices. (2001). *Los parados felices. La asamblea de Jussieu y el movimiento contra el paro y la precariedad en Francia*. Barcelona: Virus.
- LSE [London School of economics] (2014). *About time. Examining the case for a shorter working week*. Conferencia con Juliet Schor, Lord Skidelsky y Tim Jackson (88 minutos). Disponible online.
- Lukács, Gyorgy (1923). La cosificación y la conciencia de clase del proletariado. En *Historia y conciencia de clase*. La Habana: Instituto del Libro, 1970.
- Maiso, Jordi y Maura, Eduardo (2014). Crítica de la economía política, más allá del marxismo tradicional: Moishe Postone y Robert Kurz. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral Y Política*, 50 (1), 269–284.
- Marcuse, Herbert (1941). *Razón y Revolución*. Madrid: Alianza, 1972.
- . (1964). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Seix Barral, 1968.
- Markose, Sheri et al. (2009). Too Interconnected To Fail: Financial Contagion and Systemic Risk In Network Model of CDS and Other Credit Enhancement Obligations of US Banks. Working paper. University of Essex.
- Martín, Paz y Serrano, Amparo (2014). Reinventando el gobierno del desempleo en un entorno flexiseguro. En Fernández Rodríguez, C. J. y Serrano, A. (2014)
- Martín Criado, Enrique (1997). El grupo de discusión como situación social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 79, 81-112.
- . (1999). El paro juvenil no es el problema, la formación no es la solución. En Cachón, L. (Ed.). *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo*. 7imig: Valencia.
- . (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis del discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72 (1), 115-138.
- Martínez, Esteban (2015). La disponibilidad temporal de los asalariados en la organización flexible del trabajo. Texto de próxima publicación.
- Marx, Karl (1857). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Madrid: Siglo XXI, 1971.
- . (1872). *El Capital. Libro primero*. México: Siglo XXI, 2008.
- . (1885). *El Capital. Libro segundo*. México: Siglo XXI, 2008.
- Mauss, Marcel (1925). *Ensayo sobre el don*. Buenos Aires: Katz, 2009.
- McIntosh, Steven (2004). Skills and Unemployment. En Gallie, D. (2004).
- McLellan, David (1993). Review Essay of M. Postone's Time, Labor and Social Domination. *American Political Science Review*, 87 (4), 1009.
- McNally, David (2004). The Dual Form of Labour in Capitalist Society and the Struggle over Meaning: Comments on Postone. *Historical Materialism*, 12(3), 189–208.
- Méndez, Ricardo (2012). Crisis económica y reconfiguraciones territoriales. En *V Jornadas de Geografía Económica*. Girona: Universidad de Girona.
- . (2013). Ciudades frente al desempleo: Cada vez más desiguales. *Nueva Tribuna*, 04/03/13. Disponible en [www.nuevatribuna.es](http://www.nuevatribuna.es)
- Méndez, Ricardo y Prada, José (2014). Crisis, desempleo y vulnerabilidad en Madrid. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XVIII, 474.

- Merla, Laura (2006). «No trabajo y me siento bien»: Cambios en la división sexual del trabajo y dinámicas identitarias de padres en casa en Bélgica. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 24 (2), 111-127.
- Merton, Robert, K. (1984). Las duraciones esperadas socialmente: un estudio de casos sobre la formación de conceptos en sociología. En Ramos, R. (1992).
- Milkman, Ruth (1987). Las trabajadoras y el movimiento obrero en tiempos difíciles. En Borderías, C., Carrasco, C. y Alemany, C. (1994).
- Miller, Karen (2004). The Question of Time in Postone's Time, Labor and Social Domination. *Historical Materialism*, 12 (3), 209-237.
- MIT [Massachusetts Institute of Technology] (2015). Who will own the robots? *MIT Technology Review*. Disponible en <http://www.technologyreview.com/>
- Montero, José y Regil, Ana (2012). Análisis de la evolución del desempleo desde una perspectiva de flujos laborales. *Boletín Económico del Banco de España*, Marzo, 33-44.
- Moreno Pestaña, Jose Luis (2004). Cuerpo, género y clase en Pierre Bourdieu. En Moreno Pestaña J. L., Alonso L. E., Martín Criado, E. (Eds.). *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos.
- . (2010). *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*. Madrid: CIS.
- Mortensen, Dale T. (2011). Markets with Search Friction and the DMP Model. *American Economic Review*, 101(June), 1073-1091.
- Muñoz, Sandra et al. (2014). Conducta suicida y crisis económica. *Norte de Salud Mental*, XII (48), 36-43.
- Murillo, Soledad (2006). *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI.
- Murthy, Viren (2009). Reconfiguring Historical Time. Moishe Postone's Interpretation of Marx. En Postone, M. (2009).
- Nash, Mary (1983). *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*. Barcelona: Anthropos.
- Naville, Pierre (1961). Trabajo y guerra. En Friedman G. y Naville, P. (Eds.). *Tratado de Sociología del Trabajo. Vol. 2*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- . (1963). *¿Hacia el automatismo social?* México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Neary, Michael (2004). Travels in Moishe Postone's Social Universe: a Contribution to a Critique of Political Cosmology. *Historical Materialism*, 12 (3), 239-260.
- NEF [New Economics Foundation]. (2012). *21 horas. Una semana laboral más corta para prosperar en el siglo XXI*. Barcelona: Icaria.
- Neffa, Julio César (1990). Nacimiento, desarrollo y transformación del fordismo. En *El proceso de trabajo y la economía de tiempo*. Buenos Aires: Humanitas.
- Negueruela, Enrique (2013). *Tasa de Protección por paro según Comunidad Autónoma, sexo y edad (EPA 1º trim. 2013)*. Madrid: Fundación Primero de Mayo.
- . (2014). *Tasa de Protección por paro según Comunidad Autónoma, sexo y edad (EPA 1º trim. 2014)*. Madrid: Fundación Primero de Mayo.
- Nietzsche, Friedrich (1887). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 2005.
- Nun, José (1969). La teoría de la masa marginal. En *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Ocaña, Enrique (1992). Del reloj de arena al reloj del «trabajador». Ernst Jünger y la vivencia del tiempo. *Archipiélago*, 10-11, 101-106.
- Offe, Claus (1984). *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*. Madrid: Alianza, 1992.

- . (1994). ¿Pleno empleo? Para la crítica de un problema mal planteado. En Recio, A., Offe, C. y Gorz, A. (1994).
- Osborne, Peter (2008). Marx and the philosophy of time. *Radical Philosophy*, 147 (1), 15–22.
- Palacios, Diego (2008). Reseña de Postone, ‘Tiempo, trabajo y dominación social’ y ‘Marx Reloaded’. *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, 8, 229–231.
- Passeron, Jean-Claude (1983). La teoría de la reproducción social como una teoría del cambio: una evaluación crítica del concepto de “contradicción interna.” *Estudios Sociológicos*, I (3), 417–442.
- Pérez Orozco, Amaia (2006). Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*, 5, 7–37.
- . (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pérez Zapata, Óscar (2014). *Trabajo sin límites, salud insostenible: la intensificación del trabajo del conocimiento*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- Pinilla, Francisco (2004). Intensificación del esfuerzo de trabajo en España. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 22 (2), 117–135.
- Polanyi, Karl (1944). *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta, 1989.
- Postone, Moishe (1993). *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons, 2006.
- . (1993 [ed. inglesa]). *Time, labor and social domination. A reinterpretation of Marx’s critical theory*. New York: Cambridge University Press, 2003.
- . (1998). Repensando a Marx (en un mundo post-marxista). En VV. AA. (2005).
- . (1999). Transformaciones históricas contemporáneas: más allá de la teoría postindustrial de Daniel Bell y el Neomarxismo de Ernest Mandel. En Postone, M. (2007).
- . (2001). La lógica del antisemitismo. En Postone, M., Wajnsztein, J. y Schulze, B. *La crisis del Estado Nación: Antisemitismo-Racismo-Xenofobia*. Barcelona: Alikornio ediciones.
- . (2003). Lukács y la crítica dialéctica del marxismo. En Postone, M. (2007).
- . (2006). History and helplessness: Mass mobilization and contemporary forms of anti-capitalism. *Public Culture*, 18 (1), 93–110.
- . (2007). *Marx reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- . (2009). *History and heteronomy. Critical essays*. Tokyo: The University of Tokyo Center for Philosophy.
- . (2009a). Theorizing the Contemporary World: Robert Brenner, Giovanni Arrighi, David Harvey. En Postone, M. (2009).
- . (2012). Thinking the Global Crisis. *South Atlantic Quarterly*, 111(2), 227–249.
- . (2013). Estoy intentando recuperar un concepto de capital que creo que los movimientos sociales han perdido. *Periódico Diagonal*, 04/02/2013. Disponible en [www.diagonalperiodico.net](http://www.diagonalperiodico.net)
- Postone, Moishe y Brennan, Timothy (2009). Labor and the Logic of Abstraction: An Interview. *South Atlantic Quarterly*, 108 (2), 305–330.
- Postone, Moishe y López, Silvia (2012). Para una teoría crítica del presente: en conversación con Moishe Postone sobre las nuevas lecturas de Marx, la crisis y el antisemitismo. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 4, 376–403.
- Postone, Moishe y Biales, Álvaro (2014). Habría que organizarse bajo una idea que fuese mucho más que la distribución colectiva de los bienes y servicios. Una conversación con Moishe Postone. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 8, 57–73.
- Poveda, María (2006). «Los lunes al sol» o «Los lunes en casa». Roles de género y vivencias del tiempo de desempleo. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 24 (2), 85–110.

- Prieto, Carlos (1999). Crisis del empleo: ¿crisis del orden social? En Miguélez, F. y Prieto, Carlos (Dirs.). *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI.
- . (2000). Trabajo y orden social: de la nada a la sociedad de empleo (y su crisis). *Política y Sociedad*, 34, 19–32.
- . (2004). «Por un empleo seguro, estable y con derechos» para todos y todas o el sentido del conflicto social (por un trabajo decente) en la sociedad española actual. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 22 (2), 83–91.
- . (Ed.)(2007a). *Trabajo, género y tiempo social*. Madrid: Complutense y Hacer y UCM.
- . (2007b). De la “perfecta casada” a la “conciliación de la vida familiar y laboral” o la *querelle des sexes* en la modernidad española. En Prieto, C. (2007a).
- . (2007c). Del estudio del empleo como norma social al de la sociedad como orden social. *Papeles Del CEIC*, 1, 1–28.
- . (Coord.)(2009). *La calidad del empleo en España: una aproximación teórica y empírica*. Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- . (2010). Crisis, reforma laboral, modelo productivo y régimen de empleo. *Anuario 2010*. Madrid: Fundación 1º Mayo.
- . (2014). Del trabajo al empleo o la “gran transformación” a la española. Texto inédito de futura publicación.
- . (Coord.)(2015). *Trabajo, cuidados, tiempo libre y relaciones de género en la sociedad española*. Madrid: CINCA.
- Prieto, Carlos y Ramos, Ramón (1999). El tiempo de trabajo: entre la competitividad y los tiempos sociales. En Miguélez, F. y Prieto, Carlos. *Las relaciones de empleo en España*. Madrid: Siglo XXI.
- Prieto, Carlos; Ramos, Ramón y Callejo, Javier (Coords.)(2009). *Nuevos tiempos del trabajo: entre la flexibilidad de las empresas y las relaciones de género*. Madrid: CIS.
- Prieto, Carlos y Pérez de Guzmán, Sofía (2012). Desigualdades laborales de género, disponibilidad temporal y normatividad social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 141, 113–132.
- Pugliese, Enrico (2000). Qué es el desempleo. *Política y Sociedad*, 34, 59–67.
- Ramos, Ramón (1987). Reseña de ‘E. Jacques. La forma del tiempo. Buenos Aires: Paidós. *Revista Española de Investigaciones sociológicas*, 37, 235–243.
- . (Ed.)(1992). *Tiempo y sociedad*. Madrid: CIS.
- . (2007). Metáforas sociales del tiempo en España: una investigación empírica. En Prieto, C. (2007a).
- . (2009). Los tiempos vividos. En Prieto, C., Ramos, R. y Callejo, J. (2009).
- . (2014). Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea. *Política y Sociedad*, 51(1), 147–176.
- Rancière, Jacques (2007). La democracia es el poder de cualquiera. Entrevista. *El Viejo Topo*, 236, 48–53.
- . (2010). El racismo. Una pasión que viene de arriba. *El viejo topo*, 275, 54–57.
- Razquin, Adriana (2014). *Tomar la palabra en el 15 M: condiciones sociales de acceso a la participación en la asamblea*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Cádiz.
- Recio, Albert; Offe, Claus y Gorz, André (1994). *El paro y el empleo: enfoques alternativos*. Valencia: Germania.
- Rémillon, Delphine y Vernet, Antoine (2009). De l’inaptitude à l’employabilité. En Vatin, F. (2009).
- Resina, Jorge y Limón, Pedro (2014). Del consenso al *tiki-taka*: redefiniendo el nacionalismo español desde la prensa escrita a través del fútbol. *Política y Sociedad*, 51 (2), 297–336.
- Riesco, Alberto (2013). Je t’aime, moi non plus: contradicciones y paradojas de la relación moderna de trabajo. En Lago, J. y Bustinduy, P. (2013).

- . (2014). Apuntes sobre la institucionalización del empleo, el Estado y la socialización del salariado. En García-López, J. y Trillo, F. (Coord.). *En defensa de lo común. Lo público no se vende, lo público se defiende*. Albacete: Editorial Bomarzo.
- Riesco, Alberto y García López, Jorge (2007). Prefacio. Marx, más allá del marxismo. En Postone, M. (2007).
- Rodríguez, Emmanuel (2015). *Por qué fracasó la democracia en España*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Rolle, Pierre (2003). Por un análisis ampliado de la relación salarial. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 21 (2), 145-175.
- Romero, Eduardo (2010). *Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo*. Oviedo: Cambalache.
- Rosa, Hartmut (2005). *Social Acceleration. A new theory of modernity*. New York: Columbia University Press.
- Rubin, Isaak Ilich (1928). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Buenos Aires: Pasado y Presente, 1974.
- Rujas, Javier (2015). La Educación Secundaria para Adultos y la FP de Grado Medio: ¿una segunda oportunidad en tiempos de crisis? *Revista de La Asociación de Sociología de La Educación*, 8 (1), 28-43.
- Rusell, Helen y Barbieri, Paolo (2000). Gender and the experience of unemployment. En D. Gallie y S. Paugam (2000).
- Salais, Robert; Baverez, Nicolas y Reynaud, Bénédicte (1986). *La invención del paro en Francia: historia y transformaciones desde 1890 hasta 1980*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990.
- Sánchez Varela, Nicolás (2012). Karl Marx, lector anómalo de Spinoza. En Marx, K. (1843). *Cuaderno Spinoza*. Madrid: Montesinos.
- Santiago, Jose (2015). Individualización, vida cotidiana y redefinición de las relaciones de género. En Prieto, C. (2015).
- Sanz-Barbero, Belén et al. (2015). Intimate partner violence among women in Spain: the impact of regional-level male unemployment and income inequality. *European Journal of Public Health*, adelante.
- Sayer, Liana C.; England, Paula; Allison, Paul y Kangas, Nicole (2011). She left, He Left: How Employment and Satisfaction Affect Men's and Women's Decisions to Leave Marriages. *American Journal of Sociology*, 116 (6), 1982-2018.
- Schivelbusch, Wolfgang (1977). *The Rainway Journey. The Industrialization of Time and Space in the 19th Century*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- . (1993). *Tastes of Paradise: A Social History of Spices, Stimulants, and Intoxicants*. London: Vintage Books. Disponible online.
- Scholz, Roswitha (2013). El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 5, 44-60.
- Schor, Juliet (2010). Solving unemployment through new uses of time. Disponible en [www.julietschor.org/](http://www.julietschor.org/)
- . (2012). Economic Fallacies: wrongheaded ideas about worktime. Disponible en [www.julietschor.org](http://www.julietschor.org)
- Schwartz Cowan, Ruth (1989). *More Work for Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave*. London: Free Association.
- Schwartz, Barry (1978). Colas, prioridades y proceso social. En Ramos, R. (1992).
- Scott, James C. (1990). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Navarra y México: Txalaparta y Era, 2003.

- Seidman, Michael (1991). *Los obreros contra el trabajo*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2014.
- Serrano, Amparo (2005). Del desempleo como riesgo al desempleo como trampa: ¿Qué distribución de las responsabilidades plantea el paradigma de la activación propuesto por las instituciones europeas? *Cuadernos de Relaciones laborales*, 23 (2), 219-246.
- Serrano, Amparo y Artiaga, Alba (2014). La ruptura del consenso tras la consolidación del modelo liberal democrático industrial: un análisis del periodo 1984-1992/94. En Fernández Rodríguez, C. J. y Serrano, A. (2014).
- Serrano, Amparo y Martín, Paz (2014). El poder de nombrar. En Fernandez Rodríguez, C. J. y Serrano, A. (2014).
- Serrano, Amparo; Fernández Rodríguez, Carlos Jesús y Artiaga, Alba (2012). Ingenierías de la subjetividad: el caso de la orientación para el empleo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 138 (2), 41-62.
- . (2014). Epílogo. La reforma laboral de 2012: a golpe de metáforas. En Fernández Rodríguez, C. J. y Serrano, A. (2014).
- Sewell, William H. Jr (2014). Connecting Capitalism to the French Revolution: The Parisian Promenade and the Origins of Civic Equality in Eighteenth-Century France. *Critical Historical Studies*, 1(1), 5-46.
- Sola, Jorge (2013). *La desregulación laboral en España (1984-1997). Recursos de poder y remercantilización del trabajo*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- Standing, Guy (2002). *Beyond new paternalism. Basic security as equality*. London: Verso
- . (2011). *The precariat: the new dangerous class*. New York: Bloomsbury.
- Stoetzler, Marcel (2004). Postone's Marx: A Theorist of Modern Society, Its Social Movements and Its Imprisonment by Abstract Labour. *Historical Materialism*, 12 (3), 261-283.
- Sturges, Jane (2013). A matter of time: young professionals' experiences of long work hours. *Work, Employment and Society*, 27 (2), 343-359.
- Therborn, Göran (1986). *Why some peoples are more unemployed than others*. London: Verso.
- Thomas, Carol (1993). Deconstruyendo los conceptos de cuidados. En Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (2011).
- Thompson, Edward P. (1967). Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial. En *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona: Crítica, 1979.
- Toffler, Alvin (1970). *El "shock" del futuro*. Barcelona: Plaza & Janés, 1973.
- Toharia, Luis. (1998). Paro. En Giner, S., Lamo E. y Torres C. (1998). *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza.
- Topalov, Christian (2000). Institucionalización del desempleo y formación de las normas de empleo. Las experiencias francesa y británica. *Política y Sociedad*, 34, 33-57.
- Torns, Teresa (2000). Paro y tolerancia social de la exclusión: el caso de España. En Maruani, M., Rogerat, C. y Torns, T. (Dirs.). *Las nuevas fronteras de la desigualdad. Hombres y mujeres en el mercado de trabajo*. Barcelona: Icaria.
- . (2007). El tiempo de trabajo y las relaciones de género: las dificultades de un cambio ineludible. En Prieto, C. (2007a).
- Torns, Teresa; Borràs, Vicent; Moreno, Sara y Recio, Carolina (2006). *Las políticas del tiempo: un debate abierto*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- TRACUVI [Investigadores del proyecto] (2015). Una mirada a la vida cotidiana como ordenamiento social de actividades y de relaciones de género. Aportaciones y límites. En Prieto, C. (2015).
- Tremblay, Diane y Villeneuve, Daniel (1998). De la réduction à la polarisation des temps de travail; des enjeux de société. *Loisir et Société*, 21 (2), 399-416.

- Turnbull, Peter y Wass, Victoria (2000). Redundancy and the paradox of job insecurity. En Heery, E. y Salmon, J. (2000).
- Uxo, Jorge; Paúl, Jesús y Salinas, Javier (2010). Análisis y valoración de las medidas discrecionales de estímulo fiscal aplicadas en España en 2009. *Presupuesto y Gasto Público*, 59, 55–82.
- Vatin, François (Dir.)(2009). *Evaluer et valoriser: Une sociologie économique de la mesure*. Toulouse: Presses universitaires du Mirail.
- . (2013). Valuation as Evaluating and Valorizing. *Valuation Studies*, 1 (1), 31–50.
- Vogel, Berthold (2001). Überflüssige in der Überflußgesellschaft? *Mittleweg*, 36 (1), 57–62.
- Vosko, Leah (2010). *Managing the margins. Gender, Citizenship and the International Regulation of Precarious Employment*. New York: Oxford University Press.
- VV. AA. (1998). *El libro de las 35 horas*. Barcelona: El Viejo Topo.
- VV. AA. (2005). *Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- VV. AA. (2009). *Contra el trabajo*. México: Tumbona ediciones.
- Waisblat, Alfredo (2013). El impacto del desempleo en la subjetividad masculina. Una intervención comunitaria con hombres en situación de desempleo. En Jornadas sobre Cuestiones de género: Los aportes ProCC. Disponible en <http://jornadas-masculinidad.webnode.es/>
- Walters, William (2000). *Unemployment and government: Genealogies of the social*. Cambridge University Press.
- Wanberg, Connie; Griffiths, Rich y Gavin, Mark (1997). Time Structure and Unemployment: A Longitudinal Investigation. *Journal of Occupational and Organizational Psychology*, 70, 75-95
- Weber, Max (1905). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza, 2003.
- Weeks, Kathi (2007). Life Within and Against Work: Affective Labor, Feminist Critique, and Post-Fordist Politics. *Ephemera. Theory and Politics in Organization*, 7 (1), 233–249.
- . (2011). *The Problem with Work. Feminism, Marxism, Antiwork Politics and Postwork Imaginaries*. Durham and London: Duke University Press.
- White, Hayden (1987). *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historial Representation*. Baltimore: John Hopkins University Preses.
- Williams, Raymond (1976). *Palabras clave*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000.
- Zerubavel, Eviatar (1977). The French Republican Calendar: A Case Study in the Sociology of Time. *American Sociological Review*, 42 (6), 868–877.

## Índices de esquemas, tablas, cuadros e imágenes

### Esquemas de síntesis

Esquema de síntesis capítulo 1. Principales conceptos utilizados .....	67
Esquema de síntesis capítulo 2. Relaciones entre la crisis global y el arreglo temporal español ..	104
Esquema de síntesis capítulo 3. Objetivos y preguntas específicas de la investigación .....	122
Esquema de síntesis capítulo 4. Mapa de cinco tácticas temporales en el paro.....	155
Esquema de síntesis capítulo 5. Transformaciones en la forma de competir por el trabajo .....	256
Esquema de síntesis capítulo 6. Transformaciones en la forma del desempleo reproductivo.....	286
Esquema de síntesis capítulo 7. Transformaciones en la forma del desempleo superfluo .....	382
Esquema de síntesis capítulo 8. Transformaciones en la forma del desempleo disponible.....	464
Esquema de síntesis general. Mapa de la investigación .....	474

### Esquemas teóricos

Esquema 1. Definición del tiempo de trabajo superfluo .....	38
Esquema 2. La crisis como interrupción de la producción-circulación .....	98
Esquema 3. Niveles de relación entre la crisis global y el desempleo en España .....	109
Esquema 4. Las formas como relación entre normas, prácticas y disposiciones.....	115
Esquema 5. Dinámica de estructuración de la productividad del tiempo superfluo.....	235
Esquema 6. Sucesión de momentos en la culpabilización .....	347
Esquema 7. Los momentos del <i>hacerse cargo</i> .....	439

### Tablas de metodología

Tabla metodológica 1. Distribución de las entrevistas según condiciones sociales* .....	126
Tabla metodológica 2. Nombres y perfil sociológico de cada entrevista .....	127
Tabla metodológica 3. Diseño de los perfiles de los grupos de discusión .....	128
Tabla metodológica 4. Guión de entrevista individual .....	131
Tabla metodológica 5. Guión general de los grupos de discusión .....	132
Tabla metodológica 6. Culpas, contradicciones y metodología de entrevista.....	372
Tabla metodológica 7. Preguntas de entrevista para captar el rechazo del trabajo.....	421

### Tablas de datos

Tabla 1. Cambios en el tiempo de trabajo en España (1994, 2000, 2007, 2013)* .....	81
Tabla 2. Diferencias España-Europa en crecimiento (1997-2006, 2007-2012) .....	84
Tabla 3. Diferencias de tiempos en un día medio entre población ocupada y parada (2003-10) ..	90
Tabla 4. Aumento del tiempo total anual entre población ocupada (2007) y parada (2013) .....	91
Tabla 5. Relaciones de proporción aproximada entre el PIB de España y diferentes magnitudes.	94
Tabla 6. Tiempo medio por actividad y proporción sobre el total del día (población parada) ...	138
Tabla 7. Tiempo medio dedicado por quienes participan en la actividad en un día medio.....	139
Tabla 8. Comparación de tiempos medios en un día medio sobre población parada total, y sobre población que participa en un día medio (2003-10) .....	139
Tabla 9. Aumento de diferencias de género en “tiempo libre” entre ocupados/as y parados/as..	143
Tabla 10. Magnitudes del tiempo global dedicado a la competir por el trabajo (2007-13) .....	171
Tabla 11. Proporción de parados según cobertura y tipo de prestación (2007-14) .....	174
Tabla 12. Subsidios de nivel asistencial (“Los 400 euros”) .....	176
Tabla 13. Número y tipo de contratos firmados por año (2007-13).....	241



Tabla 14. Magnitudes del tiempo global de cuidados. Población ocupada y parada (2007-13) ..	269
Tabla 15. Distribución del tiempo en un día medio según relación doméstica.....	271
Tabla 16. Tasa de protección según duración del desempleo (1º trim. 2014).....	301

## Cuadros ilustrativos

Cuadro 1. ¿Los “huecos” de la sociedad del trabajo? .....	21
Cuadro 2. El debate sobre el desempleo y la tecnología .....	44
Cuadro 3. La falacia de la escasez de trabajo .....	45
Cuadro 4. Polanyi, Castel y la definición sociologista del desempleo .....	49
Cuadro 5. Límites estructurales de las disputas por la definición del paro .....	64
Cuadro 6. Millones de horas de trabajo formalmente remuneradas en España (1985 - 2013) .....	83
Cuadro 7. Productividad del trabajo en España (1985-2013) .....	83
Cuadro 8. Aumenta el desempleo mientras se intensifica el trabajo .....	86
Cuadro 9. “Toda la carne en el asador” .....	88
Cuadro 10. La prima de riesgo y el desempleo .....	96
Cuadro 11. “Somos todos un poco antiguos” .....	99
Cuadro 12. La interrupción, la deuda y el desempleo .....	101
Cuadro 13. La inseparabilidad de la forma abstracta y el contenido concreto .....	113
Cuadro 14. La norma es la forma.....	115
Cuadro 15. Ejemplos concretos de la transformación de las formas del tiempo del paro .....	117
Cuadro 16. El paro como proceso de <i>pararse</i> .....	119
Cuadro 17. Perder la forma, ponerse en forma, mantenerse en forma .....	168
Cuadro 18. Expresiones de los efectos de la competencia por el trabajo en los ocupados.....	170
Cuadro 19. Una tasa de inmoralidad del 20% .....	183
Cuadro 20. Categorías para la búsqueda de empleo en el Foro de activación para el empleo organizado por la Comunidad de Madrid (2014)* .....	203
Cuadro 21. El orientador desorientado .....	206
Cuadro 22. La autopercepción de superfluidad: expresiones, adjetivos, metáforas.....	293
Cuadro 23. Ritmo de producción de parados de larga duración (2007-13) (en miles).....	299
Cuadro 24. El despedido despedido .....	303
Cuadro 25. “Me llegaron a gritar delante de todos mis compañeros” .....	308
Cuadro 26. Carmen y los mandados de su padre jubilado.....	312
Cuadro 27. José y la vergüenza de la pobreza .....	319
Cuadro 28. Vergüenza, melancolía y reconocimiento de la vulnerabilidad en el paro .....	345
Cuadro 29. El desajuste entre normas y disposiciones.....	377
Cuadro 30. Matilde y el síndrome de Estocolmo del trabajo .....	403
Cuadro 31. El tiempo disponible no se puede “equilibrar” con el tiempo de trabajo.....	408
Cuadro 32. Lo que no sería el tiempo disponible.....	414
Cuadro 33. Expresiones de la presión temporal en amas de casa ex-paradas.....	427
Cuadro 34. Verónica y las redes informales para sostener el activismo .....	454
Cuadro 35. Panfleto de Los Parados Felices contra las 35 horas .....	503
Cuadro 36. El “derecho” a las horas extra .....	507

## Imágenes

Imagen 1. La crisis como representación de la interconexión generalizada.....	69
Imagen 2. Tempogramas de parados y paradas de Estados Unidos* .....	142
Imagen 3. La metáfora de la máquina de step .....	167
Imagen 4. La culpa del derroche.....	350
Imagen 5. Primer diario de uso del tiempo en la investigación del paro.....	494

# ÍNDICE DETALLADO

## INTRODUCCIÓN

### La paradoja del tiempo escaso

Del problema del paro al problema del tiempo superfluo .....	iii
0.1. ¿El problema del paro?.....	iv
0.2. Dos formas paradójicas de la escasez de tiempo .....	iv
0.3. El tiempo superfluo: del trabajo como solución al trabajo como causa del paro ..	xi
Límites de la investigación del tiempo de desempleo .....	xiii
Objetivo y estrategia de análisis .....	xvi
El sentido de una sociología “crítica” del desempleo .....	xvii
0.4. Estructura de la exposición .....	xix
Notas sobre la redacción y la notación.....	xxi

## PRIMERA PARTE. OBJETO, CONTEXTO Y MÉTODO

### CAPÍTULO 1

La forma del tiempo del paro.....	5
1.1. La expropiación del tiempo.....	6
La afirmación de la negatividad del tiempo de trabajo .....	7
Los límites de la solución keynesiana al desempleo .....	13
La intensificación del tiempo con forma de trabajo .....	17
1.2. La mercantilización del tiempo .....	23
Trabajar por trabajar.....	24
Tiempo y valor .....	29
1.3. El tiempo superfluo como forma del tiempo del paro .....	33
La creciente desproporción entre el valor y la riqueza .....	33
El concepto de tiempo superfluo .....	37
Implicaciones teóricas, polémicas y críticas .....	42
1.4. Una propuesta de definición .....	48
El nivel sistémico y el nivel estatal-institucional en la definición del paro.....	51
1.5. La gestión estatal del tiempo del paro .....	54
De la desocupación al desempleo .....	55
Del Estado Social a la gestión neoliberal del tiempo superfluo .....	59
1.6. Resumen .....	64

### CAPÍTULO 2

#### El arreglo temporal español

Una interpretación de las temporalidades de la crisis en España (2007 – 2013) .....	71
2.1. Del arreglo espacial al arreglo temporal.....	76
El agotamiento del arreglo espacial español.....	76
Adaptarse a los “nuevos tiempos”, o, el arreglo temporal .....	79
El tiempo del paro y la crisis de la división social del tiempo .....	89

<b>2.2. La <i>Gran Interrupción</i>, o, las necesidades de reaceleración del capital.....</b>	<b>92</b>
Si no se mueve el dinero.....	94
...la sociedad se va a mover poco .....	96
Eliminar las potenciales interrupciones relativas .....	101
<b>2.3. Resumen .....</b>	<b>104</b>

## CAPÍTULO 3

### Representar el tiempo del paro

<b>Una propuesta metodológica .....</b>	<b>107</b>
<b>3.1. Las formas del tiempo del paro .....</b>	<b>108</b>
Cuatro formas .....	108
<b>3.2. Sociologizar el concepto de forma .....</b>	<b>110</b>
El análisis de las transformaciones de las formas como método.....	111
La forma es la norma.....	113
Las formas como articulación de normas, prácticas y disposiciones temporales.....	115
Investigar cómo se materializa el tiempo superfluo .....	118
¿Para qué? Hacia un mapeo de la paradoja del tiempo escaso.....	120
<b>3.3. Condiciones de producción de los datos temporales .....</b>	<b>123</b>
Fuentes de datos y herramientas de análisis e interpretación.....	123
La muestra y los perfiles .....	124
Guiones de entrevistas y grupos .....	129
Las particularidades del periodo 2007-13 .....	132
Supuestos metodológicos generales.....	133
<b>3.4. Resumen .....</b>	<b>134</b>

## SEGUNDA PARTE. LAS FORMAS DEL TIEMPO DEL PARO

## CAPÍTULO 4

<b>¿Qué se hace con el tiempo en el paro? .....</b>	<b>136</b>
<b>4.1. El tiempo del parado “medio” .....</b>	<b>138</b>
¿Se dedica poco tiempo a la búsqueda de trabajo?.....	140
La polarización del tiempo “libre” por género con el desempleo.....	143
<b>4.2. Las tácticas temporales y sus condiciones sociales .....</b>	<b>145</b>
Prácticas de rellenar el tiempo vacío .....	145
Condiciones sociales de las tácticas.....	147
<b>4.3. Tácticas temporales en el paro .....</b>	<b>149</b>
Invertir tiempo. Táctica-Estrategia de inversión en capital cultural y/o social. ....	149
Rellenar el tiempo. Táctica de hiperactividad doméstica masculina .....	150
Acortar el tiempo. Táctica anti-ama de casa femenina. ....	151
Sobrevivir al tiempo. Táctica de esfuerzos constantes.....	153
No-táctica de desestructuración .....	154
<b>4.4. Líneas abiertas: el paro, la vulnerabilidad, los sueños y el futuro .....</b>	<b>155</b>

## CAPÍTULO 5

### El trabajo de competir por el trabajo ..... 159

- 5.1. **El tiempo del paro con forma de tiempo de trabajo .....161**
  - Intensificar el desempleo para intensificar el trabajo ..... 163
  - Perder la forma y volver a ponerse en forma: informarse, formarse, reformarse..... 164
- 5.2. **El doble de tiempo de competir por el trabajo .....171**
- 5.3. **La mediación del Estado en la competencia por el trabajo.....173**
  - Disminuye la protección y aumenta el asistencialismo ..... 173
  - La moralización de las prestaciones y la gestión productiva de la incertidumbre..... 177
  - La presión de la deuda..... 186
  - La dosificación del despido ..... 189
- 5.4. **INFORMARSE.....192**
  - Buscar trabajo es trabajar ..... 194
  - Uno contra todos: “quince, setenta, dos mil, seis millones, catorce millones” ..... 195
  - Trabajar gratis para trabajar ..... 196
  - Las colas del paro y el saber esperar ..... 198
  - Pagar para que te paguen (I): dinero para informarse ..... 199
  - La presentación de sí y el narcisismo competitivo..... 202
  - La acumulación de capital social..... 207
- 5.5. **FORMARSE.....212**
  - Formarse es trabajar ..... 213
  - El efecto del arreglo temporal sobre la inversión en formación ..... 215
  - Inversiones arriesgadas..... 217
  - Inversiones sin sentido: formarse por formarse ..... 219
  - Pagar para que te paguen (II): dinero para formarse ..... 221
  - La creciente abstracción de la evaluación de la forma..... 223
- 5.6. **REFORMARSE .....227**
  - Motivos ideales del emprendimiento..... 228
  - Pagar para que te paguen (III): motivos materiales del “desemprendimiento” ..... 229
  - Entre la independencia subjetiva y la dependencia objetiva..... 231
- 5.7. **Efectos generales: la producción de la voluntad de trabajar.....234**
  - La normalización de los ilegalismos ..... 237
  - ¿El empleo como solución? La normalización de lo legal ..... 240
  - “Esto no lo hubiera aguantado antes” ..... 243
  - El precio injusto del trabajo ..... 245
  - La productividad del miedo..... 246
  - Entre el individualismo individualista y el individualismo familiarista ..... 249
  - “¡Yo me jubilaba a los ochenta!” ..... 252
  - La esperanza de trabajar y los límites de la voluntad de moverse ..... 254
- 5.8. **Conclusiones: la reconstitución de la escasez temporal general .....255**

## CAPÍTULO 6

### El desempleo reproductivo: el tiempo privatizado ..... 259

- 6.1. **CUIDAR LA FORMA. El tiempo del paro con forma de tiempo de cuidados.....261**
  - “Las mujeres nos quitan el trabajo”: breve historia de la generización del paro..... 263
  - El paro como privatización del tiempo de la reproducción social ..... 266
  - Las transformaciones de la relación doméstica ..... 267
- 6.2. **Seis mil millones de horas privatizadas por el paro.....269**
  - Diferencias de género en la asignación y distribución de tiempos ..... 270

<b>6.3. Formas de privatización del tiempo: rigidez y flexibilidad en los hogares en paro...</b>	<b>274</b>
6.3.1 “Si fuera al revés...”: conflictos desde la posición de las paradas .....	274
6.3.2 Amos de casa y vulnerables: conflictos desde la posición de los parados .....	278
<b>6.4. Conclusiones: la privatización de la reproducción y la escasez temporal .....</b>	<b>285</b>

## **CAPÍTULO 7**

### **El desempleo improductivo (I): ser superfluo ..... 289**

<b>7.1. DEFORMARSE. El tiempo del paro con forma de tiempo superfluo .....</b>	<b>291</b>
La superfluidad del trabajo aparece como la superfluidad de las personas.....	296
<b>7.2. Miles de millones de horas superfluas .....</b>	<b>297</b>
<b>7.3. Ser superfluo para el Estado.....</b>	<b>299</b>
<b>7.4. Ser superfluo para las empresas .....</b>	<b>302</b>
La subjetivación del despido.....	302
Diferencias irreformables .....	304
Omisión .....	304
Rechazo .....	306
Humillación.....	307
Perder la esperanza de trabajar.....	308
<b>7.5. Ser superfluo para la familia y los amigos.....</b>	<b>310</b>
Perder el rol de ganapán .....	311
Perder a los amigos.....	314
<b>7.6. Ser superfluo sin dinero .....</b>	<b>316</b>
De la escasez relativa a la escasez absoluta .....	317
<b>7.7. Ser superfluo en la casa .....</b>	<b>320</b>
La reclusión espacial.....	322
Pasear, correr, vagar .....	323
La cama .....	324
La tele y el sofá .....	327
<b>7.8. Ser superfluo para uno mismo .....</b>	<b>330</b>
7.8.1 El contrato narcisista español.....	330
La formación del contrato narcisista español.....	331
La ruptura del contrato narcisista: el efecto bipolar.....	333
Vergüenza: el duelo por la pérdida del ideal de autosuficiencia.....	335
Melancolía: la resistencia a romper el ideal de autosuficiencia .....	340
La imposibilidad de ser insustituible .....	345
7.8.2 La culpa .....	346
La culpa del derroche de los españoles .....	350
Entre la culpa por el derroche y la culpa por vivir bien .....	356
La culpa de las inversiones cortoplacistas del pasado .....	359
La culpa de “no hacer nada” .....	363
La culpa de que “hay gente que lo está pasando peor” .....	367
La psicologización y medicalización de la culpa .....	369
La culpa como eje de la gestión del desempleo.....	371
<b>7.9. Ser superfluo para el futuro .....</b>	<b>373</b>
La cuenta atrás.....	373
El peso del pasado en el futuro .....	375
“No hay salida”, o, el trabajo como única salida .....	378
<b>7.10. Conclusiones: la intensificación del tiempo abundante subjetivamente escaso ...</b>	<b>381</b>

## CAPÍTULO 8

### El desempleo improductivo (II): el tiempo disponible..... 385

<b>8.1. TRANSFORMARSE. El tiempo del paro con forma de tiempo disponible .....</b>	<b>387</b>
El tiempo disponible y la apropiación del tiempo histórico.....	389
Dos conceptos de desmercantilización .....	391
Las potenciales posibilidades del tiempo disponible .....	393
Investigar las prácticas de reapropiación del tiempo expropiado .....	396
<b>8.2. ¿Qué haríamos con cinco mil millones y medio de horas de tiempo disponible?</b>	<b>397</b>
<b>8.3. Entre el rechazo al mal trabajo y el rechazo del trabajo .....</b>	<b>398</b>
La crisis como oportunidad.....	399
El desempleo como liberación del maltrato .....	400
El ideal del trabajo decente.....	405
Trabajar para vivir frente a la lógica sacrificial.....	408
El disfrute de la ociosidad: entre el tiempo libre y el tiempo disponible .....	411
Imaginar el reparto del trabajo.....	416
El rechazo del trabajar por trabajar.....	418
<b>8.4. Entre los roles patriarcales y la sostenibilidad de la vida .....</b>	<b>424</b>
La desvinculación entre las mujeres y el trabajo, o, la potencia de los ritmos femeninos...	426
La valoración masculina del cuidado: potencias de la experiencia de los “amos de casa” ..	434
<b>8.5. Entre el capital social y el apoyo social .....</b>	<b>436</b>
Mantener el apoyo social.....	437
Reconocer la vulnerabilidad y superar la culpa.....	438
<b>8.6. Entre la necesidad de dinero y las alternativas sin dinero .....</b>	<b>442</b>
Escasez de dinero y abundancia subjetiva de tiempo .....	443
Las necesidades tradicionales .....	444
Desindividualización del salario, apoyo mutuo, arreglos y solidaridades colectivas ....	447
<b>8.7. El tiempo disponible y la politización del tiempo .....</b>	<b>449</b>
Movimientos sociales y abundancia subjetiva de tiempo .....	450
“La única solución es juntarnos” .....	454
¿Una esperanza más allá del trabajo? .....	458
<b>8.8. Conclusiones: potencialidades de una riqueza temporal general.....</b>	<b>463</b>

### CONCLUSIONES ..... 467

Síntesis general .....	468
Contribuciones y límites.....	475
Posibles líneas futuras.....	479
Notas finales: sobre el conocimiento crítico, el desempleo y el dolor .....	480

### Anexo: Estado de la cuestión.

La crítica del paro como crítica del trabajo.

Aportes y límites de la investigación del tiempo del paro .....491

<b>1. El paro en la investigación sociológica del tiempo .....</b>	<b>491</b>
<b>2. La incuestionable negatividad del paro como la otra cara de la incuestionable positividad del trabajo .....</b>	<b>493</b>
La tradición de Los parados de Marienthal.....	494
Bourdieu y el desempleo .....	496
Dos intentos de relacionar lo objetivo y lo subjetivo del tiempo del paro .....	497
El tiempo objetivo del desempleo como dato .....	499

<b>3. La recuperación de la crítica del trabajo y la cuestionable negatividad del paro .....</b>	<b>501</b>
¿La primera investigación social del desempleo crítica con el trabajo?.....	501
Las políticas de tiempo y la autonomía temporal comunitaria .....	502
El fin del trabajo y la crítica culturalista en el neoliberalismo.....	504
El reparto o la redistribución del trabajo .....	505
La crítica del trabajo en el capitalismo .....	507
<b>Resumen.....</b>	<b>508</b>
 <b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	 <b>509</b>
 <b>Índices de esquemas, tablas, cuadros e imágenes .....</b>	 <b>527</b>
 <b>ÍNDICE DETALLADO .....</b>	 <b>529</b>



